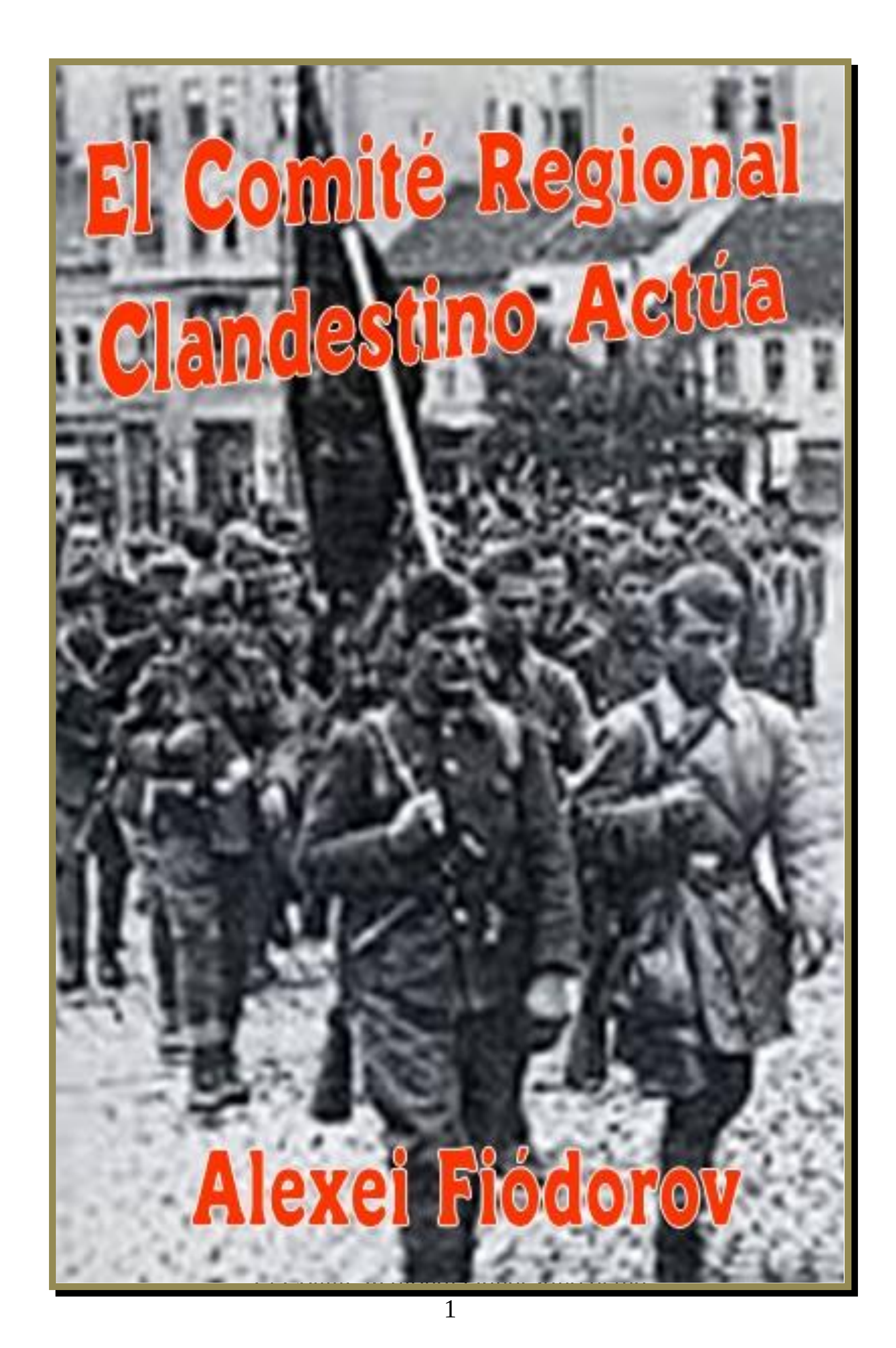

El Comité Regional
Clandestino Actúa
Alexei Fiódorov

Libro primero:
Los comunistas pasan a la clandestinidad.

Palabras del autor.

“Un cuarto de siglo atrás culminó mi labor sobre el libro El Comité Regional clandestino actúa. Había contado acontecimientos que acababan de suceder, marchaba por huellas recientes, me apresuraba a compartir con los demás lo que había vivido, esbozar los retratos de amigos de lucha, de los vivos y de los caídos heroicamente en el combate. Todas las ediciones anteriores han aparecido inalteradas, en su primera edición... Pero ahora mi coautor y yo hemos ampliado y completado el libro, precisado muchos hechos, fechas y episodios, contado sobre acontecimientos y personas a los que antes no habíamos prestado mucha atención. Pues en este cuarto de siglo transcurrido hemos recibido miles de cartas, tanto de guerrilleros y hombres que trabajaron en la clandestinidad como de los lectores, tanto extranjeros como soviéticos. En la presente edición hemos pretendido introducir las correcciones necesarias y responder a las preguntas y comentarios críticos.”

Alexéi Fiódorov.

PASAN los años y ya han pasado treinta desde que dejé de ser guerrillero y estar en la clandestinidad. No hace mucho tuve que viajar por razones de trabajo a mi patria chica, a Dniepropetrovsk. Al pasar por la avenida de Carlos Marx miré de pasada mi busto de bronce: monumento en vida erigido aquí a instancia del Soviet Supremo de la URSS.

Me refiero a esto tan sólo porque lo vi por primera vez y me di cuenta de que sobre la base de granito se alzaba el busto de un hombre joven. Parecía como si un padre contemplara a su hijo... Meneé la cabeza pensativo y me apresuré a abandonar el lugar. Me esperaba el ajetreo de la vida, el trabajo, un nuevo día con su pequeño caudal de nueva experiencia. ¿Se puede envidiar la perennidad del bronce? ¿Quisiera ser ahora tal como fui hace veinticinco años cuando me hicieron el busto? ¡De ningún modo! Durante todos los años de posguerra viví y actué entregado con pasión a mi trabajo. Primero estuvimos restaurando lo destruido por la guerra... No fue exactamente eso, no era una simple restauración ni en las ciudades, ni en los campos, ni en tierra, ni en mar, ni en el aire. Tan sólo se tenía que resucitar los monumentos de lá antigüedad: los palacios, las iglesias, los conjuntos arquitectónicos, obras de valor histórico, y devolverles el aspecto originario. En todo lo restante hicimos las cosas de otro modo, tal como lo exigía el tiempo y nuestros nuevos conocimientos, las nuevas aspiraciones y anhelos.

Y hay que decir, también cambió nuestra actitud hacia el pasado. Lo nuevo, al penetrar en la espesura de los lejanos acontecimientos, descubre detalles que hasta entonces no se sabe por qué pasaban desapercibidos, se desconocían, o se entendían mal. Había que cambiar algunos enfoques: alegrarse de los descubrimientos o lamentarse al descubrir los errores.

¿Y por qué lamentarse? Los errores se pueden y se deben corregir. Mientras vivas, aunque envejezcas, te desarrollas y por lo mismo creces.

Ya hace un cuarto de siglo que di por acabadas mis memorias transcritas en el libro El Comité Regional clandestino actúa. Hablaba de unos acontecimientos que se habían producido hacía poco, seguía una huella fresca, me apresuraba a compartir con el lector mis experiencias, a esbozar los retratos de mis compañeros de armas, de los vivos y de los muertos heroicamente.

Todas las ediciones anteriores salieron sin alteraciones, en su primera redacción. Pero un libro no es un busto de bronce, sino un organismo vivo, y hay que aprovechar cualquier posibilidad para que sea más perfecto. Así que mi coautor y yo hemos decidido ampliar y completar la obra, precisar muchos hechos, fechas y episodios; nos hemos extendido sobre acontecimientos y personas a los cuales antes no habíamos prestado la suficiente atención. Pues en este cuarto de siglo transcurrido hemos recibido miles de cartas. Tanto de los guerrilleros como de los que trabajaban en la clandestinidad, así como también de los lectores, soviéticos y extranjeros. En la nueva edición hemos introducido las necesarias correcciones y dado respuesta a las preguntas y observaciones críticas que nos han hecho.

Por cierto, quisiera responder aquí, en esta introducción, a una pregunta que repetidamente me han hecho las más diversas personas: qué es la “transcripción literaria”. Los dos coautores —Evgueni Grigórievich Bosniatski, cuyo nombre se puede leer en la primera página de todas las ediciones, y yo— hemos trabajado conjuntamente en el libro. Yo explicaba y el escribía.

No sé cómo trabajan otros, pero en nuestro caso, Bosniatski y yo discutíamos cada capítulo, meditábamos sobre cada

rasgo de nuestros personajes. En todo lo que se refiere a los hechos históricos, en todo lo que he visto y he guardado en mi memoria, el único responsable soy yo. Mi coautor no ha puesto nada de su puchero.

Esto también hace referencia a la composición del libro y a la selección del material. El largo trabajo conjunto nos ha acercado y se ha convertido en amistad. Y aunque yo no me he hecho escritor, ni Bosniatski guerrillero y sólo con su imaginación ha recreado por boca mía y de mis compañeros de armas los cuadros de la vida y de la lucha en territorio ocupado por el enemigo, nuestra experiencia se ha hecho común a ambos y ha configurado el estilo de la narración a ambos y ha configurado el estilo de la narración.

Bombas sobre Chernígov

Era domingo, y acababa yo de regresar a Chernígov de un viaje a importantes obras.

Durante el viaje nos sorprendió un aguacero. La carretera se convirtió en un lodazal, el coche empezó a patinar y, por último, quedó atascado. Para colmo, nos dimos cuenta de que nos habíamos olvidado de comprar cigarrillos. Todo esto nos parecía una gran calamidad. Y no era para menos: nos encontrábamos atascados en el campo, bajo la lluvia, con la perspectiva de una noche en vela y, por añadidura, sin nada que fumar.

Durante la noche intentamos varias veces desatascar el coche. Todos estábamos mojados y sucios. Hasta las diez de la mañana no conseguí llegar a casa. Tenía hambre y sueño. Recordaba las impresiones del viaje: la entrevista con los constructores, las viviendas limpias y cuidadas, los ricos trigales en sazón que se alzaban como muralla a ambos lados

de la carretera y los campos cercanos cubiertos de pequeños arbustos de cok-saguís, planta cauchera que muy recientemente habíamos empezado a cultivar en la región de Chernígov y de la cual tanto nos enorgullecíamos...

Estaba quitándome las botas empapadas, soñando con tenderme sobre el diván, cuando en la habitación entró mi mujer.

— ¡Por fin! —exclamó—. Más de diez veces te han llamado del Comité Regional. La primera vez eran las siete de la mañana y no hacen más que llamar y llamar...

No había terminado de decírmelo, cuando volvió a sonar el teléfono. Levanté el auricular.

— Alexéi Fiódorovich, ¿me oye? Alexéi Fiódorovich... —el que hablaba estaba evidentemente emocionado, repetía mi nombre y patronímico e intercalaba sin cesar las palabras “¿me oye?”, “ pues verá”. Me costó trabajo comprenderle. No se decidía a pronunciar la palabra “guerra”.

Me volví a enfundar la bota mojada, tomé del plato un trozo de empanada y bebí de un jarro unos tragos de leche. Mi aspecto debía ser bastante extraño, porque mi mujer no hacía más que mirarme alarmada. Le conté lo ocurrido, me despedí de todos, salí de la casa y me dirigí al Comité Regional.

A casa ya no volví hasta acabada la guerra.

En el Comité Regional, a excepción del compañero de guardia, no había nadie. Llamé a Kiev, a Nikita Serguéievich Jruschov, secretario del Comité Central del Partido Comunista (bolchevique) de Ucrania.

“La guerra con los fascistas —pensaba yo—. Claro, tarde o temprano tenía que comenzar... ¡Serenidad! ¡Organización! ¿Conseguirán sus aviones llegar a Chernígov? ... ¡Ah, qué cosecha, qué cosecha tan maravillosa! —y recordé las mura-

llas de ¡os trigales a los lados de la carretera—. ¿Cómo recogerla ahora?…”

— Nikita Serguéievich, ¿es usted? Soy Fiódorov, de Chernígov...

Jruschov hablaba serenamente, en voz algo más baja que de costumbre. Me conté que los alemanes habían bombardeado Zhitómir y Kíev, que en algunos lugares habían sido arrollados nuestros puestos fronterizos. Después me dio algunas instrucciones prácticas.

Media hora más tarde estaban reunidos en mi despacho los miembros del Buró del Comité Regional.

En el transcurso de aquel día tomé parte en varios mítines.

En la mañana del 23 de junio aparecieron sobre Chernígov aviones enemigos de exploración.

* * *

Los primeros días de guerra fueron de particular intensidad. Tanto en la región como en la ciudad se movilizaba con rapidez a la gente; en Chernígov iban formándose unidades militares. Miles de hombres llegaban desde todos los distritos en tren, en camión, en carro o simplemente a pie.

Todos trabajaban con abnegación. Unos mil quinientos koljosianos, obreros, empleados y amas de casa habían salido a construir fortificaciones. Aparte de ese trabajo, los vecinos se pusieron a construir refugios y cavar zanjas en cada patio y a llevar arena a las buhardillas.

Yo viajaba continuamente: recorrí las fábricas que sobre la marcha comenzaron a producir material de guerra, visitaba todos los días los centros de reclutamiento. Tenía que hablar,

explicar, levantar los ánimos. Al llegar la noche estaba completamente afónico.

Pero también por las tardes y por las noches se celebraban reuniones, entrevistas con jefes de unidades, directores de empresas, secretarios de Comités de Distrito. No dormía más de tres horas y ni siquiera de un tirón. Pasaban días enteros sin que viera a mi mujer ni a mis hijas.

Tampoco conseguí estar con la familia el día en que abandoné Chernígov. Llegué a la estación un minuto antes de la salida del tren y mientras abrazaba a mi mujer y a mis hijas, despidiéndome de ellas, el tren arrancó y tuve que saltar en marcha.

Un solo sentimiento nos embargaba a todos: la responsabilidad.

Nuestro razonamiento era éste: somos comunistas, y además dirigentes, por lo tanto respondemos de los hombres, del patrimonio popular de la libertad del pueblo. Sólo teníamos una obsesión: trabajar. La conciencia no nos permitía el menor reposo. Un compañero muy bueno y sincero decía que le daba vergüenza acostarse en la cama y dormir.

Sobre Chernígov aparecían cada vez con mayor frecuencia aviones enemigos de exploración. El empalme ferroviario fue lo primero que bombardearon. Era la noche del 27 de junio. Media hora después del bombardeo, ya me encontraba allí. Vi las primeras víctimas de los fascistas: dos mujeres muertas y un niño destrozado por la explosión. Trataba de permanecer sereno, pero no podía reprimir un estremecimiento. Mi mente se negaba aún a admitir aquello. Me parecía que se trataba de un terrible error, de un accidente nefasto, y que bastaría tomar medidas para que nada de eso volviera a repetirse.

El 28 de junio llegó a Chernígov el Mariscal Budionni. La reunión, mejor dicho, la charla, duró más de tres horas. Re-

corrimos la ciudad, examinamos los objetivos militares. Empezamos a comprender que la guerra era un trabajo, un trabajo sistemático, planificado y concienzudamente meditado, de una tensión y una envergadura nunca vistas.

* * *

Antes de julio, nadie en nuestra región había pensado en la preparación del Partido para la clandestinidad, nadie se había preocupado de la organización de destacamentos guerrilleros. Confieso que tampoco yo pensé hasta entonces en ello.

Los alemanes seguían desarrollando. la ofensiva. El Oeste de Ucrania estaba ya convertido en campo de batalla. Y aunque sobre Chernígov habían aparecido muchas veces aviones enemigos y las ciudades de la región habían sido bombardeadas una y otra vez, a nosotros, dirigentes de la región de Chernígov, nos parecía imposible que los alemanes pudieran penetrar hasta allí, hasta las profundidades de Ucrania.

El día 4 de julio, hablando ante los obreros ferroviarios de Chernígov, dije que los fascistas no lograrían abrirse paso hacia nuestra ciudad y que podríamos trabajar tranquilamente. Yo, en efecto, lo creía así.

De regreso del mitin de los ferroviarios, en el Comité Regional, supe que había llegado de Kiev el camarada Korótchenko, secretario del Comité Central del PC(b) de Ucrania. No estuvo más que un día en Chernígov. De acuerdo con las organizaciones regionales, trazó el plan para la evacuación de la gente, de las instalaciones industriales y los bienes que debían salir en primer lugar. Al despedirse nos aconsejó que hiciéramos una lista de los guerrilleros de la guerra civil:

— ¡La experiencia de esos guerrilleros puede sernos útil, camarada Fiódorov!

Por la tarde me llamaron por telégrafo desde el Comité Central, e inmediatamente salí en auto para Kiev.

Aquella misma noche me recibió el camarada Jruschov. Me describió la situación en los frentes y me dijo que había que mirar las cosas cara a cara. Era preciso no desdeñar la ofensiva alemana y evitar que la penetración del ejército enemigo en las profundidades del país nos cogiera desprevenidos.

Me propuso que comenzara a preparar inmediatamente a los comunistas para la clandestinidad y organizase de antemano un destacamento guerrillero en cada distrito.

— En cuanto regrese a Chernígov, comience sin perder tiempo a seleccionar a los hombres, a preparar en los bosques bases para los guerrilleros; preocúpese de la instrucción militar de los hombres seleccionados. El camarada Burmístrenko le dará instrucciones más detalladas.

Mijaíl Alexéievich Burmístrenko me explicó cómo debía seleccionar a los cuadros para el trabajo clandestino, la organización y la formación de los destacamentos guerrilleros y me dio a conocer algunos datos.

Me sorprendió que el Comité Central tuviera ya estructurado todo el sistema de organización del Partido en la clandestinidad.

— Recuerde —me decía el camarada Burmístrenko al despedirse— que para el trabajo del Partido en la clandestinidad hay que destinar a los hombres más probados, valientes, serenos y leales. Explique a la gente todo el peligro que les espera. Que mediten si tienen suficiente valor para ello. Y si no pueden que renuncien... ¿A quién recomienda usted para secretario del Comité Regional clandestino de Chernígov? ... ¿Ha pensado usted en eso?

No sé si palidecí o enrojecí ante esta pregunta, recuerdo tan sólo que mi corazón comenzó a latir precipitadamente.

— Ruego que para ese trabajo se me destine a mí —contesté.

El camarada Burmístrenko tardó en responder. Me miró fijamente y volvió a preguntarme:

— ¿Lo ha pensado bien?

— ¡Sí!

— Ahora no le puedo dar la respuesta definitiva —me contestó—. Por sí acaso, en cuanto llegue a Chernígov, prepare otro candidato. informaré de su deseo al camarada Jruschov.

Yo insistí, le dije que otro candidato tendría que volver a Kiev para recibir instrucciones, que en eso se perdería tiempo y que yo tenía ya esas directivas y podía comenzar el trabajo...

El camarada Burmístrenko me interrumpió:

— Regrese a Chernígov y haga lo que se le ha mandado; se le comunicará por teléfono la decisión del Comité Central.

Me levanté, Mijaíl Alexéievich me acompañó hasta la puerta y, al ver al coronel que lo esperaba, exclamé:

— ¡Camarada Stárinov! ¡Por fin! ¡Pase, pase!

— No vengo solo —dijo el coronel— venimos a verle con todo un cargamento de novedades —y señaló a dos soldados que llevaban una voluminosa y al parecer pesada maleta cada uno.

— Lleven eso al despacho —dispuso Burmístrenko. Después me llamó—: Aquí le presento a Ilyá Grigórievich Stárinov, especialista militar de tipo algo especial: especialista en minas, minador, estratega y táctico de lucha guerrillera. En España lo conocían bajo el nombre de camarada Rodolfo. Tiene en su haber decenas de convoyes con los sublevados

fascistas que volaron por los aires. Quiero que sean buenos amigos. Además, Ilyá Grigórievich es un inventor, un constructor... Mire, me habrá traído algo para mostrarme.

— ¡Así es! .. —confirmé el coronel algo turbado.

Se trataba de un hombre alto, de buen aspecto y con un rostro enérgico. Me estrechó la mano y miró expectante a Burmístrenko. Este dijo:

— Y este es Fiódorov, Alexéi Fiódorovich, secretario del Comité Regional del Partido de Chernígov.. Es muy posible que tenga más ocasiones de verle. —Mijaíl Alexéievich suspiró y añadió—: Aunque, posiblemente, fuera mejor que se las arreglaran el uno sin el otro...

En eso nos despedimos. Con esta última frase, Burmístrenko, al parecer, quiso expresar la esperanza de que los alemanes no llegaran a Chernígov y que no tuviéramos necesidad de adiestrarnos en el arte de las minas ni en la lucha guerrillera. Sí, todos esperábamos que de un momento a otro el frente se detuviera y el Ejército Rojo pasara a la contraofensiva.

Unos días más tarde, ya en Chernígov, supe que mi deseo había sido satisfecho: El Comité Central del PC (b) de Ucrania recomendaba mi candidatura para secretario del Comité Regional clandestino de Chernígov. Además, se me nombré jefe del Estado Mayor Regional del movimiento guerrillero.

¿Comprendía yo entonces a lo que iba? ¿Me daba cuenta exacta de las dificultades que me esperaban? Yo no era ya un muchacho, estaban lejos los tiempos del trabajo físico. Durante los últimos años ni siquiera había hecho deporte, llevaba más de veinte años sin montar a caballo.

En el viaje de regreso de Kiev me puse a reflexionar en mi decisión. Reflexión, pero no vacilaciones. Ten(a la certidum-

bre de que yo servía para el trabajo clandestino y que en ese trabajo sería más útil al Partido que en cualquier otro.

Al llegar a Chernígov, convoqué al Buró del Comité Regional. Al informarles de que era necesario organizar el Partido en la clandestinidad, todos se sorprendieron.

¡En la clandestinidad! Hasta las mismas palabras parecían sacadas de un libro, nos parecían irreales. “El Partido bolchevique en la clandestinidad” sonaba a historia. Y he aquí que nosotros, aunque no muy jóvenes, pero hombres de formación soviética, teníamos que prepararnos para pasar a la clandestinidad.

Cuando yo pregunté: “Bueno, camaradas, ¿quién de vosotros está de acuerdo?”, en el despacho se hizo tal silencio que hasta oí las voces de la calle, aunque las ventanas estaban cerradas.

Me sorprendió que el primero en alzar la mano fuera Nikolái Nikítich Popudrenko. Y me extrañó porque todos le conocíamos como un amantísimo padre de familia. Siempre que tenía ocasión, lo mismo durante un viaje que en su trabajo en el Comité Regional, hablaba de su mujer, de su hijo, de su hijastro o de su hija. Popudrenko, tercer secretario del Comité Regional, era un magnífico cuadro del Partido, muy honrado, sincero y recto. Más tarde, en su labor clandestina y, sobre todo, en la unidad guerrillera, se reveló como un hombre decidido, extremadamente valeroso, a veces incluso demasiado temerario. Pero de eso hablaré más adelante.

Después de Popudrenko levantaron la mano otros camaradas. Todos los miembros del Buró del Comité Regional decidieron quedarse en Chernígov. En aquella reunión nombramos el Comité Regional clandestino compuesto por siete miembros.

Designamos también a sus sustitutos para el caso de que alguno de ellos fuese detenido; tuvimos también en cuenta

esa posibilidad. Después nos distribuimos las obligaciones y examinamos un plan previo de acción.

Poco después todos nos habíamos acostumbrado a la nueva situación. Ahora existían en la región dos Comités Regionales del Partido: el legal y el clandestino. La existencia del segundo no la conocía nadie, a excepción de sus miembros. Unos días más tarde quedó organizado del mismo modo el Comité Regional de la Unión de Juventudes Comunistas Leninistas de Ucrania.

Formalmente yo seguía siendo secretario de los dos Comités del Partido, del legal y del clandestino. Pero desde aquel día puse en manos de los compañeros todo mi trabajo legal, y me entregué a la preparación de la nueva y desconocida vida que nos esperaba.

* * *

El Comité Central del Partido exigía de nosotros, del Comité Regional, una preparación seria. Debíamos de preverlo todo, inclusive las condiciones de vida de los futuros guerrilleros.

...Los futuros jefes guerrilleros se habían separado ya de sus familiares y seguían unos cursos especiales, donde aprendían a volar puentes, quemar tanques, apoderarse de los documentos de los Estados Mayores alemanes; los miembros del Partido destinados a trabajar en la clandestinidad se habían despedido también de sus viejos apellidos: tenían que acostumbrarse a no volver la cabeza si alguien les llamaba por el nombre que tenían antes de la guerra.

Toda la segunda mitad de julio y parte de agosto el Comité Regional clandestino se dedicó a prepararse para el trabajo en la ilegalidad y a la formación de los destacamentos.

Nos repartimos la labor: yo era el encargado de organizar los Comités de Distrito clandestinos del Partido y del Komsomol. Además, estaba encargado de la evacuación de los habitantes y de los bienes de la región.

Nikolái Nikítich Popudrenko tenía a su cargo la preparación de los grupos de dinamiteros. Pétrik se ocupaba de seleccionar publicaciones, organizar una base poligráfica, conseguir y guardar papel: era el secretario de agitación y propaganda. Nóvikov, Yariómenko y Rudkó estaban encargados de seleccionar los cuadros para las células de base en el campo y en las fábricas. A Kapránov se le encomendé la organización de las bases de productos.

Cada día citábamos en el Comité Regional a diez o quince personas de los diversos distritos. Yo conocía a casi todos, pues había tenido con ellos relaciones de trabajo. Sin embargo, la verdad era que no los conocía bien. Con algunos me equivoqué. La guerra obligó a revisar las opiniones que antes se tenían sobre unas u otras personas y, con frecuencia, a modificarlas.

Los camaradas pasaban a mi despacho uno a uno. La conversación comenzaba casi siempre igual. Igual para mí, naturalmente, porque hablaba con muchos, pero para el recién llegado la sorpresa era total.

— ¡Salud, camarada, siéntese! ¿Sabe para qué le hemos llamado?

—No.

— ¿Ha pensado usted en la posibilidad de que los alemanes ocupen su distrito? ¿Qué haría usted si surgiese ese peligro? ¿Qué le parecería quedarse en la clandestinidad y dirigir el Comité de Distrito?

La mayor parte de las veces a esta propuesta seguía una larga pausa. Yo continuaba:

— Píenselo, reflexione; espero su respuesta.

Sí el camarada aceptaba en el acto, le explicaba los peligros a que se exponía.

— Tenga en cuente que puede usted ser traicionado, que le pueden sorprender. Usará usted otro nombre, llevará otra documentación. Pero si le registran, pueden descubrir directivas cifradas, listas de miembros. Le torturarán. ¿Tendrá usted suficiente entereza para soportarlo todo y, si hace falta, morir por nuestro pueblo, por la causa del Partido?

Algunos vacilaban. Tan pronto como observaba en alguien síntomas de abatimiento, le mandaba regresar. Un hombre así no servía para el trabajo clandestino...

¿Qué sucedería si se viese en las garras de la SS? Tal vez fuese honrado, pero era poco probable que soportara si llegaban a pegarle en las espaldas con baquetas al rojo.

Por eso, un diagnóstico prematuro de cobardía, por decirlo así es de suma importancia. Al seleccionar a los hombres, me dedicaba precisamente a establecer ese diagnóstico. Desde el punto de vista político, los hombres convocados habían sido comprobados previamente. Me interesaba sobre todo la firmeza y la resistencia de su carácter.

Era muy penoso descubrir en un compañero, bueno y trabajador, ese terrible bacilo de la cobardía. Recuerdo a un secretario de distrito en el cual tenía confianza y del que estaba seguro.

Le llamé, hablé con él... ¡Y había que ver al hombre!

Empezó a decirme que estaba enfermo, que toda su familia se encontraba mal de salud, que no podría cumplir en el trabajo, que tenía una memoria pésima.

Al fin confesé francamente:

— ¡Tengo miedo! ¡Quiero vivir aún!

El presidente del Tribunal Regional de Chernígov era un hombre fuerte, de unos treinta, y cinco años, muy buen orador y con mucho aplomo. Pensamos en él para el trabajo clandestino. Al principio rebulló en la silla, pero enseguida se dominó, sacó un bloc y se puso a escribir. Cuando terminamos de hablar, me estreché la mano y con verdadero entusiasmo me dijo:

— Puede confiar en mí, Alexéi Fiódorovich. En el primer instante la sorpresa me ha hecho vacilar, pero ahora lo he comprendido... ¡El deber lo ordena! ¡La Patria lo exige!

Pero en el último momento se fugó. Naturalmente nos perjudicó mucho. Era tarde ya para buscar a otro en su lugar.

La mayor parte de los camaradas accedían con sencillez y valor a quedarse en su localidad y estaban dispuestos a incorporarse al trabajo clandestino. Cuando yo preguntaba: ¿Ha pensado usted en la posibilidad de que los alemanes ocupen su distrito?, casi todos los camaradas respondían: “Sí, lo he pensado”.

Y cuando el compañero se enteraba de que en la retaguardia alemana funcionarían el Comité Regional del Partido Comunista, Comités de Distrito, células locales y organizaciones del Komsomol y que el movimiento guerrillero estaría dirigido por el Partido, me estrechaba con fuerza la mano y me decía:

— ¡Magnífico, Alexéi Fiódorovich! Eso quiere decir que seguiremos trabajando juntos, que no abandonaremos a Ucrania. ¡Y yo no sabía qué hacer! ... Voy a enviar a la familia y me quedaré a la completa disposición del Partido.

Yo comprendía que el camarada, al estrecharme la mano, veía en mí a un correligionario, al representante del Partido y ejecutor de las indicaciones del Comité Central.

En un mes seleccionamos y enviamos a los distritos, para el trabajo clandestino, a más de 900 hombres.

* * *

En los distritos se preparaban activamente para trabajar en la clandestinidad y para la lucha guerrillera. El Comité Regional recibía diariamente información telefónica y telegráfica de la marcha de estos preparativos, al mismo tiempo que los partes de la evacuación de la industria y de la recogida de la cosecha. Por supuesto, los informes sobre esta preparación eran transmitidos secretamente.

A mediados de julio pudimos comprobar que quien mejor llevaba ese trabajo era el camarada Kúrochka, secretario del distrito de Jolm. El mismo se había ofrecido a quedarse en la clandestinidad y daba muestras del mayor celo en toda la preparación de este nuevo trabajo, para todos desconocido.

En el distrito de ese camarada actuaba un batallón de caza, compuesto de voluntarios. El camarada Kúrochka había decidido, con mucho acierto, que los combatientes de ese batallón que ya tenían cierta experiencia de la lucha contra el enemigo en los bosques, en unas condiciones parecidas a las guerrilleras, podrían formar el núcleo del destacamento. Los doscientos cuarenta combatientes del batallón de caza accedieron a quedarse en la retaguardia enemiga como guerrilleros.

Las organizaciones de base del Comité de Distrito del Partido de Jolm, del Comité Ejecutivo del Soviet de Distrito y del Comisariado del Pueblo de Asuntos Interiores se incorporaron integras al futuro destacamento. Habían comenzado ya a ejercitarse en el tiro, en el lanzamiento de granadas, en la táctica de la lucha guerrillera. En el taller mecánico de la fábrica de alcohol transformaron una ametralladora de aprendi-

zaje del Qsoaviajim[1] en una de combate. (Dicho sea de paso, esto se hizo con casi todas las ametralladoras de aprendizaje existentes en la región. Claro está que el resultado no fue muy considerable, en total unas 30 ó 40 ametralladoras, pero con ellas logramos exterminar a no pocos enemigos y proteger la vida de decenas y tal vez de centenares de guerrilleros.)

Quince días antes de la ocupación del distrito de Jolm, el batallón de caza y todos los voluntarios incorporados a él marcharon a los bosques para dejar pasar el frente.

En el distrito de Koriukovka, donde el camarada Korotkov era el primer secretario del Comité de Distrito, los miembros del activo, aun, antes de haber sido requeridos por el Comité Regional, se dispersaron por las aldeas a fin de preparar a los comunistas y koljosianos de vanguardia para hacer frente a la posible ocupación alemana y organizar la lucha guerrillera contra el enemigo. A su debido tiempo quedaron organizadas once células comunistas clandestinas. Todos los que se manifestaban dispuestos a quedarse en la retaguardia enemiga recibían detalladas instrucciones.

En el distrito de Nósovka, el camarada Stratilat, secretario del Comité de Distrito, y más tarde uno de los jefes guerrilleros de mayor talento, había adoptado, mucho antes de la ocupación, una medida muy interesante: el Comité de Distrito llamó a todos los que recientemente habían llegado al distrito y a los komsomoles. Los que querían quedarse, y servían para el trabajo clandestino, fueron enviados a poblados y aldeas donde nadie los conocía. Allí, esos camaradas ocuparon cargos secundarios en los Soviets de aldea, en los koljoses, en los hospitales, etc. Estos hombres prepararon centros de en-

[1] ***QsoaviaIim****: anagrama de una organización social voluntaria llamada "Sociedad de la ayuda al Ejército, a la Aviación y a la Marina”. (N. del Trad.)*

lace conspirativos y cohesionaron en torno suyo a un activo grupo de resistencia.

Desde el distrito de Oster comunicaron que habían instalado una base para cien guerrilleros, donde tenían ocultos víveres para ocho meses aproximadamente, armas, municiones y otras muchas cosas. El distrito contaba con dos destacamentos organizados, uno de quince y otro de veinte hombres, y se había celebrado una reunión con los comunistas del distrito destinados al trabajo ilegal.

Desde casi todas partes de la región recibíamos noticias semejantes.

Vasili Lógvinovich Kapránov, bajito, grueso y extraordinariamente bondadoso, que había sido vicepresidente del Comité Ejecutivo Regional de Chernígov, y era ahora miembro del Comité Regional clandestino, estaba encargado de preparar las bases guerrilleras.

El más impenetrable misterio rodeaba su actividad.

A sus depósitos iban a parar decenas de toneladas de harina, latas de conserva, toneles de aguardiente, etc. Se acercaban los camiones, los cargaban con pesados sacos, los contables extendían los recibos, pero solamente Kapránov sabía adónde iba destinado todo eso.

El camión se detenía en el campo, en la linde de un bosque, lo descargaban y el chófer daba la vuelta... Cuando el camión vacío se alejaba a una respetable distancia, del medio del bosque salían unos carros y unos hombres cargaban en ellos todo lo traído. Los caballejos seguían primero el sendero, pero después se adentraban en el bosque. Los hombres que acompañaban los carros disimulaban con ramas y hierbas las huellas de las ruedas. Pero lo más frecuente era que no hubiese carros, y entonces había que llevar a cuestas toda la carga.

Allí trabajaban los futuros guerrilleros. Recogían un cargamento de lo más variado: azúcar, galletas, cartuchos, ametralladoras, botas de fieltro, moldes de imprenta.

A todo esto había precedido un intenso trabajo de los hombres de Kapránov, que habían abierto profundas zanjas y apuntalado sus paredes.

Únicamente los miembros del Comité Regional clandestino -y ni siquiera todos- conocían el lugar donde se hallaban los depósitos de Kapránov. Más tarde, cuando los compañeros marcharon a sus lugares, a cada uno se le indicó la posición de la base próxima a ellos.

Varias veces acompañé a Kapránov a centenares de kilómetros de Chernígov, a la espesura de algún bosque, y él solía decirme:

— Mire, Alexéi Fiódorovich, yo creo que éste es un buen sitio. La aldea más próxima está a diez kilómetros, el ganado no acostumbra a pastar por aquí.

— ¿Qué tal persona es el guardabosque?

— Tenemos informes seguros, es persona de confianza y se queda con nosotros.

Los camaradas sondeaban la tierra para comprobar la profundidad de las aguas del subsuelo. Teníamos el tiempo justo. Si la zanja era abierta a ciegas, se corría el peligro de que luego se inundara y, entonces, habría que cavar otra en un nuevo sitio. Kapránov era una alhaja en este sentido: siempre obraba sobre seguro.

Las bases de aprovisionamiento, por lo general, consistían en una zanja de unos tres metros de profundidad, con una superficie de 30 a 40 metros cuadrados, entibada con gruesos troncos, según todas las reglas de los zapadores. La madera para las vigas, naturalmente, no se cortaba al lado de la base, sino a unos trescientos pasos por lo menos. El

fondo de la zanja estaba apisonado y cubierto de ramas, para preservarlo de la humedad. La tierra extraída era esparcida lejos de allí o arrojada a los barrancos y ríos.

Estos fosos, que en realidad eran importantes depósitos subterráneos, tenían por techo unos troncos, recubiertos de tierra hasta el nivel del suelo. Luego tapábase todo con césped o musgo, donde se plantaban arbustos o pequeños arbolitos.

En más de una ocasión, Kapránov me llevó a los lugares de esas bases camufladas y jamás pude descubrir ninguna. Kapránov me indicaba unos tocones, diversas señales que yo debía recordar.

De ese modo los hombres de Kapránov construyeron nueve bases. Lo hicieron tan bien, que sólo una, y ésta, por casualidad, fue descubierta más tarde por los fascistas.

En total, los destacamentos de distrito construyeron unas doscientas bases en la región.

De no haberse realizado este trabajo, los destacamentos guerrilleros, sobre todo en el primer período de organización, lo hubiesen pasado mal. Las bases de aprovisionamiento decidieron el destino de muchas unidades guerrilleras. La población no siempre podía alimentarnos, y hasta que no empezamos a arrebatar armas al enemigo, no pudimos tampoco alimentarnos a su costa.

* * *

En una ocasión, en plena jornada de trabajo, al edificio del Comité Regional de Chernígov llegaron dos coches: una furgoneta cubierta y un coche de turismo. Los vi de refilón a través de la ventana que daba a la calle. Al cabo de un minuto me llamó el compañero de guardia y dijo con voz alarmada:

— Alguien quiere verlo, camarada Fiódorov, no sé qué coronel con dos soldados quiere verlo a toda costa... -Y prosiguió en voz baja-: Llevan una enorme maleta cada uno...

Al instante me acordé del reciente encuentro en la antesala del secretario del CC.

— No hace falta que siga -le dije al guardia- dígale al coronel que se ponga al teléfono... ¿Camarada Stárinov?

— Así es. ¡El jefe del centro operativo de instrucción del Frente Occidental, coronel Stárinov! ¿Se acuerda, nos vimos con Burmístrenko? ... Pues bien, ahora vengo a verle a usted. Con el mismo fin y las mismas maletas. Voy con el tiempo contado. Vamos de Gómel a Kiev...

Le di orden al guardia que dejara pasar al coronel con sus dos soldados sin dilación ni pase alguno y que llevaran su carga a mi despacho.

— Con las maletas? ¿Sin revisarlas?

— ¡Sí, sí! ¡Que suban inmediatamente!

Así que Stárinov vino a vernos. Mientras él subía al segundo piso, tuve tiempo de reunir a los miembros del Comité Regional clandestino: Popudrenko, Kapránov, Pétrik, Nóvikov y el encargado del departamento militar Démchenko. Les avisé que hablaran lo menos posible y escucharan con la mayor atención. El coronel que venía a vernos tiene una enorme experiencia en el arte de los minadores. Se trata de un veterano del Ejército Republicano español. Tenemos que recoger de lo que nos muestre la mayor cantidad de conocimientos posible.

Después de estrecharnos a todos la mano, Stárinov se excusé por tener ser breve.

— Me he enterado de que ustedes se preparan en serio para la lucha guerrillera y he decidido pasar a verles por propia

iniciativa. Antes que nada, tengan este ejemplar multicopiado de un folleto. Hagan lo posible por sacar copias cuanto antes y distribuirlas entre los jefes de grupo que vayan a quedarse tras las filas del enemigo... Y ahora tengo que pedirles una cosa. Saquen de la mesa los papeles, los tinteros y el cenicero. Les voy a mostrar todo lo que he traído. A medida que lo enseñe les daré las explicaciones oportunas.

El coronel hablaba en tono tranquilo, algo seco. Dos dedos de su mano derecha se movían con dificultad. Al fijarme en ello, retiré al instante la vista. Pero nuestro invitado era observador y se dio cuenta de mi mirada. Alzó la mano y con una sonrisa se dirigió a todos nosotros:

— Un recuerdo de España y un buen aviso: el minador debe ser rápido, hábil, pero... nunca darse prisa. Es una verdad que hay que repetir como los musulmanes sus oraciones: cinco veces al día. Bueno, ahora dediquémonos al contenido de las maletas.

No sé cómo estaban los demás, pero a mí esto me atraía y me sentía emocionado. Una tras otra se iban colocando sobre mi espaciosa mesa de trabajo filas de minas de todos los modelos posibles: redondas, planas, abombadas; antitanque, antiinfantería; para dinamitar puentes o convoyes en movimiento. Minas con ácido, minas con sorpresa y con interruptores de antiextracción. Ante tanta variedad la cabeza se me puso a dar vueltas. A medida que nos las mostraba, Stárinov nos explicaba cómo estaban construidas, el modo de empleo, las maneras de esconderlas. Hacía funcionar y nos dejaba manejar todas las minas: las minas de presión, de tracción, de encendido eléctrico. Entre los círculos, globos y óvalos metálicos destacaban dos trozos de carbón. Uno, brillante como la antracita y otro, de color opaco, como un trozo de carbón ordinario que se usa para la calefacción de las casas o para las calderas de las fábricas. Ambos pedazos de carbón estaban cargados de un poderosísimo explosivo capaz

de destrozar una locomotora, un barco, una fábrica o una mina. Para introducir un trozo de éstos en un depósito de carbón enemigo no se necesitaba ningún tipo de conocimiento especial, lo podía hacer hasta un niño.

Casi todos los modelos que trajo Stárinov tenían unos señalizadores eléctricos. Si estirábamos bien el cordón o apretábamos la mina se encendía una pequeña lámpara. Eso quería decir que se había producido la “explosión”.

Me acuerdo de cómo se le encendieron los ojos de la emoción a Nikolái Nikítich Popudrenko.

— ¡Pero si esto es un tesoro para el guerrillero! - exclamó.

— ¿Pero de dónde las vamos a sacar? - preguntó con una sonrisa burlona Vasili Lógvinovich Kapránov. Semión Mijáilovich Nóvikov comenté en tono sombrío:

— Indudablemente, aprender a manejar estos inventos es algo muy útil. Pero hay en eso algo que no entiendo. Tan sólo en nuestra región, en plena época de cosecha, trescientas mil personas se ven obligadas a cavar fosas antitanque y gastar nuestro precioso cemento para hacer diversos pilares y otras barreras que, tal como se ha visto por el curso de la guerra, no sirven para gran cosa. En cambio, las minas que usted, camarada coronel, nos está mostrando pueden utilizarse no sólo en la retaguardia del enemigo, sino también como un arma poderosa capaz de contenerlo. Y si es cierto lo que digo, ¿dónde están? ¿Por qué no las hay?

— Todo eso es cierto —contestó Stárinov en tono de amargura—. La producción de minas es inadmisiblemente pequeña. Pero el Mando Supremo ha tenido en cuenta la lección del primer mes de guerra, y ahora ya hay fábricas que han puesto en marcha sus cadenas de montaje... La historia de este asunto es complicada...

— Y ahora no es el momento de discutir sobre eso —añadí yo—. Dígame, camarada Stárinov, ¿usted se marcha?

— No más tarde que dentro de media hora.

— ¿Quién instruirá entonces a nuestros futuros guerrilleros?

— En cuanto llegue a Kíev le enviaré enseguida tres instructores. En lo que se refiere al abastecimiento en minas para las unidades guerrilleras, de esto se encargarán el Comité Central del Partido y el Mando Supremo. Lo que ahora tienen que comprender es lo siguiente: en la retaguardia del enemigo, una mina —no sólo de producción industrial, sino también la casera— es el arma más adecuada y certera. Es mucho más precisa que una bomba de avión e incluso que un proyectil de artillería. Para eso hacen falta cuadros formados. Es necesario formar centenares de minadores que se aficionen a la cosa. Miren por ejemplo —Stárinov sacó de la maleta una bola niquelada del tamaño de un huevo de ganso—. No es una mina, sino tan sólo un proyectil incendiario. Fíjense bien, no es un modelo o un juguete, es un arma de verdad. Sin embargo, ¿verdad que parece un juguete inofensivo? Doce camaradas nuestros —comunistas, guerrilleros españoles— se internaron en la retaguardia del enemigo el 5 de julio de 1937 con estos mismos “juguetes inofensivos”, los lanzaron en la dirección del viento sobre unos arbustos y un bosque de pinos que se encontraba próximo a un gran depósito de municiones de los sublevados. Al cabo de un cuarto de hora el fuego alcanzó al depósito; explotaban los cajones con los cartuchos, los proyectiles de artillería, mientras que nosotros nos íbamos tranquilamente del lugar. Atravesamos el río y despistamos a los sabuesos...

Tomé la bolita de las manos de Stárinov, la sopesé, estaba pulida por todos lados.

—¿Y dice usted que este “juguete” funciona? —pregunte a nuestro invitado— El suelo del patio es de cemento. Vamos a probarlo...

Después de estas palabras me introduje la bola en el bolsillo.

— ¡Cuidado! —gritó asustado Stárinov.

Me giré con gesto patoso, golpeándome con un ángulo de la mesa y en ese instante salieron de mí un torrente de chispas... no metafóricas, sino de verdad, de las que encienden todo lo combustible. Tuve suerte de que la bola me quemara en un instante el tejido del bolsillo y cayera al suelo. Al principio ni siquiera noté dolor. Me acerqué corriendo al cajón lleno de arena del cual salía una pala de zapador, la tomé y lancé la bola ardiendo por la ventana. Recordaré que en todas las casas y oficinas había gran cantidad de cajones con arena y extintores para los casos en que un avión alemán lanzara bombas incendiarias.

Todos, claro, se azoraron. Pero al momento llegó la enfermera, me curé la herida que era bastante profunda, puso una venda y pudimos proseguir nuestra lección. Así es, una lección o, mejor dicho, la clase. La pierna me dolía muchísimo, no obstante lo soporté esforzándome por comprender y asimilar cuanto más mejor...

...Al rato despedimos al coronel Stárinov y volvimos a mi despacho para leer en voz alta el folleto.

Yo comencé a leer, los restantes miembros del Comité Regional clandestino escuchaban. El dolor de la pierna era casi inaguantable si estaba sentado, así que leí el folleto de pie. En él se explicaba el modo y de qué materiales se podían hacer explosivos, cómo convertir un trozo de tubería en granadas de mano, cómo los abonos del campo de nitrifosfatos pueden emplearse por personas sin una preparación especial, por unos simples guerrilleros, para hacer bombas, cómo extraer sin demasiados riesgos de los proyectiles y bombas

de aviación del enemigo la trilita para volar los convoyes alemanes, cómo cambiar el estopín...

No acabamos de leer el folleto, aunque era casi imposible dejarlo de hacer. Llamé al director de la tipografía regional y le di orden de que imprimiera en un plazo no mayor de dos días trescientos ejemplares de él.

— ¡Para qué tantos! —intentó protestar Pétrik—. Si no tenemos papel suficiente para los carteles y pasquines...

Pasó medio año y resulté que esos trescientos ejemplares fueron una gota en el mar. Volvimos a hacer más copias en la tipografía de campaña de los guerrilleros.

En lo que se refiere a mi accidente... la pierna me dolió mucho tiempo, la quemadura fue profunda, la cicatriz me la trae a la memoria hasta ahora. Nunca olvidaré nuestro encuentro con Stárinov en Chernígov; desde aquel mismo momento me convertí en ardiente partidario de instruir a los guerrilleros en el arte del empleo de las minas.

El 18 julio, el Comité Regional recibió una nueva instrucción: organizar, además de los destacamentos guerrilleros de distrito, un destacamento regional de unos 150 ó 200 hombres, con sus respectivas secciones de caballería, minadores e infantería.

Comenzamos a reclutar voluntarios. A los pocos días, 186 hombres seleccionados, de probada confianza, se reunieron en la sala del Soviet de la ciudad para recibir las últimas instrucciones.

Había allí las más diferentes personas: cuadros del Partido, ingenieros, empleados, obreros, koljosianos, actores, músicos, cocineros... Todos ellos vestían de distinto modo, con arreglo a su situación social y a su género de vida.

Así, pues, los hombres habían sido seleccionados y las bases preparadas. Al parecer, todo estaba dispuesto para reci-

bir a los intrusos... ¿Habrían comprendido nuestros comunistas en la clandestinidad que lo fundamental era el apoyo del pueblo, que nuestra causa sagrada, cuando el enemigo campase por sus respetos en nuestra tierra, era estar al lado del pueblo, impulsarlo a la lucha? No había que olvidar que nosotros, los comunistas, éramos los organizadores solamente el armazón. He aquí lo que no se podía olvidar un sólo instante. Y entonces ninguna fuerza enemiga sería capaz de quebrantarnos.

En la mañana del 8 de agosto el primer grupo del destacamento guerrillero regional salió de Chernígov hacia el lugar de su dispositivo. El calor asfixiante presagiaba lluvia.

Setenta hombres, unos con chaquetas guateadas, otros con abrigos de invierno, algunos con abrigos de piel o de cuero marcharon al bosque.

Yo acompañé a los camaradas. Por ahora, iban únicamente de prácticas, para entrenarse. Así determinamos su misión. Nos guiaba el propósito de que los jefes y combatientes se imaginaran ser ya guerrilleros. Que aprendieran a esconderse, a disparar, a arrastrarse sin ser vistos hacia los "objetivos del enemigo".

El 10 de agosto, todo el destacamento regional llegó a su lugar de destino, a los bosques del distrito de Koriukovka, sector de Gúlino, al lado del río Snov. Habíamos elegido este sitio porque pensábamos que allí no se librarían grandes combates: así podrían esperar que el frente los rebasase y pasar desapercibidos.

El lugar nos atraía, además, por sus condiciones naturales. Entre los espesos zarzales que cubrían casi toda la orilla del río Snov, podía ocultarse todo un ejército. Y a unos doscientos o trescientos metros de la orilla, comenzaba el bosque.

Al día siguiente visité a los camaradas.

El jefe del grupo, capitán Kuznetsov, que anteriormente había trabajado en el Osoaviajim, y el comisario político, camarada Démchenko, encargado de la sección militar del Comité Regional, habían repartido ya entre los futuros guerrilleros las armas, y ahora se dedicaban regularmente a la instrucción militar: tiro al blanco, limpieza del fusil, reglamento militar, reglamento de campaña. Era un típico campamento de Osoaviajim. Comida a discreción y, hasta el momento, ningún peligro...; como si no hubiera guerra.

En Chernígov, se ordenó a los camaradas no tener trato con la población, no descubrirse, mas los guerrilleros estimaron, por lo visto, que eso era una medida circunstancial y comenzaron a ir por las aldeas en busca de leche y algunos de los jóvenes a pasear con las muchachas.

Por las tardes, en el campamento se cantaba y bailaba a los sones de un acordeón. El sitio era maravilloso, hacía calor, y a no ser por los fusiles en pirámide, hubiese podido creerse que aquello era una casa de descanso.

A las doce de la noche la gente, en grupos, se retira al cuartel, situado en la casa grande y bien acondicionada de la administración forestal. Los jefes se tumbaron en unas camas y los demás sobre montones de heno seco y fragante.

Pero en cuanto todos estuvieron acostados y alguien incluso empezó a roncar, se dio por orden mía la señal de “alarma”. Obligué a la gente medio dormida a formar y abandonar en el acto el cuartel para jamás volver a él. Les dije que tenían que pasar la noche en chabolas hechas entre los zarzales y ocultarse de la población mientras no llegasen las tropas enemigas.

— Debéis aprender a vivir de modo que todos ignoren vuestra existencia.

Alguien se acercó a mí y trató de convencerme:

— Pero aquí hay pantanos, la gente puede enfermar.

Mas cuando en el cielo bramaron los aviones alemanes y empezaron a caer bengalas, todos callaron impresionados...

Los aviones alemanes iban a bombardear Chernígov.

* * *

Nunca estuve de tan mal humor en mi vida como aquellos días del 23 al 29 de agosto de 1941.

Volvía del Frente Central, después de una conversación con el Consejo Militar, cuando tropecé con una columna de coches de turismo: detuve al primero y pregunté a sus ocupantes quiénes eran y a dónde iban. Yo examiné su documentación y ellos revisaron la mía. Los viajeros eran los dirigentes de la región de Gómel y con ellos iba el camarada Edínov, secretario del Comité Central del Partido Comunista (bolchevique) de Bielorrusia.

— Los nuestros han dejado Gómel —me dijo el camarada Edínov—. Los alemanes avanzan sobre Chernígov.

Llegué al Comité Regional rendido de cansancio y hambriento. Me llevaron al despacho un plato de "borsch"; me senté al lado de la ventana y coloqué el plato sobre el alféizar.

Aulló la sirena. Últimamente, todos los días teníamos unas veinte alarmas. Yo estaba acostumbrado ya y la mayoría de las veces ni siquiera bajaba al refugio. Los bombardeos, hasta entonces, no habían sido muy intensos.

Mientras comía, miré por la ventana. Desde allí veía una gran parte de la ciudad. Por encima de los tejados divisé a lo lejos varios aviones. De entre las nubes se desprendió otra negra bandada y un minuto después ya estaban los alemanes sobre la ciudad. Vi cómo caían las bombas y hasta pude preci-

sar que el primer edificio volado había sido el teatro, después el local de las milicias, el edificio de Correos... Seguí comiendo maquinalmente. Los bombarderos pasaron por encima de la casa del Comité Regional. Las explosiones, el traqueteo de las ametralladoras y el estampido de los antiaéreos fundiéronse en un horrible estruendo... La gente corría alocada por las calles. Alguien gritaba desesperadamente, era imposible descifrar si era una voz de hombre o de mujer...

Salí del despacho y me encaminé al refugio. Iba como mareado. Se me acercaban los compañeros de trabajo; yo respondía maquinalmente a sus preguntas. Tenía la sensación de que un peso inmenso había caído sobre mis espaldas...

En el pasillo, casi en tinieblas, me detuvo un hombre a quien no conocía.

— Estoy aquí desde esta mañana, camarada Fiódorov. Vengo del distrito...

— Dígame.

— Me han expulsado del Partido y he recurrido ante el Comité Regional... Estamos en guerra, camarada Fiódorov, ¿cómo puedo vivir fuera del Partido? ...

— ¿No sabe usted que hay alarma aérea? Para resolver su asunto, tengo que llamar a los camaradas, examinar documentos. Y todos están en el refugio... Le ruego que venga usted mañana.

— Mañana será tarde. Los alemanes se acercan a nuestro distrito...

En aquel instante una bomba estalló tan, próxima que bajo nuestros pies tembló la tierra.

Esto no pareció impresionar a mi desconocido interlocutor. Yo aceleré el paso. El siguió andando a mi lado.

— Comprenda, camarada —proseguí yo—, que en esta situación es imposible.

— Sí, sí —accedió él tristemente, y me tendió la mano.

No me fijé en su rostro, pero su apretón de manos fue cordial. Lamenté sinceramente no haber podido hacer nada por él.

Por primera vez pasé toda la noche en el refugio. Los aviones alemanes volvieron doce veces. Estar sentado, esperando pasivamente, sin saber ni ver nada, es una ocupación humillante.

Por la mañana, aunque la alarma seguía, regresé al Comité Regional.

Negras madejas de humo colgaban sobre los tejados de las casas, lenguas de fuego subían hacia el cielo. Por todas partes crepitaban los incendios. Los bomberos trataban de apagar las llamas, pero qué podían hacer cuando a cada minuto surgían nuevos y mayores focos! La gente sentíase incapaz de luchar contra el fuego.

En Chernígov ya no quedaban más que unos centenares de personas: casi toda la población había evacuado.

El mando alemán no ignoraba, naturalmente, que en la ciudad no existían unidades ni objetivos militares. Sin embargo, los pilotos alemanes destruían cualquier casa que apareciese a sus ojos, perseguían a cada persona que lograban divisar. Los pilotos alemanes actuaban con arreglo al feroz programa del fascismo.

En una tregua, decidí recorrer la ciudad.

Marchamos por la calle de Shevchenko. Cada tres o cuatro casas, un incendio. A nuestro encuentro venía galopando un caballo cojo. El chófer tuvo que meterse en la acera, si no el animal, enloquecido, se hubiera precipitado sobre el coche.

Detrás de nosotros, a unos quince metros todo lo más, se desplomé un muro. Las vigas cayeron ardiendo sobre el caballo.

En la ancha acera vi a un hombre con sombrero y gafas que andaba a gatas. Le llamé. No me respondió. El chófer detuvo el coche y yo volví a gritar:

-!Camarada!

Entonces se levantó, me miró con unos ojos turbios y corrió hacia el portal de una casa. Hubiera sido absurdo seguirle.

Salimos a la plaza de Kúibishev. La mayor parte de las casas ardían, algunas habíanse desplomado ya; hasta en el centro de la plaza se percibía el calor de las llamas.

En medio de la plaza, con los brazos extendidos, estaba de pie un hombre alto y grueso, con el rostro negro por el hollín. Le llamé.

No nos veía. Volví a llamarle inútilmente. El chófer acercó el coche hasta casi rozarle. Así al hombre alto de una mano y él se metió dócilmente en el coche, pero tardó aún bastante en responder a mis preguntas.

Más tarde, cuando le conté cómo le habíamos encontrado, se encogió de hombros:

— No recuerdo nada.

Recorrimos varias calles más. Cuando llegamos al jardín, volvieron a aparecer los “Heinkel”. Uno de ellos lanzó una ráfaga de ametralladora contra el coche.

Recogimos a otras dos personas. A uno lo tuvimos que atar: se había vuelto loco.

Tardamos casi una hora en el viaje. Durante este tiempo, la ciudad volvió a ser bombardeada por dos grupos de aviones de bombardeo. Regresamos al Comité Regional. Yo tenía miedo de no encontrar allí más que escombros. Pero el Co-

mité Regional, por milagro, estaba casi intacto. En un radio de doscientos metros no había quedado casa sin averiar; sin embargo, en el edificio del Comité Regional habían volado tan sólo algunos cristales.

Aquella noche tomamos la decisión de evacuar. El Comité Regional del Partido, el Comité Regional del Komsomol y el Comité Ejecutivo Regional debían dirigirse al pueblo de Lukashovka, a quince kilómetros de Chernígov. Era insensato quedarse allí. Chernígov estaba completamente aislado. La central eléctrica había sido averiada y cortadas las comunicaciones telegráficas y telefónicas. En la ciudad apenas quedaban habitantes: las fábricas y empresas también habían sido evacuadas.

Abandonamos apesadumbrados la ciudad desierta y destruida.

Al pasar por delante de mi casa, descubrí con asombro que estaba intacta. Pensé en detener el coche y llevarme algunas cosas, una muda de ropa, por lo menos, unas botas... Pero no me decidí, cosa que no tardé en lamentar.

Yo llevaba un abrigo de cuero, guerrera, pantalones militares y botas de piel de becerro. Colgaba de una correa la cartera de campaña. Este era todo mi bagaje.

El 26 de agosto salieron ya de Lukashovka hacia el distrito de Jolm, en un camión y en un coche de turismo, veintiséis guerrilleros más y una parte del Comité Regional clandestino encabezado por el camarada Popudrenko. Habíamos decidido que yo me quedaría cierto tiempo aún.

Al despedirme, abracé a cada uno de ellos.

— Tan pronto termine de evacuar la población y las empresas, industriales -les dije- y acompañe al Ejército Rojo hasta los límites de la región, volveré a reunirme con vosotros. ¡Estad seguros de que os encontraré!

Al día siguiente, supe que los distritos de Jolm y Koriukovka habían sido ocupados ya por los alemanes. El grupo de Popudrenko pasó la línea del frente con ayuda de los combatientes de la 18 división, que se encontraba en aquel sector.

Yo no sabía entonces que me esperaban muchas peripecias antes de reunirme de nuevo con mis camaradas.

* * *

Voy a hablar brevemente de mi infancia y de mi juventud. Abandonado por mis padres, fui recogido por Maxim Trofímovich Kostiria, piloto de una barcaza de Dniéper, al que expreso mi agradecimiento.

Todos sabían que yo era un expósito y los chicos, naturalmente, se burlaban de mí, aunque me tenían miedo: mis puños eran fuertes. Y si no hubiera sido por la revolución, ¡cuánto me hubiese tocado sufrir en mi juventud!. Las muchachas decentes no se dejaban cortejar: ninguna querría casarse con un bastardo.

Vivía en las afueras de Ekaterinoslav, actualmente Dniepropetrovsk, en el poblado de Lótsmanskaia Kámenka. Allí me recuerdan todavía. Terminé con buenas notas una escuela de dos años. Yo era un chico muy travieso, pero tenía afán por aprender: Acaso porque comprendiera desde pequeño que la vida me sería difícil.

A los doce años comencé ya a trabajar. Fui zagal del pastor de un ricacho. A los catorce años me separé de mi padre adoptivo y comencé a ganarme yo solo la vida. He sido pastor, acarreador, trabajé en la construcción. Así hasta los diecinueve años.

A principios de 1920 trabajaba en un hospital; hacía todo lo que me ordenaban: barría el patio, partía leña, encendía las estufas, sacaba a los muertos. En el hospital ingresaban, de vez en cuando, combatientes del Ejército Rojo. Probable-

mente influenciado por ellos, se me ocurrió ingresar voluntario en el Ejército Rojo. Tenía ya bastantes años, y podría haberme dado cuenta por mí mismo que el Ejército Rojo era precisamente el lugar que me correspondía. Pero no fue así. Me atraía más el aspecto material: la ropa, el calzado, la buena alimentación.

Hice un curso de seis meses en una escuela de caballería y de allí sal í como ayudante de jefe de sección. Me destinaron al regimiento de caballería Nº 54, de la 9ª división de caballería del Kubán. En aquel entonces era yo un buen mozo. Montaba bien a caballo, pero con los cosacos del Kubán es difícil competir en eso. Todos eran soldados veteranos que habían pasado por la guerra con Alemania y la civil. No podía ocupar entre ellos un puesto de mando, aunque no fuese importante, y por eso quedé como ayudante del jefe del escuadrón.

Participé en algunos combates. Al principio, nuestra unidad retrocedió, pero después pasó a la ofensiva. En mi vida personal no ocurrió nada de particular en aquella época, si descontamos que me hice un celoso partidario del arma de caballería y un entusiasta del caballo, de las espuelas y del sable. Yo pensaba entonces que mi destino y mi vocación eran pertenecer a la caballería. Sin embargo, no llegué a oficial: durante una expedición contra la banda de Tiutiúnik caí enfermo y me llevaron al hospital con una pulmonía. La enfermedad se complicó, y tardé en curarme más de medio ano. Una vez repuesto, el Comisariado de Guerra me destinó a un regimiento ferroviario como jefe de sección.

Allí presté servicio, luchando contra los bandidos hasta 1924. Ese mismo año fui desmovilizado, y así terminó mi carrera militar.

Contaba entonces 23 años, pero no tenía ninguna profesión, y ni siquiera un propósito determinado. Estaba seguro, sin

embargo, de que sabría andar por la vida. Físicamente era fuerte y en el ejército había templado mi voluntad.

Tenía grandes deseos de estudiar. Pero no era posible ingresar en un instituto o en una escuela técnica. Me faltaban los conocimientos para ello. Decidí trabajar y estudiar al mismo tiempo.

Logré entrar de ayudante de entibador en la construcción del túnel ferroviario Merefa — Jersón. Digo que lo logré, porque en aquel entonces había muchos parados todavía.

En la construcción del túnel es cuando recibí una educación bolchevique y adquirí un verdadero temple de obrero.

El trabajo era duro, siempre en las tinieblas y en la humedad. Pero yo estaba encariñado con el trabajo, con los hombres que dominaban el oficio a la perfección.

Vivía en el poblado de Mandrikovka, próximo a las obras. Poco después me casé. Como tenía que montar la casa, trabajaba con ahínco.

¿Cuáles eran entonces mis aspiraciones y mis deseos? Ya estaba casado y tenía una hija. Si en aquel tiempo me hubieran dicho: “Qué te parecería, Alexéi, si fueras a trabajar al Partido, primero de secretario de un Comité de Distrito y después de secretario de un Comité Regional?, me hubiese encogido de hombros echándome a reír. Ni siquiera pertenecía al Komsomol.

Si yo sentía grandes deseos de instruirme, el Poder soviético y el Partido Comunista tenían un interés aún mayor en que personas como yo estudiaran y se capacitasen.

Mis aspiraciones eran modestas: ser contramaestre de mina. Por eso me fijaba atentamente en los camaradas mayores, más expertos, y no me negaba a hacer ningún trabajo.

No existía aún el movimiento stajanovista[2], hasta los obreros de choque aparecieron más tarde. Si, por ejemplo, algún obrero rebasaba en mucho la norma, alguno de los viejos solía decir: “No rebajes los salarios”. Ya entonces eso no me gustaba. A veces, hasta los delegados sindicales se enfrentaban resueltamente a la administración: “La administración es la que debe responder por el plan..

Tampoco eso era de mi agrado.

Para mí eran un modelo los obreros que trabajaban no por obligación, sino a conciencia.

Me agradaban, sobre todo, dos contramaestres de turno: los hermanos Grigorián, Artiom e Iósif. Sencillos en el trato, ayudaban siempre con sus consejos tanto a viejos como a jóvenes y, si a alguno le hacía falta, le prestaban dinero. Eran unos magníficos obreros, que se complacían en enseñar lo que sabían, gente alegre, aficionada a bailar y a pasar el tiempo libre con los amigos. No eran reacios a beber, pero no rebasaban la medida. Me gustaba cómo iban vestidos: bien, pero sin ostentación.

Mi mejor amigo y maestro era Iván lvánovich Bobrov, que trabajaba en el mismo turno que yo. También era entibador, pero de categoría superior a la mía. Bobrov era comunista y realizaba un gran trabajo social: era el encargado del sector de la producción en la organización sindical de la mina.

Bobrov fue quien me acostumbró a leer regularmente los periódicos y consiguió que la lectura llegara a ser para mí una necesidad vital; gracias a él me aficioné a la literatura política. Bobrov me llevaba consigo a las reuniones sindicales, me

---

[2] ***Stajanovista:*** *Movimiento de masa entre los trabajadores de la URSS por una elevada productividad del trabajo y una mejor utilización de la técnica. Llamado "stajanovista" por el nombre del iniciador de este movimiento, el minero de la cuenca del Donets, Alexéi Stajánov. (N. del Trad.)*

hacía intervenir en la discusión de los problemas de la producción y fue el primero en hablar conmigo sobre mi ingreso en el Partido.

Mientras tanto, en Mandrikovka se había construido un club. Y si antes nos pasábamos las tardes en casa, o íbamos de visita, o paseábamos en grupos por las calles del pueblo, ahora empezamos a tener nuevas ocupaciones. En el club había biblioteca y dos círculos artísticos de aficionados: el dramático y el musical.

Mi historia no tiene nada de extraordinario para un ciudadano soviético. Se puede resumir en unas palabras: el Partido, el Poder Soviético han sido los que me educaron, los que me impulsaron hacia adelante. Mi espíritu, mis horizontes han ido desarrollándose paralelamente al desarrollo cultural del país.

Un año más tarde fui elegido miembro del Comité sindical, al mismo tiempo desplegaba una intensa labor en el club. El 27 de junio de 1926 era ya candidato a miembro del Partido. Y justamente un año después, el 27 de junio de 1927, recibí el carnet de militante del Partido Comunista.

A fines de 1927, cuando terminamos el túnel, ya era contramaestre minero, y cobraba un buen salario. Tenía veintiséis años y era un hombre serio. Por lo que se refiere a mi actividad social, estaba encargado de los asuntos del club, presidía la Comisión cultural del sindicato y había sido elegido miembro del Buró de la organización del Partido.

Después me llamaron a Moscú, al Comisariado del Pueblo y me propusieron marchar al Cáucaso a trabajar en la construcción de la central eléctrica de Rion; muchos de estos trabajos eran en roca y había que abrir varios túneles. Trabajé también allí de contramaestre y después regresé a Ucrania.

Frisaba ya en los treinta años, y me encontraba en Ucrania, después de haber trabajado en Dniepropetrovsk, cuando conseguí, por fin, realizar mi antigua aspiración de estudiar.

Ingresé en el tercer curso de la Escuela Técnica de Construcción en Chernígov. Al año terminaba los estudios y ya comenzaba a pensar en proseguir estudiando en el instituto, cuando mi destino cambió bruscamente. Me llamaron al Comité Urbano del Partido y allí me dijeron:

— Necesitamos hombres como tú para trabajar en los distritos rurales.

—Y cómo son "esos hombres"?

— De origen proletario, educados en la producción, fieles al Partido. En los distritos rurales nos faltan hombres así.

Y salí para la región de Chernígov, hacia el distrito de Koriukovka, como presidente del Consejo Sindical de la región.

Después fui elegido presidente de la Comisión de Control[3] en el distrito de Ponornitsa, de la misma región. Algo más tarde me eligieron para segundo secretario del Comité de Distrito.

El Partido seguía interesándose por mi, me ayudaba a desarrollarme. En los cursos de preparación de secretarios, organizados por el Comité Central del Partido Comunista (bolchevique) de Ucrania en Kíev y, más tarde, en los cursos del Comité Central del Partido Comunista (bolchevique) en Moscú, obtuve los conocimientos teóricos que me faltaban.

A principios de 1938 fui elegido primer secretario del Comité Regional de Chernígov del Partido Comunista de Ucrania.

Soy un cuadro del Partido. Eso quiere decir que todo mi tiempo, toda mi inteligencia, todas mis fuerzas están al servicio del Partido. Y a cualquier parte donde vaya, cualquier co-

---

[3] ***Comisión de Control:*** *órgano electivo del Partido destinado a prestar ayuda a los comites del Partido para afianzar la disciplina, luchar contra las infracciones de los estatutos y decisiones del Partido y atraer a las amplias masas al trabajo para el mejoramiento del aparato soviético. (N. del Trad.)*

sa que el Partido me ordene, la cumpliré como un deber sagrado.

Ahora, cuando miro atentamente a mi alrededor y me fijo en los camaradas que marchan a mi lado, veo que la enorme mayoría de ellos han salido del pueblo. Sus biografías pueden ser distintas, pero sus intereses y sus objetivos son los mismos: los que marca el programa del Partido bolchevique.

Días difíciles

Nuestras tropas retrocedían combatiendo. Todos los distritos de la región de Chernígov, a excepción de Yablunovka, estaban ya ocupados por el enemigo en Yablunovka - un poblado pequeño y pintoresco, abundante de vegetación -, habíanse concentrado centenares de autos, decenas de unidades militares, carros llenos de refugiados, grupos de gente que nadie conocía. Los aviones volaban de día y de noche. Lanzábanse en picado sobre las caravanas de autos, incendiaban las aldeas, disparaban en vuelo rasante contra grupos de gente que marchaba por los senderos, contra los rebaños de vacas...

En este pueblo, el 15 de septiembre, se reunieron por última vez los representantes de las organizaciones del Partido, de los Soy jets, del Komsomol y otras de la región de Chernígov. Éramos unos treinta hombres.

La reunión se celebró en el Comité de Distrito del Partido. Habíamos tapado cuidadosamente las ventanas. Sobre la mesa ardía un quinqué de petróleo al que faltaba la camisa. Desde la calle llegaban el ruido de los carros, las voces de los carreros, el zumbido de los motores de los autos. La casa

temblaba sacudida por las explosiones de las bombas de aviación y de los proyectiles de artillería.

El quinqué expandía un humo denso. Esperando a que se hiciese un poco de silencio, aunque relativo, claro está, examinaba a los reunidos. Nadie podía permanecer tranquilo ni callado. Yo conocía personalmente a casi todos, pero a muchos; al verlos sin afeitar, con los ojos inflamados por el cansancio y la ansiedad, apenas si los podía reconocer.

Golpeé la mesa pidiendo atención. Y, más o menos, pronuncié estas palabras.

— En el orden del día no figura más que una cuestión. Todos, claro está, sabemos cuál es. Nuestro ejército abandona mañana el último distrito de la región de Chernígov. Y nosotros somos de aquí, camaradas. En estas tierras han luchado contra los alemanes los famosos destacamentos de Schors[4]. Supongo que no será necesario haceros propaganda. La decisión está tomada. Mañana todos pasamos a la clandestinidad. Cada cual conoce sus obligaciones, su lugar, su nuevo nombre, su contraseña de Partido... Ha llegado el momento decisivo, camaradas...

Una voz chillona, que no reconocí, me interrumpió desde un oscuro rincón.

— ¡No es justo eso, camarada Fiódorov!

— ¿Qué no es justo? Salga aquí, a la luz.

Pero el que hablaba prefirió continuar el “debate” desde el oscuro rincón. Atragantándose y balbuciendo habló presuroso.

---

[4] ***Schors Nikolái (1895-1919)****: Héroe de la guerra civil, uno de los organizadores del movimiento guerrillero del pueblo ucraniano durante la ocupación alemana del año 1918 (N. del Trad..)*

— No se sabe dónde puedo ser más útil. Es una decisión, pero yo no comprendo por qué se ha tomado. No estamos armados como es debido. Los cuadros dirigentes del Partido y de los Soviets de la región pueden ser exterminados uno a uno, por cualquier estúpida casualidad. Usted, como secretario del Comité Regional, debe preocuparse de conservar...

Me costó grandes esfuerzos dominarme. Incluso ahora, al recordar aquella vocecita vil que salía de la oscuridad, vuelve a encendérseme la sangre.

Golpeé la mesa con el puño y traté de decir con voz serena y persuasiva, pero no sé cómo saldría.

— Cállese, ¿me oye? No se ocupe de los cuadros dirigentes, y venga aquí, haga el favor. Hable de usted. ¿Qué quiere?

El hombre se acercó, mejor dicho, se arrastró, agarrándose al respaldo de las sillas; cuando llegó a la mesa apoyó en ella las manos abiertas. No me miró a la cara ni una sola vez. Era Rojlenko, antiguo presidente del Consejo Regional de la Cooperativa de Consumo y... futuro pastor. Llegó hasta el extremo de fingirse loco, engañó a los médicos, le eximieron del servicio militar y estuvo apacentando vacas cerca de Orsk.

Pero esto ocurrió más tarde. Aquella vez, en la reunión, dijo, sin mirar a nadie:

— Estoy dispuesto a defender a la Patria hasta la última gota de mi sangre. Pero os ruego que me enviéis al ejército. No quiero perecer estúpidamente, como un perro... No quiero, no puedo...

"No quiero, no puedo"; de mi memoria no se ha borrado aquella voz temblorosa, aquella fisonomía barbuda y crispada. Más tarde me contaron que en una conversación íntima había expuesto su verdadero criterio: "En esta guerra, lo más importante es conservar la vida".

Pues bien, me parece que la ha conservado.

Ahora, al mirar hacia atrás y examinar tranquilamente todo lo visto durante la guerra, se comprende que en la elección de los hombres, en aquel primer período, forzosamente tenía que incurrirse en equivocaciones enojosas, por decirlo asi.

... Después de las “manifestaciones” de Rojlenko, todos nos pusimos de acuerdo rápidamente sobre el modo de llegar a nuestros lugares de destino. Nos distribuimos en grupos. Conmigo quedaron los camaradas Pétrik, Kapránov, Kompanéts, Siromiátnikov, secretario del Comité Regional del PC (b) de Zhitómir y Rudkó.

* * *

El 16 de septiembre por la mañana, los alemanes comenzaron a batir Yablunovka con morteros.

Desde aquel momento el Comité Regional del Partido de Chernígov se encontraba en la clandestinidad. Pero, ¿existía efectivamente? La existencia del Comité Regional presupone también la de las organizaciones de distrito y de base. Yo no ponía en duda que las hubiera. Pero ¿dónde estaban? ¿Cómo ligarme a ellas, cómo dirigirlas? Todos estas cuestiones me preocupaban mucho.

La estructura de la organización legal del Partido había sido rota. Y nosotros, los dirigentes, constituíamos un pequeño grupo de hombres mal armados, sin un lugar fijo, sin medios de transporte y comunicaciones.

Pero la fe en la fuerza del Partido, en la fuerza de resistencia del pueblo era un apoyo moral para cada uno de nosotros.

El objetivo estaba claro: abrirse paso hacia las regiones forestales del Norte, allí donde teníamos nuestras bases, don-

de estaba Popudrenko con el destacamento regional de guerrilleros. Y ya desde allí podríamos establecer contacto con los Comités de Distrito y las células. El objetivo estaba claro, pero, ¿cómo alcanzarlo?

Pensábamos salir por la noche hacia Bubnovschina. Allí cambiaríamos de ropa, es decir, trataríamos de conseguir una ropa más adecuada: pensábamos hacernos pasar por combatientes del Ejército Rojo evadidos del cautiverio.

Mas ya por la mañana supimos que Bubnovschina había sido ocupada por el enemigo. Por última vez nos sentamos en el auto del Comité Regional y salimos para Piriatin, cabeza de distrito de la región de Poltava.

Piriatin casi estaba cercado. Los alemanes habían envuelto la ciudad y la mayor parte del distrito. Dos o tres divisiones nuestras habían establecido una línea de defensa circular, y trataban de romper el cerco del enemigo.

Se ha escrito mucho sobre los cercos alemanes en aquel período. Yo no he sido ni oficial ni soldado de aquella agrupación bloqueada por el enemigo, y no soy quién para juzgar de los méritos y defectos de la operación de Piriatin. Por eso me limitaré a relatar lo que ocurrió con nuestro pequeño grupo.

El día que llegamos a Piriatin, los alemanes bombardeaban tan intensamente la ciudad, que tuvimos que pasar varias horas metidos en una zanja. Estábamos de un humor de mil diablos. Sin embargo, ni siquiera aquel día perdimos la costumbre de reír.

Cuando salimos corriendo desde el coche hacia la zanja, uno de nuestros camaradas, hombre muy serio, al ver un avión alemán que volaba bajo, sacó de pronto una bomba de mano que llevaba en el cinto y alzó el brazo... Tuvimos que sujetarle. Estaba dispuesto a lanzar la bomba contra el avión. Se

recobró en el acto y lo mismo que todos nosotros se echó a reír.

Hubiera sido perfectamente inútil permanecer en Piriatin. Decidimos abandonar la ciudad y abrirnos paso hacia nuestra tierra de Chernígov.

Nuestro confortable “Buick” ya no nos hacía ninguna falta. Quisimos entregárselo a algún oficial, mas no encontramos a nadie que quisiera cargar con el hermoso coche, muy bueno para la ciudad, pero poco adecuado para el frente. En el depósito no quedaba ni una gota de gasolina.

Teníamos guardado un cuarto litro de alcohol. Rocié con un poco de alcohol los asientos del coche y el motor. El resto lo derramé sobre la capota y acerqué una cerilla encendida; una alta llama azul subió hacia el cielo.

Kapránov, Rudkó, Kompanéts, Pétrik, Bobir, Roguinéts, Siromiátnikov y yo echamos a andar por la carretera en dirección al bosque.

* * *

Aunque los alemanes tenían cercado el distrito de Piriatin, no habían conseguido establecer una línea continua de frente. El mando alemán recurría a aparatosos efectos de luz y de ruido y también a inesperados asaltos, con una abundancia de fuego inútil e insensato.

Ninguno de nosotros era militar profesional: no podíamos darnos exacta cuenta de la situación.

Recuerdo que aquel día me encontré con la gente más diversa, unos conocidos y otros no. Todos tenían algo que preguntar. Uno inquiría la suerte de alguna aldea; el otro, si habíamos visto a una compañía de zapadores, aquél pedía un

pitillo y procuraba enterarse con disimulo de quiénes éramos y qué hacíamos allí.

En la linde del bosque donde estábamos acampados, había tanto movimiento como en la calle de Gorki de Moscú en un día de sol. Claro, menos ordenado, pero, en cambio, mucho más ruidoso.

Los obuses silbaban por encima de las cabezas; a derecha e izquierda oíase el tableteo de las ametralladoras. De pronto, vimos a Rojlenko. Se acercó con bastante desenvoltura, aunque bien es verdad que no se atrevió a tender la mano a ninguno.

— ¡Ah, camarada Fiódorov! - exclamó dirigiéndose a mí-. ¡Conque también usted ha abandonado la región de Chernígov! Bueno, vamos juntos.

Tuvimos que atajarle enérgicamente. Pero a Rojlenko le impresionaron menos nuestros insultos que nuestro firme propósito de abrirnos paso hacia la retaguardia alemana. Alejóse de allí inmediatamente.

Tuvimos también encuentros agradables. Quizás el más grato nos ló deparó Vladímir Nikoláievich Druzhinin.

Uno de los camaradas, creo que fue Kapránov, dijo:

— Mirad, es Druzhinin.

Yo lo llamé. Nos abrazamos, después desayunamos juntos los restos de un bote de conservas y bebimos una copa. Hacía un año que no nos veíamos. Habíamos sido grandes amigos. Nuestra amistad databa ya de 1933, cuando yo trabajaba en el distrito de Ponornitsa. El estaba entonces al frente de la sección de organización del Comité de Distrito de Nóvgorod-Séverski, que era vecino al nuestro. Tenía la maravillosa cualidad que tanto apreciaba yo en él de no sentirse jamás abatido. Siempre lo hacía todo alegremente, entre bromas y chanzas; era un hombre enérgico, de rebosante

vitalidad, y, además, un magnífico organizador. Vladímir Nikoláievich sabía hablar con naturalidad y soltura lo mismo con un obrero que con un campesino o un intelectual.

Desde 1938 hasta 1940 había trabajado conmigo en el Comité Regional de Chernígov, como encargado de la sección de organización. En vísperas de la guerra, Druzhinin fue elegido segundo secretario del Comité Regional de Ternópol.

Y ahora, el destino volvía a juntarnos. Vladímir Nikoláievich vestía capote militar y tenía el grado de mayor. Era comisario de un batallón y había participado en los combates. Nos pusimos a convencerle de que se viniera con nosotros a trabajar en la clandestinidad, con los guerrilleros.

La propuesta le agradó. Su unidad había salido ya del cerco. El Estado Mayor de la división a donde debía dirigirse para establecer contacto había "cambiado de emplazamiento" con ayuda de aviones.

Druzhinin era ahora jefe de su propia persona; no tenía a quién informar.

— Está bien, camarada Fiódorov, me pongo a sus órdenes. Nos dedicaremos a organizar en la retaguardia una división guerrillera.

Y, en efecto, juntos organizamos nuestra unidad, él de comisario y yo de jefe. Pero eso fue más tarde. En aquella ocasión, Druzhinin se esfumó tan repentinamente como había aparecido.

No sé quién tenía un mapa del distrito. Logramos orientarnos, establecimos con nuestros medios la situación y acordamos avanzar todos juntos hacia la aldea de Kurenkí y desde allí, por un atajo, dirigirnos a Chernígov.

Al oscurecer salimos a la carretera. El tiempo era infame: lluvia fría y y viento huracanado. No se veía nada. Solamente el resplandor de los incendios iluminaba el cielo: ardía la ciu-

dad, ardían las aldeas. Se luchaba delante y detrás de nosotros y a derecha y a izquierda. A cada instante recomenzaba el tiroteo, pero no sabíamos quiénes disparaban ni por qué.

Grupos de hombres, unos vestidos de paisano, otros de militar, pasaban a nuestro lado o los veíamos venir de frente. Tropezábamos con cadáveres humanos y caballos muertos. Los autos, con los f aros apagados, nos alcanzaban.

Poco después nos enteramos de que no podíamos ir a Kurenkí: los tanques alemanes habían penetrado allí. Pero nuestro deber era no detenernos y seguimos caminando.

Las pesadas botas de piel de becerro, bastante toscas, me rozaban los talones. Quizás llevara los peales mal puestos, o tal vez el contrafuerte fuese demasiado duro; el caso era que las malditas botas me hacían daño y no me sentía con ganas de hablar de nada; sólo pensaba cómo cambiar de calzado.

Pero yo no quería descubrir mi malestar a los camaradas; sobre todo porque alguno comenzaba a quejarse ya. El grande y grueso Siromiátnikov se lamentaba de que le dolía el corazón.

— Son figuraciones tuyas -le decía yo tratando de animarle-. No hagas caso del corazón, camarada Siromiántikov. Y acuérdate de que el corazón es un órgano de retaguardia que no se recomienda llevar a la guerra.

De ese modo procuraba alentar a Siromiátnikov. Pero cuando me dijo que se ahogaba y me pidió que hiciéramos un alto, confieso que me alegré de la ocasión.

— Bueno, camaradas, hay que atender al ruego de Siromiátnikov. Padece del corazón. Hagamos un alto.

Nos sentamos al lado de una zanja. Me quité las botas en el acto y comencé a liarme de nuevo los peales: tenía ampollas en los pies, y en algunos sitios, hasta sangre. Con una vara me hice una especie de bastón bastante sólido y dije:

— También puede servirme de arma. Si le doy con él a un alemán en el casco, puedo romperle la cabeza.

Mas a pesar de las bromas, los pies me seguían doliendo. Estábamos así, sentados al borde de la zanja, cruzando de vez en cuando alguna que otra palabra.

Y, de nuevo, a la carretera, a chapotear en el barro. Al amanecer vimos que, al mismo tiempo que nosotros, avanzaba una importante unidad militar, acompañada de bastante población civil. Todos eran hombres; no se veían ni mujeres ni niños. Los paisanos tenían un aspecto parecido a nosotros: unos llevaban la pistola colgada al cinto, a otros les abultaba el bolsillo.

A la izquierda, a unos trescientos metros del camino, divisábase un bosque.

Los bosques de la región de Poltava no son grandes ni espesos. Sin embargo, de día más vale ir por el bosque que a campo traviesa o por la carretera. Así, por lo visto, pensaban muchos. Alguien envió una patrulla de exploración al bosque. Comunicaron que había allí unos grupos insignificantes de alemanes. Y nosotros, entre militares y paisanos, éramos un millar aproximadamente.

Los oficiales se reunieron, deliberaron y decidieron arrojar a los alemanes del bosque. Se dio la orden de desplegarse en línea.

Nuestro grupo también lo hizo.

Los alemanes intentaron repeler el ataque con fuego de mortero y fusiles automáticos, pero nuestra superioridad era evidente. Tomamos el bosque. Aunque pequeño, abundaban los árboles y arbustos... Al desplegarnos, Rudkó había quedado junto a mí: a él lo encontré, pero Druzhinin, Kapránov, Kompanéts y otros desaparecieron sin dejar rastro.

Abandonamos la carretera muy oportunamente. Media hora más tarde aparecieron en ella unos motoristas alemanes, seguidos por unas treinta tanquetas. De habernos encontrado con ellos, lo habríamos pasado mal.

Pável Rudkó era mucho más joven que yo, más fuerte y más ágil. Cuando era preciso saltar de un mojón a otro, yo tardaba mucho, como si tuviera que zambullirme en un río de agua muy fría. Saltaba pesadamente; las rozaduras de los talones me hacían un daño atroz. Rudkó saltaba como un cabritillo y sonreía. Pero, a pesar de eso, cuando hacíamos un alto se alegraba más que yo.

A Rudkó le gustaba mucho hablar. Tan pronto nos deteníamos en algún sitio, Rudkó comenzaba:

— ¡Qué horror! ¿Se ha fijado usted, Alexéi Fiódorovich, en aquel cadáver del koljosiano caído al lado del tocón del roble? Aquella mano rígida, crispada, los ojos abiertos... Parecía que estaba pronunciando un fogoso discurso, dirigiéndose al pueblo...

Después de un minuto de silencio, Rudkó miraba a su alrededor y proseguía:

— Mire ese pájaro. Es un gorrioncito corriente. A él poco le importa -todo. Pía: chic-chiric. Y mientras canta esta sencilla canción, centenares, ¡qué digo centenares! millares de hombres mueren bajo un diluvio de balas.

— Oye, Rudkó, cállate de una vez.

— ¿Acaso no tengo razón, Alexéi Fiódorovich? Me duele el alma, Alexéi Fiódorovich, no puedo callar.

Una vez, pasamos a unos doscientos metros por delante de una casita: seguramente era la del guardabosque... En la puerta vimos a un campesino que de pronto se puso a disparar con un automático.

Comprendimos que se trataba de un alemán disfrazado. Echamos cuerpo a tierra. Entonces los hitlerianos abrieron fuego de mortero. Tiraban las minas en tablero de ajedrez, en dirección aproximada adonde nos habíamos ocultado. Rudkó, dándose cuenta del peligro, me dijo:

- Alexéi Fiódorovich, Alexéi Fiódorovich, sea humano, déme la pistola. Permítame que me pegue un tiro.

No le di la pistola. Nos arrastramos hacia atrás, dimos un rodeo y volvimos al sitio donde ya habían caído las minas. Todo salió bien.

— ¿Ves? —le dije a Rudkó—, estás sano y salvo.

— Sí, Alexéi Fiódorovich, esta vez hemos tenido suerte. Pero, ¿qué pasará dentro de media hora? ¿Qué ocurrirá mañana? ¿Y qué valor tiene nuestra vida si tenemos que arrastrarnos como gusanos? ¿Para eso, acaso, he estudiado en la universidad?

Este era Rudkó.

Yo mismo me sentía francamente mal. Tenía vehementes deseos de dormir, de comer. Además me atormentaban los pies. "¡Ojalá -pensaba- se me hagan pronto callos! " Me molestaba también el abrigo de cuero. ¿Quién habrá dicho que el cuero es impermeable? No sólo cala, sino que se impregna de humedad y pesa como unas cadenas de hierro.

Pero a nadie confesaba mis tormentos.

* * *

En este bosque encontré a un coronel. Como era el jefe militar de mayor graduación, me acerqué a él y deliberamos. Comenzarnos a charlar con cierta reserva, limitándonos a frases generales. Por ejemplo, que las cosas no marchaban

bien, que no había línea de frente..., que no se sabía dónde estaban nuestras unidades, ni dónde los alemanes...

— Bueno, y a todo esto ¿quién es usted? -me preguntó el coronel con aire de jefe, mirándome de arriba abajo.

— Cómo decirle... ¿Sabe, camarada coronel?, apartémonos un poco, y veamos, si le parece, nuestra documentación.

El coronel era el jefe de artillería de un cuerpo. Se llamaba Grigóriev. Sus documentos así lo confirmaban. Y también su aspecto, sus maneras, su modo de hablar, todo revelaba en él a un experto jefe militar. Yo pensé: “He aquí al hombre que necesitamos” Y le propuse sin más ambages:

— ¿Qué le parece, camarada Grigóriev, si organizáramos un pequeño destacamento guerrillero?

El coronel tardó en responder; se llevó la mano a la frente y comenzó a pasearse pensativo.

— Sí -dijo al cabo de unos minutos-. Esa idea ya se me había ocurrido a mí. Usted es diputado del Soviet Supremo de la URSS y de la República Socialista Soviética de Ucrania, secretario de un Comité Regional del Partido, y puede ser perfectamente el comisario; yo me encargaré del mando.

Recorrimos el bosque reuniendo a la gente. Se unieron a nosotros unas decenas de hombres, combatientes del ejército en su mayor parte. Formamos, nos numeramos. Éramos noventa y seis hombres. Hicimos recuento de las armas de que disponíamos: ochenta y tres fusiles, dos fusiles ametralladores, cuarenta y seis bombas de mano, doce automáticos, veintitrés pistolas, cuarenta botes de conservas de carne y cuatro panes y medio.

El coronel declaró ante las filas qué éramos un destacamento guerrillero.

— El que no quiera venir con nosotros, que dé dos pasos al frente.

Ninguno se movió. El corone!, entonces, señaló a cada uno su puesto, designó a los exploradores, la intendencia, dividió el destacamento en dos secciones y seleccionó a un grupo de oficiales para el Estado Mayor

* * *

Por la carretera de Kurenkí-Járkovtsi avanzaban casi constantemente unidades alemanas: tanques, de uno a uno o en grupo, infantería motorizada, motoristas, convoyes de intendencia. En la reunión de jefes donde, además de mi severo e imponente coronel, asistieron dos tenientes más, se decidió que ya era hora de abandonar el bosque. Los alemanes no tardarían en "peinarlo".

Más allá de la carretera, a unos doscientos metros, comenzaba otro bosque. Dio la casualidad de que en el destacamento había un tractorista de la comarca, quien nos dijo que desde aquel bosque era más fácil abrirse paso hacia la retaguardia alemana. No recuerdo qué otros motivos existían, pero, en todo caso, era necesario marchar de allí cuanto antes.

— Pasaremos la carretera en pequeños grupos -ordenó el coronel-. Déme su automático, camarada comisario. Yo iré el primero con este tractorista para examinar el terreno y regresaré después. Calculo que será cosa de un par de horas.

Entregué dócilmente mi automático al coronel, le deseé buena suerte y ordené después a los combatientes que se dispersasen por los arbustos y descansaran. Todos estábamos terriblemente fatigados; la noche pasada no habíamos dormido y las anteriores casi tampoco. Nos repartimos equitati-

vamente los restos de comida, guardamos para el coronel y su acompañante la parte que les correspondía y nos dispusimos a esperar.

Me eché a dormir. Tres horas más tarde me despertaba el de guardia.

— ¿Ha regresado el coronel? -pregunté yo.

— No, camarada comisario, no ha vuelto. Por el Oeste han comenzado a disparar fuertemente. Creo que debemos largarnos de aquí.

— Tendremos que esperar al jefe. ¿No conocéis la orden?

Esperamos una hora más, pero el coronel no regresó. Todos le habíamos visto cruzar la carretera sin novedad.

La desaparición del coronel[5] nos produjo a todos una impresión abrumadora, tanto más penosa para mí, porque me había quedado sin el automático.

Alguien encendió una hoguera en el bosque; unos alemanes que iban por la carretera, al ver humo, abrieron fuego de ametralladora y mortero. A rastras nos adentramos en la espesura. Rudkó desapareció. Inquieto, grité, imitando el habla de un campesino.

— Rudkó, ¿dónde has metido el caballo?

Los alemanes lanzaron varias ráfagas de ametralladora en la dirección en que había sonado mi voz.

Me arrastré unos metros más y grité de nuevo: “¡Rudkó!. Otra vez el fuego alemán me localizó. Los combatientes refunfuñaron y con razón. ¿A santo de qué los descubría con mis gritos?

---

[5] *Encontré al coronel Grigóriev dos años y medio después en circunstancias de las que hablaré más adelante.*

No tuve más remedio que resignarme a la pérdida del camarada. Más tarde supe que simplemente había huido.

Nuestro destacamento se desmoronó. Quedamos solamente siete. No habíamos prestado juramento ninguno, no podíamos, en realidad, considerarnos guerrilleros, pero nos manteníamos firmemente unidos.

Los siete vagamos por los bosques del distrito de Chernuji, en la región de Poltava, unos cinco o seis días. Pasábamos hambre. Comíamos hierbas, raíces: una vez tuvimos suerte. Unos pastores nos trajeron un puchero de patatas cocidas y medio pan. Fue un verdadero banquete: Pero en vez de hartarnos, no sirvió más que para excitarnos el apetito.

* * *

Cuando anocheció decidimos entrar en la aldea, por una calle ancha y sucia. Las casas distaban bastante unas de las otras, separadas por jardines. Acababa de oscurecer y ya no se veía un alma. Silencio, el terrible y abrumador silencio del miedo. En las casas, naturalmente, habría gente. Antes, cuando se pasaba al anochecer por la calle de una aldea, los perros comenzaban a ladrar desde todas partes, y se lanzaban a los pies del transeúnte. En aquella ocasión caminábamos los siete sin percibir el menor ruido.

Íbamos del siguiente modo: yo delante, detrás de mí el teniente y los cinco restantes en fila india, guardando entre sí una distancia de dos pasos. Tal vez hubiera sido mejor ir más separados, pero cada uno quería oír respirar al compañero que iba delante.

Los pies me seguían doliendo espantosamente; caminaba apoyándome en el bastón. El pesado abrigo de cuero me asfixiaba. ¿Quién anda en septiembre con un abrigo de cuero forrado de piel? Pero el invierno se nos echaba encima y no había perspectivas de otro.

Marchábamos en silencio. Yo les guiaba, pero ¿a dónde? Y me decía: “Si encontráramos por ¡o menos a un viejo o a una mujer”, y como al conjuro de este pensamiento descubrí una inmóvil silueta humana en la puerta de una casa.

Iba yo a abrir la boca para llamarle, cuando en el mismo instante la silueta se volvió y sobre el fondo de un claro tronco de abedul, divisé confusamente un automático suspendido de una correa y un casco.

¡Era un alemán! El primer alemán vivo que veía tan cerca.

Sin darme cuenta, seguramente impulsado por el miedo, saqué la pistola del bolsillo y disparé contra él. No sé si lo maté o no. Agachándome, doblé por un lado de la casa, hacia la huerta, gritando a los muchachos:

— ¡Alemanes!

En ese momento comenzó el tiroteo: chisporroteó un automático, después otro, y otro, una bengala rasgó el cielo. Yo corría con todas mis fuerzas, saltando por los terrones de las huertas, tropezaba, caía, volvía a levantarme y a correr. Bajo mis pies rompióse una tabla y caí dentro de una fosa. Salí de ella a duras penas y seguí corriendo. Al saltar una alta empalizada, mis pantalones se engancharon en un pincho, rompiéndose casi por la mitad.

— *Halt!*

Disparé dos veces en dirección a la voz que me daba el alto y continué corriendo cuesta abajo, hacia el río... De nuevo bengalas y tiros. Me empezó a doler intensamente una rodilla. Pensé: “Me han herido los canallas”, pero como podía correr, me tiré de cabeza al río, que había surgido inesperadamente ante mí. Recordé que lo habíamos pasado de día, pero por aquel lado formaba un recodo. Nadé hacia la orilla opuesta. Mi abrigo flotaba, inflándose en la superficie; el

viento se me había llevado la gorra. Y por todas partes, a la derecha y a la izquierda, oía:

— *Halt, Halt, halt!*

Dos fritzes me habían divisado y acribillaban a balazos el agua. Y por si era poco, las malditas bengalas. Tan pronto se elevaba una, yo sumergía la cabeza. Pero era imposible permanecer así mucho tiempo. La bengala se mantenía en el aire más que yo bajo el agua... Aquel río, llamado Mnogo, no era ancho, pero sí profundo. Costaba trabajo nadar con el abrigo y las botas. Cuando llegué a la orilla opuesta no salté a tierra; continué sin salir del agua, a ¡o largo de la ribera, oculto por los zarzales. No asomaba más que la cabeza. Una bota se me había quedado en el limo del fondo. La otra la tiré. Pensé en deshacerme también del abrigo, pero se me ocurrió una buena idea: hundí el bastón en el barro —no sé cómo lo llevaba aún en la mano— y colgué encima el abrigo; escondí la cartera con el mapa y los papeles en el fango y para mayor seguridad lo apisoné lo mejor que pude. Después, a rastras, me dirigí hacia los arbustos.

Me costaba trabajo deslizarme así. Tenía bastante barriga y los brazos débiles por la falta de esfuerzo físico. Los codos empezaban a dolerme. La rodilla seguía torturándome... Me toqué para ver si tenía sangre: no, no estaba herido.

Me senté al pie de un arbusto, encogí las piernas y respiré. Los alemanes disparaban contra mi abrigo colgado en el palo. Surcaba el aire una bengala, e inmediatamente abrían fuego. Un minuto más tarde el gabán cayó al río y se lo llevó la corriente.

Sentado entre los arbustos me eché a reír. Sí, a reír. Me imaginé el aspecto que tendría yo: un hombre grueso, con una condecoración en la guerrera, sin botas, sin abrigo, sin gorra, calado hasta los huesos y encogido como un ovillo...

“Pues sí — pensé —, estoy bueno yo para mandar desde aquí, bajo un arbusto...”

Cuando cesaron los disparos, salí de mi escondite y eché a andar de prisa por el campo. Pero no era exactamente un campo, sino un cañaveral recientemente cortado. ¡Entonces sí que lamenté mis botas! No había andado más de veinte metros y ya tenía los calcetines y los peales hechos trizas, y los pies llenos de desgarraduras. ¿Mas qué podía hacer? Seguí andando. Habría recorrido unos dos kilómetros, cuando divisé los contornos de unas casuchas y a la izquierda una parva de trigo. Me acerqué. Era una parva grande, y junto a ella otra pequeña. Me acomodé entre las dos. Procuré ocultarme con paja, pero seguramente se me veían los pies. En seguida quedé dormido, mejor dicho, sentí como si me desvaneciera.

Volví en mí unas cuatro horas después, hecho un ovillito, igual que cuando era pequeño y no quería levantarme de la cama. Tumbado, temblando de frío, con una mano me arrancaba las espinas clavadas en los pies, y con la otra apretaba la pistola. En los bolsillos ¡levaba cartuchos de repuesto. Volví a cargar la pistola. Seguí tendido, sin atreverme a asomar ¡a cabeza. Me reprochaba sin cesar el haber huido de los alemanes, yo, que tanto había condenado siempre la cobardía...

Durante mucho tiempo estuve apostrofándome, y después me puse a pensar en qué hacer.

A unos quinientos pasos había unas casas en las que vivían koljosianos. ¿Qué dirían al yerme aparecer?

Soy un cuadro del Partido, un hombre de masas, vivo para los demás. Nunca he conocido la soledad, no la he buscado ni la necesito. Digo eso porque esconderse sólo para salvar la vida, era inconcebible para mí. Hasta pensarlo me repugnaba.

Pero confieso que en aquel momento me desorienté. Además, me encontraba débil físicamente, con los pies hinchados, sangrando, y... no me sentía seguro de mí mismo.

Cantó un gallo. “Va a amanecer”, pensé. De pronto a mi lado rebulló algo, el haz que me cubría se estremeció y cayó a un lado...

Me incorporé de un salto, empuñando la pistola... Había amanecido ya, pero yo no descubrí a nadie. Solamente a mí alrededor cacareaban unas gallinas. ¡Malditas, menudo susto me habían dado!

Durante la guerra jamás me vi en tanto peligro como en aquellos días. Mi aspecto era tal que podía provocar risa y piedad. Lo confieso sin rubor, porque creo que todos los que han empezado la guerra como yo, reconocerán para sus adentros haber tenido momentos de decaimiento físico.

Pero volvamos a lo que me sucedía a mí. Repito que jamás me encontré en tanto peligro como entonces. Me había dejado ganar por el cansancio. Seguramente dormí unas cuatro horas en aquella parva de trigo y me podían haber apresado tranquilamente mientras dormía. Para colmo, llevaba en los bolsillos de ¡a guerrera los siguientes documentos: el carnet del Partido, el carnet dé identidad como secretario del Comité Regional, el carnet de identidad de miembro del Comité Central del Partido Comunista (bolchevique) de Ucrania, la libreta de condecoraciones y los carnets de diputado al Soviet Supremo de la URSS y de la RSS de Ucrania.

Aquel amanecer, cuando me despertaron las gallinas, no vi a mi lado a ningún ser viviente.

Me levanté y ya me disponía a marchar, cuando abrieron fuego de mortero sobe el campo; cerca de mí, a unos trescientos metros, tabletearon ametralladoras. No sé quién disparaba contra quien. Estaba ya acostumbrado a precaverme

de todo. Y hubiera sido estúpido, además, haberme mezclado con mi pobre pistola en aquel tiroteo.

Volví a tumbarme, acomodándome entre la parva. Las gallinas, cacareando, escarbaban afanosas la tierra a mi lado; los gallos lanzaban su altivo y libre quiquiriquí. Sentía odio por esos bichos. Conocía la afición de los alemanes por las gallinas y los huevos. Probablemente vendrían en busca de carne blanca y toparían conmigo.

Me atormentaba el deseo de fumar. Pero estaba tan helado que no podía moverme... Además, los cigarrillos y las cerillas estaban mojados.

Poco después cesó el tiroteo. Oí el rastrear de unos pasos y una tos que sin duda era de vieja. No se oían voces; eso significaba que la viejecita estaba sola. Se puso a llamar a las gallinas, bisbiseando y gruñendo algo.

Alargué ¡as piernas, que se me habían quedado entumecidas, me volví resueltamente y, apartando la paja, me puse en pie de un salto.

— ¡Dios santo, Dios santo! —gritó la vieja agitando los brazos.

Comprendo que era para asustar a cualquiera ver a un tipo así: descalzo, barbudo, mojado, con ¡a cabeza llena de paja.

La vieja se persignó y quedé como petrificada. También yo guardé silencio unos segundos; la mañana era soleada y me sentí deslumbrado.

— ¡Oigame, abuela! —dije con la mayor tranquilidad que pude—. No tenga miedo. No muerdo. ¿Los alemanes están lejos?

— Quiá, en la aldea. Están llevándose el trigo y el ganado.

— ¿No tendrás, abuela, algo de comer?, ¿un pedazo de pan o un tazón de leche?

Al tiempo que hablaba con la vieja, yo miraba alrededor: lo que en la oscuridad habíanme parecido casas eran gallineros. El koljós sacaba las aves al campo para luchar contra los parásitos y había construido unos gallineros bastante espaciosos. La vieja, seguramente, sería la encargada de las aves.

— ¿Y bien, abuelita, no tendrá un bocado que dar a un soldado ruso?

— No tengo nada, querido... ¿te parece bien asustar así a la gente?

— ¿En aquel bosque hay también alemanes? —y señalé la linde que comenzaba a unos trescientos o cuatrocientos metros de la parva.

— Los alemanes están por todas partes —respondió la vieja.

Por detrás de los gallineros apareció un viejo senil, de abundante barba verdosa, con un *bashlyk*[6] sobre los hombros.

— Este mozo, abuelo, pide comida —explicó la vieja.

El viejo me miró de soslayo; sin decir nada comenzó a desatar su capuchón. Tardó mucho tiempo en hacerlo. Después sacó un gran trozo de pan y un pedazo de tocino; sin decir nada, me los tendió y se senté en el suelo. Mientras engullía, los viejos no me quitaron los ojos de encima.

— Oye, mozo —dijo, al fin, el viejo— a unos cien pasos de aquí hay un soldado muerto. Lleva un capote muy bueno. En vez de pasar frío ve y quítaselo.

Sin dejar de masticar, denegué con la cabeza.

El viejo me miró con curiosidad.

— ¿No te parece bien? ¿Eh?

[6] ***BashIyk:*** *especie de capuchón de paño que se pone encima del gorro. (N. del Trad.)*

El viejo se levantó y desapareció detrás de la parva donde yo había pasado la noche y parte de la mañana. Regresó con un capote sucio y todo roto.

— Si no quieres quitárselo a un muerto, a mí no me lo vas a despreciar. Llévatelo, muchacho, y salva la vida.

El capote estaba roto, desgarrado casi hasta el cuello. Coloqué un pie encima y acabé por rasgarlo en dos partes. Una mitad me la eché sobre los hombros, la otra la rompí por el medio y me envolví con los pedazos los pies.

Los viejos me observaban sin decir nada. Tampoco yo intenté continuar la conversación. No estaba para eso. Me castañeteaban los dientes, me temblaban las piernas y los brazos. No se me había secado aún la ropa después del baño de la noche anterior...

Una vez vestido de esta guisa, me levanté y, despidiéndome de los viejos, me encaminé hacia el bosque.

— ¡Eh, mozo! -me gritó el viejo.

Volví la cabeza.

— Que Dios te acompañe... ¿Tienes armas?

Asentí con la cabeza.

— Pues, antes de morir, mata a un alemán por lo menos. Anda, ve, ¿qué haces ahí parado? ¡Hala, hala, por lo menos no mueras en vano!

En la linde del bosque vi pasar unas siluetas humanas. Rusos, probablemente. Tenía irresistibles deseos de volver a encontrar al teniente y a todo el grupo que había perdido la víspera. A la derecha, a unos quinientos metros, extendíase una pequeña aldea.

* * *

Por el campo venía corriendo de la aldea una niña descalza, con sólo un vestidito sobre su cuerpo. Sin dejar de correr, gritaba, lastimera, a voz en cuello.

Al verme se detuvo bruscamente a unos cinco pasos de mí y dejó de gritar. También yo me detuve. Era una niña campesina, de rubios cabellos, de unos nueve años. Me miraba con los ojos muy abiertos.

Di un paso hacia ella, y tendí la mano para acariciar sus cabellos. La niña retrocedió y sus labios temblaron.

— Soldadito —dijo, respirando trabajosamente—, ven conmigo, soldadito. Sígueme, de prisa —se agarró de mi mano y tiró de ella—. Los alemanes están pateando a mi madre, la están haciendo pedazos, vamos, de prisa.

Yo no podía caminar de prisa, pero la niña quería que corriéramos y repetía: “Salva a mi mamá”.

Habría andado unos quince pasos cuando reflexioné que no debía ir con ella, que no tenía derecho a dejarme llevar por mis sentimientos. Me detuve.

— ¿Qué haces? —exclamó la niña, y tiró de mi mano. Después me miró a los ojos: un temblor convulsivo estremeció sus mejillas. Soltó mi mano y echó a correr al bosque, repitiendo su grito.

Y había tal angustia, tal desesperación en su voz que me lancé detrás de ella, gritando.

— ¡Espera, niña, vamos, vamos! ¿Dónde está tu madre?

Pero la niña no se volvió. Corría tan ligera que yo con mis pies destrozados no podía ni pensar en alcanzarla. La pequeña gritaba sin cesar y durante unos minutos seguí oyendo todavía su voz... Resonaba en mis oídos al día siguiente, y una semana más tarde. La oigo todavía hoy.

— ¡Soldadito, ven conmigo!

* * *

En el lindero, entre unos matorrales, vi a tres soldados rojos. Los tres llevaban a la espalda unos grandes sacos abarrotados. Tenían un aspecto bastante deplorable, pero sus capotes estaban enteros, aunque sucios, y sus botas en buen estado.

Los tres eran chóferes. Me relataron brevemente cómo fueron cercados. Yo les dije que era comisario de regimiento. No sé si los chóferes me creyeron o les tenía sin cuidado; el caso es que me aceptaron en su compañía y me "incluyeron en el racionamiento".

— Vamos a deliberar, comisario —dijo uno de ellos, de mal talante, rostro tumefacto y sombría mirada.

Diciendo esto, guiñé un ojo a sus compañeros. Los tres se dirigieron a un gran almiar, yo los seguí. En el almiar había un hueco profundo como, una gruta. Nos metimos dentro y nos instalamos cómodamente.

El chófer de la mirada sombría desató su saco, extrajo dos botes de conservas, una cantimplora con vodka y un trozo de pan. Despaciosamente, corté el pan, abrió con diestro movimiento un bote, repartió la carne sobre los trozos de pan, vertió la vodka en el bote vacío y me la tendió primero a mí.

Todos bebimos por turno. Después nos pusimos a comer. Al terminar, uno de los chóferes, moreno y vivaracho, hebreo, a juzgar por sus facciones, dijo al de mal talante.

— Bueno, Stepán, ¿es que vamos a pasarnos todo el tiempo metidos en el almiar?

Stepán le lanzó una rápida mirada, sin despegar los labios.

El tercer chófer, un muchacho picado de viruelas y con acento de ruso norteño, dio una palmada al huraño chófer.

— Sabes, Stepán, vamos a abrirnos paso hacia los nuestros. Ya tenemos a un comisario que, a juzgar por su aspecto, es un tío valiente y vendrá con nosotros.

Stepán clavó su mirada en mí, luego tendió su mano larga y peluda hacia ¡a condecoración que yo llevaba en el pecho y ¡a tocó. Al parecer se emborrachaba fácilmente.

— ¡Un comisario es lo que nos hacía falta! ¿Para qué te has colgado eso, estúpido? -me dijo sin quitar la vista de la condecoración- ¡Quítatelo, si no te lo quitaré yo!

— Estate quieto -intervino el picado de viruelas-. ¡No hagas el tonto, Stepán! Hablemos en serio.

— ¿Que hablemos en serio? ¿De qué tenemos que hablar? Estamos perdidos —gruñó el fosco chófer. Volvió a llenar el bote de vodka, bebió, enjugose la boca con la palma de la mano y prosiguió lentamente-. Lo que tenemos que hacer es muy sencillo: llevaremos al comisario del brazo a la aldea próxima y que el comandante decida a quién colgar y a quién mandar al campo de prisioneros. Si les llevamos el comisario, los alemanes sentirán más confianza en nosotros. —Al advertir que yo me llevaba la mano al pecho, me la sujetó-. Espera, amigo, no me asustes, ya tendremos tiempo de pelearnos. También yo tengo un cacharro así... Tira tu chapa entre ¡a paja y toma este documento. Diciendo esto, sacó del bolsillo varias octavillas: “salvoconductos” alemanes. Con un esfuerzo logré arrancar la mano de entre sus fuertes dedos y saqué la pistola... El chófer picado de viruelas, que estaba sentado a mi derecha, me dio un golpe en el brazo que me hizo soltar el arma. Intenté abalanzarme sobre él, pero, con la celeridad de un gato, el chófer picado de viruelas saltó sobre Stepán.

— ¡Canalla, te has vendido!

El moreno se precipité a ayudarle y entre los dos derribaron a Stepán.

— ¡Esperad, hermanos, hermanitos! -gritaba éste debatiéndose con pies y manos y mordiéndolos. De pronto emitió un ahogado y extraño ronquido y sus pies golpearon el suelo.

Un minuto más tarde todo había terminado. Salí del almiar y suspiré profundamente. Detrás de mí salieron también el moreno y el picado de viruelas, con sus sacos al hombro. El picado de viruelas, mirando a un lado y sin dirigirse a nadie, dijo:

— ¡A un perro, muerte de perro!

Después, enjugándose con la manga el sudor del rostro, se dirigió a mí.

— No hay necesidad, camarada comisario, de disparar en vano y armar ruido. A veces vale más hacerlo callandito...

No volvimos a hablar más de lo sucedido. Nos adentramos en el bosque, cada uno a vueltas con sus ideas. Yo pensaba que aquellos dos combatientes del Ejército Rojo me habían dado un ejemplo de decisión y necesaria crueldad.

En el saco del moreno hallóse un impermeable que, aunque corto y viejo, me vino de perlas. Me protegía un poco del viento y de la lluvia. Los muchachos me dieron también una gorra deteriorada. Ataviado de esta suerte, parecía, en efecto, un evadido del cautiverio.

Poco después descubrimos que nuestro grupo no era duradero y que teníamos objetivos distintos. El picado de viruelas estaba decidido, costase lo que costase, a atravesar la línea del frente. Para eso buscaba compañeros. Mis propósitos seguían siendo invariables: ir a la región de Chernígov. El moreno —se llamaba Yákov Zússerman— anhelaba volver a su terruño, a la ciudad de Nezhin. Esta ciudad pertenecía a la región de Chernígov, y por lo tanto Yákov y yo llevábamos el mismo camino.

Por el bosque vagaba mucha gente. La mayoría, probablemente, era lo mismo que nosotros. Solía ocurrir que veíamos a un hombre que, al divisarnos, se encaminaba a su vez hacia nosotros. Le llamábamos:

— ¡Somos de los vuestros, ven aquí, amigo!

Pero de pronto, el hombre daba la vuelta y echaba a correr. Los que iban solos eran los que tenían más miedo. Era comprensible: cualquiera podía saber de qué gente se trataba...

Pasamos la noche en un prado, en un almiar de heno. Dormimos por turno. Por la mañana comprobé satisfecho que tenía los pies mucho mejor.

Después de comer un bocado, decidimos firmemente buscar compañeros y formar un grupo, si no de guerrilleros, por lo menos de camaradas. Cuantos más fuésemos, más fuertes seríamos.

Mientras hablábamos de todo esto, vi pasar corriendo a un chiquillo cerca de nosotros. Lo llamamos. El muchachito se aproximé sin vacilar.

— ¿No has visto, chico, guerrilleros por aquí?

— ¿Qué son guerrilleros?

El muchacho parecía astuto. Nos fijamos en que llevaba sobre los hombros dos enormes zapatones de los que se usan en el ejército.

— ¿Dónde los has encontrado?—preguntó el picado de viruelas—. Dáselos a nuestro jefe, ¿no ves que está descalzo?

El muchacho, de buen grado, descolgó de sus espaldas los zapatones. Ambos eran del pie izquierdo, pero me los pude poner. Como eran muy grandes, envolvíme los pies en los restos del capote. Di las gracias al chico y le pregunté:

— Bueno, ¿y qué me dices de los guerrilleros? ¿No los has visto?

— Ahí, detrás del barranco, hay unos hombres, pero no sé quiénes son. Seguid por aquí—nos indicó la dirección y marchamos hacia allá.

Con los pies calientes me sentía como un rey. El que haya sido soldado, comprenderá la importancia que eso tenía. Aunque tropezaba con frecuencia, iba de mejor humor.

Me puse más contento aún cuando en el grupo del barranco encontré a dos conocidos: eran unos soldados rojos del pequeño destacamento que había perdido dos días atrás.

Ellos me contaron que de los seis hombres que habían participado en el tiroteo nocturno, sólo uno resultó herido y apresado. Los restantes consiguieron ocultarse. A mí me daban ya por muerto. El teniente, con otro, había salido aquella mañana a hacer una exploración y no había regresado.

En total, en el barranco, en torno de la hoguera, éramos siete hombres. Dos anhelaban volver a su terruño, a las regiones de Kíev y Zhitómir; los restantes querían pasar a todo trance la línea del frente; a ellos se unió el chófer picado de viruelas.

Ninguno de aquel grupo nos conocíamos bien. No estábamos, naturalmente, de muy buen humor. Pero, ¿se concibe que unos cuantos rusos, reunidos junto a una hoguera, sean capaces de permanecer callados? Nosotros tampoco fuimos una excepción.

— ¡Qué grande es nuestro país! —exclamó un enorme mocetón envuelto en su capote. Estaba tumbado boca arriba y miraba al cielo—. Nuestro país resistirá, no hay que dudarlo. Pero la cuestión es...

Y no dijo cuál era la cuestión.

Nuestra charla se limitaba, en realidad, a exclamaciones y réplicas indefinidas. Prestábamos continuamente oído a los lejanos disparos y al susurro de las hojas. Desconfiábamos

también unos de otros; más de una vez sorprendí miradas recelosas y escrutadoras.

— ¡Qué cosas! —exclamó un pequeño combatiente que llevaba un cinturón muy ceñido—. Un cascote mató a Vaska Siedij, pero a mí no me ha tocado y aquí estoy vivito y coleando... ¿Qué somos nosotros, muchachos, sin ejército? ¿Quiénes somos separados? Sabemos cantar canciones de la Patria: “Grande es mi país natal”, pero cuando uno se queda solo, todo el país le cabe en la panza.

—Eso depende de la persona —repuso el mocetón que contemplaba el cielo. De pronto, sin poderse contener, se levantó—. ¿Qué andas diciendo ahí? ¿Qué sabes tú del país y de la Patria? ¡De buena gana te daría un sopapo... para que comprendas! —Se puso a liar un pitillo, con el propósito, evidentemente, de exponer mejor sus pensamientos—. ¿A que no sabes en lo que estaba pensando ahora?

—Pues claro que lo sé —respondió el combatiente bajito—. En la mujer, en los chicos, en la cochina situación en que nos encontramos y también en cuándo volveremos a comer.

— ¡Qué tonto eres! Aquí somos diez hombres. Y si pudieras ahondar en cada uno, verías que el hombre no piensa en sus necesidades materiales, sino por el contrario, quiere olvidarse de ellas. Estaba pensando ahora en Uralmash, así se llama una fábrica que tenemos en Sverdlovsk, en los tanques que podríamos construir en ella... ¿Y tú en qué piensas? —preguntó de pronto, volviéndose hacia su vecino de la derecha.

Este era un hombre de rostro gris muy fatigado y ojos descoloridos por el cansancio. Estaba sentado con los pies descalzos y calentaba al fuego un dedo en el que tenía un absceso.

— ¿Yo? Yo no pienso, estimado camarada, yo sueño. En general soy un soñador. Pienso en lo que habría que hacer para meter en cintura a Alemania, porque los alemanes no

hacen más que exterminar a la humanidad. Cuando tenga mejor el pie y pueda calzarme las botas, empuñaré el fusil y me largaré. Y por mucho que tenga que andar, por muchas vueltas que dé, ¡llegaré un día a Berlín! Cuando agarremos a Hitler por el gaznate, entonces hablaremos... -Comenzó a toser; era evidente que estaba tan fatigado que le costaba trabajo hablar.

— ¡Pero, amigo, si tú te morirás siete veces antes de llegar a Berlín! -le gritó el pequeño combatiente.

— No me pienso morir, aunque tal vez me toque caer en un combate. Pero incluso antes de la batalla en que me espere la muerte, seguiré soñando y haciendo planes...

Aunque todo esto lo había dicho en voz baja y serena, era imposible no creerle: tanta fe brillaba en su rostro.

— ¡Es verdad, amigo! -exclamó alegremente un hombre desde el otro lado de la hoguera-. Hombres como usted y como yo, quiero decir, hombres soviéticos, no conciben la vida sin pensar en el futuro. Soy perito, he trabajado en la Central eléctrica del Dniéper, y, además, allí mismo estudiaba. Esta noche, mientras descansaba cubierto con la hojarasca y temblaba de frío, pensaba en cómo reconstruiremos todo cuando hayamos echado a los alemanes. Es indudable que los alemanes lo volarán todo, también es indudable que huirán y que nosotros volveremos a construir después mejor aún. ¿No es verdad, camarada, que es indudable?

Nadie le respondió, y el hombre enrojeció confuso como un joven mozalbete.

— Si es indudable, no hay para qué hablar de eso -refunfuñó el grandullón que había sido el primero en comenzar la conversación-. ¡En pie, compañeros! ¿No oís, acaso, que los fritzes vienen hacia aquí?

En efecto, sonaban cada vez más próximas ráfagas de fusiles automáticos. Los alemanes habían comenzado, probablemente, a "peinar" el bosque.

Seguimos juntos dos días más. En el curso de aquellos días vagamos los diez en grupo, haciendo descubiertas e interrogando a los que encontrábamos por qué sitio pasar mejor y dónde estaban los alemanes.

En aquellos lugares el bosque no era espeso, alternando con pantanos y charcos. A cada instante, por encima de nuestras cabezas, pasaban volando hacia el Sur bandadas de pájaros.

Caía la amarillenta hoja y lloviznaba. El bosque tenía un aire tristón y casi todos nos sentíamos, si no tristes, por lo menos abatidos.

La gente hablaba de sí misma de mala gana, parcamente. Hasta el segundo día, no supe que el teniente Iván Simonenko - uno de los que iban en el grupo- era miembro del Partido. Me contó que antes de la guerra había sido instructor del Comité Regional de Volinia. Recordé a algunos de nuestros conocidos comunes, y le hice una descripción detallada de ellos. Poco a poco fuimos confiándonos y fue desapareciendo la reserva. Simonenko era de la región de Chernígov y se dirigía al distrito de Málaia Dévitsa, donde tenía a su madre. Esto me venía muy bien. Yo necesitaba atravesar este distrito para llegar al destacamento regional. Ambos nos pusimos muy contentos, nos estrechamos fuertemente las manos, llamamos a Yákov Zússerman y decidimos partir los tres aquella misma noche hacia la región de Chernígov.

* * *

Juntos los tres deambulamos unos ocho días por los caminos de la región de Poltava y después por los de Chernígov. La

descripción detallada de aquellos días podría servir de tema, probablemente, para un relato aparte. Mis dos compañeros eran personas honradas y afectuosas. El más joven de todos era Yákov Zússerman: tenía 26 años.

Yo le decía:

— Yákov, no vayas a Nezhin. Claro que allí tienes a los hijos y a la mujer, pero tú solo, ¿qué puedes hacer por ellos? Te atraparán en seguida y te llevarán a la Gestapo. Salta a la vista que eres hebreo. Quédate con nosotros. Seremos guerrilleros. Por lo menos, si matan a tu familia, la vengarás.

— Seguramente —me respondía él— no le falta a usted razón: nada tengo que hacer en Nezhin. Pero se me parte el alma, quiero ver a mi madre, a mi mujer, a mi hermanita, y sobre todo, a mi hijito. Es tan pequeño, no tiene más que cuatro añitos, pero ya me ha escrito una carta "Papá, Vova es bueno". Es imposible que estando vivo, y teniéndolos cerca, no vaya a verlos. Déjeme, déjeme marchar.

¿Por qué me pediría permiso? Yo no era su jefe y, por lo tanto, no podía impedírselo. Yákov, por lo visto, se consideraba de la comunidad por ir con nosotros, y tal vez si yo hubiese insistido se habría quedado. Pero yo no quise insistir. El muchacho no hacía más que pensar en Nezhin, soñaba con la familia y con la casa. Se veía que en el mundo no existía para él nada más preciado: "No me importa morir después, ni que me atormenten, ¿pero cómo no voy a ir si puedo hacerlo?"

Simonenko le comprendía mejor que yo. También él deseaba reunirse con su madre. Estaba firmemente resuelto a no quedarse en la retaguardia alemana, a pasar de nuevo la línea del frente. No iba más que a "tranquilizar a la viejita".

Tres compañeros casuales, tres hombres soviéticos, dormían de día en las parvas de trigo, en los almiares de heno, y en cuanto anochecía, volvían a ponerse en camino.

Marchábamos por Ucrania, de la cual acababan de apoderarse los alemanes.

Hasta en los caminos vecinales tropezábamos con inscripciones en alemán, con flechas en los postes. Si no había gente por allí, rompíamos los letreros, los hacíamos añicos y los tirábamos por el campo.

Un día, por la tarde, salimos a una carretera bastante espaciosa y bien cuidada. El tiempo era apacible y cálido. El sol calentaba y alrededor todo respiraba serenidad. Andábamos despacio, como si fuéramos dando un paseo. A los dos lados de la carretera crecían espesos matorrales cuyas hojas amarillas y rojizas alfombraban la tierra. A lo lejos blanqueaban los manchones de los caseríos; alrededor de las casas veíanse álamos y ramas gruesas, ya desnudas, de árboles frutales.

Todo estaba en silencio, caminábamos tranquilamente y los tres teníamos un apetito magnífico; nos parecía que tan pronto como llegáramos a la aldea o al caserío inmediato, la dueña nos obsequiaría con un “borsch”...

Sí, por extraño que parezca, estos cuadros apacibles existían en la retaguardia enemiga.

Ibamos por nuestros lugares natales, era nuestro paisaje entrañable. Además, atravesábamos un distrito donde no se había combatido, donde la guerra no había dejado su negra huella.

Hacía una hora y media, por lo menos, que seguíamos aquel camino enmarcado por arbustos y, en algunos lugares, por árboles jóvenes. Apenas cruzábamos una palabra. Los tres sentíamos probablemente lo mismo.

Bordeaban la carretera cunetas poco profundas, sobre las cuales se inclinaban las ramas de los arbustos. Tenían ya pocas hojas y por eso los tres divisamos al mismo tiempo el

cadáver de un hombre tendido en una cuneta. Era un soldado del Ejército Rojo. Habíamos visto ya muchos cadáveres, pero allí, en aquel apacible y tranquilo lugar... Buscamos su documentación para saber quién era el muerto, pero no encontramos nada. Los bolsillos de la guerrera estaban desabrochados y los de los pantalones vueltos del revés. Lo habían matado de un tiro en la nuca.

Veinte pasos más allá vimos otro cadáver, también en la cuneta, y también con un balazo en la nuca. Aceleramos el paso. No comentamos lo visto: como si no hubiera ocurrido nada. Pero la serenidad que había invadido nuestro ánimo desapareció como por encanto. Sentimos de pronto toda la terrible fatiga que nos abrumaba.

Unos pasos más allá, Yákov recogió un paquete alemán con tabletas de cloruro. Lo abrió, lo olfateó e hizo ademán de tirarlo. Simonenko, en broma, le dijo:

— No lo tires, Yákov. Tal vez te sirvan. Echándolas a un charco, puedes beber sin peligro para la salud...

Yákov se ofendió:

— ¿Crees que me preocupo de mi salud? —y arrojó furioso el paquetito entre las matas.

Poco después Simonenko encontró una cuchara, la miró y, al ver que era alemana, volvió a tirarla. Después vimos en el suelo un botón metálico con un águila resplandeciente.

— Me parece, muchachos —dije yo—, que aquí han desnudado a un fritz.

Anduvimos unos cincuenta pasos y divisamos una pequeña cruz sobre un montículo y sobre la cruz, un casco de acero alemán. Eso significaba que no estarían muy lejos los que lo habían enterrado... El camino era llano y podía ser visto desde bien lejos. No había nadie.

Sin embargo, resolvimos apartarnos de la carretera y nos metimos en la espesura de unos matorrales. No habríamos andado unos minutos, cuando oímos susurros y gemidos.

Un muchacho, que llevaba un descolorido uniforme de soldado del Ejército Rojo, trataba de ponerse de rodillas, agarrándose con sus manos ensangrentadas a los arbustos. Simonenko se acercó corriendo a él y, asiéndole por los sobacos, quiso ayudarle, pero el muchacho, gritando terriblemente, se escurrió y cayó de espaldas, sin cesar de gritar. Tenía los ojos muy abiertos, pero probablemente, no veía ni comprendía nada. El pelo, el pecho, las manos estaban inundados de sangre. Tenía la mejilla derecha tan destrozada, que se le veía el hueso de la mandíbula.

Simonenko acercó la cantimplora a los labios del soldado. El agua se derramé, pero algunas gotas cayeron dentro de la boca y el herido hizo un movimiento para tragarlas. Seguía gritando, pero no tan fuerte. Una luz brilló en sus ojos. Con la voz enronquecida, atropellando las palabras, balbuceé.

— ¡Mamá, tápame con el abrigo! —Estas palabras se han quedado grabadas en mi memoria; las repitió varias veces. Después su mirada recobró la claridad—. ¡Hermanitos, me muero! Me llamo Nikodímov... soy de la sexta compañía... echa, echa más —sorbía ávidamente de la cantimplora-, ¡salvad a Seriozha Nikodímov!

Cada vez bebía con mayor rapidez. Simonenko le sostenía la cabeza.

— ¡Acuéstame —ordenó el herido—, sí acuéstame, ya no puedo resistir más!

Simonenko colocó la cabeza del soldado sobre la tierra. Zússerman y yo permanecíamos de pie al lado de ellos, cambiando de vez en cuando alguna que otra mirada.

— Dadme de comer. Pero, ¡quiá! no podré tragarlo, los malditos me han roto los dientes. Contad a todo el mundo, muchachos, cómo padeció Seriozha Nikodímov, en el cautiverio alemán...

Hablaba y se interrumpía a sí mismo. A veces el relato se transformaba en delirio. Sin embargo, comprendimos por sus incoherentes palabras que el grupo de prisioneros al cual pertenecía, llevaba cuatro días sin comer ni beber. El sargento que los conducía les apaleaba con lo primero que encontraba y recientemente había fusilado a dos, que se habían quedado rezagados. Entonces, Nikodímov, con una piedra, le rompió la cabeza.

—,Le tiré al suelo y me puse a morderle, los otros me pegaban con los pies y las culatas de los fusiles y consiguieron quitarme al maldito... Y aun estoy vivo, hermanitos... ¿Por qué, para qué quiero la vida?

Después, semiinconsciente, sentóse sobre la tierra, apoyando en ella las manos. Empezó a acusarse a sí mismo, a insultarnos a nosotros y a todos los que habían caído prisioneros; a nosotros, naturalmente, nos consideraba también prisioneros. De pronto, rodó por tierra; un chorro de sangre brotó de su garganta. Cuando se calmé, comprendimos que todo había concluido.

Era necesario enterrarle. No teníamos con qué cavar la fosa. Intentamos saber algo de él, para poder escribir más tarde a su familia, pero encima no llevaba nada.

Nos descubrimos y guardamos silencio un minuto. Miré a Zússerman. Por sus mejillas resbalaban lágrimas. Al sorprender mi mirada, Yákov cubrióse el rostro con las manos y corrió a un lado, tronchando los arbustos. Unos veinte minutos más tarde nos alcanzó. Le temblaba convulsivamente una mejilla. Tratando de serenarse, dijo:

— Me he emocionado, muchachos.

Los distritos que recorrimos entonces, no habían sido aún muy afectados por la guerra. En aquellos lugares no se combatió.

El frente distaba unos ciento cincuenta kilómetros, las guarniciones alemanas estaban todavía organizándose y los de la Gestapo y demás elementos del aparato represivo no habían llegado aún.

Una vez un viejo koljosiano nos recogió en su carro. Era un hombre de una apacibilidad asombrosa.

— ¿Veis?, el molino funciona. Voy allá en busca de harina. ¿Podía pensar yo acaso que con los alemanes podríamos moler trigo? En total no hay más que tres alemanes en todo el distrito. Lo mismo que antes de la guerra, seguimos con el koljós “Bandera Roja”. Con el mismo presidente y el mismo contable... Fijaos en aquellos trigales, están sin segar y se pierde el trigo. Quedaos, camaradas, a trabajar aquí. Tenemos mozas guapas y buenas mujeres... Pero muy pocos trabajadores.

Preguntamos al viejo de dónde era, por qué se sentía tan plácidamente y por qué le gustaban tanto los alemanes. Nos respondió que no quedaba otro remedio, ya que el ejército no había resistido, cediendo a los alemanes Ucrania, Moscú y Leningrado; por lo tanto, era necesario adaptarse a las circunstancias.

— No he visto aún a los alemanes. ¿Cómo son?

— Entonces, abuelito, ¿cómo sabe usted que han tomado Moscú?

— Me lo ha dicho el stárosta.

— ¿Y usted lo cree?

— ¿Cómo no voy a creerle? Antes recibíamos periódicos, teníamos radio.. En cambio, ahora, lo que diga el stárosta es la verdad.

No acabábamos de comprender si se trataba de un viejo astuto, que se fingía ingenuo, o si, en efecto, estaba convencido por la propaganda que hacían los secuaces de los alemanes.

Cuando supe que el viejo era de la aldea Ozerniani, del distrito de Varva, de la región de Chernígov, sentí como una sacudida eléctrica.

— ¿Estamos ya en la región de Chernígov?

— Pues claro...

— Abuelito, en la provincia había antes un dirigente llamado Fiódorov, ¿no sabes dónde está ahora?

— ¿Fiódorov? ¿Alexéi Fiódorovich? ¡Pero si antes de la guerra le veía como le estoy viendo a usted ahora! Venía con frecuencia. Cualquiera sabe por dónde anda. Unos dicen que se ha vendido a los alemanes, otros que lo han matado... Quizás esté de stárosta en algún sitio...

Al oír eso no pude contenerme. Sentía irreprimibles deseos de agarrar al viejo por el cuello.

— ¡Maldito viejo! —exclamé furioso—. ¿Por qué mientes que conocías a Fiódorov? ¡Yo soy Fiódorov!

Pero el viejo, lejos de desconcertarse, enrojeció de pronto y, volviéndose hacia mí, gritó:

— ¿Que miento? Sesenta y cuatro años tengo de vida y jamás me han llamado mentiroso. ¿Creéis que me voy a asustar porque lleváis la pistola metida bajo la camisa? Soy un hombre viejo, la muerte no me asusta. ¡Usted qué va a ser Fiódorov! Si Fiódorov llegara aquí, la gente iría con él a las guerrillas, el pueblo quemaría el molino y ahorcaría al stáros-

ta... Os habéis equivocado, muchachos... A mí no me sonsacaréis nada... ¡A. ver, bajaos del carro! ¡Os digo que os bajéis! —gritó enfurecido, dándome un puñetazo en un costado.

¿Qué podíamos hacer? No tuvimos más remedio que bajar. El viejo desenrolló el látigo, fustigó a los caballos en los ijares y los animales arrancaron veloces. Ya se había alejado unos cien pasos de nosotros, cuando el viejo, amenazándonos con el puño, nos insultó colérico:

— ¡Puf, malditos policías!

Después se encogió como si esperara alguna bala. Nosotros, naturalmente, no disparamos.

El viejo volvió a enderezarse y siguió un buen rato, mientras el carro se alejaba, cubriéndonos de improperios.

Así entramos en la región de Chernígov.

* * *

¿De qué pueden hablar entre sí tres personas que se conocen poco cuando el destino los ha juntado en el desértico camino tras las filas del enemigo? Claro, no nos manteníamos callados, pero tampoco nos distraíamos contándonos anécdotas el uno al otro. Cada uno explicó algo sobre sí mismo, de cómo fueron sus primeros días de guerra. Tocamos un poco el pasado, recordamos a las mujeres e hijos: cómo estarían ahora, dónde se encontrarían... Con estos temas bastó para los primeros dos-tres días. La cosa estaba clara: éramos tan sólo compañeros de viaje y de un momento a otro nos separaríamos. O sea que tampoco tenía mucho sentido abrirse demasiado ni hacer planes. No tuvimos que enfrentarnos a los alemanes. Pero yo estaba convencido de

que si ocurría algo por el estilo ninguno de nosotros abandonaría al otro. Este era el eje central de nuestra amistad.

Entre Simonenko y Zússerman se creó un tono de camelo mutuo, ácido pero no ofensivo. El que acostumbraba a iniciar las puyas era Simonenko, Zússerman se limitaba a defenderse, pero a veces pasaba al ataque. De esta manera se inició también nuestra última conversación. Una conversación seria... En fin, ustedes mismos juzgarán.

Como ya he dicho, andábamos ya por nuestra región, la de Chernígov. El centro habitado más cercano se encontraba a unos ocho kilómetros de nosotros. Allí el camino se bifurcaba y era donde Zússerman pensaba dejarnos y seguir a Nezhin. Hacía poco que había llovido, el camino estaba mojado y los pies resbalaban por el barro. Era imposible continuar andando. Junto a un pequeño puente se amontonaban unos troncos. Nos sentamos a descansar y encendimos un pitillo. Simonenko me guiñé un ojo y dijo dirigiéndose a Zússerman:

— Bueno, de ésta no sales, Yákov. Seguro que no sales. Has hecho mal en atravesar los límites de Chernígov. Te tenías que haber separado antes de nosotros.

— Y ¿por qué eso?

— No lo entiende, el bobo... Oigame, Alexéi Fiódorovich, nuestro amigo no se da cuenta de lo que le puede caer. Vamos a ver, ¿vas a Nezhin, a ver a tu familia, no es así?

— Eso, iré a ver a mi familia, la ayudaré si puedo en algo y, luego, media vuelta y al frente, haré lo posible por pasarme a los nuestros.

— Pues Fiódorov no te dejará ir. Si te da la orden de no ir, se acabé la cosa, tendrás que obedecer. Ahora estás en su territorio. Así que tendrás que irte con él a la guerrilla.

— ¿Y tú? —Zússerman, al parecer, se alarmó de verdad.

— A mí no me puede dar órdenes. Ahora yo no soy de Chernígov. Ingresé en el ejército por la región de Volynsk. En cambio, tú eres de Nezhin...

— Yo no soy miembro del Partido...

— Pero ¿serás komsomol?

— Cuando me fui al ejército, me di de baja en Nezhin...

— No tiene importancia. De todos modos, sigues perteneciendo a la organización de Chernígov. Y la palabra del secretario del Comité Regional es ley para ti... ¿No es así, Alexéi Fiódorovich?

No tuve tiempo de contestar cuando Zússerman, con una sonrisa interrogante, dijo:

— Camarada Fiódorov, lo único que quiero son unos días de permiso. Sólo unos días, si es posible. Quiéralo o no, allí está mi mujer y, lo más importante, el hijito. Después de verlos, vamos a donde quiera.

La broma de Simonenko no era demasiado afortunada. Porque él tampoco quería unirse a la guerrilla, como el otro quería ver a su madre y volver después a la línea del frente. Así que tuve que intervenir en la conversación para encarrilarla por el camino serio.

— La cosa, claro, no está en qué territorio nos encontramos. Yákov, perdóname si te molesto, me parece que no eres mal chico. Te agradezco que me hayas ayudado en un momento difícil. Pero ya es hora que tú mismo te aclares qué quiere decir ser un komsomol y cómo debes comportarte en una situación como ésta. No estoy dispuesto a hacerte un examen, de todos modos, ¿me podrías decir en qué te has destacado como komsomol? y ¿qué te parece, puede un komsomol en la retaguardia del enemigo interesarse exclusivamente por su propia persona y los asuntos de su casa?

A Yákov hasta le salieron gotas de sudor, aunque no hacía nada de calor. Se quitó la gorra, pasó por sus cabellos la mano y se sentó de nuevo.

— Camarada Fiódorov —dijo avergonzado—, economicé combustible y neumáticos. Es decir, fui stajanovista, hacíamos emulación socialista, mi coche se mantuvo sin reparaciones generales durante... Ah, ya entiendo, usted no se refiere a eso... Pues, no se... Palabra de honor, ni siquiera supuse que iba a caer en una historia como esta. Es claro que lo que debo hacer... Por favor, puedo no ir a Nezhin, camarada Fiódorov.

— Lo de ir a Nezhin puedes hacerlo, claro, pero no es ese el problema...

Dejé inacabada la idea intencionadamente. Quería que el propio Zússerman comprendiera qué es lo que se esperaba de él. Al parecer, estaba cavilando con todas sus energías, tenía su mirada perdida en el campo y, puede ser, ni siquiera había oído mis últimas palabras.

— Camarada Fiódorov —dijo al cabo de una larga pausa—, me parece que he comprendido. Hace cinco años que me admitieron en el komsomol, y ya entonces me daba cuenta de que tenía que estar en primera fila. Hasta llegué a ser miembro del buró de la base automovilística. Pero si entonces me hubieran dicho que vendría la ocupación alemana y yo tendría que trabajar en la clandestinidad, con los guerrilleros...

— Entonces no hubieras ingresado en el komsomol, ¿eso quieres decir?

— No, que va, camarada Fiódorov, al contrario...

— ¿Cómo, al contrario?

— Al contrario en el sentido de que me hubiera dedicado más conscientemente a los estudios políticos. Porque ahora

lo que me ocurre es que me hago un lío, no sé cuáles son mis obligaciones. Cómo comportarme y todo eso. Yo soy un chófer. Conozco mi oficio, créame. Por ejemplo, si usted me diera un coche para que yo me metiera a todo gas con unos guerrilleros contra el enemigo, eso sí que lo puedo hacer. O sea, el que yo me cuente entre los komsomoles... ahora, claro, es más importante que antes de la guerra.

— No es que sea más importante, sino que la prueba a la que está sometido todo el pueblo soviético y en primer lugar los comunistas y los komsomoles es muy seria. La responsabilidad que ahora recae sobre mí, sobre él o sobre ti es enorme. Porque ahora ocurre que casi te has olvidado de que formas parte del Komsomol. Y olvidarse de eso no puedes de ninguna manera. Hay que reconocer, a modo de autocrítica, que hasta yo no sé por qué he dejado de lado el que seas komsomol. Simonenko sigue conmigo. Con él aún tendré tiempo de charlar. Mientras que tú ahora te vas para Nezhin...

— A lo mejor no hace falta, ¿a lo mejor sigo con ustedes?

— Si de lo único que se trata es de la familia, me parece inútil que vayas, me temo que te espera una gran decepción. Pero si vas como persona encargada de hacer algo, si marchas con alguna tarea, como mensajero del Comité Regional, esto por un lado te ayudará a soportar mejor la desgracia y además te encontrarás con más ánimos. Haz lo posible por contactar con los miembros de la organización clandestina en Nezhin. Diles dónde está el Comité Regional, les ayudarás a ellos y al Comité Regional del Partido... ¿Ves claro lo que has de hacer?

— ¡Camarada Fiódorov! —Yákov me agarró de la mano, la apreté entre sus palmas y la sacudió durante largo rato. Casi se ahoga de la emoción. Lo cierto es que yo no esperaba haber causado tan apasionado sentimiento-. ¡Camarada Fió-

dorov —prosiguió— tengo unas ganas locas de hacer ya algo!

Nos levantamos y nos pusimos en marcha. El resto del camino que nos quedaba hasta la bifurcación Zússerman me estuvo interrogando: cómo detectar a un militante clandestino; qué debía de transmitirles de parte del Comité Regional; cómo transmitir a éste los resultados.

— ¿¡Sabe una cosa, camarada Fiódorov!? —exclamó— Si mi mujer también es komsomol y mecanógrafa. Puede escribir las octavillas y proclamaciones. Probaremos en la ciudad. Y si por nuestra nacionalidad nos resulta imposible vivir allí, entonces me la llevaré conmigo al bosque. ¿Puedo? Si no puede ser con el niño, entonces lo dejaremos con alguien conocido...

Propuse a Yákov unas cuantas tareas concretas. Le di las direcciones de dos citas de la ciudad.

— Bueno, vamos a ver, Yákov, no caigas en manos de los alemanes —le dije al despedirme—. Si logras salvar la familia o aunque sea salvarte tú, vete al distrito de Koriukovka. Allí nos encontraremos.

Nos besamos. Lo cierto es que yo pensaba que nos despedíamos para siempre.

Seguimos largo rato con la mirada viendo cómo se alejaba la solitaria silueta de Yákov. Marchaba a pasos rápidos. Y hasta en su andar se adivinaba su alegría, su humor combativo.

Nos dirigimos a la aldea de Ignátovka, del distrito de Srébnoe. Allí conocía a varias personas.

El 27 de septiembre, ya avanzada la noche, Iván Simonenko y yo, después de doce días de caminar, entramos por primera vez en una casa.

Golpeamos en la ventana de la casa del maestro Zajárchenko. Yo le conocía un poco. Unos meses antes de la guerra había ingresado en las filas del Partido.

Tardaron en abrir. Alguien disminuyó la luz del quinqué y se acercó a la ventana, apoyando la mano en el cristal. Nadie observaba allí las reglas de la defensa antiaérea.

— ¿Quién va? -preguntó una voz masculina.

— Somos de los suyos, camarada Zajárchenko, abra.

Al cabo de unos cinco minutos, la puerta se abrió. Pasamos al interior de la casa. La mujer del maestro avivó la mecha y el dueño de la casa nos contempló en silencio largo rato.

— Me parece haberle visto alguna vez. Pero a su compañero, desde luego, no le conozco. ¡Ah, camarada Fiódorov! —y se puso rojo como la grana, se encogió y comenzó a hablar en un murmullo. La mujer en seguida empezó a tapar las ventanas.

— ¿No le ha visto nadie, camarada Fiódorov? Porque sabe... Sí, si... ¡Qué sorpresa! Es que, camaradas... El stárosta sabe que soy comunista y, claro, me vigilan especialmente. Ahora, por cierto, no hay alemanes en la aldea. Sin embargo...

-¿Acaso sólo el stárosta sabe que es usted comunista? También lo sé yo. Sé que pertenece a nuestra organización de Chernígov. No estaré mucho tiempo en su casa. Cuénteme cómo andan las cosas, qué medidas ha tomado el Comité de Distrito, cómo han organizado el trabajo clandestino... Y mientras nos refiere todo eso, su compañera quizás pueda prepararnos algo para lavarnos y también para tomar un bocado...

Yo obraba así guiado por una idea repentina. Y mi tono seguro produjo la impresión que esperaba.

“Conviene que esta gente -pensaba yo- consideren mi aparición aquí como un hecho natural y corriente: que piensen que el secretario del Comité Regional anda de inspección por los distritos, interesándose por la actividad de las organizaciones de base”.

No les hablé nada de los largos días que habíamos tardado en llegar. “Comienza el trabajo”, decidí para mis adentros. Desde aquel momento dejé de ser una fiera acorralada, a la que se persigue. Era yo el cazador. ¡Y que las fieras alemanas escondan el rabo! Por ahora tendríamos que ocultarnos, ser cautelosos, pero ya verían ellos cuando desplegásemos nuestras fuerzas...

Comencé a interrogar a Zajárchenko.

— ¿Supongo que no se habrá usted registrado en la comandancia del distrito?

— ¡Claro, camarada Fiódorov!

Pero por el modo de contestarme comprendí que si no se había registrado aún, había pensado en ello. Mas no importaba, desde aquella noche pensaría de otro modo.

— Está bien, eso quiere decir que trabaja en la clandestinidad. ¿Quién es el secretario del Distrito?

— El camarada Gorbov. No lo he visto aún... Y desgraciadamente no sé dónde se esconde. Mejor dicho, dónde se oculta.

— ¿Qué otros comunistas han quedado en el distrito?

— He oído decir que en la aldea de Gurbintsi actúa un grupo dirigido por el antiguo jefe de distrito del Comisariado del Pueblo de Asuntos Interiores. No recuerdo el nombre de este camarada.

— ¿Qué más noticias tiene? ¿No conoce la existencia de otros grupos? Seguramente están bien camuflados... Mire,

camarada Zajárchenko, mañana por la mañana o a lo mejor esta misma noche tendrá usted que ir a Gurbintsi y buscar a este grupo. Que vengan por instrucciones.

En aquel instante la mujer del maestro terció en la conversación:

— Kostia no puede ir.

— ¿Por qué no puede?

— Tenemos hijos, y si a mi marido le pasa algo...

— ¿Y si estuviera en el frente?

— El frente es otra cosa.

El marido llevaba ya un rato haciendo enérgicas señas a su mujer, dándole a entender que no se metiera en lo que no le incumbía.

— Anda, mujer, ve. Más vale que des de comer a los amigos —dijo el maestro.

Cuando la mujer salió, hice una seña a Simonenko. Se dirigió tras ella a la cocina. La mujer, enjugándose a cada instante los ojos, encendió el horno, puso agua a calentar para que nos laváramos y comenzó a preparar una tortilla.

El maestro había conseguido reponerse de la primera impresión. Me preguntó con serenidad qué debía hacer. Le aconsejé que se trasladara inmediatamente a otra aldea, lo más lejos posible, donde no le conociera nadie.

Zajárchenko me dio unos pantalones y una vieja chaqueta guateada, también me dio una gorra, pero como era pequeña para mí, tuve que descoserla por detrás. No me afeité: decidí dejarme la barba; así sería más difícil que me reconocieran.

Nos lavamos, cambiamos de ropa, comimos y nos acostamos sobre el tibio horno. La noche pasó tranquila.

Al día siguiente, Zajárchenko tardó un buen rato en conseguir despertarme. Había regresado de Gurbintsi con tres camaradas.

Por lo visto, el trabajo comenzaba ya.

* * *

Zajárchenko se entregó de lleno a la labor. Era un hombre fuerte, de unos treinta y cinco años, atormentado por la inactividad antes de nuestra llegada. Precisamente por no tener dónde emplear sus energías, la imaginación le hacía concebir toda clase de peligros. Pasivo por naturaleza, necesitaba un impulso exterior. Hay muchos hombres así. Fuera de la organización se desorientan. Sólo la organización les anima, les da alientos y energía.

Zajárchenko comenzó a contarme detallada y animadamente cómo, sin ser visto, había pasado por medio de los huertos a la aldea de Gurbintsi y, sin preguntar a nadie, encontrado la casa del camarada que buscaba...

Pero yo le interrumpí. Estaba impaciente por oír a los demás compañeros.

Los recién llegados me contaron que habían organizado un grupo clandestino, constituido por cuatro miembros del Partido y siete del Komsomol. No habían comenzado aún su labor de sabotaje ni a actuar como guerrilleros.

Observé que los compañeros estaban preocupados por algo. Me contaron que días atrás el grupo había sufrido una pérdida muy sensible: en la aldea de Deméievka había perecido uno de los miembros del grupo, el camarada Logvinenko, presidente del koljós “Partisán”.

— No sabemos, camarada secretario del Comité Regional, cómo enjuiciar lo sucedido —dijo uno de los recién llegados—. Claro está que Logvinenko murió heroicamente, sacrificó su vida, pero obró de un modo irreflexivo, sin orden ni concierto.

La cosa había ocurrido así: por la carretera que bordeaba la aldea, pasó un coche alemán ocupado por varios oficiales. Logvinenko, al ver el auto, desprendió una bomba de mano que llevaba en el cinto y, al grito de " ¡Viva Ucrania soviética, mueran los invasores alemanes! ", la arrojó dentro del coche. En la explosión murieron dos soldados. Los restantes saltaron del coche y echaron a correr tras de Logvinenko. No tuvo tiempo de escapar. Le fusilaron allí mismo, en el campo. Todo esto ocurrió en pleno día.

— ¿Y qué dice la gente? —pregunté yo.

— Lo lamenta mucho; algunos le critican, pero todos admiran su valentía.

— Y vosotros, ¿qué pensáis?

Les hacía estas preguntas porque, en el primer momento, ni yo mismo sabía cómo enjuiciar el caso. La conducta de Logvinenko era comprensible. Unos días atrás también a mí me había faltado poco para dejarme llevar de un impulso sentimental, cuando la chiquilla me llamé pidiendo que salvara a su madre. Era indudable que Logvinenko, miembro del Partido, ardiente patriota, dirigente koljosiano, podría haber sido de mayor utilidad, si no se hubiera dejado llevar de un arrebato, si hubiese actuado de un modo reflexivo, de común acuerdo con los camaradas. Pero había obrado así, cegado por su amor al pueblo, por su odio a los opresores.

Discutimos durante mucho tiempo aún la heroica hazaña del presidente del koljós de Deméievka. Decidimos buscar su cuerpo y enterrarlo solemnemente en sitio visible, cerca de la aldea. Su muerte heroica debía ser recordada por el pueblo.

En la inscripción que pondríamos en su tumba, le llamaríamos guerrillero, vengador del pueblo.

Los camaradas me informaron detalladamente del odioso gobierno de los alemanes en el distrito.

Al lado de un almiar descubrieron a once soldados del Ejército Rojo que dormían y, sin despertarles, los fusilaron a todos.

En muchas aldeas habían nombrado ya stárostas. La mayoría eran antiguos kulaks o sus secuaces. En Ozerniani, el stárosta, por ejemplo, era un alemán de los que vivían en nuestro país desde hacía tiempo. En algunos lugares, sin embargo, ocuparon el puesto de stárosta hombres soviéticos honrados, que aceptaron conscientemente este cargo para luchar contra los invasores. El grupo clandestino iba estableciendo contacto con ellos. A los canallas y traidores manifiestos se les habían enviado cartas de advertencia...

—Ahora es tarde ya para prevenir y amenazar —opinó Zajárchenko-. Hay que exterminar a los que ayudan al enemigo.

—Eso es justo —confirmé yo—. Pero con las fuerzas de vuestro insignificante grupo no podréis exterminar a todos los stárostas traidores. Debemos planear ahora a quién se debe suprimir en primer lugar. Es preciso que el pueblo sepa que ni un solo cómplice del enemigo escapará al justo castigo. El trabajo de agitación debe comenzar inmediatamente. ¿No habéis conservado ninguno un aparato de radio? Es preciso hallarlo. Hay que captar y comunicar regularmente a la población los partes del Buró Soviético de Información. Debéis anotar todas las atrocidades alemanas, recordar las y divulgarlas entre los koljosianos bien en octavillas o de viva voz.

Hice a los camaradas algunas indicaciones más y les comuniqué el itinerario aproximado que pensaba seguir.

— Procurad mantener contacto con el Comité de Distrito y el Comité Regional del Partido.

Aquella primera reunión duró varias horas. Durante todo el tiempo la mujer del maestro permaneció sentada a la puerta de la casa para que no pasara nadie. Lo mismo que la víspera, enjugábase continuamente las lágrimas, sin dejar de mordisquear pipas de girasol. Su marido le había aconsejado: "Come pipas, así despistarás mejor".

Los hijos del maestro —uno tenía un año, el otro dos— estuvieron todo el tiempo con nosotros. Cuando el menor comenzaba a gritar, yo lo tomaba en brazos, y, meciéndolo, seguía presidiendo la reunión. Zajárchenko tenía las manos ocupadas: actuaba de secretario y estaba levantando el acta.

Después de comer, cuando anocheció, Simonenko y yo emprendimos la marcha. La mujer del maestro nos había llenado los bolsillos de empanadas. Al despedirse de nosotros, volvió a llorar.

Zajárchenko me estreché largo rato la mano y me dijo, señalando a su mujer:

— Camarada Fiódorov, no haga caso de sus lágrimas. También yo he tardado mucho en acostumbrarme.

— Pues cuidado, no se ahogue en lágrimas de mujer.

— No, ahora ya no me ahogaré. No tengo tiempo. Una cosa quiero decirle: no sé qué hacer con la escuela. Siguiendo su consejo, he resuelto marchar de aquí, pero dicen que los alemanes permiten las escuelas primarias. ¡Me dan pena los chicos!

¿Qué podría contestarle? Muchas cosas no estaban claras aún. Pero admitiendo incluso que los alemanes "permitiesen" el funcionamiento de la escuela, no sería ya una escuela soviética.

— Por mucha pena que le den los chicos, este invierno tendrán que quedarse sin clase. ¡No van a estudiar por el programa fascista!

Los tres camaradas del grupo clandestino de Gurbintsi salieron a acompañarnos hasta la próxima aldea de Sokírintsi.

No me propongo escribir una novela; son solamente mis recuerdos. Por eso solicito de antemano la benevolencia del lector. Algunos personajes no volverán a aparecer más en el libro; el autor no sabe lo que ha sido de ellos. Me gustaría mucho saber cómo se han comportado luego el maestro Zajárchenko y la llorona de su mujer, qué suerte habrá corrido Iván Simonenko... Me separé de él unos días después. Y agradecería mucho que cualquiera me comunicase algo del destino de esa gente.

Aquella noche salí de Ignátovka mucho más animoso. La idea de que estábamos ya actuando me daba fuerzas y aliento.

Nos esperaba un recorrido de veinte kilómetros campo a través. Los camaradas nos acompañaron hasta la mitad del camino. Caía una lluvia antipática; los pies se hundían en el barro, pero yo caminaba contento, explicando a los camaradas los planes para el futuro.

— En la región de Chernígov tendremos una división guerrillera. El deber de los grupos clandestinos es preparar a la gente, armarla ideológicamente, incitarla a la lucha.

Al despedirnos, nos estrechamos las manos, que, por cierto, teníamos empapadas. Estuvimos unos momentos despidiéndonos, con los pies chapoteando en el barro; el viento se llevaba las palabras y teníamos que repetirlas. En otoño la estepa es triste, sobre todo cuando llueve y sopla el viento. ¡Qué bien se está en casa con un tiempo así, junto a una estufa ardiendo y tomando té caliente!

— Bueno, camaradas, despidámonos. Confío que no será la última vez que nos veamos.

Apenas lo había dicho, cuando una luz brilló en el horizonte, y en seguida otra. Oímos el ruido de motores y un minuto después pasaron por delante de nosotros, iluminando la carretera con sus faros y traqueteando en los baches, cinco camiones alemanes cuyas ruedas proyectaban el barro a gran distancia. Dentro iban soldados alemanes vociferando una canción guerrera...

Tuvimos que apartarnos corriendo a un lado y tumbarnos sobre la tierra mojada. Empuñé la pistola, quité el seguro... ¡Qué deseos tenía de disparar!

Los camaradas de Gurbintsi se marcharon. De nuevo quedarnos solos Iván Simonenko y yo. Llevábamos ya tres semanas caminando juntos. Eramos dos ciudadanos soviéticos, dos miembros del Partido que vagábamos por los caminos, escondiéndonos de las balas alemanas y de los ojos traidores. Pero entre nosotros no había una verdadera amistad.

Pasarán los años y no olvidaré a Simonenko; me alegraría verle y sentiría profundamente que le hubiera sucedido alguna desgracia.

Nos repartíamos el último pedazo de pan. En ocasiones, yo me sentaba detrás de una parva cualquiera, guarneciéndome del viento, e Iván iba en busca de comida. Mi aspecto era poco adecuado para eso. Simonenko parecía más un simple soldado. La gente, al verle, se condolía, mientras que a mí me miraba recelosa. Tal vez con buena intención, pero siempre con demasiada curiosidad. Simonenko jamás me reproché que no fuese en busca de comida.

¿Por qué entonces, Simonenko y yo no llegamos a ser amigos verdaderos? Quería hacer de él un guerrillero, un militante clandestino. Simonenko no se negaba, pero nunca me dijo sinceramente: “Vamos”. No discutía, mas yo me daba cuenta de que no tenía fe en la fuerza de la resistencia clandestina. Me decía: “Iré a ver a mi madre y luego volveré al frente”.

Era un magnífico camarada.

Nos acostábamos juntos dentro de un almiar, escrutábamos la niebla del amanecer y liábamos un pitillo para los dos.

Por cierto, en la región de Chernígov ya no dormíamos en los almiares. En Sokírintsi, a donde no tardamos en llegar, lo mismo que en Ignátovka, encontramos albergue.

Llamamos en la primera casa que vimos, nos abrió una vieja y le dijimos que éramos prisioneros y que habíamos conseguido quedarnos rezagados de la columna y escondernos en un almiar...

En aquel tiempo inventábamos concienzudamente largas historias. Más tarde comprendí que no es tan fácil hacer ver lo blanco negro. La gente nos escuchaba, pero, en verdad, no nos creía. Aquellos días me hubiera horrorizado saber que la gente sospechaba quién era yo. Pero ahora pienso que quizá así fuera mejor. La gente sospechaba, incluso lo sabía, y sin embargo no me delataba... Además no era difícil reconocerme. En aquellos distritos había sido elegido diputado al Soviet Supremo de la República Socialista Soviética de Ucrania y había estado por allí más de una vez como secretario del Comité Regional.

En Sokírintsi encontré al jefe de la sección de Instrucción Pública del distrito de Varva. A través de él comuniqué algunas instrucciones al secretario del Comité de Distrito clandestino.

En esta aldea pasamos un día; por la noche la abandonamos. Hacía una noche magnífica. Brillaba una luna llena; ni siquiera soplaba el viento. La ropa que llevábamos ya estaba seca y aunque habíamos dormido poco, nos sentíamos bien. No faltaba mucho para llegar a Lísovie Soróchintsi.

Simonenko me propuso ir por un atajo. Yo accedí suponiendo que como estábamos cerca de su aldea natal conocería

bien el camino. Sin embargo nos perdimos. Simonenko le echó la culpa a la luna, empeñándose en que los objetos iluminados por su luz difusa tomaban contornos distintos.

Tropezamos con una ancha zanja antitanque llena hasta los bordes de agua. Nos costó un triunfo salir de allí. En total anduvimos unas tres horas dando vueltas...

Al atravesar un pequeño bosque vimos con extrañeza que a lo lejos brillaba una hoguera. ¿Quién se dedicaría a encender hogueras en la estepa con un tiempo semejante?

Nos aproximamos un poco y divisamos al lado de la hoguera una figura solitaria. Simonenko, que tenía mejor vista que yo, distinguió, además, cerca de la hoguera, algo que podía ser un caballo o una vaca.

— Voy a acercarme a ver quién hay. Si es alguien de aquí, tal vez me indique el camino de Lísovie Soróchintsi —me dijo Simonenko.

Agachándose ligeramente, se adelanté un poco; después se volvió y me hizo una señal con la mano. Sin ocultarnos, nos acercamos a la hoguera.

Un viejo alto, huesudo, el pelo alborotado, la barba descuidada, estaba echando a la lumbre brazadas de hierbas secas. Llevaba quevedos, unos pantalones estrechos, botines pasados de moda y un largo abrigo de ciudad. Tan ocupado estaba en lo que hacia, que no se percaté de nuestra presencia. Cuando al fin se fijó, nos miró un momento y volvió la cabeza sin responder a nuestro saludo. Yo cambié una mirada con Simonenko y me llevé significativamente el dedo a la sien.

A unos treinta pasos de la hoguera, una vaca flaquísima pacía la escasa hierba de la estepa.

Las hogueras de la estepa, encendidas con hierba, son poco acogedoras; aunque arden brillantemente y tienen una llama

viva, se consumen en seguida. No le dejan a uno descansar, a cada instante hay que alimentarias con más hierba. A pesar de todo, nos sentamos y acercamos al fuego nuestros pies mojados. El viejo arrojó al fuego otra brazada. Sin mirarnos, mascullé:

— ¡Jóvenes educados a la moderna!

No respondimos. Un poco después, el viejo prosiguió:

— Todo vagabundo decente sabe que puede aprovechar la hoguera encendida por otro a condición de aportar su granito de arena. Vosotros venís del bosque y os habéis acercado a mi hoguera. ¿No es eso? Así es, indudablemente. Por lo tanto podíais haber traído leña. ¿Habéis leído a Máximo Gorki? Es de suponer que si, porque en vuestros rostros brilla la luz del espíritu. Pues si lo habéis leído debéis conocer la ética de los vagabundos. ¿Quiénes sois? ¿De dónde venís? ¿A dónde vais?

Le respondimos que éramos prisioneros y que nos dirigíamos a casa.

El viejo exclamó:

— ¡Eso es mentira! Aunque, a decir verdad, a mí no me importa. Si creéis necesario ocultar la verdad, permitid, en ese caso, que también yo conserve el incógnito. —Y diciendo esto se volvió de espaldas y enmudeció.

Recogimos maleza y ramas secas. Pero ni así nos ganamos la simpatía del viejo. Ni siquiera quiso decirnos dónde estábamos.

Un poco más tarde acercó su vaca a la hoguera. Con el pie clavé en la tierra una estaca y até a ella al animal. Después extendió en la tierra seca por la hoguera su largo y viejo abrigo, y se tumbé, envolviéndose en él. Ya acostado, refunfuñé:

— Tened cuidado, ciudadanos, de no quemarme.

Simonenko y yo estábamos rendidos. No recuerdo a quién le venció el sueño primero. Nos quedamos dormidos, con el pecho apoyado en las rodillas.

Me despertó un brusco grito gutural. De un salto me puse en pie. La hoguera estaba apagada, pero se podía ver porque la luna no se había ocultado aún. Rugiendo desagradablemente pasaron muy bajos unos aviones de bombardeo alemanes.

El viejo, con el rostro vuelto hacia el cielo, agitaba el puño y blasfemaba terriblemente, maldiciendo a los pilotos en alemán: Verfluchte Schwine! y otros denuestos.

El viejo echó a correr por el campo y agitaba tanto sus largos brazos huesudos, que daba la impresión de que iba a salir volando para perseguir el avión y agarrarse a él.

Al verme, el viejo gritó:

— ¡Oiga, dispare, dispare! ¡Se ha dado orden de hacer fuego contra los aviones del enemigo con todas las armas! ¡Dispare ahora mismo, con mil demonios!

Cuando los aviones se ocultaron, el viejo dejóse caer agotado sobre la tierra, cubriéndose el rostro con las manos.

— ¿Podemos hacer algo por usted? —preguntó solícito Simonenko.

— Dejadme en paz —rezongó el viejo. Después añadió más suavemente—: No hacerme caso. A mí ya no se me puede ayudar. Tampoco yo puedo ayudar a nadie con nada. No soy más que un vagabundo.

Le dejamos en paz y seguimos nuestro camino. Unas cuantas veces volvimos la cabeza. Al lado del montón de ceniza seguía tumbada la vaca y sentado junto a ella el hombre barbudo. Simonenko observó que sus hombros se estremecían.

Era evidente que el viejo había sufrido una gran conmoción. Pero ¿cuál? ¿Por qué blasfemaría en alemán? El hecho de

haber amenazado con tanta furia a los aviones alemanes demostraba quién era su enemigo.

— ¿Dónde encontrará albergue? —dijo quedamente Simonenko. Poco después reconoció el camino de Lísovie Soróchintsi, y de pronto, como recordando algo, dijo rápidamente.

— Oiga, camarada Fiódorov, voy a volver y le diré que venga conmigo. Mi madre le recogerá y le tratará bien. Espéreme, ¿de acuerdo?

— De acuerdo, pero tenga cuidado no vaya a dar albergue a una serpiente. Quién sabe quién es ese hombre...

Pero Simonenko se encogió de hombros y dio la vuelta.

Me senté tras un arbusto del camino. Esperé mucho tiempo; helado de frío me hice un ovillo y me dormí sin darme cuenta.

A Simonenko le costó trabajo despertarme.

— Vamos, Alexéi Fiódorovich —me gritaba al oído.

— ¿Dónde está el viejo? ¿No lo ha encontrado?

— Se ha negado. Le emocionó mucho cuando se lo dije, pero... por lo visto la cabeza no le funciona bien. No hace más que repetir:

“Ellos me encontrarán en todas partes”... ¿Quiénes son ellos, por qué le encontrarán? No he podido comprender nada. Pero se negó rotundamente a venir conmigo. Y al despedirnos me estrechó la mano con mucha fuerza. “Gracias —me dijo— por su atención...” ¿Qué podía hacer? Los alemanes, silo ven, pueden fusilarle. Dicen que eliminan a todos los dementes.

El próximo alto en el camino, y por cierto bastante largo, lo hicimos en la tierra de Simonenko, en Lísovie Soróchintsi. Allí el destino me agracié con un poco de cariño maternal.

Una noche, dos hombres, empapados y hambrientos, irrumpieron en la casa de una viejecita solitaria.

— ¡Ay, hijo mío! —exclamó la viejecita abalanzándose al cuello de Iván Simonenko.

Yo esperaba de pie, a un lado de la habitación. La madre y el hijo se miraban amorosamente: ella le interrogaba, él respondía, después él se ponía a preguntar... Yo disfrutaba del calor de la habitación caldeada y sonreía tontamente.

La viejecita calenté agua, también me dio ropa limpia y nos lavamos de pies a cabeza. Después del baño nos sentamos a la mesa. Comimos gallina, tomates rojos en salmuera, pepinillos duros y verrugosos.

Toda aquella noche y casi todo el día siguiente descansamos a placer. ¡Cómo dormí esa noche! Sábana abajo, sábana arriba, un edredón... La lluvia repicaba en los cristales, el viento silbaba en la chimenea, y yo dormía. Me despertaba, aguzaba el oído y aunque por mi mente pasaba la idea de que cerca de mí estaban los alemanes, daba media vuelta y de nuevo quedaba dormido... Por la mañana, volvimos a comer hasta hartarnos.

La madre de Simonenko me pasó revista de pies a cabeza y exclamó:

— ¡Cómo puede ser que una persona tan importante vaya así de rota!

Sacó de un cajón de la cómoda un trozo de tela para hacerme una guerrera y unos pantalones. Quiso cortarla ella misma y la marcó, pero no se atrevió a meter las tijeras. Recogió la tela y marchó no sé a dónde. Al regresar me dijo:

— Vamos, Alexéi Fiódorovich, a casa del sastre; le espera.

Claro está que, según las reglas de la estricta conspiración, hubiera debido alarmarme. En efecto, a la viejecita no la co-

nocía bien y mucho menos al sastre. ¿A santo de qué habría accedido el sastre a hacerme un traje y en veinticuatro horas además, según me dijo la vieja? ¿No sería una trampa? Mi pistola estaba bajo la almohada. Sentí deseos de llevármela, pero temía ofender al ama de la casa.

Sin embargo, el deseo de tener un traje nuevo y limpio fue superior a mis temores.

“Bueno —decidí en mi fuero interno—, aquí no me recuerda nadie. Y si me recuerda, no me podrá reconocer...”

Aquel traje hecho por el sastre pueblerino de Lísovie Soróchintsi no se borrará jamás de mi memoria.

En el acto comprendí que el sastre sabía quién era su cliente, que tampoco era un secreto para su mujer ni para sus hijas. Toda la familia cosía. Por eso me lo hicieron tan deprisa. Todos, desde el primero hasta el último, sabían que aquel traje era para un diputado al Soviet Supremo, para el secretario del Comité Regional del Partido. Y no ignoraban que por ello arriesgaban la vida. Pero todos disimulaban. El dueño de la casa me tomó las medidas, me preguntó como era de rigor si tenía forros, botones, material para los bolsillos.

— ¿No los tiene? Qué se le va a hacer; nosotros tenemos. Mañana por la mañana venga a buscarlo.

— ¿Cuándo quiere que le pague —pregunté—, ahora o después?

— Pero, ¿qué dice, camarada...? —Al sastre le faltó poco para llamarme por el apellido, pero su mujer le lanzó tal mirada que se detuvo a tiempo y dijo simplemente—: Después de la guerra pasaremos cuentas...

Pasé seis días en Lísovie Soróchintsi. No desarrollé allí una gran actividad: me limité a reponerme, a estudiar a la gente, a examinar la situación y a pensar.

Iván Simonenko se marchaba con frecuencia no sé adónde, su madre trajinaba por la casa y en la habitación quedaba yo solo. Pulcritud, flores, toallas bordadas bajo los iconos, el acompasado golpear del reloj. Jamás había estado mucho tiempo en un ambiente así. Claro que durante mis viajes por las aldeas había pasado muchas noches en casa semejantes. Pero todo era distinto entonces. La casa estaba siempre llena de gente, venían a yerme funcionarios del distrito, del pueblo, hablábamos y discutíamos hasta muy avanzada la noche. Y por la mañana salíamos al campo.

En cambio ahora me hallaba solo, nadie preguntaba por mí, nadie me planteaba problemas.

Después de haber descansado y recuperado el sueño atrasado, ya bien lavado, me sentí más animado y activo. Encontré en la casa una cuchilla da afeitar. La afilé en el cinturón y me deshice con satisfacción de los pelos que me cubrían el rostro. Era la primera vez después de mucho tiempo que me veía en un espejo. Sí, había adelgazado mucho y... se veía claramente que había rejuvenecido. Ningún régimen de sanatorio me hubiera ayudado tanto como las largas andanzas, los tormentos anímicos y las apesadumbradas meditaciones... Es posible que desde el punto de vista conspirativo, no fuera conveniente volver al aspecto anterior a la guerra. De todos modos, pudo más el deseo de sentirme un hombre por entero.

Es algo asombroso. Me bastó con adquirir un aspecto normal para que me entraran ganas de hacer algo.

Me paseaba de arriba abajo por la habitación canturreando en voz baja, me detenía apoyando la espalda contra el horno caliente, volvía a andar; a veces me sentaba al pie de la ventana y contemplaba la calle de la aldea. No disponía de libros, no tenía a quién escribir. No sabía ya el tiempo que no había visto un periódico ni oído la radio.

Sin embargo, tenía que actuar, dirigir... Las condiciones del trabajo habían cambiado... Pero el Partido, lo mismo que antes, era el organizador y el dirigente de las masas, del pueblo...

Nadie me había eximido de la responsabilidad. Supongamos que me hubiesen llamado del Comité Central y me preguntasen... En primer lugar, me hubieran preguntado cómo vivía el pueblo en la aldea ocupada, cuál era la situación económica de la aldea, qué estado de ánimo tenía la gente, cómo resistía el pueblo a los invasores. Y además, me habrían preguntado indudablemente: ¿Qué hace usted, Fiódorov, cuáles son sus planes para el futuro, cómo piensa organizar el trabajo de la organización clandestina?

Esas preguntas precisamente fueron las que yo me planteé en la apacible habitación de la casa de Simonenko. Y quedé descontento de mí mismo: no estaba en condiciones de responderlas.

Advertí que los viejos hábitos pesaban aún sobre mí, que la mecánica de mis ideas era frecuentemente la misma que antes de la guerra; es decir, razonaba como en una situación de legalidad.

Miré por la ventana: lloviznaba y, a lo lejos, en el campo, varias mujeres engavillaban el trigo. Pensé que el tiempo era bueno para la futura cosecha, pero con el hacinamiento de las gavillas se habían retrasado... Mas, de pronto, me di cuenta de que ahora todo era al revés, porque los alemanes estaban allí. El tiempo favorecía a los alemanes y ellos quitarían a los campesinos el trigo hacinado...

Recordé cómo tres días atrás, al ver en el camino el casco de una botella rota, lo tiré maquinalmente con el pie a un lado. Era un movimiento comprensible, propio de toda persona normal: podría pasar cualquier auto por encima y pincharse un neumático con el cristal. Pero por aquel camino sólo podía

pasar un auto alemán. Cuando me di cuenta de ello, regresé y volví a colocar el casco en medio de la carretera.

Es preciso acostumbrarse a utilizar cualquier hecho, hasta el más insignificante para perjudicar al enemigo.

¡Y las mujeres que estaban hacinando el trigo! ... Me eché la guerrera sobre los hombros y con paso rápido me dirigí al campo.

— ¿Quién os ha ordenado hacinar el trigo? —pregunté a las mujeres.

Todas, dejando de trabajar, me rodearon.

Una koljosiana joven, alta y robusta me preguntó a su vez.

— ¿Y si el trigo se pudre?

— ¿Quién os lo ha ordenado? —volví a preguntar con irritación.

— El jefe de la brigada.

— ¿Dónde está ese jefe?

Todas señalaron a la joven koljosiana que había sido la primera en responderme.

Cosa extraña, ninguna de las mujeres me preguntó por que me metía en lo que no me importaba; ni siquiera se interesó nadie por saber quién era yo. Tampoco mi tono sorprendió a ninguna.

La jefe de la brigada me explicó serenamente que no tenía órdenes de nadie, pero que ella era stajanovista y había reunido a la gente, conduciéndola al trabajo.

Cuando la pregunté para quién estaba hacinando el trigo, la koljosiana comprendió la intención de mis palabras, y se puso muy nerviosa; las lágrimas asomaron a sus ojos.

— Pero, ¿cómo puede creer, camarada? -comenzó la muchacha-¡Si yo soy stajanovista, fui delegada a la Exposición Agrícola de Moscú! ... ¿Será posible que usted piense que voy a trabajar ahora para los alemanes? La gente está acostumbrada a trabajar, se lo exige el cuerpo.

Nos pusimos a charlar. Les aconsejé que distribuyeran todo el trigo por las casas, lo trillaran ocultamente y lo escondieran, enterrándolo en zanjas.

— A los alemanes no hay que darles ni un grano. ¿Comprendido?

— Comprendido, camarada.

Las mujeres me contaron que en la aldea no había stárosta. Solamente un sustituto, el antiguo presidente del koljós, un tal Bodkó. Había sido miembro del Partido y lo expulsaron, al parecer, por su mal trabajo en el acopio de trigo para el Estado.

— Es buena persona, no molesta a la gente...

— ¿A los alemanes, tampoco los molesta?

Las mujeres me explicaron que los alemanes apenas paraban en la aldea; se limitaban a llevarse aves y cerdos al pasar. También habían confiscado unos cinco caballos. Cuando necesitaban algo iban a casa de Bodkó.

Pregunté a las mujeres si en la aldea quedaban hombres y qué hacían.

Inesperadamente, la jefe de brigada me respondió:

— Se pasan el día cavilando. Están metidos en sus casas y no hacen más que pensar en qué hacer. Tanto los de aquí como los forasteros andan tristes y cabizbajos...

Nuestro grupo fue visto desde la aldea; se acercó corriendo una mujer más, salieron no sé de dónde unos chiquillos. Es-

timé prudente despedirme de ellas. Me habría apartado unos cien pasos, cuando fui alcanzado por la jefe de la brigada.

—Camarada Fiódorov —preguntó jadeante—. ¿Es verdad lo que dice la gente? ¿Que llama usted a todos a las guerrillas? ¡Lléveme consigo!

- No soy Fiódorov —respondí con el tono más convincente que pude.

— Comprendo que ahora no es usted Fiódorov, pero nadie nos oye. Lléveme con usted, yo he sido stajanovista, estuve en la Exposición Agrícola de Moscú. ¡No puedo permanecer más aquí!

Sí, la conspiración fallaba; estaba visto. Me había reconocido el sastre (claro que se lo podía haber dicho la madre de Simonenko), y ahora también esta muchacha jefe de brigada; era muy probable que toda la brigada desconfiara de que fuese un prisionero rezagado de su columna. También el "prisionero" era bueno: llevaba en los bolsillos todos sus documentos y hablaba con tono autoritario.

Me hacía esos reproches de vuelta en mi apacible habitación. Pero en el fondo estaba contento: si la gente me reconocía y, a pesar de eso, lejos de denunciarme a los alemanes me escuchaba atentamente, era porque el pueblo esperaba la palabra, la orientación del Partido.

Ya era hora de alzar la bandera de la lucha guerrillera.

En la habitación entró Simonenko, acompañado de un hombre de unos cuarenta y cinco años, fuerte, bien vestido. El hombre me tendió la mano y Simonenko dijo:

— Le presento, camarada Fiódorov, a mi paisano y amigo, Egor Evtujóvich Bodkó, presidente del koljós.

Ya me disponía a estrechar la mano del recién llegado, pero al oír el apellido, retrocedí involuntariamente. Tenía ante mí

al dirigente local, mimado por los invasores. Crucé las manos tras la espalda y me puse a contemplarlo con bastante desfachatez.

Era la primera vez que veía a un traidor frente a frente. Había sido expulsado del Partido por saboteador, con toda seguridad. Entre esa clase de hombres —pensé— reclutan los alemanes a sus ayudantes. ¿Para qué le habría traído Simonenko diciéndole además mi nombre? ¿Qué diablos de conspiración era ésa? .. Mis manos crispábanse involuntariamente ansiosas de golpear al Judas.

Sin embargo, en los ojos de Bodkó no había confusión ni aire de triunfo. Me miraba de un modo franco y sencillo.

— Veo, camarada Fiódorov —comenzó a decirme—, que desconfía usted de mí. Es justo. ¿Permite que le informe? Acepté el puesto de suplente del stárosta por decisión del Comité de Distrito clandestino. Es cierto que me expulsaron del Partido no hace mucho, pero gracias a eso, los alemanes me han nombrado para este cargo. El stárosta de Kolésniki, la aldea vecina, un kulak, es también el nuestro. Según las reglas alemanas, yo no sirvo para ese puesto: a pesar de todo fui presidente del koljós y el koljós estaba considerado como de vanguardia.

Comprendí que me había equivocado. Pero era una equivocación agradable. Bodkó era un hombre serio, reflexivo y observador. Tenía un gran defecto. Como era honrado y sincero, suponía lo mismo en los demás y se confiaba muy fácilmente.

— Tengo muchas cosas importantes que plantearle, camarada secretario —me dijo Bodkó—. En el Comité de Distrito no les dio tiempo a darme instrucciones detalladas. Todo lo tengo que hacer yo solo. Y mi situación es muy delicada. Jamás he sido actor y me cuesta trabajo fingir. Además, se trata de un papel que no está escrito en ninguna comedia. Yo me lo

guiso y yo me lo como. No puedo reunir a la gente, sincerarme con ella. Hay también canallas, camarada secretario. Ayer vino a yerme uno: “¿Qué debo hacer —me preguntó—, para apuntarme de policía? He oído decir que en la comandancia del distrito hacen falta policías, pero que para eso se precisa una recomendación suya”. ¿Qué puede uno decirle a un tipo así? Si se le da un sopapo puede sospechar, y no dárselo es imposible. En este caso le sacudí y le dije: “ ¡Maldito seas, hijo de tal, cuando teníamos el Poder soviético pediste el ingreso en el Komsomol y ahora quieres servir de policía?” El me respondió: “Camarada stárosta, intenté colarme en el Komsomol.” “¿Qué es eso de camarada? Señor suplente de stárosta, es así como debes llamarme” —y volví a cruzarle la cara y luego, ya se puede usted figurar, le eché a puntapiés.

Pero no había hecho más que salir el aspirante a policía, cuando se presentó otro individuo. Este era un tal Shokodko, hijo mayor del kulak que tuvimos en la aldea. Había venido desde Priluki. “Mi padre fue expulsado en el año 1932 y en la actualidad está deportado en Siberia. He trabajado de cobrador en la Caja de ahorros del distrito. Confío en que ahora triunfará la justicia, y podré tomar posesión, como heredero directo, de nuestros bienes inmuebles. Tenga la bondad de leer este papel que le envía el burgomaestre del distrito, fulano de tal. Se le ordena que me ayude”. Sus bienes inmuebles eran la isba-biblioteca y la casa-cuna, las dos mejores casas de la aldea. ¿Qué podía hacer con semejante tipo? Hablaba con educación y delicadeza. No tenía motivos para sacudirle.

Bodkó guardé silencio, como reflexionando, y añadió:

— Debo decirle que no es el primero que ha regresado. Han vuelto ya cuatro kulaks y dos que medio lo eran. “Eche usted a los koljosianos —me exigen— donde quiera. Para eso es la autoridad. Los alemanes han promulgado una ley diciendo

que se nos devuelva todo”. Al cobrador lo metí en la isba-biblioteca. Y le dije que le daba, además, todos los libros, toda la biblioteca, como compensación por sus sufrimientos. Le aconsejé que los escondiera en sitio seguro. ¡Y fíjese, escondió incluso la literatura política, los libros de Lenin! ¡Hay que ver lo que es tener alma de kulak! ¡Quiere aprovecharlo todo! Pero bueno, que lo guarde; cuando regresen los nuestros, lo recogeremos. A los demás, a los que quieren que eche a los koljosianos, por ahora les voy dando largas. La gente está furiosa contra ellos. A uno, le pillaron de noche, le echaron una manta por la cabeza y le dieron una buena tunda. Vino a yerme llorando. Le respondí: “¿Qué puedo hacer? La gente es poco consciente. No tengo aún policías. Espere un poco a que se afiance el régimen alemán”... ¿Y sabe una cosa, camarada secretario? Nos conviene, incluso, que regresen los kulaks. La gente se pondrá más furiosa contra los alemanes.

En el Ayuntamiento de Priluki me han preguntado ya cuánto trigo y cuántos cerdos puede entregar nuestra aldea. “Vaya llevando la cuenta, pero si hace trampa, kaput. ¿Sabe usted lo que hago? Entro en una casa y si el dueño es de confianza, si es un hombre soviético, le pregunto: “¿tienes pala? Abre una zanja y ten en cuenta que hay que esconderlo todo. Principalmente el trigo. Debéis degollar a los cerdos, las ovejas y el ganado mayor, salarlos y enterrarlos lo más profundamente que podáis”.

Mi mejor ayudante es una beata. Cuando aparecieron los alemanes en la aldea —una sección de ciclistas— fue la primera en salir a recibirlos con el pan y la sal. Se envolvió la cabeza con un blanco pañuelo almidonado y les hacía profundas reverencias. Dos días más tarde llegaron unos motoristas y le quitaron un lechón. ¡Había que ver cómo se reían los vecinos de la abuela aquella! Ahora se mueve como un agitador profesional y maldice a los alemanes por todas par-

tes: “¡Bandidos —grita—, asesinos, me han quitado el último lechón! ¡Guardadlo todo, buena gente! ¡Es Satanás en persona el que ha venido! “ Yo, camarada secretario, me oriento en estos pequeños asuntos cotidianos y confío en no equivocarme. Aunque claro, el puesto que ocupo es peliagudo. Por mucho que le diga a la gente y por mucho que me esfuerce en hacer bien, bastantes me consideran traidor. Mi único consuelo es que la historia sabrá juzgarme... —Bodkó sonrió triste—. Tengo buena salud, gracias a Dios, los brazos y las piernas fuertes, la cabeza no me duele, pero me duele el alma, camarada secretario... Bueno, no vale la pena de hablar de mí. ¿Qué soy yo, quién soy yo?

En esta humilde pregunta percibí que se sentía ofendido. Bodkó me confesó, después de muchas preguntas, que no podía aceptar la decisión del Comité de Distrito expulsándole del Partido. Pero no me explicó el motivo de la expulsión.

— No es el momento oportuno de hablar de eso, Alexéi Fiódorovich —rehusó Bodkó—. En mi opinión, sigo considerándome bolchevique. Cuando termine la guerra, podrá usted decidir si sirvo y si merezco que se me perdonen mis faltas. En estos momentos, en mi calidad de expulsado, puedo prestar una mayor ayuda al Partido... Bueno, más vale que volvamos a tratar de nuestros asuntos.

Primero: ¿Qué hacer con el koljós? Es decir, ¿con sus bienes? Lo que pudimos, lo hemos repartido por las casas. Todo el ganado, las simientes, algunos aperos. Pero tenemos trilladoras, aventadoras, sembradoras. ¿Debemos destruirlas? Las manos se niegan a obedecerme. En segundo lugar, la gente. Durante los últimos años la mentalidad de la gente ha experimentado un gran cambio. Tenemos tractoristas, jefes de brigada y ordeñadoras excelentes. Toda esta gente se aburre y se desespera en su pequeña hacienda individual. Las instrucciones alemanas no hablan nada de la liquidación del koljós y, según dicen, no se prevé. Dejan las comunida-

des para poder sacar más. Nosotros hacemos que trabajamos, pero los koljosianos están acostumbrados a trabajar de verdad, con toda el alma. Fíjese lo que ocurre a veces: en una ocasión, al anochecer, vi luz en casa de una tractorista y entré: la muchacha estaba sentada al lado de una mesa y todas sus amiguitas alrededor. Pensé que estarían echándose las cartas. Pero me di cuenta de que leían un libro. “¿Qué hacéis?” —les pregunté. ¿Sabe lo que era? Estaban repasando la guía técnica del tractor.

¿Qué podía uno hacer en un caso así, camarada secretario? ¿Reñirlas, felicitarías, echarse a llorar? La gente está acostumbrada a estudiar, a leer, a oír radio, a ver cine: antes teníamos cine dos veces a la semana.

No hace mucho me ocurrió otro caso, hasta da vergüenza contarlo, casi me matan unos niños, unos pioneros. Me empecé a dar cuenta de que poco a poco alguien se encargaba de desmontar y llevarse las piezas de las máquinas aventadoras, trilladoras, rastrillos de tiro. Los aperos estaban sin nadie que los vigilara. Tengo que reconocer que no pensé como es debido si eso era bueno o no.

Un día iba yo por el campo por el lado de la era cubierta. De pronto vi como escapaban de allí unos chicos que se escondieron entre los arbustos. Me acerqué a la era —había allí un motor transportable— el volante ya estaba quitado, las bujías desenroscadas y todos los demás tornillos a medio quitar. Meneé la cabeza preocupado. Y no es que me diera pena todo aquello, sino simplemente por lo inesperado del hecho. Después miré a mi alrededor y vi que no lejos de los arbustos la tierra está recién levantada y sobre ella, una piedra. Me acerqué allí, toqué la piedra con el pie y de pronto algo pasé silbando junto al oído. Me incliné y — ¡bam! — recibí un golpe en medio de la columna. Me di la vuelta y vi un tornillo en el suelo. Me puse terriblemente furioso y me lancé directo hacia los arbustos. Pues imagínense, pesqué a Mishka, de

apodo El Gallo. Lo cogí por el cogote y lo sacudí bien, pero se puso a morderme y a escupir dando además órdenes a no sé quién: “Tiraos sobre él, chavales, ¿qué esperáis?”

Este Mishka el año pasado ayudé mucho al koljós. Puso en práctica un juego: “El movimiento de Timur”. A la cabeza de una brigada de pioneros se dedicó a recoger mieses y organizó un servicio de vigilancia en el huerto del koljós... Fue un amigo y ahora lo tenía como enemigo. Los ojos le ardían como a un lobezno y hasta parecía aullar de odio. De pronto se lanzaron sobre mí otros cinco. Me tiraron al suelo y me dieron con sus puñitos bajo las costillas. Ya me pasó la furia y les grité: “Alto, chavales, no me matéis, soy uno de los vuestros...” Me creyeron, me soltaron y después organizamos durante una media hora una reunión secreta. Me descubrí un poco, entonces también ellos me contaron que untaban con autol las piezas de las máquinas y las enterraban. Encima del hoyo ponían las piedras como señal. Les dije que la cosa me parecía bien, sólo que nos inventamos otro sistema de señales. Las piedras se notaban demasiado.

Y ahora, camarada secretario, quiero hablarle de lo más importante. El Partido nos enseña que el capital más precioso es el hombre. Yo soy el dirigente local, puesto, aparentemente por los alemanes, pero en realidad por el Poder soviético y el Partido bolchevique en la clandestinidad. Estoy acostumbrado al plan y al cálculo. Estoy acostumbrado a contar, y lo he hecho. Tenemos en la aldea doscientos seis hombres aptos para el trabajo y quinientas doce mujeres. Sin contar a las viejas, los viejos y los chicos. Entre los hombres hay de todo, forasteros dudosos y gente de paso: prisioneros y errabundos arrojados aquí por la guerra. Yo, naturalmente, los protejo de los alemanes y los seguiré protegiendo, por supuesto. Pero también hay gente nuestra, es decir, de aquí. Y casi todas las mujeres son de la aldea.

Usted me preguntará que adónde voy a parar con estos cálculos. Pues muy sencillo: yo creo que esa gente constituye una fuerza; tanto desde el punto de vista civil como desde el militar. Y es una fuerza que está inactiva. Se pasan el día mirando por la ventana, con la cabeza apoyada en las manos. ¿Qué hacer, camarada secretario, para volver esa fuerza contra los alemanes, para conseguir que luchen todos?

Bodkó hablaba enardecido, casi a gritos; tan pronto se sentaba, como se levantaba e iba y venía por la habitación. En realidad, Bodkó me hacía todas esas preguntas no tanto para obtener respuesta como para exponer sus pensamientos y exteriorizar sus dudas.

La madre de Simonenko entró en la casa con un cubo lleno de agua. Bodkó lo asió con ambas manos, alzándolo hasta la boca, y bebió durante largo rato. Me fijé en sus grandes manos de obrero, llenas de oscuras cicatrices. ¡Era un hombre ansioso de vivir y trabajar! ¡Y el destino le obligaba a desempeñar el papel de traidor!

Tuve que hacerle algunas observaciones.

— Usted dice, camarada Bodkó, que todos deben luchar contra los alemanes. Pero eso no es tan fácil. A la gente hay que abordarla ahora con más cautela que nunca. Usted me acaba de contar que los kulaks regresan, y también me ha dado la cifra de hombres y mujeres que hay en la aldea. Pues bien, vamos a ver quiénes son, qué piensan, qué sueñan en sus casas...

Bodkó no prestaba gran atención a mis consejos. Estaba impaciente por luchar.

Antes de salir de Lísovie Soróchintsi, volvimos a vernos más de una vez. Le visité también en su casa. La mujer y la hija mayor me recibieron muy afectuosamente. Me hicieron sentar a la mesa:

— Pruebe ese jamón, es casero. Hemos matado un lechón. El padre ordenó que lo degolláramos para que no se lo llevaran los alemanes.

Unos cuantos hombres, a quienes Bodkó había dado albergue, sentáronse con nosotros. Pregunté en voz baja al dueño de la casa: “¿Quiénes son?”

— No se preocupe, Alexéi Fiódorovich, son de confianza, es gente soviética que se esconde de los alemanes.

Uno de aquellos “hombres de confianza” me desagradó profundamente. Frisaba en los cuarenta y cinco años y tenía aire beato y monástico, los ojos pequeños, inquietos, la barbita rala y puntiaguda. Para mis adentros lo califiqué de baptista. Vestía uniforme de soldado del Ejército Rojo, que le sentaba como si llevara un cilicio debajo; a cada momento se encogía. Saludaba con gran ceremonia, haciendo profundas reverencias.

— Gracias, buena gente, por tan cariñoso trato y albergue.

Después, alargando las palabras, añadió con voz lastimera.

— Lejos de aquí, al otro lado, mis hijitos esperan a su papaíto. Pero el papaíto ha caído en manos de los alemanes, el papaíto llora por sus hijitos...

— Oye, amigo, ¿dónde trabajabas antes de la guerra? — pregunté sin poder contenerme.

— En lo mismo que usted —me respondió, apresurándose a sonreír.

— ¿Cómo en lo mismo que yo? Yo he salido de la cárcel — dije bromeando, pero observé de pronto que el tipo aquel me guiñaba con disimulo un ojo, como previniéndome que no me franqueara mucho. A mis palabras respondió con bastante desenvoltura.

— Lo que he perdido no lo lamento, y ahora, como ve, vagabundeo y vivo de limosna.

Durante la comida estuvo pegado a mí y, aprovechando un momento, me susurré al oído.

— El dueño de la casa, por lo visto, es muy soviético.

Imitándole, pregunté también en un susurro.

— ¿De dónde lo sacas?

— Le oí hablar... ¿Quién lo habrá nombrado stárosta?

Mi contestación le pilló tan de sorpresa, que se encogió aún más y no volvió a preguntarme nada.

— Lo nombré yo; lo que tú pienses me tiene sin cuidado.

En casa de Bodkó siempre vivía alguien, siempre daba cobijo, comida y ropa a todo el que llamaba a su puerta. En su casa acogiéronse no menos de veinticinco personas; eso, claro está, es digno de encomio. La mayoría de sus "huéspedes" se incorporé más tarde a los destacamentos guerrilleros. Pero Bodkó era muy vehemente, y franqueábase con todos sin distinción. Yo se lo advertí, pero siguió haciendo lo mismo.

Por indicación mía, Bodkó fue a Priluki para contactar con los bolcheviques que actuaban en la clandestinidad. No consiguió verlos, pero se enteré de- algo interesante.

— En una reunión de stárostas se dijo que en el distrito y en la ciudad había más de treinta activistas del Partido y de los Soviets detenidos. Dieciocho han sido fusilados ya. También se dijo que Fiódorov había aparecido en la región. Todos los stárostas y policías han recibido la orden de informar inmediatamente sobre cualquier rumor que permita localizarle.

Bodkó se esforzaba por hablar en voz queda, pero, seguramente, se le podía oír hasta en la calle.

— Me llamó el alcalde y me dijo: “Ha llegado a mis oídos que Fiódorov se ha dirigido hacia vuestra localidad. Ahora es la ocasión de que usted demuestre de lo que es capaz. Si conseguimos echarle el guante...” Y prometió tales cosas que casi corriendo me vine a casa. Debe usted trasladarse a otro sitio, Alexéi Fiódorovich.

Por la noche, serían las tres, me desperté y al instante salté de la cama. Me sentía muy alarmado. Saqué de debajo de la almohada la pistola y la coloqué a mi lado. El corazón me latía con tal fuerza que me molestaba prestar atención a los ruidos. Parecía como si tras la puerta de la casa alguien hablara entre susurros. Me esforcé en tranquilizarme, no quería despertar por alguna tontería a los dueños de la casa.

Caía gran cantidad de agua del tejado, crujía bajo las imágenes la mecha del quinqué. Ni un sonido más. Quise acostarme de nuevo, pensé que me había excitado la conversación con Bodkó y ahora por todas partes se me aparecían los perseguidores. Pero de nuevo se oyeron unos susurros tras la puerta, distinguí varias voces. Alguien pasó bajo la ventana, se metió ruidosamente en un charco y lanzó una blasfemia. Me fui a despertar a Iván. De lo alto del horno bajó la dueña de la casa, me hizo un gesto tranquilizador y se dirigió corriendo sobre puntillas a la puerta. Iván me metió en la mano izquierda unas granadas y se colocó a mi lado. Su madre pegó la oreja a la puerta.

Dieron unos golpes en la ventana. Pero no de un modo exigente, tal como lo hacían los alemanes o los policías, sino con timidez, con las yemas de los dedos.

— ¿Quién es? —preguntó entre susurros pero bastante alto la mujer.

Iván acercó los labios a mi oído:

— Se hacen los listos, ahora dirán que son de los nuestros.

Y en efecto, tras la puerta se oyó una voz de mujer:

— Buena gente, abuela, ábranos...

La mujer se acercó a su hijo diciendo:

— Es Zinka Tatarchuk, la encargada de la brigada; ¿qué querrá a estas horas? ¿Abro?

— Abranos, no tenga miedo... —intentaba convencerla la voz de mujer.

— ¿Quién viene contigo?

— También gente nuestra, abuela, Nikita y Sashok, y además Dúleva Verka, ábranos, venimos a ver al invitado; él mismo nos dijo...

La viejecita abrió el pestillo de la puerta. Iván iluminó con la linterna los rostros de los llegados. Yo en seguida reconocí a la chica con la que estuve hablando hacía unos tres días. La misma que había ido a Moscú, a la Exposición Agrícola.

— Pasad rápido —les decía la vieja— que se enfría la casa.

Tras ella entraron en la habitación tres, cuatro personas y tras ellos seguía surgiendo gente de la oscuridad.

La dueña de la casa agité los brazos de alarma.

— ¡Pero, cuántos sois, salid al patio! Pero, Zinka, ¿te has vuelto loca?

La chica dijo a dos que se quedaran y a los restantes los mandó fuera. Después se dirigió a mí:

— A lo mejor, salimos también nosotros, camarada...

— Orlov —le dije. Me gustó que se acordara del otro día y ya no me llamara por mi nombre verdadero—. ¿De qué se trata? ¿No puede ser deprisa? Dígame lo que sea aquí, confío en esta gente.

La chica sonrió con expresión afable:

— A la abuela Simonenko se le puede tener confianza. Es casi una madre... Pero, hemos venido por lo siguiente, camarada Orlov. Hace tres días usted me decía que hace falta formar un grupo, para ir al bosque. Pues aquí tiene el grupo: doce chicos y tres chicas. También tenemos armas: ocho granadas, dos fusiles; llevamos cuchillos, pan y tocino para una semana; sólo nos falta una cosa, camarada Orlov...

— ¿Un plan de acción?

— No, el plan ya lo tenemos. Es este: movernos hacia el bosque de Ichnia y si ahí no encontramos guerrilleros, seguiremos adelante hacia la región de Oriol. No puede ser que no encontremos guerrilleros. Pero, mire, éste es nuestro problema: no sabemos quién debe ser el jefe. Los chicos dicen que no hace falta. Pero a mí me parece que esto no puede ser. Desde el momento que salgamos nuestro grupo será grupo guerrillero. ¿No es así, camarada Orlov?

— Correcto.

— ¿Qué había dicho yo? —se dirigió a los dos chicos—. Y si somos guerrilleros, tiene que haber una disciplina. El que se escape será un desertor, y a ese —en su voz sonó una nota dura, metálica—, el que se escape o, aún peor, el que se atreva a levantar la mano contra uno de los suyos, a ese ¡hay que darle muerte!

-Me parece que como iniciadora de la idea, le corresponde ser la jefe —le dije a la chica.

— ¿Y no podría ser, camarada Orlov, que no es que le pareciera o pensara que..., sino que me nombrara con el poder que tiene? Así sería la cosa más fuerte, y más aún cuando nuestra gente se da cuenta de que el nombramiento y la orden viene del Partido. Abuela, abra usted la puerta. Que los guerrilleros oigan la orden del camarada... Orlov.

Sonaba en la voz de la chica tal nota exigente y seguridad de su razón que la viejecita cumplió su orden sin decir palabra. Yo también comprendí que podría entregársele la jefatura del grupo y que mi orden tendría una gran importancia para todos los miembros del grupo.

— ¡Entren aquí! —llamé a los jóvenes.

Saqué en claro que de los quince miembros del grupo, nueve eran komsomoles. La mayor era Zina. Tenía veintidós años. El más pequeño era Misha, con catorce. Quise convencerlo de que se quedara. Pero no era tan fácil la cosa. Me explicó sus hazañas con el grupo de Timur. Era un chico alto, fuerte, con una mirada audaz.

— Yo de un fusil de guerra le daba a una manzana, sé lanzar granadas; ¡oiga, nunca tengo miedo!

La primera impresión que me produjo el grupo fue muy buena; hasta me pasó por la cabeza la idea de seguir hacia el destacamento de Ichnia con los chicos. Pero al instante abandoné la ocurrencia. Uno de los chicos dijo que antes de marcharse al bosque tenían que eliminar en la aldea a todos los que se ponen del lado de los alemanes y nombré tres o cuatro apellidos. Propuso un plan completamente loco: ahora mismo, en plena noche, pasar por las casas de los kulaks y sus amigos que habían vuelto, volarlos con las granadas y después correr al bosque. El chico era joven y hablaba con pasión. Yo pensaba que los demás lo calmarían, le explicarían que no se puede actuar de manera tan poco organizada ni meditada. Pues no, su plan fue recibido con entusiasmo por más de la mitad del grupo. Es cierto que Zina intentó calmar los ánimos.

— ¡Pero qué pocos sesos tenéis, chicos! Así ni siquiera llegaremos al bosque, nos pescarán los alemanes, nos colgarán y quemarán la aldea. Lo que tenemos que hacer es llegar has-

ta los guerrilleros y allí estará nuestra fuerza, allí habrá un jefe que sabrá a dónde dirigir los golpes.

— ¡Lo que pasa es que eres una miedosa! —gritó el autor del plan.

Tuve que elevar la voz. Di orden de que se callaran al instante. Los chicos obedecieron, pero se veía que estaban ardiendo por dentro. Me di cuenta de que tan sólo salieran de aquí se pondrían a discutir de nuevo.

Nuestra charla transcurría casi a oscuras, yo casi no podía distinguir los rostros de los chicos. Me di cuenta de que falseaban la voz, para darse más importancia hablaban con voz de bajo. Al encender un pitillo, Simonenko prendió en la estufa un trozo de papel e iluminé con su claridad por un instante todo el grupo. Y entonces pude ver qué chicos más jóvenes había reunido Zina. Hablé con cada uno de ellos por separado. Sólo cinco de ellos trabajaban en el koljós, los demás eran alumnos de sexta y séptima clase. Estos chicos, claro está, no se podían ni imaginar las dificultades que tendrían que soportar en el destacamento guerrillero. La idea de ser guerrilleros se había apoderado de ellos. Querían cuanto antes iniciar la lucha, pegar tiros y gritar hurras.

¿Renunciar a la ayuda de estos jóvenes todavía sin un pelo en la cara? Evidentemente, no, estos chicos podrían ser de gran ayuda para las organizaciones clandestinas y las unidades guerrilleras. Es una verdadera lástima que hayamos podido dedicar tan poco tiempo a la preparación de los hombres.

Elegí a seis de ellos, a los mayores, les di permiso para que ingresaran en el destacamento. A Misha y los restantes escolares les propuse que organizaran en su propia aldea un grupo clandestino: escribir octavillas, echarlas por las casas, establecer contacto con los jóvenes de las aldeas vecinas.

Aceptaron la propuesta, pero se les veía claramente decepcionados.

En eso acabé la reunión. Ya no pude dormir el resto de la noche. “En cada aldea —pensaba yo— hay decenas de jóvenes que al igual que estos chicos se lanzarían sin pensarlo y sin organización alguna a la lucha. Por su falta de experiencia muchos de ellos perecerán. Sus intenciones son puras, buenas. Lo que les empuja a la lucha es su patriotismo inculcado por la escuela soviética, por el Komsomol. Pero ni la escuela ni el Komsomol no les han preparado, claro, para dedicarse al trabajo clandestino ni a la guerrilla”. La vieja Simonenko, como adivinando mis pensamientos, me conté que cuando pararon por primera vez los alemanes en el pueblo, los chicos se paseaban entre ellos sin temor alguno, y algunos de ellos hasta se mofaban de los soldados.

— El chico de la vecina, Mikola, llegó a irritar tanto a un soldado alemán que éste lo até y lo metió bajo una mesa. Los alemanes se quedaron tres días en la aldea, y los tres días Mikola se los pasó atado debajo de la mesa. Cuando los soldados se sentaban a comer, le daban patadas a Mikola y le tiraban trozos de comida como si fuera un perro. Pero él no comió nada, ni siquiera pidió de beber. Y salió con vida de ésta. ¿De dónde había sacado estas fuerzas el chiquillo?

Más tarde me convencí que estos pequeños ciudadanos de nuestro país tenían muchas fuerzas y mucha pasión revolucionaria. Y en todas partes, donde a esto se le añadía aunque fuera el embrión de una organización, los komsomoles de las aldeas, y hasta los pioneros, eran una ayuda muy importante para las organizaciones clandestinas y los guerrilleros.

* * *

Iván Simonenko también se disponía a marchar. Su madre le había preparado empanadas y embutido para el camino. Yo

le insistía para que viniera conmigo y se hiciese guerrillero, pero él seguía en sus trece: “La lucha de guerrillas es insegura, dudosa, y además, ¿cómo vamos a hacer frente con un palo o, en el mejor de los casos, con un fusil y un automático a los tanques, a la aviación y a la artillería? No, camarada Fiódorov, ese modo anacrónico de pelear, ese sistema de emboscadas pertenecen a otros tiempos y ya no pueden dar ningún resultado”.

No tuve más remedio que despedirme de mi compañero de peregrinación.

El se encaminé hacia el Este, en dirección al frente, y yo tiré para el Oeste.

Lo último que hicimos juntos fue algo imprescindible, pero triste y desagradable.

Muy avanzada la noche, salimos al huerto y cavamos bajo un manzano un hoyo de setenta centímetros de profundidad y en él enterramos nuestros documentos.

Envolvimos con mucho cuidado cada documento en periódicos y el paquete en la goma de una careta antigás. Después lo depositamos en el fondo del hoyo y lo cubrimos de tierra que apisonamos.

No me quedé más que con un certificado: “Certifico que Kostiria, Alexéi Maxímovich, fue condenado en 1939 por malversación y puesto en libertad antes de extinguir la pena, el 18 de agosto de 1941...” Todo esto con las correspondientes firmas y sellos.

Por la tarde, pedí a la vieja Simonenko que hiciéramos una especie de ensayo.

Iván no estaba en casa. La viejecita, mientras pelaba patatas para la cena de despedida, me “interrogaba”.

— ¿Dónde trabajó usted antes de ser detenido?

— En el almacén número 16 de Górlovka, en la cuenca del Donets.

— ¿Era un almacén de comestibles o de ropa?

— Una panadería. Yo era el encargado.

— ¿Y qué te pasó? ¿Robaste o engañaste en el peso?

— De todo hubo, señor juez, he robado y he engañado en el peso.

— ¿A cuántos años te condenaron?

— A seis años.

— ¿Sólo a seis años? ¡Vaya un tribunal! ¿Has robado, has engañado al pueblo y te han condenado sólo a seis años?

La indignación de la vieja era tan sincera, que decidí interrumpir el ensayo. Por lo visto, había aprendido bien el papel y mis respuestas eran convincentes.

No se me ofreció otra oportunidad para comprobar mi talento de actor. Tampoco tuve ocasión de exhibir ante nadie el certificado de que era un malversador.

* * *

Hacía más de dos semanas que había salido de Piriatin, y más de una que me encontraba en la región de Chernígov. Durante ese tiempo vi a mucha gente.

La falta de actividad me abrumaba: el deseo de actuar de un modo concreto, de luchar directamente contra los alemanes era tan inmenso, que empezaba ya a pensar si no sería lo mejor quedarme allí. En Lísovie Soróchintsi había bastante gente que deseaba luchar contra los invasores. ¿Por qué no reunir allí un destacamento guerrillero? Al principio no sería numeroso, pero después se uniría a él la gente de las aldeas vecinas. Este plan me atraía más y más y una vez hablé de ello a Bodkó. El se entusiasmó, naturalmente, y me aseguré

que conseguiría unos diez fusiles e incluso un automático con algunos discos de repuesto que tenía un muchacho. La tentación era grande, pero tuve que renunciar a este plan, porque era preciso, en primer término, concentrar en una sola mano toda la organización regional. Yo no dudaba de que esta organización existía... Bastante más tarde, me enteré que durante mis solitarias andanzas, a fines de septiembre y principios de octubre, habían comenzado ya a actuar en la región de Chernígov muchos Comités de Distrito clandestinos del Partido y del Komsomol, centenares de células y grupos de resistencia; los esfuerzos del Partido no fueron estériles.

Al comienzo dei libro he hablado del secretario del Comité de Distrito de Jolm, Iván Martiánovich Kúrochka, que había manifestado deseos de quedarse a trabajar en la clandestinidad. El lector recordará, seguramente, con qué energía Iván Kúrochka llevé a cabo la preparación de las organizaciones clandestinas y de los destacamentos guerrilleros. Desde los primeros días de la ocupación, las organizaciones clandestinas de su distrito comenzaron a actuar tan enérgicamente, que puede decirse que no hubo aldea donde no se sintiera la influencia de los comunistas, donde no se manifestara el pueblo contra los alemanes: los campesinos saboteaban las órdenes, exterminaban a los cómplices de los alemanes, ayudaban a los combatientes soviéticos cercados o prisioneros. En todas las localidades del distrito existían domicilios secretos; en todas partes, los dirigentes de la organización clandestina encontraban gente de confianza.

Sólo en el pueblo de Jolm había cuatro casas donde los comunistas podían reunirse clandestinamente. Eran simples casas koljosianas. Sus dueños tenían siempre reservas de pan seco y salazón por si un compañero de la organización clandestina tenía que salir inmediatamente para el bosque. En algunas de estas casas también se podía encontrar ropa. A veces entraba uno vestido con una chaqueta guateada y

salía envuelto en una pelliza. De esa manera se conseguía despistar a los sabuesos del enemigo.

Las autoridades alemanas exigían que el ganado de labor, las vacas, los cerdos, el grano, el forraje, las legumbres y otros bienes de los koljoses fueran reunidos y calculado su número y cantidad en espera de las disposiciones de las nuevas autoridades.

Los compañeros de la organización clandestina tomaron un acuerdo audaz: convocar una sesión del Soviet de distrito de Jolm para procurar salvar de los alemanes los bienes koljosianos. Se repartieron las comunicaciones invitando a la reunión y el día 16 de septiembre, como si no hubiera alemanes por allí, se congregaron en Jolm los diputados, los activistas, los presidentes y los miembros de la junta directiva de los koljoses.

Presidía la sesión el camarada Vodopiánov, secretario del Comité de Distrito del Partido. Hizo un breve informe sobre la marcha de la guerra y las tareas de los ciudadanos soviéticos en la retaguardia enemiga.

Los reunidos acordaron que se debía sabotear, por todos los medios, las órdenes alemanas y decidieron que los koljoses distribuyeran inmediatamente todos sus bienes entre los campesinos. Las cosas que se pudieran guardar, debían ser enterradas en sitio seguro, y lo que no, destruido inmediatamente. A continuación se celebraron también reuniones en los koljoses. En esas reuniones participaron los secretarios del Comité de Distrito del Partido y los diputados. La población pudo convencerse prácticamente de que el Partido y el Poder soviético seguían existiendo y promulgando, en contra de las órdenes alemanas, disposiciones que favorecían los intereses del pueblo.

Iván Martiánovich Kúrochka, primer secretario del Comité de Distrito de Jolm, dirigió personalmente toda la organización

de resistencia por medio de personas que conocía bien. En aquel distrito, uno de los primeros ocupados por los alemanes, ya actuaban entonces seis pequeños destacamentos guerrilleros. Tendían emboscadas por los caminos, volaban puentes, exterminaban grupos enemigos poco numerosos. Lo más positivo de la labor desarrollada por la organización clandestina de Jolm fue la recepción sistemática por radio de los partes de guerra del Buró Soviético de Información. Los comunistas, los komsomol les y agitadores sin partido celebraban, no menos de dos veces por semana, charlas con los campesinos, informándoles de la situación en los frentes y desenmascarando la falsa propaganda alemana.

Gracias a la inteligente dirección de la organización clandestina del distrito, tomaron parte en el trabajo todas las capas de la población. La intelectualidad rural participé muy activamente. Los maestros, médicos, agrónomos, veterinarios se convirtieron en ardientes agitadores y propagandistas: captaban los partes de guerra por radio, los copiaban y distribuían entre la población o los leían en voz alta por las casas.

He aquí, en pocas palabras, la historia del maestro sin partido Malozhen y su familia, de la aldea de Zhukli.

Saya Emeliánovich Malozhen era un viejo enfermo y cojo, que apenas si podía tenerse en pie. Rara vez salía de casa. Escribía octavillas en prosa y en verso y sus canciones y coplas, satíricas y mordaces, corrían de boca en boca. Se cantaban y leían no solamente en Zhukli, sino también en las aldeas vecinas. El viejo las escribía y luego eran difundidas por su hija Oxana y su sobrina Irina. Ambas militantes del Komsomol, valientes, audaces e ingeniosas.

Los agentes de la Gestapo se apoderaron del viejo. Le amenazaba el fusilamiento. Oxana se presentó en la comandancia y supo convencer al comandante de que un viejo tan decrépito y enfermo como su padre no podía ser un agitador

comunista. El maestro fue puesto en libertad. Pero poco después detuvieron a la sobrina. Los alemanes la torturaron, pero la muchacha no delató a nadie. Poco antes de ser fusilada, consiguió hacer llegar a su tío dos notas. En la primera decía:

"Querido tío: No tengo miedo a la muerte, lamento únicamente haber vivido poco, haber hecho poco por mi país".

Su segunda nota de despedida era ésta:

"Tío, ya me he acostumbrado, no estoy sola, somos muchas. No sé si me dejarán volver a casa. Tal vez no me dejen. He pasado un interrogatorio. Me enseñaron las declaraciones del stárosta A. Ustizhenko. Es él quien nos ha delatado, tío. Pero es igual, no le tenga miedo a la muerte y no me asusta morir. Dígale a mamá que no llore. De todas formas no habría vivido mucho tiempo a su lado. Tengo mi propio camino. Que mamá guarde el trigo, si no los alemanes se lo llevarán. Adiós, su sobrina Irina".

En aquel mismo distrito de Jolm nació en septiembre de 1941 una organización clandestina del Komsomol que llevaba el romántico nombre de "Así comienza la vida". Al principio era un pequeño grupo de jóvenes, pero después fue en aumento y participé en ella la mejor juventud de Jolm. Todo el que entraba en la organización pronunciaba el siguiente juramento solemne:

"Al ingresar en las filas de la organización clandestina del Komsomol "Así comienza la vida", juro ante mis compañeros, ante la Patria, ante todo mi pueblo que tanto sufre, librar una lucha a muerte contra el cruel enemigo, los fascistas, y pelear contra ellos sin escatimar mi vida, hasta que nuestra tierra se vea libre de la inmundicia alemana. Juro cumplir honradamente todas las tareas que me encomiende la organización clandestina y morir antes que traicionar a los compañeros".

El grupo estaba dirigido por Kolia Yeriómenko, que antes de la guerra había sido inspector del trabajo político y cultural. El grupo puso manos a la obra con energía. Las chicas y los chicos escribían y repartían octavillas, actuaban de enlaces entre el Comité de Distrito del Partido y los destacamentos guerrilleros, salían de exploración, recogían armas y municiones para los guerrilleros.

En la región de Chernígov a los miembros de este grupo se les llama "La Joven Guardia de Jolm". En efecto lucharon como los valerosos jóvenes de Krasnodón[7] y la mayoría de ellos pereció heroicamente. En el segundo tomo de este libro hablaré con más detalle de ellos; en el período al cual me refiero no hacían más que comenzar su trabajo.

En el distrito de Jolm la actividad guerrillera y clandestina de los comunistas estaba bien preparada y por eso se desarrollé con mayor éxito y rapidez que en el resto de la región.

En otros muchos distritos también comenzó a notarse entonces la resistencia del pueblo a los invasores alemanes.

En el distrito de Oster, el 15 de septiembre, dos destacamentos guerrilleros libraron el primer combate contra alemanes armados de automáticos, ayudando a salir del cerco a un grupo de soldados rojos.

---

[7] Se refiere a los miembros de "La Joven Guardia", organización clandestina del Komsomol que luchaba heroicamente contra los invasores hitlerianos en la ciudad de Krasnodón (cuenca del Donets). Los dirigentes de esta organización y la mayoría de sus miembros perecieron en los calabozos de la Gestapo. El Gobierno de la Unión Soviética ha concedido a los jefes de esta organización como honor póstumo, el título de Héroe de la Unión Soviética. (N. del Trad.)

En el distrito de Gremiach el Comité de Distrito clandestino supo sabotear la “elección” de los stárostas. La población se negaba obstinadamente a acudir a las reuniones. En vista de ello, los alemanes tuvieron que desistir de la comedia electoral, nombrando a los stárostas por vía administrativa. Pero en cinco aldeas: Gremiach, Buchkí, Buda, Vorobiovka y Kámenskaia Slobodá los stárostas designados se negaron a cumplir todas las órdenes del enemigo. Los alemanes fusilaron al camarada Ivanitski, stárosta de la aldea Gremiach, ahorcaron al camarada Kalabuj, stárosta de la aldea Buchkí y apalearon al camarada Fedorenko, stárosta de la aldea Vorobiovka.

Los rumores del terror alemán extendiéronse inmediatamente por todo el distrito. La población comenzó a marcharse a los bosques

En el distrito de Kozeléts, el camarada Yarovói, primer secretario del Comité de Distrito, fusioné varios pequeños destacamentos y comenzó a luchar contra las guarniciones rurales, los policías y los stárostas traidores.

Los jóvenes de la organización clandestina del distrito de Semiónovka reunieron varias decenas de fusiles, 5.000 cartuchos y centenares de bombas de mano, entregándolo todo a los guerrilleros.

En el distrito de Ivánitsa, la actividad de los guerrilleros era tan intensa, que los alemanes temían entrar en las aldeas. En todas las localidades funcionaban órganos del Poder soviético.

El grupo de combate del Comité de Distrito clandestino de Dobrianka voló dos convoyes militares, un automotor y varios camiones del enemigo.

En la ciudad de Nezhin, el joven comunista ciego Yákov Batiuk, que luego fue célebre, había comenzado a formar una organización clandestina.

Todo esto lo supe mas tarde; la noche en que salí de Lísovie Soróchintsi me sentía muy solo.

Era una noche de luna, de viento y frío. Caminaba por la vía del tren. No lejos aullaban los lobos; quizás no lo fueran; entonces me parecía que hasta la tierra debía aullar.

Al cabo de un kilómetro vi el destruido edificio de la estación de Kolomítsevo. Los raíles estaban levantados. Alrededor no se veía una luz. Todo parecía muerto. Dejé atrás la estación, atravesé un pequeño puente y de pronto sentí que alguien me llamaba, acercándose.

— ¡Patrón, eh, patrón! La voz me pareció conocida.

* * *

Un hombre delgado— —capote de soldado, el gorro con las orejeras bajadas— venía hacia mí cojeando, apoyándose en un bastón. Distinguíase en su rostro una barbita pelona.

Por si acaso, tanteé en el bolsillo el gatillo de la pistola. El hombre, respirando fatigosamente, me dijo:

— Le he reconocido, padrecito, sin ninguna dificultad. Por ese modo de andar tan seguro y ese paso tan firme. Es usted igual de día que de noche. ¡El amo es siempre el amo!

Era el “huésped” de Bodké, a quien yo bautizara en mi fuero interno de baptista.

- ¿Me permite que vaya con usted, Alexéi...? No recuerdo el patronímico...

— Maxímovich —respondí de mala gana.

El baptista se echó a reír.

— ¿A dónde se dirige? Pero, ¿para qué preguntarlo? A todas partes donde vaya siempre tendrá buena acogida y albergue: al amo se le ve en seguida. Otra cosa somos nosotros los forasteros. ¿Va usted a su tierra natal?

“Si este sujeto ha sido enviado para seguirme solo, podré con él en cualquier momento —pensé, y decidí dejarle hablar—; pero creo que me toma por otro”.

El hombre charlaba con mayor desenvoltura y sinceridad que en casa de Bodkó. Me di cuenta de que estaba ligeramente bebido.

— Me he instalado en la estación —prosiguió—; es una vieja costumbre. ¡Cuánto no habré viajado en mi vida! ... Hay allí dos habitaciones pequeñas que no ha tocado el fuego, pero muy frías, y me calenté un poco con aguardiente. ¿A dónde voy a ir? En las aldeas le miran a uno con desconfianza, ni por dinero te venden nada, a excepción del aguardiente, ni te dejan pernoctar...

— ¿Por qué a mí me dejan?

— Ya veo que le dejan. Hace tiempo que busco un compañero as i.

— ¿Qué clase de compañero buscas? Dilo francamente.

El hombre se eché a reír, me lanzó una rápida mirada e hizo un gesto con la mano. Su risa me produjo una impresión desagradable. Es cierto que por la risa se puede definir a un hombre.

— ¿Quiere que se lo diga? —preguntó mirando a su alrededor.

— Habla. No hay nadie. Habla sin temor.

— Veo en usted al verdadero amo... Tiempos atrás también yo lo fui, y no tanto yo, como mi padre. A mí me tocó ver el Poder soviético. Pero durante algún tiempo me mantuve.

Arrendé un poco de tierra y construí un molino. No un molino de viento como los de aquí, en la Pequeña Rusia, sino de agua...

— ¡Demonios! ¿De qué Pequeña Rusia me hablas?

— Le comprendo y me conduelo. Pero es que siento grandes deseos de pronunciar las palabras prohibidas por el Poder soviético. El que se llame Pequeña Rusia o Ucrania poco importa; lo bueno es que, por fin, vuelve nuestra ley. Usted tiene suerte. ¡Quién sabe cuándo llegarán los alemanes a mi tierra, la provincia de Kostromá!

Estábamos de pie al lado de un pequeño puente ferroviario. Detrás de nosotros se alzaban los escombros de la estación y alrededor de ella algunos cobertizos abandonados al parecer. Pasado el puente comenzaba la estepa. A unos tres kilómetros se divisaba una aldea donde yo tenía que buscar la casa indicada por Bodkó. No sabía qué hacer con este kulak de Kostromá. El proseguía entusiasmado.

— ¿Sabe, Alexéi Maxímovich? , en el tiempo que llevo recorriendo su Ucrania he visto que habrá que hacer muchas cosas para restablecer el orden. Al principio probé a decir con toda franqueza a la gente que yo era de los despojados y que me alegraba el nuevo poder. Pegar no me pegaban, pero nadie me daba de comer. Tal vez porque soy ruso. Pero no. Iba conmigo otro muchacho de Riazán, y éste se las arreglaba bien. En una ocasión intenté recurrir a la fuerza: enseñé el pase alemán y exigí que me atendieran, amenazando, en caso contrario, con presentarme a las autoridades. Pero me fue peor aún. ¿Sabe, Alexéi Maxímovich? ¡Aquí hay que hacer agitación con el látigo, sacudiendo buenos azotes, para que se acuerden del padrecito zar!

Su voz tornóse chillona por la ira con que pronunció esas palabras. Por lo visto estaba seguro de ser escuchado con simpatía. Yo sentía unos deseos irresistibles de acogotarle

allí mismo, sin más contemplaciones... Recordé la simplicidad con que los chóferes habían suprimido a aquel traidor. Este kulak anhelaba que los alemanes le pusieran un látigo en su mano implorante. Pero cuando sucedió lo del chófer estábamos cerca del frente, donde yacían centenares de muertos, y entonces aquello podía pasar desapercibido. Ahora me encontraba ya a unos cien kilómetros en la retaguardia. Podían presentarse las autoridades judiciales de Priluki. Había que pensar bien las cosas. El kulak sintió probablemente que algo no muy agradable para él andaba yo cavilando, pues, de pronto, calló.

— ¿Qué tal te encuentras de salud? —le pregunté.

No me respondió; debió darse cuenta de que aquello tomaba un mal giro.

Su rostro tornóse negro del todo.

— ¿Dices que eres de Kostromá? No temas, iremos juntos, conmigo no te perderás.

Le puse una mano sobre el hombro. Había decidido llevármelo a la estepa y terminar la conversación en medio del campo, lejos de los cobertizos.

De repente el hombre se agaché y, escurriéndose de mis manos, salté a la cuneta oscurecida por la sombra del puente. Disparé varias veces en aquella dirección y salté a mi vez. El hombre lanzó un agudo grito, gimió y me respondió con un disparo. Sentí el crujir de las hojas secas y en ese momento, como adrede, una nube ocultó la luna. Anduve un minuto rebuscando por la cuneta. Oí otro disparo. La cuneta era más profunda de lo que yo creía. Estaba llena de agua y a su lado los espesos zarzales no permitían distinguir nada en la oscuridad. Además, me cegaba la furia. Intenté salir de allí y me enganché en el breñal. El baptista seguramente se habría arrastrado por el barro de la cuneta.

— ¡No te escaparás, canalla, esperaré hasta que amanezca, hasta que sea de día! —gritaba yo furioso en medio de la oscuridad. Pero cuando me serené un poco, comprendí que aquello no conducía a nada.

Salí de la cuneta. Las nubes habían ocultado la luna y comenzaba a llover. Pero mi vista habíase acostumbrado ya a las tinieblas y distinguí los contornos del camino. Permanecí de pie al lado del puente, con la pistola de la mano, unos diez minutos. ¡Qué de maldiciones me eché en aquellos momentos! Mas, ¿Qué podía hacer?

Supuse que el baptista no había vuelto a disparar por haberle yo herido y tal vez mortalmente. A nadie conté lo sucedido. La cosa era estúpida. Todavía me da vergüenza haber dejado escapar ante mis narices a un traidor indudable.

Caminaba por la estepa apesadumbrado y furioso. La lluvia arreciaba, el húmedo viento me azotaba el rostro. Pero estaba muy lejos de creer que esa misma noche me vería metido en otra aventura de índole bastante desagradable.

A eso de las cuatro de la madrugada entré, por la parte de las huertas, en la aldea de Levkí, del distrito de Málaia Dévitsa y golpeé en la ventana de la casa indicada por Bodkó.

Tras la puerta, oí el disputar de dos voces: una de mujer y otra de hombre. La de mujer era autoritaria y enérgica; la de hombre, irritada y chillona. Al principio no oyeron mi llamada.

— ¡Cabeza de asno! —gritaba la mujer—. ¡Asno has sido siempre y asno serás! Dime, ¿qué tienes dentro de la cabeza? ¿Por qué callas? Dime, ¿qué tienes en la cabeza, estiércol o serrín?

El hombre prefirió dejar sin contestación esta pregunta.

— Marúseñka, fíjate en la esencia de las cosas, en lo concreto... Golpeé con mayor fuerza. Los que discutían callaron repentinamente; después of un cuchicheo y el ruido de algún

objeto pesado. Al cabo de un minuto, una voz femenina, esforzándose por parecer cariñosa, preguntó:

— ¿Quién va? Kulkó está enfermo.

— Abre, abre. Y date prisa, di a Kuzmá Ivánovich que soy Fiódor Orlov, su viejo amigo.

Fiódor Orlov era mi nombre clandestino de Partido. Lo conocían todos los que trabajan en la clandestinidad.

La mujer se alejó a consultar probablemente con su marido. Poco después regresó y me abrió la puerta. Sin saludarme, señalé con la cabeza en dirección a la estufa y dijo:

— ¡Ahí está!

Kuzmá Kulkó estaba tumbado sobre el alto del horno, envuelto en la manta hasta la misma barbilla. Su mujer alzó el quinqué y casi me lo metió en las narices.

— Lo reconozco —dijo Kulkó—. En efecto, es Fiédorov. Estamos esperando a los alemanes, Fiódorov, por eso preparamos un plan de conspiración: yo estoy "enfermo" de tifus. Dicen que en casa de los enfermos de tifus no alojan a nadie y que, por lo general, procuran evitarlos.

— Es completamente cierto —respondí yo seriamente—. Las casas de los enfermos de tifus, tuberculosis, disentería y demás enfermedades infecciosas las cierran bien por fuera, las rodean de paja y las prenden fuego con todo lo que hay dentro.

No sé si Kulkó me creyó o no, pero el caso es que saltó de la estufa como si le hubiera picado una avispa. Se puso rápidamente unos pantalones y una camisa, se sentó a la mesa y fijó en mí la mirada. Su mujer también callaba, pero advertí que una sonrisa sarcástica le contraía la boca.

Había yo entrado un poco en calor y, tranquilamente, me puse a examinar la habitación. La conducta de los dueños de la

casa era muy extraña y antes de comenzar a hablar quería saber con quién me las entendía. A Kulkó lo conocía oficialmente, por decirlo así: lo había visto en Chernígov, en diversas reuniones regionales, había hablado con él cuando estuve en el distrito de Málaia Dévitsa. Era un trabajador mediano. Su aspecto no podía ser más corriente: ni bajo ni alto, ni gordo ni delgado y calvo en medio de la nuca. Vestía como todos. Habíase trasladado del centro del distrito a la aldea de Levkí por indicación del Comité de Distrito clandestino. No sé si la casa donde vivía era de sus padres o de los de su mujer.

A pesar de que la habitación estaba mal alumbrada, advertí por muchos indicios que los dueños estaban repartiéndose las cosas o quizás preparándose para llevárselas a otro sitio. Vi un gran baúl, tan repleto que no lo habían podido cerrar. Sobre varias sillas estaban colocadas algunas pellizas flamantes. Unos diez cubos nuevos, metidos el uno en el otro, apilábanse en un rincón y a su lado, amontonados, arreos. Bajo el diván asomaba el extremo de una caja apresuradamente metida allí y llena de trozos de jabón. Sobre una ancha cama, abrigos infantiles tirados en desorden. Para colmo, un cordero asomé de pronto por debajo de la cama y comenzó a balar.

— Bueno, camarada Kulkó, cuénteme —dije encarándome con el dueño de la casa—, ¿qué tal marchan las cosas por aquí, cómo se trabaja? ¿Dónde están los alemanes? Dígame todo lo que pasa.

— En Levkí —comenzó Kulkó con bastante inseguridad— hay gente. Algunos comunistas forasteros y los del pueblo. Nos vamos preparando poco a poco... El trabajo es nuevo, estamos, por decirlo así, en período de organización. Queremos convocar un Buró ampliado.

Su mujer le interrumpió.

— No digas tonterías , Kuzmá. ¡Buró ampliado, reuniones! ¿Es que vamos a quedarnos aquí como unos idiotas? ¿Acaso somos peores que otros? ¿Por qué me miras de ese modo? Tú dime, ¿éste es amigo tuyo? (Esto último se refería a mí). ¿Por qué callas?

Kulkó parpadeaba desconcertado.

— ¡Amigo, amigo! —exclamé yo—. Puede estar segura.

— Bueno, ya que es amigo, podemos hablar. Usted, no sé ni cómo se llama, tal vez esté solo en el mundo, pero el mío tiene un montón de chicos. Si le ahorcan, ¿quién nos asegurará un pedazo de pan? Usted, que es amigo suyo, debe hacer comprender a este melón que mientras discutimos pueden llegar los alemanes...

— Claro que hay que esconder las cosas —dije yo—. ¿Por qué las tenéis todas fuera? Según veo, también guardáis aquí bienes koljosianos. Los alemanes, en efecto, pueden presentarse de improviso...

— Pero si eso, camarada Fiódorov, lo comprendo —exclamó Kulkó alzando los brazos—. Acabamos de sacarlo todo del sótano por que en seguida se nota si está lleno o vacío —diciendo esto golpeó con el pie en el suelo—. Los alemanes no son tontos: golpearán el suelo y nos dirán: ¡a ver, abrid el sótano!

— Ya llevamos dos semanas, mal rayo lo parta, discutiendo —comenzó de nuevo la mujer—. Tan pronto guardamos las cosas, como las sacamos... ¿Sabe usted lo que quiere el maldito? Que lo llevemos todo al otro extremo de la aldea, a casa de su padre. Y si los alemanes te agarran ¡a buena hora voy a sacar nada del suegro!… Se quedará con todo. Lo que es yo, a tu padre no le doy ni un hilo.

— ¡Mi padre es cien veces más honrado que tú!

En mis planes no entraba tomar parte en una escena conyugal. Me levanté y me puse la gorra. Kulkó, siguiendo mi ejemplo tomó el abrigo. Pero su mujer le agarró de la manga.

— No te dejaré salir, no te hagas ilusiones. ¿Te parece que has perdido poco tiempo en tu Soviet de distrito y quieres ahora seguir haciendo lo mismo?

— Dígame, camarada Kulkó, ¿a casa de quién puedo ir ahora, dónde vive aquí gente normal?

Kulkó, forcejeando por desasirse de las manos de su mujer, mascullé algo ininteligible. Salí furioso, dando un portazo.

Un viento helado me hizo estremecer. ¡Vaya un lío! —pensé—. Mal rayo los parta a Kulkó y a su mujer. ¿Qué puedo hacer ahora? ¿Llamar a la primera puerta que vea? ¿O buscar un almiar donde meterme, siguiendo la vieja costumbre? ...” Había dejado la calle y me encaminaba a los huertos de la aldea para buscar allí un almiar de heno, cuando se volvió a abrir la puerta de la casa y Kulkó salió corriendo entre ayes y amenazas.

— ¡Es el diablo con faldas! —exclamó casi ahogándose—. Vamos, camarada Orlov, le llevaré a una casa donde la gente no ha perdido el juicio. Yo, por lo visto, estoy condenado. ¡Ay, Alexéi Fiódorovich, si por lo menos me enseñara usted lo que debo hacer!…

Durante el tiempo que marchamos juntos, media hora por lo menos, Kulkó estuvo maldiciendo su suerte, explicándome que jamás había sido feliz con aquella mujer.

— Ya verá, Alexéi Fiódorovich, usted todavía no la conoce. Recuerde mis palabras, mañana irá corriendo a ver al stárosta y le dirá que el secretario del Comité Regional se encuentra aquí.

— ¿Está usted loco?

— Es la pura verdad, Alexéi Fiódorovich; se lo digo aunque sea mi mujer. Llevo quince años viviendo con ella —prosiguió— y sé las malas intenciones que tiene. Se puede esperar de ella cualquier canallada.

— ¿Cómo ha podido usted vivir con una mujer así?

— Pero si no ha sido vida, Alexéi Fiódorovich, sino un tormento.

La luna se había ocultado y andábamos en medio de la más absoluta oscuridad; el viento helado amenazaba con derribarnos.

— Oiga, Kulkó —dije hablando sin verle—, en cuanto me deje usted en ese sitio, ¿oye lo que le digo?

— Sí, camarada Orlov.

— Pues bien, en cuanto me deje en ese sitio, vuelva inmediatamente a casa y obligue a su mujer a callar.

— Más vale que no vuelva a casa.

— No, regresará usted y hará lo que le digo.

— Como usted disponga, camarada Orlov.

—Sabe su mujer a dónde hemos ido?

— Sí.

— ¿Conoce a todos los miembros de la organización clandestina?

— A todos no, pero a muchos.

— ¿Usted los conoce a todos?

— Tampoco yo los conozco.

— Dígame, ¿se daba usted cuenta del riesgo que corría al quedarse en la retaguardia alemana?

-¡Cómo no! Ahora también lo comprendo. Yo había evacuado a mi mujer, yo mismo la había instalado en un carro con los chicos. Se alejó unos treinta kilómetros, dio un rodeo y se presentó de nuevo aquí... “ ¡Maldición! —exclamé al verla— ¿para qué has vuelto? Ve donde quieras, que yo necesito trabajar”. Pero ella se obstinó y no hubo quien la obligara a moverse. Entre tanto, los alemanes habían rodeado Levkí y el frente se había desplazado. ¿Qué podía haber en estas circunstancias?

La voz de Kulkó temblaba; me parecía que le faltaba poco para llorar de rabia e impotencia. Sin embargo, no me inspiraba ninguna compasión.

— ¿Usted se orienta bien por aquí? —pregunté yo—. Explíqueme cómo encontrar la casa y no siga más. Le ordeno que haga callar a su mujer, valiéndose del medio que sea. No la pierda de vista, no la deje sola un instante, ¡el diablo se la lleve!

Kulkó balbuceó algo todavía, pero dio la vuelta. Esperé a que cesara el rumor de sus pasos, y tomé otro camino. Iba a campo traviesa; al amanecer llegué a la aldea de Seskí. Tuve la suerte de que allí no hubiera alemanes.

Cuando en mi despacho de Chernígov se reunía el Comité Regional clandestino y deliberábamos qué hacer si los alemanes ocupaban la región, nos imaginábamos un esquema ideal de organización. En cada aldea, en todo caso en la mayor parte de ellas, existirían células clandestinas y grupos de resistencia. En todos los distritos, sin excepción, destacamentos guerrilleros y Comités de Distrito del Partido, con el primer secretario y el segundo y, por si éstos eran detenidos, sus suplentes. Los destacamentos, Comités de Distrito y células debían estar en contacto permanente. El Comité Regional cursaría sus instrucciones a los Comités de Distrito, y éstos a las organizaciones de base; de vez en cuando se con-

vocarían reuniones. Todo esto, naturalmente, en medio de la más estricta conspiración...

Incluso más tarde, después de la reunión en Yáblunovka, del caos de Piriatin y de muchos días de solitario vagabundaje, seguía creyendo que tan pronto llegara a la región de Chernígov, en el primer distrito me encontraría con la gente distribuida en sus lugares y entregada a una actividad febril.

Pensábamos también que los alemanes se organizarían con mayor rapidez en el territorio ocupado por su ejército. En aquella época no podía imaginarme siquiera que en pleno día pasaría tranquilamente por los caminos, ¡qué digo caminos! por las calles de la aldea. Figurábame que tendría que disfrazarme cada dos horas, por lo menos, que estaría vigilado por espías, a los que, valiéndome de hábiles ardides, dejaría con tres palmos de narices...

La preparación oportuna de las bases para los guerrilleros, el nombramiento de secretarios de Comité de Distrito y la organización de centros clandestinos desempeñaron un gran papel. La inmensa mayoría de los hombres, que destinamos para actuar en la clandestinidad, comenzó a trabajar desde el primer día. Pero el trabajo y el ambiente resultaron muy distintos de lo imaginado.

No habíamos tenido en cuenta, por ejemplo, que para el trabajo en la clandestinidad se necesitaría cierto tiempo a fin de conocer y familiarizarse con la nueva situación, que muchas veces habría que ver con otros ojos incluso a los propios parientes y establecer con ellos otro tipo de relaciones. Tampoco le dimos la importancia debida a otra cosa: que sería la primera vez que nuestra gente vería a los alemanes y se encontraría en la necesidad de ocultarse... ¡Cuántas cosas tendría que ver y conocer por vez primera nuestro pueblo!

Por otra parte, los comunistas encargados del trabajo clandestino habían ocupado en épocas normales puestos dirigen-

tes de más o menos importancia. La mayoría eran hombres conocidos en el distrito. Cualquier chiquillo podría reconocerlos y la primera koljosiana acercarse y llamarles por su nombre como si tal cosa... Por eso, el camarada que se encontraba en la clandestinidad, al principio padecía más que trabajaba. Para acostumbrarse a la vida clandestina se necesita un cierto tiempo, según el carácter. Si el compañero no estaba solo, se acostumbraba más fácilmente. Si se hallaba solo, la cosa era más dura. Algunos hasta enfermaban... de manía persecutoria.

Pero dejemos a un lado todo esto. He descrito ya con bastante detalle mis penas. Debo confesar que entonces ya estaba harto de ellas.

Comencé a buscar al camarada Priadkó, primer secretario del Comité de Distrito, y al camarada Strashenko, ex presidente del Comité Ejecutivo del Soviet de Distrito y más tarde jefe de un destacamento guerrillero.

En la aldea de Seskí encontré a Belovski, ex encargado de la sección de organización del Comité de Distrito. Omitiré la descripción de nuestro encuentro. Me recibió bastante bien y me contó lo que él sabía, muy poco desgraciadamente: había llegado a la aldea un día antes que yo. Cercado por el enemigo en las proximidades de Kíev, consiguió marchar a la aldea natal para ver a su mujer. Lo mismo que Simonenko; no tenía la intención de quedarse: anhelaba volver al frente.

Belovski intentó ponerse en contacto con el secretario del Comité de Distrito. Alguien le comunicó que Priadkó había evacuado a su familia y abandonado la casa y que en compañía de Strashenko andaba por las aldeas vecinas.

Por lo visto existía un destacamento guerrillero en el distrito, pero aún no se oía nada de él.

“Parece que... tal vez.., en las aldeas de alrededor...” Estas vaguedades no me solucionaban nada. Di las gracias al dueño de la casa y me fui a dormir al henal.

Sentíame fatigado por la caminata de la noche anterior, los tiros con el baptista y la discusión con Kulkó. Además, por el día tampoco había descansado. Pensaba que iba a quedarme dormido como un leño. Pero no fue así, no sé si por culpa del frío, que se filtraba a través del heno, o por los nervios y la rabia que sentía. La verdad es que todo marchaba aún mal. Había atravesado cuatro distritos sin encontrar la organización clandestina debidamente estructurada. “Pero, ¿qué significa debidamente estructurada?” —me pregunté a mí mismo. En Chernígov todas las consignas, las claves, las direcciones de los compañeros encargados del trabajo clandestino habían sido hechas de acuerdo conmigo. Claro está que no podía recordar a todos, pero conocía a los secretarios de las organizaciones de distrito, y antes de entrar en la retaguardia alemana me había trazado un itinerario que debía conducirme al destacamento regional de Popúdrenko. En este itinerario estaban previstos los centros de enlace conspirativos, los nombres convencionales (no los apellidos, sino unos nombres comprensibles solamente para mí).

Pero tuve que modificar un poco la ruta; las notas y otras indicaciones precisas para orientarme, habían quedado enterradas, con mi cartera, en el fondo del río Mnogo.

Aquello había sido un revés personal, un accidente imprevisto. ¿Qué derecho tenía, pues, a quejarme por no encontrar una organización clandestina bien montada? ¿Acaso Bodkó y los camaradas de Ignátovka no eran miembros de la organización ilegal? Me indignaba por la conducta de Kulkó, porque no sabía nada concretamente. Mas era de suponer que la dirección clandestina del distrito conocía las desavenencias conyugales” de Kulkó y que por eso no le informaba de sus planes ni de su actuación.

Así reflexionaba yo entonces, tiritando de frío en el henal. Mucho más tarde comprendí que las “casualidades”, los reveses personales, incluso los descalabros de grupos considerables no eran temibles si estaba bien meditado el plan general.

En el amplio plan del Comité Regional clandestino habíamos determinado el número de organizaciones de base que debía tener cada distrito y la cantidad de centros de enlace conspirativos en cada localidad. Aquel gran plan habíase puesto en práctica. Existían las organizaciones de distrito, también existían los centros de enlace. Por lo demás, no era cosa frecuente tropezar con un drama familiar, como me había ocurrido a mí. Convenía, sin embargo, saber que el centro de enlace no era una estación ferroviaria, con cantina, agua caliente, reloj y demás atributos propios del caso.

El saber orientarse dependía de la experiencia personal de cada guerrillero y de cada dirigente del Partido en la clandestinidad. La experiencia adquirida por mí en el camino desde el frente hasta el destacamento regional, me fue más tarde de enorme utilidad. Aprendí a caminar, a ver y a escuchar. Supe que el arte de un dirigente comunista en la clandestinidad consiste en comprender la naturaleza de las “casualidades” y poner esas “casualidades” al servicio del gran plan de lucha contra el enemigo.

El hecho de que mi cartera hubiese quedado sepultada en el limo del río Mnogo no me desvió de mi camino. Conocía bien, si no todos los senderos, por lo menos cada camino vecinal, cada caserío de la región de Chernígov. Si hubiera tenido las direcciones de los centros de enlace secretos, habría encontrado antes a mis hombres. Pero este retraso tuvo sus ventajas. Conocí mejor la vida del pueblo bajo la ocupación, el estado de ánimo de las gentes, y aprendí a tratar de distinto modo a cada persona...

Estuve dando vueltas durante mucho tiempo aún y ya comenzaba a dormirme, cuando oí de pronto pasos y voces. Me puse en guardia. Cuando comprendí que la conversación no me atañía, me encasqueté mejor la gorra para que no me desvelaran por completo. Pero todo fue inútil: el sueño desapareció e involuntariamente oí un diálogo.., amoroso.

Al pie del cobertizo donde me encontraba, serpenteaba un sendero bastante pintoresco, bordeado de arbustos. Hacía una noche despejada y de luna, aunque el viento rugía lo mismo que la noche anterior. Los enamorados, muy jóvenes a juzgar por las voces, primero estuvieron dando vueltas alrededor de mi escondite y después se sentaron muy cerca de mí.

— ¡Qué desgraciados somos! —decía la muchacha—. Si no hubiera sido por la guerra, habríamos terminado la casa y después de la distribución de la cosecha nos hubiésemos trasladado a ella...

— ¡Ajá! —aprobó el muchacho. Casi siempre se limitaba a esas breves réplicas, interrumpiendo frecuentemente con besos a su amiguita. Cosa que, sin embargo, a ella no le impedía seguir hablando.

— Escucha, Andréi —dijo la muchacha con la más dulce de las voces—, ¿cuando vuelvas definitivamente de la guerra, nos casaremos?

— ¡Cómo no!

— ¿Y compraremos una radiola igual a la de Karpenko?

— ¡Ajá!

— ¿Y me dejarás ir a estudiar al Instituto Pedagógico?

— ¿A Dniepropetrovsk?

— No, a Chernígov.

— Sólo a Dniepropetrovsk. Hay allí una escuela metalúrgica; en cambio, institutos pedagógicos existen en cualquier ciudad. Yo estudiaré en la escuela metalúrgica y tú en la pedagógica...

— No, Andréi, es mejor Chernígov.

Al parecer la joven pareja carecía por completo del sentido de la realidad. Hablaban de sus futuros estudios con tan simple seguridad, como si no hubiera guerra ni ocupación. La discusión de si era mejor ir a Chernígov o a Dniepropetrovsk se prolongó bastante. Debía ser un pleito antiguo. No llegaron a un acuerdo y la muchacha cambió de tema. Después del beso correspondiente, preguntó con voz más dulce aún.

— Andréi, ¿me quieres?

— ¡Cómo no!

— ¿Me llevarás contigo?

— Enviaré un avión por ti.

— No, de verdad, Andréi, no bromees, mándame aviso y yo misma iré. No olvides que soy del Komsomol. Dile al jefe que tienes una novia guapa, que sabe disparar, hacer “borsch” y vendar a un herido.

La conversación se hacía cada vez más interesante para mí. Sentía deseos de salir y preguntarles sin rodeos a qué destacamento se disponían a ir, dónde se encontraba y, de paso, cómo le iba. Pero lo pensé mejor; comprendí que les iba a dar un susto y que si el muchacho era valiente me exponía a recibir una buena tunda. Por la conversación que siguió, me cercioré que el muchacho era decidido.

No sé si es que hice algún movimiento o cualquier otro ruido extraño habría llegado a oídos de los enamorados; el caso es que la muchacha se alarmó de pronto y con voz inquieta empezó a suplicar a Andréi que se marchase lo antes posible.

— ¡Ay, Andréi, estoy inquieta! ¡Cómo empujaban a tu amigo con las bayonetas! Iban montados a caballo y él a pie. Cuando llegaban a una casa, le decían: “Busca”, y le metían las bayonetas por las costillas...

— No es amigo mío. Si me hubieran dado un buen látigo, le habría zumbado.

— Pero los alemanes lo fusilaron; si hubiese sido de los suyos, no lo habrían hecho.

— Fue de rabia, por no haberme podido encontrar a mí. Si él me hubiera llevado a presencia del comandante, no le hubiesen fusilado...

¡Ah, conque era así mi enamorado! Sentí deseos de salir para estrecharle la mano.

Aquella mañana, la mujer de Belovski me había contado lo sucedido el día anterior en la aldea próxima. No preste entonces gran atención, porque pensé que me lo contaba para asustarme, para hacerme ver que las cosas no estaban tranquilas y librarse lo antes posible de mi presencia. Sin embargo, no se trataba de ninguna fantasía.

Conocí ciertos detalles de esa historia por el diálogo de los enamorados. Andréi, aunque evitaba hablar de ello, no sé si por modestia, o por no recordar cosas desagradables, comentó con su novia algunos pormenores.

En la aldea de Olshani un pequeño destacamento alemán había apresado a dos soldados del Ejército Rojo. Uno de ellos era Andréi.

Los alemanes sentíanse a gusto en la aldea; permanecieron en ella varios días comiendo y bebiendo hasta hartarse a costa de la población. Obligaban a los prisioneros a realizar el trabajo más sucio y desagradable. Cuando los alemanes estaban borrachos, les pegaban y sometían a toda suerte de humillaciones. Jamás los perdían de vista un momento.

La víspera, por la mañana, el cabo había enviado a los dos prisioneros, y con ellos a un soldado, a buscar "leña" al desván. El soldado dio un hacha a Andréi y le ordenó derribar los soportes del tejado. Pero Andréi descargó un hachazo en la cabeza del alemán; cuando éste cayó, le quitó la pistola y gritó a su compañero.

— ¡Escapa!

Mas en vez de escapar, agarró a Andréi por una mano y se puso a gritar, llamando a los alemanes. Andréi, de un fuerte puntapié, logró desasirse de su "amigo" y saltar por el tragaluz. En lo que tardaron los alemanes en darse cuenta de lo sucedido y ensillar los caballos, Andréi consiguió alejarse medio kilómetro de la aldea. Al ver a unos koljosianos trillando en una era, Andréi se quitó el capote y la gorra y, empuñando un mayal, se puso a trabajar. Sus perseguidores pasaron por delante de él, sin reconocerle. Con las prisas habían olvidado llevarse al amigo de Andréi.

Después cayeron en ello: al "amigo" le ataron las manos a la espalda y, según contaba la muchacha, fueron buscando a Andréi por todas las casas. Pinchaban al "amigo con las bayonetas, le abofeteaban a cada instante y le daban patadas en el vientre. Después de recorrer dos o tres aldeas sin haber encontrado a Andréi, los alemanes, rabiosos, fusilaron al "amigo" en medio de la calle.

Andréi se disponía a reunirse con el destacamento de Ichnia. "Sería un buen compañero de viajé", pensé yo. Pero ¡qué bien hice en no salir del heno y no haber intentado hablar con él! ... Andréi, sin duda, me habría metido una bala en el cuerpo. En la situación que estaba, no podía obrar de otro modo. Le perseguían, le buscaban... Lo notable era que después de tales emociones fuese capaz de hablar del futuro, del estudio, y no sólo de eso...

Los enamorados estuvieron arrullándose mucho tiempo aún, sin dejarme dormir y martirizándome, porque me obligaban a permanecer inmóvil.

El henal estaba al cielo raso y como hacía viento los enamorados se metieron en el cobertizo. Continuaron hablando sobre ¡os temas más diversos. Fijaban plazos a la duración de la guerra, poniéndose de acuerdo en que dentro de dos o tres meses los alemanes serían expulsados de Ucrania. Calculaban la potencia de la industria de los Urales y discutían el tiempo que los ingleses tardarían en abrir el segundo frente. Yo pensaba: “¿Cómo describen los literatos una conversación entre enamorados? Hablan de pajaritos, de la luna, de la puesta del sol. Pero resulta que el amor no hace ascos ni a la política ni a la economía”.

La despedida de mis enamorados fue muy emocionante. El muchacho prometió —ella insistió en ello— que le mandaría aviso tan pronto llegara al destacamento. Entonces también ella saldría para allí.

Yo pensé escéptico: “No conseguiréis nada”. Pero me equivoqué. Más tarde encontré en los destacamentos guerrilleros muchas parejas de enamorados. Algunas muchachas y muchachos arriesgaban sus vidas para unirse y combatir juntos.

* * *

Por la mañana, alguien golpeó en la casa de Belovski. El dueño de la casa salió a abrir. Desde el zaguán llegó a mis oídos una voz conocida. Era Kulkó.

— Permítame —me dijo— que le informe: su orden respecto a mi mujer ha sido cumplida. ¿Qué más debo hacer?

La aparición de Kulkó fue para mí una gran sorpresa. Pensaba que me había librado de él, y que él, por su parte, estaría contento por haberme perdido de vista. Pero he aquí que ahora se presentaba para ponerse a mis órdenes.

— ¡Cuánto me ha costado encontrarle! He recorrido tres aldeas. Pensaba que estaría usted en la casa convenida...

— Espere, camarada Kulkó. Dígame primero ¿qué ha hecho usted con su mujer?

Kulkó miró de reojo a Belovski, se acercó a mí para hablarme al oído, pero en seguida, haciendo un ademán, dijo:

— No tiene importancia, Alexéi Fiódorovich, se lo diré después. Está viva y salva. Pero calla y seguirá callada. Eso es seguro.

Salimos juntos de casa de Belovski. Kulkó me pidió que le dejara acompañarme. El suponía que Priadkó y Strashenko se encontraban en Peliujovka, una aldea a doce kilómetros de Seskí. De camino me conté que había dejado a su mujer todas las cosas para que las escondiera y enterrara como le diese ¡a gana. A sus vecinas —tres mozas garridas y fuertes— les había dado el encargo de vigilar a su mujer y no permitirla salir de la aldea. En caso de desobediencia, tenían orden de atarla.

— Ahora no dejará sus trapos; ya no necesita a nadie — concluyó con amargura, y comprendí que el hombre sufría.

Kulkó me describió con bastante detalle la situación del distrito: en los primeros días de la ocupación un pequeño destacamento guerrillero acampé en un bosque próximo a la aldea de Buda. Los alemanes, al enterarse, enviaron una compañía o quizás una sección de automáticos con perros. En vista de eso, los guerrilleros decidieron cambiar de táctica. El secretario del Comité de Distrito dio la orden de dispersarse por las casas, hacerse pasar por gente pacífica, ocultar las armas y,

después, conforme lo permitieran las circunstancias, realizar asaltos y diversiones en grupo.

Cuando llegamos a los bosques de Kámenka, Kulkó marchó a Peliujovka en busca del secretario del Comité de Distrito. Yo quedé esperándole en la linde del bosque. Regresó poco después. En el centro de enlace le dijeron que los muchachos —se sobreentendía que eran Priadkó y Strashenko— habían estado el día anterior, pero que en aquel momento ignoraban su paradero.

Entramos en la casa del guardabosque. También él había visto a Priadkó y a Strashenko. Nos aconsejó que fuéramos a Buda. Tal vez estuviesen allí. Pero tampoco allí encontramos a los dirigentes de la organización clandestina de Málaia Dévitsa. En todas partes nos respondían: "Han estado aquí poco antes de llegar ustedes. No sabemos a dónde han ido". Yo tenía la impresión de que el pueblo los ocultaba de nosotros. Posiblemente no me equivocaba. Tal vez no faltase quien pensara que éramos agentes alemanes, enviados en busca de guerrilleros y comunistas en la clandestinidad. Kulkó y yo estuvimos vagando cuatro días, hasta que en el caserío de Zhlobi tropecé con un viejo conocido: Vasia Zubkó.

Este encuentro me alegré mucho. Por fin, había hallado a un hombre a quien conocía personalmente y en el que podía tener plena confianza.

Vasia Zubkó había sido secretario del Comité de Distrito del Komsomol de Málaia Dévitsa; después, trabajó de ayudante del secretario del Comité de Distrito del Partido. Fue enviado a estudiar. Al terminar los estudios, pasó a trabajar en los órganos del Comisariado del Pueblo de Asuntos Interiores.

Vasia Zubkó no estaba mejor enterado que yo de la verdadera situación del distrito. Había servido en una unidad, formada especialmente por personal del Comisariado en las proxi-

midades de Kiev. El enemigo les había causado muchas bajas y sólo pequeños grupos consiguieron salir del cerco. Después de muchas peripecias y penalidades, Vasia había quedado solo.

— Me dijeron que en la región de Chernígov había un gran movimiento y por eso me dirigí hacia aquí...

Estuvimos hablando largo rato de nuestros conocidos comunes y cambiando impresiones. Zubkó, lo mismo que yo, había deambulado mucho tiempo solo por tierra ocupada. Lo más importante era que no pensaba en su suerte personal, sino en el pueblo, en cómo organizar el movimiento popular de resistencia. Razonaba como un verdadero combatiente en la clandestinidad. Comprendí que tenía en él a un buen compañero de combate.

Los tres nos pusimos a buscar el Comité de Distrito de Málaia Dévitsa. Para no perder tiempo, nos separamos: Kulkó se dirigió a Málaia Dévitsa, y Zubkó y yo fuimos a Petrovka, que era un poblado importante, donde Vasia tenía un compadre.

El Comité regional Actúa

El compadre de Vasia Zubkó, Semión Goloborodko, hombre de unos cuarenta y cinco años, tenía aire de intelectual. Había sido director de un sovjós, pero últimamente era un simple koljosiano; aunque su género de vida era más amplio y culto que el de un campesino medio. No sé por qué razón se había quedado en la retaguardia alemana. Vasia Zubkó tampoco lo sabía.

Yo sospeché que el ex director del sovjós había sido también expulsado del Partido. Más tarde mis sospechas se vieron confirmadas.

— Aunque sea mi compadre, usted no se fíe —me previno Zubkó. Me encasqueté la gorra hasta las cejas y mientras Vasia y el amo de la casa se saludaban efusivamente, me senté en el banco con el aire de un hombre extenuado.

Poco después la dueña de la casa nos invitó a sentarnos a la mesa. Comimos una sopa de habichuelas. Vasia inventó una historia bastante ingeniosa: hay que confesar que era un maestro en eso. Mientras tanto yo observaba al matrimonio y me di cuenta de que nos ocultaban algo: estaban nerviosos y se miraban con frecuencia.

Aproveché un momento para susurrar a Vasia.

— Me voy al patio a fumar y tú plantéale las cosas francamente: si adviertes alguna emboscada, más vale recurrir a las armas en seguida.

Un minuto más tarde Vasia me llamó y Goloborodko nos condujo con aire misterioso hacia una pequeña puerta. Golpeó de un modo especial y la puerta se abrió. Vi a un hombre alto, de barba negra, capote y fusil suspendido de una correa, y a otro de barba pelirroja, con una pistola en la mano.

Eché una rápida ojeada a la habitación. Era una despensa amplia, repleta de trastos. Sobre un cajón ardía un quinqué, y en un rincón parpadeaba una lucecita verde...

De pronto, el hombre de la pistola en la mano se precipitó hacia mí, gritando:

— ¡Fiódorov, Alexéi Fiódorovich!

Me abrazó y me besó fuertemente tres veces.

— Espere, ¿quién es? Déjeme que le vea.

A la mortecina luz del quinqué estuve mirando largo rato al hombre de la barba roja y por fin reconocí con trabajo a un viejo conocido, a Pável Lógvinovich Plevako. Había trabajado en el distrito de Oster, como delegado del Comité de aprovisionamiento.

El moreno era un funcionario del Comité Regional de Chernovtsi: Pável Vasílievich Dneprovski. No lo conocía personalmente, pero tenía referencias de él: uno de mis amigos me había hablado de Dneprovski en cierta ocasión en términos muy elogiosos.

— ¡Magnífico! —fue lo primero que dijo Dneprovski.

Nos abrazamos también y, entonces, añadió con su tranquila voz de bajo:

— ¡Eso está muy bien! —Y sin cambiar de tono, prosiguió refunfuñando—. Bueno es que uno vea al secretario del Comité Regional, pero ¿sabe el secretario del Comité Regional lo que ocurre en sus distritos? Estamos en el momento más oportuno para desplegar las fuerzas, aprovechando que los alemanes con la Gestapo, los gauleiter y las burgomaestres no han llegado aún. ¡Es el momento más propicio!

Yo le hacía poco caso. Me atraía la parpadeante lucecita verde y un seco chirrido que provenía de un rincón de la despensa. Era indudable que salía de un aparato de radio. Me precipité hacia allí y empecé febrilmente a manipular en él.

— A ver, camaradas, ¿dónde está Moscú? ¡Buscad Moscú!

Me pegué al aparato, atento a sus ruidos y descargas. Buenas ganas me dieron de sacudir la radio para hacerla hablar, pero me limité a zarandear sin ninguna consideración a Dneprovski y a Plevako, metiéndoles prisa.

Por fin oí las palabras anheladas.

— ¡Habla Moscú!

Yo esperaba loco de impaciencia, pero el locutor se puso a enumerar con indignante lentitud las estaciones, los campos de onda y cuando yo sudaba ya de impaciencia, anunció:

— Escuchen un concierto de música ligera.

— ¡Quitad eso! ¡Buscad en otra onda! Daos cuenta, camaradas, que llevo tres semanas sin saber nada, como un sordomudo ciego. ¡Ni un parte, ni un artículo, nada de lo que pasa en el mundo!

Pero en mi alma palpitaba una alegría inmensa. ¡Moscú hablaba!

— ¿No podríais —supliqué con voz insegura— buscar Leningrado?

Dneprovski sonrió.

— Le comprendo, amigo. También yo estuve muy inquieto hasta que supe algo. Pero esté tranquilo. Leningrado es nuestro y aquí tiene el parte de hoy...

Pero yo quería oírlo por mí mismo. Hasta en el cine, si alguien se adelanta y cuenta lo que ocurre, se le suplica que se calle. Tenía ahora un aparato dé radio y no quería contentarme con lo que me dijeran los demás...

El concierto continuaba y tuve que resignarme: la música, a pesar de todo, procedía de Moscú, y si Moscú radiaba marchas y canciones, eso significaba que estábamos seguros de nosotros mismos.

Dneprovski continué gruñendo monótonamente bajo el acompañamiento de la alegre música de Moscú.

— Somos muy lentos, no actúan más que unos cuantos y hay cientos que no hacen más que suspirar. Por aquí todo son bosques: se podría organizar todo un ejército guerrillero y no dejar a los alemanes ni un solo puente.

— Pero si usted no sabe aún nada. Venga conmigo al distrito de Koriukovka —dije yo—. Allí está Popudrenko con el destacamento regional y estoy seguro...

Goloborodko, que había entrado en la despensa, me interrumpió.

— Camarada Fiódorov, se dice que Popudrenko ha abandonado el destacamento y ha huido...

— ¿Que Popudrenko ha huido? ¡Está usted loco! ¿De dónde proceden estas “noticias”? Respondo de Popudrenko como de mí mismo. Zubkó, que había permanecido silencioso hasta entonces, dijo en voz baja.

— Yo también lo he oído, Alexéi Fiódorovich. La gente dice que el destacamento regional se ha deshecho. Dicen que Popudrenko...

— ¡No lo creo! ¡No creo a nadie! También decían que yo era stárosta...

— Alexéi Fiódorovich, espere —me interrumpió Plevako—, habla el Buró Soviético de Información.

Todos recordaréis que la situación era difícil. Nuestro ejército libraba duras batallas defensivas en los accesos lejanos de Moscú y en algunos lugares próximos a la capital. He aquí el parte de guerra que oímos aquel día.

“*COMUNICADO NOCTURNO DEL 13 DE OCTUBRE*

Durante el día 13 de octubre, nuestras tropas han luchado contra el enemigo en todo el frente, con especial intensidad en las direcciones de Viazma y Briansk. Después de encarnizados combates de varios días, en el curso de los cuales el enemigo ha sufrido enormes bajas en hombres y armamento, nuestras tropas han abandonado la ciudad de Viazma.

Durante el 11 de octubre fueron destruidos 122 aviones alemanes, de ellos 16 en combates aéreos y 106 en los aeródromos del enemigo. Nuestras bajas, 27 aviones.

Durante el 13 de octubre han sido derribados en los accesos de Moscú 7 aviones alemanes.

En el transcurso de todo el día, en varios sectores de la dirección Oeste del frente, el enemigo, valiéndose de su superioridad en unidades autotransportadas y de aviación, sin tomar en cuenta las enormes bajas sufridas por él; ha intentado desplegar una ofensiva contra nuestras tropas. Los ataques alemanes contra nuestras posiciones chocaron con la tenaz resistencia de las unidades del Ejército Rojo.

Nuestra aviación ha asestado durante el día violentos golpes contra el enemigo. La aviación, con sus incesantes ataques, ha contribuido activamente a las operaciones de nuestras unidades de tierra bombardeando con éxito las reservas del enemigo que se dirigían hacia el frente y sus columnas motorizadas de municionamiento.

Los fascistas pagan con montañas de cadáveres y gran cantidad de armamento cada pulgada de tierra soviética. El 13 de octubre, sólo en uno de los sectores del frente, los alemanes han perdido más de 6.000 soldados y oficiales entre muertos y heridos, 64 tanques, 190 camiones con infantería y munición, 23 cañones y varias decenas de ametralladoras.

En la dirección del Frente Sur-Oeste, los alemanes continúan lanzando al combate nuevas fuerzas, utilizando a las tropas italianas, rumanas y húngaras en las direcciones donde son inevitables grandes bajas. Nuestras unidades contraatacan y contienen la ofensiva del enemigo, causándole sensibles bajas. En uno de los sectores de esta dirección, la unidad aérea del capitán Mélijov exterminó en tres días 2.500 soldados y oficiales, 6 tanques, 7 blindados, 9 cañones, 122 nidos de ametralladora, 120 camiones con tropa y 20 carros con muni-

ción. En los combates aéreos desarrollados en este sector fueron derribados 7 aviones alemanes y destruidos en tierra 21.

En los alrededores de la ciudad de Dniepropetrovsk se lleva a cabo una continua guerra de guerrillas contra los invasores fascistas. Operan en esta región importantes destacamentos guerrilleros móviles. El destacamento al mando del camarada M. persigue incansablemente y aniquila pequeñas unidades del enemigo. He aquí el breve resumen de tres días de actividad de los combatientes del destacamento. Vigilantes exploradores informaron al mando de que por el distrito de la aldea L. tenía que pasar un grupo de soldados alemanes, constituido por dos compañías. El jefe de los exploradores condujo a los guerrilleros al encuentro de los fascistas por el camino más corto. Los guerrilleros se camuflaron y se dispusieron a la batalla. Dejaron que los fascistas se acercaran a una distancia de 15-20 metros y los atacaron con granadas. Muy pocos alemanes consiguieron salvar la vida. Al día siguiente, los exploradores cortaron en treinta lugares la línea telegráfica que los alemanes habían restablecido en la víspera. De regreso a su campamento, los guerrilleros detuvieron y liquidaron a un enlace, a un motorista y a un funcionario alemán.

Un pequeño grupo de guerrilleros, al mando del camarada Ch., penetró en Dniepropetrovsk. Al amparo de la noche, se acercaron a la residencia estudiantil del Instituto Metalúrgico, donde se había instalado una unidad militar, y arrojaron por la ventana un manojo de granadas. Entre los soldados fascistas se cuentan numerosos muertos y heridos.”

Mientras escuchábamos el parte, penetró en la despensa otro hombre, deteniéndose al lado de la puerta. Tardé en percibir su presencia: se oía mal y yo estaba pendiente de la emisión. Dneprovski se levanté y cuchicheó con el recién llegado; por lo visto lo conocía ya.

Terminaron de transmitir las últimas noticias.

El nuevo compañero dio un paso hacia mí y me estrechó la mano. Era un hombre huesudo, algo encorvado, de blancos cabellos. Empezó a hablarme con gran confianza y cierta premura, cada vez mas animado. No sé si es que me habría reconocido o estaba enterado por alguien de que yo estaba allí, el caso es que sin andarse con rodeos me llamaba Fiódorov a secas y me tuteaba.

- Es magnífico que hayas llegado, porque nuestros comunistas están desorientados. Para algunos la conspiración consiste en esconderse mejor. Ahora recobro la confianza en que las cosas marcharán. La gente tendrá más fe en sus fuerzas al ver que el secretario del Comité Regional está a su lado, dirigiéndoles sin temor...

Se presentó brevemente:

— Chuzhbá.

Después prosiguió:

— He encontrado a Priadkó y Strashenko. Mañana llegarán aquí... Venid conmigo, es decir, a mi casa. —Noté que no invitaba a Goloborodko. Por lo Visto tampoco tenía mucha confianza en él.

Ya en la calle, y de camino hacia su casa, Chuzhbá repitió entusiasmado varias veces.

— ¡Ah, amigos míos! Las cosas marcharán, marcharán sin duda. Si la dirección regional está en su puesto, yo os aseguro que todo saldrá a pedir de boca.

Tantas alabanzas me confundían. Pero en su exaltación había algo retador: parecía que me desafiaba y sus ojos brillaban maliciosos, como diciendo: “Vamos a ver cómo trabajas”.

Hizo levantar de la cama a su mujer, la obligó a encender la estufa y a prepararnos algo para comer. Después, silencioso,

escuchó toda la noche lo que hablábamos Dneprovski, Plevako y yo.

Antes de abandonar la casa de Goloborodko habíamos decidido que al día siguiente, a las once de la mañana, Priadkó y Strashenko fueran a casa de Chuzhbá para informarnos.

Aquella noche estábamos todos impresionados por el parte de guerra del Buró Soviético de Información. Yo les decía que envidiaba a los guerrilleros de Dniepropetrovsk.

— Ellos tienen mayores dificultades que nosotros. Al lado de las ciudades no hay grandes bosques. ¡Cuánta audacia en ese asalto al cuartel! Nosotros debemos desplegar inmediatamente nuestras fuerzas. Debemos organizar en cada distrito por lo menos un regimiento de guerrilleros. Los rumores de la huida de Popudrenko pueden ser propagados por elementos hostiles o por personas que necesitan justificar su inactividad —decía yo, pero mi corazón no estaba tranquilo.

Los dueños de la casa me instalaron en un henal lleno de fragante heno seco, me dieron una manta y me regalaron una muda; me lavé y me cambié de ropa... A pesar de tanta dicha no hacía más que dar vueltas sin poder dormirse.

El parte de guerra me había impresionado profundamente. Me imaginé en todos sus detalles las gigantescas proporciones de la lucha que sostenía el Ejército Rojo. Comprendí una vez más la espantosa amenaza que se cernía sobre nuestro Estado socialista. Y me sentía atenazado por la duda: ¿no estaría yo al margen de la guerra? El sentimiento de la propia impotencia es abominable. “Si yo me encontrara en las líneas soviéticas —me dije—, sería seguramente oficial del Ejército Rojo. En todo caso no andaría comiendo de balde el pan del pueblo. En cambio aquí... ¿Será posible que el destacamento...? “De nuevo volví a pensar en el destacamento regional. No podía admitir de ningún modo que Popudrenko lo hubiera disuelto, ni siquiera que hubiese seguido la táctica de los di-

rigentes de Málaia Dévitsa. Sabía que Popudrenko era un hombre de extraordinario valor y espíritu combativo. Le entusiasmaban los libros que trataban de los guerrilleros de la guerra civil, y lamentaba no haber nacido a tiempo para participar en aquella guerra; en su casa, mucho antes de la agresión fascista, le llamaban el “Guerrillero”.

Recordé con qué temeridad acostumbraba a conducir su coche.

En una ocasión iba en auto al lado de la vía férrea y observó que una locomotora, al pasar, había prendido fuego a unas gavillas de trigo. El fuego se propagaba rápidamente. Popudrenko sabía que la locomotora llevaba agua y una bomba. Abandonó la carretera y, a campo traviesa, saltando por los hoyos, corrió con su auto tras la locomotora durante unos quince minutos. La alcanzó, hizo al maquinista volver y le obligó a apagar el fuego... Claro está que en la carretera rompió las ballestas del coche y se llenó la frente de chichones.

Era un hombre impulsivo, valiente, entusiasta. Mas, ¿no sería un valor aparente? No, no era así. Antes de separarnos habíamos estado hablando mucho tiempo. El frente se encontraba cerca. Los charlatanes y cobardes, la gente poco firme ya se había delatado de una u otra forma. Popudrenko seguía siendo el de siempre, con la misma obstinación ansiaba combatir. En mi imaginación repasaba en aquellos momentos todo lo que sabía de Popudrenko, los más mínimos detalles de su carácter, de su conducta, para encontrar su talán de Aquiles, por decirlo así. Recordé su tierna solicitud por la familia; nosotros, sus compañeros de trabajo, a veces hasta nos burlábamos de él. ¿Quizás echase mucho de menos a su mujer y a sus hijos? ... Pero no, no era eso. Y me vino a la memoria el siguiente caso. En uno de los primeros días de la guerra, Popudrenko entró en mi despacho de mal talante y casi furioso. Le pregunté: “¿Qué ocurre? “. Sucedía que era

el cumpleaños de su mujer y ésta había propuesto el siguiente brindis: "Para que papaíto y yo no nos separemos durante toda la guerra". El "papaíto" se enfureció: "¿Cómo puedes pensar que yo, un comunista y un hombre físicamente sano, no vaya a combatir? ..." En el acto abandonó la casa. Y estaba seriamente disgustado: "¿Cómo es posible que en mi familia se pueda decir eso?

Recordé también nuestro último encuentro. ¡Con qué entusiasmo, con qué calor hablaba Popudrenko de la tupida red de destacamentos que íbamos a organizar, de los convoyes alemanes que volaríamos!

En mis reflexiones nocturnas llegué a esta conclusión: era necesario abandonar las dudas y las suposiciones, y atenerse a la realidad. Acordé conmigo mismo las propuestas que haría al día siguiente, las preguntas que plantearía a los dirigentes del distrito y esbocé el proyecto de una disposición del Comité Regional. No importaba que el Comité Regional estuviese representado sólo por mí: los Comités de Distrito necesitaban ser dirigidos y era preciso demostrarles que, como siempre, nosotros les unificábamos y coordinábamos su actividad.

Al día siguiente celebramos en la casa del viejo Chuzhbá una reunión, que no sé siquiera cómo calificar, si de Comité Regional de Chernígov en la clandestinidad, o de Comité de Distrito de Málaia Dévitsa, o simplemente de un grupo de comunistas. El dueño de la casa y su mujer taparon las ventanas con lo que pudieron, y ambos se retiraron para montar la guardia: él en la terracilla y ella en la huerta. Priadkó, primer secretario del Comité de Distrito, nos informó del trabajo realizado durante un mes de ocupación.

Desgraciadamente, el viejo Chuzhbá tenía razón. Los dirigentes del distrito, en efecto, se habían desorientado. A consecuencia de ello se plantearon como objetivo principal man-

tener rigurosamente la conspiración. Por esa razón disolvieron el destacamento de guerrilleros, enviando a la gente a sus casas. Repartieron entre la gente los víveres de la base de los guerrilleros con el pretexto de que podía caer en manos del enemigo. “En casa de nuestros vecinos se conservarán mejor los productos, la ropa y las armas, que en el bosque” —dijo Priadkó. Obraba de acuerdo con el jefe del destacamento Strashenko. Pensaba más o menos así:

— Los hombres estarán en su casa, como si fueran simples campesinos. Pero en un momento determinado, cuando se les avise, se reunirán todos en el lugar fijado. Realizaremos la operación que sea: un asalto a una guarnición alemana, la voladura de un depósito o el exterminio de una caravana, y de nuevo a casa. ¡Que los alemanes prueben descubrirnos!

Mas cuando preguntamos a Priadkó y a Strashenko cuántos comunistas había en el distrito y cuántos combatientes en el destacamento, no supieron respondernos. Además, y esto es lo más importante, eso no les preocupaba: “El no saber dónde están y cuántos son significa que están bien escondidos”.

Priadkó ni siquiera sabía dónde se hallaba Boikó, su segundo secretario. Este, dicho sea de paso, había interpretado de un modo muy original las reglas de la conspiración. Logró esconderse tan bien, que durante los dos años y medio que duró la ocupación alemana nadie le vio jamás. Solamente cuando llegó el Ejército Rojo salió de la clandestinidad. Y entonces supimos que había abierto en un extremo de su huerta una profunda cueva que a través de un subterráneo se comunicaba con su casa. En aquella cueva vivió mientras los otros peleaban. No abandonó su escondite hasta 1943, y al quinto día de la liberación… murió. Esto, desgraciadamente, no es una leyenda, sino una verdad lamentable.

El día que celebramos la reunión en casa de Chuzhbá, no conocíamos ese sorprendente caso. Pero Priadkó y Stras-

henko fueron criticados por su excesivo entusiasmo “conspirativo”.

Zubkó decía indignado.

— ¿Dónde estamos, en nuestra Patria o en un país extranjero? ¿Por qué nos escondemos de nuestro pueblo y hasta el uno del otro? Mientras nos mantengamos en contacto, unidos y cohesionados constituiremos una fuerza. Alrededor de nosotros, los comunistas que hemos quedado conscientemente en la retaguardia del enemigo, irán congregándose todos los capaces de luchar. En cambio, si luchamos uno a uno por separado, los alemanes nos sorprenderán fácilmente y nos liquidarán.

Yo estaba de completo acuerdo con Zubkó, pero fui más violento en las expresiones. Al final de la reunión se exacerbaron los ánimos. La dueña de la casa me conté después que una vecina le había preguntado: “¿Alguien está de borrachera en su casa?”

Priadkó, que era de suyo un hombre apacible y poco hablador, estaba muy abrumado y permanecía en silencio. Alguien dijo que la táctica seguida en Málaia Dévitsa equivalía a autodisolver la organización del Partido y lindaba con la traición. Strashenko, que era más vehemente y locuaz que su compañero, se indignó.

— ¿Acaso no es una prueba de fidelidad al Partido haber trabajado conscientemente en la retaguardia enemiga? Os aseguro que también esta táctica… tiene su razón de ser. Arriesgando menos, conseguiremos más.

Priadkó te interrumpió:

— Camarada Strashenko, debemos confesar que nos hemos desorientado. Decidimos convocar en los próximos días el activo del Partido y del Komsomol y preparar una reunión de todos los comunistas del distrito.

* * *

Nos enteramos que a Málaia Devitsa —cabeza de distrito— había llegado un comandante alemán para organizar la gobernación en el distrito. Supimos, al mismo tiempo, que se habían practicado detenciones. La llegada de las autoridades alemanas iba acompañada de fusilamientos, detenciones, confiscaciones de bienes, pillajes y violencias. Era necesario darse prisa y aprovechar la circunstancia de que los alemanes no tenían aún sabuesos en cada pueblo, por lo cual el sistema de espionaje y delación estaba todavía mal organizado.

Dneprovski, Plevako y Zubkó venían ahora conmigo y estaban decididos a acompañarme al distrito de Koriukovka, para reunirnos con Popudrenko. Mientras tanto habían pasado a formar el grupo regional.

No se me ocurría otro nombre para nuestro grupo, aunque Dneprovski y Plevako no eran miembros de la organización de Chernígov. En aquel momento ni siquiera yo sabía dónde estaban los otros miembros del Comité Regional clandestino. Yo necesitaba auxiliares para el trabajo en la región; en primer lugar, para obtener información de lo que sucedía en los distritos.

Más tarde supimos que hacia el distrito de Koriukovka, lugar donde tenía que estar el destacamento regional, se dirigían entonces muchos comunistas. La indicación del Comité Central de crear, además de los destacamentos de distrito, un destacamento regional dio un gran resultado desde el punto de vista de organización. Algunos destacamentos de distrito se disgregaban por diversas razones, pero los hombres más firmes y fieles al movimiento guerrillero marchaban en busca del destacamento regional. La gente se enteraba de que al

frente del destacamento estaban los dirigentes de la región y procuraban unirse a ellos.

Yo consideraba que mi deber no consistía en limitarme a ir en busca del destacamento, sino en congregar de paso las fuerzas regionales. Esto, en la práctica, significaba que en vez de marchar directamente al distrito de Koriukovka, tenía que dar vueltas y rodeos, tratando de abarcar la mayor cantidad posible de distritos. Muchos de los camaradas que salieran conmigo de Piriatin hacía tiempo ya que habían llegado. Yo seguía yendo de un sitio a otro. Había encontrado compañeros de camino, camaradas de trabajo.

Les dije:

— Si queréis, podéis ir solos y llegaréis antes. Pero si deseáis ayudarme, quedaos conmigo, constituiremos una especie de Comité Regional móvil.

Los camaradas prefirieron quedarse conmigo. Nos pasábamos andando la mayor parte del tiempo.

Es imposible contarlo todo, y además sería aburrido para el lector. Incluso en la clandestinidad, no se puede evitar el aburrido y monótono trabajo cotidiano. Queríamos saber con el mayor detalle posible lo que ocurría en los distritos, quiénes habían quedado allí, qué hacían los comunistas y los komsomoles.

En cada aldea encontrábamos ayudantes, casi siempre entre los jóvenes, que se dispersaban por las aldeas próximas y nos trían noticias precisas. Era una especie de servicio de información por estafeta.

Después de recorrer el distrito de Losínovka, regresamos a Petrovka, a la casa de Chuzhbá. Durante aquel tiempo, también él había estado no sé dónde, consiguiendo para nosotros cinco bombas de mano y una browning. De su casa sa-

limos para el caserío de Zhóvtnevo, donde celebramos una reunión del activo del distrito de Málaia Dévitsa.

Nuestras “expediciones” de reconocimiento por los distritos nos fueron de gran utilidad. Teníamos una idea bastante clara de los defectos en el trabajo de las organizaciones clandestinas, de la gente con que contábamos y del estado de ánimo del pueblo. Por eso sabíamos por dónde comenzar, cómo desarrollar el trabajo clandestino para ligarlo estrechamente con el pueblo, para que el pueblo sintiera que el Partido seguía existiendo, que lo defendía y lo llevaría a la lucha. Con esa idea, lanzamos los primeros documentos de Partido del Comité Regional: “Directiva a los secretarios de los Comités Urbanos y de Distrito del Partido” y un “Llamamiento a los trabajadores de la región de Chernígov”. Este llamamiento fue difundido por nuestros mensajeros en treinta y seis distritos.

En Zhóvtnevo nos albergó Evdokía Fiódorovna Plevako, una koljosiana sin partido, ya de edad, tocaya de nuestro camarada. La hospitalaria koljosiana nos cedió su casa, repartiendo con nosotros con absoluto desinterés lo poco que tenía; le quisimos pagar algo, pero ella se negó rotundamente y nos dimos cuenta de que nuestro ofrecimiento la había ofendido.

Yo creo que no es preciso decir que a Evdokía Fiódorovna su hospitalidad podía haberle costado la vida. Si los alemanes o sus sabuesos hubiesen llegado a saber que en su casa se reunía el activo de los comunistas del distrito, la habrían ahorcado sin duda alguna. Sin embargo, Evdokía Fiódorovna ni mostraba siquiera que nuestra presencia la inquietara lo más mínimo. Seguía ocupándose tranquilamente de sus quehaceres en la casa o en la huerta, como si no hubiese alemanes y ningún peligro la amenazara.

Una vez, agarré una pala y fui a la huerta con el propósito de ayudarla. Ella se negó.

— Más vale que ayude usted al Poder soviético y al Ejército Rojo. Cuando hayamos vencido, mataré un ternero para ustedes y festejaremos nuestra victoria.

Recuerdo bien la emoción que me produjeron entonces sus palabras. Las pronunció tranquilamente, con el tono más natural. Percibí en ellas una gran fuerza de espíritu, el firme convencimiento de la victoria y la voluntad de hacer todo lo posible para acelerar la llegada de ese día, para ayudar a todos los que se batían contra el odiado enemigo.

Cada día venía más gente a visitar la hospitalaria casa de aquella notable mujer. Eran comunistas y komsomoles, nosotros les dábamos instrucciones y ellos se marchaban a trabajar: a difundir manifiestos, a transmitir de enlace en enlace las directivas del Comité Regional, a preparar una reunión general de distrito.

Los miembros del Comité Regional no sólo nos dedicábamos a dar instrucciones y a redactar octavillas. Teníamos también que multiplicar su número. Pero ¿de qué manera, si carecíamos de papel? No era fácil conseguirlo. Nos ayudé el maestro Ivanenko, que había recorrido las casas de los chicos y nos trajo unos veinte cuadernos; otra alma caritativa nos consiguió algunas hojas de papel carbón.

No era tan sencillo sacar las copias. Yo tenía mala letra; era necesario, además de escribir con claridad, economizar el mayor espacio posible porque cada hoja de papel era para nosotros oro.

Poco después, se sumaron al grupo del Comité Regional nuevos camaradas: la ex maestra Nadia Beliávskaia, komsomol, y el “zapatero” Fiódor Ivánovich Korotkov.

El “zapatero” Korotkov, primer secretario del Comité de Distrito de Koriukovka, había quedado en la clandestinidad como miembro del Comité Regional. Después de muchas penali-

dades y andanzas, el camarada Korotkov se había “instalado” cerca de nosotros, en el caserío de Voznesensk.

En el caserío usaba otro nombre y otros documentos. En su juventud había aprendido el oficio de zapatero y esto le sirvió para hacerse pasar por tal entonces. Tan pronto supieron en el caserío que era zapatero, recibió muchos encargos; pero Korotkov no tuvo tiempo más que para hacer un par de botas que, por cierto, le salieron bastante mal: no querían mantenerse derechas, se torcían y acababan por caerse. Korotkov me lo contó riéndose a carcajadas, aunque tenía pocos motivos para ello; si hubiera existido la más mínima sospecha contra él, las botas podían haber sido una prueba muy seria.

Nos alegramos mucho de ver al “zapatero”, pero no permaneció mucho tiempo con nosotros. En compañía de otros comunistas, Korotkov salió para los distritos a repartir nuestros primeros documentos de Partido. Korotkov tenía que recorrer catorce distritos. Llevaba liados a las piernas veintiocho ejemplares del llamamiento y de la directiva del Comité Regional. Más tarde, Korotkov fue jefe de un gran destacamento y durante tres años hizo vida de guerrillero, pero todavía hoy afirma que durante los diecinueve días que actué de enlace del Comité Regional sufrió más que en los tres años de lucha guerrillera.

¡Enlaces! Durante los tres años de ocupación alemana, decenas y centenares de enlaces bolcheviques, arriesgando su vida, recorrían caminos, campos y bosques, con frecuencia desconocidos para ellos, de la ciudad a la aldea, de las aldeas a los destacamentos guerrilleros y desde allí hasta algún caserío, donde, a lo mejor, acababa de llegar un destacamento punitivo. A veces, el enlace penetraba en el campo de concentración o en la cárcel, donde la Gestapo torturaba a nuestros camaradas.

Hay quienes creen que el trabajo de enlace es puramente mecánico, y que basta con saber caminar. Sería más justo decir que es necesario saber mirar. Tras cada esquina, tras cada árbol o arbusto acecha la muerte. Y menos mal si es una muerte por bala o bayoneta. Pero no, lo más seguro es que sea una muerte horrible después del tormento.

¡Cuántos de nuestros enlaces perecieron! ¡Y cuántas veces, al conocer la muerte del enlace, lo primero que hacíamos era denostar contra él! Sí, le recriminábamos por haber hecho fracasar el trabajo, por exponer la organización a un golpe. Después, naturalmente, recordábamos al compañero y derramábamos por él parcas lágrimas. Para los bolcheviques la causa es siempre lo primero y por eso el enlace ni siquiera tiene derecho a una muerte heroica. Su obligación es vivir.

Al principio todo era difícil. No había gente con experiencia y no teníamos quien nos adiestrara. Más tarde aparecieron ya determinados centros de enlace, signos convencionales, "buzones de correos": huecos de árbol o el horno de una casa quemada... Durante el primer tiempo la cosa no era muy compleja: se daba una dirección verbal, por ejemplo, "distrito de Sósnitsa, para el secretario del Comité de Distrito". Pero había que tener en cuenta que ese secretario de Comité de Distrito se ocultaba, cambiando de vez en cuando de aldea e incluso marchándose al bosque. El enlace, a su vez, tampoco podía descubrirse. Supongamos que supiera que en la aldea había un comunista. Pero, ¿con qué derecho iba a decirle ese comunista la dirección del centro conspirativo de enlace? El enlace ni siquiera llevaba consigo el carnet del Partido.

* * *

El carnet del Partido no es simplemente un documento, sino el símbolo de la pertenencia a la organización de los comunistas, de hombres que comparten las mismas ideas. Es un documento de valor incalculable con el que te sientes unido física y espiritualmente. -Se nota su presencia, pero su ausencia todavía es más sensible: pierdes la seguridad en ti mismo, como si fueras una persona a la que le falta algo.

¿Puede que sea sólo mi caso? ¿Acaso la ausencia de este librito rojo con su firma y sello es capaz de alterar mis convicciones, debilitarme, matar en mí la fe en las ideas comunistas? Claro que no... Pero, de todos modos...

Ya he contado cómo enterramos con Simonenko en el terreno vecino a la casa de su madre todos nuestros documentos auténticos. Y también, claro, nuestros carnets del Partido. Estas fueron las órdenes del Comité Central: todos aquellos que se iban a la clandestinidad debían entregar a la organización del Partido para su conservación o, en el caso de que esto no fuera posible, guardar en lugar seguro su carnet del Partido. Evidentemente se debía guardar de modo que luego se pudiera encontrar. Pero también lo bastante bien para que los fascistas no pudieran encontrarlo y utilizarlo para sus propios fines.

La necesidad me obligó a esconder el carnet, y así lo hice. Y más tarde, como secretario del Comité Regional clandestino, exigía de todo comunista que se encontrara en la retaguardia del enemigo que cumpliera lo que ordenaba el Comité Central. Y hacía cumplir la orden a rajatabla, aunque por mí mismo comprendía que era algo difícil y doloroso y que uno se sentía algo perdido.

Recordaré que cuando me despedí de Simonenko, primero me quedé solo, pero después de encontrarme con Dneprovski, Plevako y Zubkó acordé con ellos actuar juntos. Se nos unieron enlaces voluntarios, pero tampoco nosotros

permanecíamos en el mismo sitio. Moviéndonos de caserío en caserío, de aldea en aldea, en cierto modo nos convertimos en enlaces de nuestros enlaces, y así constituíamos una organización móvil del Partido. La conspiración exigía de nosotros una precaución inteligente, un constante estar al acecho. Cada uno se inventó una "historia" para el caso de que cayéramos ya juntos o por separado en manos del enemigo. Y claro está, a cada uno y más de una vez les repetí las órdenes del CC: esconder el carnet del Partido y no llevarlo consigo en ninguno de los casos.

Zubkó y Plevako me aseguraron que hacía tiempo que habían puesto sus documentos a buen recaudo. Pero Dneprovski le daba largas al asunto:

— Sí, lo comprendo, Alexéi Fiódorovich, sé que hace falta hacerlo. Pero es que no encuentro ni el lugar ni el momento adecuado. No es una cosa tan simple. No voy a meterlo bajo cualquier estufa. En tiempos tan terribles la estufa y hasta la casa pueden borrarse de la faz de la tierra, ¿no es cierto lo que digo?

— Pues guárdalo en la huerta. Igual que yo con Simonenko.

— Si, ya lo he estado pensando. Pero el lugar es bajo, en primavera puede inundarlo el río.

— Pues haz el agujero más hondo. Mételo en una botella...

— ¿Y si se ponen a cavar en el huerto? Le dan un golpe con la pala y búscala luego. Además, la tierra, por mucho que la aplastes, en primavera se asentará. Además, no tengo ninguna señal. Lo esconderé y luego yo mismo no podré encontrarlo.

Se notaba que todo eso eran excusas y, por muy fundadas que pudieran parecer, reflejaban su alarma y dolor: es difícil para un hombre desprende rse de un trozo de su alma.

El hombre suspiró. Yo también suspiré. Pero después, ya en tono amenazador, le dije:

— Escúchame bien, Pável, nos vas a meter a todos en un lío... Si hoy mismo no escondes tu carnet del Partido, te las tendrás que ver conmigo. Dneprovski sabía que no era mi costumbre lanzar frases al aire. Consiguió un biberón, metió allí el carnet hecho un tubo, le puso el chupete y me mostró su invento.

— ¿Así estará bien?

— Para más seguridad envuélvelo con un trapo y cúbrelo todo con pez. Lo calientas al fuego y se te fundirá.

— ¡Así lo haré, Alexéi Fiódorovich!

Qué le iba a hacer, no me puse a comprobar si lo había hecho o no.

Al llegar la noche, decidimos marchar a la aldea de Zhóvtnevo para encontrarnos con unos militantes clandestinos. Teníamos que andar unos diez kilómetros. Primero por los rastrojos, después por la alfalfa todavía no segada. Sobre el horizonte se alzó una luna joven. Y eso no era nada bueno para nosotros. Para gentes como nosotros la luz en la estepa aumentaba el peligro. Por otra parte, los que se dedican a actividades clandestinas prefieren la oscuridad y el silencio. Sólo de vez en cuando intercambiábamos alguna palabra. Empezó a lloviznar.

— ¡Perfecto! —comenté saltando una zanja—. Ahora esta maldita luna desaparecerá tras las nubes.

Y así fue, la luna desapareció. De pronto Dneprovski que cerraba la marcha lanzó un grito.

— ¿Qué pasa? —preguntamos alarmados y por costumbre aprendida desde hace tiempo nos tiramos al suelo, nos escondimos entre la alfalfa—. ¿Qué pasa? —repetí en voz baja.

— ¡Oy, chicos, amigos, camaradas! —En la voz de Dneprovski se oía tanta desesperación y desconcierto que parecía hubieran matado a su madre. De rodillas, palpaba el suelo de su alrededor como si fuera un ciego y no paraba de gemir—: ¡Qué desgracia, pero qué desgracia, estoy perdido!

— Pero ¡dinos qué pasa! —no me pude aguantar—. ¿Qué, te has roto una pierna?

— Que va, Alexéi Fiódorovich. ¡Qué mala pata! —De la emoción Dneprovski pasaba a hablar en ucraniano.

— Bueno, ¿pero qué, qué pasa? —susurrábamos alarmados.

— El biberón, Alexeí Fiódorovich. He dado un salto y el maldito biberón con el carnet del Partido se me ha caído del bolsillo. He oído un golpe y nada más. No está y no lo veo. De la rabia quise darle en los morros. No me puse a pelear, claro. Di orden de que nadie se moviera de su sitio y así, acostados, palparan el suelo. Con las manos y los pies. Palpar y estar atentos a algún ruido.

Dneprovski, Plevako, Zubkó y yo mismo estábamos estirados como si nadáramos por un ancho círculo.

— ¡Así, así, así —dirigía yo en voz baja—. Abarcar lo que podáis con las manos y avanzar hacia el centro.

Entre tanto empezó a llover. El agua caía de modo inusual para el otoño, las gotas eran gruesas y hacían mucho ruido. Por si fuera poco, empezó a soplar el viento. Resonaba y crujía la hierba seca. ¡Cualquiera podía oír una botellita por cien veces que ésta tintineara!

- Ey, chicos, amigos, vaya suerte la mía —casi rezaba Dneprovski.

— ¡Cállate ya! —le grité—. Sigue palpando y métete la lengua entre los dientes...

Bajo el fuerte aguacero nos arrastrábamos y lo hacíamos sobre el vientre. En ese momento Vasia Zubkó, el más joven de nosotros, se puso a decir con voz implorante:

— Alexéi Fiódorovich, esto no tiene ningún sentido. Mañana volvemos y lo buscamos a la luz del día. ¿Adónde se va meter?

Yo le pegué un grito:

— ¡Pero qué dices! ¡¿Es que no entiendes, chiquillo del diablo, las tonterías que dices?! ¿Cómo que lo dejemos, cómo que hasta mañana… dejar el carnet en la estepa?

Encontramos la botella. La encontré yo. Al instante la rompí contra una piedra y guardé el carnet de Dneprovski en mi bolsillo. Perdimos en esto no menos de una hora. Nos llenamos de barro, de rasguños, pero nos sentimos muy contentos por haber encontrado por fin el carnet

¿Por qué nos alegramos? Aquella misma noche, abandonando otros asuntos importantes y urgentes, ayudamos a Dneprovski a envolver su carnet del Partido en un trozo de hule, cubrirlo de pez y, a la luz de una linterna, sacar de los cimientos de la casa Un ladrillo, meter allí el paquete y cubrir con arcilla el escondite. Todo se hizo a la perfección, bien y rápido.

— Bueno, amigos —comenté—, dejen de mirar pasmados su obra. Ya es hora de discutir cómo hacemos la reunión. Cuándo, dónde...

Pero Dneprovski seguía mirando con la linterna en la mano y no podía quitar la vista del petacho de arcilla fresca. De pronto se echó a reír.

— ¿Qué relinchas? —le pregunté rabioso—. ¿Se puede saber por qué?

Me lanzó una mirada y me dijo en voz baja:

— No son más que nervios, Alexéi Fiódorovich... De verdad, son los nervios.

Entonces fuimos nosotros en echarnos a reír, aunque no estuviéramos demasiado alegres. Nos sentíamos más bien tristes. Había algo de humillante en todo esto. No sé qué seres monstruosos se presentan en nuestras tierras y nos obligan a escondernos, a desaparecer y renunciar, aunque sea en apariencia, de nuestra pertenencia al Partido.

Claro, nosotros comprendíamos que la cosa era temporal y era algo necesario para nuestra labor. Pero si así eran las cosas, si de todos modos nuestra militancia seguía en nuestro corazón y permanecíamos siendo comunistas convencidos aunque fuera sin el carnet del Partido, ¿por qué entonces sin ponernos ni siquiera de acuerdo nos arrastrábamos bajo la lluvia buscando el maldito biberón? Porque, en verdad, Dneprovski habría podido volver al lugar por la mañana... Pero esta es la cuestión: si volviera a ocurrir la misma historia de nuevo nos hubiéramos arrastrado por el barro.

Parece una tontería, pero de otro modo no podía ser.

UN CUARTO DE SIGLO DESPUÉS

Y ahora recuerdo cómo, a medida que se fue liberando nuestro territorio de las hordas fascistas, centenares y miles de comunistas clandestinos hacían todo lo posible por volver cuanto antes al lugar donde habían enterrado o emparedado sus carnets del Partido de antes de la guerra. Y esto lo hacían decididamente todos, desde el soldado raso hasta el oficial, y los funcionarios del Partido de toda categoría. Lo cierto es que muchos podían pasar sin esto. Su pertenencia al Partido no era algo formal, pues estaba confirmada con hazañas y heridas, con la lucha consecuente y sin cuartel contra los invasores, las fuerzas de castigo y los bandidos, todo género de alimañas policiales. Camaradas condecorados repetidamente con órdenes y medallas, conocidos por el pueblo y el Partido, sin grandes dificultades podrían recibir un nuevo carnet del Partido conservando sus años de antigüedad y todos sus derechos. Algunos incluso los recibieron. Pero de todos modos, viajaban en avión, en tren o marchaban a pie para recuperar tan sólo su documento del Partido que tenían antes de iniciada la guerra. Y en el caso de que el escondite hubiera desaparecido —se hubiera quemado, podrido, hundido o robado—, entonces se sentían muy mal, hasta se puede decir que sufrían de verdad.

También sufrí yo.

A lo mejor fue en vano, pero sufrí.

En abril de 1944, después de que se desmovilizaran nuestras fuerzas guerrilleras, a mí y a otros camaradas nos llamaron a Kíev para que confeccionáramos un documento detallado de las acciones de los Comités Regionales clandestinos de Chernígov y Volyñ. Se nos dio un plazo muy limitado y estaban prohibidas todo tipo de salidas o viajes, aun por las cau-

sas más respetables. Nuestro grupo trabajaba en el local del CC del PC (b) de Ucrania, donde nos dejaron una habitación. Era un cuarto tranquilo, silencioso y caliente. Desde la ventana veíamos la ciudad destruida: las ruinas de los edificios derruidos, montones de cascotes de ladrillos, vigas carbonizadas... Pequeños grupos de personas vestidas de cualquier manera —nuestra gente soviética—, con palas, picos, barras trabajaban sobre las montañas de cascotes, parecían buscar algo, iban cambiando las cosas de un sitio a otro... Parecía que hicieran un trabajo absurdo. ¿Acaso es posible con unas fuerzas tan ridículas restablecer o al menos ordenar esta montaña de ruinas que nos ha dejado el cruel enemigo?

Un día me vino a la cabeza una idea que expuse a Pável Dneprovski:

— ¿No te parece a ti, Pável, que toda esta gente está hurgando entre las ruinas con la esperanza de encontrar su pasado?

El se encogió de hombros y farfulló algo: la disciplina no permitía digresiones líricas. Había que escribir, confirmar nuestra actividad, componer el sistema de la actividad política y militar de tres años en la retaguardia del enemigo. Escoger los documentos, seleccionar, distribuir en el tiempo, recordar la serie de batallas, hazañas, logros y fracasos... Y a pesar de que hacíamos todo lo posible por recordar el mayor número de detalles, aportábamos los planes de las operaciones, enumerábamos decenas y centenares de soldados y jefes, el informe nos salía seco, sin alma, como de encargo.

¿Por qué?

Ninguno de nosotros era escritor, historiador o cronista. Es cierto que nos mandaron unas mecanógrafas y estenografistas, llamábamos uno tras otro a los guerrilleros que teníamos a mano de nuestras fuerzas y éstos explicaban cosas. A pesar de que comprendían que este informe era un documento

de Partido y hacía falta ser exactos, sopesar cada una de las palabras... había algo que les molestaba, se angustiaban, escuchaban mal y respondían de cualquier manera.

Me acuerdo de que un compañero explicaba así su mala pata:

— Hay un silencio desacostumbrado, Alexéi Fiódorovich... Y además tenemos el alma descompuesta. Todavía no ha llegado la paz, mientras que en tiempo de guerra el silencio es como un mal sueño. Por fuera parece que está tranquilo, pero los nervios están demasiado tensos, están tensos al límite...

— Pero, en tu caso personal, ¿sabes cuál es la causa?

— En mi caso la razón es la falta de identidad. De la mía propia, no sé cuál es...

Era una respuesta extraña. Pero para aquellos tiempos, aunque no fuera nada clara, era pero que muy justa.

Me pasaba lo mismo a mí, me había desacostumbrado del todo del silencio, la tranquilidad y de los locales calientes. Parecía que tendríamos que estar contentos, que deberíamos ocuparnos de los asuntos que el Partido nos exigía. Acabaste de luchar, pues ahora informa de lo que has hecho. A mí ya me habían informado de que de un momento a otro me iban a enviar a trabajar a una de las regiones liberadas. La familia estaba entera y sin problemas, había vuelto de la lejana Orsk a Chernígov, en lo material no estábamos mal... ¿Qué era entonces lo que me faltaba?

Yo también sentía, y además de forma muy aguda, esta "falta de identidad". Era un general con todo su uniforme, con las hombreras puestas, no estaba enfermo,, no me habían herido, pero, de todos modos, no era un general de verdad, sino de los guerrilleros. Se acabó en nuestra Ucrania la guerra de

guerrillas. Ya era hora de ponerse a reconstruir lo destruido. Pero, de momento... las órdenes eran escribir el informe.

“¡Qué le vamos a hacer, órdenes son órdenes! “ —me decía a mí mismo y al pensarlo suspiraba pesadamente. Nadie me ha ofendido, ni me ha ignorado, allí están las condecoraciones: dos Estrellas de Héroe de la Unión Soviética adornaban mi pecho... Pero, de todos modos, faltaba algo.

— ¡Pável! —le di un codazo una tarde a mi viejo amigo de guerrilla que no separaba los ojos de un papel en blanco—. Veo que no te sale nada. Dime sinceramente, ¿qué te recuerda toda esta gente que busca no se sabe qué entre las ruinas de las casas? ¿No dices nada? Pues te lo diré yo: se alza en tu imaginación la misma casa donde entre los ladrillos se esconde...

Pável Vasílievich Dneprovski era uno de los hombres más tranquilos de la clandestinidad. Pero aquí ya no aguantó más:

— ¡Por qué no para de enredar, de fastidiarme, como si fuera un niño! Si no hubiera sido por usted, no habría escondido mi carnet y lo hubiera entregado en el destacamento donde me lo hubieran guardado en la caja fuerte... Gracias a los cuidados de su señoría voy por el mundo ahora como perro escaldado.

— No te enfurezcas, Pável, lo mismo me pasa a mí...

Mirando a la gente de la calle con sus barras de hierro no podía abandonar el recuerdo de que en algún rincón de las Lísovie Soróchintsi, del distrito de Málaia Dévitsa, en el huerto de Iván Simonenko están enterrados mis auténticos documentos: el carnet del Partido, los certificados de ser miembro del CC del PC (b) de Ucrania, diputado del Soviet Supremo de la URSS y de la RSS de Ucrania, mi primera orden de Lenin...

¿Qué es lo que en realidad no me dejaba tranquilo y me mantenía en este estado de confusión? Nadie dudaba de mis méritos de guerra, al local del CC me dejaban pasar sin pedirme los documentos. Pero… no tenía mi carnet del Partido. Y esta circunstancia, al parecer sin importancia, me molestaba, no me dejaba tranquilo y no había manera de concentrarse. Había que escribir, dictar, elegir las órdenes más significativas e importantes, informaciones, directivas, mientras que yo... pensaba, pensaba y pensaba. Pero no eran exactamente pensamientos lo que llenaba mi cabeza, sino un estado de intranquilidad. Como si yo no fuera el mismo, hubiera perdido el pasado y no encontrara mi sitio.

Al fin no pude más, pedí que me recibiera el secretario del CC camarada Korótchenko:

— Demián Serguéievich, le ruego que me dé un permiso aunque sea de una semana. Tengo que ir, sea como sea, a la región de Chernígov.

— ¿Por qué? ¿No se encuentra bien? ¿Se ha puesto enferma su mujer?

— No. La cabeza no me funciona, tengo el alma dolorida. Quiero acercarme a Lísovie Soróchintsi, para desenterrar mi carnet del Partido... y otros documentos. Korótchenko frunció el ceño:

— ¿Qué fantasías son esas, camarada Fiódorov? Me parece que todas sus cosas están en orden, ¿no? Lo conocemos bien, de su pertenencia al Partido nadie tiene ninguna duda. Si el escondite está entero, sus documentos no irán a ninguna parte. Acabe su trabajo, entréguelo y luego vaya a buscar sus papeles. Usted mismo sabe que sobre esta cuestión hay unas instrucciones del CC del PC(b): un informe resumen de las actividades de los guerrilleros y de la clandestinidad de Ucrania que tiene que enviarse no más tarde de finales de mayo. Además, en el Secretariado del CC del PC(b) de la

URSS se está analizando la cuestión de adónde y con qué cargo enviarle... Por tanto no puede ir a ninguna parte.

Pero yo insistía obstinado:

— ¡Demián Serguéievich, si no puede ser una semana, déjeme ir tres días! … Imagínese que su carnet del Partido está bajo tierra en alguna parte. Y además, no sólo es el carnet del Partido, sino todos los documentos... Es primavera, se está deshaciendo la nieve, llueve mucho...

Korótchenko, que por lo general se dominaba muy bien, en esta ocasión se levantó y dijo con tono irritado:

— Camarada Fiódorov, algo les pasa a sus nervios. Le conozco desde hace muchos años, me he visto con usted en lo más profundo de la retaguardia enemiga, pero nunca lo he visto así...

Yo también me levanté:

— ¡Si no pueden ser tres, me las arreglaré con dos!

— Pero, compréndame, camarada Fiódorov, yo no tengo derecho a contravenir las decisiones tomadas por el Partido. El Primer Secretario no está en Kíev. Tiene una entrevista con el Jefe Supremo del Ejército. O sea que no puedo darle permiso, vaya usted adonde vaya, si no es llamando a Moscú. —Korótchenko alargó la mano hacia el teléfono del Gobierno y me lanzó una mirada, esperando que yo me negara.

Pero ya no le dejé escapar:

— ¡Llame!

— ¿Y qué digo?

—Que el secretario del Comité Regional del Partido Fiódorov no puede trabajar hasta que no desentierre sus documentos del Partido. Dígale que, desde el día en que hubo posibilidad de recuperarlos, estoy como fuera de mi piel. Y que le pido para este asunto dos o tres días.

No sé qué es lo que leyó en mis ojos Korótchenko. Pero de pronto cambió de expresión, sonrió abiertamente y después de estirar la mano, me dijo:

— Pase por la mañana. Consultaré con los camaradas.

Al despedirme de él le dije:

— Dneprovski está en la misma situación que la mía, con la diferencia de que la orden de esconder su carnet del Partido salió de mí. Le ruego que también le deje ir.

Pasé la noche sin poder dormir. Yo sabía lo que es el orden. Korótchenko no exageraba, en aquellos tiempos no estaba en su poder darme permiso.

A las diez de la mañana del día siguiente me llamaron al despacho de Demián Serguéievich. Y éste me dijo:

— He llamado a Moscú por diversos asuntos. Pero he informado también de su petición. Se le ha dado permiso para ausentarse dos días. Estamos muy mal con los coches. He encargado de que usted viaje a Chernígov en un U-2. Usted y Pável Dneprovski. En adelante tendrá que seguir su camino en tren... ¡Buen viaje!

No me enteré con quién habló Korótchenko de mi asunto y, claro está, tampoco lo pregunté. Lo importante era que mi petición no se tomó como un capricho.

Al cabo de dos horas de esta conversación con el secretario del CC, Dneprovski y yo aterrizábamos en Chernígov. Seguimos nuestro camino en tren acompañados de dos secretarios del Comité Regional, no hace mucho guerrilleros — Korotkov y Kúrochka.

Como ya he dicho, mí familia, la mujer y las hijas, habían vuelto a Chernígov. Además, decenas de amigos de combate hubieran querido verse conmigo. Y yo, claro, me alegraría de verlos. Pero el plazo que se me dio era tan breve que tiré por

la borda todo sentimentalismo y al instante me dirigí a la estación de tren. Allí nos prepararon un autocarril de reparación, lleno de alquitrán. En aquellos tiempos era imposible viajar en coche por carretera... Lamenté mucho haber salido de Kíev con mi uniforme de general y las dos Estrellas de Héroe de la Unión Soviética. Fuéramos a donde fuéramos, en seguida se formaba una muchedumbre, todos querían que dijera algo, que bebiera. Nos traían alcohol, vodka casera, algún mejunje pestilente. No sé por qué, pero todo el mundo parecía conocerme, desde el jefe de la estación hasta el engrasador y el guardagujas. Todos me felicitaban, querían brindar. Me imagino en qué estado hubiera llegado al lugar donde me dirigía si respondiera a todos los brindis y bebiera todo lo que se me ofrecía. Lo que más temía es que se presentaran mi mujer y las hijas. ¿Cómo podría explicarles que no tenía ni un segundo para ellas? … Nunca, ni antes ni después, me alegraba que en los trenes no hubiera un horario preciso. Pero en eso se demostró que no existía un transporte regular ni de pasajeros ni de mercancías. Nuestro autocarril se puso en marcha fuera de todo gráfico.

Paso por alto muchas pequeñas aventuras. A Málaia Dévitsa llegamos al atardecer. Nos pusimos en la vía muerta. Estábamos contentos de que nadie nos saliera a recibir. Lo único que necesitábamos era llegar a tiempo; el chófer de Kúrochka nos encontró fácilmente. De Málaia Dévitsa salimos dando saltos con el coche por el camino vecinal: en todas partes las carreteras estaban destruidas.

En Málaia Dévitsa nos despedimos de Dneprovski. Pável se dirigió a pie hacia la aldea Zhóvtnevo, que se encontraba a unos quince kilómetros. Nos pidió que no nos marcháramos sin él.

Cuando ya oscurecía llegamos por fin a la aldea que estaba medio destruida. Nos acercamos a la casa de adobe donde hacía más de tres años había pasado yo casi medio mes.

Salió corriendo a nuestro encuentro la dueña de la casa, la abuela Matriona —así la llamaban todos ahora—, se la veía mucho más vieja. Yo la reconocí, y ella a mí. Se me lanzó al cuello. Entramos en la casa... Como en aquellos tiempos, todo estaba limpio, había un ambiente acojedor, hasta me costaba creer que en el primer año de la guerra, yo, medio vagabundo, medio secretario del Comité Regional del Partido, viví aquí, aquí pensé en qué hacer y recuperé fuerzas... La anciana en seguida se puso a preguntarme por su hijo. ¿Qué podía decirle yo? En Kíev me enteré que parecía habérsele tragado la tierra, que no estaba en las listas de ninguna unidad militar. Hacía tiempo estaba entre los desaparecidos.

Lísovie Soróchintsi es una aldea junto a un bosque. También antes estaba alejada y medio vacía. Ahora ¡cuántas casas se vieron abandonadas, cuántas ardieron! Me costaba reconocerla: estaba tan emocionado que no prestaba atención a nada, besé a la dueña, pero en realidad no dejaba de pensar en lo mismo: ¿encontraré o no mis documentos? Tenía un único deseo: armarme de una pala y ponerme a cavar en el huerto.

Entre tanto nos llegaba una música que sonaba por toda la aldea. Alguien tocaba en un acordeón, otros cantaban, eran voces jóvenes. La anciana me informó de que la juventud estaba celebrando una boda. Estaba sollozando sobre mi hombro recordando cómo llegué hecho un pordiosero harapiento con su hijo Iván, y ahora había vuelto, pero Vania no estaba. ¿Dónde estará? —

Ya aparecerá Iván —decía yo sin creerme nada lo que decía.

En el aposento se movían Korotkov y Kúrochka sin saber adónde meterse.

La vieja lloraba y yo intentaba consolarla. Ella, sin creer en mis frases de consuelo y esperanza, se puso a poner la me-

sa para recordar la memoria de su hijo. De alguna parte apareció un mantel, alguna vajilla, tazas, escudillas, botellas de vodka casera, gelatina, copas y cuchillos. Ante las ventanas se amontonaba la gente, pero ella no invitó a nadie.

Con lo bien que nos iría ahora, mientras todavía no se hiciera del todo oscuro, coger unas palas y conseguir del huerto mis papeles, pero la abuela Matriona no paraba de hablar y hablar, y no nos atrevíamos a interrumpirla. Nos explicó que al día siguiente de nuestra partida se presentaron en la casa un SS en capote negro y con él dos soldados, registraron la casa y la interrogaron.

— Intentaban sonsacarme si en la casa había parado el secretario del Comité Regional y qué armas habían enterrado ustedes, Alexéi Fiódorovich y mi Vania, en el huerto. ¿Y qué podía decirles yo? No dije nada, no sabía, y ahí se acabó la historia. Si alguien se lo había dicho que viniera y se lo mostrara. Vino mi hijo con un amigo, ya se han ido. Pero eso de que aquel pájaro era el secretario del Comité Regional era algo que en mi ignorancia y pocas luces yo no podía saber...

Al no encontrar nada en la casa, el SS con los dos soldados reunieron a los jóvenes de toda la aldea y les obligaron a revolver la tierra de todo el terreno. Mientras tanto ellos miraban cómo los demás trabajaban.

— No encontraron nada, así que, de rabia, ordenaron que talaran mis manzanos. Y después se fueron. Menos mal que no me quemaron la casa...

El SS resultó conmiserativo. En aquel primer mes los invasores alemanes todavía no quemaban las casas, actuaban con apariencia pacífica intentando poner de su lado a los campesinos.

Mientras la anciana nos explicaba sus cosas, en la casa se presenté una representación de los jóvenes que nos invitaba a la boda.

Me encontré en una situación algo tonta, no había tiempo para diversiones, lo que teníamos que hacer era encontrar cuanto antes unas palas para buscar los documentos. Los alemanes no los encontraron, a lo mejor tampoco lo logramos nosotros... Nos invitaban a la boda, así que dije que iríamos, seguro que iríamos. Hasta a la abuela no me atrevía a hablarle con claridad a qué habíamos venido. Le rogué que dejáramos para otro rato la comida y que nos consiguiera unas palas.

La juventud se fue desilusionada. Korotkov, Kúrochka y yo nos armamos de unas palas y nos dirigimos al huerto.

Resulté que todo el jardín estaba talado, y del manzano desde al cual Iván y yo habíamos contado veinte pasos hacia el pedregal no quedaba ni el tocón. Cada vez se hacía más oscuro, a lo mejor tendríamos que quedarnos a dormir aquí.

La abuela Matriona no sabía qué es lo que enterramos en el huerto. Estaba junto a la casa y miraba. Cavamos en un sitio y luego en otro, pero sin ningún resultado...

¿Qué podíamos hacer? Al parecer tendríamos que levantar todo el terreno...

… El espectáculo era digno de verse: tres tipos ya nada jóvenes, sin chaquetas, levantaban la tierra marchando en fila. La tierra estaba pesada, era la primavera, nos cansamos mucho; nadie creía en el éxito... Menos mal que no llovía. Me invadía la tristeza.

En ese momento Iván Martiánovich Kúrochka se dio una palmada en la frente:

¡Muchachos, vamos a la boda!

Korotkov y yo intercambiamos una mirada.

—, ¡A la boda, a la boda! —repetía Iván Martiánovich—. Nos estamos un rato, nos tomamos una copa a la salud de los

jóvenes y luego les pedimos que nos ayuden. Ya no hay secreto alguno. Les explicaremos lo ocurrido. Son komsomoles...

La idea no era mala. Si la gente joven nos ayuda...

Nos acercamos a la casa de donde nos llegaban los sonidos del acordeón, alguien bailaba... Nos recibieron como a unos príncipes.

Había reunidos en la boda unos cuarenta jóvenes; los más de diecisiete o dieciocho años, y también la gente más vieja del lugar. No había hombre de media edad. Nos colocaron en los lugares de honor, nos hicieron levantar las copas en honor de los novios. Yo eché un vistazo al novio y a la novia. Los dos vestidos de cualquier manera, en ropas normales en tiempos de guerra. Es cierto que la novia llevaba un collar en el cuello. En la cabeza, un velo almidonado de desposada. El chico… me pareció que al novio lo había visto en alguna parte. De estatura mediana, fuerte, estirado, con chaqueta de otro tamaño, en camisa limpia... ¿Pero, qué tienen que ver aquí la chaqueta o la camisa? Seguro que le había visto antes. ¿Sería en la guerrilla? Parece que no...

— Camarada Orlov, ¿no se acuerda usted de mí? Pues soy Misha, el mismo Misha que usted no dejó marcharse con los guerrilleros... Aquí mismo, en la casa de la abuela Matriona... ¿Se acuerda cuando lo molestamos en medio de la noche?

Tres años de lucha, miles de guerrilleros, ¿acaso podía yo acordarme? El chiquillo creció, crecí también yo, por extraño que parezca. Había cambiado. Pasó hace tiempo por ahí un tipo peludo y desgraciado. Sin embargo, para Misha y otros chicos y chicas de la aldea yo fui un dirigente del Partido, un hombre de autoridad... Aquellos jóvenes querían hacerse guerrilleros. Este Misha, entonces un chico de catorce años, quería ponerse a pegar tiros aquel mismo momento, ponerse a matar a los traidores. Fue entonces cuando les ordené que

dejaran de pensar en tonterías y se dedicaran a repartir octavillas.

Todo eso me vino a la cabeza, pero no parecía el lugar para pensar estas cosas. Estábamos en una boda. El novio era un chico mayor, o casi mayor...

Yo empecé a decir unas palabras para brindar:

— ¡Bueno, amigo, bebamos por vuestra felicidad y por tu guapa chica!

Pero el sonrosado novio, sin comerlo ni beberlo, exclamó:

— ¡Espere un momento, camarada Fiódorov, le voy a enseñar una cosa!

Sin decir nada más, dejó el vaso lleno, se encasquetó la gorra y salió corriendo. Nos quedamos de piedra. La novia se puso del color de la grana de pura vergüenza, no sabía dónde posar la mirada. Hundió el rostro entre sus brazos y la rodearon las amigas. Vaya broma, parecía que el novio había huido. ¿No se habría asustado de sus invitados, de este Fiódorov-Orlov...?

Aquel año pasaba de todo. Los guerrilleros se encontraban a veces con un ex policía, o, lo que es peor, con un desertor, un traidor. Es cierto que el novio había prometido enseñar algo. Pero la palabra “enseñar” tiene muchos sentidos. Me acordé de aquel chiquillo cabezota, que se comportaba de manera muy importuna y decía tonterías. Por su culpa me vi obligado a desmontar todo el grupo. ¿Por casualidad no querría vengarse?

Justo acabé de pensar en todo esto cuando apareció Misha. Estaba todo mojado. Con la chaqueta y la camisa llenas de suciedad apretaba entre sus brazos un trozo de resma cubierto de tierra. Parecía de resma, pero a lo mejor no lo era. El bulto estaba cubierto de pez y otras manchas amarillas y grises. La cosa tenía el tamaño de una cabeza de cordero.

Misha lo colocó sobre el mantel de bodas. Sus ojos relucían.

— Dadme un cuchillo. O no, mejor un hacha...

En seguida me imaginé de qué se trataba. Kúrochka y Korotkov tenían una sonrisa de oreja a oreja... Comprendí lo que pasaba: en este bulto cubierto de resma y pez se escondían mis documentos. Sin embargo con Iván Simonenko los habíamos envuelto en una careta antigás, no los habíamos cubierto de resma... Estábamos convencidos de que tendríamos que luchar un mes o como mucho dos. En tres años, seguro que la máscara en tierra húmeda se hubiera podrido... Se deshizo la boda. Todos se dedicaron al misterioso paquete. La novia trajo una palangana:

— Métanlo aquí, lo calentaremos en la estufa!

Pero me pareció una cosa peligrosa. No vaya a ser que se queme todo. Incluso si se funde la resma entonces puede ensuciar todos los papeles...

Todo eso me producía alegría y tristeza. Posiblemente sea el episodio más feliz de mi vida. Yo, como todos, me ensucié de arriba abajo. Mi nuevo uniforme de general se llenó de manchas oscuras y grasientas. No me acuerdo a quién se le ocurrió primero la idea:

— ¡Calentad los cuchillos! ¡Hay que cortar eso con cuchillos calientes!

Y así fue, con este procedimiento llegamos hasta la máscara antigás, descubrimos mi tesoro y aparecieron todos los documentos: los míos y los de Simonenko. Apareció mi primera orden de Lenin...

De pronto Misha confesó:

— Se enfade usted o no, Alexéi Fiódorovich, pero me puse su orden, me miré en el espejo...

...Todo se salvé, todos mis documentos estaban enteros. Hasta mi primer carnet del Partido. También me acuerdo de que Misha nos contó cómo junto con los demás jóvenes ordenados por los soldados alemanes, cuando cavaban en el huerto en busca de las armas enterradas, se encontró con la máscara y la escondió bajo el pie, lo demás ya estaba claro: se las ingenió para que no lo vieran, lo cubrió con resma y pez y lo escondió... Y el caso es que si le hubieran cogido, no se hubiera salvado de la muerte.

Besé de la emoción a Misha, besé a su novia, no cabía en mi de la alegría.

¿Qué vino después? Pues me metí por los bolsillos los documentos y al instante di la orden de volver. Los recién casados se enfadaron. Me iba de la boda. No estuvo bien, pero, ¿qué podía hacer yo? Ni siquiera me enteré de la suerte de Misha en esos años, tampoco de la de la novia, cómo pasaron estos tiempos de guerra... Seguramente, los chicos pensaron: vaya general más poco agradecido, no quiere festejar la boda con nosotros.

Nos esperaba el coche, de allí el autocarril... Teníamos que volver cuanto antes a Chernígov, meternos en el avión y volver a Kíev. Me acuerdo también que cuando me despedí besé a todos los que estaban cerca de mí. Besé a Matriona Ivánovna, que lloraba enfadada porque no nos quedábamos con ella un rato... En Málaia Dévitsa nos esperaba Dneprovski. También él había encontrado su carnet del Partido. Y también en aquella aldea se celebraba una boda... Era un tiempo asombroso aquel: en todas partes los jóvenes se casaban.

A Kíev llegué alegre y triste. Todo apareció, todos los documentos. ¡Fue una lástima, sin embargo, no poder charlar un rato con los chicos, la anciana! Después de colocarme mi primera orden de Lenin algo ennegrecida por el tiempo, me

dirigía a informar a Demián Serguéievich Korótchenko y le presenté mi viejo carnet del Partido. Lo examinó con atención.

— ¿Ha pagado sus cuotas todo este tiempo? —me dijo casi en broma. Sin embargo, yo podía contestarle con toda la seriedad:

— Se puede comprobar. Se guarda en los documentos del comité de la unidad.

Me supo muy mal tener que cambiar aquel carnet por otro nuevo. Pero esa fue la decisión del Partido. Ahora lo he cambiado de nuevo. Pero los años de militancia están ahí, porque mi pertenencia al Partido fue constante.

* * *

Pero ya es hora de volver a aquel lejano pasado.

Nos preparábamos con ahínco para la futura reunión del distrito; el mayor número posible de compañeros recorría las aldeas para avisar a los comunistas. De regreso al caserío, nuestros enlaces nos contaban con detalle todo lo que habían visto y oído. El distrito, evidentemente, estaba alborotado, el pueblo no se doblegaba a los invasores. Nos alegré sobre todo un suceso ocurrido en la cabeza de distrito, en el pueblo de Málaia Dévitsa. Nos lo conté Kulkó, a quien habíamos enviado para que notificara la reunión a los comunistas.

La cosa fue así. Kulkó estaba en casa de un camarada, ajustador de máquinas y tractores, cuando llamaron a la puerta de la casa y entraron dos mozos forasteros con brazaletes en las mangas y empuñando sendas pistolas ametralladoras. Los mozos ordenaron al dueño de la casa y a Kulkó que

acudieran inmediatamente a la plaza del teatro, donde se celebraba una reunión para “elegir” al burgomaestre y a los stárostas de las comunidades.

No tuvieron más remedio que ir. ¿Cómo iban a negarse con los policías encima?

En la plaza se habían congregado unos trescientos hombres.

Kulkó estaba en las últimas filas. Se acercó un coche y salió de él un coronel alemán, seguido de su ayudante. Subieron a la tribuna y por señas llamaron a la profesora de alemán y a tres rusos. En uno de ellos, Kulkó reconoció a un ex funcionario del Comité Ejecutivo del Soviet del distrito.

El coronel, sin mirar al público, masculló con voz monótona e indiferente algo parecido a un discurso. Al principio habló de la gran Alemania, del nuevo orden, de que el bolchevismo y el marxismo estaban liquidados; en su discurso hubo también ciertas promesas y, al terminar, enumeré las candidaturas de los stárostas, del burgomaestre y del jefe de policía del distrito, designados por el comandante.

La multitud escuchaba en silencio y con aire impasible. De pronto el ajustador dio un codazo a Kulkó. Los vecinos de al lado también se avisaban de la misma manera. La multitud se animé, oyéronse murmullos, después una risa, otra y, por fin, alguien gritó en voz alta y con entusiasmo: “¡Eso sí que está bien!

Detrás de la tribuna, entre dos árboles, como bandera de un barco, se alzaba un gran retrato do Lenin.

Los que estaban en la tribuna tardaron unos cinco minutos en comprender lo que ocurría. El oficial alemán contemplaba a hurtadillas a la multitud, después se puso a mirar a los lados y, por último, se volvió; le imitaron todos los que se hallaban junto a él. La muchedumbre aprovechó el momento y una voz juvenil gritó:

— ¡Viva Ucrania soviética! ¡Viva nuestro Poder soviético!

Varias voces corearon con bastante vigor:

— ¡Hurra!

Los soldados alemanes, que montaban la guardia al lado del coche, comenzaron a disparar sus automáticos. Pero la gente rompió la cadena de los policías y se dispersó rápidamente. Al lado de Kulkó corría el joven que había lanzado el primer grito. Kulkó le preguntó:

— ¿Quién ha sido? ¿Quién ha levantado el retrato?

El muchacho miró fijamente a Kulkó, y por lo visto le pareció de confianza, pues respondió:

—Los pioneros. ¡Buena nos va a caer ahora! —y torció por una esquina de la calle.

Kulkó no esperó, naturalmente, a que le detuvieran. Se escondió en la bodega de la casa del ajustador, y por la noche desapareció de la aldea. Debo señalar que Kulkó estaba desconocido: trabajaba con entusiasmo. Me enteré de que, desde aquel día en que nos encontramos, no había vuelto más por casa.

— Volveríamos a reñir. Más vale que no vaya. Encárgueme, Alexéi Fiódorovich, algo difícil para no pensar —me pidió.

Atendimos gustosos su ruego y lo enviamos a Yáblunovka para que estableciera contacto.

A la casa de Evdokía Fiódorivna no venían sólo comunistas y komsomoles, sino gente sin partido. No recuerdo ahora a todos, pero un hombre se me ha quedado grabado en la memoria. Me dijo que era agrónomo de un sovjós, y que había venido porque a sus oídos llegó la noticia de que en nosotros podría encontrar apoyo moral y orientación. Eso, más o menos, fue lo que me dijo.

Debo advertir que no tratábamos de evitar a los visitantes. El caserío estaba rodeado de pantanos y a él sólo se podía llegar por un camino que se divisaba desde lejos. Si algún destacamento de policías o de alemanes aparecía por allí, podíamos verlo desde lejos y tomar medidas a tiempo. Y si por el camino no iba más que un hombre y sin armas además, no era cosa de temerle.

El agrónomo llamó a la puerta, aunque no estaba cerrada y pidió que alguien saliera para hablar con él. Salí yo. Me tendió la mano.

— Salud, camarada Fiódorov —me dijo.

Me fastidié un poco que me hubieran reconocido otra vez. Pero disimulé.

— ¿De qué se trata? —pregunté.

— He venido —me respondió— a pedirle consejo y, a su vez, a aconsejarle algo. ¿Me permite hablarle con sinceridad?

— Haga el favor.

Y comenzó el hombre a decir tales tonterías, que me pregunté si estaría en su sano juicio. La conversación duró bastante. Sentados en los peldaños de la terracilla fumábamos, y el hombre "sincero" me exponía su punto de vista sobre la situación.

Sus razonamientos eran los siguientes: él, según afirmaba, era un hombre plenamente soviético, convencido del triunfo sobre Alemania; comprendía que la ocupación era un fenómeno temporal e incluso breve. Me dijo que estaba enterado de que los comunistas agrupaban las fuerzas de la resistencia para atacar la retaguardia alemana, y que él venía a exponernos su "sincero" punto de vista:

— ¿Para qué sublevar a la gente, camarada secretario del Comité Regional? ¿Para qué azuzar contra la población

inerme a la máquina militar alemana? Esto nos conducirá a un superfluo derramamiento de sangre. Los alemanes se limitan ahora a saquearnos, pero si comenzamos a resistir, nos exterminarán.

— Es completamente cierto, eso es lo que harán.

— Pero ni yo ni mis hijos queremos que nos maten.

— Pues luchad, id con los guerrilleros, y responded a cada disparo con cinco.

— No, camarada Fiódorov, no estoy de acuerdo. Llegará un tiempo en que el Ejército Rojo quebrantará la máquina alemana. Esto es inevitable. Pero, ¿qué podemos hacer nosotros, con nuestras exiguas fuerzas? ... Es un suicidio. Un hombre como usted nos hará falta también después de la guerra. Usted se quiere lanzar sobre los tanques alemanes con las manos vacías y arrastrar consigo bajo sus orugas lo que tenemos de más valiente, de más audaz, lo más honrado y sano. Precisamente porque no soy cobarde me atrevo a hablarle con tanta franqueza. ¡Recapacite! Le ruego que explique a los comunistas de la región....

No pude contenerme y metí la mano en el bolsillo, palpando mi pistola. El hombre “sincero” notó este movimiento, palideció y se encogió de hombros.

— No soy un traidor —dijo—. No tiene motivos para disparar contra mí.

Entonces saqué un poco la pistola del bolsillo.

— Tal vez será mejor que me vaya —resolvió el hombre “sincero”—. Usted, por lo visto, no puede comprenderme. Sin embargo, recapacite sobre mis palabras.

De este modo terminó aquella conversación. El agrónomo se fue. Más tarde me interesé por él. “Es un hombre inofensivo —me dijeron—. Trató de evacuarse con la familia, pero se

quedó rezagado en el camino, como les ocurrió a muchos". Tipos "inofensivos", como aquél al principio consiguieron cierto éxito en su propaganda. Había que oponerles nuestra influencia comunista.

Faltaban pocos días para la reunión. Los activistas andaban diseminados por las aldeas, cumpliendo diferentes trabajos relacionados con los preparativos de la reunión. Nuestro grupo del Comité Regional comenzó de nuevo a visitar aldeas y pueblos recogiendo información. Además, era hora ya de cambiar de residencia. La aparición de los propagandistas de la no resistencia al mal, auguraba, tal vez, la llegada de los alemanes.

Vasia Zubkó y Mijaíl Zínchenko — jefe del Estado Mayor del destacamento de Málaia Dévitsa— se dirigieron a la aldea de Buda, donde pensábamos celebrar la reunión; Nadia Beliávskaia y yo nos detuvimos en la aldea de Grábovo, para preparar un proyecto de orden del día; Dneprovski y Plevako salieron en dirección a Lísovie Soróchintsi. Dneprovski conocía bien a Bodkó, quería verle e invitarle, de paso, a la reunión.

* * *

Dneprovski nos trajo una noticia terrible: habían matado a Bodkó.

El 25 de octubre llegó a Lísovie Soróchintsi un coche de turismo. En la casa de Bodkó se presentaron el stárosta, dos SS y dos policías. Ordenaron a la mujer y al resto de la familia que abandonaran la casa. Un minuto después sonaron varios tiros. Los alemanes y el stárosta regresaron al coche y el policía arrojó el cadáver del presidente del koljós a la huerta, prohibiendo enterrarlo. Los verdugos se fueron sin reunir

a la gente ni explicarle nada. Los alemanes habían dejado a tres enormes y fieros perros que se lanzaban sobre todo aquel que intentaba acercarse al cuerpo de Bodkó.

¡Así procedían!

¡El cuerpo del hombre que había servido a su pueblo de verdad y honradamente, entregándole todas sus fuerzas, yacía abandonado, y unos perros traídos de Alemania no permitían que se le acercaran los deudos!

Dneprovski me lo conté con la misma brevedad que lo relato yo aquí. No vi una lágrima en sus ojos. Únicamente parecía más silencioso que de costumbre. Conocía a Bodkó desde la juventud y era amigo suyo.

También yo tardé algún tiempo en poder hablar. La dueña de la casa se echó sobre la cama y rompió en sollozos.

— ¡Qué desgracia, qué desgracia! — gemía—. ¡Es horrible lo que hacen esos verdugos! ¡Matar a un hombre tan bueno!

Apesadumbrado, salí a la calle: me asfixiaba en la casa. Me acordé del kulak de Kostromá, del baptista. ¿No sería aquello obra suya?

Dneprovski salió detrás de mí. Durante un cierto tiempo permaneció callado. Después, sin mirarme, comenzó su relato con voz sorda y monótona. En realidad no era un relato, parecía que pensaba en voz alta.

— Era un hombre especial. En el mundo, ni en el extranjero ni en la Rusia de antes, jamás ha habido gente así. Durante la guerra civil fue guerrillero. Pero bueno, eso no tiene importancia. No es ninguna cosa excepcional. Muchos fueron guerrilleros... Después nos acostumbramos a fijarnos sólo en los camaradas más instruidos, que seguían destacándose. Bodkó pertenecía a otra categoría. Era de esos que permanecen en el mismo lugar que los colocó la revolución, trabajando en

la aldea y en el distrito; es decir, en un plano reducido, y aun así, en puestos de segundo y de tercer orden...

Interrumpí a Dneprovski.

— Tú que le conocías bien, dime, ¿por qué le expulsaron del Partido?

— Espere, Alexéi Fiódorovich. También yo he pensado en eso y ya llegaremos a ello... Pues bien, en puestos de segundo y de tercer orden. Es decir, nunca en un primer plano, ni de segundo secretario de distrito, sino de encargado de la economía comunal, o presidente de tribunal, o bien, en tiempos anteriores, de presidente del Comité de Campesinos Pobres o de la sección de seguro social. ¡Y cuántos hombres así tenemos de presidentes de koljoses, Alexéi Fiódorovich! Hombres sin instrucción, por decirlo así, pero no sin conocimientos. Los hombres como Bodkó son profundos y saben mucho. ¡Cuánto no habrá pensado, cuántos conocimientos diversos y cuánta experiencia no tendría! Era, claro está, un agricultor de vanguardia, y por lo que se refiere al régimen soviético, a sus leyes y costumbres, puede usted estar seguro de que Bodkó había estudiado y conocía tan bien el espíritu de ese régimen nuestro, nuevo, que nadie hubiera podido hacerle flaquear. No, ningún profesor... Cuando la revolución, Bodkó era un niño campesino, analfabeto; la revolución y el Partido le hicieron hombre. Y para él no había nada más preciado que el Partido, es decir, la causa del Partido, el espíritu constructor y creador de nuestro Partido. Durante muchos años fue presidente del koljós... Y hoy, Alexéi Fiódorovich, cuando regresaba de la casa donde Bodkó ha vivido y trabajado y en donde le han matado, pensaba que ser presidente de koljós no es un cargo cualquiera. Es un nuevo tipo de hombre público, jamás visto en la historia; un hombre que el genio del Partido Comunista ha hecho nacer del seno del pueblo. Pero esto son consideraciones generales. Hablo así, tal vez, porque han matado a mi amigo. Le confieso que an-

tes de la guerra, creía que hombres como él no valían gran cosa. Pero comprendo ahora que ellos son el apoyo a la base de todo nuestro régimen soviético.

No aseguro que éstas fueran las palabras exactas empleadas por Dneprovski. He intentado reflejar lo más fielmente posible sus pensamientos y su estado de ánimo. Escuchándole recordé mis conversaciones y entrevistas con Bodkó. ¡Era, en efecto, un hombre de gran personalidad y muy bondadoso! Me imaginé en su puesto. El doble juego que se había visto obligado a llevar: ser stárosta, pero comunista en el fondo; y soportar a todos los canallas que iban a verle, creyéndole uno de los suyos. ¡Oh, no! Yo no hubiera sido capaz de resistirlo, habría estallado con toda seguridad...

Dneprovski siguió hablando.

— Poco antes de la ocupación, me ocurrió lo siguiente. Fui enviado a trabajar a la Dirección Política del Ejército. Como no hacíamos más que andar, y además por pantanos, tuve un terrible ataque de reuma. La Dirección Política del Ejército estaba instalada en Priluki, pero no había hospitales cerca. Como los médicos me aconsejaron que fuera a un koljós, me condujeron a Lísovie Soróchintsi y allí me encontré, después de muchos años de separación, con Bodkó. Me llevó, naturalmente, a su casa. También yo soy de Málaia Dévitsa. Habíamos ingresado juntos, casi en la misma fecha, en el Partido... Sólo al cuarto día de vivir en su casa me dijo que lo habían expulsado del Partido. Usted que le conoce, tal vez no me crea, pero le juro que me lo conté llorando a lágrima viva: "¿Qué voy a hacer, Pável? —me decía—. No puedo vivir sin el Partido. Lenin, con su palabra, me llevó a la causa del pueblo. Seguí al Partido por el camino koljosiano. Y ahora ¡de cuántas cosas me acusan! ... Soy culpable, no lo discuto, como comunista no trato de eludir mi responsabilidad. Bueno es que me castiguen, pero sin el Partido no puedo vivir". Yo le respondí que si se trataba de un error, lo volverían a admi-

tir, pero que se precisaba tiempo para investigar el asunto. “Pero, ¿qué se va a investigar ahora, Pável? Los alemanes nos atacan, los enemigos están ya encima, ¡y yo fuera del Partido! ¿Qué hacer? No me dejan incorporarme al Ejército Rojo, quiero ir de guerrillero y tampoco me dejan; el Soviet del distrito no me permite abandonar el koljós. Me presenté al Comité de Distrito y Priadkó me dijo: “Espera, no pierdas la confianza, tu asunto ha pasado al Comité Regional”. Fui a Chernígov para hablar con Fiódorov, pero estaban bombardeando los alemanes, y él estaba ocupado en evacuar las fábricas y los bienes del Estado. ¡No era momento oportuno para resolver mi asunto! ¡Ay, Pável, qué duro es estar fuera del Partido! ...”

En aquel momento interrumpí a Dneprovski.

— Bodkó me dijo que había aceptado el puesto de stárosta por indicación del Comité de Distrito.

— Claro, Bodkó fue al Comité de Distrito. No podía considerarse sin partido. Le habían retirado el carnet temporalmente. ¿Dónde puede ir un comunista cuando se siente apesadumbrado? ¡A ver a sus camaradas, naturalmente!

Después de reflexionar un momento, dije a Dneprovski:

— Sí. Es indudable que era miembro del Partido... Su expulsión no está justificada... En el Comité Regional su asunto no llegó a mis manos. No recuerdo...

Sin embargo, recordé cómo, durante un bombardeo, se me acercó en el pasillo del Comité Regional un hombre, preguntándome sobre una solicitud que había presentado. Tenía un apellido corto y también ucraniano. ¿No sería Bodkó?

— Camarada Dneprovski, el 25 de octubre, en Lísovie Soróchintsi fue asesinado un comunista, un miembro del Partido bolchevique. ¡Bodkó figurará como un héroe en las listas de nuestra organización de Chernígov!

Y al hablar así quise que mis palabras sonaran lo más solemnemente posible.

Al principio, planeábamos celebrar la reunión de los comunistas del distrito en casa de la maestra Zina Kavinskaja, komsomol de la aldea de Buda. Pero Vasia Zubkó, que había ido allí de exploración, nos contó al regresar que el hijito de la maestra estaba enfermo de escarlatina. Kavinskaia, a pesar de la enfermedad de su hijo, salió a buscar otra casa en la aldea para celebrar la reunión, pero volvió toda alarmada: se habían presentado en Buda unos forasteros, preguntando por ella: por lo visto, estaban encargados de vigilarla.

— He comprobado personalmente sus palabras —dijo Vasia—. Al principio pensé que Kavínskaia se había asustado. Pero no, en efecto hay unos forasteros en la aldea, unos tipejos de largas narices que husmean por todas partes. Uno, incluso, se me acercó en la calle. Era un hombre de unos cuarenta y cinco años, de aspecto repulsivo, con aire de sacristán retirado. Tiene una vocecilla atiplada y lleva una pequeña barbita.

— ¿Baptista? —pregunté yo involuntariamente.

— ¿Qué es eso de baptista, Alexéi Fiódorovich?

— Un buen explorador, Vasia, debe .estar al tanto de las cuestiones religiosas. Que sea baptista es lo de menos, lo importante es saber si se trata dei tipo que yo pienso. ¿Qué hace allí?

— Se me acercó ala salida de la aldea y me preguntó: “¿A dónde se encamina, patrón?”

— ¿Te llamó “patrón”?

— Así me dijo.

— ¡Ay, Vasia, Vasia! Es el mismo kulak de Kostromá. Es indudable; él es quien mandó a los alemanes a la casa de Bodkó. ¿Qué respondiste tú? ¿Estaba solo?

— Estaba solo, pero hay dos más, muy parecidos a él, que también andan por la aldea. Al parecer no se conocen, pero hasta las mujeres dicen que se trata de la misma banda. Los alemanes están a punto de llegar para organizar su poder y han enviado a ésos para preparar a la gente y averiguar si hay guerrilleros por los alrededores. Tienen miedo.

Sentía unes deseos tan vehementes de echar mano a aquel traidor, que estuve a punto de proponer a Dneprovski, Plevako y Zubkó que fuéramos a Buda, nos apoderásemos del traidor y lo liquidáramos. Afortunadamente me contuve.

Cuesta trabajo ser precavido. A mí me era entonces muy difícil serlo. ¡Saber que a unos kilómetros se paseaba impunemente el hombre culpable del asesinato de Bodkó y no hacer nada! ... Pensé muchas cosas, hice muchos planes, pero al fin decidí que en nuestra situación no podíamos dedicarnos a la caza de aquel tipo, no teníamos derecho a poner en peligro la reunión proyectada ni a descubrirnos.

— Por ahora, nada tenemos que hacer en Buda —dije suspirando profundamente—, la reunión la celebraremos en Peliujovka.

Pero también en Peliujovka nuestros exploradores descubrieron gente sospechosa. De nuevo tuvimos que cambiar de lugar: el mismo día de la reunión, el 29 de octubre, varios camaradas (había entre ellos komsomoles, pioneros y también una viejecita decrépita) se apostaron en los caminos que conducían a Peliujovka. Se les dio una contraseña. A los que respondían del modo convenido, nuestros centinelas decían:

— No vayáis a Peliujovka. A las once de la noche en la administración forestal de Kámenka.

* * *

Era la primera vez que el Comité Regional clandestino convocaba una reunión de comunistas tan amplia. Claro que era por ahora a nivel de distrito, pero concedíamos una gran importancia a la primera reunión, que debía ser una prueba de nuestras fuerzas de organización y de la cohesión de las filas bolcheviques.

Llovía. Aunque el otoño estaba muy avanzado, la lluvia era fuerte y llevaba cayendo ya varios días seguidos. La tierra estaba toda empapada y los caminos convertidos en un barrizal. La cazadora de burda lana, de confección doméstica, que yo llevaba puesta, no se me secaba ni a tiros. Pesaba, sin exageración, más de veinticinco kilos. A veces me la quitaba, y al retorcerla chorreaba como una esponja.

Hablo de la cazadora, porque a todos les pasaba lo mismo. Teníamos tanto frío, que ni siquiera en las casas podíamos entrar en calor. Había escrito con un lápiz tinta el guión para la reunión y lo llevaba escondido lo más ocultamente posible, pegado casi a la piel. Tenía que recorrer unos cinco kilómetros, pero el papel se me mojé por completo y las letras quedaron marcadas en mi pecho.

Muchos camaradas tenían que venir desde los confines lejanos del distrito, distantes unos treinta kilómetros. Todos llegaron a pie y la mayoría solos. Aquellos días había menos probabilidades de tropezar con los alemanes que después, pero el miedo era mayor. Hacía poco que el frente pasaba por aquí.

El guardabosque tal vez fuera una buena persona; pero nosotros no podíamos prevenirle de antemano. Cuando oscureció, varios compañeros llamaron en su casa y le pidieron que abriera la oficina.

Vasia Zubkó fue el encargado de hablar con el guardabosque y de preparar la “sala de sesiones”. Convenció rápidamente al hombre. Zubkó encontró dos quinqués y los puso encima de a mesa; pidió al guarda unas mantas y, con ellas y varias hojas de contrachapado que encontró, tapé cuidadosamente las ventanas para que no se filtrase la luz.

La casa de la administración forestal era nueva, de claras paredes de madera; los muebles: una mesa y un banco, de confección artesana, aún no manchados de tinta. Metimos unos cuantos bancos que había fuera, sin preocuparnos siquiera de secarlos.

La lluvia caía sin cesar, golpeando monótonamente los cristales y el tejado. La gente iba reuniéndose poco a poco. Recuerdo que estuve bastante tiempo en la casa sin conseguir calentarme lo más mínimo. Volví a salir: ya no le tenía miedo a la lluvia; la ropa no podía empapárseme más de lo que estaba. La oscuridad del bosque era tan impenetrable que los árboles se adivinaban solamente por el ligero crujido de las pequeñas ramas. ¿Cómo encontraban los camaradas esta casa, cómo se guiaban para llegar a ella? A cada instante se oía chapotear en el barro y el agua, y ahogadas maldiciones.

Gritábamos en medio de la oscuridad.

— ¡Por aquí, por aquí, camarada! Oriéntate por mi voz.

El guardabosque —hombre de barba negra y edad indefinida— obedecía con indiferencia lo que le ordenaba Vasia Zubkó. Iba de su casa a la oficina, buscaba en el jardín (al lado de la oficina había un jardín), tanteando los bancos en la oscuridad. No preguntaba nada, ni nadie le explicaba nada.

Por fin, en la habitación se reunieron unas cincuenta personas. Tomamos asiento. Los miembros del Comité Regional y de los Comités de Distrito ocuparon sus sitios ante la mesa. El guarda forestal de pie, apoyado en el quicio de la puerta,

parecía dormitar. “Sería conveniente —pensé— alejarle de aquí”.

Alcé la mano reclamando silencio, aunque tan sólo se percibía un leve susurro.

— Camaradas, permitidme que declare abierta la reunión de comunistas del distrito de Málaia Dévitsa.

Miré hacia la puerta: el guarda había desaparecido. Magnífico. No había terminado aún las primeras palabras, cuando de pronto se abrió la puerta y entró el guardabosque llevando en la mano un blanco y largo envoltorio, y se dirigió hacia la mesa presidencial... Colocándose detrás, desenvolvió a la vista de todos el paquete. Eran retratos de los dirigentes del Partido. El guardabosque, aprovechando que yo me hubiera levantado, encaramóse sobre mi silla y colocó los retratos en la pared. En el mismo lugar probablemente donde estaban antes de la ocupación alemana.

— ¡Gracias, camarada! —dije yo estrechándole la mano—. ¡Gracias en nombre de todos!

— No hay de qué.

— ¿Es usted comunista?

— ¡Me iré en seguida! No les estorbaré. Diré a mi mujer que prepare té caliente para la presidencia por lo menos, pues no tenemos cacharros para todos —dijo como disculpándose.

Volvió a salir arrimado a la pared y desapareció tras de la puerta.

Pocos días antes, los pioneros de Málaia Dévitsa habían alzado sobre el pueblo, como una bandera, un retrato de Lenin, y ahora, un simple guardabosque que no era miembro del Partido, traía los retratos de los dirigentes del Partido y del Gobierno guardados por él. ¿No demuestra esto la entra-

ñable abnegación del pueblo por las ideas comunistas y el Poder soviético?

Más tarde supimos que en cada aldea, en casi todas las casas se guardaban los retratos de nuestros dirigentes. Tan pronto ocupaban los guerrilleros alguna localidad, la gente empezaba a sacar de los escondrijos los retratos colocándolos en los Sitios más visibles. No sólo se escondían los retratos, sino también banderas rojas, carteles y transparentes. Todo lo relacionado con el Poder soviético se conservaba cuidadosamente por el pueblo.

Cuando el guarda se fue, leí la directiva del Comité Regional, la orden del Estado Mayor Regional del movimiento guerrillero, que habíamos escrito la noche anterior en la aldea de Grábovo. Esta orden se ha conservado. Hela aquí:

orden Nº1
DEL ESTADO MAYOR REGIONAL
DE DIRECCION DEL MOVIMIENTO GUERRILLERO
DE LA REGION DE CHERNIGOV
31 de octubre de 1941

El ejército de bandidos del fascismo alemán que ha irrumpido en el territorio de nuestra sagrada tierra soviética y ha ocupado el territorio de nuestra región natal, con ayuda de la vendida canalla nacionalista, lleva a cabo una política de terror contra nuestro pueblo: fusilamientos, violencias y saqueos.

1. El 25 de octubre de 1941, en la aldea de Lísovie Soróchintsi, los agentes de la Gestapo y policías reclutados entre los kulaks de la localidad dieron muerte a Egor Evtujóvich Bodkó, presidente de koljós, patriota soviético, fiel hijo del pueblo.

2. En octubre de 1941, los agentes de la Gestapo sometieron en Ichnia a increíble tormento y feroz escarnio al camarada Tsarenko, ex guerrillero dos veces condecorado.

3. En la aldea de Zaudaika, la policía, organizada a base de kulaks, asesinó el 14 de octubre a un soldado rojo que se ocultaba de los invasores alemanes para no caer prisionero.

4. En octubre de 1941, acusados de no haber querido delatar a los guerrilleros, fueron salvajemente asesinados varios funcionarios de los Soviets de la ciudad de Priluki.

5. Con el pretexto de que está prohibido trabajar los domingos y fiestas religiosas, los alemanes y sus agentes asesinan a los mejores representantes del pueblo soviético.

6. Los comandantes alemanes exigen que los comunistas y komsomoles comparezcan para ser registrados, a fin de poder exterminarlos después.

El Estado Mayor del movimiento guerrillero de la región de Chernígov nombra a los siguientes camaradas para dirigir el movimiento guerrillero en el distrito de Málaia Dévitsa: jefe de destacamento, D. Strashenko; comisario, camarada Priadkó; jefe de Estado Mayor, M. Zínchenko, y ordena:

1. Crear un destacamento guerrillero único en el distrito con comunistas, komsomoles, activistas de los Soviets, koljosianos e intelectuales.

2. Misión del destacamento: inutilizar inmediatamente el ferrocarril Priluki — Nezhin, para lo cual será volado el puente entre las estaciones Galka —Priluki. Destruir trenes, autos y depósitos alemanes. Desplegar una amplia lucha contra los invasores fascistas.

3. Para perseguir y castigar a los traidores a la Patria, se nombra una comisión extraordinaria compuesta por Strashenko, Priadkó y Zínchenko.

4. Aprobar los grupos creados para la liquidación de los traidores a la Patria al servicio de los fascistas alemanes. Del 3 al 10 de noviembre deben ser ajusticiados en el distrito los siguientes traidores a la Patria:

a) el stárosta Néimesh y su ayudante Lisenko;

b) el stárosta y terrateniente Domantóvich, de Lísovie Soróchintsi;

c) el stárosta de la aldea de Riédkovka.

5. Para el trabajo político cotidiano de masas entre la población del distrito, quedarán en cada aldea un comunista y dos komsomoles, utilizando para ello el activo koljosiano y del Soviet que haya quedado en el lugar.

6. Una vez cumplidas estas tareas, todo el destacamento deberá reunirse el 11 de noviembre en el lugar señalado para desplazarse según el itinerario que se indique.

7. La presente orden debe ser comunicada a todos los jefes, comisarios, combatientes del destacamento, grupos, comunistas y komsomoles.

8. El camarada Pavlovski queda encargado de comprobar el cumplimiento de esta orden.

El Jefe del Estado Mayor Regional de dirección del
movimiento guerrillero de la región de Chernígov
FIODOR ORLOV

Una orden es una orden. No se discute. Se acepta para cumplirla. Pero la reunión prosiguió. Teníamos cosas de que tratar, naturalmente. ¡Por fin estaban reunidos los comunistas del distrito! Habían hecho la prueba de vivir y trabajar por separado algún tiempo, pero todos reconocían ahora que la táctica seguida por la dirección del distrito era equivocada.

- Si nos rodean, aunque sea en este momento, aquí, en la casa forestal —dijo el joven Ilchenko, conductor de una segadora-trilladora— podremos abrirnos paso todos juntos. Qué hace uno solo, como Bodkó...

Afuera seguía lloviendo. De pronto, a través del ruido de la lluvia, percibí un sonido extraño, como si alguien se moviera al lado de la ventana. Todos nos pusimos en guardia; yo pensé en seguida en el “baptista”.

— ¡Ve a ver! —dije al orador.

Este sacó la pistola que llevaba escondida en el pecho y salió corriendo.

Un minuto más tarde oímos el siguiente diálogo.

— Pero tonto, ¿qué haces aquí? Podía haberte matado —hablaba Ilchenko, el conductor de la segadora-trilladora.

- No quise más que escuchar. Por el camino no hay nadie.

Era uno de los centinelas que montaban la guardia alrededor de la casa, que no había podido resistir la soledad, ni los deseos de escuchar y había abandonado su puesto.

Este caso del centinela nos sirvió de motivo para hablar de la disciplina.

No recuerdo bien todos los detalles de aquella reunión. Sé que fue bulliciosa y desordenada. Unos a otros se interrumpían frecuentemente, todos ansiaban exponer lo que llevaban dentro. Era la primera vez que nos reuníamos en gran número durante los meses de ocupación, y la gente tenía tantos problemas, observaciones, ideas y sentimientos que exponer, que la reunión —más justo sería calificarla de conversación entre camaradas— duró toda la noche. El guardabosque nos trajo un cubo de agua hirviendo; los que más frío tenían, recibieron un jarrito de agua bien caliente.

Entre otras cosas, descubrimos que no había entre nosotros militares profesionales, y oficiales de la reserva del ejército había solamente tres. Los restantes eran personas de profesiones agrícolas; tractoristas, conductores de segadoras-trilladoras, jefes de brigadas agrícolas, criadores de ganado, mozos de cuadra, secretarios y presidentes de los Soviets rurales y, naturalmente, presidentes de koljoses. Aunque la mayoría todos los años pasaban por una breve instrucción militar, no todos sabían manejar bien ni siquiera el fusil.

— Tendremos que aprender y no perder de vista que utilizaremos fundamentalmente las armas que tomemos al enemigo.

Alguien planteó la siguiente cuestión.

— Las autoridades alemanas han hecho un censo de todos los especialistas. Seguramente, quieren utilizar en su aparato a los agrónomos, mecánicos y economistas; a muchos, los obligarán por la fuerza. ¿Qué actitud debemos adoptar?

Este tema interesó vivamente a todos, se expusieron diversas opiniones. Poco después el asunto se planteaba con mayor amplitud; los camaradas hablaron de la vida de la población soviética, de la política que seguían los invasores, etc.

Los alemanes, claro está, tratarían de penetrar en todos los aspectos de la vida del pueblo, intentarían crear un aparato para saquear todos los bienes del país, aparte de lo que robaban. Pero, al mismo tiempo, procurarían convencer, envenenar por todos los medios la conciencia del pueblo. Los comunistas teníamos que actuar en la clandestinidad. Pero los alemanes se habían apoderado solamente del territorio; no pudieron hacerse dueños del alma del pueblo, de sus convicciones, de su dignidad y de su conciencia nacional. Lo mismo que antes, el pueblo nos creía a nosotros, a los comunistas, nos seguía y esperaba nuestras palabras. Los guerrilleros

eran nuestro ejército clandestino, un ejército en la retaguardia del enemigo. Los comunistas que habían quedado en el territorio ocupado por los alemanes no podían limitarse a la lucha guerrillera. Estábamos obligados a verlo y saberlo todo. Nuestra gente debía encontrarse en todas partes. Para combatir con éxito al enemigo, hay que conocer bien sus armas.

En tiempo de paz el Comité Regional, el de Distrito, las organizaciones de base de los comunistas estaban estrechamente ligadas al pueblo, dirigían todos los sectores de la edificación socialista. Bajo la ocupación alemana, los comunistas debíamos conocer también todo lo que sucedía en el territorio donde actuábamos. Sólo así podríamos organizar en todas partes la resistencia a las órdenes alemanas, y la agitación y la propaganda enemiga. Los alemanes tratarían de organizar la producción agrícola e industrial, el transporte, las transmisiones. Entonces es cuando nos harían falta los hombres de esas profesiones civiles. Necesitábamos a todos —médicos, farmacéuticos, agrónomos, tractoristas, mecanógrafas, artistas, mujeres de la limpieza—, a todos invitamos a luchar contra el fascismo y la ideología fascista, contra el llamado “nuevo orden” que querían implantar los alemanes. El sabotaje, los actos de diversión, los golpes de mano serían las armas legales del pueblo que ellos intentaban sojuzgar. Estábamos seguros de que todo hombre verdaderamente soviético se encontraba dispuesto interiormente a luchar. Nosotros, los comunistas, debíamos conseguir que los hombres no sólo quisiesen luchar, sino que pudiesen hacerlo. Teníamos que demostrarles que no estaban solos, que existía una poderosa organización comunista clandestina que llevaba al pueblo hacia su liberación.

Esta primera gran reunión clandestina de los comunistas de la región de Chernígov terminó a las cinco de la madrugada. De pie, cantamos “La Internacional”. Al despedirnos, nos abrazamos, algunos se besaban. Todos sabían que el riesgo

era mortal. Pero no se hablaba del riesgo, ni de la muerte, ni del peligro.

Nuestro grupo del Comité Regional —Dneprovski, Zubkó, Nadia Beliávskaia, Plevako y yo— decidió salir en cuanto amaneciese en busca del destacamento guerrillero de Ichnia.

Nos permitimos descansar un poco antes de que clareara. En la aldea de Peliujovka, la mujer de un combatiente del Ejército Rojo, que vivía sola, nos ofreció su casa. Hacía frío allí, pero por lo menos no había humedad. Nos tumbamos en el suelo y no nos despertamos hasta las nueve de la mañana.

* * *

Y otra vez reanudamos el peregrinaje. Nuestro objetivo era encontrar el destacamento de Ichnia, que era el grupo guerrillero de la región de Chernígov que teníamos más cerca.

El panorama era el siguiente:

Un grupo, constituido por cuatro hombres y una muchacha, caminaba por el enfangado camino otoñal. Su aspecto dejaba mucho que desear. Uno de los hombres, barbudo y corpulento, con un bastón en la mano, calzaba unos enormes zapatones de retorcidas punteras, completamente mojados y ambos del mismo pie. Llevaba una chaqueta de burda lana casera, ceñida por una sufra, los bolsillos abarrotados y voluminosos. Una vieja gorra a la cabeza; llevaba algo metido en el pecho, por lo cual sobresalían encima del vientre unos ángulos agudos... Creo que no hubiese costado trabajo adivinar que llevaba allí bombas de mano. Mas los transeúntes, cosa extraña, no se daban cuenta de ello. Aunque, ¡cualquiera sabe lo que pensaban! El hombre corpulento era yo, Fió-

dorov, en aquel entonces, Fiódor Orlov y Alexéi Kostiria, según mi documentación.

El segundo, era un hombre moreno, alto, bastante grueso, con un abrigo de piel de castor, botas de soldado y gorra encasquetada hasta las cejas. Su aspecto es solemne, grave, diría incluso que severo. Anda a grandes pasos. El hombre alto se detiene al lado de los charcos grandes y profundos y espera al corpulento. Este se le encarama a las espaldas y el alto, sin hablar ni responder a las bromas de su humana carga, pasa al otro lado. Es Pável Vasílevich Dneprovski, alias Vasílchenko.

El tercero, es un hombre joven; viste una vieja chaqueta guateada, pantalones de montar y desteñidas botas de tafilete. Y aunque el pantalón está manchado de barro, la chaqueta presenta varios desgarrones y el rostro hace muchos días que no ve una navaja de afeitar, el joven conserva, no se sabe por qué milagro, un aire elegante y gallardo, como si fuera de paseo. Parece que lleva bajo la chaqueta una guerrera bien cortada de brillantes botones. Como el camino discurre, en su mayor parte, por medio de bosques y zarzales, el joven se adelanta a cada instante, unas veces a la derecha, otras a la izquierda, se encarama a algún altozano, otea la lejanía y vuelve a reunirse de nuevo con el grueso de la comitiva: su misión consiste en comprobar si hay peligro. Este arrogante y astroso mancebo, es nuestro explorador y magnífico camarada Vasia Zubkó.

La mujer lleva una falda oscura de algodón, una chaqueta de cuero y un pañuelito rojo. Las novelas han descrito ya hace mucho tiempo su figura: es una típica activista femenina. Probablemente haya conseguido con gran dificultad este atavío para parecerse más a este tipo de mujer. Es morenucha, de estatura mediana, de unos veintitrés o veinticuatro años, pero por el peinado y por su manera de vestir aparenta más edad. La muchacha considera que la seriedad es el rasgo

fundamental del bolchevique y la preocupación la característica de la seriedad. Lleva en la mano un hatillo blanco, de una blancura impoluta, que parece almidonado. Para todos nosotros es un misterio cómo se las arregla Nadia para conservarlo tan limpio. El contenido del hatillo es asimismo un misterio. La joven guarda celosamente ese secreto, aunque ninguno de sus compañeros de camino trata de descubrirlo. La mujer se aparta frecuentemente con alguno, detrás o delante del grupo y mueve con aire de reproche la cabeza. Probablemente está descontenta de alguno de sus compañeros y explica al otro la razón. Cuando en la carretera divisa a alguien, la mujer de la chaqueta de cuero se adelanta a sus compañeros Y es la primera en enfrentarse con quien sea. Si se trata de alemanes o de gente sospechosa, la mujer se coloca el hatillo en un hombro, avisando a los demás: ¡cuidado! Esta joven es Nadia Beliávskaia, nuestra fiel compañera.

El quinto, en otro tiempo grueso y ahora casi escuálido, es un hombre pelirrojo, de sorprendente buen humor. Está dispuesto a cantar en cualquier momento e invita a los demás a corearle. Bromea continuamente y siempre se mete con alguien. Nadia, por supuesto, no aprueba semejante conducta. El hombre pelirrojo lleva una larga chaqueta gris y botas de soldado: es Pável Lógvinovich Plevako.

Si alguien hubiera observado la marcha de nuestro grupo, hubiese visto cómo después de dar vueltas y rodeos volvía al mismo sitio; los componentes del grupo tan pronto se dispersaban como volvían a reunirse. A veces, cuando veían gente, hablaban con ella mucho tiempo, otras, daban la vuelta y, rápidamente, se ocultaban en el bosque o entre los matorrales. Al entrar en una aldea, antes de llamar en una casa, la examinaban atentamente. Salían de improviso, por la noche. De día se ocultaban en un almiar o entre unas gavillas de heno y dormían.

En una palabra, llevábamos una vida extraña, salvaje, por decirlo así. Nuestra piel se curtió y tostó, en los pies se nos hicieron fuertes callos. En general, aquellas interminables andanzas nos templaron. Nadie se resfriaba, ninguno tomaba gotas ni polvos, ni siquiera estábamos de mal humor. Nos habíamos acostumbrado a dormir en cualquier sitio y levantarnos inmediatamente como si tal cosa.

Vasia Zubkó llevaba ya varios días intentando localizar con ayuda de dos comunistas del distrito de Ichnia al destacamento de guerrilleros. Pero ninguno de ellos pudo comunicarnos nada concreto, aunque habían invertido bastante tiempo en sus pesquisas. Esto me sacaba de quicio: " ¡Vaya unos exploradores que en su propio distrito no pueden averiguar nada! ". Nos aseguraron solamente que el destacamento existía.

Todavía en Chernígov, antes de la ocupación, sabíamos que el destacamento de Ichnia había elegido como campamento inicial el bosque de Ombishi. Decidimos comenzar a buscarlos por este bosque.

En la mañana del 1 de noviembre, nuestro grupo pasó al distrito de Ichnia, e, involuntariamente, participó en un juego extraño y muy confuso. Sabíamos que el destacamento estaba cerca, tal vez a unos quince kilómetros. Buscábamos el destacamento y el mando de éste sabía, por mediación de nuestros enlaces, enviados ya desde el caserío de Zhóvtnevo con la directiva del Comité Regional, que andábamos cerca y también nos buscaban. Los alemanes, con sus cómplices nacionalistas, nos buscaban a nosotros y al destacamento. Unos nos engañábamos a los otros, todos nos vigilábamos, embrollábamos las huellas; en una palabra, todo ocurría como en una buena novela detectivesca.

Nueve días estuvimos dando vueltas por el distrito y debo confesar que nuestras aventuras, lejos de agradarnos, nos

producían irritación; en cambio las dificultades... sí, a veces las dificultades nos alegraban.

Pero será mejor que lo cuente por orden.

Por aquel entonces, en la mayor parte de los distritos, los invasores habían organizado ya un cierto poder. Los comandantes habían hecho venir toda una serie de canallas nacionalistas ucranianos de las regiones occidentales anteriormente sojuzgadas y delincuentes comunes. Entre esos “cuadros” reclutaron a policías y stárostas.

Y si dos semanas atrás, la población trataba con bastante afabilidad a los rusos que vagaban por aquellas zonas, ahora ya había comenzado a tomar sus precauciones.

En uno de los sectores del bosque de Ombishi, entramos en la casa de un viejo guarda forestal. Le preguntamos qué sabía de los guerrilleros. El hombre, a su vez, nos preguntó quiénes éramos.

— Somos prisioneros, nos dirigimos a Repki, nuestro distrito natal.

— Bueno, id allá, pero, ¿qué tienen que ver con eso los guerrilleros?

En esto entró su hijo, un muchacho de unos veinticinco años. Este fue más claro y nos dijo francamente que no nos creía.

— No hagáis el tonto. ¿Acaso no ve cualquiera que no sois prisioneros? Decidme, ¿para qué queréis saber dónde están los guerrilleros?

Le dimos a entender que estábamos ligados con los guerrilleros, que queríamos reunirnos con ellos. El muchacho se alegró al oírnos y dijo a su madre que nos diera algo de comer. El mismo se dispuso a obsequiarnos, a atendernos y después, se marchó no sé adónde, diciendo que iba por aguardiente. Estuvo ausente unos cuarenta minutos. No consiguió

aguardiente pero sí averiguó lo más importante para nosotros.

— Seguid este camino, pasaréis el río Udai y al llegar a la aldea de Priputni preguntad por el caserío de Petróvskoie, cuando lleguéis al caserío buscad a Grisha, el guarda. El sabrá seguramente dónde están los guerrilleros.

Dimos calurosamente las gracias al padre y al hijo, les estrechamos las manos, pero desde aquel momento comenzó a perseguirnos la mala suerte.

Seguimos el camino indicado y, poco después vimos el río y el puente, y allí un grupo de gente. Nadia Beliávskaia se adelantó.

Como no alzaba el hatillo, nos dirigimos hacia allí.

El puente había sido volado por el Ejército Rojo durante la retirada. Sólo unos pilotes asomaban en el agua. La gente allí reunida eran los habitantes de las aldeas vecinas. Las autoridades de los distritos los habían enviado con la orden de colocar tablas sobre los pilotes y construir un puentecillo para peatones.

Trabajaban en ello unas quince mujeres: el jefe de la brigada era un muchacho de unos veintidós años, carpintero.

Las koljosianas se alegraron de la ocasión que se les ofrecía para descansar, y se sentaron en la orilla, rodeando a Nadia, que les hablaba animadamente. Nosotros también nos sentamos. Nadia trataba de convencer a las mujeres de que sabotearan todas las indicaciones y órdenes de las nuevas autoridades.

— ¿Para qué construís el puente y reparáis los caminos? Con eso restablecéis la comunicación entre las aldeas y las ciudades, ayudáis a organizar el transporte. Eso es lo que quieren los alemanes. Marchaos ahora mismo. ¡Dejadlo todo! Y mejor sería que arrancarais las tablas que habéis clavado.

¡Demostrad que estáis con el Ejército Rojo, con los guerrilleros!

Las mujeres escuchaban atentamente a Nadia. Eran casi todas jóvenes y fácilmente impresionables. El muchacho, jefe de la brigada (sabíamos que se llamaba Misha Gurin) bebía las palabras de Nadia. No hacía más que repetir:

— ¡Eso es cierto, muy cierto! ¡Formidable!

Al otro lado del río, a un kilómetro, aproximadamente, se veía la aldea de Priputni, a donde queríamos ir. El puente estaba casi terminado. Bastaría colocar unas diez tablas más para poder pasar.

Tiré con disimulo a Nadia de una manga, intentando hacerla comprender con los ojos: "Está bien lo que dices; sin embargo necesitamos pasar al otro lado. No lo olvides". Pero ella continuó.

El muchacho dio el ejemplo. Fue el primero en correr hacia el puente y, sin pararse a reflexionar, empezó a tirar tablas al agua.

— ¡A ver, muchachas, manos a la obra! ¡Que se vayan al diablo! La responsabilidad para todos.

Las muchachas no lo pensaron mucho. En medio de gritos, risas y bromas desmontaron en media hora todo el puentecito. Al muchacho lo pareció esto poco. Ordenó a su brigada arrojar al agua todos los materiales de construcción que tenían en la orilla del río.

Me aparté con Nadia a un lado.

— Pero, querida, ¿qué has hecho?

Mi pregunta, lejos de turbarla, la sorprendió.

— Pero, Alexéi Fiódorovich, si invitamos a los campesinos a hacer sacrificios, debemos empezar dándoles el ejemplo.

Esto, naturalmente, era lógico. Pero yo hubiera preferido que Nadia hubiese comenzado a hacer agitación desde el otro lado del río... El agua estaba espantosamente fría. Nos mojamos hasta la cintura, vadeando el río.

* * *

No entramos en Priputni. Zubkó se adelantó y al regresar nos dijo que algo ocurría en la aldea.

— La gente está alborotada, se ha reunido y las mujeres manotean mucho...

Después del involuntario baño teníamos tal aspecto, que preferíamos no ser vistos, y decidimos, aunque anochecía ya, seguir directamente hacia el caserío de Petróvskoie. Nos enteramos que estaba a unos cuatro kilómetros de allí. En Petróvskoie vivía el guarda Grisha.

Era de noche ya cuando llamamos á una casa de pobre apariencia, achaparrada y con el techo de paja. La dueña nos dejó entrar de mala gana. Sin embargo, Pável Lógvinovich la hizo reír con sus bromas y ella, hablandándose, nos prometió cocemos unas patatas. Nosotros, claro está, no nos negamos. Colocó el puchero con las patatas sobre una mesa muy baja, tan débilmente iluminada que apenas nos veíamos.

Toqué con el pie la mesa y me di cuenta de que se trataba de una gran cesta de mimbre puesta boca abajo y recubierta con una tabla.

— ¿Cómo es que no tiene usted ni una mesa? —pregunté al ama de la casa.

— Soy pobre y viuda. Coso..., pero cosiendo no se gana para una mesa...

Nosotros necesitábamos detenernos allí por lo menos un día o dos. Se nos ofrecía un pretexto inmejorable.

— Nosotros podemos hacérsela —dije a la mujer—. ¿Por qué no hacerle una mesa a una buena persona? Yo, precisamente, soy carpintero. Pável Lógvinovich y yo, en un día, le haremos una mesa que hasta podrá bailar encima. Nadia, mientras tanto podrá lavar la ropa. Favor por favor: usted le calentará el agua.

Dicho y hecho. La dueña de la casa pidió a unos vecinos instrumentos de carpintería y comenzamos a trabajar desde la mañana del día siguiente. Nadia se puso a lavar. Vasia Zubkó fue en busca de Grisha el guarda.

Volvió de mal humor. Había encontrado a Grisha: era un muchacho de diecisiete o dieciocho años, pero sorprendentemente receloso y desconfiado.

— No he podido sacarle nada, Alexéi Fiódorovich —me contó Vasia—. Créame que mi olfato de explorador no me engaña: estoy seguro de que no sólo él, sino su madre y su hermanita saben perfectamente dónde están los guerrilleros; le hice toda clase de insinuaciones, le dije que era comunista, pero me ha jurado y perjurado que no sabe nada.

La mujer encontró unas tablas en el patio del koljós y nos pusimos manos a la obra. Plevako golpeaba con el martillo y manejaba la garlopa. En los cristales de las ventanas se agolpaban los chiquillos y, detrás de ellos, aparecieron las mujeres. Empezamos a recibir encargos.

— Venid a mi casa. Necesito reparar las puertas para el invierno...

— Mi cama es muy mala. ¿No podríais hacer una nueva? Tengo dinero, pero por aquí no hay carpinteros.

Se presentó también un hombre con cama de pocos amigos y casi nos sometió a un interrogatorio.

— ¿Hace mucho que os dedicáis a este oficio?

— Es mi profesión fundamental. Trabajaba en una fábrica de muebles de Chernígov. Pero la guerra... Y ahora vengo del campo de prisioneros...

La verdad es que yo en mi vida había sido carpintero, pero conocía bastante bien el oficio. En los tiempos en que trabajaba en la galería de la mina, tuve que aprenderlo. El entibador debe ser casi carpintero. Plevako también sabía manejar con habilidad el martillo y el formón.

Aunque el hombre aparentó que nos creía, comprendimos que no debíamos permanecer muchos días allí.

Dneprobski y yo fuimos en busca de Grisha el guarda. Confiábamos en lograr convencerle mejor que Vasia. ¡Pero quiá! Era un muchacho testarudo. No nos miraba a los ojos. Respondía a nuestras preguntas como si no fuéramos comunistas, sino jueces alemanes. Comencé a pensar incluso que, desde el otro lado del río, nos habían enviado intencionadamente a él para despistarnos.

Dneprovski, acalorándose, te espetó:

— ¡Pero cómo eres, muchacho! A nosotros nos consta que eres del Komsomol, que estás en contacto con los guerrilleros. Nosotros somos comunistas, necesitamos encontrarlos a toda costa, si no los alemanes... —y Dneprovski hizo como si apretara un dogal imaginario alrededor del cuello...

Grisha quedó caviloso. Le dejamos reflexionar. Comprendíamos que la cosa era bastante ardua para él. En efecto, ni siquiera un bolchevique con mucha experiencia hubiera sido capaz de resolverlo de buenas a primeras. Además, según nos enteramos más tarde, la cuestión se complicaba porque el día anterior los guerrilleros habían ejecutado a un traidor en Priputni y roto, en el caserío de Petróvskoie, el precinto de una base, llevándose al bosque ocho sacos de harina... ¡Va-

ya uno a saber quiénes eran los forasteros! Si efectivamente comunistas o policías enviados por los alemanes...

— Mirad una cosa, camaradas... En Priputni vive el presidente del koljós, se llama Didenko. Ahora está en casa. Tal vez os diga algo... Es la tercera casa a la izquierda. Pero no ir directamente por la calle, sino por las huertas...

Dneprovski y yo reconocimos que Grisha obraba cuerdamente: en vez de decidir él solo un problema tan peliagudo nos enviaba a casa de un camarada de mayor experiencia. Yo recordaba el nombre de ese presidente y además lo conocía personalmente. Marchamos en la dirección indicada por Grisha.

Pero en Priputni tuvimos mala suerte. Didenko no estaba en casa; se había marchado el día anterior sin decir nada. Su mujer nos recibió cordialmente, incluso demasiado, hablándonos con una voz muy dulce. Pero no nos miró a los ojos, ni pronunció la palabra “camarada”, ni cerró la puerta de la casa por dentro, ni nos invitó a sentarnos se veía que la intimidábamos.

Cuando salimos, le dije a Dneprovski.

— Estoy seguro de que nos toman por policías. ¡Qué situación más poco envidiable tienen esos policías! Pero es formidable lo bien que nuestro pueblo defiende a los guerrilleros. ¡Ni aunque les amenazáramos con pistola, dirían nada!

— Es probable que Grisha haya estado aquí para prevenirle. Y nosotros, dos viejos tontos, le hemos creído.

¿Qué podíamos hacer? Dimos unas vueltas por la calle del lugar y nos encaminábamos ya de nuevo hacia Petróvskoie, cuando, de pronto, vimos al lado de las caballerizas un grupo de gente. Fuimos allá, y entre los mujiks de la aldea descubrimos a Grisha, de pie al lado de su caballo, empapado de sudor. Le llamé y muy enfadado le dije:

— Pero, vamos a ver, ¿qué es lo que estás haciendo con nosotros? ¿Por qué nos mientes y nos engañas como si fuéramos tontos?

— Fusiladme, pero no sé nada —dijo Grisha con decisión en la mirada y hasta con mucha insolencia.

Miré al muchacho: por la expresión resuelta de su rostro, por el brillo de sus ojos comprendí que no diría nada aunque le amenazaran de muerte. Entonces tuve la sensación, clara y neta, de que era guerrillero y, además, de toda confianza.

Le susurré al oído:

— Soy Fiódorov, el secretario del Comité Regional, ¿comprendes? ¡Necesito ligarme hoy mismo con el jefe del destacamento!

Grisha me miró de pies a cabeza, una sombra de sonrisa animó su rostro, y después, con una seriedad exagerada, repuso:

— Yo, camarada Fiódorov, no sé nada. Pero si quiere vaya a ver al contable del koljós, Stepán Pogrebnói, tal vez él le diga algo.

— Bueno, pero si vuelves a engañarnos...

Naturalmente, nos volvió a engañar. No sé si el muchacho le habría advertido o si sería una casualidad, pero el contable no estaba en su casa... Su mujer nos dijo:

— Quizás quieran ver a Didenko, está en la escuela, hoy se celebra allí una reunión de stárostas. Ha llegado el burgomaestre del distrito y ha convocado a los stárostas de todas las aldeas.

Yo estaba furioso. Era el tercer día que andábamos dando vueltas sin conseguir nada. ¡No era cosa de salir al medio de la calle y ponerse a gritar que era Fiódorov y que me enseñaran el camino que conducía hacia los guerrilleros! Cuando no

era preciso me encontraba con infinidad de gente que me reconocía, en cambio ahora... ¿Sería posible que mi aspecto hubiera cambiado tanto? Antes de la guerra había estado en Priputni más de cinco veces... ¿Sería posible que volviéramos a Petróvskoie sin haber logrado averiguar nada? Era hasta vergonzoso. De pronto acudió a mi mente una idea descabellada y de una audacia rayana en la temeridad a primera vista.

— Oye, Pável — dije a Dneprovski —. ¿Sabes? ... ¿Sabes, Pável? vamos a la escuela. ¡Sí, sí, a la reunión de stárostas! ¡Ocurra lo que ocurra! Allí de fijo encontraremos a alguno de los nuestros. Además, alguna vez tenemos que conocer al burgomaestre, saber quién es ese canalla.

Dneprovski tardó en responderme. Sus temores eran fundados: la empresa era arriesgada, en caso de fracasar poníamos en peligro a toda la organización regional.

— Como a usted le parezca, Alexéi Fiódorovich; si usted cree que no hay otro remedio... Yo, naturalmente, le acompañaré.

A mí me parecía que era necesario. En caso preciso recurriríamos a las bombas de mano. Teníamos cinco cada uno. Además, las pistolas: la de Dneprovski y las dos mías.

A la puerta de la escuela vimos un coche de tipo anticuado, con las ruedas de goma, tirado por un tronco de caballos bastante lustrosos, pero de distinto tamaño. Los asientos de este vehículo antediluviano estaban cubiertos por los rojos almohadones de un diván. Un viejo de barbas, arropado en su pelliza, dormitaba en el pescante. El carruaje, con toda probabilidad, lo habrían sacado del museo del distrito.

— Abuelo —pregunté dirigiéndome al viejo—, ¿está el stárosta aquí?

El viejo sonrió maliciosamente, me guiñó un ojo y, con cómica gravedad, respondió:

— ¡Qué stárosta ni que ocho cuartos, mozo! ¡Es el suplente del burgomaestre del distrito, Pável Glébovich Guz, que ha venido de inspección!

El pasillo estaba atestado de pupitres polvorientos, que llegaban casi hasta el techo. Las puertas de las aulas permanecían cerradas. En una de ellas oímos voces y llamamos. Entramos con un aspecto exageradamente humilde, quitándonos los gorros.

Un hombre de unos cincuenta años estaba sentado tras una amplia mesa, destinada, probablemente, a experimentos físicos; semitumbado en el sillón dábase tirones del bigote. Su rostro era vulgar, pero la ropa... En seguida se veía que estaba acostumbrado a ella. Llevaba una chaqueta de negro y brillante paño, procedente también del museo con toda seguridad; una bordada camisa ucraniana, y extendido en el respaldo del sillón veíase un abrigo de pieles. Era indudable que este tipo pretendía hacerse pasar por un gran señor o un terrateniente, en todo caso por un alto funcionario de antes de la revolución. Tardó unos cinco minutos en darse cuenta de nuestra presencia. Sostenía en una mano un legajo de papeles y fruncía el ceño dándose importancia.

En la habitación había otras tres personas más. Una joven gruesa de rostro asombrosamente estúpido, empolvada hasta los mismos ojos. La secretaria, por lo visto. Pero no tenía nada que hacer y dibujaba florecitas sobre la mesa.

Detrás del “alto funcionario”, al lado de la ventana, había un soldado alemán ya de edad, sentado en una silla. Nos miró con indiferencia, bostezó y volvió la cabeza. ¿Cuál sería su papel? ¿De guardián o de representante? ¡Cualquiera sabe! El hombre se aburría.

El cuarto debía ser un vecino de la aldea: un tipo manifiesto de viejo borracho. Nariz roja y un mechón asomando del gorro. En aquel rostro, de ojos turbios, fuera de la afición a la

bebida, era imposible leer nada. Permanecía de pie, con las manos apoyadas en la mesa, esperando órdenes seguramente. En general, todo esto parecía una escena de un estúpido vaudeville.

En el aula no había pupitres; en lugar de ellos bancos en el centro y adosados a las paredes. En un rincón, una estufa de hierro encendida.

Nosotros nos quedamos parados, apoyándonos bien en un pie, bien en otro. Esta gente me producía un sentimiento de repulsión y al mismo tiempo de amargura.

Por fin, el "señor" suplente del burgomaestre se digné fijar su atención en nosotros.

— ¿Qué deseáis?

Me acometió un deseo irreprimible de agarrarle por el cogote, sacarle a la calle y apalearle delante de todos. Pero respondí humildemente.

— Buscamos al stárosta. Hay una ley alemana de ayudar a los prisioneros puestos en libertad. Para eso queremos ver al stárosta...

El hombre, rebosante de satisfacción, henchido de petulancia, ni siquiera nos interrogó ni nos miró atentamente. El deseo de presumir le invadía.

— ¡Yo que voy a ser stárosta! Ahí tenéis al stárosta —dijo señalando al borracho—, él conoce las leyes y se ocupará de vosotros.

— Está bien —farfulló el stárosta.

Pero el "señor", una vez que había empezado, no podía ya detenerse. Hablaba con énfasis, gesticulando con aire majestuoso.

Dneprovski le hizo algunas preguntas, le dijo que íbamos a nuestras casas y que no sabíamos lo que pasaba en los frentes ni cómo arreglárnoslas para vivir.

— El invencible y glorioso ejército de la gran Alemania está aniquilando a las últimas unidades del Ejército Rojo en las estribaciones de los Urales. Moscú y Petersburgo se han rendido al vencedor. Ucrania está libre...

Entusiasmado por su propia elocuencia se puso en pie, echó hacia atrás la cabeza, lanzando continuas miradas al soldado alemán sentado junto a la ventana. Pero éste, imperturbable, bostezaba y tamborileaba con los dedos en el cristal.

Comenzó a congregarse la gente. Guz nos propuso, a Dneprovski y a mí, que asistiéramos a la reunión.

— Ahí sabréis cómo hay que construir la nueva vida.

Como era de suponer, aceptamos gustosos. Yo me senté en un extremo del banco, al lado de la estufa. Dneprovski a tres pasos de mí. No habíamos hecho más que tomar asiento, cuando entró Didenko. Me reconoció y en el primer instante quedó tan perplejo que se puso pálido. Después logró dominarse y con voz bastante indiferente preguntó al stárosta quiénes éramos. Al saberlo, dijo que nos instalaría para pasar la noche cerca de su casa.

Ante la escuela se detenían a cada instante nuevos carros. Era una especie de reunión del “activo” de las aldeas inmediatas. Guz había convocado a esta reunión, además de los stárostas y presidentes de koljoses, a maestros y agrónomos. La mayoría sentíase cohibida. Ninguno hablaba en voz alta y nadie sonreía siquiera. Me fijé también en que unos y otros evitaban mirarse a los ojos, como si estuvieran avergonzados. Sí, la mayoría tendría seguramente vergüenza por haberse doblegado y haber venido a escuchar a este tipo.

En esto sucedió una escena indignante. Un nuevo carro se aproximó al edificio de la escuela, oímos sonoras blasfemias seguidas de un gran alboroto y de una pelea.

— ¡Ay! —gritaba alguien con voz ronca—. ¡No me peguéis, buena gente!

Durante bastante tiempo no cesó la baraúnda en el pasillo, después se abrió la puerta y varios campesinos, rojos y excitados, metieron a empellones dentro de la habitación a un hombre con las manos atadas.

Era un mozarrón alto, de unos treinta años. Con la cabeza gacha, como un buey, no levantaba los ojos del suelo. Sus manos, atadas a la espalda con una correa, estaban azules por la presión. Los alborotados cabellos le cubrían la frente, hilillos de sangre deslizábanse de las comisuras de los labios. En una mejilla tumefacta veíase la huella de un tacón.

Guz, haciendo una mueca imperativa, preguntó:

— ¿Qué ocurre?

El hombre maniatado hizo un movimiento como para precipitarse sobre él y Guz alzó las manos como para defenderse del golpe.

— ¡Miserable! —gritó uno de los que traían al detenido, dándole tal empujón que le hizo caer de rodillas. Se le acercó otro campesino y le dio una patada en un costado, una viejecita que llevaba un hatillo en la mano le escupió varias veces en la cara. Era imposible entender qué significaba todo aquello.

Cuando los ánimos se tranquilizaron un tanto y el detenido fue metido en un rincón, Guz preguntó esperanzado:

-¿Es un guerrillero?

Todos contestaron a la vez, y se armó otro alboroto. Guz frunció los labios con gesto desdeñoso. Tan sólo diez minutos más tarde supimos de lo que se trataba.

Después de la retirada del Ejército Rojo, regresó al caserío de Glújovschina Spiridón Fediuk, llamado el "Jabalí". Llevaba unos ocho años sin aparecer por su aldea natal. Se sabía que era un golfo, un ladrón y un asesino, y que le habían condenado en Voroshilovgrado a siete años por asalto a un lavadero. Lo primero que hizo el "Jabalí" al regresar fue montar un aparato hecho por él de destilación de alcohol. Bebía día y noche, amenazando a todos con denunciarles. La noche anterior la gente oyó gritos en la casa más apartada del caserío, donde vivía la mujer de Kaliuzhni, oficial del Ejército Rojo. La mujer salió corriendo de la casa con un puñal clavado en la espalda hacia los campesinos que acudían en su socorro. Allí mismo cayó muerta. Los campesinos entraron en la casa y hallaron estrangulada a Nastia, una niña de siete años, hija de Kaliuzhni, y lleno de contusiones y terriblemente asustado, a Vasia, un chiquillo de tres años.

Los campesinos se lanzaron al bosque en persecución del "Jabalí" y lo atraparon.

Guz comenzó el interrogatorio. Todos escuchaban con gran atención. Hasta el alemán tenía los ojos desorbitados y la boca abierta. Después acercóse a Guz y le dijo algo al oído. Guz saltó inmediatamente del asiento y gritó a la sala:

— ¿Hay aquí un maestro de alemán? Necesitamos un intérprete.

Se adelanté una viejecita y la sentaron al lado del alemán.

— Y bien, ¿qué dices? —preguntó Guz al detenido con fingida severidad.

El bandido indicó con la cabeza al bolsillo de su chaqueta. Guz metió la mano en el bolsillo del "Jabalí" y sacó de allí un

papel arrugado. Lo examiné un buen rato, después se lo tendió al alemán, quien asintió con la cabeza y se lo devolvió.

— Bueno... —dijo—. Está bien, está bien —volvió a repetir arrugando la frente. Estaba visiblemente perplejo—. Se trata de lo siguiente: este ciudadano, llamado Fediuk, es un delegado de la comandancia alemana... —y volviéndose hacia el detenido añadió:

— Ha sido una confusión, en seguida le soltarán las manos.

El bandido miró con insolencia a su alrededor.

— Señor burgomaestre —dijo en voz alta—, yo vigilaba a María Kaliúzhnaia y sabía que estaba en contacto con los guerrilleros. Su marido es comunista. Todo el caserío, señor burgomaestre, es guerrillero.

— ¡Es mentira, miente! —gritaron los vecinos.

La emoción se apoderó de toda la sala. Todos cuchicheaban, se hablaba a media voz.

Alguien gritó.

— ¡Ahorquemos al asesino!

El alemán, que seguía atentamente todo lo que ocurría, dio un salto y descargó su pistola automática, disparando al techo. Inmediatamente todo quedé en silencio. El alemán volvió a sentarse y tiró de la manga a la intérprete.

— Soy policía —volvió a repetir Fediuk—. A casa de María Kaliúzhnaia acudían guerrilleros todos los días...

— Si ibas a restablecer el orden, ¿para qué te has llevado estas cosas? —dijo una vieja tirando sobre la mesa un gran envoltorio.

— Lo he confiscado —respondió el bandido sin la más mínima turbación.

Aquellas palabras produjeron un efecto mágico sobre el soldado alemán. Se puso nervioso y comenzó a apremiar a la intérprete. La anciana se levantó y con la voz estremecida, tartamudeando, dijo:

— El señor soldado alemán le ruega, señor suplente de burgomaestre, que no olvide que según las instrucciones vigentes, todas las piedras preciosas, obras de arte, de pintura y escultura que haya entre los objetos confiscados por las autoridades municipales, deben entregarse al fondo Goering... —mientras hablaba la viejecita, el soldado la apremió varias veces con airadas exclamaciones.

Un silencio absoluto reinaba en la sala. Yo apretaba con los dedos crispados el mango de una bomba. Miré varias veces a Dneprovski. Jamás lo había visto así. Si Guz, o el alemán, o el policía detenido no hubiesen estado tan ocupados con sus "asuntos", y se hubiesen fijado en Pável Vasílievich... Estaba intensamente pálido y le sacudía la fiebre. Tenía la mano derecha metida en el bolsillo y me lanzaba miradas suplicantes. "¡Comencemos, comencemos ya, Alexéi Fiódorovich!". Sólo así podían ser interpretadas sus miradas. La tentación era inmensa, en efecto. Lanzar una bomba y después... ¡Qué difícil era contenerse! Pero no podíamos dejarnos llevar por un impulso ciego.

Me di cuenta de que había sido reconocido no sólo por Didenko. Unos ocho hombres, por lo menos, no hacían más que mirarme de reojo. Probablemente ellos también esperaban una señal mía. Pero en la habitación éramos no menos de treinta personas, casi todos hombres. Confieso, que estaba muy nervioso, con los nervios de punta. Miraba a los que tenía más cerca. ¿Qué pensaban? ¿Estarían armados? ¿A lado de quién se pondrían en caso de pelea? ... El alemán volvió a cargar tranquilamente su pistola automática... ¿Cómo se distribuirían las fuerzas? ¿Y qué ocurriría si de esos treinta, veinticinco eran como Fediuk?

Guz trataba en hablar. Por fin, con la gravedad de un Salomón, pronunció:

— ¡Poned en libertad a este defensor del nuevo orden! Todos deben saber que los bolcheviques, lo mismo que todos sus parientes, están fuera de la ley.

Tomé el envoltorio de la mesa y se lo entregó al alemán.

— Ahora —prosiguió Guz—, pasemos al orden del día de nuestra reunión.

Uno de los presentes gritó de pronto:

— ¡Escuadrón, a caballo! —y se desplomó al suelo, víctima de un terrible ataque de epilepsia.

El alemán, furioso, vociferé algo y se puso a patalear. Fediuk y el stárosta agarraron al desgraciado por las manos y lo sacaron al pasillo. Sus paisanos salieron detrás.

Ni Fediuk ni el stárosta de la nariz roja volvieron a la sala. Un minuto después oímos el traqueteo de un carro que se alejaba: seguramente se llevaban al epiléptico.

Guz comenzó a hablar. A gritos, haciendo visajes, la boca espumeante, amenazaba a los guerrilleros con el puño y reía histéricamente. Era indudable que tomaba a Hitler como modelo de orador.

A mi lado se sentó la vieja maestra que había servido de intérprete al alemán. Temblaba y procuraba aproximarse a la estufa. Me era antipática, y me volví de espaldas a ella. De repente vi al lado de la puerta a Misha Gurin, el muchacho carpintero que con las mujeres había desarmado el puentecito sobre el río Udai. Estaba liando un cigarrillo. Yo me levanté, me acerque a él y, hablándole al oído, le pedí:

— Dame papel, muchacho.

Me dio un trozo de periódico. Comencé a liar un pitillo y, mientras tanto, apreté con fuerza su pierna con mis rodillas y

fruncí el ceño. El muchacho susurró de un modo apenas perceptible.

— Después de la reunión en casa de Didenko!

Regresé a mi sitio al lado de la estufa. Al sentarme, se me enganchó en el borde del banco un bolsillo y cayó de él una bala de pistola de las que estaba repleto. Miré rápidamente hacia el suelo, pero la viejecita traductora la había ocultado ya con el pie. Su mirada continuaba igual de inexpresiva; como todos, contemplaba con torpe indiferencia a Guz. “Por lo visto, —pensé yo— hay aquí mucha gente honrada”.

Guz estuvo haciendo el payaso una hora y media por lo menos. Por fin pasé del histerismo patético al aspecto “práctico”. Dijo que era necesario reparar los puentes y caminos, que todos se registrasen en la alcaldía, que los aptos para el trabajo no se ausentaran de la aldea sin permiso. Se indignaba porque en la escuela primaria no habían comenzado aún los estudios.

— Tenemos programas y planes de estudios, mañana hay que comenzar.

Alguien pregunté ingenuamente:

— ¿Mañana? ¡Pero si es fiesta, es 7 de Noviembre!

Guz, poniéndose como la grana, saltó:

— ¿De qué fiesta hablas? ¿Qué agitación bolchevique es ésa?

No hubo detenciones ni disparos. Pero Guz aprovechó esta circunstancia para hablar otros quince minutos.

Cuando terminé la reunión, Guz nos hizo una seña a Dneprovski y a mí, y nos presentó a Didenko.

— Este ciudadano os instalará para pasar la noche.

Cuando Dneprovski y yo salimos de la sala, nos rodearon en apretado corro unas diez personas. En el oscuro pasillo no podíamos distinguir quiénes eran los que nos rodeaban tan estrechamente. Sólo cuando salimos a la calle lanzamos un suspiro de alivio. Resultó que era una guardia voluntaria.

Nos repartimos en grupos de dos o tres. Una hora más tarde estábamos reunidos, pero no en casa de Didenko, como pensábamos primero, sino en un extremo de la aldea, en una casa abandonada, donde vivían entonces dos pastores uzbekos.

Eran dos soldados del Ejército Rojo a quienes se había encargado, durante la retirada, de guardar un rebaño bastante considerable de vacas y ovejas. Pero fueron cercados y quedaron en la retaguardia. Llevaban un mes y pico vagando por los bosques del distrito de Ichnia. Los alemanes responsabilizaron del ganado al stárosta de Priputni. Pero los soldados convertidos en pastores no siempre dormían en la aldea, y el rebaño que se les había confiado, disminuía poco a poco.

— En el bosque hay un jefe, un buen jefe —me explicó sonriendo uno de ellos—, ¡En el Uzbekistán no hay lobos, en cambio aquí hay muchos! —decía con cómica seriedad

Los pastores me prometieron ponerme en contacto al día siguiente a través de Didenko con el jefe del bosque y con los “lobos”

En la casa de los pastores uzbekos se congregó la mitad por lo menos de los hombres que asistieron a la reunión de Guz. Aquí no parecían los mismos: hablaban con animación, con sencillez y libertad. ¡Cuánto lamenté no haber sabido entonces, en la escuela, la cantidad de buena gente con que podíamos contar! Allí mismo hubiéramos podido liquidar a Guz y a sus guardianes. Pero su suerte estaba ya decidida desde aquel momento. Montamos una estrecha vigilancia alrededor de Guz, de Fediuk y del stárosta de la nariz roja.

Aquella misma noche, Dneprovski y yo regresamos al caserío de Petróvskoie, a reunirnos con nuestros camaradas. Didenko se puso de acuerdo con nosotros para recogernos al día siguiente y de ningún modo más tarde del 9 de noviembre, en el caserío, en casa de Grisha el guarda, y conducirnos al destacamento.

Ahora comprendimos claramente que Grisha, como otros muchachos, nos había estado despistando y tomando el pelo: todos recelaban de nosotros. En las aldeas la gente conspiraba ya por su cuenta. Había mucha gente vagabundeando: los campesinos comprendían que la mayoría de ellos eran soviéticos, de confianza, pero era difícil conocerlos a primera vista. Por eso estudiaban detenidamente a cada uno. Más tarde supimos que en las aldeas, estrechamente ligadas con los guerrilleros, se informaba al jefe del destacamento o al comisario de cada nueva persona que aparecía, y con mayor razón si se trataba de todo un grupo.

* * *

Ahora, una vez aclaradas las cosas, creíamos que no habría más obstáculos y que al día siguiente, aniversario de la Gran Revolución de Octubre, estaríamos en el destacamento. Tal vez hubiera allí un aparato de radio y pudiésemos oír a Moscú y pasar la fiesta entre nuestra gente.

Cuando regresamos "a casa", es decir, al caserío de Petróvskoe, la mesa de la viuda estaba ya terminada. Pável Lógvinovich había comenzado a tallar las patas. Era preciso dar una impresión de trabajo.

A la mañana siguiente nos dedicamos a reparar nuestro calzado. Todos teníamos los zapatos y las botas hechos una

calamidad. Pero lo importante era hacer tiempo hasta que llegara Didenko.

Observamos, entre otras cosas, que aquel día la gente salía poco a la calle. De vez en cuando, los chiquillos. Tanto las niñas como los niños iban limpios. Nadie trabajaba. No hubo manifestación, pero todos celebraron la fiesta; esto, por si solo, era una manifestación. La patrona nos contó, que incluso en las casas donde trataban a las autoridades alemanas con temor o servilismo, no se trabajaba este día para no indisponerse con la mayoría del vecindario.

Nosotros también organizamos un pequeño banquete reunidos en torno a la mesa nueva. Nadia y la dueña de la casa hicieron un "borsch" grasiento y consiguieron no sé dónde cerveza casera y vino de remolacha. Cuando estábamos comiendo, llegó el hombre que nos había preguntado de dónde éramos y qué pensábamos hacer.

También él había estado en la reunión convocada por Guz.

— Es hora ya de que os vayáis — nos advirtió severamente—. Lleváis aquí unos días y basta.

Después nos explicó:

— Han pasado tres jinetes. Uno era el policía del distrito, otro, aunque llevaba ropa de campesino, era alemán, y el tercero era el bandido de Fediuk. Me parece que se disponen a hacer una de las suyas.

Y en esta situación, Didenko sin aparecer, y Grisha ausente también, pues había marchado, probablemente, a enlazar con el destacamento. Era imposible continuar allí. Dimos las gracias a la dueña de la casa y nos dirigimos al próximo caserío, a Glújovschina, sito a una legua de allí, dejando el encargo de que Didenko nos fuera a buscar.

No nos atrevimos a ir por el camino. Seguimos unos senderos y nos metimos en un sitio tan intrincado que a duras pe-

nas logramos salir de los pantanos. Pasamos toda la tarde y parte de la noche vagando por aquellos parajes. Transidos de frío, mojados y sucios, nos caíamos de cansancio. Hasta el día siguiente por la mañana no llegamos a Glújovschina. Pero esto, después de todo, fue Una suerte.

Amanecía y vimos entrar en el caserío a un numeroso grupo de jinetes. Al instante oímos tiros y exclamaciones en alemán. Lo más probable era que aquel destacamento hubiera salido en nuestra persecución.

Volvimos a adentramos en el bosque. Poco después tropezábamos con un ferrocarril de vía estrecha abandonado. Comenzaba en el caserío de Petróvskoie, pero ignorábamos a dónde conducía. Mas no podíamos elegir. Como a nuestro alrededor sólo había pantanos y charcos, decidimos seguir por el terraplén.

Vasia se adelanté para reconocer el terreno. Poco después regresó desde la curva.

— Viene un jinete solitario — advirtió.

Nos ocultamos entre unos matorrales. Cuando el caballo pasaba junto a nosotros, saltamos de nuestro escondite. El jinete, sorprendido, levantó los brazos. Y aunque iba vestido de campesino, comenzó a balbucear inmediatamente en alemán. Lo hicimos bajar del caballo, le desarmamos y nos apartamos a un lado con él, llevándonos también la montura.

— Thaelmann, Thaelmann —repetía el alemán.

Pero cuando le quitamos las prendas que llevaba por encima, “su piel de ovejita”, y le pusimos los cañones de las pistolas sobre los distintivos SS que se veían en el cuello, dejó de repetir el nombre de Thaelmann y cayó de rodillas.

En la situación que estábamos era arriesgado disparar. Recordé el consejo del chófer norteño: “A veces, camarada comisario, más vale hacerlo calladito”.

Por primera vez, durante todo mi viaje, monté a caballo. Lo lógico es que me hubiera agradado, pero el caballo, desgraciadamente, relinchaba sin cesar e intentaba tirarme. Tuve que desistir. Vasia Zubkó y yo llevamos el caballo a la profundidad del bosque y lo atamos a un árbol: tal vez nos sirviera más tarde.

Veinte minutos después estábamos de regreso en el lugar donde habíamos dejado a nuestros compañeros. Pero alrededor de la hoguera no vimos a tres personas, sino a cinco. Si no hubiera sido por el pañuelo de Nadia hubiese creído que no eran ellos. Nos acercamos. Con nuestros compañeros estaban dos mozos más con un gran saco cada uno. Los sacos rezumaban humedad; seguramente contenían carne.

Empezamos una conversación un tanto extraña.

— ¿Quiénes sois?

— ¿Y vosotros quiénes sois?

— Nosotros volvemos del frente.

— Lo mismo que nosotros.

— ¿Qué hacéis por aquí?

— Y vosotros, a qué habéis venido aquí?

Les escuché un buen rato y, por fin, cansado de aquellas interminables preguntas, dije sacando del bolsillo mi pistola y colocándola en la palma de la mano.

— ¡Mirad quiénes somos nosotros! ¿Conocéis a Sichov? (Sichov era el jefe del destacamento de guerrilleros de Ichnia).

— Conocemos a Sichov.

— ¿Y a Popkó? (era el secretario del Comité de Distrito de Ichnia).

— Sí, también, pero ¿de dónde conocéis vosotros esos nombres?

— Yo soy Fiódorov, ¿habéis oído ese nombre?

Seguían sin creerme. Tuve que describir con todos los pormenores posibles al jefe y al comisario. Además recordé un detalle que hizo reír y convenció definitivamente a los camaradas. Sichov tenía la cómica costumbre de repetir a cada momento “muy bien, muy bien”.

— Camarada Sichov, la vaca de su vecino ha reventado.

— Muy bien, muy bien.

— Camarada Sichov, su mujer se ha puesto enferma.

— Muy bien, muy bien.

Cuando conté este detalle a los muchachos, no vacilaron en reconocer que éramos de los suyos. Permanecimos un poco más al lado de la hoguera. Vasia Zubkó fue en busca del caballo alemán y después asamos un trozo de carne del saco de nuestros nuevos camaradas en un asador improvisado. Repusimos fuerzas, descansamos y seguimos caminando por las intrincadas sendas guerrilleras.

* * *

Más tarde vi decenas de destacamentos y unidades guerrilleras, pude compararlos y formarme una opinión de cada uno de ellos. Pero el 9 de noviembre de 1941 era la primera vez que tropezaba con un destacamento guerrillero en acción, con aquel original grupo de hombres.

Los últimos días nos habíamos fatigado mucho, estábamos verdaderamente rendidos. Atravesamos pantanos casi intransitables. Pasamos hambre y frío. Teníamos las ropas

empapadas. En cuanto entramos en el terreno ocupado por el destacamento, tanto mis compañeros como yo nos sentimos por primera vez seguros. Podíamos “dar suelta a los nervios”, es decir, no tener que estar a cada momento ojo y oído avizores, no mirar con desconfianza a cada persona. Ahora nos encontrábamos entre nuestros camaradas, entre gentes que contaban con una defensa armada, que tenían su orden interior y sus leyes.

Así, pues, nuestra tensión nerviosa disminuyó; y hay que tener en cuenta que eran casi sólo los nervios los que nos mantenían. Nos acometió un apremiante deseo de descansar, de lavarnos, de dormir de verdad. Los guerrilleros nos recibieron cariñosamente, ¡qué digo cariñosamente! Nos acogían con entusiasmo, nos abrazaban, nos besaban, nos sacudían largo tiempo las manos. Todos se disputaban por llevarnos a su cabaña. Encontramos muchos conocidos; la sinceridad de sus sentimientos no dejaba jugar a dudas. Pero...

Sí, existía también un “pero”. Hubo que moderar un poco el entusiasmo de nuestros amigos, emplear otro tono, tomar aire de jefe, por decirlo así. He descrito ya con bastante detalle el aspecto que yo ofrecía; cuando llegué al destacamento mis ropas estaban más destrozadas aún y al lector le parecerá cómico, seguramente, que con aquella facha “tomara aire de jefe”. Pero esto era imprescindible y he aquí por qué:

Yo había ido al destacamento de Ichnia no para descansar ni para sentirme seguro desde el punto de vista personal. Independientemente del aspecto que tuviera, o de la necesidad de conservar mis fuerzas, no estaba autorizado a olvidar ni por un instante mis obligaciones. No temo ser mal comprendido. Cualquiera que haya sido jefe sabe lo que quiero decir.

Como jefe del Estado Mayor Regional del movimiento guerrillero requerí el informe reglamentario y, antes de descansar, recorrí el campamento para inspeccionarlo.

En doce cabañas hechas de ramas, situadas bajo los árboles a varios pasos de distancia entre sí, se habían instalado los combatientes, cada uno a su gusto y como había podido: unos sobre sacos rellenos de paja, otros sobre la hierba no seca aún, algunos sobre sus pellizas. Vi tres o cuatro hogueras. En una de ellas, unas mujeres hacían gachas en un gran perol. Al lado de otras, se calentaba la gente. Dicho sea de paso, ya hacía frío: cuatro grados bajo cero, aunque no había nevado aún.

Cada combatiente llevaba las armas consigo. Revisé varios fusiles y pistolas. Estaban sucios, muchos sin haber disparado un tiro.

Vi también un mortero de compañía, inactivo y abandonado. Nadie sabía manejarlo y ni siquiera intentaron aprender. En esta primera visita de inspección lo probamos, lanzando varias minas.

Recorriendo los puestos de vigilancia y las avanzadas encontré al viejo medio loco que Simonenko y yo habíamos encontrado un mes atrás cerca de Lísovie Soróchintsi. Era aquel viejo que iba con la vaca escuálida y amenazaba con el puño a los aviones alemanes. Sentado sobre un tocón levantaba acta del interrogatorio de un prisionero. El soldado alemán tenía desabrochado el capote, la guerrera y los pantalones. Permanecía de pie, los brazos en posición de firmes y sujetándose los pantalones. Dos guerrilleros sentados en tierra le apuntaban con las pistolas. Al ver al jefe, el viejo dio un salto, hizo el saludo militar y dio la novedad con bastante brío.

— Camarada jefe del destacamento, el combatiente intérprete Sádchenko. Por orden del comisario del destacamento

estoy interrogando al bandido prisionero, llamado soldado del ejército alemán...

Por lo florido del estilo ya no me quedaba duda de que era el viejo de la vaca. El no me reconoció o no quiso reconocerme.

— ¿Quién es este hombre? -pregunté al jefe cuando nos separamos—. ¿Y dónde está su vaca?

—¿Cómo sabe, camarada Fiódorov, de la existencia de esa vaca? Sí, en efecto, vino con una vaca. Dice que es profesor de alemán de Poltava. Su historia es interesante y la repite sin contradecirse, así que, por ahora, no tenemos motivo para desconfiar.

Sichov me contó con detalle la historia del viejo. La casa donde vivía en Poltava había sido bombardeada y su mujer, mortalmente herida, murió en sus brazos. Tenía un hijo en el Ejército Rojo y una hija estudiando en un instituto de Moscú. Los alemanes, al apoderarse de Poltava, hicieron un censo de todos los profesores de alemán. Le propusieron trabajar en la comandancia. Aquella misma noche el viejo abandonó la ciudad llevándose lo único que le quedaba: la vaca.

Pero el viejo tenía que registrarse en todos los sitios a donde llegaba. Los alemanes, al, enterarse que sabía alemán, le pedían que les sirviera de intérprete. Entonces el viejo cogía su vaca y se marcaba a otra parte... Luego empezó a rehuir a la gente, no entraba en pueblos ni aldeas. Así tropezó con un puesto de guerrilleros.

— Nos es muy útil: es la única persona del destacamento que conoce el alemán.

Terminada la visita de inspección, escuché el informe oficial del mando. Sólo después nos pusimos a comer.

Durante la comida nos acribillaron a noticias. Supe que Kapránov y Druzhinin estaban vivos y salvos; lo mismo que

yo salieron con fortuna de Piriatin, habían estado aquí, dirigiéndose después al destacamento regional de Popudrenko.

Me enteré de que el destacamento regional actuaba y de que los rumores de su disolución habían sido propalados por un puñado insignificante de desertores.

Popudrenko era ya conocido por su valor y su audacia. A su destacamento se dirigía la gente desde todas partes. El destacamento iba organizándose, ampliándose, pero... Y a continuación, la conversación versó sobre toda clase de temas en litigio. Pero como las discusiones deben resolverse en presencia de ambas partes, trataremos de esto más adelante.

— Cómo es posible — pregunté yo al mando del destacamento—, que habiendo mandado gente de confianza a buscarme al distrito de Málaia Dévitsa no hayan podido encontrarme? Celebramos allí una gran reunión; fue gente de todo el distrito. ¡Vaya unos exploradores que tenéis! A ver, quiero saber quiénes son.

A una llamada del jefe se presentó un muchacho alto y delgado, de unos veintitrés años, con uniforme de soldado del Ejército Rojo. Se llamaba Andréi Koritni. Su voz me pareció conocida.

— ¿Cómo es posible, camarada Koritni, que no haya podido usted encontrarnos en su distrito natal?

El muchacho me contó que le habían pillado los alemanes, y entonces advertí que se trataba de aquel mismo Andréi que en Seskí, junto al henal, hablaba con su novia.

— Óyeme, amigo —le dije—, tal vez hayas golpeado a un alemán con el hacha, tal vez seas un muchacho valiente, pero desde luego no fuiste a yerme a mí, sino a tu novia.

El muchacho se puso rojo con la grana y balbuceó unas protestas, pero yo proseguí:

— ¿Qué has decidido? ¿A dónde vas a estudiar, a Dniepropetrovsk o a Chernígov? ¿Has mandado ya aviso a tu amada?… - El muchacho creyó seguramente que yo era un brujo. Me miraba con tal aire de asombro, que todos se echaron a reír —. Ya que se lo has prometido, tráela al destacamento. Convenceremos al jefe.

También encontré allí a la muchacha jefe de brigada de Lísovie Soróchintsi y, al día siguiente, un muchachito me entregó una carta. Era la primera vez que recibía una carta desde que estaba en la clandestinidad. El muchachito me dijo:

— Me han pedido que se la entregue personalmente, en propia mano.

El papel estaba doblado cuidadosamente, formando un triángulo. Lo abrí y busqué la firma: Yákov Zússerman.

— ¿Dónde está Zússerman?

— Se ha ido al destacamento de Popudrenko. Ya son cinco con él.

He aquí lo que me escribía Yákov:

“Alexéi Fiódorovich: Tal vez crea usted que soy una persona susceptible, demasiado caprichosa y nerviosa. En efecto, tengo ahora unos nervios imposibles. Estuve en Nezhin, pero tenía usted razón, no debía haber ido. Habían concentrado a los judíos en un ghetto rodeado de alambre espinoso. La gente me dijo que a mi mujer y a mi hijito los habrían matado ya. Dos noches seguidas estuve dando vueltas alrededor de las alambradas. Faltó poco para que me atraparan. Los alemanes dispararon contra mí. ¿Qué podía hacer? Estuve cinco días escondido en casa de unos amigos, pero no pude resistir más. Por la ventana observaba a los alemanes, veía con qué insolencia se portaban, las barbaridades que hacían. Les vi pegar por la calle a un viejo, golpeándole con las cula-

tas y les vi saquear una tienda. Entonces recordé que usted me había invitado a ir al destacamento guerrillero, pero aún confiaba en saber algo de mi familia.

Encontré a un amigo, al ciego Yasha Batiuk. Reconoció mi voz y me llevó a su casa. Esto, Alexéi Fiódorovich, me produjo una gran impresión; me sentí muy emocionado y me dio vergüenza. Yo tengo una gran fuerza física, estoy sano, en cambio Yasha Batiuk es ciego desde la infancia. Pero tanto él, como su hermana Zhenia y su padre escriben proclamas y las difunden por la ciudad. En casa de Yasha se reúnen por la noche los komsomoles. Usted, seguramente, sabrá que él, siendo ciego, se ha quedado a trabajar en la clandestinidad. Es muy enérgico, no teme a la muerte y todo el mundo le aprecia mucho. Quise quedarme en Nezhin para ayudarle, pero Yasha me ordenó marchar, teniendo en cuenta que soy judío. Me explicó que sería más útil en un destacamento guerrillero. En la ciudad me reconocerían y detendrían en seguida. Cuando Yasha supo que había estado con usted y que sabía dónde encontrarle, se alegré mucho de que yo pudiera ponerle en relación con el secretario del Comité Regional del Partido. Incluso quiso acompañarme para hablar con usted, pero su padre y sus camaradas le disuadieron. Entonces Yasha escribió una carta y me dieron orden de salir. Me proporcionaron armas y me acompañó un muchachito al cual dejo esta carta.

La carta que envió para usted Yasha Batiuk no la he enseñado en el destacamento; tal vez venga usted por aquí, entonces sabrá que yo he marchado, siguiendo sus consejos, al destacamento regional. A mi juicio, el mando de este destacamento es demasiado débil. He visto cometer a los alemanes tantos horrores, que no puedo soportar que un destacamento entero se limite a esconderse en el bosque o que dé uno o dos golpes de mano a la semana. El ciego Yasha Ba-

tiuk, con sus komsomoles trabaja más y con mayor audacia que la dirección de aquí.

Tal vez esto no me incumba; sigo el viaje como enlace. Le hubiera escrito con más detalle... Dejo esta carta por si acaso, por si no le veo en el destacamento de Popudrenko. Entonces le contaré todo con más detalle.

Hasta la vista, camarada Fiódorov, si no me matan por el camino”.

Pregunté al muchachito que me había entregado la carta de Zússerman -

— ¿Hace mucho que se fue Yákov? ¿Se ha peleado con el mando de aquí?

El muchachito me dijo que no; Zússerman no había reñido con nadie, pareciendo siempre tranquilo, pero dijo que tenía que cumplir una misión en el destacamento regional y hacía aproximadamente una semana que había marchado.

El muchachito añadió.

— Yo también soy de Nezhin. Vine aquí con Zússerman, pero me gusta más estar en la ciudad, con los komsomoles. ¡Es muy interesante trabajar con el camarada Batiuk! En la ciudad le conocen todos y todos le aprecian. Antes de la guerra era abogado. Camarada Fiódorov, ¿cree usted que puedo volver a Nezhin?

* * *

De Yákov Batiuk había oído ya antes de la guerra hablar al secretario del Comité de Distrito del Partido de Nezhin Guerasimenko. Una vez me conté que había llegado a Nezhin un hombre ciego a instalarse con su padre, era komsomol y candidato al Partido. Ese era justamente Yákov Petróvich

Batiuk. Poco tiempo antes había acabado sus estudios con muy buenas notas en la Facultad de Derecho de la Universidad de Kíev y se le había destinado a Nezhin. En medio año de labor este abogado de veintidós años había conquistado en la ciudad gran popularidad. Pasó a ser miembro del colegio de abogados, Incluso los juristas mayores y experimentados reconocían que Batiuk era un defensor muy capaz.

Tengo que reconocer que me extrañó mucho que no evacuara. Yákov Batiuk no estaba entre los comunistas elegidos para quedarse en la retaguardia. El Comité Regional no había confirmado su candidatura. Pero es posible que lo dejara tras las filas del enemigo el Comité Regional del Komsomol. Esta decisión me pareció muy poco sensata,

Cuanto más pensaba en ello más interrogantes me venían a la cabeza. Era un ciego... Aceptemos que tiene una memoria prodigiosa, incluso fenomenal... Guerasimenko explicaba que en las causas judiciales Batiuk citaba sin error alguno cualquier artículo del Código penal, que se sabía al dedillo los detalles de cada causa y no llevaba a las sesiones ni un solo papel, llamaba a los testigos sin equivocarse por su nombre y patronímico.. Supongamos que tenga un oído magistral y también una gran memoria auditiva. Eso es frecuente en los ciegos. Pero dirigir una organización clandestina sólo apoyándose en estos elementos...

Me imaginé el primer encuentro del ciego con un alemán. Porque sólo lo oiría, no sabría cuál es su aspecto... ¿Y si en la habitación entra una persona y no dice nada? ¿Cómo saber si es o no un enemigo? Con Yákov estaba su padre, la hermana y los camaradas, estos le ayudarían. Zússerman escribe que los militantes clandestinos se reúnen por las noches. Pero para Batiuk siempre es de noche.

Siguiendo con mis pensamientos, me esforcé en imaginarme en el lugar de Batiuk. Cerré los ojos. Qué pequeño se hizo el

mundo que me rodeaba. Acaba allí donde llega la mano. Para mí, que veía, la Patria era enorme. La Patria eran los inmensos campos de los koljoses, los ríos, los mares, un barco, una estampa hermosa; una fábrica con sus máquinas complejas e inteligentes, un tren, un coche, un avión en el cielo... El teatro, el cine... La brillante y emocionante manifestación del Primero de Mayo... Un bosque, un prado verde...

Cerré los ojos, pero recuerdo todo esto, Incluso en el caso de que me hubiera quedado ciego después de una vida en la que veía, todo lo visto se conservaría en mi memoria...

Por la tarde llamé al chico que acompañaba a Zússerman.

— ¿Conoces bien a Yákov Batiuk? Cuéntame todo lo que sepas.

El chico no sabía muchas cosas. Entonces lo pregunté:

— ¿Qué crees, puede el ciego Batiuk ser realmente el dirigente de la organización clandestina?

El muchacho me miró casi con desprecio. Contestó con voz cortante con una nota de ofensa:

— ¿Usted sabe cómo es? ¿Usted se cree que es ciego? Cuando empieza a preguntar y te clava sus gafas negras resulta más penetrante que usted, camarada Fiódorov, ¡palabra de honor! Cuando escribe a máquina casi no llegan a dictarle de lo rápido que va. Y sin un error. Por la calle va sin bastón y sabe ¡qué deprisa! Zhenia, su hermana, explicaba, y Piotr Ivánovich también que, en Kíev, Yákov Petróvich puede también pasearse libremente sin el bastón... ¿Qué quién es Piotr Ivánovich? Pues quién va a ser, el padre de Yasha y Zhenia, claro. El también trabaja en la clandestinidad, pero no creo que conozca a todos. Yákov Petróvich ha organizado el trabajo de una manera que los miembros de base de la organización conocen sólo su zona. Yo, por ejemplo, sólo tengo contacto con dos aldeas. Estuve en una sola reunión...

Y no fue de noche, sino por la tarde. Todavía había luz. Me hicieron saber que tenía que ir. Me acerco a la calle Rosa Luxemburgo, donde viven los Batiuk y oigo una gramola que toca canciones. Hasta me pareció que me había equivocado. Pero resulté que era allí justamente donde cantaban. Las ventanas estaban abiertas, había jóvenes, hasta una botella de vino encima de la mesa. Luego supe que el vino sólo estaba para despistar...

El muchacho soltó toda esa parrafada de una sola tirada. Después calló y ya me costó más animarlo a hablar.

— ¿Yákov Petróvich también cantaba con todos?

— Sí. Tiene una voz fuerte, de bajo.

— ¿También se bailó?

— Sí, se bailó, hasta algunas chicas llevaban los labios pintados. Pero todo esto se hacía adrede, para que los vecinos pensaran que era una fiesta de verdad.

— ¿Había mucha gente reunida?

— Unas doce personas. Pero algunos salían y venían otros.

— ¿Tú estuviste mucho rato?

— Unos veinte minutos.

— ¿Hablaste con Yákov?

— Me llamó él, nos taparon en un ángulo. Su hermana me susurré: "Da la mano a mi hermano". Yákov Petróvich me saludó cogiéndome de la mano y me dijo: "Algo débil. ¡Un joven bolchevique debe ser fuerte! " —y me apreté la mano con tanta fuerza que tuve ganas de gritar. Luego me preguntó: "¿Has dado el juramento? " Y yo moví la cabeza en señal de afirmación, pero Zhenia me susurré: "No hay que mover la cabeza, mi hermano no ve". Pero él, Yákov Petróvich, no me lo preguntó otra vez. Me hizo esta otra pregunta: "¿Quieres ser guerrillero, no tienes miedo del bosque?" Y yo le dije que

sí quería. “Mañana irás con esta persona. Todas sus órdenes serán ley para ti. ¿Está claro? “. Yo le contesté que sí, que estaba claro; de nuevo me estrechó la mano y me fui. Zhenia me acompañé. Ya en la calle me explicó dónde me tenía que encontrar con Zússerman y todo lo demás.

— ¿A qué se dedica ahora Batiuk, cuál es su situación oficial?

Mi interlocutor callaba, pensaba en qué decir, es posible que resumiera mentalmente todo lo que sabía. Algo así como dentro de un minuto contestó:

— Camarada Fiódorov, me parece que no tendría que hacerme estas preguntas. Todo lo que sé es a través de otros camaradas. En los guerrilleros todo está a la vista, mientras que en la clandestinidad las cosas son de otra manera. Sé que tenemos una máquina de escribir, a lo mejor dos. También sé que tenemos una radio, porque yo mismo he ido a pegar los pasquines con informaciones frescas del Buró Soviético de Información. También estoy enterado de que tenemos un grupo de sabotaje, y en el trayecto Nezhin — Kiev no hace mucho exploté un tren. Estoy prácticamente convencido de que es obra de nuestros chicos. Pero no puedo informarle de eso oficialmente. Yo respondo de mis actos, ¿no es cierto? Mire, por ejemplo, Shura Lopotetski, de nuestro grupo, una vez le pregunté dónde se había metido tres días enteros. Y él me contestó que a la siguiente vez que le hiciera una pregunta así, se lo diría a Yákov Petróvich. “¡Pero, como es la primera vez, toma! —y me dio en la oreja. ¿Qué le iba a decir yo?, tenía razón. ¿Qué le parece, camarada Fiódorov?

— O sea que si te hago otra pregunta, ¿me vas a dar en la oreja?

— No, que va, camarada Fiódorov, porque es usted el secretario del Comité Regional del Partido...

Allí acabó mi conversación con el muchacho que acompañaba a Zússerman. No me enteré mucho por él de la organización de Nezhin, pero pronto llegaría al destacamento regional. Allí Zússerman me contaría con más detalle. Sin embargo, aunque sea por los datos dispersos que recibí, me dio la impresión de que en Nezhin en la dirección de la organización clandestina del komsomol había gente seria y activa. Y el propio Yákov Batiuk, al parecer, era una persona fuera de serie.

En la reunión general del destacamento de Ichnia leí la carta de Zússerman y conté algo de Batiuk. Esto produjo una gran impresión. A alguno de los jefes del destacamento no les fue muy agradable escuchar el que “el ciego Yasha Batiuk y sus komsomoles trabajan más y con mayor audacia que la dirección de aquí”.

* * *

La situación que existía entonces en el destacamento de Ichnia se explicaba porque, tanto en este destacamento como en otros muchos, los hombres estaban aún buscando el camino acertado.

No eran solamente Zússerman ni su camarada de Nezhin los que se sentían nerviosos. Había en el destacamento un soldado del Ejército Rojo, evadido de un campo de prisioneros; se llamaba, no recuerdo ahora si era su nombre o un apodo, Gólod[8]. Era un muchacho muy bullanguero, impaciente y audaz.

— ¿Qué hacemos aquí perdiendo el tiempo en hacer instrucción, cuadrarse y comer gachas? —gritaba—. ¡De morir, mo-

---

[8] ***Gólod:*** *hambre en ruso. (N. del Trad.)*

rir con música! ¡Ya que nos decimos guerrilleros, debemos pelear y armar trifulca!

Pertenecía a lo que pudiéramos llamar el grupo más extremo, constituido por unos muchachos que ansiaban una vida "libre". Se imaginaban la vida guerrillera exenta de preocupaciones, siempre la aventura y el asalto, y después ¡viva la alegría! Estaban enterados de que Dneprovski y yo habíamos asistido a la reunión de los stárostas. Por esa razón Gólod pensaba que yo era partidario de esa tendencia insensata. Vino a mi para quejarse del jefe y del comisario.

— No hacemos más que instrucción...

Había otro grupo de tendencia opuesta, partidario de esperar, de reunir fuerzas, prepararse, estudiar con atención al enemigo y después, en la medida de lo posible, atacarlo. El grupo partidario de este punto de vista no estaba encabezado por nadie, pero era numeroso. El mando, Sichov y el comisario Gorbati no estaban ni con unos ni con otros y hacían equilibrios entre los dos extremos. En esos roces internos, discusiones y mítines se gastaba muchísimo tiempo.

El mando no tenía un plan de acción determinado. Nadie podía contestar a preguntas como éstas: ¿Dónde y cuándo atacar? ¿Cuál era el punto más débil del enemigo? ¿En qué aldea contaban los guerrilleros con el máximo apoyo? El enlace con los campesinos estaba organizado; en casi todas las localidades había gente de confianza, pero el papel de esta gente era pasivo. Recibían al enlace del destacamento, le daban de comer y le ofrecían una cama. Todo lo más, le contaban cuándo habían pasado los alemanes. Pero no hacían ningún trabajo de agitación ni propaganda: ni siquiera se ocupaban de explorar debidamente los alrededores.

El mando del destacamento de Ichnia no comprendía tampoco que su grupo guerrillero de distrito era una parte del gran ejército clandestino; que era preciso organizar un enlace co-

tidiano con los destacamentos vecinos, con el Estado Mayor Regional, que era necesario concertar los planes de común acuerdo.

El destacamento, por cierto, sólo llevaba dos meses constituido y algo tenía en su haber: había liquidado tres puestos enemigos, ejecutado a varios traidores y minado la carretera. El destacamento había prestado ayuda a seis soldados rojos fugitivos del cautiverio, que se incorporaron a la guerrilla. El propio hecho de su existencia tenía importancia. Al mando no le faltaba razón cuando decía que se precisaba bastante tiempo para organizar el destacamento.

A pesar de todo, el destacamento de Ichnia parecía más bien un refugio, y en el mejor de los casos, un grupo de gente que se limitaba a defenderse del enemigo. Era evidente que el mando había prolongado demasiado el período organizativo. Ya era hora de corregir esta situación. En el destacamento había muchos que lo comprendían así y esperaban de nosotros, en particular de mí como dirigente, medidas decisivas. Nuestra presencia animé mucho a la gente: sintieron que el destacamento no estaba solo.

Al otro día, se leyó la siguiente orden ante los guerrilleros formados.

Orden
DEL ESTADO MAYOR REGIONAL
DE DIRECCION DEL MOVIMIENTO GUERRILLERO
DE LA REGION DE CHERNIGOV
(bosque de Ombishi)
9 de noviembre de 1941

El Estado Mayor Regional del movimiento guerrillero señala que el mando del destacamento de Ichnia —jefe del desta-

camento camarada P.P. Sichov, comisario camarada V.D. Gorbati, secretario del Comité de Distrito del Partido Comunista (bolchevique) de Ucrania camarada Popkó— ha realizado un buen trabajo de organización, creando un sólido armazón del destacamento guerrillero para llevar a cabo efectivas acciones militares contra los invasores germano-fascistas. Pero la dirección del destacamento guerrillero no ha utilizado todavía estas posibilidades, no ha desplegado un amplio trabajo de partido y político entre la población, no ha procurado atraer al destacamento guerrillero a los mejores hombres ni ha organizado un buen servicio de exploración; el destacamento no sostiene una amplia lucha implacable contra los invasores germano-fascistas, no ha tomado la iniciativa en sus manos en la lucha contra los invasores, no ha respondido al terror, desencadenado por los fascistas y sus agentes, con el terror rojo y potentes golpes contra los invasores alemanes que han asesinado ya en el distrito de Ichnia a decenas de personas inocentes: al delegado político camarada Yaroshenko en la aldea de Buromka, a un koljosiano en la aldea de Rózhnovka y a un soldado del Ejército Rojo en la aldea de Zaudaika.

El Estado Mayor Regional del movimiento guerrillero o r d e n a al mando del destacamento guerrillero de Ichnia:

Inutilizar inmediatamente el ferrocarril de Kíev — Bajmach, volar el puente ferroviario entre Kruti y Pliski, provocar continuos descarrilamientos de los trenes alemanes, destruir autos, depósitos de armas, municiones, exterminar a los alemanes y a sus agentes. Exterminar a los destacamentos alemanes acantonados en lchnia, Paráfievka, Kruti.

Destruir los registros donde figuran los comunistas. Suprimir al stárosta de la aldea de Zaudaika y a los nacionalistas ucranianos. Celebrar, en el término de diez días, reuniones con los comunistas guerrilleros, planteando las tareas de lucha contra los invasores alemanes.

Desplegar, inmediatamente y con toda amplitud, el trabajo de reclutamiento de los mejores hombres para el destacamento guerrillero.

Organizar un servicio de exploración sistemático y profundo y el enlace con cada aldea del distrito y con los distritos vecinos, para lo cual conviene tener en el destacamento a dos mujeres-enlaces y utilizar para ello también, si es posible, a un muchacho y a un viejo. Disponer en cada aldea de dos o tres personas para el trabajo de reconocimiento y enlace, para saber cada día y cada hora lo que ocurre en las aldeas y en el distrito. Cada guerrillero es ejecutor de las directivas del Partido y del Gobierno, por consiguiente debe realizar un trabajo político de masas entre la población; el guerrillero debe preocuparse por los intereses materiales de los trabajadores, debe defenderles y ayudarles en este aspecto.

Para asegurar el cumplimiento de todas estas medidas, el destacamento debe desfilar sistemáticamente, en orden de combate, por las aldeas del distrito y, en caso necesario, por otros distritos, realizando al mismo tiempo todas las tareas que tiene encomendadas: liquidación de todos los elementos hostiles, destrucción de las bases del enemigo, puentes, trenes, autos, etc., trabajo político de masas entre la población, ayuda material a los trabajadores. para que éstos la perciban prácticamente, etc.

La regla fundamental del trabajo del guerrillero debe ser el cumplimiento de las misiones de combate simultáneamente con el trabajo de educación política entre la población: elevación del nivel ideológico y político de los guerrilleros, estrecho enlace y amplia ayuda a la población y lucha implacable en todas partes contra los invasores alemanes.

Del cumplimiento de dicha orden informar al Estado Mayor Regional de dirección del movimiento guerrillero de la región de Chernígov.

El Jefe del Estado Mayor Regional de
dirección del movimiento guerrillero de
la región de Chernígov
Fiodor Orlov

Grisha, el guarda, nos trajo una noticia: la secretaria de Guz se había escapado. El mismo la había visto, incluso había hablado con ella. Al principio no quisimos ni escucharle. ¡Vaya una cosa importante! ¡Una muchacha empolvada y metidita en carnes había abandonado al suplente del burgomaestre! ¿A nosotros qué nos importaba? Pero la historia resulté ser digna de atención. La muchacha no se había ido, se había fugado. Había sido víctima de un chantaje. Grisha no se enteré bien, si era su padre quien había sido comunista y funcionario responsable de los Soviets o si ella misma, antes de la guerra, había sido una komsomol activa. Las vecinas que habían recogido a la muchacha llamaron a Grisha. Ella, hecha un mar de lágrimas, hablaba mucho y confusamente, ocultando, sin duda, bastantes cosas. Sus lágrimas eran sinceras: así, por lo menos, le pareció a Grisha. Guz había sido maestro en la escuela donde la muchacha estudiara. Cuando llegaron los alemanes, Guz la llamó y le propuso trabajar en el ayuntamiento. La muchacha intentó negarse, entonces él la amenazó con delatarla, y la muchacha, asustada, aceptó. Al ver cuán viles eran los alemanes y sus secuaces, su temor se convirtió en pánico. Además, resultó que Guz la “amaba”.

— No puedo, no puedo, prefiero ahogarme que seguir allí con ellos. Escondedme de ellos, por favor, escondedme.

La muchacha quería comunicar a los guerrilleros que Guz pasaría a la mañana siguiente por el camino de Priputni — Ichnia.

— Matadle, detenedle —decía la muchacha—. Yo misma lo haría, pero soy débil. Vosotros no me creéis, lo sé: soy una malvada, una traidora. Pero ya veréis cómo no miento. Com-

probadlo y juzgadme después, haced conmigo lo que queráis, ahorcadme, fusiladme...

Aquello podía ser una provocación; los alemanes podían haber enviado intencionadamente a la joven. Me puse a recordar su conducta durante la reunión de los stárostas en la escuela. Recordé que la muchacha dibujaba algo y que además, al principio de la reunión, cuando Guz hablaba con nosotros sobre "temas generales", contándonos cómo sería Ucrania bajo la protección alemana, la joven le había preguntado:

— ¿Cómo se organizará la instrucción superior de las mujeres?

Guz se volvió hacia ella todo rojo y babeante, vociferando:

— ¡Bastante lata habéis dado ya! ¡Qué instrucción femenina ni qué ocho cuartos! ¡El marido, los chicos y la cocina! Terminaréis la escuela primaria y, además, clases culinarias y de costura.

La secretaria se esforzó entonces por sonreír, pero no fue una sonrisa, sino una mueca tan lastimera y servil que producía asco mirarla. ¿Y un ser como aquél se había rebelado?

Preguntamos a Grisha:

— ¿Por qué no la has traído? Aquí veríamos de qué pájaro se trata.

— Ella tenía miedo de venir y era arriesgado traerla por la fuerza, podía gritar...

Examinamos los "pro" y los "contra" y decidimos, aun con el riesgo de que fuera una provocación, montar vigilancia en el camino y ocultar en el bosque vecino a un grupo bien armado.

A la mañana siguiente el teniente Glat, el soldado Gólod y tres guerrilleros con sus automáticos se tiraron cuatro horas

seguidas tumbados en la tierra helada al borde del camino. Guz no pasó, pero tampoco apareció ningún destacamento alemán.

El final de esta historia lo supe mucho más tarde. Entonces estábamos furiosos con Grisha, le insultábamos: “¡Papanatas, te lo crees todo!” A Grisha se le criticó con dureza, pero injustamente.

Cuando Guz descubrió la fuga de su secretaria, organizó su captura en todas las aldeas vecinas, y por este motivo permaneció unos días más en el distrito... Pero la gente que había decidido ayudar a la muchacha era más fuerte y leal que los miserables ayudantes de Guz. La muchacha logró ocultarse. Un mes más tarde llegó primero al destacamento de Ichnia, y después al regional. Guz no escapó a la venganza popular... Pero esto pertenece a la historia posterior.

Nuestro grupo del Comité Regional permaneció en el destacamento tres días. Descansamos, nos pusimos ropa limpia, y, por fin, obtuve unas botas y pude despedirme de mis zapatones de un mismo pie. Las cañas de las botas eran tan estrechas que no entraban bien en la pantorrilla y los pantalones hechos en Lísovie Soróchintsi colgaban encima de ellas. Me afeité la barba, pero me dejé el bigote. Cuando Nadia Beliávskaia me vio, observó con desagrado que parecía un kulak. Pero éste era un disfraz cómodo. Teníamos que recorrer cien kilómetros más hasta llegar al dispositivo del destacamento regional.

Se unieron a nuestro grupo Stepán Maxímovich Shúplik, poeta guerrillero, y el joven guerrillero Vasia Poiarko. Dos combatientes armados con automáticos debían guiamos hasta el río Diesná.

Recientemente he recibido como regalo un librito de versos en ucraniano de Stepán Maxímovich Shúplik. editado en

Kíev: “Las canciones del guerrillero abuelo Stepán”. Me encontré con la siguiente poesía:

UNA BUENA NOCHE

Era ya al anochecer;
nos gana el sueño cansino;
de las leguas del camino
son coma plomo los pies.
En la casita aldeana
un rincón para dormir
pedimos. De mala gana, la dueña no quiere abrir.

Le explico grave y austero
que el frío hiela en la calle
y le cuento con detalle
quiénes son los guerrilleros.
Mis versos digo en voz alta,
y se aplaca la mujer.

Lumbre en el horno resalta,
nos prepara de comer,
pone la mesa de pino
y nos invita a beber
un tibio vaso de vino.
Buena noche en la casita
junto a la estufa caliente.

A la mañana siguiente
la dueña a comer invita
sus rubios y tiernos panes.
Y al marchar nos incita:
“¡Matad a los alemanes! “

Estos versos describen un episodio auténtico acaecido en la aldea de Volovitsi.

Llegamos a esta aldea, según cuenta el poeta, cuando oscurecía. Estábamos helados, hambrientos y completamente rendidos, con un sueño que apenas podíamos tenernos de pie. Nos parecía que si nos sentábamos, seríamos ya incapaces de levantarnos. Llamamos en la primera casa que vimos al paso. La dueña entreabrió la puerta, y yo en el acto metí el pie por el resquicio. La mujer quiso cerrar la puerta y al tropezar con mi bota, se puso a chillar. Por la abertura nos llegó el olor a “borsch” y a pan recién sacado del horno y el maravilloso calor de una casa abrigada. Esto me animó, empujé la puerta y entré, seguido de mis siete compañeros.

¡Qué manera de gritar la de aquella mujer! ¡Como si fuéramos bandidos! Claro que ella precisamente nos había tomado por bandoleros, por asesinos. Tratamos de explicarle que solamente queríamos calentarnos y que no atentaríamos ni contra su vida ni contra sus bienes. La mujer permanecía sorda a nuestras palabras y seguía gritando como si la degollaran. Esto era particularmente desagradable porque, según noticias que teníamos, encontrábase en la aldea un destacamento de requisa alemán bastante considerable.

Los camaradas se descolgaron los automáticos —estaban cansados de llevarlos— y la dueña, creyendo que era una amenaza, calló inmediatamente. Sólo entonces comenzó a comprender lo que decíamos. Hablábamos por turno, explicándole quiénes eran los guerrilleros, cómo defendían los intereses del pueblo. De pronto, la dueña preguntó:

— ¿Por qué no os quitáis los abrigos?

Poco después nos ofreció “borsch” y cuando Stepán Maxímovich le recitó algunos de sus versos, la mujer, con los ojos empañados de lágrimas, dijo que también tenía aguardiente.

— ¿No queréis un poco para quitaros el frío?

Como veis, todo sucedió tal como lo relata el poeta. Pero Stepán Maxímovich se olvidó de un detalle muy importante.

Como Dneprovski no bebía vodka, la dueña de la casa le obsequió con un licor preparado por ella. Esto era un indudable testimonio de que habíamos sabido ganarnos su simpatía.

Nos pusimos a hablar. La dueña de la casa era la mujer del ex presidente del Soviet rural; el marido no tardaría en regresar.

Nos contó que en el otro extremo de la aldea había alemanes; al decirlo nos miró con expectación.

Seguidamente ocurrió algo que el poeta relegó al olvido o que no supo poner en verso.

Éramos nueve personas. Según la dueña de la casa, los alemanes no serían menos de cincuenta, armados con fusiles automáticos y ametralladoras. Hubiera sido insensato atacarles con nuestras fuerzas, pero también era insensato no hacer nada.

— Los alemanes han puesto un bando —dijo la dueña de la casa—, para que mañana la aldea entregue 240 vacas y 80 lechones.

— ¿Dónde han puesto ese bando? —pregunté yo. Se me ocurrió la idea de dar un susto a los alemanes.

La mujer me explicó que los avisos estaban colgados en los postes, al lado de la ex oficina del koljós.

— ¿Sabéis una cosa, muchachos? —propuse yo a los compañeros—, vamos a escribir una orden.

Les expuse mi plan. La dueña no acababa de comprender lo que nos disponíamos a hacer, pero nos dio gustosa papel y tinta. Ninguno teníamos sueño. Nos entusiasmamos y poco después la orden estaba lista y reproducida en diez ejemplares.

orden
DEL JEFE DEL EJERCITO GUERRILLERO
DE LA REGION DE CHERNIGOV,
TENIENTE GENERAL ORLOV
Chernígov, octubre de 7941

Tan pronto hube dictado el encabezamiento, la mujer, radiante de contento, preguntó: “¿Entonces, tenéis muchas fuerzas?”

Los invasores germano-fascistas, con ayuda de sus siervos, policías, kulaks, nacionalistas ucranianos y demás canalla, saquean al pueblo ucraniano, imponen contribuciones a los campesinos en trago, ganado, patatas y demás productos.

Con el fin de acabar con este pillaje de los invasores fascistas y de sus siervos,- ordeno:

1. Prohibir categóricamente a todos los ciudadanos entregar trigo, ganado, patatas y demás productos en concepto de contribución a los invasores alemanes.

2. Las personas que infrinjan esta orden y lleven trigo, ganado, patatas y demás productos a los invasores germano-fascistas serán castigadas con la dura mano revolucionaria, como viles traidores a la Patria soviética.

3. Los jefes de los destacamentos guerrilleros establecerán puestos secretos en los caminos que conducen a los puntos de acopio.

4. Los stárostas y los policías que cumplan las disposiciones de los saqueadores alemanes respecto a la contribución (de trigo, ganado, patatas, etc.) serán inmediatamente aniquilados con su nido de víboras.

¡Camaradas campesinos y campesinas! ¡Ni un kilo de carne, de trigo, de patatas ni de ningún producto para los saqueadores germano-fascistas!

* * *

La mujer no encontró clavos ni tampoco tenía cola. Nadia Beliávskaia descubrió en el poyo de la ventana una cajita de agujas de gramófono; decidimos utilizarlas. Inmediatamente después de la cena Vasia Zubkó y Plevako, acompañados de la dueña de la casa, salieron para quitar los avisos y bandos alemanes y en su lugar poner los nuestros.

La dueña nos instaló cómodamente a todos. Dneprovski, que sufría de reuma, se acostó en la estufa. Dormimos perfectamente. La mujer nos despertó al amanecer. Su marido había regresado ya y nos aseguró que en Volovitsi no había quedado ni un alemán: habían huido todos.

Debemos confesar que no contábamos con este resultado cuando escribíamos nuestra orden. Queríamos demostrar simplemente que los guerrilleros estaban alerta. El resultado era sorprendente. Eso quería decir que el enemigo no se sentía muy seguro en tierra soviética.

Es cierto que el dueño de la casa nos dijo que al frente del destacamento de requisa había un intendente esmirriado y cobarde. En cuanto le informaron de la "orden", empezó a agitarse y a correr de un lado para otro, diciendo que el servicio de información le había comunicado hacía tiempo que se aproximaba un numeroso grupo de guerrilleros.

Por la mañana nos dieron muy bien de comer y el dueño nos acompañó hasta la orilla del río Diesná, señalándonos un paso estrecho y helado por completo. Nos explicó también el camino más corto para llegar a la aldea de Reimentárovka del distrito de Jolm.

— ¡Hasta la vista, camaradas! —dijo al despedirse—. En Reimentárovka hay gente que conoce a Mikola Napudrenko...

No sé por qué muchos campesinos deformaban así el apellido de Nikolái Nikítich Popudrenko.

Siento mucho haberme olvidado del nombre del hospitalario matrimonio de Volovitsi. Tanto ella como él eran indudablemente verdaderos ciudadanos soviéticos.

Allí, a orillas del Diesná, debían abandonarnos los dos guerrilleros de los automáticos; en esta parte comenzaban unos bosques bastante espesos, donde era fácil esconderse y podríamos pasarnos sin ellos. Al despedirse de nosotros, uno de los guerrilleros me dijo que quería hablar conmigo a solas.

* * *

Nos apartamos a un lado, metiéndonos entre unos matorrales. El camarada tardó en comenzar y tuve tiempo de examinarle detenidamente. Confieso que aunque habíamos hablado y llevábamos juntos tres días, no me había fijado atentamente en nuestros acompañantes. Eran dos guerrilleros, uno más joven que el otro. Ahora, intrigado, lo examiné con atención.

Tenía delante de mí un hombre de mediana estatura y entrado en años, envuelto en abrigo de paño, evidentemente hecho en la ciudad. En el arco de la nariz señales de haber llevado gafas. Recordé que durante el camino le había visto cambiarse frecuentemente de hombro el automático. A juzgar por su aspecto era un hombre de ciudad, de trabajo intelectual. “Querrá quejarse seguramente de la dirección del destacamentos”—pensé.

— Camarada Fiódorov —comenzó el hombre con voz insegura, aunque en tono que pudiéramos llamar oficial—, me dirijo a usted como a un diputado del Soviet Supremo, miembro del Gobierno. Como me pueden matar...

— ¿Quién? ¿Por qué?

— Los alemanes o los nacionalistas ucranianos... estamos en guerra.

— Sí, eso es verdad, puede ocurrir —me vi obligado a reconocer—. Le ruego que sea breve. Como ve, no tengo despacho y no tenemos donde encerrarnos. Cuénteme su secreto.

Entonces el hombre se dio prisa; desabrochóse el gabán y, levantando uno de los faldones, descosió con un dedo el forro y sacó un paquete plano, bastante voluminoso.

— Tome —dijo tendiéndome el paquete—. Aquí hay veintiséis mil cuatrocientos veintitrés rublos. Ese dinero pertenece a la Oficina forestal de la industria de la carne y de la leche. Es el dinero que había en caja el día que evacuamos de Kíev. Soy el jefe contador, me llamo...

Yo apunté el nombre de este camarada, pero perdí aquellas notas; cosa no difícil en tres años de vida guerrillera.

Después de haberse presentado, el contable continuó.

— Yo evacué con un grupo de colaboradores, pero en el viaje nos bombardearon el tren y quedamos cercados. Después... ¡Cuánto he sufrido hasta llegar al destacamento! Le suplico que acepte este dinero, en estas condiciones no puedo tenerlo conmigo. Este dinero pertenece al Estado, yo no tengo caja de caudales ni siquiera una maleta, y además, me pueden matar...

— ¿Pero por qué no lo entregó usted al jefe del destacamento? Si a usted le hubieran matado o simplemente herido, los compañeros hubiesen mirado sus cosas... y habrían podido tomarle por un merodeador.

— ¡Eso es lo que quiero evitar! Pero, camarada Fiódorov, no puedo entregar ese dinero al jefe. Hay que firmar el recibo y él no tiene facultades..

— Óigame, camarada contable, lo único que no comprendo es por qué ha hecho usted de esto un secreto. Lo natural hubiera sido lo contrario; hacerlo delante de testigos...

— No, la suma es importante, no conozco a la gente y las circunstancias son poco propicias.

— Bueno, venga el recibo. ¿Dónde tengo que firmar?

— Aquí, pero, por favor, cuente antes el dinero.

— ¿Para qué? De todas formas quemaré ahora mismo estos billetes.

— Pero debe usted contarlos antes, camarada Fiódorov. No tiene por qué fiarse de mi.

— A usted le han confiado algo más valioso. Le han confiado un arma y la guardia de unos hombres. Veo que es usted un hombre honrado. ¿Para qué vamos a perder una hora o quizás más en contar papeles?

- Camarada Fiódorov —exclamó el contable; la irritación sonaba en su voz—, le comprendo, pero no puedo proceder de otro modo. Llevo treinta y dos años manejando dinero como cajero y contable...

Me encogí de hombros, suspiré y me puse a contar. Naturalmente no faltaba ni un kopek. El cuadro que formábamos debía de ser bastante peregrino. A orillas de un río helado, en medio de unos matorrales cubiertos de nieve, dos hombres, sentados, estaban contando un fajo de billetes.

Después los quemamos y me calenté los dedos a la llama de esta original hoguera: se me habían helado contándolos.

Los camaradas que nos esperaban también estaban ateridos. Sobre todo Zubkó y Plevako. Inquietos por mi larga ausencia, se arrastraron sobre la helada tierra hacia el lugar donde nos habíamos ocultado.

— Como tardaba tanto en volver —explicó Plevako—, pensamos que... pero cuando le vimos contando dinero, nos tranquilizamos.

El contable le miró con asombro, sin comprender esa indiferencia ante el dinero. Al despedirnos, me estrechó fuertemente la mano.

— ¡Gracias, camarada Fiódorov! Ahora me sentiré con mayor libertad, combatiré mejor.

Nos hallábamos aún en el distrito de Ichnia cuando supimos que Popudrenko y sus hombres habían pasado del distrito de Koriukovka al de Jolm. Por eso nos dirigimos a Reimentárovka, aldea situada en la linde de un gran bosque. Era indudable que en esta aldea había gente ligada con el destacamento regional. Sin embargo, por la experiencia anterior, comprendíamos que no era cosa tan fácil encontrar a los guerrilleros.

En el destacamento de Ichnia descansamos, nos mudamos de ropa y repusimos fuerzas. El tiempo era agradable: nevada de vez en cuando y no hacía mucho frío; estábamos a mediados de noviembre. Era fácil caminar, los pies no se hundían en el barro. Observé que los camaradas se habían vuelto más silenciosos. Todos teníamos en qué pensar.

Llevábamos dos meses en el territorio ocupado por los alemanes. ¿Qué ocurría en el país, cuál sería el curso de la guerra?

Durante todo aquel tiempo había oído la radio sólo dos veces: en casa de Goloborodko y en el destacamento de Ichnia. La había escuchado con avidez, tratando de imaginarme por dos o tres partes del Buró Soviético de Información y por las noticias fragmentarias llegadas a mis oídos toda la marcha de la guerra. Se combatía en las inmediaciones de Moscú; sobre nuestra capital, el corazón de nuestra Patria, se cernía una grave amenaza. Y tal vez en ningún lugar eran acogidas

estas noticias con tanto dolor, con tanto sufrimiento, como en las regiones ocupadas.

Los combatientes y jefes del Ejército Rojo, los obreros y dirigentes de la producción en nuestra retaguardia soviética, los koljosianos del territorio soviético libre tenían un trabajo concreto, claro, definido. En cambio nosotros, los combatientes y trabajadores de la clandestinidad, estábamos aún buscando el camino y las formas de organización, reuniendo fuerzas y armas.

¿Qué había visto y aprendido yo durante aquellos dos meses? Había visto mucho, había tropezado con centenares de personas, había hablado con decenas de ellas.

Comencé a resumir y sintetizar mis impresiones; analizar las entrevistas, las conversaciones, las ideas; descubrir lo principal y lo característico. Sin ello, hubiera sido imposible encontrar la táctica debida en la lucha guerrillera y en la labor clandestina.

En mi memoria quedaron grabados los episodios ya descritos. Aunque entonces recordaba mucho más; las cosas eran más recientes y estaban más frescas. Pero los episodios principales fueron ésos precisamente.

Dicho sea de paso, no me puedo quejar de mi memoria. Pues sabía seleccionar los hechos y las observaciones más precisas y características.

Por ejemplo:

La cosa ocurrió en el caserío de Petróvoskoie; una vez estaba yo sentado en la escalera de la terracilla, cuando se me acercaron dos mujeres, visiblemente excitadas.

— ¿Es usted miembro del Partido? —preguntó una de ellas.

Contesté negativamente. Ambas se miraron decepcionadas. Cuando quise saber de qué se trataba, me contaron de mala

gana que discutían por un lechón. Pelagueia acusaba a Marusia de habérselo robado. Pero Marusia afirmaba que el hijo de Pelagueia había robado a su hermana aquel lechón recién nacido.

— Bueno, ¿y para qué necesitáis en ese pleito a un comunista? —pregunté perplejo a las mujeres.

— ¿Y a dónde vamos a ir ahora? No hay tribunales ni milicia. Tenemos un stárosta y el policía de distrito. ¡Pero ésos no son jueces ni nada!

El contable, del que he hablado ya, me entregó aquel dinero no porque yo fuera Fiódorov y le cayera simpático, sino porque en mí veía a un diputado, a una persona de confianza del pueblo.

Menciono el caso de las mujeres no porque pueda ser más o menos pintoresco, sino porque caracteriza lo que para el pueblo significaban los comunistas.

En la aldea Borok me contaron este caso. Los alemanes apresaron en un camino a un grupo de personas. No era un grupo organizado, sólo iban por el mismo camino. Marchaban hacia los bosques donde había guerrilleros, se unieron por casualidad y se conocían poco entre sí. Había en el grupo dos que se habían escapado de un campo de concentración, ambos miembros del Partido; uno era presidente de un koljós, había quemado los silos de grano y pan hacinado, y después decidió oportunamente que tenía que irse de su aldea; otro era instructor de un Comité de Distrito del Komsomol; el último en unirse al grupo fue un hombre de unos cuarenta años, un simple koljosiano de una aldea vecina. Sus compañeros casi no sabían de él.

Tres de los miembros del grupo: el presidente del Koljós, el instructor del Komsomol y uno de los soldados caídos en una bolsa cometieron el error de conservar consigo los papeles. Otro de los militares, a pesar de haberse arrancado los "cubi-

tos" de teniente, se dejó la chaqueta donde se veían unas huellas oscuras, los alemanes comprendieron que se trataba de un oficial del Ejército Rojo. Todos, menos el último hombre, estaban armados de pistola. La patrulla apresó al grupo mientras éste dormía junto a unos arbustos del camino. Pero los hombres intentaron defenderse, hirieron a dos soldados.

Llevaron al grupo a un pueblo. Los alemanes dijeron a la población que habían arrestado a unos guerrilleros. En medio del pueblo levantaron un cadalso y cuatro horcas. El día de la ejecución reunieron a toda la población de las aldeas vecinas. Pero a los invasores no les bastaba con la ejecución. Decidieron organizar una farsa de juicio. En aquellos tiempos los alemanes todavía intentaban poner a los campesinos de su parte, querían mostrar que eran los elementos de afuera los que intentaban destruir y perturbar el "nuevo orden". El comandante dijo:

— Vamos a eliminar a los guerrilleros comunistas que son enemigos no sólo del imperio alemán, sino también de los agricultores ucranianos. Vamos a mostrarles un juicio justo de unos comisarios, guerrilleros y comunistas.

Todos vieron que subieron al cadalso cinco personas, pero sólo había cuatro horcas.

Los tres comunistas y el presidente del koljós, aunque no era del Partido, los cuatro comprendieron después de los interrogatorios que no podían esperar piedad de los alemanes. Los trajeron con las manos atadas a la espalda, la ropa destrozada, los rostros golpeados y llenos de sangre. A su quinto compañero lo trajeron más tarde, también atado, sin embargo su ropa estaba entera y en la cara ni un rasguño. Los cuatro primeros se mantenían con dignidad, miraban a sus torturadores con expresión de desprecio. Pero el quinto tenía un aspecto claramente despistado. Miraba a los hitlerianos, las

horcas, al pueblo reunido. Tenía todo el aire de ser un traidor.

Empezó un interrogatorio público. El comandante se dirigía por orden a cada uno:

— Responde en voz alta quién eres.

— ¡Soy oficial del Ejército Rojo y miembro del Partido! — contestó con firmeza el primero.

— Yo soy candidato al Partido, trabajador del Komsomol — dijo el segundo.

— Yo soy un bolchevique sin partido, presidente de koljós — contestó el tercero.

— ¡Yo soy sargento del Ejército Rojo, comunista, quise hacerme guerrillero para eliminar sin piedad la peste alemana! —gritó el cuarto—. ¡Camaradas koljosianos, vengad sin piedad y matad a estos cerdos, marchad a los bosques, tomad las armas...!

De un puñetazo el comandante lo tiró al suelo.

— ¡Basta ya de gritos subversivos! —aulló—. ¡Basta! Declaro el veredicto. Todos los campesinos han podido ver que estos hombres son unos amotinados y bandidos. Estos cuatro son miembros de la dirección bolchevique. Para ellos no habrá piedad, para ellos la horca. Pero este es un juicio justo, preguntamos al quinto quién eres. Es un simple campesino, dime, ¿es cierto lo que digo? —se dirigió el comandante al quinto.

— Sí —contestó el quinto, su voz temblaba—, soy un simple koljosiano.

— ¡Achtung! —bramó el comandante—. ¡Que todos escuchen con atención! Este sencillo campesino es perdonado y se le pone en libertad para cavar la tierra y hacer crecer el trigo y los frutos...

— ¡Camaradas! —gritó con todo lo que le daban los pulmones el quinto—. No soy un traidor, también soy bolchevique...

El comandante perdió el aliento de la rabia, no cabía de la sorpresa, no podía creer que un hombre buscara por sí mismo la muerte.

— ¿Qué? ¿Qué quiere decir? ... —llegó a pronunciar con voz ronca.

El quinto prosiguió.

— No soy miembro del Partido, soy un komsomol. Sí, sí, no se rían, fui komsomol... ¡Karpenko! —gritó a alguien de entre la multitud—. Di que digo la verdad, tú lo sabes, he sido komsomol desde 1918 hasta el año 26... —Se dio media vuelta y escupió en dirección al comandante—: Perro asqueroso, quieres dividir a la gente, hacer de mí un traidor, no quiero vivir así. Y digo: soy komsomol, comunista, revolucionario, guerrillero. ¿Qué, te has enterado, te ha llegado a la mollera?

Sobre él se abalanzaron los soldados. A uno de ellos le dio con la cabeza en medio de los dientes, a otro lo tiró del cadalso abajo de una patada en la barriga. Se tiraron encima de él, pero el hombre siguió golpeando y gritando. Del montón de cuerpos salieron unos gritos:

— ¡No, no compraréis a un viejo komsomol! .. ¡Muchachos, amigos, dadles a esta escoria!

Entonces los cuatro compañeros con las manos atadas a la espalda se lanzaron sobre el montón humano y se pusieron a golpear a los soldados con pies, rodillas y clavarles sus dientes.

El comandante descargó toda su pistola con tiros al aire. Llegaron en su ayuda una decena de alemanes.

Los cinco cadáveres estuvieron colgados en la plaza del pueblo una semana entera. En cuatro de ellos los alemanes

colocaron letreros en los que ponía “comunistas”, en el quinto uno que decía: “viejo komsomol”.

Recuerdo otro episodio. Me lo conté Evdokía Fiódorovna Plevako, y más tarde lo oí a otras personas. Una koljosiana fue a aclarar la ropa al río en los días de la ofensiva enemiga. De pronto vio a un hombre que se estaba ahogando. La koljosiana lo sacó a la orilla y entonces se dio cuenta de que había salvado a un oficial alemán. Este se deshizo en frases de agradecimiento, pero la koljosiana, terriblemente disgustada, en cuanto el alemán dio media vuelta, lo golpeó con una piedra en la cabeza y lo tiró al río, empujándole con el pie para mayor seguridad.

Esto, naturalmente, pudo haber sucedido. Pero lo más importante es que lo contaron en diferentes lugares, convirtiéndose casi en una leyenda. Es significativo que el final de esta historia, donde quiera que la oyese, fuera el mismo: la koljosiana se unía a los guerrilleros.

En Ucrania no había entonces ni estaciones de radio clandestinas ni prensa bolchevique. Los que trabajábamos en la ilegalidad conocíamos únicamente el espíritu del pueblo, su vida, por nuestras observaciones personales y por nuestro trato con la gente. Y a pesar de que estas observaciones eran limitadas, y a veces casuales, lográbamos captar lo esencial.

La mayoría aplastante del pueblo ucraniano odiaba a los alemanes. Los odiaban las mujeres y los hombres, los adolescentes y los niños. Los odiaban los obreros y los koljosianos, los intelectuales y las amas de casa.

Los alemanes contaban con el apoyo de un insignificante puñado de seres envilecidos y cobardes. Trataban de instigar en los débiles y en los vacilantes los sentimientos más ruines: la codicia, la soberbia, la ignorancia, el antisemitismo, el nacionalismo, el servilismo, la deslealtad. Pero en nuestro

país hay pocos aficionados a esto. Los alemanes no comprendieron en absoluto el carácter de nuestro pueblo.

Me convencí en ejemplos prácticos de que el pueblo, en las dificilísimas condiciones de la ocupación enemiga, seguía considerando a los comunistas como a sus verdaderos dirigentes. Y allí donde eran activos los comunistas, era activa la población; allí donde los comunistas estaban organizados, la población también lo estaba.

Pude comprobar que la preparación oportuna para la actuación clandestina de los bolcheviques y del movimiento guerrillero había dado indudables resultados positivos.

Los comunistas de la región de Chernígov actúan, la organización existe. Estoy rodeado de camaradas de trabajo, de miembros de la organización bolchevique. No es una casualidad que estemos aquí: cumplimos la voluntad del Partido, la voluntad del pueblo.

En aquellos momentos estaba persuadido de que contábamos con magníficas premisas para desplegar un potente movimiento guerrillero.

Vasia Zubkó interrumpió mis reflexiones. Me indicó un cruce de caminos a unos trescientos metros de nosotros.

— ¡Alexéi Fiódorovich, mire, son nuestros! ¡Palabra de honor que son nuestros!

Atravesando el camino por donde íbamos, pasaban galopando unas diez personas a caballo; guerrilleros por todas las trazas: unos con capotes, otros con chaquetas guateadas y entre ellos, una mujer.

— ¡Mirad, mirad, la mujer lleva un sable y un automático! ¡Desde luego son guerrilleros! —gritó entusiasmado Vasia y llevándose los dedos a la boca lanzó un agudo silbido, echando a correr hacia adelante.

No cabía duda. También yo grité, pero comprendí en seguida que los guerrilleros no oirían nuestros gritos ni el silbido. Saqué la pistola y disparé tres veces al aire. Nadia también sacó del bolsillo de su chaqueta de cuero una browning y disparó; la repercusión hizo que el arma se le cayese de la mano: era la primera vez que disparaba.

Los jinetes oyeron los tiros, sin duda, pero no respondieron, ni ninguno de ellos se volvió hacia nosotros. Por lo visto no tenían tiempo que perder.

La cosa era fastidiosa, pero nada podíamos hacer. Seguimos andando. Este hecho nos dio tema de conversación. Me pareció reconocer que uno de los jinetes era Vasia Konoválov, artista del Teatro de Drama de Chernígov, y Nadia juraba que en aquel grupo iba Popudrenko.

Luego discutimos si habían obrado bien los guerrilleros no haciendo caso de los disparos.

-¡Y menos mal que ha salido así la cosa! —refunfuñé Dneprovski—. Si hubieran hecho caso, no lo hubiésemos pasado muy bien. No dudarían que eran alemanes los que disparaban y no nos hubieran respondido con tiros al aire. ¡Menuda respuesta nos habrían dado!

Sí, no le faltaba razón. Sin embargo, era una lástima que no se hubiesen detenido. ¿No habrían salido a buscarnos?

A Reimentárovka llegamos tarde, ya anochecido. La aldea nos pareció sombría. El viento agitaba las copas de los altos árboles, aullaba un perro y no se veía un alma por las calles. Al pasar por delante de una casa oímos una monótona voz de vieja rezando en voz alta. Golpeé en la ventana; la vieja calló. Volví a llamar con más fuerza. Se abrió un ventanuco y vi una mano que me tendía un trozo de pan.

— Toma —bisbiseó la viejita.

Tomé un gran cacho de pan y murmuré confuso:

— Déjanos pasar la noche dentro, abuelita. — No es posible.

Seguimos andando. Había ya oscurecido por completo.

— Mire a la derecha —dijo Shúplik.

En la oscuridad brillaban unos puntos luminosos, como ojos de lobo.

— Es un grupo de mujiks que están fumando —adivinó Plevako.

Así era en efecto. Al lado de la caballeriza del koljós estaban unos ocho viejos sentados y fumando. Al ruido de nuestros pasos, callaron expectantes.

Entablamos conversación. Les preguntamos cuándo habían estado allí los alemanes, qué tal marchaban las cosas en la aldea. Nos respondían de un modo evasivo, aconsejándonos que fuéramos a ver al stárosta. Uno de los viejos se levantó, lanzó una blasfemia y se fue; después oímos que aceleraba el paso y echaba a correr.

Todo esto no auguraba nada bueno. Sobre el bosque se alzó la luna. Yo sabía aproximadamente dónde se encontraba la casa de Naúm Korobka, presidente del koljós “Primero de Mayo”.

Korobka no estaba en casa y su mujer no quiso abrirnos. Entonces llamamos en la casa vecina. Pero estábamos tan cansados que nuestras voces sonaban inseguras y suplicantes.

El dueño de la casa salió a la puerta y con bastante grosería nos dijo que nos fuéramos.

— ¡Muchos sois los que andáis por aquí!

En aquel instante oyóse el rodar de un carro que se detuvo al lado de nosotros.

— Traen patatas —dijo el dueño sin dirigirse a nadie.

Del carro saltaron tres hombres. No tuve tiempo ni de mirarlos; en un segundo nos vimos rodeados y uno de ellos ordenó:

— ¡Manos arriba!

Mas inmediatamente, casi sin intervalo, gritó:

— ¡Camarada Fiódorov! Muchachos, ¡ha llegado Fiódorov, Alexéi Fiódorovich!

En el acto comenzaron los abrazos. El primero que se las ingenió para abrazarme y besarme fue el dueño de la casa. Resulté que la casa era un punto de enlace de los guerrilleros.

Venían en el carro desde el destacamento el artista Vasili Jmuri, Vasili Sudak y Vasili Masur: tres Vasilis. Aquí, en Reimentárovka, las koljosianas hacían pan para el destacamento regional; el carro venía a buscarlo.

— Ya está, ya está cocido vuestro pan —dije enseñando a Jmuri el trozo de pan aún tibio que me había dado la viejecita.

No estaba equivocado; la viejecita, en efecto, cocía pan para los guerrilleros. Toda la aldea era nuestra. Los alemanes ni se atrevían a asomar por allí.

Los guerrilleros trataron de convencernos de que marcháramos en el acto para el destacamento; estaba a unos quince kilómetros de la aldea. Pero nosotros preferíamos dormir primero.

Al día siguiente, antes de que amaneciese, subimos al carro y, lentamente, seguimos a través del bosque.

* * *

El carro estaba lleno de aromáticos y altos panes de trigo, cubiertos con una lona. En los bordes íbamos sentadas unas diez personas. Un caballo pequeño y peludo tiraba del carro por el estrecho sendero forestal, sin apresurarse y moviendo continuamente las orejas, como escuchando lo que decíamos. Hablábamos sin cesar, reíamos alegremente y con frecuencia, despertando con nuestras voces a los pájaros. Las chovas alzaban el vuelo, graznando malhumoradas, insultando seguramente a aquella gente bulliciosa que turbaba la calma del bosque.

Por entre los árboles y de los matorrales salían hombres de gesto grave con el automático apercibido, pero al saber quiénes íbamos en el carro corrían para estrecharnos las manos y se esforzaban por contarnos algo. También ellos eran de Chernígov.

— ¿Recuerda usted, camarada Fiódorov, cuando nos despidió en el teatro, antes de que saliéramos para el bosque?

— Lo recuerdo, naturalmente.

— Uno le preguntó entonces qué hacer con la úlcera de estómago. Usted le contestó: “Deje la úlcera aquí, y vaya a combatir”. Aquél era yo —me cuenta el centinela de la avanzada—. Y, en efecto, aquí me tiene usted combatiendo sin acordarme de la úlcera.

En el puesto siguiente, otro centinela me preguntó:

— ¿Va a estar mucho tiempo con nosotros, camarada Fiódorov?

— ¡Hasta la victoria!

— Soy el carpintero de la fábrica de instrumentos musicales, ¿recuerda?

— Recuerdo.

Amanecía cuando el carro se detuvo en un prado junto a un auto de turismo. Bajo las tupidas ramas de los abetos, los techos de los refugios formaban una especie de pequeños cerros. Al lado de uno de ellos distinguí a un hombre gordezuelo y bajito muy atareado con un cajón. El hombre levantó el rostro y nos miró fijamente.

— ¡Kapránov! —grité—. ¡Vasili Lógvinovich! ¿No quieres reconocer a tu gente?

Como una bola se precipitó rodando hacia nosotros, todo sofocado por la emoción.

— ¿Por qué no nos habéis prevenido, demonios? Hubiera preparado el samovar, algo de comer... Estamos como en casa, acostumbrados ya... En aquel refugio duermen Popudrenko y el comisario. Despertadles, despertadles...

Inclinamos la cabeza y entramos en el refugio.

— ¡Dormís demasiado, demasiado!

Popudrenko tardó un buen rato en reconocernos. Luego, de la emoción se le saltaron las lágrimas. Nos abrazamos, naturalmente. Y después se levantaron todos. No hacían más que mirarnos, comentaban nuestro atavío, nuestras barbas, nos daban palmadas en la espalda, nos abrazaban, nos apretujaban. Luego nos hicieron sentar ante una mesa enorme. Y alrededor se congregaron todos los de Chernígov, los de la ciudad: rostros conocidos, sonrisas amistosas...

Humea un gran perol. Todos tienden las manos hacia él y sacan unas patatas. Vasili Lógvinovich llena de aguardiente los jarros.

— Diga algo, Alexéi Fiódorovich.

Yo estaba muy emocionado.

— Pues bien, camaradas —dije alzando el jarrito metálico—. Estamos vivos y eso ya es bueno. Vosotros no me habéis

engañado ni me habéis hecho traición, ni yo tampoco a vosotros. Habíamos convenido en encontrarnos en el bosque y aquí estamos. Me dijeron, cuando andaba buscándolos, que el destacamento se había disuelto. No lo creí. También a vosotros seguramente os habrán contado de mí muchas tonterías. Pero en estos dos meses nos hemos desarrollado, hemos aprendido un poco, y los alemanes y demás canalla no nos engañarán fácilmente. Vosotros habéis aprendido aquí, yo en el camino que me traía hacia vosotros. Y ahora vamos a luchar como es debido, ¡A luchar en contacto con los demás destacamentos, con todo el pueblo ucraniano, con el Ejército Rojo, bajo la suprema dirección del Partido.

El refugio estaba abarrotado, y alrededor, en el prado, también había gente; todos los que podían, habíanse reunido allí. Popudrenko y yo abandonamos la chabola. Espontáneamente se organizó un mitin.

Fotos



Después del combate los guerrilleros se reúnen en torno a una hoguera



El ametrallador Piotr Musenko



Los guerrilleros destruían constantemente los medios de comunicación enemiga: tumbaban postes telegráficos, cortaban cables...



La marcha

¡Con que esmero cuidaba a los heridos la enfermera Nonna Poguliailo!



Descansando



La emboscada



Los guerrilleros abandonan los bosques de Elino. A. Fió-dorov primero a la derecha



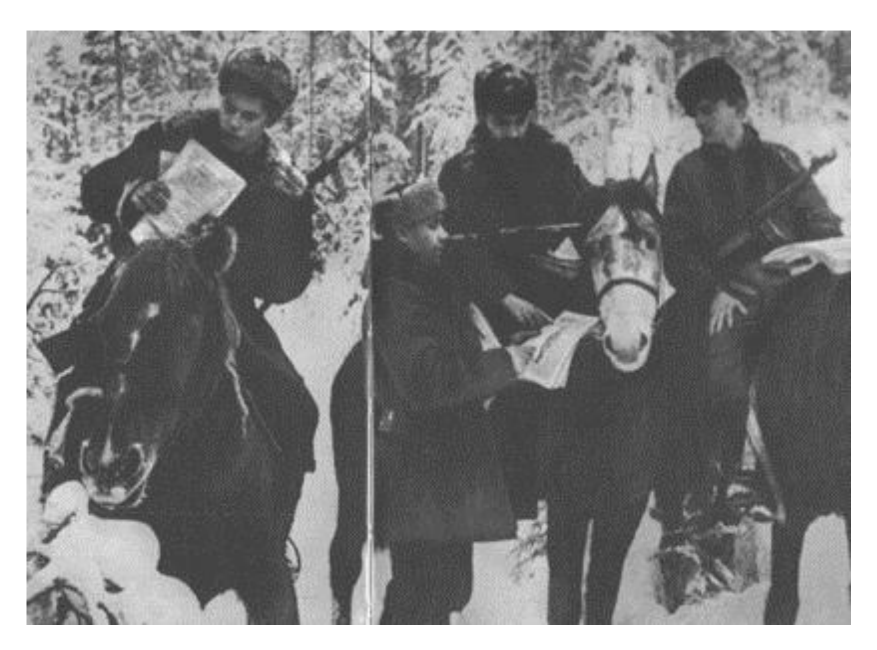
Pronia Stanchenko entona una canción



Vladímir Druzhinin, Héroe de la Unión Soviética



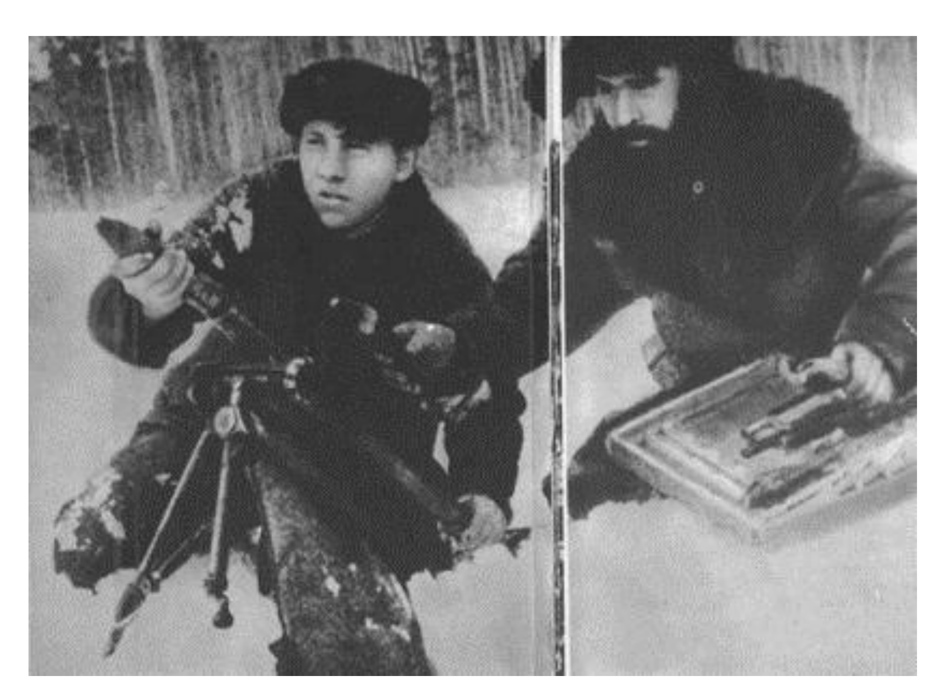
Los guerrilleros escuchan las últimas noticias del Buró Soviético de Información



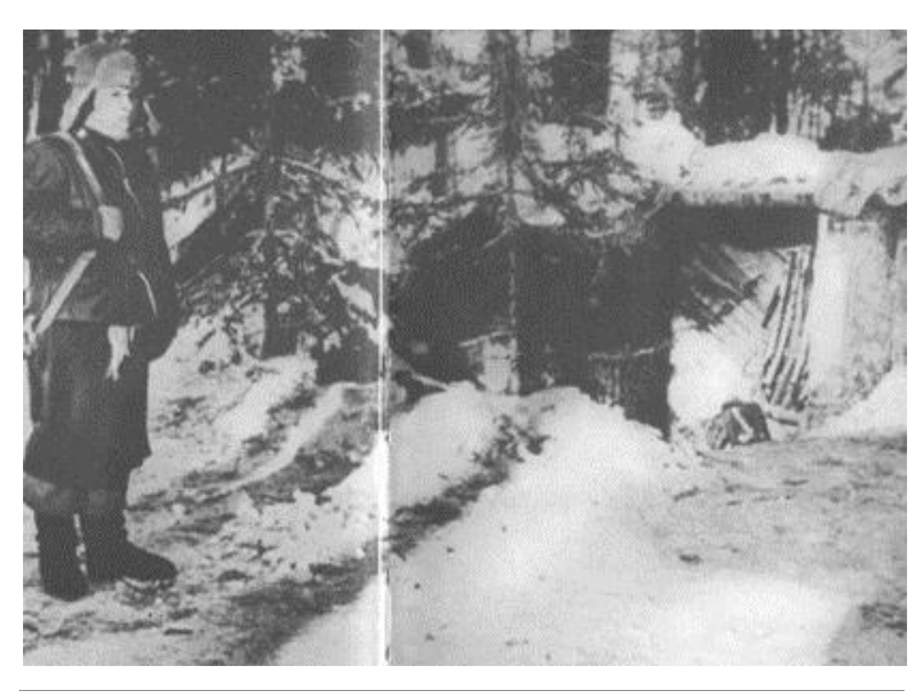
Pável Dnieprovski, miembro del Comité Regional clandestino, repartiendo el último número del periodico *Kommunist* entre los enlaces de los destacamentos guerrilleros



En los bosques de Bielorrusia, los fascistas lograron romper una columna guerrillera. Un breve descanso entre los combatientes



"Regalos" para el enemigo



Refugios guerrilleros en el bosque de Kletnia



Noche de Año Nuevo, el 1943, en el bosque de Kletnia



Dmitri Ryánov, jefe del Estado Mayor guerrillero

Libro segundo:
Un destacamento grande.

En vísperas del combate

El destacamento regional había acampado en el bosque de Reimentárovka, distrito de Jolm. Nuestro grupo llegó allí el 17 de noviembre de 1941. Aquel era, a la sazón, nuestro centro regional, nuestra base, nuestro lugar de vida y trabajo.

El 17 de noviembre de 1941 fue para mí un día muy feliz. No lo olvidaré jamás. Encontré a mis paisanos de Chernígov, a mis amigos y compañeros de armas; comprobé con mis propios ojos que el destacamento regional existía y actuaba y que los miembros del Comité Regional clandestino: Popudrenko, Kapránov, Nóvikov y Yariómenko —hombres a quienes conocía desde hacía muchos años por mi trabajo y como comunistas— se encontraban todos en su puesto. También estaba allí Druzhinin, quien, al igual que yo, había atravesado toda la región. Popudrenko le había nombrado comisario del grupo de caballería, que continuaba en Gúlino, lugar donde en un principio estuviera el destacamento regional. A Druzhinin lo vi algo más tarde.

Como ya he dicho antes, inmediatamente después de la llegada de nuestro grupo, se celebró un mitin. A continuación, el peluquero remozó a los recién llegados.

En un primer momento, la sensación de alegría e incluso entusiasmo lo inundé todo. Además me cambié de ropa. Kapránov me entregó unas botas buenas, un uniforme de jefe, un hermoso chaquetón y un gorro de piel con una franja roja cosida de través. Como si fuera un niño, me entraron ganas de admirarme en un espejo, pero, claro, allí no había ningún espejo grande y además me hubiera dado vergüenza admirarme delante de los demás. En el destacamento, de todos modos, era muy difícil encontrarse a solas con uno mismo. Además, aquella primera mañana no me dejaron en paz ni un instante: todo eran bromas, comentarios y preguntas. Como es natural, se preparó un abundante almuerzo con sus copas. A la mesa se sentaron todos los dirigentes, jefes y cuadros políticos. Señalaré que de momento todas las conversaciones preliminares eran fragmentarias y entrecortadas, parecía como si nos midiéramos, nos tanteáramos el uno al otro.

¿Cómo entender este hecho? En lo que a mí respecta, casi toda la gente me era conocida por el trabajo en el Comité Regional de Chernígov en tiempos de paz. Bueno, claro, no sólo en el Comité Regional. Había trabajadores de diversas instituciones: del Comité Ejecutivo regional, de los comités de distrito, obreros con los que me había encontrado en las fábricas, en fin, todos los que habíamos elegido en su tiempo para la lucha guerrillera... Además, no hacía mucho había estado en el destacamento de Ichnia, su gente tampoco me era extraña. A Popkó y Gorbati los recordaba de viejos tiempos, me había encontrado numerosas veces con ellos en las reuniones. Pero, de todos modos, a pesar de mi aspecto poco adecuado, se me recibió en el pequeño destacamento de distrito como un personaje de la dirección. Allí estuve poco tiempo, como en una inspección. Pero, aquí, en el destacamento regional, todo era distinto. Eran como de la familia: mis amigos y compañeros.

Sin embargo, entre estos “amigos y compañeros” y con tantas copas y brindis, se me fue creando un sentimiento de intranquilidad y me rondé la idea todavía no del todo formada de que un exceso de amistad no era del todo bueno. En semejantes circunstancias no es nada fácil establecer a su tiempo los límites de lo conveniente. Yo no buscaba la obsequiosidad ni el servilismo, no podía ni quería interrumpir ni rechazar el primer día a alguien, pero instintivamente notaba que en algún momento tendría que enfrentarme con lo que para mis adentros llamaba “exceso de camaradería”.

¿Qué entiendo yo por eso de excluir el “exceso de camaradería” ? Nunca y en ninguna parte —ni en los institutos, ni en los cursos del Partido, ni en la escuela política— se había hablado de eso. Me acuerdo de que unos cuatro años antes de la guerra, cuando en mi carrera se produjo un salto inesperado —era secretario de Comité de Distrito rural del Partido y de pronto, durante la conferencia del Partido, por recomendación del Comité Central, se me eligió primer secretario del Comité Regional de Chernígov—, venían a yerme con sus asuntos particulares, y a veces con problemas sociales, algunos compañeros del Comité de Distrito en el que antes había trabajado. Los camaradas —alegados o no, pero de un modo u otro, conocidos— por una extraña razón se creían con derecho a cierta preferencia sobre todos los demás. En un principio, esta prioridad de los camaradas y paisanos hasta a mí me parecía natural. Pero cada uno de los que venían a yerme pensaba ser el único en ocurrírsele eso de aprovechar la relación personal con el nuevo secretario del Comité Regional. Pero, en realidad, estas personas tan “ocurrentes” se contaban por decenas. De todo lo cual resultaba que, en lugar de ser un funcionario regional, continuaba siéndolo de distrito. Si las cosas hubieran seguido así, me hubiera visto en la necesidad de abandonar en plazo breve el nuevo cargo como persona incapaz de abarcar las nuevas proporciones de mi actividad. Y en ese momento es cuando me vi en la

necesidad de comprender que hacía falta una cierta contención sin la cual un dirigente no puede trabajar. Algunos empezaron a decir que a Fiódorov se le habían subido los humos, otros se enfadaban, y otros hasta le decían a uno a la cara que no había pasado ni siquiera un mes y ya evitaba a los viejos camaradas. Tampoco para mí la cosa era fácil. Venía un paisano al despacho y al momento se te lanzaba a abrazarte y a besarte. No pocas veces sucedía que te intentaba abrazar alguien a quien antes ni se le había pasado por la cabeza tanta vehemencia. Lo que le interesaba es que los demás vieran lo muy amigos y allegados que éramos... Por lo demás, no vale la pena hablar de las personas incontinentes e incapaces de mantenerse en su lugar. Lo peor es cuando un amigo verdadero descubre con asombro que lo has recibido con frialdad y le das un margen de tiempo. ¿Qué hacer en estas circunstancias? La situación obliga a distribuir tu tiempo de modo que te baste no sólo para los amigos, sino para todos los que en realidad necesitan exponer sus asuntos al primer secretario. Así que resulta que la contención, a pesar de ser algo amargo, es una labor necesaria.

Ahora las cosas eran distintas, estábamos en el bosque. Pero ¿qué? A pesar de haber variado las condiciones, el trabajo continúa. ¿Cuánto pueden durar estas palmadas amistosas en la espalda, todas estas copas de sobremesa?

Después del último brindis, al levantar el vaso con alcohol en honor a los guerrilleros, de modo inesperado para todos, lo dejé sin siquiera probarlo. Y todos; sin dejar de mirarme, también dejaron sus vasos.

— Vasili Lógvinovich —me dirigí a Kapránov en tono tranquilo, era el segundo encargado de la intendencia—, acércame el bidón.

Kapránov tardó un poco en comprender lo que yo quería; pensó que había echado poco alcohol. Pero, para su asom-

bro, no le pedí que me echara más sino que vertí el contenido del vaso en el bidón.

— Da la vuelta a la mesa. Que todos echen lo que tienen en los vasos.

— ¡Pues muy bien! —exclamó Kapránov—. Clase práctica de economía.

Se oyó una risa general pero poco segura. Algunos estaban muy decepcionados y no se privaron en demostrarlo, otros intentaron beberse el alcohol a escondidas, pero la mirada escrutadora del jefe de intendencia cortó tales intentos.

Me levanté y dije:

— Ruego a los miembros del Comité Regional clandestino que pasen al refugio del Estado Mayor.

Noté que todas las miradas se concentraron en Popudrenko. Pero el hecho no duró más de un instante. Nikolái Nikítich, a pesar de lo inesperado de mis palabras, me comprendió como es debido:

— ¡Ya es hora de trabajar, se acabó la diversión!

Lo dijo de un modo que se podía haber entendido que "hace rato que lo hubiera dispuesto, pero los invitados..." Bueno, el jefe era él. Todavía no me había transmitido oficialmente sus poderes, pues aún me contaba entre los recién llegados. En algunas de las caras logré leer que a lo mejor el "aún" se convertiría en "siempre". Evidentemente, todos sabían que el primer secretario del Comité Regional no había llegado como un huésped. Pero, el poder del Partido y el militar, o mejor dicho, guerrillero, no eran lo mismo. Los dirigentes sabían bien que, por decisión del Comité Central, se me había nombrado no sólo secretario del Comité Regional clandestino, sino también jefe del Estado Mayor del movimiento guerrillero. Sin embargo, nadie y, reconozco, ni siquiera yo sabia lo que significaba este cargo y qué poder tenía.

En general, eran muchas las cosas que no sabíamos, no comprendíamos y no habíamos llegado a experimentar.

Así que los miembros del Comité Regional y alguno de los jefes militares se dirigieron tras de mí y Popudrenko hacia el refugio del Estado Mayor. Marchaba yo junto a Nikolái Nikítich mostrando así que estábamos unidos, que no sólo éramos viejos amigos y camaradas, sino también aquí, en la retaguardia del enemigo, actuábamos juntos en posiciones iguales. Al menos de momento.

¿Acaso necesitaba yo el poder, deseaba el poder de jefe militar? Yo no era un militar, no recibí instrucción especial al respecto. Pero tampoco Popudrenko tenía grado militar. Puede crearse ahora la sensación de que en mí había surgido un deseo de luchar por la primacía en sí misma, que se me había encendido el orgullo y la arrogancia. ¿Pudo ser eso así? ¿Vale la pena meterse en eso? La cuestión no es poco importante y ni menos complicada. Y yo la trato como un viejo cuadro del Partido, como un comunista políticamente instruido. Sería incorrecto pensar que en aquellos días lo sopesara todo, calculara cada gesto, cada palabra. De todos modos, no podía olvidarme de que las relaciones se fueron formando en el destacamento en mi ausencia y la posibilidad de mi aparición hacía tiempo que era muy problemática.

Una cosa es dirigir un destacamento desde el primer día y otra sustituir a un jefe y ocupar su lugar. Pues el cargo de Popudrenko no era temporal, lo había nombrado el Comité Regional. Y yo no tenía motivos para echarle en cara nada. Pero, la responsabilidad recaía sobre mí, una responsabilidad que me había encomendado el Comité Central. Yo respondía de todo lo que pasaba no sólo en el destacamento, sino en toda la región, en todos sus distritos, en toda la organización del Partido: comités de distrito, grupos y células clandestinas... Aunque ocupada por el enemigo, la región de Chernígov con sus hombres soviéticos, con sus ciudades,

aldeas, empresas industriales, koljoses y sovjoses seguía existiendo. Hacía tiempo que estaba acostumbrado a la sensación de ser responsable de todo lo que pasaba y pasa en este enorme territorio. Yo era responsable de todos los hombres, de su vida y su trabajo.

A lo mejor lo dicho, o en este caso lo escrito, puede parecer algo demasiado solemne y rimbombante. Porque, de momento, eso de la responsabilidad era una simple palabra sin mucho significado. Pero desde el momento en que se convierte en sentimiento, se transforma tanto por dentro como por fuera. Además, no hay que olvidar que es fácil caer en la pura pose y que no hay nada peor que eso.

Hay un dicho ruso que dice: la sencillez es peor que el robo. Algunos se toman esta frase "sabia" casi como un programa de vida. En lo que se refiere a algunos dichos rusos y en general a los dichos de diversos pueblos, éstos no siempre son buenos consejeros. La sencillez cuando es sólo fingida o cuando es simple tontería, es realmente peligrosa. Hasta la sencillez puede ser una pose. Pero una persona sencilla por naturaleza y de corazón abierto es mucho más agradable al pueblo que una persona encerrada en sí misma, misteriosa, importante y arrogante. Si hablamos de mí, nunca hubiera podido ser un Vasili Tiorkin[9], pero puedo y me gusta divertirme con todos cuando hay tiempo para ello. Justamente eso: cuando hay tiempo. Cuando hay algo que festejar, lo hago con todo el alma. Puedo cantar, pero no solo, sino como uno más en coro. Puedo hasta bailar un kazachok o un gopak. Mejor dicho, podía. Ya no son aquellos años.

Pero volvamos a aquella primera reunión del Comité Regional clandestino que llevamos a cabo en el refugio del Estado Mayor.

---

[9] *Protagonista del poema Vasili Tiorkin de A. Tvardovski*

¿Qué era aquel refugio? Era un local amplio, alto de techo y con una claraboya. En el centro se alzaba una mesa, cuyas patas estaban fijas en la tierra. En un rincón, montada sobre un caballete especial, había una bicicleta. Su rueda trasera se enlazaba a una pequeña dínamo por una correa de transmisión. Los camaradas se "paseaban" durante horas y horas en la bicicleta para cargar el acumulador del aparato de radio. Allí mismo, en un cajón, se hallaba el receptor, desmontado de un avión.

Parte del refugio estaba separada del resto por una cortina grande, tras la que se velan unos camastros de tablas cubiertos de heno: era el "dormitorio" de los dirigentes. En los camastros había chaquetas guateadas, gualdrapas, mantas y hasta dos almohadas. En un taburete, junto a un rincón, un cubo lleno de agua. Retratos de dirigentes soviéticos adornaban las paredes. Sobre la mesa, naturalmente, había un mapa, un tintero, una lámpara y restos de comida.

Los miembros del Comité Regional, como todos los combatientes y jefes militares, llevaban chaquetas y pantalones guateados. Tan sólo unos cuantos vestían abrigos o cazadoras de cuero.

En torno a la mesa nos congregamos unas doce personas. El primero en informar fue Popudrenko. Aunque más que un informe, hizo un relato sobre la actuación del destacamento y del Comité Regional.

Escuchándole, comparaba yo involuntariamente al actual Popudrenko con el Nikolái Nikítich que conociera en Cherní-gov. La expresión del rostro, sus ademanes, todo denotaba en él ahora al jefe guerrillero. Era indudable que estaba orgulloso de su nueva situación. Ello se advertía hasta por la vestimenta: cazadora de cuero ceñida por un cinturón, correaje nuevo, gorro ladeado a lo Chapáiev, dos pistolas, cejas fruncidas, mirada rebosante de decisión...

Yo conocía bien a Nikolái Nikítich y creo que interpreté acertadamente la razón de ese atavío. Era muy bueno por naturaleza, muy tierno con su familia. Temía, al parecer, que la gente adivinase fácilmente la bondad de su alma y abusara de ello. De ahí el deseo de tomar un aspecto imponente.

Sin embargo en aquel hombre la suavidad y la bondad armonizaban perfectamente con una voluntad firme y una intransigencia rigurosa para todo lo que contradijese a su conciencia de bolchevique.

Nikolái Nikítich hablaba con inspiración, con tono de orador de mitin.

— No tenemos derecho a ocultar ante el Comité Regional, ante nosotros mismos, que se avecina el invierno, que las reservas de víveres y ropa se están agotando, que ya no tenemos tabaco. Sabemos asimismo que contra nosotros se ha movilizado un enemigo cruel, artero e implacable que ha rodeado el bosque. Los alemanes han enviado contra nuestros destacamentos mil quinientos soldados. Tal vez mañana lancen cuatro o cinco mil. ¿Y qué? ¡Nos enorgullecemos de eso! ¡Cada guerrillero vale por diez fascistas! Y cuantas más fuerzas atraigamos aquí, a la retaguardia del enemigo, tantas menos habrá en el frente. ¡Valor, valor y una vez más valor! He aquí lo que se exige de nosotros, camaradas. Los guerrilleros, los vengadores del pueblo, desprecian la muerte. La audacia de nuestros golpes será cada día mayor. Descarrilarán decenas de trenes enemigos, volarán los Estados Mayores de los alemanes...

No sé quién de los presentes observó a media voz, como si hablara para sí.

— Para eso se necesitan explosivos.

Rogué a Nikolái Nikítich que respondiese a varias preguntas: ¿Por qué el destacamento se había trasladado de Gúlino? ¿De qué se ocupaba el Comité Regional? ¿Cuál era el esta-

do de las comunicaciones y la exploración? ¿Cómo marchaban las cosas en los distritos?

Las respuestas no me alegraron. Se habían trasladado por causas muy fundadas: en el nuevo sitio era mayor la espesura del bosque y más fácil ocultarse de los alemanes. Pero sólo una parte del destacamento había cambiado de lugar. El grupo de caballería continuaba donde antes. Aunque sólo de palabra podía dársele este nombre. Los camaradas consideraron arriesgado conservar los caballos y entregaron la mayor parte de ellos a las unidades soviéticas, en su retirada por aquellos distritos.

— El infante se puede ocultar detrás de una mata, pero al jinete se le ve a la legua.

Respecto a las comunicaciones, las cosas marchaban muy mal. La emisora de radio había sido enterrada en la base del destacamento de Repki, pero nadie sabía cómo encontrarla, pues los radistas habían caído en manos de los alemanes.

— Las bases de víveres —dijo Popudrenko— se han conservado. En cuanto a comida, no hay queja. También tenemos armas. Pero de comunicaciones andamos mal. Olmos el parte, nos atiborramos de música, pero no estamos enlazados con el frente ni con la retaguardia soviética. Hemos enviado nueve grupos, unas setenta personas seleccionadas entre los mejores comunistas y komsomoles, con la tarea de cruzar el frente y ponerse en contacto con el mando de las tropas. Por ahora, no hemos obtenido ningún resultado. Se sabe que dos grupos han caído. El enlace con los otros distritos y destacamentos es permanente: a caballo y a pie. En nuestros bosques están acampados cuatro destacamentos: el de Reimentárovka, el de Jolm, el de Pereliub y el de Koriukovka.

¿Qué hace el Comité Regional? Todos sus miembros están sobrecargados de trabajo con los asuntos del destacamento: Yariómenko es el comisario, Kapránov dirige la intendencia,

yo soy el jefe... Tened en cuenta que en la región la gente no sabe dónde estamos. Incluso no todos los comunistas lo saben. Antes de la ocupación. la cosa estaba clara: el centro regional era Chernígov. Un centro histórico. Hacia él tendían de manera natural las fuerzas políticas y económicas. Pero Chernígov estaba lleno de alemanes, no era cosa de instalar allí el Comité Regional.

Mientras que aquí en el bosque, el centro, claro está, no era económico ni administrativo, sino sólo nuestro centro, el de los bolcheviques. ¿Podemos dirigir desde aquí toda la región, tanto más con nuestros medios de enlace? ¿Podemos ejercer influencia sobre todos los comunistas, sobre todos los komsomoles, sobre todos nuestros hombres soviéticos? ¿Debemos, acaso, aspirar a eso? Vamos a examinarlo. Yo, personalmente, lo dudo —concluyó Popudrenko.

Se notaba que Nikolái Nikítich no estaba muy seguro de la posibilidad de coordinar el trabajo del Partido con el militar, es decir, con la actuación de las guerrillas.

Por mi mente pasó una idea, posiblemente no era muy clara, pero sí alarmante: ¿acaso es posible en las condiciones de la ocupación fascista alemana en que nos encontrábamos dividir la actividad guerrillera y la clandestina? Y en general ¿es conveniente ver por separado a los guerrilleros y a los hombres de la clandestinidad? Todavía no tenía una respuesta a este interrogante. Lo único claro era que ambos existían: los guerrilleros y los hombres de la clandestinidad. Pero, ¿a todos los restantes hombres soviéticos que aún no habían ingresado en la organización, que no estaban unidos ni habían prestado juramento podíamos considerarles como excluidos de los capaces de luchar, de los que ansiaban luchar? Aunque todavía se sintieran débiles y tuvieran sus dudas, eran personas entregadas de cuerpo y alma a nuestra causa.

Popudrenko, como jefe del destacamento, y los restantes miembros del Comité Regional tenían su propia experiencia. La experiencia del colectivo. Mientras que yo, después de dos meses de andanzas y encuentros con la población “no organizada” había acumulado una experiencia diferente, pero no menos importante. De momento callaba, escuchaba, me mantenía alerta. Intentaba no dar muestra de ello. Estaba afeitado, limpio, bien vestido, me sentía bien, sano, tenso.

Nikolái Nikítich proseguía diciendo:

— Nuestra tarea fundamental es apoyar desde aquí, desde la retaguardia, al Ejército Rojo. Debilitar a los alemanes, impedir que se instalen sólidamente y saqueen a la población. Debemos atacar diariamente a los alemanes en los caminos, volar los trenes y los puentes ferroviarios. Atacarles en grupos pequeños, móviles, ligeros; golpear y escondernos No podemos actuar con fuerzas grandes, no podemos establecer nuestra base en un solo lugar...

Hablaba de tal modo que, a veces, parecía no estar seguro de tener razón. Como si, además de tratar de convencer a los miembros del Comité Regional clandestino y a mí, intentase también convencerse a sí mismo.

En el refugio del Estado Mayor irrumpió agitado el guerrillero de guardia:

— ¿Da usted su permiso, camarada jefe? Los exploradores comunican que por la parte de Nóvgorod-Séverski avanzan hacia Jolm unidades alemanas. En camiones y a caballo...

Popudrenko dio por terminada la reunión, llamó a los jefes y dio la orden de formar a todos los miembros del destacamento aptos para el combate. Nikolái Nikítich puso a los exploradores a la cabeza de la columna, montó a caballo y ordeno:

— De frente... ¡march! ¡A la carrera!

Los recién llegados no fuimos a la operación; se decidió que teníamos que descansar.

Lo decidieron por nosotros. En cuatro palabras. Como si fuera lo más natural. Y de verdad, con el cansancio que llevábamos encima, ¿qué luchadores podíamos ser?

En la repentina partida de Popudrenko había algo de teatral, como si se tratara de una acción preparada de antemano, aunque de apariencia necesaria.

Muchas veces he pensado sobre aquel hecho. Tanto entonces, como más tarde, en mis recuerdos sobre lo vivido. Y por mucho que lo pensara, a fin de cuentas llegaba a la conclusión de que hice bien en no preguntar ni meterme en nada: no había que prestar atención al aspecto teatral de lo sucedido.

Un soldado de guardia se acercó al jefe del destacamento y le informó que en alguna parte, no se sabía si cerca o lejos, se movían unas unidades alemanas. Pero lo cierto es que siempre había unidades en movimiento. ¿Cómo se podía decidir en aquel instante que justamente estas unidades eran las que había que atacar?... Bueno, dejémoslo estar. Me quedé solo y decidí dar una vuelta por el campamento. No había en él más que cinco refugios: el del Estado Mayor, tres para vivienda de los guerrilleros y el hospital; había otro en construcción: aún estaban abriendo el foso. En él se pensaba instalar la imprenta y tirar el periódico y las octavillas.

Los techos de los refugios se alzaban sobre el terreno a modo de montículos apenas perceptibles. Los habían cubierto de césped: en algunos incluso habían plantado arbustos. Con fines de camuflaje, un coche ligero estaba medio enterrado y cubierto de ramas. No era fácil descubrir a los guerrilleros desde el aire.

En cambio, desde tierra, se podía descubrir el campamento y penetrar en él sin gran esfuerzo. A unos cien o ciento cin-

cuenta metros de los refugios, montaban guardia sólo tres centinelas.

Dos carpinteros estaban haciendo un soporte de madera para colocar una máquina tipográfica. Trabé conversación con ellos. Poco a poco se fueron acercando algunos guerrilleros más. Por sus palabras comprendí claramente que las cosas no marchaban bien en la unidad.

Los combatientes estaban descontentos. Pero, ¿de qué? Al principio, ni ellos mismos pudieron explicarlo. Popudrenko les agradaba, y tenían plena confianza en los demás camaradas de la dirección. Sólo Kuznetsov —jefe del Estado Mayor— les tenía indignados: bebía sin tino, trataba groseramente a la gente y, lo principal, no entendía ni jota de asuntos militares.

… Releyendo lo escrito he notado con asombro que la palabra "combatientes" no reflejaba la realidad. Eran personas civiles, voluntarios reunidos en el bosque, que habían pasado una instrucción corta y muy incompleta. El que no vieran en mí al jefe no tenía mucha importancia. Trabajaban: cavaban algo, manipulaban la madera, y mientras tanto "trabajaban" a sus jefes y dirigentes. A esos compañeros habla que cortarles, ponerlos "firmes", explicarles qué quería decir la disciplina guerrillera, pero... si me hubiera comportado de este modo, este hubiera sido el fin de mí autoridad: me hubiera saltado una etapa de desarrollo que se había formado en mi ausencia. Los combatientes todavía no existían, aunque los guerrilleros se llamaran de este modo.

Así que de momento también mantenía una actitud amistosa.

Adelantándome un poco, diré que, a pesar de que nos basábamos en el reglamento del Ejército Rojo, nosotros, los jefes guerrilleros, no podíamos ni queríamos introducir en toda su integridad las relaciones estrictas entre jefes y soldados... Tomábamos el reglamento como modelo, pero, desgracia-

damente, en las condiciones guerrilleras no siempre era aplicable. Más adelante me detendré con detalle sobre esto. De momento volveré a nuestra charla. Más exactamente, a las preguntas que yo hacía y a las que recibía respuestas contenidas y hoscas. Todos sabían que se encontraban delante del primer secretario del Comité Regional. Tanto la contención como las expresiones hoscas no iban dirigidas ni a mi persona ni a mi cargo. Yo lo notaba. Y ellos también notaban que mis preguntas no eran vanas, tanteaban mi humor y esperaban mis reacciones. Esperaban precavidos. No me apresuraba a hacer preguntas, aunque éstas me bullían en la cabeza. Yo estaba irritado y temía que se dieran cuenta de ello. Las preguntas no tenían que entenderse como un interrogatorio o una investigación.

Hacía un momento que me dijeron que Kuznetsov no servía para jefe del Estado Mayor. Después vino una pausa, la gente esperaba mi reacción. ¿Sé yo lo que ha pasado en este tiempo? Pero yo no lo sabía. Sin embargo, encubrí mi asombro ante el hecho de que Kuznetsov estuviera en el cargo de jefe del Estado Mayor. ¿Qué ha pasado con Démchenko? ¿Qué ha sido de él? ¿Por qué ni Popudrenko ni ninguno de los miembros del Comité Regional clandestino no han dicho nada de él? El Comité Regional nombró como jefe del Estado Mayor del destacamento regional a Nikolái Grigórievich Démchenko, era un militar instruido que fue el responsable militar del Comité Regional de Chernígov antes de la guerra. ¿Ahora dónde está? ¿Qué ha pasado con él? ¿Cómo ha sido que le ha sustituido Kuznetsov? El hecho era importante. Pero a mí me lo habían escondido. Popudrenko en su informe había soltado un ardiente discurso, pero había evitado este hecho. ¿Lo hizo conscientemente o no?

Yo escuchaba con gran atención. Parecía que era el momento de preguntar por Démchenko. No había nada más simple, preguntar y esperar la respuesta. Pero justamente porque

esperaban mi pregunta, me la guardé para mejor ocasión. Popudrenko no me había dicho nada. Difícilmente se le hubiera olvidado. Y los otros compañeros de la dirección tampoco dijeron nada. Si la reunión no se hubiera visto interrumpida, esta cuestión no podía quedarse sin salir. Los demás, naturalmente, esperaban que el propio jefe expusiera el asunto. Pero, ¿qué asunto? Si hubiera muerto, lo hubieran recordado a la hora de los brindis. Si estuviera herido, me hubieran llevado a verlo. Si era un traidor, me hubieran informado al momento. Entonces ¿qué es lo que pasa?

Yo escuchaba.

De Popudrenko hablaban con entusiasmo: era un jefe valiente, razonable e inteligente. Cierto es que algunas veces se pasaba de la raya, por ser demasiado fogoso, pero era justo y, en caso preciso, atento y bueno. Con el enemigo se mostraba tan implacable, que nadie le podía aventajar. Pero, de todos modos...

Durante largo rato no pude comprender qué se ocultaba tras aquel evasivo “pero de todos modos”.

Me contaron que, al salir de Gúlino, cuando el destacamento se trasladaba al nuevo lugar, decidieron acabar con un traidor: el stárosta de la aldea de Kamka.

El stárosta huyó. No consiguieron echarle el guante. En un cobertizo suyo encontraron cien sillas de montar, que los alemanes le habían dejado para que las guardara. Los guerrilleros hubieran podido llevárselas —les habrían venido bien en el destacamento—, mas, por hacer una de las suyas o por el despecho de que el stárosta se hubiese largado, les prendieron fuego. A la gente le quedó una impresión de falta de seriedad de daño inútil y hasta un poco obra de maleantes.

— ¿A qué destruir sin motivo cosas útiles? De no haber podido llevárnoslas... ¿Será posible, camarada Fiódorov que nos quedemos sin caballería? ¿Que sigamos dedicándonos

a menudencias? A volar una moto en un Sitio, a cargarnos un alemán en otro o, a lo mejor, a envenenar, en otra parte, a un perro policía, acontecimiento que celebraremos bebiendo unas copas y pensando: ¡qué guerrilleros tan valientes Somos!

El que así hablaba era un hombre serio, bigotudo, de unos cuarenta años. Estaba abriendo una zanja. Hincó la pata en tierra, se limpié las manos en los pantalones y continué:

— Fíjese, camarada Fiódorov, cómo vivimos, cómo luchamos y en qué confiamos. Vivimos a base de lo que tenemos enterrado en las zanjas. Hasta la harina la llevamos a la aldea próxima. Las mujeres, con la mejor voluntad del mundo, nos hacen pan, tortas y empanadas; todo lo que queramos. Pero, ¿y cuando se nos acabe la harina?... ¿Se la vamos a pedir a las mujeres?

— ¡Qué va a acabarse! —tercié optimista la cocinera—. Según dicen, tenemos reservas... Oye, Kuzmich, ¿te dispones a pelear durante mucho tiempo?

- Si seguimos combatiendo así, claro que quedarán reservas... Pero, ¿para quién? A mi modo de ver, para los alemanes. Aunque son tontos, no querrán aguantarnos mucho tiempo. Primero acabarán con Balabái, después con Kózik, y más tarde la emprenderán con nosotros. ¿Sabéis cuántos destacamentos de castigo han llegado? A Pogoreltsi, todo un batallón.

A la conversación se sumaron unos cuantos hombres más, que acudieron desde diversos lugares. Estas cuestiones preocupaban a todos.

— ¿A qué hablar de la harina y del tocino? ¿Cómo luchamos?... Por ejemplo, ¿a qué han ido ahora? Y menos mal si llegan a ver a los alemanes, si alcanzan a contemplarlos. Bueno, armarán un pequeño tiroteo. O no harán nada. Una simple excursión —dijo con rabia un ametrallador herido en

ambas manos y solté un escupitajo—. Los exploradores han informado que los alemanes estaban en Orlovka. ¡Pero de aquí a allá hay quince kilómetros! Anda, recórrelos a pie, y además, a la carrera, con el equipo completo y con el fusil ametrallador. Entre ida y vuelta hacen unas treinta verstas, y si vas por veredas y vericuetos, llegarán a cuarenta: Y como resultado: tres alemanes muertos.

— Eso no es lo principal —rezongó de nuevo Kuzmich.

— ¿Y qué es lo principal, entonces?

— ¿Cómo es que no lo sabes? —interrogó a su vez Kuzmich, admirado—. Todos lo saben. Lo principal es resistir. Cuando el Ejército Rojo ataque, nosotros le ayudaremos desde aquí. Ellos por el frente, y nosotros por la retaguardia. ¡La que se va a armar cuando empecemos! Debemos conservar las fuerzas. ¡Eso es lo principal!

— ¿Y piensas conservarte así mucho tiempo?

— No sé si mucho o poco, pero siempre serán unos tres o cuatro meses. Hay que economizar víveres. Si economizamos e implantamos el racionamiento, resistiremos.

— Espera, camarada —interrumpí yo al que estaba hablando—. ¿Cuánto crees que durará la guerra? ¿Tres meses? ¿Y vosotros, qué pensáis? —pregunté volviéndome hacia los restantes.

Resulté que los demás tampoco se disponían a combatir durante mucho tiempo. Uno fijé un plazo de ocho meses. Los demás se le echaron encima, tachándole de fantasioso.

Quedé de un lado, al menos de momento, la cuestión de lo que pasó con Démchenko. La alarma de los plazos y por lo mismo del comportamiento y táctica, sobre la vida cotidiana y la llegada del invierno era algo más serio. Yo preguntaba y se me contestaba. Claro, también esperaban lo qué yo dijera y no era difícil despistarse; pero esto no es propio de mí. Sólo

puedo desconcertarme mentalmente. Pero intento no manifestarlo externamente. En mi vida aún no ha sucedido el caso en que haya experimentado ante alguien cierta confusión o ánimo turbado. ¿Cómo poder establecer la duración de lucha guerrillera, qué orientaciones dar a la gente? Si en aquel momento hubiera dicho a los guerrilleros que la lucha en nuestras condiciones, separados del frente y en la retaguardia más profunda del enemigo, duraría un año, no sólo se me hubieran echado a reír en la cara, sino la cosa hubiera podido acabar peor. Estoy seguro de que todo guerrillero me hubiera considerado un fatalista y posiblemente un dirigente inútil. ¿Cómo era concebible que el Ejército Rojo no detuviera al enemigo en el plazo más breve y no pasara a la contraofensiva? ¡Un año era una locura! En estos refugios y cabañas, con unas reservas ridículas de productos, unos fusiles polacos bastante malos y sin, ninguna conexión, un secretario de Comité Regional, diputado del Soviet Supremo, una persona condecorada ¡y con esas historias!... No expliqué "historia" alguna y para ser sincero ni yo mismo tenía la menor idea de cuánto tendríamos que resistir en realidad. Y diré más, si alguno de los guerrilleros hubiera declarado que tendríamos que luchar tres años, a esta persona la hubiera castigado al instante por ser un fatalista y no creer en la fuerza de nuestro pueblo, de nuestro ejército.

Así que la cosa era resistir. Resistir un mes, dos, medio año, resistir como sea.

— ¿Y los jefes qué dicen de esto? ¿Popudrenko?

— Dicen que el invierno quebrará a los alemanes.

Pensando en lo que acababa de oír, y después de enjuiciar el comienzo del informe de Popudrenko y recordar la impresión que me dejara el destacamento de Ichnia, comprendí que el mal principal radicaba precisamente en esa tendencia a "resistir".

Mas, al parecer, los propios guerrilleros empezaban a darse cuenta de que, actuando en grupos reducidos y dispersos incluso resistir sería imposible, que la táctica de los golpes pequeños, fortuitos y espontáneos era una táctica peligrosa.

Y como para confirmarlo, Popudrenko regresó de madrugada con las manos vacías.

— Los alemanes iban en autos, y nosotros a pie —comentaban irritados los combatientes, calados hasta los huesos y muertos de cansancio—. ¿Cómo íbamos a darles alcance?

El mismo Popudrenko quedé descontento del resultado, aunque no quería reconocer abiertamente que la operación había sido mal pensada. También estaba disgustado consigo mismo. Luego de echar un trago para matar las penas, se tumbé a mi lado, diciendo que iba a dormir.

— ¡Ah, Alexéi Fiódorovich! —dijo un minuto más tarde, echándose a reír de mala gana—. Yo creía que, con la bebida, me iba a quedar dormido, pero ni por esas, ¡ni con alcohol!. Algo no marcha aquí, Alexéi Fiódorovich. Es preciso cambiar algo.

Yo también pensaba en ello. Dije sinceramente a Nikolái Nikítich que estimaba equivocada la conducta seguida hasta entonces por el mando del destacamento. No había que disgregar las fuerzas, sino agruparlas. Uno a uno, nos destrozarían antes de que nos diésemos cuenta de ello. Un destacamento numeroso podría emprender operaciones importantes, aniquilar guarniciones enemigas y atacar a los alemanes sin limitarse a permanecer a la defensiva.

Al principio, para no despertar a los camaradas, hablábamos en voz baja. Pero el tema era de tan candente actualidad, que, sin darnos cuenta, fuimos subiendo de tono, y pronto advertimos que nos estaban escuchando todos cuantos allí se alojaban. Y como en los catres estaban acostados la tota-

lidad de los miembros del Comité Regional, resulté una continuación espontánea de la reunión de la mañana.

Así, con la luz apagada y sin levantarse, intervinieron Kapránov, Nóvikov y Dneprovski, a quien también habíamos incluido en el Comité Regional.

Era evidente que un peligro muy grave nos amenazaba. En realidad, nuestro destacamento estaba cercado por los alemanes y los magiares. No es que hubiesen formado una línea continua de frente, pero, en un radio de treinta y cuarenta kilómetros de nosotros, en casi todas las cabezas de distrito y pueblos había guarniciones alemanas; en algunos lugares, el enemigo estaba concentrando ya unidades especiales para la lucha contra los guerrilleros.

El punto más próximo era Pogoreltsi, donde días antes se había alojado un destacamento de castigo, cuyos efectivos llegaban a un batallón, aproximadamente. Los exploradores del adversario ya tanteaban el bosque, y todos los días amenazaban al destacamento de Pereliub.

— Balabái ha pedido ayuda a Loshakov —explicó Kapránov—, pero éste le ha contestado: “Eso no es asunto nuestro, arreglároslas vosotros mismos”. Y Balabái no tiene más que veintisiete guerrilleros.

La mayoría de los camaradas reconoció la necesidad de que se fusionaran todos los destacamentos disgregados por el bosque de Reimentárovka. También Popudrenko estuvo de acuerdo, y una vez llegado a esa decisión, no vaciló más; no era de esos. Sin perder tiempo, se levantó, encendió la lámpara y escribió una orden para que los jefes de todos los destacamentos se presentasen por la mañana en el Estado Mayor.

Repito: el propio Popudrenko se sentó a la mesa y se puso a escribir. En el refugio no estaba Kuznetsov. El jefe del Estado Mayor no estaba entre los dirigentes. Era una situación ab-

surda, completamente anormal. Por todo se notaba que, a pesar de discutir cuestiones serias en este “Comité Regional clandestino yaciente”, algo se quedaba sin salir. Sobre la cabeza pendía un peso. Todos esperaban que yo preguntara dónde está el auténtico jefe del Estado Mayor nombrado aún en Chernígov y enviado de antemano al bosque, es decir Démchenko. Pero yo no lo pregunté. ¿Esta actitud fue meditada o instintiva? Ahora, al cabo de muchos años, parecería una astucia mía. Pues no, sólo intentaba evitar complicaciones inútiles.

Se darán cuenta de que de los plazos de nuestra dislocación en el bosque tampoco se hablaba de momento en el Comité Regional. ¿Qué pasaba entonces? Pasaba que los guerrilleros de fila trataban problemas reales, más importantes en todos los sentidos que los que tratábamos nosotros, los jefes y dirigentes.

Las cosas no eran del todo así. Todo a su tiempo. No hay que olvidar que tanto Démchenko como Kuznetsov que es el que lo había sustituido eran tan sólo jefes del Estado Mayor del destacamento, y nada más. En cambio, yo era el jefe del Estado Mayor del movimiento guerrillero de la región. Los destacamentos eran muchos. Y no podía dejar de pensar en ellos. Sobre su aislamiento y sobre todo lo que de esto se deriva.

Popudrenko escribía, nosotros oíamos cómo crujía su pluma. Murmuraba el bosque. Soplaba el viento, sobre el refugio resonaban las gotas de lluvia que penetraban en él a través del techo.

¿Así, es cómo íbamos a vivir, así tendríamos que luchar?

La cuestión no tenía importancia. La cosa no está en cuáles son las condiciones de vida de los combatientes y de los jefes en época de guerra. Los refugios no pueden ser confortables. Y en invierno no sólo no habrá confort sino ni siguiera

calor. Esto lo entendían todos, y todos estaban dispuestos a aguantarlo. La cuestión era otra, era por qué hacíamos esto. La guerra es la guerra. La guerra se define por la acción, por los avances y la lucha. Por una lucha meditaba y con sus fines propios. Un ciudadano es capaz de soportar no pocas dificultades si es para un futuro avance o para la victoria.

— ¿Qué opinas, accederán a fusionarse? —pregunté yo distrayéndome ex profeso de mis pensamientos.

— Pero si ellos mismos sueñan con eso, Alexéi Fiódorovich —contestó sin pensarlo dos veces Popudrenko.

* * *

Después de pasar la noche casi sin dormir, llegué a la conclusión de que tenía que hablar con Popudrenko cara a caray sin dilación.

Cayó nieve. Se dibujaron los senderos de los guerrilleros, de refugio en refugio, hacia los puestos de guardia, la cocina y los almacenes. Por los senderos deambulaban gentes, y cada uno se detenía no sólo a saludar, todos tenían algo qué decirse, algo qué preguntar. Quedarse los dos solos en el refugio del Estado Mayor quería decir que había que alejar a los demás con algún pretexto y por lo mismo poner al descubierto que Popudrenko y Fiódorov se reúnen para tener una conversación secreta, para decidir algún asunto y aclarar sus relaciones. En tiempos de paz, en el Comité Regional e incluso en cualquier otra institución del Partido o de los Soviets, es completamente natural que dos cuadros cierren la puerta de su despacho. ¿Cómo hacerlo aquí, en el campamento, para que nuestro aislamiento no suscite comentarios y juicios innecesarios?

— Nikolái Nikítich —dije en el tono más tranquilo posible—, da orden de ensillar dos caballos, vamos a inspeccionar los puestos de guardia.

En un tiempo buen jinete, hacía unos veinte años que yo no montaba.. Mientras busqué el destacamento adelgacé y me estiré, pero de todos modos seguía siendo un hombre de peso. Nos trajeron los caballos: a Nikolái Nikítich su potro bayo y a mí uno tordo y corpulento. Era intranquilo y asustadizo. Me miraba de reojo y resoplaba, notaba que me acercaba a él inseguro. Los allí reunidos me miraban con atención. Algunos con una sonrisa, otros escrutadores, preguntándose qué tal se las arreglará este Fiódorov.

Tenía ganas, claro, de asombrar a la gente con movimientos ágiles y ligeros. Pero yo mismo noté que no me saldrían. Por lo general, la persona que aprende una vez a nadar, ir en bicicleta o montar a caballo nunca se olvida de ello. Primero se sentirá inseguro, si le faltan fuerzas sus movimientos no serán hermosos, no flotará, no echará a cabalgar... A mí me resultaría agradable saltar con gallardía sobre la silla. Pero el tordo era alto, los estribos recogidos, habría que bajarlos... De pronto se me ocurrió: da igual que se rían de mí, que entiendan que en realidad quiero comprobar mis posibilidades, resucitar mis facultades de montar. Además era un motivo para estar solos.

— A ver, por favor, Nikolái Nikítich, ayúdame.

Popudrenko se acercó con una sonrisa y me sujeté del codo. Con dificultad llegué a alcanzar el estribo, me agarré de la silla, di un salto y al instante me deslicé al suelo.

— ¡Diablos! Hace mil años que no monto a caballo. Vamos, otra vez.

Y de nuevo sin lograr mi objetivo, provoqué la risa general.

— Bueno, probaré solo. Siéntate en tu potro —le dije a Nikolái Nikítich.

En realidad, después de estos dos intentos comprobé que mis viejos hábitos del ejército no me habían abandonado. Nikolái Nikítich saltó sobre su potro mirándome con ojos críticos. Forzando toda mi voluntad, me obligué a alzarme hasta la silla. No me salió del todo mal. Tensé las riendas y espoleé el caballo. Inclinado hacia adelante grité al asombrado Popudrenko:

— ¡A ver si me coges!

La gente se alzó en gritos. Alguien hasta se puso a aplaudir. Primero marché por el sendero, pero después doblé hacia el bosque cubierto de nieve no pisada, di una vuelta, me dejé ver por el público y de nuevo marché hacia el bosque. Por suerte, el caballo estaba bien instruido y obedecía bien las órdenes del jinete. Todos los caballos notan a quien llevan.

Cabalgamos primero por un claro, pasamos los puestos de guardia y sólo después, ya dentro de un pinar nos acercamos a un prado cubierto de nieve y ambos como por una orden nos detuvimos y también descabalgamos al unísono. La nieve no estaba profunda, anduve un momento, limpié de nieve un gran tocón y le dije a Nikolái Nikítich:

— Siéntate.

— ¿Y usted? —preguntó.

— Yo andaré un poco. Quiero desentumecerme las piernas. De momento soy un jinete de medio pelo... Pero lo que es tú, montas bien, fácil. En seguida se ve en ti a un jefe de caballería... Pero ¡siéntate! ¿A lo mejor tienes miedo de constiparte?

— ¿Usted de pie y yo sentado? ¿O es que estoy en el tocón de los acusados? —sonrió torcido. Pero de todos modos, se sentó.

Mientras tanto yo me paseaba delante de sus narices, pensaba, buscaba las palabras con qué empezar a hablar. Por fin, con la mayor tranquilidad posible, dije:

— Ahora bromeas, pero ayer...

— ¿Qué, ayer?

— ¿También bromeabas? Bueno… cuando diste orden de cortar la reunión y formaste a medio destacamento para salir a la operación? ¿Qué, como con Pedro I, era un ejército de broma, de diversión?

Hablaba yo en voz baja, al parecer, no daba muestras de irritación. ¿Acusaba? ¿Juzgaba? No sé por qué entre nosotros se cree incorrectamente que si a una persona la juzgan, ésta necesariamente ha de ser culpable o, al menos, ha cometido algún delito o falta. En realidad, la misma palabra “juicio” tiene sus orígenes en el discernimiento, en el estudio de un asunto y no siempre aspira a demostrar la culpa de alguien. Porque juzgamos a la gente por sus palabras y actos en todas partes: en el trabajo, en casa, en una conversación, en la mente.

Yo conocía a Popudrenko y me parecía que lo conocía bien, tanto como trabajador, como hombre de familia y como compañero. Pero de esto hacía tiempo. Hacía tiempo, dos meses, que no lo veía. ¡Dos meses de guerra! Los hombres, al pasar a la guerrilla daban muestra de cualidades inesperadas, se transfiguraban. A muchos, de sus profundidades salían a la superficie unos rasgos nuevos que nadie conocía y a lo mejor tampoco ellos mismos.

Sobre el papel decirlo resulta largo. En la vida, una mirada, un giro de la cabeza, un movimiento de los hombros, una pose muestran al instante la esencia y a veces ponen al descubierto ideas secretas.

Indudablemente, Popudrenko se imaginaba de qué íbamos a hablar y se preparaba para ello. No tenía intención de justificarse, esto yo lo veía. Pero a mí ni me había pasado por la cabeza humillarlo, ponerlo en su lugar o algo por el estilo. El que tenía que ponerse en su lugar era yo. En el lugar que no había elegido yo sino el Comité Central. ¿Sabría hacerlo? Era la primera vez que me encontraba ante una prueba tan seria.

Popudrenko se alzó de un salto y alzó una mano. Sin comerlo ni beberlo se arrancó el gorro de la cabeza y lo estrellé contra el suelo. Yo,. sin decir palabra, me acerqué a mi caballo.

— ¿Cómo se llama? —pregunté lanzando una mirada rápida sobre Popudrenko.

— ¿A quién se refiere?

— Oye, recoge el gorro. Hace viento y te enfriarás la cabeza.

— Pues yo no noto ningún viento.

— En cambio, yo sí que lo noto. A lo mejor es por el gorro que has tirado. A lo mejor venía de ti el aire. Oye, yo me mantengo como es debido y te ruego hagas lo mismo. Anda, ponte el gorro y siéntate.

— Usted ha preguntado que cómo se llama. A lo mejor ya es “cómo se llamaba”. Porque se le llamaba Nikolái Grigórievich.

— Te refieres a Démchenko, mientras que yo hablo del caballo. ¿Cómo se llama? ¡Buen caballo! En un tiempo mandé una sección de caballería. ¿Te lo podías imaginar, eh, Nikolái Nikítich?

— El caballo se llama Adam —dijo en tono contenido Popudrenko sacudiendo el gorro y encasquetándoselo.

— Pues muy bien, empezaremos por este Adam. Porque, gracias a Dios, Eva no tienes. Las evas y las chicas, nuestras

familias, han evacuado. O sea que vamos a hablar de hombre a hombre... No me has contestado a lo del ejército de diversión. No te lo digo para acusarte de nada. Mandas tú, pues manda. Pero, ¿por qué no me lo explicas? ¿Por qué no explicármelo? ¿Entiendes lo que quiero decir? He venido aquí no en plan de inspección, he venido a trabajar. Que sea un cargo de primera, segunda o tercera fila, eso no tiene nada que ver. Dame una explicación aunque sea a modo de instrucción para un novato. ¿Te vale esta forma? ¿Cuándo se ha visto que alguien delante de un novato, o de un alumno, haya tirado el gorro al suelo? ¿Te imaginas que yo ahora, siguiendo tu ejemplo, coja el gorro y lo tire al suelo? ¿Qué saldría de esto, eh? Nosotros dos, Nikolái, tenemos que vivir mucho tiempo juntos, tenemos que luchar.

Nikolái Nikítich abrió de par en par la boca, tomó aire, no sé si para lanzar un juramento o para hablar tranquilamente. Pero, a juzgar por lo mucho que le hinché el pecho, no se disponía a hablar en susurros.

Yo levanté la mano y dije:

— ¡Tranquilo, tranquilo! Tengo una propuesta de trabajo. Tú sabes que el CC me ha nombrado primer secretario del Comité Regional clandestino y jefe del Estado Mayor Regional. O sea que no me ha nombrado jefe del destacamento. El que ha nombrado para este cargo ha sido el Comité Regional. Y te ha nombrado a ti. Su decisión no ha cambiado. Pero ese cargo se refiere tan sólo al destacamento regional. Nosotros, los miembros del Comité Regional, esta noche hemos llegado a la idea de unificar los destacamentos. O sea que resulta una unidad de combate mucho más importante... Calla y no me interrumpas. Justamente eso: una unidad de combate. De momento no la llamaremos así oficialmente, pero es algo que hay que retener en la cabeza y no olvidarse de ello... Sigo. Escucha lo que voy a decir. Cuando se reúnan los dirigentes de los destacamentos, yo, como primer secretario y

jefe del Estado Mayor Regional propondré tu candidatura para el nuevo cargo de jefe del destacamento unificado. Yo me quedaré a la cabeza de los asuntos del Partido. ¿Quieres?... ¿Quieres o no? —le miré a los ojos—. Podría trabajar contigo como comisario...

Popudrenko estaba claramente perplejo. Se quedó cortado. No había dicho nada y ya estaba cortado. El no podía dejar de entender que había encontrado para él una manera cómoda de echarse atrás: nadie lo quita de su puesto, el cargo anterior queda liquidado y surge otro nuevo, mucho más importante. Y este era el cargo que yo le proponía. Se quedé pensativo.

En el silencioso y tranquilo bosque de pronto crujió una rama y algo cayó pesadamente al suelo. Temblaron los caballos, también nosotros. Por mi cabeza pasó rauda una idea: “Los dos, jefes de suma responsabilidad, hemos rebasado los límites del campamento sin escolta y sin avisar siquiera dónde nos encontramos”. La autora del susto fue una ardilla que saltaba de rama en rama. Había dejado caer una piña. En este rato Popudrenko tuvo tiempo de meditar.

— Alexéi Fiódorovich —dijo—, sin pensarlo más, rechazo su propuesta. No me pruebe si soy tonto o no, intente ver si soy bastante inteligente. El único que puede ser el jefe del destacamento unido es usted. En nuestras condiciones, el poder tanto del Partido como el militar ha de estar en la misma mano, en un mismo puño. Su autoridad...

— Olvídalo. Demos por acabada esta cuestión. ¿Aceptarías ser mi sustituto? De comisario me parece que de momento puede hacer Yariómenko, después ya veremos.

Popudrenko hizo un gesto afirmativo con la cabeza. Mi miró con ojos interrogantes: cómo es que aún no había tocado el tema del jefe del Estado Mayor.

— No tenemos escolta —dije lentamente—. Vamos moviéndonos hacia el campamento, por el camino hablamos.

Marchábamos con las riendas sueltas, Popudrenko hablaba. Daba cuenta de algunas cosas y comentaba otras. Empezó desde lejos:

— Una unidad de combate.., ya, ya. Ya sé que hace tiempo tendría que hablarle de Démchenko. Con respecto a esto —cosa extraña—, todo el rato tengo la sensación de que hemos salido todos juntos en autobús de excursión.., todos gente nuestra, es decir conocidos, colaboradores, amigos, gente del lugar... De pronto hay un accidente. Y nos encontramos en el bosque. Por largo tiempo... ¿Qué tiene que ver con esto la unidad de combate? ¿Acaso puede una unidad militar estar formada por entero de paisanos? Y no hablo para despistar y de cualquier manera por miedo o por haber hecho algo mal —de nuevo se puso nervioso—. No soy el único culpable... Démchenko se ha ido. Estuvo mucho tiempo pidiéndolo: dejadme ir, dejadme ir. Pues bueno, lo dejé ir. No sólo yo, sino el Comité Regional. A Nikolái Grigórievich le propusieron distintos cargos, pero se mantenía en la orden y destino que le había dado usted. Sin embargo tampoco quería quedarse de jefe del Estado Mayor...

— ¿No quería estar contigo? ¿O eras tú el que no querías estar con él? ¿O es que no podíais veros ninguno de los dos? Explícame eso con más detalle. No se trata de un interrogatorio, sólo quiero comprenderlo. ¿Qué quiere decir que lo dejaste o lo dejaron ir? ¿Qué quiere decir que se ha ido? ¿O es que le disteis un permiso? Pero, ¿Dónde estamos? ¿Qué es esto, la retaguardia del enemigo o una unidad militar en tiempos de paz en la que el jefe da permiso a un soldado para que se vaya a su casa? Démchenko no era un soldado, no era un soldado raso, sino el jefe del Estado Mayor, un hombre que ha sido el responsable del departamento militar del Comité Regional del Partido, una persona enterada

de todo. Tú lo conoces, y yo también, ambos conocemos a Nikolái Grigórievich. Como persona y como comunista. Podemos creer en él. ¿Pero puedes estar seguro que si lo torturan no descubrirá todas nuestras bases y todas nuestras organizaciones clandestinas?

— ¡Estoy seguro ¡

— Bueno, si estás seguro ¿eso quiere decir que era un hombre de voluntad fuerte e inquebrantable... Además de Démchenko sé que es un buen organizador, cuadro del Partido y especialista militar. ¿Se podía dejar ir a una persona así? ¿Llevarlo a una muerte segura?

Levanté sin querer la voz pero me di cuenta a tiempo. Me acordé que en mi camino hacia el campamento dejé ir a su pueblo al komsomol Zússerman, después dejé que Iván Simonenko se dirigiera hacia la línea del frente. No objeté nada a sus argumentos en el sentido de que la guerrilla no era una cosa seria... Dejé marchar a dos miembros preparados de la organización del Partido y del Komsomol de Chernígov. Así me comporté yo, y ahora critico a Popudrenko... Claro que Zússerman y Simonenko eran casos aislados, si los torturaban sólo me podrían delatar a mí, que en aquel tiempo también estaba solo. Pero aquí se trata de un destacamento, de varias unidades, del Comité Regional y de los comités de distrito... Si llegamos hasta el final del razonamiento, hay que reconocer que tampoco tenía derecho yo a yerme como ursa persona sola. Mi suerte personal —la vida y la muerte— no era en modo alguno algo secundario. Era necesario comprender que cualquiera de nosotros, comunistas responsables, no teníamos derecho a considerar nuestro destino separado del resto del pueblo. Y el conflicto de Popudrenko con Démchenko tenía que analizarse desde este ángulo...

Popudrenko hablaba. Yo escuchaba a medias. Para mí era una persona querida, podía tener confianza en él en todos

los sentidos, comprendía lo explosivo de su carácter y su valor casi desesperado; era poco rencoroso, sabía orientarse rápidamente en cualquier situación. Pero todo eso no era nada comparado con sus cualidades: su férrea voluntad, su decisión y capacidad de llevarse a la gente y tomar decisiones al instante. Por ejemplo, cuando le pregunté qué pensaba del tiempo que pasaríamos en el bosque, Nikolái Nikítich me miró asombrado y dijo:

— En eso no hay respuesta, Aleksei Fiódorovich. Al igual que la mayoría de los habitantes de Chernígov, Popudrenko hablaba en una mezcla de ruso y ucraniano. Lo curioso era que al hablar en ucraniano pasaba a tutearte—. ¿Cómo cree que se puede poner un plazo? Como si de nosotros dependiera. ¡Darles a los alemanes hasta que no se larguen de aquí, este es todo el asunto!

Y tenía razón. No había nada que adivinar, lo importante era actuar...

Pero de nuevo nos apartamos del asunto de Démchenko.

— De todas maneras, cuéntame de Nikolái Grigórievich —le recordé en tono algo seco—. ¿Qué pasó después?... Lo dejaste ir... ¿Ya se conformé? Dime claro... No, antes estudiemos un poco el caso. Porque podría haber pasado que Démchenko que, como tú sabes, era mayor y llevaba en el Comité Regional los asuntos militares resultara estar en el puesto de jefe y a ti te hubieran dado el cargo de jefe del Estado Mayor. Si en esas condiciones os hubierais peleado, no hubierais hecho buenas migas, ¿podría ser que te hubieras largado?

Popudrenko se rascó el cogote y sonrió con mirada astuta:

— ¿Sinceramente? Si quiere que le diga con el corazón en la mano, no podíamos creer que se marchara. Tanto yo como los demás camaradas pensamos que con su excitación más valía que tomara un poco el aire. En pocas palabras, pensa-

mos que se daría una vuelta, se le calmarían los ánimos y volvería... Usted me pregunta si yo hubiera podido hacer eso. Toda persona puede llegar a odiar a su jefe. O sea que a mí también podía ocurrirme. Incluso sin razón, porque cuanta menos razón tienes más te irritas. ¿Pero marcharse? ¿Irse a llevar su vida, por separado de los guerrilleros?... Un acto de este tipo no puede llamarse de otro modo que antipartido. Es cierto que Démchenko decía que pasaría la línea del frente y allí buscaría a Fiódorov, que sólo Fiódorov podía quitarle el cargo... Todo salió de manera tonta. Tengo la culpa, pero él... a mi parecer, tiene mucha más.

...Todavía no había acabado la conversación, pero para mí quedó clara una cosa: en la etapa actual más valía olvidarse de la historia de Démchenko. Había que escuchar a ambas partes. Y por lo que vi, en el destacamento nadie tenía ni idea de lo que había sido de Démchenko y de dónde se encontraba.

Vi claro una cosa: Popudrenko tenía razón al decir que una unidad de combate no podía estar formada sólo de paisanos. ¿Y un destacamento guerrillero?... ¿Especialmente un destacamento que se encontrase cerca de los pueblos natales? ¿Y de dónde sacar gente de otras tierras? Por los bosques rondan soldados caídos en bolsas, pero ¿quiénes son? No los conocemos. ¿Admitirlos o no? Era algo que tenía que decidirse de inmediato. No los dos solos, sino con todos los camaradas. Pronto se reunirían los jefes de todos los destacamentos... Azucé al caballo, pero Popudrenko me detuvo:

— ¿Qué ha decidido de Démchenko?

— Que no tenías que haber nombrado a Kuznetsov... Pero en el Comité Regional no vamos a discutir asuntos pasados.

* * *

Pasó el tiempo y cambiamos, nuestra experiencia guerrillera nos cambió mucho. De todos modos, es bueno echar un vistazo a los primeros días, recordar cómo éramos, cómo nos formamos, cómo aprendimos a dominarnos, a forjar una táctica particular guerrillera de acciones, y una ética nueva en nuestras relaciones mutuas.

Creo no falté de interés aducir aquí el testimonio del propio Démchenko. Tuvo suerte. Por obra de la casualidad se topó con otros guerrilleros, donde se quedó. Se le condecoró con la orden de la Guerra Patria de primera categoría y la medalla del guerrillero. No era mucho, claro, pero el hombre expió sus culpas en los combates y quedó siendo un comunista. Y ya después de la guerra, Nikolái Grigórievich Démchenko, como muchos otros guerrilleros, explicó a nuestros camaradas que trabajaban sobre el balance de las actividades del Comité Regional clandestino de Chernígov su actividad guerrillera y de Partido en la retaguardia del enemigo.

DE LOS RELATOS DE LOS GUERRILLEROS EN LA POSGUERRA

Habla N.G. Démchenko

Por la mañana del 1 de septiembre de 1941, el servicio de reconocimiento informé que el Ejército Rojo se retiraba de las regiones en que estaban localizadas las unidades guerrilleras.

Popudrenko casi cae prisionero. Viajaba al Estado Mayor de la 187 división de fusileros. Un grupo de paracaidistas fascis-

tas rodeó el Estado Mayor, los nuestros escaparon por un pelo. Llegaron en coche al bosque.

En el destacamento teníamos dos camiones: un “ZIS” de tres toneladas y otra camioneta ligera. Además Popudrenko se quedó con un coche ligero. Teníamos unas diez o quince tachankas[10]. Los medios de transporte podían cargar con todas nuestras pertenencias...

Cuando llegó Popudrenko, vivió por separado. Junto a él la intendencia. Para no darnos a conocer al enemigo se prohibió disparar sin causa. Hasta estornudábamos y tosíamos con la gorra en la boca, hablábamos en voz baja. Teníamos los nervios a flor de piel. El estado de alarma llegaba hasta la tontería. Todos los combatientes se esforzaban por mantener el silencio más completo. Teníamos la esperanza que los alemanes nos rebasaran y permaneciéramos sin ser vistos ni oídos. Pero de todos modos, se produjeron algunas transgresiones. Sucedía a veces que ni los jefes cumplían sus propias órdenes.

Sucedió un caso por el cual tuve un escándalo con Popudrenko. El combatiente Odintsov no había servido en el ejército. Una vez, desmontando su fusil, le salió sin querer un disparo. Yo me encontraba en la segunda sección. Popudrenko ordenó que a Odintsov se le quitara el fusil. El combatiente vino a verme y yo le pregunté:

— ¿Por qué sin tu arma?

Y él me explicó qué le había pasado. Tenía yo en reserva unos fusiles polacos. Le di uno nuevo y le avisé con rigor que en el futuro si volvía a suceder algo semejante se le castigaría.

Cuando llegué al Estado Mayor, Popudrenko se me puso a chillar:

---

[10] *Carreta armada con ametralladora*

— ¿Qué derecho tienes a contravenir las órdenes del jefe?

Le contesté que no entendía esta forma de castigo: un combatiente sin experiencia nunca aprendería a disparar sin un arma.

— Había orden de no disparar —dijo Popudrenko.

— En este caso, a ti como jefe se te tendría que quitar el automático. Porque tú también has disparado.

En esta discusión a los dos nos saltaron los nervios. Yo comprendía que Popudrenko era una persona de autoridad, muy valiente, pero de momento no tenía experiencia militar y cometería errores. Yo me esforzaba por contenerme y en el futuro nos pasamos sin discusiones, es decir ninguno de los dos nos enfrentábamos al otro. Pero no podíamos dejar de lado los problemas de táctica y estrategia. Las conversaciones eran apasionadas. Nadie de nosotros tenía experiencia en la lucha guerrillera. Aunque yo había servido en el ejército y me dedicaba en el Comité Regional a los asuntos militares, de todos modos, en las condiciones de la guerrilla teníamos que adquirir nuevos conocimientos.

Estar por mucho tiempo en Gúlino era arriesgado, ya que toda la población de las aldeas circundantes sabía de nuestra existencia. Había conversaciones del tipo: mira, se ha reunido gente, todos comunistas. Resultaba que en Gúlino se escondían miembros del Partido y con esto intentaban salvarse. Antes de la llegada de los alemanes nos manteníamos alejados de la población, esta fue la orden del Comité Regional: nadie debe saber que se ha organizado un destacamento guerrillero. Esto nos perjudicó. No nos relacionábamos con la población, no hacíamos agitación, no aceptábamos a nadie, y nadie sabía nada de nosotros con exactitud. ¿Cómo se podía llamar esto m o y i m i e n t o guerrillero? Nos escondíamos de todo y de todos, teníamos miedo. Por ejemplo, en el bosque no paraban de aparecer extrañas figuras. ¿A lo

mejor se trataba de tropas de reconocimiento alemanas? Deambulaban mujiks con cestas, como si recogieran setas. También se veían mujeres. Después empezaron a aparecer gentes vestidas de soldados soviéticos. Se los llamaba “los cercados”. Cualquiera lo sabía, a lo mejor con este nombre de soldados cercados se esconden algunos miserables. Era difícil aclarar la cosa. Me consideraban a mí hombre militar y si no podía aclararla quería decir que yo, como jefe del Estado Mayor, era un hombre débil. Pero los conocimientos militares en los primeros tiempos de la guerrilla servían de poco. Había que forjar una nueva táctica. Si no hay una línea de frente, ¿cómo entenderlo? Era una cuestión difícil.

Yo decía: se decidió cambiar de base en dirección al bosque de Reimentárovka del distrito Jolm. Me pareció correcto. En esto llegamos con Popudrenko a un acuerdo. No puedo no reconocer que Popudrenko pensaba como un hombre de masas. Siempre tenía en cuenta a las masas populares, sus impresiones, estados de ánimos y vivencias. Consideró que si cambiábamos de lugar no era para elegir una base mejor, sino también era motivo para relacionarnos con el pueblo.

El dieciséis de septiembre por la noche, el destacamento abandonó Gúlino. Llovía, hacía frío y la oscuridad era total. Nos perdimos. Parte de los combatientes iban en los coches; los jefes, a caballo, y los demás a pie. En toda la noche no recorrimos más de cuatro kilómetros: una sección giró hacia la izquierda y la otra a la derecha. Nos reagrupamos a duras penas. Al amanecer decidimos detenernos en casa de un guardabosque. Descansamos una horita y proseguimos la marcha. Entonces, recobrado el valor, Popudrenko tomó todas las riendas de la dirección. Envió por delante a los coches en los cuales colocó combatientes armados. Ordenó quitar los silenciadores de los coches. Si miramos desde el punto de vista del desarrollo posterior del movimiento guerrillero, nuestras acciones parecerán estúpidas hasta lo absur-

do. Primero nos escondíamos, teníamos miedo hasta de hacer crujir una rama, y de pronto se nos ocurrió hacer cuanto más ruido y estruendo mejor. Y sin embargo, tengo que decir que aprobé por completo la idea de Popudrenko. Si los guerrilleros quieren luchar y no pasarse el tiempo escondiéndose, deben mostrarse a la población, que se vea que están ahí y no temen a los fascistas. Las precauciones de Popudrenko iban en contra de su carácter, pues de natural su forma de ser es osada y ruidosa. No tenía objeciones contra el plan y comprendía que elaboraba el plan junto con el jefe del Estado Mayor. Pero a él no le costaba nada romperlo todo. Se le ocurrió una idea, pero, ¿para qué consultar al jefe del Estado Mayor? Las cosas no están para esas tonterías: "¡Muchachos, seguidme!", y ya está.

Mítines, uno tras otro, en cada aldea. La población no solía de su asombro. Todos sabían que los alemanes infestaban aquellos lugares. Sus aviones sobrevolaban sin parar aquellas tierras. Los aviones pasaban y nosotros debajo, hablando al pueblo. Era algo hermoso y causaba impresión. En todos los mítines hablaba Popudrenko. Su rostro se iluminaba de alegría e incluso se podría decir de entusiasmo. Todos nos saludaban y lanzaban hurras, como si fuéramos la avanzadilla del Ejército Rojo. Coches, fusiles, ametralladoras. A nadie le asombraba que los guerreros no llevaran uniforme. Hablábamos en ruso, en ucraniano. Sólo con eso ya se entendía: vienen los nuestros. No me acuerdo si nos denominábamos guerrilleros. En cualquier caso, no nos llevábamos a nadie con nosotros, no sólo no movilizábamos, sino ni siquiera hacíamos agitación para que la gente se uniera a nosotros: se mantenía la actitud inicial, es decir, seguir escondidos. Pero qué secreto era ese: marchábamos abiertamente, con ruido, gritos y tiros.

Cuando nos deteníamos en las aldeas, las mujeres y jóvenes nos traían jarras de leche, pan y tocino. Pero no nos invita-

ban a sus casas. De modo incomprensible para mí, la gente adivinaba que íbamos de un bosque a otro, que cambiábamos de escondite. Aunque estábamos armados, nos compadecían. Era una mezcla de lástima y entusiasmo, de respeto y tristeza.

Más tarde, nuestro servicio de información se enteré de que por las aldeas de los alrededores corría un rumor: avanzaba el Ejército Rojo con cañones y tanques. Una cosa estaba en contradicción con la otra. Pero sin eso no se puede pasar. Basta con que pase algo, para que todo se deforme, los ojos del pueblo convierten un reducido grupo de guerrilleros en un gran ejército. Lo cierto es que nuestros coches sin silenciadores resonaban más que tanques y la cocina de campaña podía tomarse por un cañón. La gente contaba lo que alimentaba con su imaginación.

El destacamento se detuvo en Zhukliansk, cerca de la aldea Chenchiki del distrito de Jolm, lugar en el que el 19 de septiembre me peleé con Popudrenko y me marché.

Yo creía y sigo creyendo que Popudrenko era valiente, inteligente y un jefe decidido, pero abarcaba demasiado. No aceptaba consejos de nadie y cambiaba las decisiones a su antojo. Se fiaba de la suerte, del azar, de su buena suerte personal y su valor sin límites. Siempre se guié por este principio, siempre: cuando dirigía un grupo, una sección o una columna guerrillera... Veía que podía dar un buen golpe y al instante se lanzaba a la batalla. Y por eso no podíamos congeniar. Me designé jefe del Estado Mayor. Yo entendía la importancia del puesto y exigía que el jefe del grupo contara conmigo, y más cuando en el destacamento no había comisario.

Discutíamos hasta perder la voz y lo hacíamos delante de todos; esto no era bueno para nadie, no sólo para el mando. Los combatientes miraban y escuchaban. Y yo esto no lo podía aguantar. Popudrenko es una persona ardiente, y a mí

me creía muy calculador. ¿Pero en qué consistía mi carácter calculador? Y quería que los planes —elaborados conjuntamente— se cumplieran, y si se creaba una situación favorable para entrar en combate que se consultara conmigo. Un jefe no puede tomar un pequeño grupo y marcharse por su cuenta, separarse de toda la masa. Porque el riesgo no es sólo suyo, sino que compromete a todo el destacamento.

Un ejemplo concreto: La operación en Kamka.

Yo avanzaba con la primera sección por delante. Nosotros pasamos Kamka, yo no podía saber que el jefe había tomado la decisión de realizar una operación en aquella aldea. Pero de pronto, detrás nuestro se oyen los disparos de un combate: al oír los tiros nos vimos obligados a dar media vuelta. Y esto no es coser y cantar, no es fácil hacer dar media vuelta a una sección cansada que sabe que la ruta ya está trazada. De todos modos, volvimos sobre nuestros pasos. Después se aclaré que no fue una operación de combate, sino que se perseguía a un pequeño grupo de alemanes.

De por sí el episodio no tenía mucha importancia. Era una cuestión de principios: no se puede cambiar un plan ya acordado si no existen razones suficientes para hacerlo. Popudrenko declaró de manera categórica que como jefe del destacamento era el único que mandaba allí y que, si lo consideraba conveniente, seguiría actuando del mismo modo. En respuesta, yo dije, también de manera categórica, que como jefe del Estado Mayor me inhibo de todas las responsabilidades.

En esta ocasión no llegamos a una solución definitiva.

A veces, sucedía que Popudrenko se subía con unos cuantos compañeros en un coche y se marchaba. Pero ¿adónde? eso no lo sabía nadie. Una vez se monté en el coche ligero y desapareció sin decir palabra. No apareció hasta la tarde. Yo me encontré ante un hecho consumado: el jefe no estaba y

tampoco se sabía dónde se encontraba. Cuando volvió me dijo: hemos decidido arriesgarnos y presentarnos en el centro del distrito, en Koriukovka. Que la población vea que también somos capaces de actuar con valor.

Yo le pregunté:

— Pero ¿cómo? ¿Y si de pronto llegan los fascistas y no hay jefe? No se pueden hacer extravagancias y abandonar el destacamento sólo para mostrar nuestro valor.

Popudrenko se puso a aullar:

— ¿Me llamas extravagante?

— ¡Sí, a ti!

— El jefe no tiene que preguntarle a nadie lo que hace.

— Tiene que dar noticia de lo que hace.

Hubo otros muchos casos en los que las decisiones se tomaron sin mi participación. No se trata de algo personal, de ofensas personales. Ignorar el Estado Mayor es alimentar la anarquía. Tampoco puede ignorarse que el destacamento regional estaba formado en su mayor parte por gentes de la ciudad de Chernígov. La mayoría no conocían los lugares. Y se comprendía, era gente de ciudad. No nos decidíamos a enrolar hombres de las aldeas circundantes. Esto hacía más difícil el obtener información, cada vez el riesgo era excesivo. Yo insistía en la necesidad de incorporar activistas de las aldeas. Pero se daba largas al asunto. Y un Estado Mayor sin un servicio de información no es nada. Esta es otra de las razones por las cuales presenté la renuncia.

Mencionaré un episodio que se produjo a causa de unos disparos. Una vez en donde se encontraba el Estado Mayor resuenan unas cuantas ráfagas de ametralladora. La segunda sección, donde me encontraba yo, se desplegó en posición de combate con sus armas y a mi orden “¡A la carrera! “se

lanzó a toda velocidad hacia el Estado Mayor. Todo el mundo estaba muy nervioso: el enemigo había tomado el Estado Mayor.

Llegamos corriendo y de pronto se aclara todo: Popudrenko estaba disparando de un automático sobre un casco alemán. La cosa sucedió después de comer y haber bebido. En lugar de reconocer lo erróneo de su conducta, Popudrenko dijo primero que estaba comprobando la preparación combativa del destacamento, después que comprobaba la resistencia del casco alemán: si el metal era fuerte. El instructor político de la segunda sección Maistrenko no pudo aguantar su excitación y exclamó:

— ¡Yo también puedo disparar! —y pegó un tiro de fusil contra un árbol.

Yo le dije que él debía apoyar la autoridad de su jefe. Entonces Maistrenko tiró el arma y mirándome con desprecio se marchó.

Nuestros enfrentamientos terminaron con que Popudrenko me retiró del cargo de jefe del Estado Mayor con una orden. Y le pedí que me dejara ir, me iría al distrito de Bobrovitsa o de Nósovka. Conocía aquellos lugares, a la gente, sabía que allí existían grupos guerrilleros.

En efecto, sabía dónde con antelación se habían formado destacamentos. En Gúlino y en Reimentárovka se reunió el grupo dirigente de la región, con personas que ocupaban cargos elevados, secretarios de comités regionales. Demasiados funcionarios importantes. Lo que quería yo era pasar a un destacamento formado por combatientes en el que, como en el ejército, la mitad no sean cargos dirigentes.

Esperábamos a Fiódorov, pero no había noticias de él. Alguien incluso hizo correr el rumor de que el primer secretario del Comité Regional y el presidente del Comité Ejecutivo regional habían recibido orden de evacuar a la retaguardia so-

viética. En aquel tiempo no teníamos datos exactos y estábamos convencidos que el frente pasaba por el Desná, que tras el Desná el territorio no estaba ocupado. Y sí eso era así, Fiódorov se encontraría allí. Entonces yo propuse:

— Envíenme al otro lado del frente, y encontraré a Fiódorov. Este me dará instrucciones sobre todas las cuestiones que se nos han planteado. Si no encuentro a Fiódorov, volveré al distrito de Nósovka y me enrolaré en el destacamento local. Me negaba obstinadamente a ocupar cargo alguno en el destacamento regional. Por fin Popudrenko me dejó por imposible. El diecinueve de septiembre nos despedimos. Me propuso llevar conmigo un documento falso por el que se me hacía pasar por pastor. Yo le dije:

— Olvídate de esto, ¿para qué me hace falta este papel?

De todos modos, Popudrenko me dio una misión: transmitir a todos los destacamentos la directiva del Comité Regional en el sentido de que había que pasar a formas activas de lucha...

Cuando ya me marché del Estado Mayor, me encontré con Gromenko. Era por entonces jefe de sección. Me preguntó por qué estaba tan triste y adónde iba. Le dije que se me enviaba para ponerme en contacto con otros destacamentos y con Fiódorov.

— ¡Mientes! —dijo Gromenko—. Te han echado.

Yo no podía estar de acuerdo con esto. A mí no me habían echado, me pedían que me quedara, que mandara una sección, pero me negué a ello. Quería irme y conseguí lo que deseaba. Si hubiera estado en el ejército hubiera mandado las críticas que yo le hacía a mi jefe inmediato a alguna instancia superior. A Gromenko le dije:

— Si Fiódorov estuviera aquí, entonces me hubiera dado una orden y ya estaba. No hubiera rogado nada. Hubiera obedecido a Fiódorov...

Así que me separé del destacamento regional. Más tarde lamenté mi terquedad. Logré llegar con grandes dificultades al distrito de Nósovka y encontré a Stratilat. El destacamento era debilucho, mal armado, sólo unas sesenta y nueve personas. Los ánimos por los suelos. Shevchuk, el presidente del Comité Ejecutivo del distrito de Nósovka se expresaba de esta manera: "uchar no tiene sentido, los nazis nos aniquilarán, tenemos que esperar que el Ejército Rojo esté más cerca, ahora lo que hay que hacer es esconderse, conservarnos. El CC nos acusará de que, con nuestros enfrentamientos con las fuerzas ridículas que tenemos contra un enemigo armado hasta los dientes, lo que hacemos es malograr a los activistas. Tenemos que conservar los cuadros..."

De todos modos, Stratilat, como un bolchevique de gran fuerza de voluntad y un jefe auténtico, supo elevar la moral del grupo. Realizamos unas cuantas operaciones contra policías y logramos los primeros éxitos. Los alemanes organizaban redada tras redada contra nosotros. Durante el invierno de 1941-42 nuestro destacamento no creció, sino al contrario. Enviábamos un grupo para explorar y éste no volvía. Es posible que la gente se fuera, puede que muriera. Lo más probable es que fueran ambas cosas juntas... Estábamos pésimamente vestidos. En mi caso lo que tenía eran unas botas de soldado y una chaqueta. Mientras vivimos en los refugios, la cosa se podía aguantar. El 7 de enero de 1942 los alemanes lanzaron en pleno día una operación contra nosotros con unas fuerzas de 400 hombres, nos enzarzamos en un duelo de fusiles. Matamos al subjefe de la policía de la ciudad de Nezhin y unos cuantos policías. Tuvimos que abandonar el campamento y todas nuestras reservas. Quemaron nuestro campamento y nos persiguieron cinco días.

Marchábamos con la nieve hasta la cintura. Me subió la fiebre...

Con Stratilat acordamos que yo marcharía a Bobrovitsa donde tenía unos parientes.. El destacamento se dividió en varios grupos, yo me fui solo y llegué a casa de mi hermana que me instalé en la buhardilla. Estuve cuatro meses enfermo y casi me quedo ciego de la oscuridad...”

* * *

Del relato dictado por Démchenko tan sólo he aportado algunos fragmentos. En primavera, recuperado de su enfermedad, supo ponerse en contacto con Stratilat, en el distrito de Nósovka, de nuevo se creó un grupo guerrillero que se fortaleció rápidamente, alcanzó a tener más de mil combatientes... No me voy a referir aquí a la historia del destacamento de Nósovka, a sus éxitos y fracasos. He aducido aquellos fragmentos que pudieran en cierta medida esclarecer el conflicto.

Es interesante señalar que sólo después de la guerra nos enteramos que la familia de Démchenko —la madre y una hermana— se encontraba en Bobrovitsa. ¿Sin la esperanza en poder guarecerse en casa de sus familiares se hubiera marchado Démchenko del destacamento? Lo dudo... Y me refiero a esto no para acusar al que fue jefe del Estado Mayor por encubrir la verdad y no ser sincero. Lo más importante es comprender que la proximidad de la familia restaba entereza, daba motivo a pensamientos inútiles y alimentaba esperanzas vanas...

Es una verdadera lástima que en los primeros días de la formación del destacamento no pude decir a algunos camaradas demasiado confiados, en particular a aquellos que preconizaban la estrecha unión de los paisanos, una confianza exclusiva con sus familiares, amigos y en último caso con los

muy conocidos, decirles: miren a lo que llevan los actos caprichosos, el localismo y el autoaislamiento.

Entonces no podía decirlo y no tenía ejemplos para mostrarlo, pero sí estaba obligado a preverlo. Esto me lo enseñé el Partido.

* * *

El 19 de noviembre acudieron los jefes y comisarios de destacamento: Balabái, Najaba, Vodopiánov, Kúrochka, Kózik, Korotkov, Loshakov, Druzhinin y Bessarab. Participaron también en la reunión todos los miembros del Comité Regional, así como Gromenko y Kalinovski, jefes de sección de nuestro destacamento regional.

Por mi cuenta y riesgo, invité a otra persona más: al teniente Rvánov, al que casi nadie conocía aún. Había llegado al destacamento sólo hacía dos días.

La primera impresión que Rvánov producía distaba mucho de causar efecto, pues era de mediana estatura, voz suave y ademanes tímidos. Además, le habían herido en un brazo. Al parecer, el hombre estaba más para curarse que para mandar. Sin embargo, lo presenté a los camaradas como jefe del Estado Mayor del futuro destacamento unificado.

¿Por qué había designado para un cargo de dirección a un hombre al que nadie conocía? Nadie me lo preguntaba, pero yo leía ese interrogante en los ojos de la mayoría de los presentes. Como es natural, yo tenía motivos de peso para hacerlo. Se los había expuesto tan sólo a Popudrenko y a Yariómenko, comisario de la unidad, quienes estuvieron de acuerdo conmigo.

En el refugio del Estado Mayor hacía un calor sofocante. Habíase reunido gran cantidad de gente, y alguno hubo de sentarse en el suelo. Propuse a los camaradas que se quitasen la ropa de abrigo; así lo hicieron todos. Se resistió únicamente Bessarab, jefe de un destacamento local. Dicho sea de paso, el hacerlo le habría costado no poco trabajo, pues era mucho el equipo que llevaba encima: dos pistolas, varias granadas, cartera de campaña, prismáticos, brújula y tantas correas, que parecía incomprensible cómo no se enredaba en ellas.

Stepán Feofánovich Bessarab —hombre fornido, de cuarenta años— había sido antes de la guerra presidente de un koljós. Durante un corto tiempo llegó a ocupar el cargo de presidente del Comité Ejecutivo del distrito. Pero no pudo con esta labor. Era muy conocido en el contorno y gozaba de bastante prestigio. Contribuía también a su notoriedad otro motivo: en los días de la colectivización del campo, cuando era presidente del Soviet Rural, un kulak había atentado contra él, disparando por una ventana e hiriéndole en la cabeza.

Bessarab tenía mucha cachaza. Prefería ni moverse ni hablar. Cuando, a pesar de todo, las circunstancias le obligaban a hacer uso de la palabra, comenzaba invariablemente tosiendo, carraspeaba e iniciaba su perorata con la misma muletilla “eso, pues”, y luego intercalaba dichas palabras, juntas o separadas, al principio, en el medio o al final de la frase. Por ello la gente, al recordarle, hacía ante todo memoria de su “eso, pues”.

— ¡Ejem! eso, pues, yo no me quitaré la ropa de abrigo. Eso, estoy enfermo. Temo, pues, resfriarme...

No obstante, debo decir que Bessarab se hizo guerrillero voluntariamente y que él mismo se ofreció a quedarse. Y la gente de su koljós le siguió, reconociéndole por jefe. Era, sin duda, un hombre fiel al Poder soviético.

Casi todas las personas a quienes encontré en la reunión habían estado en mi despacho de Chernígov antes de convertirse en jefes guerrilleros y miembros del Comité Regional. Ya he hablado de los cambios operados en el aspecto exterior y en las maneras de Popudrenko. Igual les había pasado a todos los demás.

Era aún prematuro hablar de cambios de carácter. Sin embargo, el nuevo aspecto exterior de cada uno reflejaba, en cierto modo, su estado de ánimo. Con la ropa y el equipo, mejor dicho, con la manera de llevar la chaqueta guateada, el gorro y la pistola, cada camarada daba la imagen de qué clase de guerrillero quería ser.

El gorro ladeado de Popudrenko, la barba y la colección de correas de Bessarab, los bigotes de Fiódorov, la blanca tirilla en el cuello de la guerrera militar de Balabái, la afectada rudeza de Kúrochka, secretario del Comité de Distrito de Jolm —persona de lo más suave y cordial que darse puede—, todo ello parecía un tanto afectado, como siempre les ocurre a los principiantes.

Sí, éramos unos principiantes en las guerrillas y en el trabajo clandestino. Alumnos del primer grado. Gente que, en su mayoría, había trabajado bastante y desde hacía mucho tiempo había elegido su lugar en la vida, ahora nos veíamos de pronto en el bosque, en un refugio, cercados de tropas enemigas...

Me fijé en Gromenko, antes agrónomo y ahora jefe guerrillero. Parecía estar en Chernígov, en una reunión de las de antes. Trabajaba en la Sección Agrícola Regional de esta ciudad. Exteriormente no había cambiado nada. Ello me pareció más afectado aún que la barba de Bessarab. Le hice la pregunta habitual:

— ¿Cómo van las cosas?

Me respondió con alegría, contento de la atención:

Las cosas no marchan mal, Alexéi Fiódorovich, pero es el caso que no tuve tiempo de evacuar a la mujer. Está para dar a luz y la tengo en la aldea, con sus padres. Allí hay alemanes.

“Eso es lo que te preocupa”, pensé para mí. Era lógico que Gromenko pensase en su mujer, pero yo esperaba que me hablase de su sección o del estado de cosas en todo el destacamento.

Entretanto, Gromenko proseguía:— ¿No recuerda de cuando estábamos en Chernígov a mi mujer? Claro, naturalmente, no va a recordar a todos... Está a cuarenta kilómetros de aquí. Debería ir a verla, pero, al mismo tiempo, pienso que sería contraproducente. Le causaría nuevas inquietudes...

Confieso que no pude aconsejarle nada. No me había imaginado en modo alguno que en esta reunión tendría que resolver también cuestiones de tal índole.

— Está bien —le dije—, hablaremos de eso cuando termine la reunión. Ya idearemos algo Popudrenko explicó a los camaradas para qué se les había convocado y preguntó a cada jefe su parecer acerca de la fusión de los destacamentos bajo el mando único de Fiódorov. La mayoría estuvo de acuerdo.

— Debíamos haberlo hecho hace tiempo. Sin eso estamos perdidos.

Tan sólo Bessarab, luego de meditar unos instantes, manifestó que necesitaba pedir consejo a los camaradas de su destacamento. Se le dijo que el Comité Regional del Partido recomendaba la fusión.

— Yo, eso, pues, lo pensaré un poco. Mañana por la mañana daré la contestación. —no se olvide, camarada Bessarab; le esperamos mañana, a las nueve de la mañana. Después de su llegada firmaremos la orden.

Pasamos a otra cuestión ¿Qué hacer con las personas y los grupos que deseaban incorporarse a nuestro destacamento? Deambulaban por el bosque, a la Ventura, bastantes restos de unidades destrozadas, prisioneros huidos y combatientes que habían salido del cerco y se abrían paso hacia el frente. Todos ellos tenían armas. Uno de los grupos hasta poseía una ametralladora. Pero aquella gente no se sentía a gusto en el bosque de Reimentárovka: se orientaban mal, y no todos, ni mucho menos, se decidían a establecer contacto con la población; carecían de municiones, estaban descalzos, harapientos, y, lo principal, pasaban hambre y frío. Casi todos esos grupos pedían el ingreso en los destacamentos.

Se entabló una discusión acalorada. Rvánov, rojo de emoción, me señaló la puerta con los ojos, como preguntando: "¿No será mejor que salga mientras se decide este asunto?" En efecto, se hablaba precisamente de hombres como él. Rvánov era en la reunión el único representante de los "extraños", es decir, de la gente no admitida aún, de modo oficial, en el destacamento.

Quédese, quédese —le dije—. También nos interesa oír su opinión.

Loshakov, el jefe del grupo de caballería —talludo, sombrío, cetrino como un gitano— dijo:

— ¿Cómo vamos a admitirlos? No comprendo qué razón hay para romper así la vigilancia. Usted mismo, camarada Fiódorov, y los demás secretarios del Comité Regional nos advirtieron en Chernígov que se debía observar las reglas de la conspiración y mantener el secreto más riguroso. ¿Y ahora qué? Resulta que mandamos la vigilancia al cuerno... ¡Que venga quien lo desee!... ¿Cómo interpretar eso de "cercado" ? Para mí, eso de "cercado" significa que no ha muerto en combate. Y si le dejáis entrar en los destacamentos guerrilleros, tampoco aquí querrá perder la pelleja, empezará a ocul-

tarse tras la espalda de otro. Y el prisionero, con mayor motivo. El prisionero es un hombre que se ha rendido. No, no necesitamos gente de ésa. A nosotros nos seleccioné y confirmé el Partido. Yo le conozco a usted, conozco a Kúrochka, a Bessarab y a Kózik. Tengo pleno derecho a confiar en ellos. Y lo mismo ocurre con los combatientes: los conocemos a todos, todos han llenado los respectivos cuestionarios.

Balabái, que hablé a continuación, se opuso resueltamente a Loshakov. Confieso que no esperaba de él tanta energía. Consideraba que Alexandr Petróvich Balabái —director de la escuela de Pereliub y maestro de historia— era un hombre tímido, inclinado a una vida ordenada, sin altibajos. Había sido nombrado director de la escuela poco antes y se hacían elogios de él por el buen orden y la limpieza en su escuela, y la buena organización de su labor educativa. “Un pedagogo joven, pero serio y razonable”, esa era la opinión unánime que casi siempre oía cuando se hablaba de Balabái. Me contaron, además, que se había casado hacía poco y que era feliz. Me imaginé involuntariamente a este dichoso y apacible mortal, con su vida consagrada a la escuela, la esposa, la casita y el jardín.

Balabái era de complexión recia. Vestía uniforme de oficial del Ejército Rojo, que le sentaba muy bien. A la reunión se presentó cuidadosamente afeitado. Si todos los camaradas siguiesen su ejemplo, la cosa sería magnífica. Y aunque al empezar a hablar se ruborizó, comprendí que aquella mosquita muerta sabía defenderse y defender sus principios. He aquí lo que dijo:

— ¿Qué importa que nosotros nos hayamos quedado voluntariamente en la retaguardia? ¿Qué mérito especial hay en ello? Combatir es indispensable, de una o de otra manera, y yo opino que hacerlo voluntariamente es siempre mejor que por movilización. Por lo tanto, somos combatientes, lo mismo que los soldados. ¿Qué razón hay para que nos mostremos

más orgullosos de la cuenta? El camarada Popudrenko me estampó una censura en la orden del día porque nuestro destacamento había admitido a cinco salidos del cerco. Pero los muchachos han resultado buenos, así lo han confirmado en la práctica. En nuestro bosque se oculta un grupo de veintiséis hombres, al mando de Avxéntiev. Todos sabemos que es gente de confianza. Su división recibió del mando la orden de salir del cerco en grupos pequeños, y la están cumpliendo. Pero si siguen hacia adelante, en dirección al frente, caerán muchos. Creo que sería mejor darles el ingreso. Opino que hay que aceptar a todos cuantos quieran sinceramente luchar contra los alemanes. Y en cuanto a los cercados, por regla general se trata de hombres que no quieren caer prisioneros, que resisten hasta el último instante. De hecho son ya guerrilleros, pero sin organizar. Hay que ayudarles a organizarse. Son hombres armados y no es el primer día que combaten; nos serán útiles... —Balabái hizo una larga pausa, recorrió con la mirada a los reunidos y, tras un profundo suspiro, como lamentándolo añadió—: A mí modo de ver, sería un crimen no admitir a los cercados. ¡Sí, un verdadero crimen! —remaché con firmeza.

— Eso, pues, es demasiado fuerte, Alexandr Petróvich —comentó Bessarab, moviendo la cabeza.

— ¿Quiere hacer uso de la palabra? —le pregunté.

Bessarab alzó los ojos hacia mí, meditó un instante y dijo, dándose importancia:

— Puede hablar. Creo que si los cercados quieren, entonces, eso, pues, que se organicen ellos mismos. No es para ellos, pues, para quienes hemos preparado y conseguido las armas, las municiones y, mucho menos, los víveres. Manifiesto rotundamente que estoy en contra.

— ¿Y si el Comité Regional se lo pide encarecidamente? —intervine yo sin poder contenerme—. ¿Tendrá entonces en cuenta nuestro ruego el camarada Bessarab?

— ¿Con respecto a la admisión?

— En general, ¿qué opina sobre el hecho de que el Comité Regional del Partido dirija el movimiento guerrillero en la región? Usted es miembro del Partido, ¿no es eso?

Bessarab se engalló. Los ojos se le inyectaron de sangre. Arqueé las cejas y dijo sombrío:

— Conozco los Estatutos del Partido. Pero mientras el asunto se discute, estaré en contra. Pueden admitirse excepciones, teniendo en cuenta el principio territorial. Yo puedo, eso, pues, aceptar en el destacamento a un cercado que haya sido antes vecino de nuestro distrito, puesto que debemos defender nuestro distrito. Pero es imposible admitir a todo el que lo desee...

Al decir esto, Bessarab fijó una mirada dura en Rvánov. Todos comprendieron que en él, precisamente, veía Bessarab el origen de la discordia. Otros jefes de destacamento también miraban con animosidad a aquel teniente, desconocido para ellos.

Yo había querido firmar la orden nombrando a Rvánov jefe del Estado Mayor del destacamento unificado sin dar explicación alguna y preparar con ello a la gente para la implantación' de la disciplina militar. Huelga decir que, antes de decidirme a ello, había interrogado a Rvánov acerca de su servicio anterior; las respuestas me dieron a entender que era hombre de gran entereza y, lo más importante, un oficial profesional que entendía a la perfección la táctica militar. Me agradaba en él, además, que, a pesar de haber pasado por tantos trances, conservara el porte de un oficial del ejército, que no se hubiese quitado las insignias e incluso se las hu-

biese ingeniado, no sé cómo, para conservar en buen estado la guerrera, los pantalones y las botas.

La reunión que yo había convocado no era, en el fondo, ni militar, ni guerrillera, ni incluso del Partido; hablando francamente, era una reminiscencia. Por aquel entonces, yo no me había habituado aún a mandar, y los camaradas no se habían acostumbrado a que yo, además de dirigente, era el jefe. Tenía ante mí a trabajadores de organismos soviéticos y del Partido, agrónomos, ingenieros, un presidente de koljós, un maestro... Pensé también que la mayoría de ellos, y en particular los que se oponían a la admisión de los cercados, no habían experimentado aún las verdaderas penalidades de la guerra ni el auténtico peligro. Tan sólo de oídas sabían lo que era el cerco, quiénes eran los cercados y por qué pruebas habían tenido que pasar. Les vendría bien enterarse.

— Dmitri Ivánovich — me dirigí a Rvánov interrumpiendo a Bessarab—, tenga la bondad de contarnos cómo vino a parar a este bosque.

El hecho de que yo llamase a Rvánov por el nombre y patronímico despertó ya el asombro de los camaradas. Y el asombro, como es sabido, acrecienta la atención. Rvánov también quedó asombrado, pero se levantó con presteza, se cuadró y preguntó:

— ¿Hace falta que cuente mi vida?

— No, se trata de lo siguiente: quiero, con su ejemplo, mostrar a los camaradas quiénes son los cercados y por qué es preciso admitirlos en los destacamentos.

— Comprendido. Seré lo más breve posible. Empecé a combatir desde el primer día. El último cargo que he ocupado desde el 15 de julio de 1941 ha sido el de ayudante de jefe de Estado Mayor de batallón en una unidad de infantería. Por operaciones bien realizadas fui citado dos veces, por los jefes del regimiento y de la división, en la orden del día. El 9 de

septiembre, a las 9.30, los alemanes rebasaron la aldea de Lúziki, distrito de Ponornitsa, donde estábamos acampados. Yo me encontraba en el Estado Mayor con tres enlaces. Los alemanes abrieron fuego de ametralladora contra la casa del Estado Mayor. Nosotros no teníamos más que fusiles automáticos, pistolas y una carabina. Los muchachos me protegieron con fuego de automáticos. Recogí tos documentos más importantes del Estado Mayor, crucé la calle y me tendí en un campo de mijo. Empecé a disparar con la carabina y tumbé a cinco fritzes. Estaban borrachos, eso me ayudé a acabar con ellos. Pero una bala me dio en el brazo. Me arrastré hasta una zanja, llena de estiércol y basura. Enterré allí los documentos, me ligué el brazo herido y seguí arrastrándome hasta una casa, a lo largo de la valla. En la valla vi una abertura y, al lado de ella, a Kiseliov, subjefe de una sección nuestra. Estaba herido en el hombro izquierdo y en la mano derecha. Había tenido fuerzas para arrancar una tabla, pero no para entrar por la abertura. Me pidió: “¡Camarada teniente, sálveme!

A duras penas pasamos al patio. Mientras tanto, los alemanes se habían apoderado por completo de la aldea. Nos metimos en un henal. Había allí' una jaula con un lechón dentro, y heno. Kiseliov se sintió muy mal. Lo escondí entre el heno y yo también me oculté. A las once Kiseliov, que había perdido muchas fuerzas, me pidió de beber. A las trece vino una viejecita para echar de comer al lechón. Le pedí agua. La viejecita, al ver tanta sangre, nos aconsejó que nos rindiésemos. Le respondimos que era imposible. A las 16.20 vinieron los alemanes. Oímos que hablaban en el patio con la viejita. Kiseliov y yo nos habíamos puesto de acuerdo: caso de que entraran, dispararíamos primero contra ellos, y después contra nosotros mismos. Olmos que los alemanes preguntaban: “Mamka, ¿hay rus? ““Estuvieron dos oficiales —respondió ella—, pero ya se fueron”.

Al oscurecer salimos por la abertura, y de allí, arrastrándonos por el campo de mijo, marchamos al bosque. El regimiento tenía la misión de apoderarse de Ponornitsa. Me orienté hacia allí. Kiseliov y yo estuvimos andando toda la noche. De madrugada, al salir a un calvero, empezaron a disparar contra nosotros. Tomé rumbo al Oeste. Por el camino se veían muchas huellas de botas rusas. Las seguimos hasta llegar a una aldea. Supe que los nuestros habían pasado por allí cuatro horas antes. La dueña de una casa nos dio unos trapos y un poco de pan y tabaco. Tomamos un bocado, fumamos un pitillo, nos vendamos y seguimos adelante, para alcanzar a los nuestros. Pasamos por Reimentárovka. Allí estuvimos a punto de topar con unos exploradores alemanes. Después fuimos hasta Sávenki, siete kilómetros más allá. Cada cincuenta metros, Kiseliov tenía que detenerse a descansar. Tardamos cinco horas en llegar a Sávenki. Tropezamos con el río Ubed y lo vadeamos por un lugar donde había carriles de ruedas. Yo cargué con Kiseliov, para que no se ahogase. Entramos en Sávenki a las 22.15 y llamamos a una puerta, a la ventura. Kiseliov, que había perdido mucha sangre, se derrumbó en el umbral...

Rvánov hablaba con ese lenguaje cortado y conciso del parte militar. Permanecía de pie, sin apoyarse en nada, mientras que nosotros le escuchábamos sentados unos y recostados otros. Y por la manera de hablar y de comportarse se advertía que ante nosotros teníamos a un militar profesional, a un hombre que nunca, en ningún momento, olvidaba que era un representante del Ejército Rojo. Druzhinin se me acercó por detrás y, hablándome al oído, me dijo con voz bastante fuerte, de manera que muchos lo oyeron:

— No son Bessarab ni Loshakov quienes pueden juzgar si se debe admitir a Rvánov entre los guerrilleros; más bien Rvánov debe decidir quién de nosotros vale.

Mientras tanto, Rvánov continuaba su informe. Refirió que les dio albergue Natalia Javdéi, koljosiana ya entrada en años, y su hijo Misha, un muchacho de quince años. Los vendaron, les dieron de comer y les acostaron. Al llegar los alemanes a Sávenki, la dueña de la casa dijo que Kiseliov era hijo suyo. Rvánov se fue al bosque y estuvo viviendo allí; de tarde en tarde iba a la aldea en busca de víveres y a curarse. Se puso en contacto con Dusia Oléinik, secretaria de la organización rural del Partido, y, a través de ella, con el destacamento guerrillero regional.

Sin que los oyentes lo advirtiesen, Rvánov pasó del relato de sus peripecias a la intervención. Y hay que decir que le escuchaban bien, con simpatía.

— A través de la secretaria de la organización del Partido, los combatientes heridos que se encuentran en la aldea han recibido de vosotros, camaradas, y siguen recibiendo víveres en concepto de ayuda. Vuestro practicante les asiste, les cura y les da medicinas. Eso está bien. Muchísimas gracias. Pero limitarse a recibir ayuda sin combatir no le cuadra al hombre soviético. Entre los heridos hay quien se ha curado ya. Considero un deber decir que en el bosque, en los alrededores de vuestro campamento, hay bastantes hombres soviéticos honrados, que sienten una gran amargura porque no se les reconoce como nuestros. Si mi opinión pesa algo, ruego que se tenga en cuenta mi propuesta: considerar como destacamentos guerrilleros al grupo de los veintiséis, al de Karpusha, al de Lisenko y a los demás, y fusionarlos, lo mismo que los locales, con el destacamento regional.

Hablaron otros dos o tres más. La intervención breve y enérgica de Druzhinin se me quedó grabada en la memoria:

— En realidad, camaradas, no hay nada que discutir. Estamos en guerra. Somos una unidad militar especial. Querámoslo o no, tendremos bajas. Y las bajas deben cubrirse, de

lo contrario desapareceremos como unidad militar, como destacamento guerrillero. Por lo demás, yo mismo he llegado al destacamento después de haber salido de un cerco. Se dice que fui admitido por ser oriundo de la región de Chernígov y porque los dirigentes me conocen. Se dice también que en el caso de Dneprovski ocurre lo propio. Bessarab ha llegado a proponer que se admita sólo a los de Chernígov o, más aún, Únicamente a los vecinos del distrito donde se ha organizado el destacamento. Esto es un concepto erróneo y nocivo. Semejante localismo no augura nada bueno. Nuestra Patria es toda la Unión Soviética, y no el distrito de Reimentárovka o el de Ponornitsa. Por indicación del Partido y de acuerdo con su llamamiento, los destacamentos guerrilleros fueron organizados, seleccionados y dejados de antemano. Pero, ¿por qué era preciso seleccionar para esos destacamentos a hombres conocidos por el Comité Regional? Era preciso, porque ellos debían constituir el armazón, la base del movimiento guerrillero. Es ingenuo suponer que nosotros solos, sin apoyo del pueblo, sin reservas, sin refuerzos, podamos hacer algo...

— Creo que la cuestión está clara, ¿no es así, camaradas? —pregunté, y aunque no todos respondieron afirmativamente, levanté acto seguido la reunión—. Mañana recibiréis la orden.

Bessarab me miró con asombro y empezó a cuchichear algo al oído de Kapránov, que estaba a su lado. Después se volvió hacia Loshakov y bisbiseó de nuevo.

— ¿Qué, tiene usted alguna duda, camarada Bessarab? —le pregunte.

No respondió. Se hizo un silencio embarazoso. Kapránov respondió por Bessarab:

— Me estaba preguntando qué es lo que pasa, por qué no tomamos una decisión y para qué se le ha molestado haciéndole venir aquí.

Me eché a reír. Rieron conmigo unos cuantos, pero no todos, ni mucho menos.

Hubo que repetir que, al día siguiente, recibirían la orden.

Después de las cuatro el refugio del Estado Mayor se quedó a oscuras. El tiempo era frío y encapotado. El viento arrancaba con fuerza las últimas hojas de los árboles. Estas pasaban junto a la ventana, giraban y se reunían en montones.

Acabada la reunión comimos con todos los jefes de los destacamentos. Las bromas eran tristonas. En este tono hablábamos del futuro:

— ¿Qué, Nikolái Nikítich, tendremos cañones?

— ¡Pues claro! ¡Sin duda! Tendremos artillería, caballería...

— Y contaduría —añadió Kapránov—. ¿Cómo se cree que vamos a vivir sin tener las cuentas claras? Ahora os doy un vaso de vodka y no tengo más.

— Arreglaremos las comunicaciones como es debido —prosiguí yo en lugar de Nikolái Nikítich con el tono más animado que pude—. Nos comunicaremos con cada Comité del Partido por teléfono y radio. Hablaremos cada día con el frente. Hasta con Moscú podremos hablar: “Muy buenas, les habla la división guerrillera de Chernígov”.

Los demás se echaron a reír. Todos comprendieron mis palabras como una broma exagerada. Lo cual no hizo más que bajar los ánimos.

De pronto, Sanin, el segundo de uno de los destacamentos, dando un golpe contra el suelo, gritó:

— ¡Cerdos malditos! Nos han hecho huir al bosque, a la guarida, al agujero. La gente en sus casas y nosotros, como gusanos, bajo tierra. ¡Que me echen un alemán! ¡Que lo destrozo con las manos, con los dientes!

Nos quedamos un rato más. Volví a decir que mañana o pasado a mas tardar enviaría la orden. De momento las cosas quedaban como estaban.

La conversación no se animaba. Cada uno tenía sus cosas para meditar. Los jefes de los destacamentos empezaron a irse. Después de despedirme de ellos, me fui a dar una vuelta por el campamento.

Había oscurecido. Un aguanieve giraba por el aire, se metía en el cuello y penetraba en las orejas. La gente estaba metida en los refugios. Luces macilentas salían de las diminutas ventanas. En un refugio tocaban la armónica, en otra sonaba una canción lánguida acorde con el viento de otoño y mi estado de ánimo. Cantaban mal.

Había muchas cosas que no me gustaban, en especial el comportamiento de Bessarab, pero lo que me alarmaba aún más era que muchos se consideraban no como una unidad ofensiva sino de defensa.

Aunque en la reunión discutimos la cuestión de si convenía o no admitir a los soldados caídos en bolsas y los escapados de los campos de prisioneros, yo, a decir verdad, valoraba las cualidades combativas de estos recién llegados. Se hicieron guerrilleros obligados por las circunstancias, no se enrollaron en nuestras unidades previamente, pero tenían experiencia en la lucha y un odio contra el enemigo también adquirido en los combates y en sus andanzas. Habían experimentado y visto más cosas que nuestros muchachos del destacamento. Después de andar durante dos meses por territorio ocupado, yo ya comprendía que en estas tierras invadidas no había lugar mejor para el hombre soviético que un destacamento guerrillero. Sí, la gente necesita probarse para saber luchar bien. Las experiencias son necesarias incluso para descubrirse a si mismo lo que es uno. Antes del primer com-

bate serio, hasta un hombre maduro a veces no se conoce a sí mismo.

Pensando sobre todo esto, deambulaba yo por una senda alejándome más y más del Estado Mayor hacia la profundidad del bosque. Aquí, los árboles no eran abundantes. Los habitantes de los Urales o de Siberia no llamarían bosque a nuestros parajes. Entre árbol y árbol había sus buenos cinco metros. De vez en cuando un pino y más a menudo arces, robles y álamos. La tierra se cubría con la primera nieve, por eso distinguía yo los troncos y los perfiles de las ramas desnudas. A través de ellas soplaba el viento que ahogaba los lejanos sonidos del campamento.

De pronto me di cuenta de que un arbolito delgado se ensanchaba sospechosamente en su base. Parecía como si hubiera allí una persona. Me detuve indeciso. ¿Como podía explicarse eso? Si es un centinela, ¿por qué entonces no me da el alto? Yo no me escondía y mis pasos se podían oír bien.

Después de un minuto de inmovilidad, empecé a acercarme poco a poco al extraño árbol y en seguida me di cuenta de que junto al ensanchamiento yacía un objeto parecido a un fusil. Oí unos sonidos extraños. No pude creer lo que oía: pues el ruido se parecía mucho al llanto de un niño. Oía con claridad el llanto y los resoplidos de un niño ofendido o asustado.

— ¿Qué te pasa? —pregunté a media voz.

La figura se separé del árbol lanzándose a un lado.

— Pero, ¿a dónde vas? ¡no tengas miedo! —grité.

La persona se detuvo algo confiada. Alcé del suelo el fusil.

— Ven aquí —dije y saqué del bolsillo una linterna y la encendí... iluminando una chica con chaqueta enguatada y gorro. No tendría más de dieciséis años. Sus ojos asustados me miraban y en su rostro se veían lágrimas.

Entonces encaré la linterna a mi cara.

— ¿Me reconoces?

— ¿Camarada Fiódorov?

— El mismo. ¿Qué estás haciendo aquí?

— De guardia, camarada jefe —balbuceé.

— ¿Y por qué estás llorando? —,Es que... camarada Fiódorov, no lloro. No pasa nada —y eché a llorar aún más—. Perdóneme, camarada jefe. Es que no puedo. Me da miedo la oscuridad. Y estar sola.

— Estás vigilando el campamento o que?

— Sí.

— Bueno, coge tu arma y vamos.

Había que darle un buen escarmiento a este centinela. Pero chica me hizo pensar en mi hija mayor Nina. Me la imaginé, por primera vez en una noche, completamente sola, en un bosque cubierto de nieve...

— ¿Cómo te llamas? —pregunte.

— Valia.

— Cuando un jefe te pregunta tienes que decir el apellido.

— Ya lo sé, camarada jefe. Me ha salido así... Protsenko, Valentina... De la primera sección. Sanitario.

— ¿Cuántos años tienes?

— Del mil novecientos veinticinco.

Justo, de la edad de mi Nina... Cuando la llevé al Estado Mayor y le expliqué el caso a Nikolái Nikítich, éste llamó a Gromenko y preguntó cómo es que habían enviado a casi una niña a una guardia tan responsable. El jefe de sección contesté asombrado:

— La combatiente Protsenko es un buen soldado. No tiene observaciones a su haber. Es muy buena tiradora.

— Bueno, vaya. Ponga en el lugar a una persona segura.

Gromenko dio media vuelta y se fue, pero Valia seguía en su sitio.

— ¿Qué quieres?

— Oiga, camarada jefe, usted castígueme, pero, por favor, a los demás no les explique por qué.

Sin embargo no hubo manera de encubrir el hecho. O fue el jefe de sección o la misma Valia que lo comentó con sus amigas. El caso es que por mucho tiempo se recordó en el destacamento cómo Valia Protsenko "defendía" el campamento. Y al recordarlo, claro, se reían.

Al cabo de unos cuantos meses, Valia cambió mucho, se templó y fortaleció en el combate. Ni ella podía recordar sin reírse aquel suceso.

Aquel año se truncó prematuramente la infancia de millones de nuestros niños y niñas. La Patria también necesitó de su fuerza.

Por la noche, Rvánov preparó la orden. No la firmé inmediatamente, decidí esperar a Bessarab. Había prometido venir a las nueve de la mañana. Pero ya eran las diez. Nikolái Nikítich recordó que un mes antes había pedido a los jefes de destacamento la relación de los miembros del Partido. La enviaron todos, menos Bessarab. No es que se negase, pero se limité a hacerse el desentendido. Y cuando Popudrenko, como secretario del Comité Regional, exigió severamente que se cumpliese la disposición, Bessarab refunfuñé que en ningún sitio le dejaban en paz, que ni siquiera en el bosque podía disponer de su persona...

No era que necesitásemos mucho la conformidad de Bessarab, ni era tampoco por democracia por lo que aguardábamos su decisión. Comprendíamos que en el fondo estaba en contra, pero queríamos saber hasta dónde era capaz de llegar. ¿Y para qué recurrir, antes de tiempo, a medios coercitivos? Podía ser que entrase en razón y se diera cuenta de que iba por mal camino.

A las once, convencidos ya de que Bessarab no vendría, di orden de que ensillasen el caballo y fui a verle con el comisario y un grupo de combatientes.

— Vamos a apaciguar al príncipe en su feudo, muchachos — dije en broma.

En los alrededores del campamento de Bessarab, un centinela nos dejó pasar, porque nos conocía. Tenía orden, según supimos más tarde, de no dejar acercarse a nadie que llegase del destacamento regional. Y dar la señal de alarma si trataba de entrar en el bosque. Pero, al parecer, Bessarab no pensaba que iría yo mismo. El centinela, al yerme, me reconoció, era un koljosiano de Reimentárovka. Una sonrisa inundó su cara. Incluso intentó ponerse de frente y acercó la mano al gorro. Así que entramos en el campamento sin alarma alguna, reinaba la tranquilidad y todo tenía un aire somnoliento.

Aquello parecía una finca apacible y acomodada. En cuerdas tendidas entre los árboles había ropa puesta a secar: camisas, peales y hasta sábanas. En otro lado, colgaban de las ramas reses: toros y carneros desollados; un mozalbete, sentado en el suelo, estaba descuartizando un cerdo recién sacrificado. Había muchas reses muertas, muchas más que en nuestro destacamento regional, y eso que nosotros éramos el triple, y Kapránov, nuestro intendente, sabía lo que se traía entre manos.

De la cocina se elevaba un humillo tenue, despidiendo un olor tan apetitoso, que mi ayudante volvió los ojos hacia allí y se pasó la lengua por los labios.

Nos acercamos a la cocina, un refugio amplio y alto, con una gran mesa en el dentro. En la mesa, una montaña de chuletas rebosando grasa. Mangoneaban en todo aquello un guerrillero joven y dos cocineras. Una de éstas, muchacha muy bonita y provocativa, llamada Lénochka, me reconoció y adoptó una actitud arrogante.

— No vivís mal —dije yo, señalando hacia las chuletas.

— Sí, no como ustedes —respondió Lénochka con desparpajo.

— Vaya, qué bien enseñados os tiene Bessarab a bailar al son de su flauta. Bueno, vamos a visitarle. ¿Dónde vive?

Lénochka nos indicó cuál era el refugio de Bessarab; luego cuando ya estábamos lejos, gritó:

— ¡No conseguiréis nada!

A la entrada del refugio fuimos recibidos por Stepán Ostatni, sustituto de Bessarab. Me midió con una mirada de reojo y respondió a nuestro saludo con una leve inclinación de cabeza, pero nos dejó pasar. El refugio estaba sucio. Sobre la mesa, desperdigados, en confuso desorden, había papeles, mendrugos y trozos de patata. El suelo estaba lleno de colillas. Bancos y taburetes colocados sin orden alguno. Al parecer, todo lo habían dejado tal y como quedara después de la reunión celebrada durante la noche anterior. No estaban preparados para recibir huéspedes.

Tras una cortina de percal dormía el jefe. Nuestra llegada le despertó. Ostatni creyó preciso explicarnos:

— Ayer nos acostamos tarde.

Desde el dormitorio, repuso una voz femenina:

— No tienes por qué justificarte, no estás en un juicio.

Bessarab salió de detrás de la cortina. A nuestro saludo murmuré algo incomprensible.

Entraron en el refugio otros dos hombres de confianza de Bessarab: Yan Polianski y Shkoliar. Ambos adoptaron una actitud provocativa.

En vista de que nadie me invitaba a hacerlo, acabé por sentarme en un taburete y pregunté:

— ¿Qué decisión ha tomado, camarada Bessarab? Hemos estado esperándole toda la mañana. Nos es muy necesario conocer el fruto de sus meditaciones.

Bessarab callaba, soltando bufidos, sin volver la cara.

— Le estoy hablando a usted, camarada Bessarab. ¿Cree que hemos venido en plan de casamenteros?

Su mujer contestó por él:

— ¿Y quién les ha llamado? Váyanse por donde han venido, no les retendremos.

— ¿Es su suplente, camarada Bessarab?

— Sí, lo es. ¿Y a usted qué le importa?

No pude contenerme y solté unas cuantas expresiones fuertes. La mujer lanzó un chillido y salió disparada del refugio.

Con movimiento lento, Bessarab sacó de la cartuchera la pistola. Hubo que arrancarle el arma de las manos. Bessarab solté una sonrisa hipócrita. Luego se senté.

— Es una broma —dijo, pero siguió en tono serio—. No hay que, eso, pues, aprovecharse de las glorias ajenas.

— ¿Y qué glorias son las suyas? ¿No hacer nada y comer a cuenta de los koljosianos? Camarada Yariómenko —dije vol-

viéndome hacia el comisario—, mientras converso con el jefe, tenga la bondad de reunir a todo el destacamento.

Bessarab callaba, con expresión de asombro.

— Bueno, hable, cuente qué glorias son las suyas —repetí cuando Yariómenko hubo salido.

Por lo demás, yo me daba cuenta de a qué aludía Bessarab. Aunque el destacamento regional no hiciera gran cosa en este tiempo, tampoco había estado mano sobre mano. Unas veces era un puente que se hundía; otras, un camión alemán que saltaba hecho astillas al chocar con una mina; tan pronto desaparecía, sin dejar rastro, un stárosta traidor, como aparecía en la cuneta un grupo de ocupantes alemanes con las cabezas rotas.

En las aldeas vecinas se sabía que, antes de la llegada de los alemanes, Bessarab había estado formando un destacamento guerrillero, por indicación del Comité de Distrito del Partido. Todos los hombres de su destacamento eran de aquellos contornos y visitaban con frecuencia a sus parientes y amigos. Y la población atribuía a los guerrilleros de Bessarab las acciones de todos los destacamentos y grupos que operaban por aquellos bosques...

— Hable, no tenga reparo —insistía yo, tratando de arrancarle la respuesta.

— He operado en el flanco de la 187 división... El mando, eso, pues, me felicitó...

Mientras tanto, Yariómenko había reunido y formado, junto al refugio del mando, a una veintena de hombres.

Salimos. Obligué a Ostatni, Shkoliar y al propio Bessarab a que formasen.

— Desde ahora, camaradas —dije—, todos los destacamentos acampados en este bosque se fusionan. Así lo han acor-

dado el Comité Regional del Partido y el Estado Mayor del destacamento regional. Así lo requiere la vida. ¿Hay alguien que desee hacer uso de la palabra?

Bessarab trató de dar un paso al frente.

— Espere, con usted ya hemos hablado bastante. Ya conozco su parecer.

Hablaron Shkoliar, Polianski y otro camarada a quien no conocía. Todos, como si repitiesen una lección aprendida de memoria, dijeron que la fusión nos llevaría a la ruina. Las reservas se estaban agotando y pronto no habría nada que comer. Al fusionarse, los destacamentos perderían la mayor ventaja de los guerrilleros: la movilidad y la posibilidad de ocultarse. Las palabras más viles las pronunció Polianski.

— Las palabras huelgan —se esforzaba Polianski—, comprendemos lo que se persigue con todo esto. Para nosotros está claro. El Comité Regional quiere ganar tiempo. El Comité Regional necesita una guardia personal. Tiene pocos hombres y, además, todos Los suyos son gente de ciudad, de esa que, si se descuida, se pierde entre tres pinos... Queréis ganar el cielo con méritos ajenos.

Hubo necesidad de poner fin al mitin. Yariómenko explicó a los guerrilleros los objetivos de la unificación, recordó lo que era la disciplina guerrillera y del Partido. Yo leí la orden ante la formación:

— “El destacamento del distrito, creado por iniciativa del Comité de Distrito del Partido, se funde, a partir de hoy, con el destacamento unificado, y desde ahora se llamará tercera sección. Bessarab queda nombrado jefe, y Grechkó, delegado político. Polianski pasa a disposición del Estado Mayor del destacamento”.

Ordené a Bessarab que se presentase al día siguiente, para informarme del cumplimiento de la orden, y me llevé a Po-

lianski conmigo. Le devolví la pistola a Bessarab, pero antes le expliqué que los guerrilleros reciben las armas para luchar contra los enemigos de la Patria y no para jugar con ellas o amenazar estúpidamente a alguien.

Así, sin pena ni gloria, terminó la existencia de aquel “feudo” y empezó la vida combativa de la tercera sección.

Cuando con el comisario y un grupo de combatientes regresábamos de la visita a Bessarab se produjo un hecho digno de mención. Todos íbamos a caballo, y sin conocer muy bien el bosque, nos detuvimos en una bifurcación. Durante todo este rato Yan Polianski miraba cejijunto ya sea hacia mí o hacia Yariómenko. Pero aquí, en la bifurcación, de pronto se animé y dijo agitado:

— Andando a la derecha. Les voy a enseñar una cosa que verán si hacemos algo o no.

Miré a Yariómenko y éste se encogió de hombros.— Bueno —dije— doblemos a la derecha. En marcha. El sendero se adentró en un pinar, delante clareaba un prado cubierto de nieve. De pronto vemos un cartelito sujeto a un árbol el que decía en grandes letras:

¡ALTO!

¡Peligro de muerte!

¡POLÍGONO!

— ¿Qué, ha visto? —dijo con una sonrisa orgullosa Polianski—. No-o-o, camarada Fiódorov, nos ganamos el pan que nos comemos. —Después de estas palabras lanzó un silbido con dos dedos con no menos maestría que un bandolero. ¡Vaya! Nunca había oído hablar de polígonos guerrilleros. Ni siquiera me podía imaginar a qué se podían dedicar allí. Al

llegar al borde del prado miré a través de los prismáticos y vi que en el extremo opuesto se dibujaba algo indefinido: podía ser un arma o un furgón de remolque de cuya chimenea salía un hilo de humo. En torno a este artefacto rondaban dos personas. Al oír el silbido uno de ellos se dirigió hacia nosotros. No tenía mucha prisa. Parecía disgustado por distraérsele de sus asuntos. Cuando ya estaba cerca se podía ver a simple vista que se nos acercaba un empleado de ferrocarriles con la gorra del uniforme. Era un hombre moreno y bajo. Sobre la marcha gritó a Polianski:

— ¿Qué pasa? ¿Otra vez con prohibiciones? Ayer Bessarab, hoy usted... —Pero al ver a Yariómenko en seguida cambió de tono: ¡Vasili Emeliánovich! Me alegro de que haya venido. Ya ve adónde me han mandado. Y además me han hecho escribir este estúpido aviso. ¡Vamos, no hay ningún peligro!

Desmontamos y nos dirigimos hacia el lugar. Yariómenko me presentó al ferroviario:

— Ingeniero teniente coronel Filip Yákovlevich Krávchenko.

Después de estrecharme la mano y enterarse de quién era y para qué había venido a ver a Bessarab, Krávchenko se animé y dijo apasionado:

— Perfecto, es sencillamente genial: unificarse de todas formas, hacernos más fuertes e incorporar en los destacamentos guerrilleros a los oficiales que quedaron cercados por el enemigo. En primer lugar a los especialistas: a los zapadores, especialistas en minas y comunicaciones. Sin ellos no somos más que fugitivos armados. Las posibilidades son muchas, muchas. ¡Ya era hora! Ya es hora de salir a las vías del ferrocarril, a las carreteras centrales...

Yo le contesté en tono amargo. — De momento no hay con qué salir, no hay explosivos...

En esto me interrumpió y dijo agitado:

— ¿Cómo que no? Hay que trabajar y tendremos de todo. ¿Conoce usted este folleto? —Sacó del bolsillo las instrucciones del coronel Stárinov que se editaron por orden mía en Chernígov—. Aquí está todo: cómo extraer la trilita de las minas, de las bombas de aviación que no han explotado, de los proyectiles de artillería... Con éstos, es cierto, la cosa no es fácil, ¡pero lo aprenderemos! Hace falta organizar una producción en masa de los más simples artefactos explosivos. Venga, venga, le voy a enseñar algo...

Tras Krávchenko llegó un tipo alto, cubierto con una cazadora y gorro de liebre. Al yerme, se abalanzó a abrazarme.

— ¡Alexéi Fiódorovich! Ya he oído que había llegado usted... Hacía tiempo que tenía que haberlo hecho... Nosotros, mire, aquí, con Filip, de nada qué hacer nos hemos metido en esto...

— Pero ¿qué tonterías dices? —dijo indignado Krávchenko—. Oye, camarada Beli, a ver si razonas lo que sueltas. Estamos dedicados a la labor más importante y principalísima. Todo debe girar alrededor de nosotros.

— Bueno Filip Yákovlevich, tampoco es para tanto —contestó afable Beli.

Conocía a Fiódor Beli desde hacía tiempo. Era el presidente del koljós de la aldea Samotugui; se trataba de un campesino ducho y trabajador.

— Se te saluda —le dije— Fiódor Mitrofánovich. ¿Qué tienes que ver tú con todas estas brujerías?

— Pues en el ejército he servido de pirotécnico. No especialista en minas o zapador, sino que me las he tenido que ver con diversos explosivos y con pólvora.

Los amos del polígono echaron a andar y nosotros tras ellos. Polianski no se movió ni un dedo. Más aún, nos hacía señales de que tuviéramos cuidado. Yo no le hice caso.

Nos acercamos al lugar de los hechos. Vimos una cocina de campaña bastante destartalada. En el horno ardía leña y en el caldero algo hervía y bufaba. Por el suelo se hallaban diseminados unos extraños moldes untados con algo que parecía grasa, cada uno de ellos del tamaño de medio ladrillo. A unos veinte metros yacía un montón de minas y no lejos de ahí unos diez proyectiles de artillería de diverso calibre. Krávchenko, vivaz, enérgico, gesticulaba con las manos.

— Este ahora es nuestro taller. Como ve, todo es muy elemental y sencillo. Los moldes nos los ha hecho el que fue director de los talleres de reparación de barcos, Grigori Ivánovich Gorobéts. Nos ayuda y cree en nuestro éxito, porque él mismo es hombre mañoso: fue carpintero, tornero y herrero. Ahora lo hemos enviado con los chicos del lugar para que vaya a recoger “materia prima”: minas y proyectiles...

Sin dejar de hablar, Krávchenko abrió la tapa. En un armazón de alambres se calentaba en agua hirviendo un proyectil con la espoleta desenroscada... Se alzó una nube de vapor y mal olor...

— ¿Qué te parece, Fiódor Mitrofánovich, ya es hora de sacarlo?… Bueno, que cueza un poco más... Mire cómo son las cosas, Alexéi Fiódorovich, hacemos todo lo posible por aprovechar el poder explosivo del proyectil en su conjunto y no sólo el de su parte cónica. Ahora queremos experimentar un dispositivo: la construcción es sencillísima, actúa por presión. Pero para comprobarlo hay que apretar más y más, es decir hay peligro de que explote, lo cual no es deseable. He inventado un arco de hierro, a éste se le sujeta con alambres una maderita con un percutor...

Yariómenko me decía guiñándome un ojo:

— Alexéi Fiódorovich, que nos esperan. En el Estado Mayor se habrá reunido la gente.

Krávchenko se dio cuenta del guiño.

— Qué le vamos a hacer —dijo—, nuestro taller es puro fuego, no cualquiera se arriesga a estar aquí. Pero espero que el Comité Regional estimará toda la importancia de nuestros inicios. Si me necesitan, llámenme. Les prepararé un informe por escrito como es debido...

Nos dio la espalda y sacó de la caldera el proyectil envuelto en alambres...

— Bueno, vámonos —murmuré Yariómenko.

— ¿Y quién les retiene? ¡Tarde o temprano comprenderán que aquí, en este “polígono”, están los orígenes de la gloria guerrillera!

Las palabras fueron muy solemnes.

Cuando nos adentramos en el bosque unos trescientos metros, en el “polígono” resoné una explosión. El ruido que hizo fue tan fuerte que pareció la explosión de una bomba de aviación de mil kilos. Detuvimos los caballos, prestamos atención a lo que pasaba, pero los oídos nos silbaban. Callaron los pájaros que abundaban mucho por aquí, se alzaron en una gran bandada hacia el cielo y volaron para enterarse si podían sacar algún provecho del destrozo.

Dimos media vuelta y lentamente penetramos en el claro. La cocina alemana se había esfumado y toda la nieve alrededor estaba cubierta de tierra. Un alto pino se habla derrumbado mostrando sus raíces. No vimos ni a Fiódor Beli ni a Filip Krávchenko. Pero no se veía sangre, ni tampoco algún trapo ensangrentado. Los proyectiles estaban en su lugar, pero las minas explotaron todas, lo más probable por la detonación.

Yariómenko balbuceó:

— Aquí hay gato encerrado —y hasta se quitó el gorro como despidiéndose de los desaparecidos.

Pero en ese momento vimos que nuestros “desaparecidos” salían de una pequeña trinchera. Estaban muy cubiertos de tierra, pero enteros y en su rostro había una expresión nada apesadumbrada.

— ¿Qué ha pasado? —pregunté.

Krávchenko acercó la palma de la mano al oído:

— ¿Qué dice? Repita, por favor.

Alcé la voz:

— ¿A qué os dedicáis? —pregunté—. ¿A arrancar árboles?

— Más alto. ¡No le oigo!

— ¡Vengan con nosotros! —le contesté.

— En lo principal, el experimento ha sido un éxito —comenté Krávchenko con entusiasmo.

Yo le grité con todo lo que daban mis pulmones:

— ¡Vengan con nosotros!

— No —me dijo—, iré con un informe y los planos. La cosa ha funcionado, el artilugio ha hecho lo suyo.

— Bueno, le esperaremos —le dije e indiqué a los demás que nos íbamos.

Ya he escrito que el folleto de Stárinov sobre las maneras de hacer explosivos caseros se difundió previamente entre los destacamentos de los distritos. Lo leyeron muchos, pero no se limitaban a ello: leían y pensaban en cómo aplicarlo; algunos hasta buscaron proyectiles y minas, pero era la primera vez que me encontraba a unos entusiastas que habían puesto en práctica aquellos consejos.

Al volver al destacamento regional explicamos a Popudrenko y a Nóvikov lo que habíamos visto en el polígono.

— ¿Oísteis la explosión? ¿A lo mejor llegasteis a pensar que los alemanes estaban atacando a Bessarab? Pues, fíjense, es obra de Krávchenko y Beli. ¿Qué les parece, será útil?

Popudrenko dijo:

— No es nada nuevo, Alexéi Fiódorovich, Filip, en cuanto llegó del nudo ferroviario de Kíev, pasó un par de días con sus familiares en Somotugui y en seguida se dirigió a Reimentárovka. Bessarab lo admitió por la única razón de ser paisano suyo. Y ahora no sabe cómo sacárselo de encima. La cosa no es una broma. Con estos experimentos pueden cargarse hasta a los suyos... Pero, al mismo tiempo, no está bien negarse. Krávchenko nos ha traído sus pasteles caseros. En una de sus minas voló un coche alemán. Grischa Balitski con Petka Románov y Vania Polischuk volaron un puente con trilita fundida por Krávchenko. La cosa tiene futuro. El único inconveniente es que el propio Filip no es bueno para correr...

— ¿Y para qué tiene que correr? ¿De quién? ¿A dónde?

— Pues de sus propios juguetes. Porque estos inventos de Krávchenko le explotan casi en las manos... No hay estopines, o sea que cogen una cuerda mojada en gasolina, la encienden y echan a correr. Pero el desgraciado está enfermo de corazón...

Nóvikov comenté pensativo:

— ¿Sabe una cosa, Alexéi Fiódorovich? No me encuentro entre los cobardes. Pero, por muy buenas que sean las instrucciones de Stárinov —hay allí tecnología y algunos consejos—, no dice ni una palabra de cómo organizar una sección especial capaz de salir a las carreteras principales, cómo explorar el terreno, como proteger al minador cuando éste coloca en una vía de tren o en una carretera su regalo. Por cierto, aunque Krávchenko sea ingeniero y además ferroviario, en este asunto de los explosivos va a tientas. Y esto es Una im-

prudencia. El sentirse atraído por ello y el temperamento no son una gran ayuda. Perdóneme si le recuerdo eso. Cuando Stárinov vino a vernos en Chernígov, me acuerdo que nos mostró algunos artefactos hechos en fábrica, eran bastante hermosos. Y a pesar de que una mina era de fábrica, usted, por incauto, se chamuscó un poco.

— Tenga en cuenta, querido camarada —le contesté—. Que no era una mina sino un proyectil incendiario. En cualquier caso, hay que entender de eso...

Popudrenko solté una carcajada sin malicia y dijo:

— Si hubiera sido una mina nos hubiera hecho añicos y no estaríamos aquí juntos —después de pensar un momento, prosiguió—: Sin riesgo no hay modo de pasarse. Hay que apoyar a Krávchenko. Yo estoy plenamente a favor.

Aunque no me hacía mucha gracia que me recordaran cómo metí la pata en mi despacho de Chernígov (la herida en la pierna aún me dolía), extrañamente, el dolor no me inducía a ser precavido, no, más bien me alentaba: había que intensificar las actividades de diversión. Me atraía y daba alas la idea central del coronel Stárinov: los explosivos son el arma más precisa y efectiva del guerrillero... De todos modos, la imprudencia y las prisas podían hacernos un mal servicio.

Llamamos a nuestro joven jefe del Estado Mayor Rvánov. Dmitri Ivánovich lo pensó un buen rato y dijo:

— Hay que llamar a Krávchenko, claro. Hay que hablar con él y... calmarlo. Tal como lo entiendo, las perspectivas son interesantes y prometedoras. Necesitamos una sección diversiva como unidad de combate. Pero eso hay que dejarlo para más adelante. Ante todo hay que cohesionar los destacamentos, elevar el espíritu combativo de los guerrilleros, educar a la gente en una disciplina y a actuar de manera ordenada. En lo que está haciendo Krávchenko hay un elemento anárquico. Que el ingeniero haga un informe de sus activida-

des. Entonces lo pensaremos. Esta es mi opinión. Y usted, como jefe, decida.

Miré de reojo a nuestro jefe del Estado Mayor. Resulté que hasta a mí me tuvo que calmar los ánimos.

— Pues bien —dije yo—, en un día no podemos decidirlo. ¡Que sea como usted dice! Dmitri Ivánovich, envíe un llamamiento a Krávchenko. Pero, de momento habrá que detener los experimentos...

* * *

Por la tarde, todos los jefes recibieron la orden por la que se fusionaban el destacamento regional, el de Koriukovka, el de Jolm, el de Reimeritárovka y el de Pereliub, así como los grupos sueltos de hombres salidos del cerco y que habían emprendido la lucha guerrillera.

A partir de aquella fecha, el destacamento unificado se denominaría destacamento guerrillero Stalin.

* * *

La orden entró en vigor. Me convertí en jefe de un destacamento guerrillero bastante numeroso.

Sucedió esto paulatinamente. Aún en Chernígov, el Comité Regional del Partido me colocó a la cabeza del Estado Mayor Regional del movimiento guerrillero. Pero, a decir verdad, este Estado Mayor no existía. El movimiento guerrillero o, más exactamente, los destacamentos guerrilleros organizados se encontraban en toda la región. Sin embargo, de mo-

mento resultaba imposible dirigirlos de manera operativa, tal como corresponde a un Estado Mayor.

Ahora había que emprender la organización del destacamento regional. No bastaba con dar la orden. Era preciso demostrar en la práctica que no nos habíamos unificado en vano. Y yo, personalmente, debía conquistar ante los camaradas el prestigio de jefe.

En mi vida había yo mandado una unidad militar autónoma. Después de la guerra civil fui, durante cierto tiempo, jefe de una sección en un regimiento ferroviario, pero desde entonces habían pasado casi veinte años. Además, ¿cómo se iba a comparar lo uno con lo otro? Allí, diariamente, yo rendía cuentas de mis actos ante jefes expertos, existía una organización armónica, bien pensada, un orden establecido desde hacía tiempo. En aquella lejana época luchábamos contra insignificantes grupos de bandoleros. No obstante, algunos de los conocimientos que adquiriera en 1920, en la escuela de caballería, me fueron también útiles en esta ocasión. Recordaba algo de mi vida de soldado y algo se me había quedado en la memoria de los conocimientos adquiridos en los breves entrenamientos militares llevados a cabo en los campamentos de reservistas.

Tuve mis dudas antes de aceptar el mando. Temía que la dirección operativa diaria del destacamento perjudicara mi trabajo fundamental: el de secretario del Comité Regional clandestino del Partido. Popudrenko había experimentado ya esa dualidad de funciones, y no le había agradado mucho.

Popudrenko no tenía razón al poner en duda la posibilidad de un trabajo amplio, de masas, de Partido. Aunque no fuera de pronto, pero, teníamos que abarcar con nuestra influencia a todos los comunistas y komsomoles que habían quedado en la región y organizar la dirección de estos militantes. ¡Para ello se tenían que hacer aún muchas cosas!

Pero todos los miembros del Comité Regional decidieron por unanimidad que, ante todo, era preciso consolidar el destacamento.

Esto, naturalmente, era justo. Había llegado el momento de entregarse al verdadero trabajo. Surgían los problemas en enorme cantidad. Había muchísimos aficionados a hablar más de la cuenta y a dar consejos. Algunos se presentaban y exigían: “Ya que tú eres el jefe, dame armas, municiones, hombres y víveres”.

Ante todo, había que distribuir exactamente las funciones, dar una tarea a cada uno. Había que empezar por seleccionar los cuadros.

En un Comité Regional legal, en tiempos de paz, el estudio y la selección de los cuadros dirigentes constituye un gran trabajo colectivo. Antes de que el Buró del Comité Regional recomiende a un comunista para un puesto de dirección, se le estudia durante largo tiempo, se oye la opinión de los camaradas acerca de su capacidad, conocimientos y honradez. Y se sopesan todos los “pros” y los “contras”. Para trasladar a un funcionario o destituirlo por incapaz a veces se requiere también un plazo bastante largo.

Y esto evidentemente era correcto. En condiciones de paz, no se podía hacer de otro modo. Pero, ¿y en las condiciones de una lucha guerrillera? Hay que estudiar a la gente, ya que nuestros principios —los principios bolcheviques— continúan siendo los mismos. Pero reunir cada vez el Comité Regional para aprobar el nombramiento de un camarada es, naturalmente, imposible.

— ¿Por qué se ha nombrado a Rvánov jefe del Estado Mayor? Tenemos antiguos y expertos trabajadores del Partido, de la región de Chernígov, entre los cuales hay secretarios de Comités de Distrito, presidentes de Soviets de Distrito. Y de golpe y porrazo, ahí tenéis, un chaval de veinticuatro

años, un teniente. ¡Vaya un especialista! Hasta Kuznetsov era capitán...

Había conversaciones de este tipo. Pero no era cosa de prestar oídos a todo lo que se decía. Rvánov ocupaba el cargo porque luchaba desde el 22 de junio. Porque era preciso, con dotes de mando y exigente. Y también porque, metido en este marasmo, supo conservar la compostura y apariencia externa digna de un oficial soviético. Eso quería decir que en el Estado Mayor habría orden.

Dejamos a Bessarab al mando de la sección. Claro que después de todas sus trastadas no debíamos de haberlo hecho. Pero yo no tenía aún motivos para considerarle un mal jefe. No hubo combates de verdad y había que probarle en el combate. El en persona había seleccionado el destacamento, conocía a la gente y la gente le conocía a él.

Ahora, al echar una ojeada retrospectiva, pienso a veces:

¡Peregrina situación la de aquel primer período! Como jefe, no daba cuenta a nadie. No había mando superior. Resulta que eso es desagradable y molesto. De no haber tenido un apoyo corno el Comité Regional, habría sido fácil desorientarse”.

Era el jefe y, en muchas ocasiones, tenía que decidir por mi propia cuenta.

Confieso que a veces pensaba que la vida era más llevadera cuando vagaba a la ventura en busca del destacamento. Entonces no respondía más que de mi propia conducta y de mi existencia.

Al día siguiente de haber dado la orden, se presentó Bessarab.

— Espero, eso, pues, sus órdenes de combate. — ¿Ha leído la orden? Cúmplala.

— Los muchachos están aburridos. Ansían entrar en combate con los malditos invasores.

— ¿Y por qué no lo ansiaban antes?

— Esperábamos a que llegase el mando superior. A que, eso, pues, se nos diese la orden.

— Firme. Media vuelta, de frente, ¡march! —me vi obligado a mandarle.

Probablemente, eso era lo que pretendía Bessarab. Regresó a su unidad y dijo a sus hombres que el jefe, en vez de pensar en operaciones, estaba ocupado en vaya usted a saber qué selecciones de personal.

Yo conocía a bastantes hombres de Chernígov, especialmente en el destacamento regional. En las ciudades pequeñas por lo general uno se acuerda de muchas caras. No se conoce a la persona, pero se la ha visto o bien en una fábrica, o en el teatro, o simplemente en la calle. Me dediqué a estudiarlos de nuevo, Iba por los refugios, tomaba parte en las obras de construcción iniciadas antes de la llegada de nuestro grupo. No estaba muy convencido de que fuese necesario construir, pero, de momento, no ordené que se suspendieran los trabajos. La gente debía estar ocupada. Nada hay peor que la ociosidad. Poco después, empezaron a hacer instrucción, y durante ésta también estudiaba a la gente.

Raras veces iba solo. Solían ir conmigo Popudrenko, Yariómenko, el comisario de nuestra unidad, o Rvánov. Popudrenko y Yariómenko conocían bien a la gente. Aunque Rvánov era mucho más joven que yo, poseía, en cambio, conocimientos militares. Así, sobre la marcha, iba aprendiendo de los compañeros. Me fijaba en su modo de comportarse ante la gente y de enjuiciar la situación.

En ningún momento, claro está, se daba de lado a las bromas y cuchufletas. Entre los guerrilleros es imposible pasarse

sin eso. Nuestros hombres se guaseaban continuamente unos de otros, tanto de día como de noche, en el combate como en la marcha o durante las operaciones guerrilleras. Algunos, con tal de provocar la risa, no se compadecían ni de sí mismos. Ello era comprensible: la risa animaba, y las privaciones eran demasiadas.

En aquel período la gente estaba muy nerviosa.

No sólo yo, sino todo el mundo se hacía preguntas. Y pensaban, pensaban... En mi vida había yo visto tantos hombres pensativos. Cuando se reunían, los combatientes a veces bailaban y cantaban. Pero ambas cosas las hacían muy mal. Popudrenko, que era un gran aficionado a las canciones de soldados, me dijo en cierta ocasión:

— ¡Vaya una gente que se nos ha reunido! No hay ni un bailarín que valga la pena, ni un acordeonista. V en cuanto empiezan a cantar entran ganas de echar a correr...

Tan sólo mucho más tarde se puso de manifiesto que cantaban sólo canciones lánguidas y bailaban mal de tanto cavilar.

A menudo los jefes y miembros del Comité Regional venían a yerme para informarme de diversos casos de moral por los suelos. Por ejemplo, Balabái me conté lo siguiente:

— Me fui a revisar los puestos de guardia. Y me veo al combatiente P., un mujik sanote y fuerte de unos cuarenta años, sentado en el suelo a la turca, el fusil tirado a un lado, con la boca abierta mirando el cielo. Ni siquiera presté atención a mi presencia. Como si no fuera su jefe, sino un paseante cualquiera. "¿Qué —le pregunto—, hace tiempo que no visitas la celda de castigo? Y él me contesta con un tono familiar y tranquilo: "Estoy pensando, Alexandr Petróvich, en que hice mal en no marcharme con el Ejército Rojo. Fue una chiquillada por mi parte quedarme aquí. Los alemanes nos aplastarán como a moscas. Y mire, Alexandr Petróvich, me estoy despidiendo del sol... "

Yo mismo tuve una conversación muy interesante. Me llevó aparte el combatiente S. Parecía un hombre inteligente; había sido el encargado de la Sección de Instrucción Pública de un distrito. Puso la mano sobre mi hombro y comenzó:

— Dígame su parecer, Alexéi Fiódorovich. Se me ha ocurrido la siguiente idea: ¿qué debería hacer yo si estuviese enfermo y los médicos diagnosticasen que no tenía salvación?

Yo me puse en guardia: ¿a dónde iría a parar?

— No se debe —respondí— creer en esos diagnósticos.

El prosiguió:

- ¿Pero, y si ocurriera? Si, efectivamente, no hubiera duda alguna. ¿Qué hacer entonces? Yo, por ejemplo, preferiría no esperar. ¡Yo, camarada Fiódorov, preferiría morir inmediatamente después de la consulta, pegarme un tiro!

— ¿Y a santo de qué viene todo ese réquiem?

— Lo digo —y S. empezó a hablar con verdadera inspiración—, porque si el Partido nos ha puesto aquí para que nos sacrifiquemos, debernos pensarlo y llevar a cabo lo antes posible la hazaña de nuestro sacrificio.

El lector debe tener en cuenta que el camarada en cuestión estaba en su sano juicio y no deliraba. Tuve que explicarle que era un ser pusilánime y pesimista, y que el Partido no nos había mandado a morir, sino a luchar contra el enemigo.

— ¡Se equivoca! Si lo ordena, estoy dispuesto a hacerme saltar por los aires con un Estado Mayor enemigo, como en la obra de teatro ¡Hola, España!

Un año después, este camarada había aprendido a volar los Estados Mayores y trenes alemanes sin sufrir él el más leve daño. En 1944 recibió el título de Héroe de la Unión Soviética. En un momento oportuno le recordé esta conversación.

— Confieso —me dijo—, que no creía que fuésemos capaces de ofrecer a los alemanes una gran resistencia. Pensaba que si habíamos de morir, lo mejor era hacerlo cuanto antes y del modo más bello.

De semejante belleza no sólo se preocupaba él. Ya mencioné de paso al artista dramático de Chernígov, Vasia Konoválov. Aún sigue viviendo en paz. Luché bien, se le condecoré; pero, justo al principio... Una vez se presentó por la noche con un grupo de actores al Comité Regional de Chernígov y pasó directamente a mi despacho con la petición de que se le apuntara en el destacamento guerrillero que se estaba formando. Lo apunté en la lista. Aquella misma noche recibió su fusil. Y así, con el arma, se dirigió a casa para despedirse. Más tarde, junto al fuego del campamento contaba:

— Regresaba a casa con una alegría que más la quisiera tener cuando vaya al combate. Había que irse a dormir. Me acosté y el fusil también conmigo a la cama.

Muchos jóvenes se tomaban de esta manera romántica su ingreso en los destacamentos guerrilleros. Pero hacía falta enseñarles a estos jóvenes las penalidades de la guerra, había que enseñarles a superar las dificultades.

También por aquellos días tuve una memorable conversación con Gromenko, que acababa de regresar del “permiso”. Después de la reunión con los jefes de destacamento, le había autorizado a que se marchase. Fue a ver a su mujer, llevando regalos de los guerrilleros. Le dimos miel, mantequilla, caramelos y galletas. Se llevó, además, un centenar de cartuchos, dos pistolas y un par de granadas.

Gromenko estuvo fuera cinco días. De ellos, empleó cuatro entre la ida y la vuelta y no estuvo con la mujer más que una sola noche. Al presentarse, dijo brevemente:

— Se presenta el jefe de la primera sección, Gromenko. He vuelto del permiso. Sin novedad. ¿Puedo incorporarme a mi puesto?

Dos horas después lo vi entre los guerrilleros de la primera sección. Les había hecho sentar en círculo y hablaba con calor. Me quedé a escuchar. Gromenko me explicó que estaba dando una charla política.

— Todos nosotros, camaradas —siguió—, debemos revisar de nuevo nuestra vida entera...

"¿Qué pretende? —pensé—. ¿A qué vienen esas charlas filosóficas con los guerrilleros? "Pero me callé y seguí escuchando, máxime cuando todos estaban pendientes de sus palabras.

— Querámoslo o no, ahora todos pensamos mucho. ¡Y cómo no vamos a pensar! La vida normal se ha roto, las familias están destrozadas; nuestras profesiones, para las que nos estuvimos capacitando durante años y años, no son ahora necesarias. Por lo menos, hasta la victoria. Y nos afligimos. Hay muchos que se afligen. He oído al camarada Martiniuk contar un sueño; refería que su hijita se le acercaba corriendo, pidiéndole que la acariciara y le abrazaba, llorosa, Y cuando el camarada Martiniuk se despertó, vio que lo que estaba acariciando era la manga de su chaqueta guateada y que ésta estaba empapada de lágrimas. Dígame, camarada Martiniuk, ¿cuántos años tiene usted y qué hacía antes de la guerra?

Martiniuk —hombre rechoncho y de bigote gris— se levantó del tronco donde estaba sentado, pestañeó y dijo:

— Así ha ocurrido.

— Le he pedido que dijera cuál es su edad y profesión. No se preocupe, no le reprocho que sueñe con sus hijos. También

yo sueño con el pesado. Llevo ya más de dos meses limpiando semillas o podando manzanos, o...

— Y yo ayer —interrumpió de pronto al jefe de la sección un mozalbete de unos diecinueve años— estuve jugando al fútbol contra un equipo alemán. El balón parecía que iba a explotar como una mina. Palabra de honor...

Todos se echaron a reír. Martiniuk sonrió también y dijo:

— Tengo cuarenta y cuatro años, camaradas jefes. Soy moldeador de hierro fundido. Pido que se me perdone el haber contado el sueño y trastornado a otros. Revisaré mi vida e invito a los demás a que hagan lo propio. Mi hijita nació cuando yo tenía treinta y ocho años y mi mujer treinta y cuatro. Antes no habíamos tenido hijos. Y la maté una bomba alemana... ¿Puedo sentarme?

Me levanté y marché sin decirle nada a Gromenko, aunque pensaba que hacía mal en perturbar los nervios de sus hombres. Por la tarde, aprovechando un momento en que estaba solo, el propio Gromenko se me acercó.

— ¿Podría hablar con usted, Alexéi Fiódorovich —empezó—, como con un camarada responsable? Me parece que no le ha agradado la charla de esta mañana.

— Vamos a dar una vuelta por el bosque, camarada Gromenko —propuse yo.

Aceptó con alegría. Nos alejamos unos doscientos metros del campamento y tomamos asiento en unos tocones. He aquí lo que me dijo:

— Soy agrónomo, Alexéi Fiódorovich. Eso ya lo sabe. Antes era mujik. De sangre y educación campesina. En una palabra: un intelectual salido del pueblo. Y pienso, no puedo dejar de pensar. Y cuando trabajaba en el centro de control de semillas, el grano no era para mí pan solamente. No; más que nada, veía en él el trabajo del pueblo. Michurin soñaba

con transformar el trigo en una planta perenne, y, caso de que no fuera posible lograr esto con el trigo y el centeno, obtener árboles que diesen pan en forma de nueces... Siempre he comprendido muy bien esa ilusión suya.

Pero, en realidad, quiero hablar con usted de otra cosa. Contarle mi viaje a la aldea donde vive mi mujer... Pero no sé hacerlo sin preámbulos... A mí me parecía, Alexéi Fiódorovich, que solamente ahondando en mis conocimientos profesionales podría llegar a ser un buen comunista. Era honrado, trabajaba, me entregaba de lleno a mi labor. Me consideraba feliz. No, no es que me considerase, es que lo era, porque también en mi casa todo marchaba muy bien.

En los años treinta, cuando, en Alemania, Hitler llegó al poder, yo no sólo pensé sino que sentí que la batalla era inevitable, que, irremisiblemente, el capitalismo se alzaría en armas contra nosotros. Pero usted ya sabe lo que suele ocurrir. Pensé eso, y continué viviendo como antes. Llegué incluso a justificar mi indiferencia ante la futura contienda con el hecho de que trabajaba y con ello fortalecía el país. Ni me imaginaba de guerrero ni me preparaba para ello. Esa era la cuestión.

Me hice guerrillero voluntariamente. Eso usted también lo sabe. Y ya estamos en el bosque. No puede decirse, Alexéi Fiódorovich, que no habíamos hecho nada antes de llegar usted. El camarada Yariómenko se dedicó con verdadero afán a montar la imprenta. Con heroísmo, los muchachos sacaban de Koriukovka los caracteres. Desde el principio, había todo el heroísmo que se quisiese. Y, además, era un heroísmo sincero.

Balabái estuvo a punto de perecer en un encuentro con diez alemanes. Balitski, sin armas, se iba a las aldeas ya ocupadas por los alemanes, y, fingiéndose maestro, hacía agitación, incitaba a la resistencia, cumplía las misiones enco-

mendadas por nuestro servicio de información. Nikolái Nikítich... A mi modo de ver, Nikolái Nikítich, más que un gran jefe, es la encarnación del odio popular. Todo arde en él. Y si no pesase en su ánimo el sentimiento de responsabilidad por el destacamento, por la vida de la gente, estoy seguro de que se lanzaría de cabeza al más temerario de los encuentros... Pero esto es ya criticar al jefe y no voy a seguir por ese camino. Volvamos a mis asuntos.

¿A qué ocultárselo? Hubo un momento en que me parecieron insignificantes todos nuestros esfuerzos guerrilleros. No era pusilanimidad ni cobardía; no, no se trataba de eso. Pero me sentí —¿cómo decirlo? — bueno, como aquel pope del relato de Leonid Andréiev que, recuerdan, se subió borracho a una locomotora, tocó no sé qué palanca y puso el tren en marcha. No sabía llevar la locomotora, no podía pararla y le daba miedo saltar de ella.

A ello se unía además, lo ocurrido con mi mujer. No conseguí evacuarla. A decir verdad, estaba a punto de dar a luz y no se atrevió a emprender un viaje largo en tal estado. Cuando supo que me marchaba de guerrillero, que abandonaba a la familia en un momento semejante, se enfadé mucho. Se enfadé, pero, sin embargo, se daba cuenta de que yo no podía proceder de otra manera; para dejarme en libertad, se marchó inopinadamente a la aldea. Y yo ignoraba lo que le había sucedido después; y a todas mis reflexiones, se sumaba demás el tormento de la incertidumbre...

Gromenko suspiró y me preguntó si no me cansaba con su relato. Encendimos un cigarrillo y, luego de una pequeña pausa, continué:

— Cuando marché a la aldea, nos pusimos de acuerdo en que allí no me descubriría ante nadie. ¿Recuerda usted que me prohibió hacer agitación? Y era justo. Para emprender este trabajo había que conocer bien el ambiente y a las per-

sonas. No voy a contarle mi viaje. Conseguí llegar con bastante suerte. Bien es verdad que tuve un pequeño tiroteo, pero no vale la pena de hablar de ello.

Conocía la casa en que debía estar albergada mi mujer. En general, conozco esa aldea desde niño. Y todos en ella me llaman por mi nombre. Cuando oscureció, me acerqué a la casa por la parte de los huertos. Estaba seguro de que nadie me había visto. El encuentro fue emocionante: lágrimas, abrazos. El chiquitín tenía ya un mes y tres días. Todos decidieron que era el "vivo retrato de su padre". Los regalos de los guerrilleros vinieron de perilla. En general, por ahora, mi mujer no pasa hambre. Tienen algunas reservas... Hubo de todo: lágrimas, risas, relatos. Pero fíjese en un detalle: desde el primer momento hablamos en voz baja.

Al principio, el pequeño dormía. Pensé que era por eso, pero cuando despertó, la mujer siguió haciendo lo mismo. Y, además, me metía prisa para que nos acostásemos. Unas dos veces comencé a hablar en voz alta. Ella agitó los brazos y apagó inmediatamente el quinqué.

"¿Qué pasa? ", le pregunté. "Presta oído y mira por la ventana —me respondió—. En todas las casas está apagada la luz y reina el silencio. Todos tienen miedo".

— "Pero si no hay alemanes en la aldea". "No habrá alemanes, pero tenemos a nuestros canallas, se ha reunido toda la escoria". No acababa de decirlo, cuando pasó por la calle un grupo de borrachos montados a caballo, blasfemando y amenazando no sé a quién. "¿Quiénes son ésos?" Y cuando mi mujer empezó a contarme quiénes eran los amos de la aldea, sentí que se me subía la sangre a la cabeza. Imagínese, Alexéi Fiódorovich, que en nuestra aldea vivía un tal Iván Drobni. Una carroña, un borracho, un pordiosero miserable. Todos habían olvidado ya, hacía mucho, que su padre había sido en tiempos el administrador del terrateniente de aquellos

contornos. Se le tenía por medio loco. Era un borracho de lo más tirado. Cuando, para quitarse los efectos de una borrachera, quería seguir bebiendo y no tenía dinero, era capaz de ponerse de rodillas ante cualquiera con tal de conseguir tres rublos. Y ahora, le tienen miedo.

También apareció —no sé de dónde— un tal Sañko. En los años de la NEP, este tipo sentíase a sus anchas; montó en Chernígov una pequeña fábrica de curtidos. Últimamente trabajaba de contable, no recuerdo bien si en la fábrica de instrumentos de música o en alguna otra parte. Cuando me lo encontraba en la ciudad, me hablaba con tanta suavidad...

Interrumpí a Gromenko:

— No sé por qué te sorprendes. ¿Acaso te habías figurado que los alemanes nos encargarían a ti o a mí de la administración en el campo? Nombran, naturalmente, a toda clase de canallas. Y además, ¿quién va a servirles, a excepción ce los canallas?

— No se trata de eso, Alexéi Fiódorovich. No era de eso de lo que quería hablarle. Lo que me ha impresionado es que aquí, en el bosque, continúa la vida soviética, nuestra gente es soviética y las relaciones que entre ellos existen también son soviéticas. He permanecido unas horas en una aldea que conozco y a la que considero como mí patria chica. Ni siquiera he visto a esa canalla ni he tenido que humillarme ante nadie. Pero el simple hecho de que mi mujer me estuviera suplicando toda la noche que no hablase en voz alta, que no me moviese, que tapara la boca al pequeño, el que ella misma temblara de miedo... Y por la mañana empezó a meterme prisa: "¡Márchate! "Convenga conmigo que con esto basta para reventar de coraje. ¿Ante quiénes me obligas a temblar de miedo? ¡Ante los seres más despreciables y ruines! —Hablando brevemente, me he hecho una idea real de lo que es la ocupación.

— En eso estás en lo justo —dije yo—, pero, a pesar de todo, no acabo de comprender de qué querías hablar conmigo.

— Quería hablarle, Alexéi Fiódorovich, de que nunca nos hablamos figurado con claridad el restablecimiento de las relaciones capitalistas. De que, antes de la guerra, en nuestras escuelas, en las organizaciones del Komsomol y del Partido, hasta en nuestra literatura no nos se ha inculcado suficientemente el odio al capitalismo. Y por lo mismo no sé nos ha preparado lo bastante para la guerra. Yo, por ejemplo, sé lanzar una granada, me conozco el reglamento militar, he estudiado el uso de las máscaras antigás. Tampoco se me puede considerar analfabeto en lo político. Me he leído mucho, me gusta leer. Pero los escritores no han instigado mi imaginación, en ningún libro me han mostrado qué horror es esto del restablecimiento del capitalismo... Por esta razón he entablado la conversación con los muchachos.

Lo que me conté Gromenko para mí ya no era una novedad. Todo ello lo había visto y sufrido en mi camino hacia el destacamento. Es correcto y necesario, claro está, que nuestra gente comprenda no sólo con la cabeza sino también con el corazón qué es eso del “orden nuevo” que nos traen los alemanes.

— ¿Y a qué conclusiones ha llegado de su charla política de hoy? —le pregunté.

— La conclusión ha sido esta: vivir en un sistema como ese es imposible. Debemos actuar, y cuanto antes. Nosotros, es decir nuestra sección, hemos decidido pedir que se nos envíe, lo antes posible, a una operación importante y por nuestra cuenta... Permítame, Alexéi Fiódorovich, hacer una propuesta. Cuando conté a mis combatientes la vida de toda esa canalla que manda ahora en nuestra aldea, cuando les describí a cada uno de ellos.., todos nosotros, ¿sabe?, sentimos el deseo de hacerles justicia.

— Dicho de otro modo, ¿tu sección quiere atacar esa aldea y liquidar al stárosta y a los policías?

— Eso es.

— ¿Llevara cabo un acto de agitación concreta?

— Hasta cierto punto sí. Yo conozco todos los accesos a la aldea. Cuando volvía para acá, hablé con alguna gente y hemos encontrado un lenguaje común. He explorado el ambiente. No se precisa mucho tiempo ni muchas armas para esa operación...

— Camarada Gromenko, medita en lo que dices. Has comenzado bien. El corazón te ha sugerido que es preciso actuar. ¿Pero qué resultará si cada jefe conduce a sus combatientes a su aldea porque conoce los apellidos de los canallas que allí gobiernan? Si actuamos siguiendo esta orientación, tendré que llevaros a todos a Lótsmanskaia Kámenka, a la región de Dniepropetrovsk.

— Los camaradas tendrán una gran desilusión, Alexéi Fiódorovich. Hemos decidido ya la ruta, fijado los plazos y repartido las tareas. Su negativa, camarada Fiódorov, ofenderá a muchos. A los muchachos se les van las manos...

— ¿Y tú, te ofenderás también?

— No se trata de eso, camarada Fiódorov. Puede no hacer caso de mí, si me ofendo. Pero convenga conmigo que una de las ventajas de la lucha guerrillera consiste en que actuamos en nuestra región precisamente...

Expliqué a Gromenko que la operación propuesta por él no entraba en los planes del mando. Me objeté que los planes eran obra de los hombres y que se podían modificar por éstos. Hasta llegó a acusarme de falta de decisión y de no saber recoger la iniciativa de las masas.

Tuve que interrumpir la charla, tan bien comenzada, y explicar a Gromenko, con expresiones bastante enérgicas, lo que era la disciplina guerrillera.

Se marché muy enfadado. Al despedirse, me dijo que yo era un hombre insensible y que no toleraba la crítica, pero, a pesar de todo, se sometió a la orden.

La impresión que entonces me dejó la charla era doble. Por un lado, me parecía muy bien que nuestros jefes pensasen. Me agradaba mucho que fueran a buscarme para compartir conmigo sus ideas y sentimientos.

Me había gustado el ímpetu sincero de Gromenko, su vivo odio a los invasores, su afán de combatir. Pero al mismo tiempo me había sorprendido e indignado su imprudente actitud ante la lucha guerrillera. ¡Pero si sólo fuera Gromenko! No, mucha gente perfectamente seria, con cargos de responsabilidad y comunistas, no podía comprender que el destacamento guerrillero era una organización militar, y no una sociedad voluntaria ni una cooperativa para el exterminio de los primeros invasores que cayesen a mano.

Una de las tareas centrales que en aquel entonces había planteado el Comité Regional ante los comunistas y los komsomoles era luchar por una rigurosa disciplina guerrillera, contra el libertinaje, la relajación y la irresponsabilidad.

Hubo necesidad de explicar a algunos que el Partido no podía permitir —ni siquiera al movimiento guerrillero— un desarrollo espontáneo, por su propia cuenta. El Partido exigía del guerrillero, y, sobre todo, de los comunistas y komsomoles lo mismo que de cada soldado, disciplina, orden, organización, ayuda mutua entre los destacamentos y combatientes aislados.

El comunista lo es en todas partes. El comunista no tiene derecho a olvidar en ningún caso que es comunista: ni en la guerrilla, ni en la clandestinidad, ni en medio de sus amigos,

ni en el seno de su familia debe sentirse libre de las obligaciones de miembro del Partido ni infringir sus Estatutos.

En algunos destacamentos, organizados en su mayoría después de la ocupación, se había implantado el sistema de la elección de jefes, sistema condenado por el Partido desde hacía mucho. En un pequeño destacamento, los mandos ni siquiera eran elegidos. Se organizó una especie de lotería: elegían a suertes a su jefe.

El Comité Regional condenó la práctica de elegir a los jefes y exigió que todos los destacamentos situados en la región de Chernígov mantuvieran contacto con el Estado Mayor Regional y coordinasen con él sus acciones.

Simultáneamente; el Comité Regional trabajaba para fortalecer el principio del mando único y el prestigio de los jefes. La palabra del jefe debía ser ley. El Comité Regional cortaba inmediatamente todas las tentativas de celebrar mítines con motivo de las decisiones ya adoptadas y de discutir las órdenes de los jefes.

Los guerrilleros son los ciudadanos libres de las regiones ocupadas. Pero su libertad no es la de pasearse por los bosques. La libertad de uno no podía separarse de la libertad de todo el pueblo soviético. En la guerra actual, los guerrilleros debían de sentirse soldados del Ejército Rojo. Decíamos a cada guerrillero:

— Vas al ejército porque estás obligado a ello por la ley fundamental del Estado soviético. Y, aunque el enemigo esté aquí, no olvides, querido camarada, que Ucrania sigue siendo una parte de la gran Unión Soviética. Eres guerrillero porque a ello te obliga tu conciencia de ciudadano soviético. Así pues, debes ser disciplinado por conciencia y de corazón; El hecho de que hayas venido voluntario no te libera de la obligación de ser disciplinado...

Algunos camaradas se asombraban mucho: ¿cómo era eso? No teníamos uniforme, aparentemente éramos paisanos. Incluso había entre nosotros gente libre del servicio militar, por ejemplo: viejos y mujeres; también había adolescentes, casi niños. Entonces, ¿también ellos debían someterse a la disciplina militar?

Me informaron de que uno de los más decididos defensores de la libertad guerrillera predicaba las siguientes ideas:

— Yo —decía el sujeto en cuestión—, a lo mejor, me he quedado en el bosque intencionadamente al retirarse el Ejército Rojo. Porque yo adoro la vida de guerrillas, es decir, la libertad sin ninguna clase de frenos. ¿Qué es eso de que tú eres el jefe? El jefe es aquel a quien el pueblo sigue cuando se entabla la lucha... Al guerrillero no se le puede sojuzgar. El guerrillero es como una fiera del bosque, como un lobo. Cuando hay que batir al enemigo se reúnen en manadas, y después de la refriega, cada uno hace lo que le da la gana.

Llamamos a ese “lobo” al Estado Mayor.

— ¿Dices en serio que te quedaste en el bosque por propia iniciativa?

— Yo soy de Chernígov —nos respondió—. No he querido salir de mi región. He decidido vengarme y combatir sólo en mi tierra natal.

— ¿Cómo es eso de que no quisiste salir? ¿Resulta, entonces, que has desertado del ejército? ¿No es así?

— Yo, por mi carácter, seré más útil en los guerrilleros. La disciplina del ejército oprime mi personalidad.

— Dejemos eso; tú responde: ¿has desertado del Ejército Rojo?

El defensor de la “libertad personal” se amohinó ligeramente. Después de meditar un poco, miró a su alrededor, y se convenció de que nadie le apoyaría.

— Yo no he desertado, no he hecho más que cambiar de arma en el ejército.

— ¿Has recibido alguna orden para hacerlo?

— Me lo ha ordenado mi conciencia...

— ¿Qué graduación tiene esa conciencia tuya si puede anular hasta las órdenes del Mando Supremo?... ¡Entrega las armas, y al calabozo!

En honor de ese amante de la “libertad del lobo”, hay que decir que, con el tiempo, sentó cabeza y combatió bien.

El Comité Regional exigía que cada comunista inculcara en los guerrilleros el amor y el respeto al Ejército Rojo. Cada uno de nosotros debía tener el anhelo de llegar a ser soldado u oficial del Ejército Rojo. Debíamos comprender que el movimiento guerrillero era el resultado de los reveses temporales del Ejército Rojo, de la superioridad —por el momento— del ejército enemigo, el resultado de vernos obligados a hacer la guerra en nuestra tierra. Y cuando, con nuestra ayuda, el Ejército Rojo liberase del enemigo las regiones temporalmente ocupadas, nos sentiríamos dichosos de ingresar en sus filas.

El camarada que acabo de mencionar había venido al destacamento guerrillero procedente del ejército. Sabía lo que era la disciplina militar. Acabábamos de recordarle únicamente que no se permitía desmandarse. La mayoría de los guerrilleros, sobre todo en aquel primer período, eran personas profundamente civiles. Les costaba gran trabajo renunciar a ¡acostumbre de criticar y discutir, les era difícil cambiar la idea que se habían formado de sí mismos antes de la guerra.

En cierta ocasión, se puso de manifiesto que una parte de nuestros combatientes esquivaba por todos los medios lícitos e ilícitos, hacer guardias y otros servicios auxiliares. Me informaron que un compañero, muy respetable, jamás había hecho una sola guardia.

— Sí, es verdad —me confesó dicho camarada—. Pero si los mismos muchachos me dicen: "Serguéi Nikoláevich, lo haremos por ti; tú eres un hombre entrado en años, te costará trabajo..."

— ¡Qué gente tan generosa!

— Sí, es verdad, tienen buen corazón, pero los diablos cobran cara su generosidad.

— ¿Cuánto? ¿Cuál es la tasa actual?

— Depende de lo que sea. Por ejemplo, la guardia junto al depósito de víveres, un puñado de tabaco o dos rebanadas de pan. Por pelar patatas en la cocina cobran algo menos.

— ¿Pero es posible que a la tente no le alcance el pan? ¿Y a ti por qué te sobra?

— Sí, a mí, personalmente, me llega. He comenzado a fumar sólo aquí, en guerrilleros. Fumo poco. Y como también poco...

— Claro, si trabajas poco, comes poco,

— Algo hay de verdad en eso. El pan lo necesitan sobre todo los bisoños, los que han salido del cerco, o los prisioneros huidos. ¡Han pasado mucha hambre mientras estuvieron deambulando por el bosque!… Me dan lástima. Ellos mismos me lo piden, palabra de honor.

Cuando el camarada en cuestión fue censurado y castigado, se ofendió.

No voy a enumerar todos los casos en que se transgredió la disciplina, no fueron tampoco tantos. Además, no había mu-

cha gente y no era mala. Tan sólo el hecho de que todos eran voluntarios —y la mayoría de los guerrilleros se alistaron en los destacamentos antes de la llegada de los alemanes— habla en favor de que los hombres querían luchar no por miedo, sino por voluntad consciente. La gran masa de nuestro destacamento regional estaba formada por obreros industriales, trabajadores del Partido y del Komsomol, personas entregadas hasta el fin al régimen soviético. Más tarde, los destacamentos se engrosaron con gentes entre las cuales algunos no podían vanagloriarse de tener la conciencia limpia. Estos debían lavar con sangre su deshonra ante la Patria.

En aquel período de organización, nuestras enfermedades eran de crecimiento. Las engendraba la inseguridad en nosotros mismos, una idea muy confusa sobre cuánto iba a durar la guerra y la pérdida de contacto con las masas. Era innegable que habíamos perdido el contacto con ellas. El destacamento llevaba ya más de dos meses sin salir del bosque. Los guerrilleros apenas si tenían contacto con la población. Conocían muy poco la vida y los intereses de los habitantes de las aldeas y pueblos ocupados.

Esa pérdida de contacto con las masas, con el pueblo, podía ser fatál para nosotros. El Comité Regional decidió que era preciso orientar a la gente en el sentido de que la lucha guerrillera sería larga. Cuanto antes pasase el Ejército Rojo a la ofensiva y limpiase nuestra región de alemanes, tanto mejor. Pero, de momento, era indispensable dejar de hablar de plazos, no pensar en cómo resistir, y, en vez de atormentarnos con las dudas, actuar.

El Comité Regional dio instrucciones al Estado Mayor para que preparase una seria operación ofensiva. Esta debía ser la piedra de toque donde se comprobasen todas las cualidades de nuestra gente y de nuestra organización.

* * *

En cumplimiento de la decisión del Comité Regional respecto a la necesidad de un contacto más estrecho con la población civil y a fin de reforzar el trabajo de agitación entre las masas, un grupo de compañeros se dirigió una tarde a la aldea de Sávenki.

Yo fui también. Era la primera vez que, en condiciones de ocupación, tomaba parte en una reunión de campesinos. Seguramente por eso se me quedó tan grabada en la memoria. Más tarde tuve que intervenir con frecuencia en reuniones de esa índole; pero en aquel entonces todo era nuevo.

Más tarde, mis compañeros me confesaron que también ellos se sentían invadidos por un extraño sentimiento de inseguridad, incluso de emoción. ¿Temor al peligro? No; teníamos noticias de que el enemigo no disponía de fuerzas importantes por aquellos contornos. Nos habíamos enterado previamente de la situación. Nuestra gente, los comunistas en la clandestinidad y los activistas que vivían en Sávenki, había avisado a su debido tiempo al pueblo y emplazado centinelas en todos los accesos... Y sin embargo, estábamos nerviosos.

Nos preocupaba, naturalmente, lo nuevo y original de la situación. ¿Cómo nos acogerían? ¿Cómo llevar a cabo una reunión semejante? Hasta los problemas de organización no estaban claros. Por ejemplo, ¿debíamos dar a la reunión el aire solemne? ¿Hacía falta elegir una presidencia? Había quienes se pronunciaban por la solemnidad, diciendo que así produciría una impresión más grande.

Más importancia tenía aún el determinar con justeza el tema principal del orden del día. Antes de la guerra cada asamblea se dedicaba a una o a otra cuestión concreta. Se discutía el plan de producción del koljós, el balance de la emulación socialista de las brigadas y de las cuadrillas, el informe de la

administración, la suscripción al empréstito... ¡Y otras muchas cosas! Incluso si venía un conferenciante para hacer un informe sobre la situación internacional, los koljosianos sabían de antemano de qué se hablaría y preparaban las preguntas.

Nosotros íbamos, por así decirlo, en plan general: a conocer a la gente, a tener un intercambio de novedades, a conocer el estado de ánimo del pueblo. Claro está que, ante todo, nos disponíamos a hablar de la lucha sin cuartel contra los invasores y del apoyo al movimiento guerrillero. Pero no podíamos todavía proponer a los campesinos de Sávenki un plan concreto de acción.

Cuando nos acercamos a la escuela, en la sala grande ya estaba colocada una mesa cubierta con un paño rojo. Dos candiles alumbraban débilmente el local. Los organizadores se disculparon: "No pudimos conseguir petróleo, y ha habido que recurrir al sebo".

La gente llegaba de uno en uno o por parejas. Algunos creían necesario adoptar el aire de la persona que ha llegado casualmente, atraída por la luz. Otros, por el contrario, entraban con marcada decisión, pisaban con firmeza, miraban directamente a los ojos y hablaban en voz más alta de lo conveniente.

Las muchachas y las mujeres jóvenes permanecieron indecisas mucho tiempo, junto a la entrada, cuchicheando y lanzando ojeadas a la sala. Se las invitaba a entrar, pero ellas se negaban y sólo después, cuando la reunión se encontraba ya en su apogeo, todas entraron sin hacer ruido.

Yariómenko, nuestro comisario, dijo:

— Tiene la palabra el jefe del destacamento guerrillero y secretario del Comité Regional clandestino.., no menciono su apellido por motivos de conspiración, es decir, para conservar el secreto...

Me levanté y quise empezar a hablar, pero en la sala se oyó una risita. ¿Qué ocurría? ¿Por qué?

— ¡Pero si es Fiódorov!

— Pues claro que es Fiódorov.

— ¡Valiente secreto! ¡Es Fiódorov! —gritó alguien en las últimas filas.

Yariómenko frunció el ceño, pero yo me eché a reír. Y me invadió un sentimiento de bondad y ternura. A lo mejor esto se debía a las circunstancias, a los tiempos que corrían, pero en cualquier caso, de pronto el ambiente se hizo más sencillo y cordial.

Conté brevemente lo que eran los guerrilleros, cómo y por qué luchaban. Les informé del contenido de los últimos partes del Buró Soviético de Información. Me escuchaban con avidez. Cuando terminé, Yariómenko se dirigió a los reunidos:

— ¿Hay preguntas?

El primero en alzar la voz desde una esquina fue un joven:

— Camarada Fiódorov, cuéntenos cómo fue solo a la reunión de stárostas en Priputni.

— Lo cierto es que no fui solo, éramos dos... ¿Y de dónde lo has sacado tú?

— Cualquiera lo sabe. La gente mueve la lengua. Parece que mataron al burgomaestre y a cinco policías.

Las historias de las proezas guerrilleras se extendieron con asombrosa velocidad. Como el lector sabe, en aquella ocasión no pasó nada de particular. Sin embargo, hasta este pequeño episodio creció y se ensanché en el rumor popular.

— No —dije—. Las historias para otra ocasión.

Me apoyaron varias voces.

— ¿Que te crees, que el camarada Fiódorov es un artista para ir contando aventuras?

— ¡No hemos venido a rascar la lengua!

— Mejor explícanos por qué no estás con los guerrilleros...

Se echaron encima del muchacho.

Con rostro contrariado, se sentó y comenzaron las preguntas. Preguntas serias, a las cuales no me fue fácil responder: también yo desconocía muchas cosas.

En las preguntas de los campesinos se expresaban esperanzas y cavilaciones. Las hacían sin reparo con todo el alma. Se dirigían, a mi entender, no a mí sino al Partido.

Un campesino alto, ya entrado en años y de un aspecto muy sombrío, preguntó:

— ¿Y qué piensa el Partido Comunista, camarada Fiódorov, respecto a las otras potencias? América, por ejemplo. ¿Es que la burguesía de América nos ayuda sinceramente o lleva escondido el puñal en la manga? ¿Y el Japón, no nos atacará por el Extremo Oriente?

— ¡A dónde has ido a poner tus ojos, Sídor Lukich! — exclamó su vecino de banco, no sé si en tono de admiración o de burla.

— No, eso interesa... Eso es un asunto importante.

— Déjalo, el camarada Fiódorov lo va a explicar todo.

— ¿Y tendremos aviones? Los Urales y Siberia, ¿trabajan?

— Camarada Fiódorov, apunte mi pregunta: ¿retrocedemos adrede o sencillamente huimos?

Inesperadamente, a través del rumor de las recias voces masculinas, una fina vocecilla infantil se abrió paso:

— Por favor, ¿puedo preguntar? Tengo once años y he pasado al tercer grado; ¿qué debemos hacer ahora? ¿Estudiar en las escuelas alemanas o quedarnos en casa, con los padres o con los guerrilleros?

Todos se echaron a reír, pero la pregunta del chiquillo pareció haber sido la señal: llovieron las preguntas relacionadas con la vida de la propia aldea. Ahora hablaban en voz más baja, arrimándose a la luz, como si en aquella sala se hubiesen congregado los miembros de alguna secta secreta. Un viejo bigotudo y recio preguntó casi en un susurro:

— Díganos lo que debemos hacer. Supongamos que mañana se presenta el alemán; bien un destacamento de castigo, bien para llevarse productos... Y que instalan a algún alemán en mi casa. El sabe que yo soy un hombre de paz, que nada tengo que ver con los guerrilleros y que no soy komsomol, sino un viejo campesino tranquilo...

— Venga, Stepán, al grano.

— Aguarda. Pues bien, supóngase, camarada jefe, que en mi casa se ha alojado un alemán, o quizás dos. ¿Me va a dar usted veneno, dinamita, o debo liquidarlos simplemente con el hacha, mientras duerman?

Me costó trabajo contener una sonrisa. Pero sus paisanos estimaban que aquello era una cuestión muy seria, y esperaban una respuesta adecuada.

— Depende de la situación —contestó Yariómenko.

Pero la respuesta no satisfizo a los reunidos. Todas las miradas se dirigieron hacia mí. No tuve más remedio que devanarme los sesos.

— Dinamita, mejor dicho, trilita, no os daremos para dos alemanes, tenemos poca. En cuanto al veneno, no es posible envenenarlos a todos, y, además, tampoco lo tenemos. Pero, contra un enemigo tan desalmado, cualquier arma es buena.

En primer lugar, invitamos a ingresar en el destacamento a todo el que quiera luchar en serio contra el enemigo. En segundo lugar, sin moveros del sitio, podéis prestarnos una gran ayuda: comunicándonos datos del enemigo, escondiendo, si es preciso, a algún enlace nuestro... Y si alguna vez atacamos en vuestra aldea a la guarnición alemana o a un destacamento de castigo... entonces, confiamos en que emplearéis las hachas y las piedras... ¿Nos ayudaréis, camaradas?

Un unánime clamor de aprobación fue la respuesta a mi pregunta.

María Javdéi, miembro de la dirección del koljós, mujer de unos cuarenta años, dijo:

— Nosotros, camarada secretario, estamos acostumbrados a no pensar por separado, sino todos juntos. La dirección continúa existiendo hasta ahora. Y también tenemos trigo koljosiano. No se preocupe, está bien escondido. En un hoyo, lo que nos corresponde por los días de trabajo; y en otro, el trigo del Estado, el que debemos entregar. Pero, ¿a quién? ¿Vendrá usted mismo, es decir, su gente, o somos nosotros los que debemos llevarlo? Los alemanes han arramblado con casi todos los caballos...

— El trigo hay que repartirlo entre la población.

— Eso está claro. No hablo del trigo de los días de trabajo. Me refiero al trigo del Estado, del Ejército Rojo. Ayer la dirección se reunió para decidir qué hacer. Hemos recogido una gran cosecha. Por día de trabajo nos corresponde mucho a cada uno. ¿Vendérselo a los alemanes?... No es ningún secreto que hay canallas que, con tal de embolsarse dinero, se lo venderían a cualquiera. Pero el alemán no lo comprará. ¡Saben lo que se hacen! Le meten a uno el fusil en el pecho y... “¡Trae eso! “, nos quitarán hasta el que hemos ganado con nuestro trabajo... ¿Cómo puede hablarse de distribuir el

trigo del Estado? Verá usted lo que hemos decidido: ¿Quiénes son ahora nuestro Poder, nuestro Estado, nuestro Ejército Rojo? Está claro que los guerrilleros. Entonces, el trigo que le corresponde al Estado es, por lo tanto, de los guerrilleros.

— ¿Y no os da lástima?

— ¡Que va! Este trigo lo único que hace es molestarnos: atrae a los alemanes. Como les den el chivatazo de que el pueblo esconde trigo, vendrán volando.

Eso era cierto, claro. La idea era lógica, de una lógica profundamente soviética. Comprendimos que la dirección del koljós, aprovechando nuestra llegada, había preparado un regalo muy valioso para nosotros.

Tarde o temprano, nuestras reservas de víveres se acabarían. En algunos destacamentos se habían agotado ya. El problema que se nos presentaba era grave y peliagudo: ¿dónde conseguir víveres? Claro está que la fuente principal debían constituirla los trenes de avituallamiento y los depósitos alemanes. Sin embargo, de vez en cuando, tendríamos que recurrir a la ayuda de la población. A los campesinos y también a nosotros nos interesaba dar a esta ayuda un carácter legal. El regalo de los koljosianos era tanto más agradable porque ponía de manifiesto las nuevas cualidades morales del campesino soviético, las cualidades socialistas.

— No nos negaremos —dijo Yariómenko—, gracias. Ya os comunicaremos cómo entregarnos el grano o conservarlo para los guerrilleros. Pero lo debéis guardar de tal modo que, a la menor amenaza de asalto alemán, podáis destruirlo en el acto.

La reunión duró más de dos horas. Nos hicieron numerosas y variadas preguntas. Tan sólo un hombre dio la nota negra a la reunión. Era un tipo flaco, mal vestido de unos cincuenta años, con una mirada aguda y atenta, pero taimada. Preguntó con aire fingidamente bonachón y tono familiar:

— Permítame una pregunta: ¿es usted ucraniano?

— ¿Por qué me lo pregunta? —respondí, poniéndome en guardia.

— Por nada... Se llama usted Fiódorov, pero parece usted nuestro…

— Soy ruso —dije (aunque, en realidad, me considero ucraniano)—. ¿Acaso eso cambia en algo la cuestión? ¿Qué quiere decir con eso de nuestro?

— Nada —respondió evasivo, y se llevó la mano a la boca, fingiendo un bostezo.

— No, continúe, por favor. Ya que comenzó diga lo que piensa.

El campesino sombrío que había preguntado por América y que, al parecer, era de la misma edad que el que acababa de hablar, se volvió y gritó iracundo:

— ¡Venga, desembucha, explícate! ¿Por qué te callas? El hombre no se turbé. Mirando tan pronto hacia mí, como al campesino sombrío, y a todo el público, comenzó lentamente:

— Puedo hablar. Quiero decir que toda Ucrania está ocupada por los alemanes. ¿No es verdad? ¿Para qué vamos ahora a pensar en el Partido? Ya que habéis dejado Ucrania, largaos de aquí... Nosotros mismos acabaremos con los alemanes o...

— Llegaremos a un acuerdo con ellos —gritó el campesino sombrío—. Tú, alma de perro, quisieras ponerte de acuerdo. ¡Vaya un listo que nos ha salido! ¡Y habla en nombre de toda Ucrania! ¿Sabes lo que te digo, sangre de Judas? Que no es en Ucrania en lo que piensas, sino en los cuartos. Ahora, lo mismo que de joven, sueñas con hacerte un kulak. Necesitas comercio libre, tierra en propiedad privada y una decena de

braceros. ¿A qué hablas de Ucrania?... No me des con el codo —exclamó, volviéndose bruscamente hacia una mujer que estaba a su lado—. No le tengo miedo. Como vaya en contra del koljós y se pase a los alemanes, no tardaremos en colgarle de alguna rama.

— Yo no haré eso —respondió el hombre—. Jamás descubriré a nuestra gente. No sacaré los trapos sucios fuera de casa. No hice más que preguntar. ¿No es verdad, camarada Fiódorov, que estamos entre amigos?

Murmuré algo más, pero, de pronto, se interrumpió; se oyó un estertor y desapareció en la oscuridad. Oímos cierto alboroto en las filas de atrás. Seguramente le habían amordazado y se lo estaban pasando, como un saco, de mano en mano. Nadie le golpeó; fue arrojado del local, sencillamente. Y una vez fuera, ¡vaya usted a saber lo que le sucedería!

Antes de que terminase la reunión, volvió a hablar el hombre bigotudo que me había preguntado si debía matar a los alemanes con hacha o con dinamita. Volvió a hacerme otra pregunta.

— Me interesa saber otra cosa, camaradas guerrilleros, ¿qué vamos a hacer si los alemanes queman nuestra aldea?

— ¡No seas pájaro de mal agüero, Stepán!

— Callaos. No le dejan a uno hablar. Sé equivocarme solo. De seguro que los alemanes quemarán nuestras casas. El lobo siempre es lobo. Pero a eso, yo os digo: camaradas guerrilleros, no os aflijáis. Es la guerra. Una guerra, que no la hay peor... A mi pregunta, yo mismo responderé; estaremos preparados para todo: el incendio, la muerte cruel, el martirio. Pero para una sola cosa no servimos: para lamerles el culo a los alemanes ni para tirar de su arado. Dígalo usted así a Moscú, camarada Fiódorov.

—Gracias, amigo, como guerrilleros te lo agradecemos con toda el alma... Pero lo malo es que, por ahora… no tenemos radio y no podremos transmitirlo a Moscú.

— Ya se las arreglará usted para transmitirlo —sonrió Stepán con aire pícaro—. Un corazón avisa a otro.

* * *

Al volver de Sávenki me informaron que se había presentado con el parte Filip Krávchenko. Resulta que había estado enfermo. En aquella ocasión en el polígono él y Beli sufrieron una ligera contusión. Y estuvieron convalecientes todo este tiempo. No pasó nada grave, volvió a oír y recobró la sensatez... En fin, como se vio después, la sensatez es un concepto relativo.

Vale la pena hablar de eso. Por ejemplo, ¿puede en una persona convivir un valor temerario y la sensatez? ¿Acaso en toda ocasión que alguien se lanza a una empresa arriesgada incluso con la mejor intención el hombre hace una proeza?

Ante mí tengo el parte ya amarillento por el tiempo del ingeniero teniente coronel Filip Yákovlevich Krávchenko. No puedo dejar de inclinarme ante lo que Lenin llamaba desprecio a la muerte. Filip Krávchenko poseía este sentido en plena medida. Pero además tenía una vena creativa y hasta un cálculo propio de ingenieros. Un cálculo… muy peculiar.

Al entregarme el parte, Krávchenko estaba muy nervioso, se puede decir que sufría:

— Usted nos ha prohibido... Usted ha detenido un trabajo que estaba en pleno auge. ¿Qué es eso desconfianza hacia mi experiencia técnica? Ni siquiera se enteró usted de la construcción... Bueno, lea usted mismo. Aquí le cuento de mí

y de mis ideas. Adjunto unos dibujos, planos esquemáticos. No sé si sabrá usted leerlos...

Pedí que se reunieran en el refugio del Estado Mayor Popudrenko, Yariómenko, Nóvikov, un zapador del ejército Piotr Románov, todos los que podían entender lo que se debía hacer en relación a la organización de la subsección diversiva.

El parte de Krávchenko se leyó ante todos. Lo aduzco en su totalidad.

“Al jefe del Estado Mayor Regional del movimiento guerrillero, jefe del destacamento unificado Fiódorov A.F.

del ingeniero-teniente coronel del servicio de ferrocarriles

Krávchenko F. Ya.

PARTE

Por la presente informo:

Desde los primeros días de la guerra, siendo sustituto del jefe de la construcción de una obra organicé 4 destacamentos de restauración en la estación ferroviaria Dárnitsa, objetivo diariamente bombardeado por los alemanes. Realizamos trabajos de reconstrucción de la vía de tranvía que atraviesa el puente Evgueni Bosh con el fin de hacer pasar por él locomotoras ligeras que evacuaran la maquinaria industrial del distrito de Podolsk. Todo el tiempo actuábamos acosados por ataques intensivos de la aviación alemana, escondiéndonos en trincheras primitivas. De mis subordinados siempre exigía una entrega total y consideraba necesario dar ejemplo de sereno arrojo. Más tarde me enviaron a la estación de Priluki, donde con los destacamentos de construcción reconstruía-

mos día y noche las vías férreas destruidas por los alemanes en la línea Priluki —Nezhin, Priluki — Bajmach — Vorozhbá, Bajmach — Romny —Romadán.

Dado que los alemanes ocuparon Nezhin y Bajmach, del distrito de Priluki, despaché todas las locomotoras, después de lo cual salí con mi grupo en dirección a Járkov. En Lubni nos encontramos con los alemanes. Después de tres días de combates rodeados por el enemigo, yo y mi grupo de combatientes obreros logramos escapar internándonos en la retaguardia del enemigo. Nuestro grupo fue liquidado junto al río Orshitsa, algunos cayeron prisioneros. Quedamos diez hombres, los cuales en caso de peligro real de ser hechos prisioneros hubieran preferido pegarse un tiro. Nos dirigimos hacia los bosques de Chernígov con la esperanza de encontrarnos con los guerrilleros. Los encontramos, se me admitió en el destacamento de Reimentárovka y desde los primeros días me dediqué con el camarada Beli que era pirotécnico, a la organización de producción de cartuchos de trilita para la labor de diversión. No podíamos contar con utillaje alguno. Encontramos una cocina alemana abandonada y nos pusimos a extraer la trilita de los proyectiles de mortero. Lo hacíamos del modo siguiente:

1. En el recipiente donde los alemanes cocían el café echábamos agua y con un alambre introducíamos en ella la mina no sin antes quitarle el detonante.

2. De acuerdo a las instrucciones del coronel Stárinov, lo colgábamos de modo que el agua hirviendo que envolvía el explosivo no penetrara en el proyectil.

3. Hicimos unos moldes de madera de dimensiones estándar, untábamos las paredes y el fondo de grasa, vertíamos el explosivo e introducíamos un jalón de la forma de la cápsula

detonante de una granada de mano. Al enfriarse la trilita nos salían unos cartuchos de dimensiones y peso normales.

Todo salía bien, la producción se iba organizando, con nuestros cartuchos salían a hacer actos de diversión los camaradas Balitski, Románov y Polischuk. Sin embargo, nuestra labor no se estimó lo suficiente, a muchos les parecía que el riesgo era demasiado grande y que podíamos hacer volar todo el destacamento. Yo rechazaba con desprecio la palabrería de los asustadizos y ponía el ejemplo de cómo trabajábamos bajo las bombas del enemigo. No obstante, el jefe del destacamento de Reimentárovka, con la excusa de que tarde o temprano tendríamos nuestros propios morteros y que gastaríamos las minas que habíamos recogido en la fabricación de cartuchos, intentó entorpecer nuestra labor, aunque las razones no eran tanto de índole económica como debidas al deseo de vivir tranquilo. Entonces yo decidí que si en efecto se tenían que conservar las minas, extraeríamos los explosivos de los proyectiles de artillería, en contra de lo cual no podían haber objeciones, ya que los guerrilleros de momento no tenían cañones, mientras que por el distrito se podían encontrar decenas y centenares de proyectiles de combates pasados.

Desgraciadamente fue mucho más difícil extraer el explosivo de un proyectil artillero. Cuando lo sumergimos en agua caliente tan sólo se disolvió el explosivo de la parte cónica, pero el contenido principal que se encontraba en la parte cilíndrica casi no se reblandeció y por mucho que la calentáramos no se fundía. De Piotr Romanov, que había sido zapador, supimos que el contenido del proyectil no era trilita, sino melinita, material refractario y muy explosivo. Como ingeniero no podía hacerme a la idea de que tan valioso explosivo iba perderse y decidí emplear el proyectil como cartucho cargado de sustancia explosiva recogiéndolo en una montura de madera.

Proyecté en un dibujo una futura mina a colocar bajo la vía del tren o en alguna carreta (véase los planos 1 y 2).

Junto con el camarada Bou desenroscamos el cabezal del proyectil extrayendo de él por fusión la trilita, y la vertimos en un molde. La melinita, dada su dureza, nos pusimos a prepararla para ser explosionada del modo siguiente. Uno de nosotros colocaba el proyectil verticalmente y sin el cabezal e introducía por el orificio una bayoneta rusa de tres aristas. El segundo daba golpes a la bayoneta. Al girar paulatinamente ésta y a medida que se daban repetidamente los golpes se producía una hendidura. Dado que ésta tenía unos rebordes desiguales y una sección demasiado ancha, no quedaba por hacer otra cosa que verter en ella la trilita fundida no sin antes introducir una madera del grosor del detonante de una granada de mano.

Considero mi deber dar cuenta de que mientras yo y el camarada Beli perforábamos la hendidura en el proyectil el jefe nos enviaba a unos trescientos metros más allá del campamento y nosotros acatábamos la orden. Pero de todos modos, teníamos que acercarnos al fuego de la cocina para llenar la hendidura con la trilita fundida, por lo cual se producía un pánico colectivo, conducta indigna por parte de un guerrillero.

Llegó el momento en que fue necesario experimentar el proyectil para fines diversivos. Con este objetivo me inventé un sistema experimental y construí un artefacto sencillo (véase plano 3). Alejados a una distancia prudencial del campamento, enterramos bajo un árbol el proyectil. Sobre la cápsula del detonante adaptamos una maderita con un clavo (percutor). A la rama del árbol atamos con un cordel un leño. Según mi idea, el cordel, mojado en gasolina, debía encenderse, de modo que el leño cayera sobre la maderita, el clavo golpeara la cápsula y se produjera la explosión.

Primero realizamos el experimento de prueba, es decir sin detonante. El mecanismo funcionó a la perfección. Entonces decidimos comprobarlo en experimento de combate, es decir explosionar el artefacto... Más tarde, la gente poco enterada, miedosa y de mala fe, empezó a decir que en los experimentos nosotros no respetábamos las normas de seguridad. En realidad, a diez pasos de donde estábamos había un embudo profundo producido por una bomba de aviación. Además, para mayor seguridad até el leño con doble cuerda. Lo hicimos todo, sólo faltaba colocar el detonante. Me senté de cuclillas y el camarada Beli se colocó a mi lado, él debía encender la cuerda. Sin embargo sucedió que la cuerda resultó ser de mala calidad. Yo oí un crujido y grité: "¡Atrás, al agujero! Caímos en él al instante y en ese momento se produjo la explosión. La mina funcionó, ni siquiera tuvimos que encender la mecha. No pasó nada malo, ya que es sabido que desde el momento del golpe sobre la cápsula hasta la explosión pasan tres segundos. Afirmo con seguridad que el experimento se realizó a la perfección.

Esperábamos el agradecimiento del mando, pero en realidad se nos propuso abandonar el campamento y nos vimos obligados a crear un así llamado polígono en la profundidad del bosque.

Usted, camarada Fiódorov, así como el comisario camarada Yariómenko presenciaron el último experimento de un nuevo artefacto mío: envoltura alámbrica portátil con muelle y percutor de presión. Del plano adjunto se puede ver que mi mina-proyectil se puede emplear del modo siguiente. Todo el artefacto se entierra en el suelo calculándose que el tapón—percutor toca la base del raíl ferroviario. Hay que enterrarlo antes de la traviesa de unión. El raíl con el paso de un tren se hunde hasta 1 cm. Primero la mina se hunde en el suelo de modo que el tapón-percutor se encuentre a 0,5-1 cm del raíl, después se une a la vía con una cuña de madera; en

caso de tratarse de transporte rodado, la mina se entierra de manera que se indica en el plano 5...

De este modo se demuestra la posibilidad de emplear en las vías férreas y de tránsito rodado en calidad de minas de presión los proyectiles artilleros de cualquier calibre.

Entre tanto he recibido de usted la disposición de interrumpir los trabajos y considero necesario declarar que observo tal decisión como una infravaloración de la labor diversiva, un exceso de seguridad y un entorpecimiento consciente de la imaginación inventiva, todo lo cual puede deberse o bien a la falta de comprensión, o bien al miedo.

Ingeniero-teniente coronel

F. Krávchenko.

Después de la lectura de este documento, en el refugio del Estado Mayor se instalé un silencio de muerte. Todos me miraban a mí y a Krávchenko. Este tenía los labios apretados y esperaba impaciente mis palabras.

De manera inesperada hasta para mí mismo, me eché a reír. Me siguieron las risas de los demás.

— ¿Al menos ha pensado bien lo que ha escrito aquí? —le dije—. Bueno, camaradas, respondan al “inventor” ¡Y observen como es debido estos planos! A la locura del valor, a veces claro, se le cantan canciones, pero aquí hay una cuestión, y es saber qué es lo importante: la locura o el valor. Camarada ingeniero, al acusarme de miedo lo que intenta es pincharme...

Krávchenko, con mirada sombría, callaba. Pedí que hablaran los presentes.

Piotr Románov, que ya había dado muestras de ser un explorador valeroso y un buen minador, no apoyó a Krávchenko.

— Es que resulta algo incómodo explicarle a un ingeniero —dijo Románov—. Estas cosas puede que estén bien, pero para tiempos de paz.

— ¡¿Cómo que para tiempos de paz?! —aulló Krávchenko—. ¡¿Me está acusando de saboteador?! En tiempos de paz me dedicaba a construir.

— Nadie le acusa de sabotaje —dijo Nóvikov—, al contrario, desde el punto de vista técnico se le puede felicitar. ¿Pero cómo aplicar todo esto en la práctica? ¿Cómo llegar con su mastodonte hasta la vía del tren? Para ello haría falta que los alemanes aceptaran alejarse del lugar al menos un kilómetro. ¿Y cuánto pesa, ha pensado usted en esto? Un combatiente tendría que andar con este artefacto desde aquí hasta una vía de tren en servicio unos cincuenta kilómetros. Y en una carretera en realidad sería imposible enterrarlo. Lo que hace falta es trilita, trilita pura. En un proyectil de artillería el metal supera en diez veces el peso del explosivo que contiene. El efecto de un proyectil no es tanto la explosión como la metralla.

El jefe del Estado Mayor Rvánov dijo:

— Espero que sea un malentendido eso de acusar de miedoso al jefe del destacamento unificado. ¿Es posible que, camarada ingeniero-teniente coronel, sea usted consecuente y, tomando su proyectil bajo el brazo, se pasee con él y con la paja de zapador que necesitará en dirección a la línea de tren?… Espere, no me interrumpa. Para un trabajo diversivo de verdad hace falta crear una subsección especial en la que deberían entrar no sólo los especialistas en minas, sino también combatientes de protección y un grupo de exploradores. Ya hemos preparado una orden por la que se prohíben las acciones no meditadas y no planificadas en lo referente a la explosión de minas. No podemos alimentar las obsesiones estériles.

Pero Krávchenko no se bajaba del burro: — Insisto en lo dicho. A ver cuándo será eso de tener trilita en cantidad suficiente. No tenemos contacto por radio con el frente... Sí, estoy obsesionado con la idea. Bueno ¿y qué? Conozco a la perfección las líneas de Gómel — Bajmach y Bajmach — Járkov. Denme unos cuantos hombres valientes y haremos un viaje de exploración. Da igual que no tengamos ni un cartucho de trilita pura. Todo lo que necesito es una madeja de alambre, unas tenazas de herrero y unos alicates. Los proyectiles ya los encontraremos en las proximidades de la vía del tren.

La obstinación de este hombre era inaudita. Qué le íbamos a hacer, intentamos compaginar las cosas. Yo hice un balance de todo lo dicho.

— Explorar lo que sucede en las vías férreas próximas a nosotros y de importancia estratégica —dije— es una tarea que merece un elogio, tiene futuro y además es necesaria. Agradecemos a Krávchenko por habernos dado esta idea que aunque no sea muy técnica sí es muy necesaria.

Krávchenko no rechazó la propuesta. Justo al día siguiente, llevándose consigo a unos cuantos hombres, salió para un largo viaje de exploración.

El 29 de noviembre, Yariómenko me despertó a las cinco de la madrugada.

— ¡Alexéi Fiódorovich, están disparando! ¡Levántese, Alexéi Fiódorovich!

Desde el día anterior sabíamos que una agrupación de alemanes, bastante numerosa, había emprendido una operación ofensiva contra el destacamento de Pereliub. El destacamento tuvo que retirarse a la espesura del bosque. Su jefe, Balabái, había pedido ayuda. Se le dio la orden de resistir a toda costa.

Dicho sea de paso, aunque los destacamentos se habían fusionado, de acuerdo con la orden, y oficialmente se llamaban secciones, de momento continuaban en sus posiciones anteriores y seguían llamándose, por costumbre, como antes.

El Estado Mayor Regional estaba elaborando el plan de una operación destinada a liquidar una importante guarnición alemana. No nos interesaba descubrir prematuramente al enemigo el grueso de nuestras fuerzas. Por eso negamos la ayuda a Balabái.

El plan de la operación se elaboraba con gran sigilo. Sólo unos cuantos lo conocían. En aquellos últimos días, la moral de los guerrilleros había decaído sensiblemente. En efecto, antes realizábamos algunas acciones militares, aunque de poca monta. No siempre salían bien; pero, a pesar de los pesares, disparábamos contra los alemanes y volábamos puentes. En cambio ahora se había hecho cargo del mando un jefe nuevo, y éste se dedicaba a la instrucción militar y cultural. Pero los alemanes no dormían, los alemanes sólo esperaban el momento oportuno.

Tal era la situación en el amanecer del memorable día 29 de noviembre.

— Escuche, escuche usted, Alexéi Fiódorovich —repitió Yariómenko, después de haberse dado cuenta de que yo estaba completamente despierto.

A excepción de nosotros dos, no había nadie en el refugio. Como es natural, hacía mucho que Popudrenko había salido corriendo a enterarse de lo que sucedía. Los demás miembros del Comité Regional habían hecho lo propio.

Los disparos no se oían más. Me vestí y tomé el arma. En aquel instante, la puerta del refugio se abrió e irrumpieron Popudrenko, Kapránov, Nóvikov y, con ellos, todo cubierto de nieve, Yúrchenko, el jefe de la escuadra de exploradores. Por

lo rápido de la marcha,, o a causa de la emoción, Yúrchenko venía jadeante.

— Habla, ¿fuiste tú quien disparó? —preguntó Popudrenko, zarandeándole por los hombros.

— Aguarde un poco... ¿Son todos de confianza? Es decir, ¿no hay aquí bisoños?

— ¡Maldita sea! —exclamó Popudrenko—. ¡Qué elemento! No hace más que andarse con rodeos y no hay manera de sacarle una sola palabra del cuerpo. ¡Habla de una vez!, ¿fuiste tú quien disparé?

Yúrchenko asintió con la cabeza.

— ¿Por qué disparaste, para qué has alarmado a todo el campamento?

La víspera, el grupo de Yúrchenko había recibido orden de explorar el bosque en la dirección de la aldea de Samotugui. No tenía nada de particular que hubiesen encontrado en su camino a un grupo de exploradores alemanes. ¡Valiente cosa! ¡Unos cuantos tiros sin importancia! Yúrchenko no era de los que se amilanaban. Pero no fue el eco del lejano tiroteo lo que alteró la paz del campamento. Algunos disparos habían resonado allí mismo, casi junto al refugio del Estado Mayor.

— Discúlpenme, camaradas jefes —pudo soltar al fin Yúrchenko—; a causa de la emoción, disparé al aire con la pistola...

— ¿Emoción de qué? —preguntó impaciente Kapránov.

Le interrumpí y ordené que saliesen a los que estaban de más. En el refugio sólo quedamos Popudrenko, Nóvikov y yo. Yúrchenko seguía respirando fatigosamente y no acababa de hallar las palabras precisas para dar el parte. Le di un poco de alcohol.

— ¡Oh, camarada jefe, Alexéi Fiódorovich! —exclamó—. ¡Hay un traidor entre nosotros! ¡Se lo juro que hay un traidor! ¡Llame a los muchachos, ellos se lo dirán!

— Espera, ¿dónde están tus muchachos? Camarada Nóvikov, te ruego que los busques en el acto y les ordenes que, en tanto no pongamos las cosas en claro, no digan ni palabra...

— Es cierto, pueden irse de la lengua... —corroboré Yúrchenko.

Era un jefe de escuadra joven y no se le había ocurrido pensar en la necesidad de mantener en secreto una noticia de esta índole. Y en efecto, sus hombres ya habían tenido tiempo de divulgar la nueva por todo el campamento.

Yúrchenko informó que, a unos tres kilómetros del campamento, su grupo había visto a varios alemanes que avanzaban en nuestra dirección.

— Abrimos fuego; ellos respondieron a nuestros disparos, pero, en el acto, los muy víboras echaron a correr... Había mucha claridad, a causa de la luna, y nos pareció... que con ellos corría uno de los combatientes de nuestro destacamento...

—¿Quién? Dilo sin rodeos.

— ¿Quién creerá usted que era?

— No es el momento para adivinanzas.

No en vano eludía Yúrchenko la respuesta directa; al igual que nosotros, seguía confiando en que habría habido alguna equivocación.

Pero cuando Yúrchenko nombré a la persona, dejarnos de dudarlo.

Era Isaenko, el maestro de la aldea de Siádrino.

Yúrchenko nos explicó que el hombre a quien vieran correr con los alemanes llevaba bufanda, y la bufanda era la misma que solía llevar Isaenko. Todos los muchachos la conocían bien. Además, la llevaba de una manera especial.

— ¡Márchese! —ordené—. ¡Márchese y calle! ¡Ni una palabra a nadie!

Hacía algunos días me habían informado que el combatiente Isaenko iba con frecuencia a Siádrino, a ver a su padre. Pedía permiso, naturalmente, alegando que el padre estaba enfermo y necesitaba cuidados. Más tarde, los compañeros que trabajaban en la clandestinidad en Siádrino nos comunicaron que el padre del maestro gozaba del favor de los alemanes y policías; el stárosta le había dado un buey y dos carneros del ganado confiscado al koljós.

Entonces llamé al hijo. No tenía ninguna prueba de su culpabilidad. Se presenté ante mí un hombre delgaducho, de unos treinta años, de voz insinuante y tímidos ademanes. A mis preguntas respondía con una obsequiosidad exagerada.

— Se lo contaré todo, palabra de honor... Ahora mismo le explicaré todo y seguramente usted, mejor que nadie, me comprenderá. Verá usted, camarada jefe del destacamento, mi padre es un hombre profundamente religioso. Es, por decirlo así, enemigo de la guerra fratricida... Trata a todos con una dulzura rayana a la tontería. Acogió a los alemanes con cortesía. Probablemente, con una cortesía exagerada. A los oficiales, ¿sabe?, eso les agradó. Y se lo agradecieron. Mi papá no se atrevió a negarse, y ahora quiere entregar ese buey a su, es decir, a nuestra disposición, para los guerrilleros...

— Oiga, a pesar de todo, usted es maestro y debe comprender que tantas idas y venidas para ver a su “papá” pueden acabar mal para usted. Deje ese asunto. ¡Déjelo!

— ¿Me permite, camarada jefe? Yo lo comprendo todo, palabra de honor. Pero, ¿por qué hace esas deducciones? Mi propósito es encauzar a papá hacia el trabajo clandestino. Le juro que es un patriota. Usted sabe que incluso hay sacerdotes que... Estoy convencido de que debemos utilizar su aparente docilidad con fines de información. ¿Qué opina usted?

Lo que decía Isaenko era sensato. No se le conocía ninguna falta; sin embargo, algo me sugería que era un tipo vil. Me era antipático y desagradable. Mas eso no era un indicio de culpabilidad. A pesar de todo, le previne:

— Tenga en cuenta que tendrá que renunciar a esas idas frecuentes a Siádrino. Y deje en paz a su religioso “papá”. No necesitamos de sus servicios.

Empezamos a vigilar a Isaenko. Durante unos días no salió del campamento. Y, de pronto aquello...

Todos estábamos convencidos de que no volvería al campamento. Sin embargo, una hora más tarde se presentó. Incluso traía la misma bufanda. Inmediatamente fue conducido al Estado Mayor.

— ¿A dónde ha ido usted?

— Me enteré de que mi padre estaba a punto de morir, y corrí a ver le.

Era una mentira muy cómoda. Y por lo mismo podía explicar su agitación. Estaba muy pálido.

— Te lo habrán comunicado por radio, ¿no es verdad? ¿Cómo lo has sabido? A ver, desembucha.

— Vino especialmente mi hermanita para avisarme. Y... Me he detenido a la cabecera de mi padre. Reconozco que se trata de un acto de indisciplina y que he debido pedir permiso a los superiores. Pero después de la conversación que tuve con usted, temí que no me dejaran. Merezco un castigo, lo

comprendo, y doy palabra de honor de que yo... de que los sentimientos familiares están de más cuando.. -

— ¿Regresaste solo?

— ¿Qué? —Isaenko echó instintivamente una mirada por todo el refugio.

La ventana era muy pequeña, junto a la ventana estaban Popudrenko y Nóvikov.

— ¡Te han visto con un grupo de alemanes, canalla! —exclamó Popudrenko, incapaz de contenerse—. ¿Los traías al campamento, víbora?. ¡Habla! ¿Los traías al campamento?

— No, palabra de honor, yo...

— Te han reconocido ocho hombres... ¡Confiesa! — Yo hablaré, les diré todo, naturalmente... Había alemanes. Pero yo no los traía. Me llevaban ellos a mí... Creedme. No miento... Me apresaron cuando regresaba...

— ¿Y después, consiguió usted escapar? —pregunté yo.

— Sí, después me escapé —se apresuró a acceder—. Aproveché la confusión y me escabullí...

Nóvikov echó de pronto la mano hacia el abultado bolsillo de la chaqueta de Isaenko y sacó una pistola.

— ¿Y esto, te lo han dejado los alemanes como recuerdo, eh? ¡Ah...! ¡Cuenta toda la verdad! ¡Inmediatamente!

Isaenko cayó de rodillas.

Media hora más tarde di orden de fusilar al traidor ante la formación. Era mi primera orden de fusilar a un traidor.

Nóvikov intentó convencerme:

— ¿Por qué delante de la formación? Esto producirá mala impresión en la gente.

— ¿Qué, a lo mejor quieres que lo hagamos como Balabái?

Tres días antes de este caso en el destacamento de Pereliub también cogieron contactando con el enemigo a uno de los nuevos y lo condenaron a ser fusilado. Pero no se atrevieron a cumplir la ejecución en público. Acabaron con el traidor en un refugio mientras estaba dormido con un disparo en la oreja. Claro, después de aquel caso en el destacamento de Pereliub se dieron los comentarios más absurdos. A la gente le dijeron que tal persona había sido fusilada por ser un traidor. Pero la gente exigía con razón que la sentencia se hiciera pública. En todo, decididamente en todo se notaba que a nuestros hombres les faltaba una rectitud y severidad militares. Y aún no se habían enfurecido de verdad. La pobreza de espíritu, la conmiseración eran algo inútil.

Isaenko fue fusilado delante de la formación.

Al cabo de media hora me informaron que del campamento había huido un hombre recientemente admitido en el destacamento, Vasili Soroka, que había sido secretario del stárosta de la aldea Kozilovka. Lo admitieron porque había traído consigo unas cuantas granadas y la lista de las familias de oficiales soviéticos que el stárosta había preparado por orden de los alemanes. Nos dimos cuenta tarde de que era una trampa.

Empezaron a correr rumores por el campamento: “El tercer traidor en unos cuantos días. ¿Qué es lo que miran? ¿Cómo es que han decidido admitir a gente de fuera?

— Ya veis —comentaban los partidarios de Bessarab—. Ya lo decíamos nosotros...

— Pero comprended —les respondían los más sensatos— que esto no es un argumento. Entonces, según vosotros, si os sale un traidor, ¿deberemos negarnos a admitir en el destacamento a toda la gente honrada que desea luchar contra los alemanes?

Pero los que sembraban el pánico proseguían su labor de descomposición. Y cada vez tenían más motivos para su actividad.

De Koriukovka, a unos veintidós kilómetros, llegó completamente destrozado y con la mirada salvaje de un loco el komsomol que trabajaba en la clandestinidad Nikolái Krivda. Este nos explicó que había llegado a la aldea un batallón de castigo que se dedicaba a los desmanes.

— Lanzan granadas directamente sobre los hombres, se lo llevan todo, asesinan a los niños...

La charla con Krivda no se llevaba en el Estado Mayor, sino en medio del campamento, en presencia de muchos. Krivda estaba muy excitado, tardaron mucho en dejarlo entrar al campamento. También en el puesto de guardia vociferaba con voz ahogada que "los alemanes destrozan y torturan; me estaban siguiendo, ahora llegarán aquí, déjenme pasar inmediatamente a ver al jefe".

Estos aullidos y gritos en medio del campamento no llevan a nada bueno. Y además con todas estas historias tremebundas a mí y a los camaradas nos pasó por la cabeza cierta sospecha. Todos, después de aquellas tres traiciones, estábamos predispuestos a la desconfianza. Por lo demás, tampoco era fácil dar crédito a todo lo que decía Krivda.

Nos contó que un grupo de alemanes se acercó a su casa. El estaba solo. Llamaron a la puerta. Pero él echó el cerrojo, se atrincheró tras la puerta y se escondió al acecho con una pistola.

— Primero llamaron a la puerta con las culatas. Pero cuando se cansaron tiraron una granada o a lo mejor toda una sarta bajo la ventana. La casa tembló toda y se puso a arder. Estoy perdido, pensé. Miro, la parte de atrás se había derrumbado, se veía un agujero hacia la libertad. La pared daba al

lado de los huertos. Atravesé el agujero y a rastras, como pude me dirigí hacia el bosque. Y así llegué hasta ustedes...

Lo dejamos bajo vigilancia. Al dispersarse, la gente comentaba: aquí tienen otro provocador... De todos modos enviamos unos exploradores en aquella dirección: cuatro combatientes con el ayudante del secretario del Comité Regional Balitski. Antes del retorno de éste llegó un enlace del jefe del destacamento de Koriukovka, Korotkov, con el caballo echando espuma.

— De la parte de Domashlin —nos informó el enlace— el viento lleva un humo negro y denso, al parecer hay un gran incendio.

Entonces yo vivía y actuaba con todos. No podía distanciarme y ver lo que me rodeaba —tanto el campamento y sus hombres como a mí mismo— con ojos de persona extraña. Pero ahora recuerdo, veo el campamento aquel maldito día con cierta distancia.

El bosque ya estaba blanco. La nieve, aunque todavía no profunda, cubría el suelo y las ramas de los árboles. Los refugios, como pequeños oteros, casi pasaban desapercibidos. Tan sólo se veían los trazos oscuros de los senderos. Por los senderos entre los refugios pasaban hombres con fusiles. A veces se reunían en grupos, miraban a los lados y alarmados murmuraban algo...

En uno de los refugios, igual a los demás, estaban reunidos los jefes. ¡Y cuántas veces se reunían! ¿Qué podían decidir? Porque también ellos eran hombres y debían comprender que la fuerza quiebra la paja, y nosotros éramos como paja frente a los alemanes. Alrededor, en todos los pueblos y aldeas importantes, rondaba el enemigo. Alemanes sanotes, bien comidos y vestidos iban en autos, hablaban por teléfono, dormían en tibios lechos bajo seguros tejados. Allí a nuestro lado, en torno a nuestro bosque, los había a millares.

Y, en caso de necesidad, podían pedir tanques, aviación, artillería...

Los jefes se aconsejan. Los centinelas conducen al refugio del Estado Mayor a un muchachito de unos quince años. El muchachito está todo cubierto de escarcha. Habla en voz muy alta, casi a gritos.

La gente sale corriendo de sus refugios.

— ¿Qué pasa?

Los jefes callan. No importa, los guerrilleros ya se las arreglarán para conocer la verdad. Preguntan a los centinelas:

— ¿Quién ha venido?

— Creo que uno de Kozliánichi. Se llama Vasiuk.

— ¿Qué Vasiuk es éste?

— El hermano del ayudante de Fiódorov.

— ¿Y por qué está mojado?

— Dice que ha venido a nado. Dice que allí las cosas andan muy mal. Ha llegado un destacamento de castigo de las SS.

Llega alguien más. También trae malas noticias. Otra vez malas.

Nos reímos un poco cuando hacen salir del bosque un carro. Un peludo caballejo cubierto de escarcha va arrastrando un trineo de ramiza. Al lado, caminan dos viejos. Al encuentro de ellos salen de su refugio los jefes.

— ¿Qué hacéis aquí?

— Vamos en busca de ramiza.

El centinela les interrumpe:

— No les hagan caso. Van con ramiza al bosque.

— Perdone, señor. Hemos perdido el hacha y por eso hemos dado la vuelta...

— ¿Cómo es que, habiendo vivido veinticuatro años bajo el Poder soviético, en tres meses de ocupación te has olvidado de la palabra “camarada” ?

— Por esa palabra nos pegan.

— ¿Y por qué tu compañero se pasa sin el “señor” ? ¿Es que no le pegan los alemanes? ¿Acaso le consideran de los suyos?

—El segundo viejo sonríe y dice:

— Me faltan los dientes. Dije una vez señor, y me pegaron...

Registramos los trineos. Debajo de la ramiza yacen abrazados un delgaducho muchachito hebreo y una chica morena de unos dieciséis años. Ambos tiemblan helados y callan...

— ¿Qué mercancía es ésa? ¿Eh, tú señor? ¡Cuenta!

— ¿Es verdad que sois guerrilleros?

Y los viejos cuentan. Los dos adolescentes buscaron refugio en su aldea. Dijeron que eran komsomoles y hermanos. De apellido Nepómniaschi. De Mena. Las SS que aparecieron en Mena fusilan, ahorcan y violan a las muchachas... Y los guerrilleros locales están mal armados... se han dispersado...

La gente con fusiles se mira. Sonríen con expresión hosca. Tampoco ellos están bien armados...

Vuelven los enlaces, regresan los exploradores...

Los alemanes han ocupado Gúlino. El grupo de caballería al mando de Loshakov y Druzhinin se ha replegado al bosque sin ofrecer resistencia.

Desde Dobrianka, que dista de nosotros ochenta kilómetros, llega el grupo dirigido por Marusia Skripka. Hay en su grupo un tal Artozéiev, un chaval muy valiente, según dicen los que

lo conocen. Sin embargo también esos camaradas trajeron tristes nuevas. El destacamento de Dobrianka ha sido destrozado en tenaces combates. Su jefe, Yavtushenko, que era al mismo tiempo el secretario del Comité de Distrito, pereció en un combate. Epshtein, el presidente del Comité Ejecutivo de Distrito, está gravemente herido, tal vez de muerte.

Los de Dobrianka son siete. Comen y explican. Tienen prisa por tragar, por hablar. En todos caminos hay alemanes. En coches, en motor, y centenares de magiares a caballo...

Desde Chernígov comunican: el grupo del camarada Tolchkó ha caído en las garras de la Gestapo. Después de largas torturas todos han sido fusilados, En la ciudad hay decenas de horcas. De una de ellas penden un hombre y una mujer con las cabezas tapadas con sacos; no se les ven los rostros, pero en el pecho tienen prendido un rótulo, en caracteres de imprenta. En el de cadáver de la mujer se lee: “María Démchenko”; y en el del hombre: “Fiódorov” [11].

— ¡Pero cómo es posible! A Fiódorov, aquí le tenéis, ante vuestros propios ojos. Y Démchenko ni siguiera es de la región de Chernígov y se marchó con la evacuación.

Los mensajeros se encogían de hombros.

— No sabemos.

De Koriukovka regresa Balitski con sus muchachos. Resulta que es verdad lo que ha contado Krivda. Los alemanes han ocupado y quemado la aldea. A la vuelta, los exploradores pasaron por donde antes estaba el destacamento de Koriukovka. Encontraron los refugios destrozados y a siete guerri-

---

[11] *Más tarde se supo que los alemanes “ahorcaron” de este modo a muchas personas que el pueblo conocía. Simplemente preparaban de antemano las inscripciones y luego las ponían sobre los cadáveres de los ahorcados. Me habían 'ahorcado” tres veces en Chernígov, dos en Nezhin y, además, otras varias veces en centros de distrito.*

lleros muertos. ¿Dónde estarán los restantes? ¿Se habrán marchado? ¿O, tal vez, han caído prisioneros?

Desde todos los extremos de la región, la gente se abre paso hacia nosotros, hacia nuestras chozas subterráneas, cubiertas de nieve. No se oye más que: fusilados, asesinados, detenidos...

Y es que el bosque tampoco es una fortaleza. Ni es tan grande ni espeso.

Tan sólo se hizo oscuro, cuando se empezó a ver un gran resplandor sobre Koriukovka. Y en otra parte también las nubes se iluminaron de rojo.

En el campamento parecía reinar la turbación y el desconcierto. Un espectador de fuera no habría percibido un espíritu de ofensiva, una actividad meditada, un plan único y firme.

Pero, en realidad, los jefes, encerrados en el refugio del Estado Mayor, elaboraban tenazmente el pian de una operación ofensiva. Claro está que los dirigentes, y yo entre ellos, tampoco podían acoger con tranquilidad los alarmantes informes de los exploradores y enlaces. Pero no había más que una salida de la situación creada: pasar a la ofensiva.

Por extraño que parezca, nuestra ventaja principal consistía en la seguridad que los alemanes tenían en sí mismos. Desde Pogoreltsi nos informaron que la guarnición alemana se había instalado allí con toda comodidad. Los alemanes comían y bebían mucho, organizaban por las noches alegres francachelas y dormían desvestidos.

En Pogoreltsi había muchos. No menos de quinientos. Nos causé una gran alegría saber que nuestros exploradores habían encontrado entre la población local, profundas simpatías y ardientes deseos de ayudar a los guerrilleros. Gracias a los koljosianos, en el plano dibujado por Rvánov iban apareciendo nuevos puntos explorados, cada vez más numerosos: el

Estado Mayor, nidos de ametralladoras, parques de automóviles, depósitos de municiones, de combustible, las casas donde se alojaban el mayor Schwalbe y el teniente Ferrenz.

El que más nos ayudé fue Vasia Korobkó, un muchachito de catorce años, alumno de la escuela de Pogoreltsi. Era un chico campesino, delgadito y moreno. Hacía tiempo que venía pidiendo que se le admitiese en el destacamento; ya habla hablado de ello varias veces con Balabái.

— Llévеme, Alexandr Petróvich. Soportaré todas las pruebas. Soy pequeño, y podré meterme en todas partes. ¡No tendré miedo a nada!

Sin embargo, Balabái no se atrevió a llevárselo. Entonces Vasia le rogó que, al menos, le diesen alguna tarea. Le aconsejamos que entrase a trabajar en la comandancia alemana, instalada en el edificio del antiguo Soviet Rural.

— ¿Para limpiarles las botas a los alemanes? —preguntó sombrío Vasia.

— ¿No has dicho que estabas dispuesto a soportar todas las pruebas? En efecto, estuvo barriendo el suelo y limpiándoles las botas a los alemanes. Supo ganarse sus simpatías hasta tal punto, que ni siquiera sospecharon de él cuando apareció en la misma puerta de la comandancia una octavilla, tirada en nuestra imprenta forestal.

A raíz de aquello se armó en Pogoreltsi un alboroto espantoso. Los alemanes levantaron las tablas del suelo de cinco casas. Por lo visto, habían decidido que, como la imprenta era clandestina, tenía que estar, en efecto, debajo del suelo.[12]

---

[12] *Juego de palabras intraducible: en ruso “clandestina” es “podpólnaya” que literalmente significa “debajo del suelo” (N. del Trad.)*

Por conducto de Balabái, Vasia nos entregó un plano detalladísimo de Pogoreltsi, dibujado por él mismo. La casa donde vivía el comandante aparecía en corte transversal.

— Esta es la cama —explicaba Vasia—. En la cama, con la cabeza hacia la ventana, está el comandante en persona. Para que no os confundáis, le he pintado una svástica en la cabeza.

En la noche del 29 de noviembre vino a vernos la pionera Galia Gorbach, muy agitada, y nos contó lo siguiente:

— En nuestra casa está alojado el alemán más misterioso. Es oficial. Y su ordenanza es guapo como un oficial. Cuando todos duermen, ellos dos cuchichean. Tienen una maleta especial que esconden para que nadie la vea: tan pronto la cubren con trapos, como la bajan a la bodega. Ayer fueron a la cuadra y la enterraron entre el estiércol.

— ¿Y qué crees tú que habrá en esa maleta?

— No lo sé. Y mi madre tampoco lo sabe. Ellos cuchichean, y nosotros escuchamos al lado de la ventana. Pero hablan en alemán, y no los entendemos.

Como es natural, dimos las gracias a Galia. Y pedimos que hiciese extensiva a su madre nuestra gratitud de guerrilleros. Quisimos darle un acompañante, pero ella se negó. No tendría más de catorce años. Antes de marchar, nos pidió, con los ojos encendidos:

— Dadme una granada, si no os da lástima desprenderos de ella. Una sola. Polia Gorodash tiene tres, pero es muy tacaña. Aunque somos muy amigas, no quiere darme una por nada del mundo.

— ¿Y para qué quieres tú una granada?

Sonrió maliciosa.

—La gente dice que tenéis cuarenta cajas de granadas de ésas, y tal vez más. Vosotros las tenéis aquí, ociosas, y yo tiraría una,..

Kapránov se echó a reír entusiasmado. Enjugándose las lágrimas, repetía sin cesar:

— ¡Qué muchacha! ¡Esta sí que es una guerrillera!

Lo llamé y le dije en voz baja que diera a Galia unos cuantos caramelos. Instantáneamente se puso serio.

— No tengo, Alexéi Fiódorovich.

Tuve que repetir la orden. La cumplió de mala gana. Pero ta muchacha, cosa extraña, no pareció alegrarse del regalo, Lo aceptó, eso sí, pero a mi parecer estaba seriamente ofendida de que no e hubiésemos dado la granada.

Sentí grandes deseos de decirle que pronto nos volveríamos a ver.

El 30 de noviembre, por la tarde, se dio en el campamento el toque de generala; había entrado en vigor una orden preparada hacía mucho: todas las secciones debían ponerse en marcha y salir, durante la noche, a un lugar conocido por el nombre de Los Álamos, donde se encontraba el destacamento de Pereliub, para llevar a cabo una operación conjunta.

El tiempo nos era propicio. Se había desencadenado una ventisca espantosa. La luna tan sólo apareció después de la medianoche. La marcha fue muy dura, pero, en cambio, pasó completamente desapercibida, como era nuestro propósito.

El 1º de diciembre, a las doce del día, en el bosque cercano a Los Álamos se encontraron los guerrilleros de los cuatro destacamentos. El encuentro fue emocionante. Por fin se había llegado a la fusión de hecho. Ahora el destacamento unificado contaba con unos trescientos hombres.

Pero los alemanes ni siquiera nos dejaron descansar después de la dura caminata. A la una de la tarde una unidad enemiga —seguramente una compañía—, que había llegado en varios camiones, desplegó y comenzó a peinar el bosque.

Sin duda, aquella noche, el servicio alemán de exploración había permanecido inactivo y los fritzes estaban seguros de que lo mismo que antes, sólo tendrían que habérselas con el pequeño destacamento de Balabái. Todos unidos arrollamos al enemigo en diez minutos. Los alemanes huyeron, dejando abandonados dieciséis muertos.

Y entonces se puso de manifiesto que entre nosotros había muchos valientes. Nuestros muchachos habían contraatacado con brío y coraje. En el combate se distinguió Artozéiev. Al principio, hacía fuego desde un parapeto, pero cuando los alemanes echaron a correr, se levantó cuan alto era —y lo era mucho— y salió de allí persiguiéndoles. ¡Parecía una fiera! La rabia se le notaba incluso en todo el cuerpo: corría por el campo con sus largas piernas sin dejar de gritar. Pero no lograba dar alcance a los alemanes. De pronto vimos que en plena carrera cayó de una manera muy rara. Todos creíamos que estaba herido. Pero Artozéiev se incorporó de un salto y echó a correr de nuevo. Alcanzó a dos fritzes y estuvo trabajando con la bayoneta y con la culata hasta que los tumbé a los dos.

Más tarde, supimos que Artozéiev se había descalzado: las botas le estaban grandes y le estorbaban. Las tiró y, descalzo, echó a correr por la nieve, en pos de los alemanes.

Teníamos en él destacamento a un combatiente llamado Yuli Siñkiévich. Parecía un hombre callado y modesto. Todos le considerábamos cobarde, hay que reconocerlo, pero en el encuentro liquidé a tres alemanes. ¡Menudo cambio dio el hombre! Ahora le daba palmadas a Artozéiev; incluso comenzó a comer más y exigió de Kapránov doble ración de

alcohol. Y por la tarde, cuando todos cantaban y bailaban al lado de las hogueras, Siñkiévich se puso a limpiar cuidadosamente su fusil.

Fue un pequeño ensayo. Los combatientes no sabían aún lo que les esperaba aquella noche. Muchos se asombraron cuando, a las diez, se les ordenó apagar las hogueras con nieve y dormir un poco.

A las dos de la madrugada despertamos a todos. Cada compañía, sección e incluso escuadra recibió una tarea precisa. A las 4.30, todos se habían aproximado ya a las posiciones de partida. A las 5.00, Rvánov apreté el gatillo de su pistola de señales.

Primeros éxitos

La operación de Pogoreltsi no fue una de esas operaciones grandes o ejecutadas con mucha maestría, en el sentido militar. Fue simplemente un ataque audaz e inesperado para el enemigo. Aunque habíamos dedicado bastante tiempo a prepararlo, no estoy muy seguro de que no cometiésemos algunos errores tácticos.

Sin embargo, esta operación tuvo para nosotros una enorme importancia. Más tarde, tanto los jefes como los combatientes la solían recordar con frecuencia, junto a las hogueras, mientras se la contaban a los novatos. E incluso ahora, cada vez que nos encontramos, volvemos á evocar, invariablemente, los episodios de aquel combate. En él participaron doscientos cuarenta y dos hombres de los nuestros. Y todo el que sobrevivió se esfuerza por recordar algún episodio. Bueno, cada uno lo cuenta un poco a su manera, claro. También yo intentaré relatarlo a la mía, como lo recuerdo.

Aquella mañana temprana al acercarse a rastras a la aldea de Pogoreltsi, los que más nerviosos estaban eran los jefes y los miembros del Comité Regional. Comprendíamos que el fracaso de aquella operación podía ser, si no el fracaso del movimiento guerrillero en la región, cuando menos un serio golpe para él. Si fracasábamos, habría que empezar todo de nuevo.

En medio de una estepa cubierta de nieve, se extendía ante nosotros una gran aldea oscura. Por ella pasaba una carretera atravesada por varias calles. A siete kilómetros de la aldea negreaba el bosque, que habíamos abandonado hacía dos horas. Una luna tardía, ya en su ocaso, lanzaba su blanca luz. Helaba y hacía algo de viento.

El grupo con el que nos arrastrábamos Popudrenko, Yariómenko, Rvánov y yo, se extendía en fila india por el fondo de un pequeño barranco. Éramos, en total, dieciséis hombres. Los cuatro grupos que cercaban la aldea se componían de doscientos cuarenta y dos guerrilleros. No sólo procurábamos no hablar, sino que nos esforzábamos en no cuchichear siquiera.

El lugar donde se encontraba nuestro puesto de mando todos los combatientes y jefes lo sabían perfectamente. Era éste el patio abandonado del koljós, donde, esparcidos en desorden por el suelo, había una aventadora rota, la rueda motriz de una locomóvil, un montón de engranajes herrumbrosos y una desgastada muela de molino.

Teníamos la vista fija en las manecillas del reloj. Pero todos marcaban hora diferente. Decidimos ponerlos de acuerdo con el de Rvánov. Para la señal faltaban todavía unos cuantos minutos.

Fueron éstos los de mayor tensión. Todos mirábamos hacia un mismo punto. En el centro de la aldea, sobre la alta casa, donde se hallaba instalado el Estado Mayor alemán, se ele-

vaba una espiral de pacífico humillo. Y no era solamente el humillo aquel, todo el aspecto de la aldea hacía pensar que no había guerra alguna. Sin embargo, estaban concentrados allí más de quinientos soldados y oficiales enemigos, llegados con el exclusivo objeto de acabar con nosotros. En aquel momento, dormían y roncaban tranquilos. Así nos lo imaginábamos. Pero, ¡quién sabe!, a lo mejor estaban preparados desde hacía ya mucho y, emboscados, reíanse de nosotros, esperando a que diésemos la señal y nos lanzásemos al ataque... Doce personas en la aldea sabían que, a las 5.00, Rvánov lanzaría al cielo una bengala verde. Si uno de los doce de nuestros ayudantes resulta un traidor...

Rvánov alza la pistola de señales y aprieta el gatillo, pero el arma no dispara. Y en ese mismo instante, en el centro de la aldea, resuena el golpe de un hierro contra un raíl.

— ¡Canallas, alarma! —exclama Popudrenko sin poder contenerse y, naturalmente, salta de su escondrijo.

Yo tiro de él hacia atrás. Los golpes continúan: dos, tres... Pero en la aldea reina la misma quietud de antes. El que me sorprende en este instante es Rvánov: se le ha encasquillado la pistola de señales, pero se limita a blasfemar en voz baja. El toque se repite por cuarta, por quinta vez... Rvánov golpea, con todas sus fuerzas, el percutor contra la muela. Una lucecita verde, estruendosa y silbante, se precipita hacia el cielo.

Más tarde nos enteramos de que el golpear sobre los raíles no significaba alarma; era, simplemente, que daban la hora.

Pasa un segundo, dos... Retumban los disparos. Los guerrilleros corren hacia la aldea. A la derecha, al lado de la iglesia, se oye una explosión y surge una enorme llamarada que va en aumento e ilumina la aldea. Ahora ya vemos a los alemanes. Estrépito de cristales rotos: unas figurillas blancas caen desde las ventanas. Comienza a tabletear una ametra-

lladora alemana, pero se calla inmediatamente. Decenas de alemanes corren alocadamente, en paños menores, y todos a una gritan a voz en cuello. El griterío se funde en un continuo alarido que llega a nuestros oídos a través de un incesante trepidar de automáticos y fusiles. Una docena de alemanes corren hacia nosotros, vienen directamente hacia nuestro puesto de mando, vociferando.de continuo las mismas palabras:

— ¡Russische partisan, russische, russische, russische partisan! Durante tres años seguidos oiremos con bastante frecuencia este alarido. Alemanes locos de miedo saldrán corriendo de tanques volados, de Estados Mayores incendiados, de vagones destrozados, vociferando igual que ahora:

— ¡Russische, russische, russische partisan!

Las llamas son cada vez mayores: los muchachos de la sección de Gromenko han incendiado un depósito de combustible.

Uno tras otro, tumbamos a los alemanes que corren despavoridos en nuestra dirección. Y después, incapaces de contenemos por más tiempo, nos precipitamos en pos de Popudrenko, al centro de la batalla. Nuestro puesto de mando está ahora en la calle principal de la aldea, toda iluminada y llena de animación. Arden los autos. De ellos saltan los alemanes. El combate va disminuyendo. Continuamos avanzando y, de pronto, a la luz de la llamas, vemos a una niña que está de pie en la terracilla de una casa, sin más abrigo que un leve vestido. ¡Pero si es Galia! Ella también me reconoció.

— ¡Galia! —le grito—. ¡Métete dentro, escóndete!

Se vuelve hacia mí y me responde jubilosa:

— ¡Pero si ya no hay más alemanes, están muertos todos!

Una mujer se nos acerca corriendo.

— Venid conmigo, en mi caseta de baño se han ocultado tres alemanes.

Nuestros muchachos lanzan sus granadas contra la caseta y cesan los disparos.

Miro el reloj. El combate dura ya cuarenta minutos.

Kapránov llama a la gente para que le ayuden. Hay que recoger y cargar los trofeos. Se me acerca corriendo Nóvikov. Al reconocer a Galia, pregunta:

— ¿Y dónde se han metido tus guapos alemanes de la maleta?

Galia está muy disgustada: se han fugado. Marcha con nosotros por la calle, examinando los retorcidos cadáveres. Hay muchos. Por indicación especial, dos combatientes los van contando. De pronto, Galia echa a correr.

— ¡Aquí está, es él, ayudadme! —grita y se esfuerza por apartar el cuerpo de un enorme suboficial pelirrojo caído sobre la maleta.

Yo levanto una gran maleta de duraluminio, imitación de cuero. Balabái la abre con la bayoneta, como si fuera una lata de conservas. En la maleta, doblados cuidadosamente, aparecen cuellos de encaje, pieles de astracán, relojes, ropa interior de seda, y hasta sostenes. La gente va congregándose a nuestro alrededor. Ello nos sirve de motivo para celebrar un mitin.

Yariómenko sube a la terracilla de una casa. Desde todas partes acuden campesinos y guerrilleros. También mujeres. Muchas con pan y cántaros de leche.

— ¡He aquí lo que necesitan de nosotros los alemanes! —dice Yariómenko y, alzando en alto la maleta, muestra a todos su contenido.

Esto hace más efecto que cualquier discurso. Se oyen risas y un grito:

— ¡Menudos héroes nos han salido!

Entre los guerrilleros veo gente nueva. Se distinguen de los nuestros por las armas que llevan. Los nuestros llevan armas rusas, polacas, alemanas, mientras que los nuevos combatientes, los campesinos de Pogoreltsi, sólo llevan automáticos y fusiles alemanes y húngaros.

Se me acerca Rvánov:

— Es hora ya de dar la señal de retirada. Habíamos calculado que en la operación invertiríamos treinta minutos, y llevamos ya aquí más de una hora.

Pero en este preciso momento se nos acerca corriendo el practicante Emeliánov:

— Tenemos tres heridos. Uno de ellos con fractura. Necesitamos yeso, y no hay... He ido al hospital, pero se han atrincherado allí varios alemanes con una ametralladora.

El combate por el yeso dura ocho minutos. Rvánov lanza con una nueva pistola alemana de señales una bengala blanca. ¡Retirada! Los guerrilleros se acercan corriendo. Formados en columna, abandonamos Pogoreltsi.

A unos quinientos metros de la aldea comienzan las felicitaciones y abrazos mutuos. Todos a porfía procuran contar algo, incluso los heridos hablan, sin dejar de gemir.

Sobre todos se alza Popudrenko, a lomos de un potro alemán muy grande y furioso.

— ¿Acaso es esto un caballo? Es un canalla —me explica Popudrenko y golpea con el puño la cabeza del bruto—. Cuidado, Alexéi Fiódorovich, apártese. Muerde como un cocodrilo.

A ruego mío, ordena con voz sonora:

— ¡Silencio, apretad el paso!

Alguien entona la canción “Por los montes y por los valles”. Y de pronto descubrimos que nuestros muchachos cantan muy bien, de un modo verdaderamente magnífico...

Esta es mi opinión general de la operación. Claro está que no lo he contado todo. A nuestro puesto de mando se acercaron corriendo varias veces los jefes de los grupos. Rvánov informó con indignación que la sección de Bessarab no había sabido ocupar a tiempo el camino, y unos trescientos alemanes se habían escapado en dirección a Semiónovka. Cada diez minutos, los enlaces nos informaban del curso de la operación. Rvánov, Popudrenko y yo dábamos indicaciones operativas...

Los resultados prácticos del combate fueron los siguientes: destruimos varios depósitos con municiones, combustible, ropa y víveres, dos cañones, nueve autos, dieciocho motos. El enemigo tuvo más de cien bajas. Nosotros, tres heridos...

La operación realizada por nuestro destacamento en la aldea de Pogoreltsi fue calificada de “buena”. En la orden del día del destacamento mencionamos a dieciocho combatientes. En ella se destacaba, como ejemplo para todos, el heroico comportamiento del combatiente Arsenti Kovtún.

Arsenti Kovtún, hombre ya entrado en años y presidente de un koljós antes de la guerra, había ingresado en el destacamento y marchado al bosque antes de la ocupación. Al mismo tiempo que él, ingresó también en guerrilleros su hijo Grisha, de diecisiete años. Ambos fueron incluidos en el destacamento de Pereliub.

Hombre de complexión atlética, reposado y parco en palabras, Arsenti Kovtún se calificaba a sí mismo de soldado; y en efecto, tenía el porte de un veterano. Nunca procuraba hacerse visible ante los jefes; pero todo que se le encomendaba lo cumplía bien: igual si se trataba de pelar patatas o

derribar un árbol, que de cavar un foso para un refugio o traer una “lengua” [13]

En aquel combate se le había ordenado eliminar, sin hacer ruido, al centinela del Estado Mayor. Kovtún se acercó a rastras y se encontró con que el puesto era doble: alrededor de la casa rondaban dos centinelas. Kovtún esperé la señal. Cuando la bengala se alzó sobre Pogoreltsi, se arrojó sobre el centinela más próximo. Pero a éste le dio tiempo de disparar. La bala rompió los gemelos que Kovtún llevaba colgados sobre el pecho, mas eso no le detuvo y entablé con el alemán un combate cuerpo a cuerpo. Ambos cayeron a tierra y el alemán quedó encima. El segundo centinela daba saltos a su alrededor sin atreverse a disparar. Kovtún contó después que sujetaba intencionadamente al alemán para que el otro no pudiera disparar.

Pero cuando los guerrilleros se acercaron, Kovtún se quitó de encima, instantáneamente, el alemán, se puso de pie en un santiamén y le asesté con la culata un terrible golpe en la cabeza. La culata saltó hecha astillas. El otro centinela disparó varias veces, horadando por dos sitios el capote de Kovtún. Pero éste se abalanzó sobre él y le maté con la bayoneta. En aquel momento llegó Grisha.

— ¿Estás vivo, padre? —preguntó emocionado.

— Vivo, hijito, vivo —respondió Kovtún y, arrancando el fusil de las agarrotadas manos del centinela, se lanzó a lo más enconado del combate.

Durante todo el día los guerrilleros estuvieron hablando de aquel duelo. Kovtún permanecía callado, y únicamente cuando le daban mucho la lata, respondía exacto y conciso.

---

[13] *En el argot militar ruso, una “lengua”es un enemigo capturado con objeto de obtener información. (N. del Trad)*

— Díganos, tío Arsenti, ¿era pesado el alemán que tenía encima tan quietecito?

— No lo tenía encima quietecito, rodaba sobre mí.

—¿Pesaba mucho?

— Eso es lo de menos; lo malo es que apestaba a alcohol. Se había llenado la tripa de ron y sacaba la lengua igual que un perro, hipaba, eructaba, en una palabra, una porquería...

— ¿Y cómo es que rompió la culata? ¿Es posible que la cabeza del alemán fuese tan dura?

— Pero si tenía el casco puesto. Y, además, también era dura. Y mi fusil era polaco. Flojo...

Cuando nos hubimos alejado de Pogoreltsi unos quince kilómetros, llegó a nuestros oídos el rumor de un lejano tiroteo. Al principio, el tableteo de unas ametralladoras; y después, varias explosiones sordas y pesadas. Poco más tarde, los exploradores nos comunicaban:

— Los alemanes se están peleando entre ellos mismos. De Semiónovka llegaron refuerzos en ayuda de la guarnición de Pogoreltsi; pero los que quedaron en Pogoreltsi si creyeron que eran otra vez los guerrilleros y abrieron fuego. Y los alemanes de Semiónovka, pensaron a su vez que los guerrilleros se habían hecho fuertes en la aldea y recurrieron a la artillería para desalojarlos. Han estado batiéndose una media hora.

— ¡Esa sí que es una guerra justa! —dijo Kovtún, el héroe del día.

Y desde entonces, cada vez que conseguíamos azuzar a unos alemanes contra otros, a unos magiares contra los alemanes o policías, nuestros combatientes decían:

— ¡Esa sí que es una guerra justa!

Regresamos al bosque donde estuviera acampado, antes del combate de Pogoreltsi, el destacamento regional. Donde antes habían vivido cien hombres, se acomodaron trescientos y pico: todas las secciones, más los campesinos que se nos habían unido en Pogoreltsi. Helaba. Con frecuencia soplaba un viento glacial y penetrante. El invierno no hacía más que comenzar. Teníamos en perspectiva los verdaderos fríos, y, en cuanto a víveres, las cosas iban empeorando visiblemente: nuestras reservas tocaban a su fin.

Pero los hombres parecían ser otros. Su porte era ahora más marcial, cumplían con rapidez y de buen grado todas las órdenes. Por las tardes, al lado de las hogueras, montaban y desmontaban los fusiles, los automáticos y las ametralladoras alemanes, aprendiendo el manejo del armamento enemigo.

— ¡Hacéis bien, camaradas! En un futuro inmediato, nadie podrá suministrarnos armas. Combatiente Krivda, responde: ¿quién es el principal proveedor de los guerrilleros ucranianos?

— Hitler —respondió Krivda, levantándose y haciendo el saludo militar.

— Baja la mano, conoces mal el tema. Camarada Málchik, ¿y usted, qué opina?

El explorador Malaj Málchik tenía unos setenta años. Era miembro del Partido desde 1917. Antiguo guarda forestal fue carpintero, era mañoso, hábil, expeditivo y maestro en todos los oficios. Habíase presentado en el destacamento guerrillero en compañía de sus dos hijos, ya mayores, una hija y el yerno. Era explorador. En el bosque se sentía como en su propia casa. Tenía amigos en cada aldea.

— Nuestro proveedor principal, Alexéi Fiódorovich —respondió sonriendo—, es el valor guerrillero.

— No —le interrumpió Semión Tíjonovski, hombre muy aficionado a dar rienda suelta a su fantasía—, el proveedor principal de los guerrilleros es la seguridad. Si estás seguro de la victoria, conseguirás lo que quieres, y vivirás cien años después de la guerra.

— ¡Fijaos en él, tú sí que estás seguro!

— ¡Claro! ¿No conoces la discusión que sostuvo un guerrillero con un alemán respecto al cerco?

— Cuenta, Semión Mijáilovich.

Tíjonovski no se hizo de rogar.

— Pues bien, un guerrillero se encuentra con un alemán. Y éste le dice: “Ríndete, porque te voy a cercar ya liquidar”. Y el guerrillero le responde: “No eres más que un papagayo tonto. ¿Cómo vas a cercarme, si tú mismo estás rodeado por todas partes y no tienes dónde meterte? “El alemán se ríe: “Ja-ja-ja —pero vuelve la cabeza—. Yo —dice— llegaré a los Urales; me guía el Führer, pero vuelve otra vez la cabeza. Y el guerrillero le dice de nuevo: “¿Cómo vas a cercarme y a vencerme, si no haces más que volver la cabeza de un lado para otro? Y tampoco puedes dejar de hacerlo, pues por todas partes te acechan ojos humanos, y en esos ojos, llenos de ira, está tu muerte”. Entonces el alemán vociferó: “¡Calla o te mato! “, pero no fue capaz de contenerse y volvió a mirar a los lados. Y entonces, el guerrillero acabó con él.

Por las tardes, iba yo de hoguera en hoguera escuchando y observando a los guerrilleros. ¡Qué cambiados estaban! Tan sólo hacía dos días, todos andaban taciturnos y silenciosos. En cada mirada leíase una pregunta inquieta: “¿Qué ocurrirá en adelante?”

Hasta el bosque parece ahora distinto. Resulta que es maravilloso. Al anochecer, a la luz de las hogueras, nos rodea un paisaje verdaderamente magnífico, que incluso puede califi-

carse de majestuoso. El aire es fresco, todos tienen buen color; se oyen risas, bromas, voces sonoras y alegres. Unos pelean en broma en medio de la nieve, otros cantan. El vaho de los calderos se alza sobre las hogueras; pronto estará preparada la cena...

Me acerqué al fuego junto al cual se hallaban sentados jóvenes de Chernígov, la mayoría obreros. Me senté a su lado, los chicos callaban a la expectativa.

— ¿Qué, muchachos, cansados? ¿Agotados de la lucha y tanto andar?

— No, camarada Fiódorov, todo en orden. Lo que falta es un poco de música, tendría que ser algo nuestro, alguna canción guerrillera.

— Pues, ya lo sabéis, manos a la obra, componed una. ¿O es que tenemos que esperar a que nos envíen un poeta de Moscú?

— Eso tampoco estaría mal. Pero ya haremos un esfuerzo. Ya pensaremos algo. Seguro que escribimos una.

— ¡Alexéi Fiódorovich! —se me dirigió un muchacho fuerte y de cara encarnada y con el flequillo alzado sobre el gorro—. Tenemos aquí una discusión. Ayúdenos a aclararnos.

Algunos sonrieron. Otros no pudieron aguantarse y se rieron a carcaj adas.

— Déjalo estar, Nikolái...

— Cerrarle la boca...

— No —prosiguió el muchachote— voy a decirlo. A mí me parece que con el jefe, y más si es un dirigente político, se puede hablar de todo. Mire, camarada Fiódorov, uno de los nuestros, mientras luchábamos...

Un chico de unos diecinueve años con un capote largo de ferroviario se levantó de un salto, llenó el pecho de aire como

si fuera a decir algo, pero de pronto se puso rojo como un tomate y los ojos le empezaron a parpadear de pura ofensa; alzó la mano en señal de protesta y salió corriendo hacia el bosque. Todos estallaron en carcajadas.

— ¿Ha visto a este guerrillero, camarada Fiódorov? Es del que le hablaba. Durante la lucha en Pogoreltsi este chico se estiró tras un tronco y se pasó unos quince minutos pegándole tiros a un espantapájaros. —Los muchachos de nuevo se echaron a reír—. Fue así, palabra de komsomol, no miento. Los demás disparando contra el enemigo, mientras él iba gastando cartuchos en balde. Y sólo se calmé cuando destrozó el palo y el espantapájaros se cayó al suelo.

El chico del capote de ferroviario, al parecer lográndose dominar, salió de entre los árboles, se acercó al muchacho corpulento y le acercó al rostro su puño.

— No te creas que por lo grande que eres —exclamó airado— te está permitido todo. Nikolái, nunca te perdonaré esto... Escúcheme, camarada Fiódorov, le explicaré. Ahora ya da igual... Mire, soy miope... Pero en los talleres trabajaba de tornero y lo hacía bien.

El muchachote cogió al otro de la mano y aguantándose la risa dijo:

— Pues allí está la cosa, que trabajabas con gafas. Reconócelo, tuviste que mentir para hacerte guerrillero. No te quisieron en el ejército, y lo que tenías que haber hecho era evacuar. Allí estarías en tu lugar. Porque, mire usted, se ha tragado unos cuantos libros sobre los guerrilleros y ahora a jugar a la guerra.

— Mientes, la cosa no está en los libros. Porque, si lo quieres saber, mi padre... Mi padre, camarada Fiódorov, murió en el frente y han destrozado a mi hermana durante un bombardeo. El todo esto lo sabe, camarada Fiódorov, trabajó conmi-

go. Y ahora quiere dejarme en ridículo. ¡Esto no me parece de komsomol!

— ¿Y dónde están tus gafas? —pregunté al tornero—. Porque con las gafas dispararías seguro mucho mejor.

— Las rompí cuando aprendía a montar. ¿Se cree usted que soy el único declarado inútil de los que están aquí? ¿Conoce a Danila, de la fábrica de instrumentos musicales, uno pequeñito? Pues éste tuvo tuberculosis en su infancia y sólo hace un año que le han dejado de hacer el neumo. Pues este chico en Pogoreltsi tumbó a un suboficial y seguramente hirió a dos. Pregúntele a él, ahora en el bosque se siente mejor que en la ciudad. También está, lo sé con exactitud, uno que no es komsomol, un hombre ya mayor, con una úlcera de estómago, también dado por inútil. Todos pedimos ingresar voluntarios en el ejército y no nos admitieron... Pero yo puedo luchar, palabra de honor. —Hundió la mano en el bolsillo y extrajo ante la risa general tres pares de gafas—. Eso es de ayer, se las quité a los alemanes, pero no me sirven. Tengo ocho dioptrías.

— No pasa nada —consolé al muchacho—, tarde o temprano encontrarás las que necesitas. Y tú, Nikolái, ayúdale. En el próximo combate mata a un alemán con las gafas que le vayan bien a éste. Además quiero que hagáis las paces. Puede que sea mejor... ¿Cómo te llamas?... Alexandr Bychkov. Pues mira, Sasha, puede que fuera mejor que evacuaras, pero ahora ya es tarde para pensarlo, ¡O sea, a luchar!

En eso se acercó Bessarab. Al parecer, había oído el final de la conversación y comentó:

— Con nosotros, eso, pues, tenemos un viejo que lleva dos pares de gafas a la vez.

Bychkov se puso unas gafas alemanas y luego otras. Entonces sí que parecía un monstruo. Incluso yo no pude aguan-

tarme la risa. Pero Bychkov ya no se ofendía. Se reía con los demás y exclamaba alegre:

— ¡Veo! ¡Veo perfectamente! ¡Seré un tirador de primera, palabra de komsomol!

Bessarab me tomé del brazo y me apartó a un lado.

— La gente, eso, pues, está de buen humor.

— ¿Y a qué crees tú que es debido eso?

Bessarab, pensativo, se atusa los bigotes.

— Yo considero, Alexéi Fiódorovich, que este fenómeno puede explicarse por la circunstancia, eso, pues, de que nos hemos unido y todos juntos hemos atacado al enemigo...

— Entonces, ¿hicimos bien en unificarnos?

Pero Bessarab no ha acabado su frase. Hombre de extremado amor propio, considera necesario reconocer su error, pero quiere hacerlo como un regalo.

— El trabajo eleva al hombre. Ahora hemos trabajado. Por eso, creo yo que la moral de los combatientes está a la altura debida.

— Entonces, ¿hicimos bien en unificarnos?

— Se ha elegido bien el momento. En ese momento debíamos, eso, pues, actuar todos unidos. ¿Está claro?

Así termina mi conversación con Bessarab. En su fuero interno sigue manteniendo tenazmente sus antiguos puntos de vista. Pero los hechos son tan evidentes, que Bessarab retrocede temporalmente.

Considerábamos que el resultado inmediato principal de la operación de Pogoreltsi era la elevación de la moral de todos. Los guerrilleros comenzaron a estimarse a sí mismos, cobraron confianza en sus propias fuerzas. Por todas partes se oían ya conversaciones sobre la necesidad de realizar

ataques aún más audaces e importantes. Pero el éxito fue mucho más serio y amplio de lo que suponíamos.

Pues lo valoramos desde nuestro punto de vista guerrillero, de hombres alejados en el bosque.

Pasó un día y empezaron a llegar hasta nosotros los ecos de aquella tempestad que nosotros mismos sin sospecharlo alzamos en nuestro entorno.

Como he dicho ya, en el combate de Pogoreltsi participaron doscientos cuarenta y dos guerrilleros. Además, varios habitantes de la aldea nos habían ayudado a explorar las fuerzas del enemigo. Muchos de los guías que nos enseñaran el camino eran también de Pogoreltsi. Después del combate, casi todos ellos se unieron a los guerrilleros. Sin embargo, el refuerzo de Pogoreltsi no estaba constituido solamente por exploradores y guías.

Durante el combate tuvimos muchos auxiliares desconocidos, con cuyo apoyo no habíamos contado. A la mayoría no los conocimos nunca. Algunos nos ayudaron hasta el fin de la guerra sin revelar su secreto ni siquiera a sus amigos y allegados.

Más tarde nos acostumbramos a que en cada poblado lucharan a nuestro lado decenas de auxiliares anónimos. El combate arrastra, enciende hasta a los más pusilánimes. Cuando el alemán huye, no sólo le persiguen las balas de los guerrilleros. Las viejas le tiran pucheros desde las ventanas, los chiquillos disparan desde las buhardillas con sus tirachinas; los inválidos le arrojan sus muletas a los pies, para que caiga. Es una espita para el odio, hace tiempo acumulado, contra el invasor.

En el combate de Pogoreltsi conocimos por primera vez la existencia de tales auxiliares. Algunos de ellos se envalentonaron tanto, que entablaban combate sin ocultarse. Se apoderaban de las armas abandonadas por el enemigo, dispara-

ban contra los alemanes y les mataban. Después del combate, muchos se presentaron en el destacamento.

— No podemos de ningún modo quedarnos en la aldea — nos decían.

El refuerzo de Pogoreltsi ya de por sí era bastante numeroso: más de cincuenta hombres.

Pero es el caso que, de día en día, aquel número aumentaba considerablemente. Al día siguiente de la operación, se presentaron en nuestro campamento más de diez voluntarios. Al tercer día, veintidós. Durante el cuarto y quinto día, la gente continuó llegando. Y no sólo de Pogoreltsi, sino de Bogdánovka, Oleshnia, Chenchiki, Samotugui. Viejos, mujeres, muchachas, hasta chiquillos de doce y trece años venían a pedir que se les “apuntase en los guerrilleros”.

En todas esas aldeas, situadas a diez o a quince kilómetros de nuestro campamento, el día que se combatió en Pogoreltsi, la gente llenó las calles para ver aquel resplandor, prestando, esperanzada, oído al eco del combate. Todos comprendían que no podían ser los destacamentos de castigo. Pero, entonces, ¿qué había ocurrido? ¿Habría roto el Ejército Rojo el frente? ¿O sería, tal vez, algún desembarco aéreo?

¡Qué suposiciones no haría la gente!

Los que nos veían y oían se contaban por miles. Y, claro está, la noticia de lo sucedido cundió con la celeridad del rayo. Hasta en las aldeas más apartadas, la gente, sin periódicos y sin radio, se enteró de que los guerrilleros habían salido por fin del bosque y estaban batiendo a los alemanes. Hacía muy poco aún que los alemanes y sus agentes gritaban a los cuatro vientos que los guerrilleros no existían. “En los bosques se ocultan insignificantes grupos de bandidos bolcheviques. Pronto serán capturados y aniquilados”. Y, ahora, los alemanes huían despavoridos en paños menores por campos y caminos. ¡No era cosa fácil atacar una guarnición semejante!

No; no eran pequeños los grupos escondidos en los bosques. Había allí centenares o quizás miles de guerrilleros. ¡Tenían ametralladoras, morteros, cañones!

Los propios alemanes gritaban a los cuatro vientos que habían sido atacados por un destacamento poderoso y bien armado. ¡Naturalmente, no podían confesar que la guarnición se había dispersado ante la presión de un grupo guerrillero!

En la región de Chernígov esta fue la primera operación guerrillera importante. Con ella se demostró al pueblo que a su lado vivían y actuaban sus defensores, los vengadores de su honor mancillado. Y los hombres soviéticos comenzaron a levantar cabeza.

Nos atrincheramos en el bosque. Casi todos los días —bien por un lado, bien por otro— éramos atacados por alemanes o húngaros. A veces, el enemigo lanzaba contra nosotros unidades policíacas, de reciente formación. A las diez u once de la mañana, en el campamento se daba la voz de ¡a las armas!, y dos o tres compañías salían al encuentro del enemigo.

A veces, atacábamos las guarniciones enemigas. No todos los golpes fueron tan afortunados como el de Pogoreltsi, pero todos resultaban bastante sensibles para el adversario. Al parecer, los invasores se habían resignado a aceptar nuestra existencia y durante cierto tiempo reconocieron el bosque como zona guerrillera.

Por cierto, bien pronto nos dimos cuenta de que en aquel período el mando alemán, con toda intención, no lanzaba contra nosotros fuerzas importantes. Los nazis eligieron la táctica de la provocación. Estaban seguros de que no sería difícil capturar y liquidar a los guerrilleros en cualquier momento. El mando alemán consideraba que su tarea principal era organizar el poder en los poblados y sojuzgar por completo a sus habitantes. “Inculcar el espanto en todos tos que

queden con vida. El golpear de las botas alemanas debe hacer temblar el corazón de los rusos”. Tal era la tarea planteada por Alfred Rosenberg, gauleiter de Ucrania, a los soldados del ejército de ocupación.

Pero, al igual que todo lo planeado por los insolentes y engreídos fascistas, ese programa de terror había fracasado.

En cierta ocasión, nuestros guerrilleros trajeron al Estado Mayor una “lengua”: un suboficial de las tropas SS. Para interrogarle, llamamos a Karl Schveilik, el intérprete de la compañía de Balabái. Karl había nacido en Ucrania y era un auténtico hombre soviético.

Durante el interrogatorio, el SS preguntó a nuestro traductor:

— ¿Eres alemán?

— Sí —respondió Karl—, soy alemán, pero no de los idiotizados por Hitler.

El SS, que estaba atado, intentó dar una patada a Karl. E incluso cuando se le dio una bofetada, continuó escupiendo y vociferando.

— ¡Imbéciles! —chillaba—, dentro de un par de semanas os echarán el guante y os colgarán a todos.

— ¿Y por qué dentro de dos semanas? ¿Es que ahora os faltan arrestos?

— Ahora os necesita nuestro mando.

Al oírlo, nos echamos a reír. Pero en las palabras del SS había algo de verdad: las autoridades de ocupación confiaban en que conseguirían enfrentar a la población con los guerrilleros.

En algunos lugares, los mismos alemanes creaban destacamentos guerrilleros.

Entregaban armas a los delincuentes que habían puesto en libertad, a los bandidos declarados, y les permitían asesinar y saquear impunemente a la población. Pero esos bandidos debían ir gritando por todas partes que eran guerrilleros.

A pesar de su maldad, la provocación era estúpida. Tan sólo picaban en el anzuelo gentes muy ingenuas. La mayoría de los habitantes distinguía, sin equivocarse, a los verdaderos guerrilleros de los provocadores... La gente no pedía defensa contra esos bandidos a las autoridades de ocupación ni a la policía, sino a nosotros mismos.

Con ayuda de la población, nuestros exploradores averiguaron que una de esas bandas operaba en el caserío de Lukovitsi, del distrito de Koriukovka. A una sección mandada por el camarada Kózik y mi ayudante en el Comité Regional, camarada Balitski, se le encomendé el aniquilamiento de los provocadores que se decían guerrilleros.

Los capturaron cuando estaban desprevenidos; y, una vez desarmados, los sacaron a la calle. Todos los habitantes del caserío se reunieron para ver cómo se juzgaba a los bandidos. Balitski leyó al pueblo una octavilla del Comité Regional, titulada: "Quiénes son los guerrilleros". Todos los efectos que los bandidos habían quitado a la población y aún conservaban, fueron devueltos a sus dueños, y los provocadores, fusilados allí mismo, en presencia del vecindario.

Después de la operación de Pogoreltsi, las guarniciones alemanas de las aldeas y poblados del contorno fueron considerablemente reforzadas. Según datos facilitados por nuestro servicio de información, el enemigo había concentrado, alrededor del bosque de Reimentárovka, unos tres mil soldados. Pero éstos no tenían gran prisa en combatir contra los guerrilleros, prefiriendo un "trabajo" más fácil: habérselas con la población civil.

Empezaron a arder aldeas. Los alemanes decían en sus octavillas y pasquines que "liquidaban nidos guerrilleros". Los destacamentos punitivos irrumpían en las aldeas y arrojaban de sus casas a todos los vecinos. El que se detenía para coger las cosas más imprescindibles o se resistía, era fusilado en el acto. Después de recoger ropa de abrigo, bicicletas, gramófonos, relojes, dinero, alhajas y llevarse el ganado, los hitlerianos incendiaban casa tras casa.

En Jolm y Koriukovka, centros de distrito próximos a nosotros, hicieron su aparición los burgomaestres. Comenzaron a "funcionar" las comandancias rurales y administrativas. Llegaron los de la Gestapo y se instalaron en casas con sótanos profundos y espaciosos. En el balneario de Sósnitsa, donde confluyen el Desná y el Ubed, se instaló con su Estado Mayor pan Dobrovolski, jefe de policía del territorio ucraniano de la margen izquierda del Dniéper. En todos los poblados se creaban precipitadamente destacamentos de policías y se "elegían" stárostas.

La mayoría de los stárostas puestos por los alemanes eran acérrimos enemigos del pueblo. Los guerrilleros luchaban contra ellos, los desenmascaraban ante la población y exterminaban a los más viles y crueles. Sin embargo, solía ocurrir que los alemanes, al no encontrar en la aldea ningún traidor manifiesto se veían obligados a nombrar stárosta a un hombre que apenas conocían, con tal de que no fuera comunista o un partidario demasiado activo del Poder soviético. Por eso, antes de tomar alguna medida contra el stárosta de una u otra aldea, nos informábamos entre la población de qué clase de persona era. Y bastaba con que resultase ser un vacilante, para que enviáramos emisarios nuestros, a fin de intentar atraerlo a nuestro lado.

No siempre lográbamos convencer a los indecisos para que actuaran a nuestro favor. Pero muchos de ellos, bajo el temor

a la venganza popular, se comedían en su fervor administrativo, se convertían en más “buenos” y más “justos”.

Además, procurábamos promover a ese cargo a gente nuestra, probada. El lector ya tiene noticia de que Egor Bodkó fue dejado de antemano por el Comité de Distrito del Partido en Lísovie Soróchintsi con ese fin. Ahora seguíamos eligiendo nueva gente para dicho trabajo.

Una noche, de regreso a mi refugio después de la ronda de noche, oí la sonora risa de Nikolái Nikítich. Reía siempre de un modo muy alegre y contagioso. Al abrir la puerta, vi a Popudrenko sentado junto al quinqué con dos viejos desconocidos.

Popudrenko me miré y volvió a prorrumpir en estruendosas carcajadas.

— Óyelos, Alexéi Fiódorovich. ¡Esta sí que es una delegación!

Los viejos, al parecer, no compartían su alegría. Uno de ellos tenía un aire francamente sombrío. El otro, al yerme, se levantó y me dijo con tono ofendido:

— Si somos tontos, debéis de explicarnos lo. Hemos venido a pediros ayuda y consejo.

Popudrenko recobró en el acto la seriedad.

— Repite, padre —dijo—. Cuéntaselo a nuestro jefe. No te ofendas. El asunto tiene verdadera importancia y tomaremos alguna decisión. No me río de vosotros... Es que, sencillamente, me gusta lo que me contáis.

Los viejos se miraron. Me senté a la mesa, frente a ellos, y les ofrecí tabaco.

— Somos del caserío de Guta... —comenzó uno de ellos.

— No estaría de más, camarada jefe —le interrumpió el otro—, que diera usted disposiciones para que fuese más

fácil llegar a verle. Nos han tenido dos horas en el puesto de vigilancia. Y la cosa urge.

— Somos del caserío de Guta —repitió el primer viejo—. Estuvo con nosotros un agitador, no sé si del Partido o de los guerrilleros. El agitador aquel nos leyó el parte de guerra, bien agradecidos que le estamos, nos conté cómo marchaban las cosas en el frente y cómo debíamos engañar y matar a los alemanes. Un joven moreno, buen mozo. No sabemos cómo se llama, pero habla bien, llega al corazón...

— Nos explicó cómo debíamos engañar a los alemanes para que no nos sacaran hasta el alma. El agitador aquel nos dijo que pronto llegarían al caserío los alemanes, para elegir un stárosta. Que harían algo así como una especie de elecciones. Y vuestro agitador nos aconsejó que eligiésemos a uno de confianza para ese puesto. Que ese hombre de confianza, nuestro, haría ante los alemanes como si fuese de ellos, pero para nosotros sería nuestro. ¿No es así, Stepán? —preguntó el que hablaba, volviéndose hacia su compañero y lanzando de paso una enojada mirada a Popudrenko, como diciendo: "No hay ningún motivo para reírse".

— Así es —respondió Stepán—. Y, además, nos dijo que nuestro elegido fuera en persona a ver al comandante y le hiciese creer que él era un kulak que simpatizaba con el orden alemán. ¿No es así, Iván?

— Así es.

— Nos reunimos unos siete hombres. Y comenzamos a convencernos mutuamente: ve tú, Stepán; no, ve tú, Iván; y si no, tú, Serguéi Vasilievich. Todos se negaban.

El viejo aspiré una bocanada de humo y calló, con aire muy significativo.

— Sí —dije yo con cautela—, el asunto es complicado. Difícil. Hay que hacer el papel de manera que los alemanes le crean

a uno. De lo contrario, se acaba en seguida en la horca. ¡El asunto es peligroso! ¡Hace falta un hombre muy valiente y abnegado!

— ¿Cómo dice?

— Digo que hace falta un hombre muy abnegado. Uno que esté dispuesto a morir por el pueblo.

Y les conté brevemente la vida, el trabajo y la heroica muerte de Egor Evtujóvich Bodkó.

Los viejos, conmovidos, callaban. Después, Stepán dijo:

— Tiene razón. La muerte ya no camina con la guadaña al hombro, sino con el automático alemán. Es fácil perder la vida. Pero es difícil hacerlo con talento. Aquel camarada Bodkó, que aceptó el cargo de stárosta, tenía un motivo. Los alemanes comprobaron y vieron que, en efecto, estaba expulsado del Partido y que a un hombre así se le podía admitir en los asuntos alemanes. Por lo tanto, era valiente con talento. Pero el caso nuestro es diferente, camarada jefe...

— Me parece que usted cree —le interrumpió el otro viejo— que todos somos unos cobardes. No, no se trata de eso. Los alemanes no son tan tontos como para colocar en ese puesto a cualquiera. Primero olfatearán a la gente. Y nosotros también examinamos a los nuestros como si estuviésemos en el lugar de los alemanes. ¿Cuántos hombres nos han quedado en el caserío? A Ereméi, no lo vamos a contar: ha perdido la chaveta. A Vasili Kózhuj también le hemos excluido de la lista: para él lo más importante en el mundo es el aguardiente. Y sin ellos, sin esos dos chiflados, quedamos cuarenta y dos hombres...

— Todos ellos gente buena. Fiel al régimen soviético. Algunos son más fuertes, hay otros más flojillos. Nosotros les habríamos apoyado, pero el mal no está en eso, camarada jefe...

En aquel preciso instante Popudrenko volvió a sonreír: Los viejos callaron. Yo le miré y moví la cabeza con reproche. Popudrenko salió del refugio.

— ¿De qué se reirá? —dijo uno de los viejos—. Usted, según veo, lo toma en serio.

— Bueno, escuche lo que pasó luego... Nos reunimos, pues, unos cuantos con el antiguo presidente de nuestro arte/ y nos pusimos a examinar a la gente, para ver lo que era cada cual. Como si le llenáramos de memoria el cuestionario a cada uno: ¿Servía o no servía para criado de los alemanes? ¿Creerían éstos en su solidaridad o lo calarían y lo ahorcarían?

Al principio, quisimos elegir a Alexandr Petrenko.

— Un hombre sesudo y joven, no tendrá ni los cuarenta.

— Era el jefe de la comisión revisora del koljós. Y antes, hará unos quince añitos, fue uno de los principales en el Komsomol. No sé si miembro del Buró o...

Yo interrumpí a los viejos:

— A un hombre que se haya destacado mucho no se le puede elegir, camaradas. Sería un fracaso inmediato.

— Pues eso es lo que decimos nosotros. No se puede, es imposible. Probamos a otro, a Andréi Jizhniak. Antes era el jefe de la comisión de créditos y empréstitos del Estado. Y, además, habla participado activamente en la expropiación de los kulaks. Tuvimos que renunciar a su candidatura.

— Después pensamos en Dejterenko. Un hombre tranquilo, viejo y creyente. Y con buen caletre. “Yo —nos dijo— estoy dispuesto a defender al pueblo. No me niego. Pero hay un pero...” “¿Qué pero, Pável Spiridónovich? “, le preguntamos. “Pues el pero de que mi hijo mayor, Mikola, es coronel del Ejército Rojo, y mi hijo mediano, Grigori, ha trabajado en la

ciudad de Vilnius, en el Comité de Distrito del Partido, y mi hija, Varvara Pávlovna, como todos sabéis, era la ayudante del jefe del Trust de Tranvías en Kiev... Y ahora, decidme vosotros si yo, su padre, sirvo para stárosta”. Y, claro, decidimos que no servía.

— Sí, la situación es complicada —accedí yo.

Ahora ya me daba cuenta de qué se reía Popudrenko. También a mí me costaba trabajo reprimir una sonrisa.

— Pero ya verá, camarada Fiódorov. Fuimos en busca de Guerásim Kliúchnik. Es un hombre taciturno, de cejas como viseras. Con un físico para el cargo, que ni pintado. Iván y yo fuimos a su casa, pero no lo encontramos allí. Preguntamos a la mujer que dónde estaba, y nos respondió que no lo sabía. No habíamos hecho mas que salir de la casa, cuando le vimos atravesar el barranco y tirar hacia el bosque, con un hatillo a la espalda. Le llamamos: ¡Guerásim! “Se acercó.” ¿Qué queréis?” — “Hazle un servicio al pueblo, Guerásim. Durante todos los años de Poder soviético nada dijiste, ni a favor ni en contra del régimen. Nadie mejor que tú para stárosta. Dirige a la chita callando. Con nosotros, a la chita callando; con los alemanes, a la chita callando. Y si hace falta, castiga a alguno, como si hubiese infringido el orden alemán. Lo principal es que el secreto del pueblo esté oculto para los alemanes. Si viene un guerrillero, o un hijo prisionero vuelve a la casa de su madre, que no se enteren los alemanes”... Guerásim se quedó pensativo, se rascó el cogote, y nos respondió: “No puedo” —” ¿Por qué?” —” No puedo, y no hay más que hablar. ¿A qué insistís? Si pudiera, lo haría con gusto”, y vuelta a callarse. “Pero dilo, Guerásim, somos gentes de confianza” —” Bueno, ya que os empeñáis, ¡lo diré! ¿Conocéis a Sokolenko?” —” ¿Qué Sokolenko? En el caserío no tenemos a ningún Sokolenko...” Iván y yo nos miramos: ¿Para qué habría sacado a relucir a Sokolenko? El tal Sokolenko, durante todos los años de Poder soviético, escribía en los

periódicos sobre los asuntos de nuestro caserío. En el periódico del distrito, en el de Chernígov, y hasta en el de Kiev aparecían unos sueltos, firmados con ese nombre. Si alguien hacía un desfalco, o el presidente trabajaba mal, u ocurría algo feo por el estilo, siempre aparecía un articulito. Hasta versos escribía el tal Sokolenko. "Qué poca vista tenéis —nos dijo Guerásim—, ¡ese Sokolenko soy yo! Sokolenko es mi seudónimo. ¿Comprendido? ¿Cómo queréis que sea yo el stárosta? No me queda más que un camino: irme con los guerrilleros".

— Así pues, camarada jefe —continuó Stepán—, a todo el que le echamos el ojo, está comprometido en las cosas soviéticas. No falla: el uno es diputado del Soviet de Distrito o miembro del Soviet Rural, el otro stajanovista o jefe de brigada... Mírese por donde se mire, ninguno sirve...

El viejo calló, me miró con aire de reproche y ambos se levantaron. Pero yo logré contener la sonrisa y les invité a que tomasen asiento.

— Vosotros mismos comprenderéis, camaradas —les dije—, que eso que me estáis contando es sencillamente magnífico...

— ¿Qué hay de magnífico en eso? Los alemanes nos pondrán de stárosta a Piotr Goroj, o quizás a otro peor todavía, a Iván Solémenni. Un ladrón, un bandido, que no sólo rompe cristales de las casas ajenas, sino también de la suya... Ese querrá ir de stárosta. Le tiran los alemanes.

Popudrenko volvió.

— Y bien, Nikolái Nikítich, ¿qué les vamos a aconsejar a los camaradas?

Los viejos nos pidieron:

— Envíennos a alguien de alguna aldea lejana...

Pero se vieron obligados a aceptar que la distribución de los stárostas, de todos modos, no era asunto nuestro y también que difícilmente los alemanes aceptarían a un hombre llegado de otro lugar. Estuvimos pensándolo largo rato y, al fin y a la postre, llegamos a la conclusión de que mejor candidato que Sokolenko, o sea Kliúchnik, no lo encontraríamos seguramente. Máxime cuando, en efecto, Kliúchnik había llegado la víspera al bosque; lo habíamos incorporado a una de nuestras compañías.

El guerrillero de guardia llamó a Kliúchnik. Era un koljosiano que frisaría en los cincuenta y dos años, de pronunciadas facciones, aspecto grave, labios muy contraídos y mirada sombría bajo las pobladas cejas.

— Hizo usted mal, camarada Kliúchnik, en descubrir su seudónimo. Hemos llegado a la conclusión de que nadie mejor que usted puede desempeñar el cargo de stárosta.

Kliúchnik asintió con la cabeza.

— ¿No le harán traición los hombres a quienes ha descubierto su seudónimo? ¿Qué opina usted?

— ¡Pero si no éramos más que nosotros dos, camarada jefe!—exclamé uno de los viejos.

— Bueno, entonces, no le traicionarán —resumió Popudrenko. Kliúchnik volvió a asentir con la cabeza.

— ¿Está usted de acuerdo en que es una medida precisa y que, a excepción de usted, no se lo podemos encomendar a nadie?

— Ahora lo comprendo.

— Vaya, y trabaje... Lo más importante es que no le pesquen. ¡Buena suerte!

Así nos despedimos. Unos meses más tarde, cuando comenzó a salir el periódico de los guerrilleros, aparecían en él

con frecuencia notas sobre la vida rural, firmadas por Sokolenko. Nadie supo jamás que el autor de esas notas era el stárosta del caserío de Guta, confirmado en su puesto por los alemanes.

* * *

Los campesinos que habían quedado con vida abandonaban las aldeas incendiadas y se dispersaban por toda la región. Llevaban a los niños y los bultos en carretillas y trineos. Centenares de familias iban por los caminos, buscando refugio en casa de sus parientes o conocidos o sencillamente en las de personas de buen corazón. Llegaba una de esas familias destruidas y la gente del lugar se reunía y rogaba que explicaran lo sucedido.

Los stárostas y comandantes no prohibían estas reuniones. Hasta los instigaban. "Que escuchen, se horroricen, esto los hará más sumisos". —así seguramente pensaban las autoridades de la ocupación. Después se dieron cuenta. Comprendieron que en cuanto se reunía gente soviética, hablaran de lo que hablaran, siempre acababan diciendo que había que vengarse y liquidar la escoria nazi.

Pero no todos, ni mucho menos, de los que habían quedado sin hogar iban a casa de sus parientes o conocidos. Muchos de ellos marchaban a los bosques. "En nuestros puestos de vigilancia —bromeaban los guerrilleros— hay tantas colas como en un despacho de salvoconductos". La gente llegaba especialmente por la noche, después de las luchas del día. Alguien del Estado Mayor hacía guardia e inscribía a los recién llegados. Los que venían a nosotros eran aquellos mismos hombres soviéticos, cuyos corazones, según cálculo de Rosenberg, debían temblar ante el golpear de las botas alemanas. Traían consigo pistolas, granadas, cartuchos. En

aquellos tiempos, todo el que deseara podía encontrar armas en los campos donde se producían los combates. Y todo el que llegaba nos contaba al instante la historia de su rebelión. Primero la contaban en el puesto de guardia, después en el Estado Mayor y más tarde a sus nuevos compañeros en los refugios o junto al fuego.

De la aldea de Maibutnia llegó el viejo koljosiano Tovstonog. Entre nosotros había gente que le conocía ya de antes. Prestaba diversos servicios a los guerrilleros; ocultaba en su casa a nuestros exploradores y enlaces. Conocía el camino del destacamento. Y una buena mañana apareció en compañía de tres muchachas. Una de ellas traía una vaca.

Me llamaron al puesto de vigilancia. El viejo exigía que se presentase el jefe principal.

— ¿Conque tú eres Fiódorov? —me preguntó el viejo tendiéndome la mano—. He oído hablar de ti. La gente habla bien de tu destacamento. Tus muchachos han estado en mi casa. Nada hay qué decir, son buenos muchachos. Lástima que yo no tenga hijos; de haberlos tenido, les habría dado mi bendición para que se fueran contigo... Yo mismo iría, pero los años pesan, me siento fatigado.

Le escuchaba mirando involuntariamente a las muchachas. Todas ellas eran robustas y de mejillas sonrosadas. La mayor tendría unos veintidós años, la mediana, unos dieciocho, y la más joven —que apenas habría cumplido los dieciséis— sostenía en sus manos una soga atada al cuello de la vaca. El animal meneaba la cabeza.

— Roska —susurraba la mocita—, ¡quieta, Roska!

— Tu Roska está nerviosa —dije yo para hacer participar en la conversación a las jóvenes—. No está acostumbrada a vagar en invierno por los bosques.

La muchacha enrojeció hasta las orejas.

— No le pasará nada —murmuré, bajando la vista.

— ¿Son garridas mis mozas, eh, camarada jefe? Esta es Nastia, mi hija mayor; ha terminado nueve grados de la escuela. Esa es Pasha, la mediana; aunque no tiene más que dieciocho años, ya es jefe de cuadrilla en el koljós. Y esa otra, Shura, Alexandra Timoféievna, la predilecta de su madre, con su amiga Roska...

— Padre —protesté la muchacha—, no se ría...

— ¿Acaso hemos venido a llorar? Aquí la gente es alegre, Shúrochka. ¿Tenéis acordeonistas? Mis mocitas, camarada jefe, son las tres maestras en el cantar... Y bien, ¿te las llevas en lugar de hijos? Y de paso, quedaos también con la bestia. La vieja y yo ya nos arreglaremos.

Tardé en responder. El viejo se alarmé:

— No te fijes, camarada jefe, en que son calladas, mis mozas tienen fuerza.

Las tres muchachas fueron admitidas en el destacamento. Las mayores se acostumbraron pronto; iban de exploración y tomaban parte en los combates igual que los hombres. Cantaban magníficamente, y Shura era la que entonaba los solos. Pero no fue capaz de vencer su timidez. Era muy delicada. Cuando empezaban a referir delante de ella historias guerrilleras, algo subidas de color, se levantaba y se iba al bosque. Al principio, la nombramos sanitaria. La muchacha no se negó, pero era evidente que estaba disgustada. Sentía grandes deseos de participar en los combates. De pequeña estatura y carita de manzana, andaba siempre con la bolsa sanitaria al hombro. La llevaba abarrotada.

— ¿Qué llevas en la bolsa, Shura? ¡Pesa demasiado!

La muchacha se ponía colorada y, apartando los ojos, respondía en voz queda:

— Cartuchitos.

Al fin y a la postre, Shura consiguió que le dieran un fusil. En el primer combate, cuando el jefe había dado ya orden de retirada —los alemanes eran unas cinco veces superiores en número y a los guerrilleros les amenazaba el cerco—, Shura no se movió de su sitio y continué disparando, detrás de un tocón.

— ¡Eh, tú, Shura, ven aquí! —gritó el jefe—. ¿Por qué te quedas rezagada?

La muchacha se reunió a los demás y, justificándose, dijo:

— Pero si a mí no me ha llamado nadie. El jefe ha dicho: ¡Muchachos, atrás! “, pero yo no soy ningún muchacho, yo soy una chica...

Mientras nuestro destacamento permaneció cerca de Maibutnia, el viejo Tovstonog visitaba con regularidad a sus hijas. Y siempre entraba a yerme, para entregarme algún regalo: algunos huevos o una petaca llena de tabaco. Casi puedo afirmar que el viejo se había convertido en mi proveedor de tabaco. Tovstonog me interrogaba detalladamente sobre cómo se portaban sus hijas y cómo les iba en el combate.

— Parece, padre, que las hubieras metido en una escuela, en vez de un destacamento guerrillero.

— Pues claro —me respondió sin alterarse—. ¡Que aprendan!

Por aquel mismo tiempo se incorporé al destacamento un viejo de sesenta y cinco años: Semión Arénovich Levin, maestro rural, sin partido. Había estado dos semanas caminando a la ventura por las aldeas y los bosques próximos, en busca de guerrilleros. Y cuando al fin consiguió encontrar el camino y llegar al destacamento, estaba tan hambriento y cansado, que, al parecer, no podría más que descansar y alimentarse. Era flacucho, encanecido, de aspecto nada ga-

llardo. Pero al día siguiente, ante el asombro general, exigió ya que se le diese trabajo. Le enviaron a la cocina, para ayudar a la cocinera. Durante dos o tres días estuvo pelando patatas dócilmente; después, se presentó al jefe de la compañía:

— Lléveme a una operación de combate, déjeme luchar... Es verdad que soy viejo, pero no importa, póngame a prueba...

Y se salió con la suya. Tomé parte en varios combates. Recuerdo que cuando fuimos a la operación de Semiónovka y tuvimos que hacer un recorrido de treinta kilómetros y pico, el viejo los hizo a pie. La gente le proponía:

— Siéntese en el trineo, no es usted joven, nadie se lo va a echar en cara.

— Dejadme, no valgo menos que vosotros —respondía con irritación—. ¿Qué privilegios tengo yo? Si me habéis reconocido como combatiente, dejadme que sea igual a los demás. Solamente después de tener en su haber seis alemanes muertos, Levin accedió a pasar a la intendencia.

Entre los viejos, teníamos decenas de auxiliares. No todos ingresaban en el destacamento, ni nosotros nos esforzábamos por conseguirlo. En sus aldeas natales nos podían prestar una ayuda mucho mayor: con frecuencia establecíamos en sus casas nuestros centros de enlace.

En la aldea de Baliasi, del distrito de Jolm, vivía Ulián Sien, un viejo de lo más astuto. Tenía entonces setenta y seis años. En la actualidad vive aún y cuenta a sus biznietos sus aventuras guerrilleras. Tres veces cayó el viejo Ulián en manos de los alemanes y policías. Y todas ellas fue cruelmente apaleado.

— ¡Pero preguntadle a la gente! —vociferaba el viejo—. Y os convenceréis de que no hago nada. ¿Acaso son mis años y

mis fuerzas como para andar de guerrillero? En mi vida he visto a esos bandidos del bosque.

Ulián injuriaba a los guerrilleros con tanta sinceridad que acababan por soltarle.

Y al día siguiente volvía de nuevo al bosque para enlazar con los guerrilleros. Recuerdo que un día llegó al Estado Mayor trémulo de coraje:

— ¡Pero qué orden es ese! ¡Eso es tomarle el pelo a un viejo! Si hay un acuerdo, hay que cumplirlo, para algo es uno militar...

Resulté que el blanco de su enfado era Balabái. Se habían puesto de acuerdo en que Ulián se presentaría en la linde del bosque a las dos de la tarde y haría sonar un caramillo de pastor.

— Ya no soy ningún zagal, soy un viejo. Me cuesta trabajo andar por la nieve con sacos a la espalda. Estuve sopla que te sopla, metido en nieve hasta el pecho, pero no vino nadie. Llevaba encima ocho kilos de cebollas y unos dos kilos de tabaco. Sudaba a mares. Y así no se tarda en pescar un catarro... Haz el favor, Alexéi Fiódorovich, de amonestarle por escrito...

— ¿Tal vez no se haya presentado por causa justificada?

— Entérate, para eso tienes el mando. Cuando Ulián supo que los hombres de Balabái habían estado ocupados en la construcción del refugio, y que el ruido de las hachas les impidió oír su caramillo, accedió a suavizar la pena.

— De todas formas, debía de haberse acordado. Y como castigo no le des ni pizca del tabaco que he traído...

En la aldea de Pereliub, del distrito de Jolm, la koljosiana María Ilínichna Váschenko, de ochenta años, era la dueña de la casa donde teníamos nuestro centro de enlace, y al mismo

tiempo, exploradora. Al bosque iba raras veces, pero en su casa recibía a decenas de hombres nuestros, les daba de comer y les lavaba la ropa. El sótano de su casa era el depósito de nuestras octavillas: allí iban a buscarlas hombres de las aldeas más lejanas.

Se me grabé una escena que se repitió también en otros lugares. Después de una operación de cómbate marchábamos en unos cuantos trineos por la aldea Tópolevka quemada por los alemanes. En aquella ocasión en nuestra alma reinaban paradójicos el sentimiento amargo y la alegría, la euforia y el estupor. De toda la aldea habían quedado enteras no más de cinco isbas. Y hasta éstas se hallaban cubiertas de hollín y algo chamuscadas, de todas partes se levantaban chimeneas, en las frías estufas yacían hechos un ovillo los gatos. De unos agujeros negros salieron unos niños y varias viejas y después, inesperadamente, unas chicas y mujeres jóvenes. Nos saludaban con las manos y sonreían. Mientras, nuestros muchachos hacían sonar sus armónicas y, aunque no muy bien, pero en voz alta, cantaban canciones. La nieve resplandecía por los reflejos del sol, los caballos corrían ligeros.

De una de las casas aún entera salió corriendo un muchacho de unos veinticinco años sólo con una cazadora. Tras él apareció una mujer.

— ¿A dónde vas? ¡Vuelve!

Pero el muchacho se agarró del soporte de mi trineo y corrió junto a los caballos.

— Déjeme... —dijo entrecortadamente—. Tengo un arma. ¡Pero, suéltame ya! —gritó airado a la mujer que estiraba de su cazadora.

Corriendo y en unas cuantas palabras nos contó su biografía de la guerra:

— Me movilizaron, camarada jefe, pero no tuvieron tiempo de enviarme a la unidad cuando de pronto se presentaron los alemanes... Permítame unirme a ustedes. Tengo un arma.

Yo hice un movimiento de aprobación con la cabeza. El chico salió corriendo hacia la casa y no tuvieron tiempo nuestros trineos de atravesar la aldea cuando apareció de nuevo con una chaqueta guateada bajo el brazo, el fusil en una mano y dos granadas en la otra. Salté sobre el trineo en marcha. La mujer corrió un rato tras nosotros. Amenazaba e imploraba, pero el marido le dio la espalda y se puso cantar con sus nuevos compañeros. Se llamaba Osmachko y más tarde fue uno de nuestros mejores lanzadores de minas. Después, casi en cada aldea por la que pasábamos alguien pedía ir con nosotros.

Una vez me informaron de que habían llegado al puesto de vigilancia cuatro chicos con botas altas, batas de camuflaje, cucharas y cuchillos metidos en las cañas de las botas. Pedí que los trajeran al Estado Mayor. En efecto, los chicos se habían puesto sábanas y pañales encima de las chaquetas. El mayor —de unos catorce años— se llevó la mano al gorro y dio el parte:

— Se presentan a su disposición, como huérfanos de padre y madre...

El más pequeño de los cuatro, un chiquillo delgaducho, se mantenía en posición de firme, imitando a los mayores, pero temblaba todo él, no se sabe sí a causa de) frío o del intenso deseo de echarse a llorar. Una larga gota le colgaba de la nariz. Al advertir mi mirada, el “jefe” del grupo se acercó de un salto al pequeño y, diligente, le secó la nariz con el borde del pañal; después, volviendo a ponerse en posición de firme, continué el parte:

— Como huérfanos de padre y madre, procedentes de la aldea de Ivánovka, distrito de Koriukovka: Grigori Guerásimo-

vich Jlopianiuk, nacido en 1926; mi hermano, Nikolái Guerásimovich Jlopíaniuk, nacido en 1930; y éste, que es su amigo, Alexandr Miatenko, del mismo año, y Mijaíl Miatenko, de seis años...

Interrumpí al "jefe", me llevé a los cuatro al refugio, les hice sentar y ordené que trajeran té caliente.

El refugio se llenó de gente. Todos les hacían preguntas. Los chicos comían apresuradamente, movían las cabezas, pero no respondían a las preguntas y miraban al mayor. Este estaba desconcertado. Continuar dando el parte era imposible y para el relato no se había preparado de antemano. El "jefe" se echó a llorar antes que sus "soldados". Bien es verdad que le dio tiempo a salir corriendo al bosque, y, una vez allí, abrazándose a un pino, dio rienda suelta a sus lágrimas.

La historia de los muchachos era terrible. Praskovja Efímovna Jlopianiuk, esposa de un comunista, sargento del Ejército Rojo, había sido asesinada en su casa por Moroz, jefe de policía de Koriukovka, y otro policía Ifamado Zúbov. Estos se llevaron de la casa todos los objetos de valor. A los chiquillos no los tocaron, seguramente por no molestarse en darles alcance. Los chiquillos no regresaron a la casa hasta la mañana del siguiente día.

Ellos mismos cavaron en su huerto una pequeña zanja y, solos, sin ayuda de ninguna persona mayor, sin invitar a nadie al entierro, cubrieron con tierra helada y nieve el cuerpo de su madre. No tenían parientes por aquellos contornos. Los hermanos comenzaron a vivir solos. La pequeña reserva de harina y patatas se iba acabando. ¿Cómo vivir? ¿A dónde ir?

Una noche, irrumpió en la aldea un grupo de guerrilleros nuestros. Los chicos estuvieron observando el combate. Vieron la muerte de uno de los asesinos de su madre: el policía Zúbov. Vieron que los guerrilleros incendiaban la casa del

stárosta. Y después, en compañía de los koljosianos adultos, corrieron al depósito de grano, forzado por los guerrilleros. Los chiquillos hicieron unos diez viajes, trayendo cubos de trigo a su casa, y se quedaron dormidos encima del trigo desparramado por el suelo.

A la mañana siguiente se enteraron de que los guerrilleros habían abandonado la aldea. Aquel mismo día, su vecina, Natalia Ivánovna Miatenko fue conducida a la comandancia de policía. La mujer no regresó más. Quedaron otros dos huérfanos: Shura y Misha. En eso, se enteraron de que en la vecina aldea de Sofíevka los policías no sólo mataban a los mayores, sino también a los niños.

Entonces Grisha reunió a sus más pequeños compañeros de infortunio y pronuncié ante ellos un breve discurso:

— Vamos a ir en busca de los guerrilleros. Si no, acabarán con nosotros.

Los chicos prepararon su marcha con gran espíritu práctico. Metieron en una alforja dos mudas de ropa, trigo y sal, lleváronse una sartén, cuchillos, agujas, hilo y una caja de cerillas.

Los dos muchachos medianos averiguaron por dónde se podía ir mejor. Por la noche, los cuatro se echaron encima unas sábanas y, a rastras, emprendieron la huída por los huertos, hacia el campo, y, de allí, al bosque.

Estuvieron vagando tres días por el bosque. Encendían hogueras y dormían al lado de ellas. Y, de creerles, no habían llorado ni una sola vez antes de ir a parar a mi refugio.

Pero en mi refugio tampoco les duró mucho el llanto. Se pusieron muy contentos cuando, especialmente para alegrarles, empezamos a tocar el gramófono... El primero en quedarse dormido fue el pequeño. Y Shura Miatenko, antes de hacer lo propio, manifesté con gran seriedad:

— ¡Si perecemos aquí, muchachos, no importa, porque será por nuestra Patria!

Dos de los chicos —Grisha y Kolia Jlopianiuk— se quedaron con nosotros, en el servicio de exploración. Y a los hermanos Miatenko tuvimos que dejarlos, en días difíciles, en una de las aldeas a cargo de buena gente.

Unas tres semanas después del combate en Pogoreltsi llegó arrastrándose hasta nuestro campamento una mujer prácticamente congelada. Daria Pánchenko era una koljosiana de unos cuarenta años, dueña de la casa donde se concertaban las citas clandestinas en Pogoreltsi. Alguno de los vecinos la denuncié y la mujer escapó al bosque. Salió deprisa y corriendo por la noche. Se vistió de cualquier manera, ni siquiera tuvo tiempo de taparse con un pañuelo caliente. No pudo llevar consigo ni un trozo de pan. Marchó por una nieve ya profunda. La caja de cerillas que se había guardado en las botas de fieltro se mojó y Daría no pudo encender ningún fuego.

Antes estaba conectada con el destacamento de Pereliub dirigido por Balabái. No sabía donde se encontraba el destacamento regional. Pero sabía que en un manantial, junto a las raíces de un árbol arrancado por una tormenta, en el agua, bajo una piedra debía haber una ampolla con una nota, en caso de que el destacamento se trasladara a otro lugar.

El destacamento efectivamente cambió de lugar, se había unificado a nosotros y para llegar hasta él hacía falta andar más de cincuenta kilómetros. Bajó la temperatura, a unos veinticinco grados bajo cero. El manantial se helé. Daría vio bajo el hielo transparente la ampolla reventada y una esquina de la nota. En los refugios de los guerrilleros no había nadie y hacía frío. No había nada que comer. La mujer no sabía a donde ir. Daría quiso marchar a Orlikovka, donde tenía unos conocidos, anduvo unos cinco kilómetros pero dio media

vuelta: no podía dejar la nota bajo la capa transparente de hielo con las indicaciones sobre donde se encontraba el destacamento regional.

Daría decidió conseguirlo fuera como fuera. Primero golpeó el hielo con el pie. La bota de fieltro, como era blanda, ni siquiera dejó un rasguño en la superficie helada. Daria intentó encontrar alguna piedra bajo la nieve. Se le helaron las manos, del hambre la cabeza le daba vueltas. Por la tarde vio que sobre Orlíkovka se iluminé el cielo. Eso quería decir que también allí estaban los alemanes.

Pasó otra noche más sin comer en el refugio. Por la mañana, al salir de su escondite descubrió unas huellas de lobos. Todas se dirigían hacia un punto y se alejaban de él hacia todos los lados. Daría se pregunté a qué se debería aquello.

Al alzar la cabeza vio en una alta rama un cordero despellejado. Seguramente los guerrilleros se olvidaron de él, o a lo mejor lo dejaron adrede para personas como ella.

Los lobos no podían darle alcance. También Daría igual que los lobos se estuvo largo rato dando saltos sin saber cómo llegar hasta la carne. Era tanto el hambre que tenía que decidió quitarse las botas y subirse al árbol. Llegó hasta el cordero y estuvo royendo la carne cruda y dura sin sal. Después de saciar un poco su hambre, pero completamente helada, Daría inició sus búsquedas. Se internaba en el bosque unos cuantos kilómetros y por la noche volvía sobre sus pasos al refugio abandonado. La carne de cordero era su único alimento y lo que la podía salvar de morir de hambre, en cada ocasión la subía con esfuerzos sobrehumanos a la bifurcación del pino.

Intentó más de una vez romper el hielo del manantial con ramas de árbol. Pero nada logró. Así que decidió cubrirlo con nieve.

Alargando cada vez más su camino, Daría penetraba más y más en el bosque. Por fin dejó de volver a su base, se arrastraba marchando siempre hacia adelante. Los lobos la seguían en espera de su pronta muerte. Daria llegó al puesto de guardia sólo al treceavo día de que salió de Pogoreltsi.

Nuestro practicante Anatoli Emeliánov, para evitar la gangrena se vio obligado a amputarle los dedos de los pies y siete dedos de las manos.

Daría sobrevivió. Siguió con nosotros todo el camino guerrillero. Era una maravillosa exploradora. Después se la nombré presidente de la tienda de Pogoreltsi.

En la gente que se nos unía abundaban los jóvenes. Evidentemente, no podíamos aceptar en el destacamento a todos los chicos en edad de ser pioneros que deseaban hacerse guerrilleros. Y éstos se contaban en centenares y hasta miles. A algunos les atraía el romanticismo de la lucha, la inocente aspiración de disparar con un "fusil de verdad". Pero la mayoría de los chicos koljosianos mayores de diez años comprendía muy bien que los alemanes eran un enemigo terrible. Habían visto la voracidad, el salvajismo y la crueldad del enemigo. Muchos, como los hermanos Jlopíaniuk y Miatenko unidos a nosotros, habían quedado huérfanos. En sus corazones anidé un deseo ardiente de vengarse de los verdugos.

¿A partir de qué edad un joven puede ser un combatiente de cuerpo entero? No es fácil dar respuesta a esta pregunta. A veces un chico fuerte y musculoso de unos quince años, excelente ayudante en una casa campesina, puede llegar al campamento y al tercer día deshacerse en lágrimas de tal modo que hay que quitárselo de encima lo antes posible. Y hasta él mismo puede pedir: "Déjenme en la aldea, no puedo más". A veces simplemente se escapa, pero trata de llevarse consigo el fusil y un par de granadas. ¿Acaso pueden apli-

cársele medidas disciplinarias, algo imprescindible en caso de todo guerrillero? Pues claro que no.

Sin embargo, no son pocos los casos en que un chiquillo escuálido de catorce años se ve arrebatado de un odio inagotable por el enemigo, de modo que se convierte, como dice el pueblo, en un hombre de hierro. Para un muchacho así no hay nada que pueda detenerlo. Duerme sobre tierra mojada y se levanta fresco como una manzana. Está de guardia varias horas seguidas y no se queja. En las marchas siempre está alegre y alegra a los demás con sus bromas. Así era en nuestro destacamento Vasia Korobkó, y Grisha Jlopianiuk no se le quedaba atrás.

De todos modos, nos vimos obligados a establecer en nuestro reglamento no escrito que no se podía admitir a muchachos menores de dieciséis-diecisiete años. Pero, claro está, intentaban engañarnos y, para qué negarlo, a veces nos engañaban. No todos tenían documentos. Viene un hombre corpulento y dice que tiene diecinueve años. No tiene papeles, no es el caso de hacerle una prueba. Pero después, cuando ha cometido alguna falta, se echa a llorar y reconoce que sólo tiene quince rogando que se le perdone. Algunos destacamentos incluso se vieron obligados a hacer limpieza: excluir a grupos enteros de chicos demasiado jóvenes. Pero eso sólo ocurría en el período inicial. Más tarde, los chicos de las aldeas sabían aproximadamente a quién podían admitir. Y aquellos que, de todos modos, llegaban a ser guerrilleros se adaptaban al nivel de los demás. Quien les ayudé mucho a autodisciplinarse y a templarse fue el Komsomol.

Los miembros del Komsomol que venían a nuestro destacamento, hasta los no muy sanos físicamente, se mostraron desde el principio como personas de mucha resistencia, disciplinadas y, lo más importante, como combatientes conscientes.

Comprendían mejor la esencia de clase de la guerra. Evidentemente, los komsomoles sabían por los libros y a través de los relatos de los mayores lo que era el capitalismo. La organización del Komsomol, ya antes de la guerra, les ayudó a comprender y a darse cuenta de que el enemigo sólo podía venir de los países capitalistas, que marcharía contra nosotros para arrancarnos las conquistas de la revolución e imponernos el régimen burgués. ¿Tenía todo esto importancia? ¡Pues claro, y mucha!

Un chico joven instruido políticamente comprendía que el ejército nazi alemán no sólo mataba, quemaba y destruía. El fascismo traía consigo un futuro horroroso, conducía a los hombres por el camino del capitalismo y quería hacernos esclavos. El joven con instrucción política sabía que la lucha se llevaba a cabo para conservar el primer Estado socialista del mundo. El joven políticamente instruido y consciente tiene muchos más estímulos y razones para marchar con valor al combate. No sólo es un vengador, no, es además un revolucionario, un defensor del socialismo y un constructor del comunismo.

Después de uno de los combates de aquel periodo en el destacamento regional apareció un chiquillo pequeño, no se le podía dar más de quince años, era delgaducho y de cabello erizado, a pesar del frío tenía pecas en la nariz. Tenía una mirada siempre chispeante. Y la voz sonora y enérgica. Al atardecer, en los descansos, junto a las hogueras siempre estaba explicando algo. Le gustaba hacerlo precisamente junto al fuego. En uno u otro fuego se oía su voz sonora y aguerrida. Y tenía cosas que explicar.

Casi lo fusilamos. Pero, juzguen ustedes. En plena lucha, sobre el fino hielo del río se arrastraba un hombre con dos granadas a la espalda. Y no se dirigía a cualquier parte, sino directo hacia los arbustos donde tos guerrilleros habían emplazado una ametralladora enmascarada. Justo al llegar a la

orilla se hundió, se caló hasta los huesos, pero el diablillo continuaba arrastrándose. Se agarraba a las matas de hierba, a las raíces y subía por la pendiente a la vista del enemigo. Pero los alemanes no disparaban contra él, como si se compadecieran.

Nuestros hombres de la ametralladora se dieron cuenta de lo que pasaba, enviaron a dos guerrilleros para cortarle el paso. De improviso se lanzaron sobre él desde un arbusto, y le taparon la boca, le sujetaron de los brazos, le soltaron dos tortas sin pensarlo y lo llevaron a rastras al Estado Mayor. Estaban convencidos de haber cogido a una "lengua". Lo único raro es que este trepador enemigo no sólo no hacía resistencia sino que daba muestras de gran alegría e intentaba darse de besos con su escolta. En fin, no fue tan fácil convencer a los hombres como tampoco al Estado Mayor de que el chico en realidad quería unirse a los guerrilleros. La gente exclamaba:

— ¡Miente!

— ¡Fusilar a esa víbora!

Pero, por suerte, apareció Marusia Skripka, secretaria de la organización del Komsomol, se lanzó sobre el "enemigo" y gritó:

— ¡¿Volodka?! ¿De dónde vienes? ¡Pero si es Volodka lijonovski, el hijo de Andréi Ivánovich de Koriukovka! —y con estas palabras lo envolvió en un abrazo.

El mismo día por la tarde Volodia inició sus inacabables relatos. En un principio, no le creían demasiado, pero lo escuchaban con afición. "No se puede decir que mienta mal" —decían, e intentaban confundirle con las preguntas. Pero esto no les resultaba nada fácil. Pues el muchacho señalaba los lugares en que se produjeron las acciones, el día, la hora, los apellidos de personas que muchos conocían.

— Volodia, ¿cuántos años tienes?

— ¡Diecisiete!... Otra vez no me creéis. Palabra de komsomol, he pasado a la novena clase. O sea que contar. Hace ya dos años que soy miembro de la Unión de las Juventudes Comunistas Leninistas de Ucrania. Pero de todos modos, siempre me han tomado por un chico pequeño. Hasta mi padre. Ahora está en el destacamento de Koriukovka con Korotkov. Cuando nos encontremos con ellos, mi padre os lo confirmará...

En efecto, en aquel tiempo no nos habíamos encontrado con el destacamento de Koriukovka, pero ya sabíamos que actuaba a ochenta kilómetros de nosotros. También teníamos noticias de que entre su gente se encontraba el vicepresidente del Soviet de Koriukovka Andréi Tijonovski. El padre de Volodia.

— O sea que no te admitieron de guerrillero y decidiste ir por tu cuenta, que te aceptaran a la fuerza.

— No ha sido a la fuerza, sencillamente lo he conseguido... Mirad donde están los alemanes, a tres kilómetros de la aldea, pero mi padre se sigue rascando la oreja. Otros comunistas hacía tiempo que ya habían evacuado, pero él seguía en su sitio. Hasta me hizo sospechar un poco: “Cualquiera sabe, a lo mejor se le ha ocurrido pasarse a los alemanes”. Por su conducta anterior la cosa no parecía probable. Pero si... Palabra de honor, no me hubiera fijado en que era mi padre, yo mismo lo hubiera matado... Pero un día, veo, recogió mi padre en una bolsa algo de comida, habló en voz baja con mi madre y, por los huertos, se marchó hacia el bosque. De todos modos me enteré de que hablaron no se qué de los guerrilleros. Así que salí corriendo tras él. Lo alcancé y le pedí que me llevara con él. Pero no quiso: “Aún eres pequeño”. No saben la rabia que me dio. O sea que tuve que quedarme.

También me supo mal la actitud de la organización del Komsomol. ¿Por qué se olvidaron de mí? Estaba claro que había un acuerdo tanto con respecto a las actividades guerrilleras como a las clandestinas. Yo había leído cosas sobre la guerra civil. ¿O es que ahora las cosas eran diferentes? ¿Acaso el Komsomol no participaba en esto? Al parecer, también allí me habían tomado por demasiado pequeño y poca cosa. Cuando nuestras unidades iban en retirada, a mi padre y a mí nos dejaron dos fusiles y una carabina. Las enterramos en el huerto. O sea que, de todos modos, era un guerrillero aunque no me hubieran admitido en el destacamento. Iba yo hacia aquel lugar y pensaba: “Antes de que me cojan mataré a dos o tres”. Hice un hoyo y vi que no había nada, mis armas habían volado. Lo entendí, claro: mi padre las había entregado al destacamento. Pero la rabia que sentí fue horrible.

Cuando oscureció me dirigí al Comité de Distrito del Komsomol. Me acerqué allí y vi que la puerta estaba abierta, en la habitación había luz y oí dos voces. Me coloqué tras la puerta y vi por una rendija a Marusia Skripka y a Fedia Skripka un pariente suyo que trabajaba en el Comité de Distrito. Ella le decía: “O sea que estará en Bridskí”. No necesitaba saber nada más, me fui corriendo a casa. Cogí medio litro de melaza, un trozo de pan y el libro de N. Ostrovski Así se templó el acero, lo envolví todo en una toalla, le di un beso a mi madre y me dirigí al bosque. Anduve dos días con estas provisiones. En un claro me encontré con unos hombres, les grité desde lejos: “.¡Au-u-! “. Pero me contestaron con disparos. Me escapé de milagro, resultaron ser alemanes.

Tuve que volver a Koriukovka. Pero allí también estaban los alemanes. De todos modos, llegué a casa. Resulté que tampoco mi padre pudo llegar hasta el destacamento y se escondía en las caballerizas del koljós. Después se instalé en un trigal. Allí le llevé varios días la comida. Llegaba allí y gri-

taba: “¡Cucu! “Cuando él me contestaba entonces me arrastraba hacia él. Allí se estuvo mi padre ocho días, mientras los alemanes estuvieron en el pueblo. Pero yo sí que me paseaba y me fijaba en los alemanes. Fue la primera vez que me alegré de ser pequeño. No me prestaban ninguna atención.

Una vez me encontré con mi maestra de alemán Lego. Su marido también era extranjero. Mira, pensé, la mala pécora, no ha evacuado. Antes de la guerra había sido pero que muy activa, miembro del comité local, en cambio ahora iba con un soldado alemán enseñándole algo, alegre y contenta... Estaba claro que los esperaba y ahora se pondría a hacernos la vida imposible. Entonces decidí vigilarla.

Al día siguiente, iba ella por la calle, yo la adelanté, la saludé y seguí andando. Me acerqué a la tienda y arranqué a propósito una tabla delante de sus ojos. Ella, claro, reaccionó: “¡Chico, ven aquí! ¡Ah, eres tú, Volodia! ¿Por qué rompes las cosas, Volodia? Ahora todo esto no es soviético. Con el “nuevo orden” os vamos a educar de otra manera. ¿Dónde está tu papá? ¿No será comunista? “Y yo le contesté: “Mi papá ha muerto”. Resulté que no se acordaba nada de mí. “ZY tú eres komsomol?” Yo le digo: “Dios me guarde de serlo” —. “Ven a yerme, Volodia, a hacerme una visita, parece que eres un buen chico”. O sea que picó. Ahora tenía que encontrar sea como sea a los guerrilleros.

Las unidades alemanas se marcharon, sólo quedó la comandancia. Era mucho más fácil moverse. Mi padre se dio cuenta de que yo algo entendía, así que me dio una misión: “Mañana, me dijo, en la serrería se ha concertado una reunión de los guerrilleros. Ves por estas direcciones y avisa a quien haga falta”. Me puse contento. Al menos era un trabajo de verdad. Avisé a todo el mundo y yo mismo me dirigí a la reunión. Me acerqué a la serrería, pero los vigías me empezaron a tirar piedras, ni siquiera me dejaron acercarme. Yo les eché en cara: “¿Cómo es eso? He reunido a la gente y

ahora me echáis a pedradas...” Me dejaron pasar. Y así me hice guerrillero. Me dieron una carabina. La misma que teníamos en el huerto. Pero me la entregaron solemnemente y comprendí que la recibía para luchar...

En esto Volodia Tijonovski interrumpió su relato y lentamente se puso a liar un pitillo... Claro, esperaba las preguntas. Alimentaba el interés de los oyentes.

— ¿Y qué pasó con aquella alemana? ¿Se lo dijiste al jefe?

— Te fuiste con tu padre, pero, ¿y la madre? ¿Los alemanes no le hicieron nada?

— Primero —contestó Volodia—, no sólo tengo a mi madre, sino también una hermana pequeña. Y segundo, yo y mi padre estábamos muy preocupados, porque podían haberlas fusilado y quemar la casa. Pero las cosas salieron así: dos prisioneros de guerra que se escaparon de un campo se encontraron con una mina justo al lado de Koriukovka. Volaron por los aires. La gente de nuestra calle, unas veinte personas, aseguraron por escrito a la policía que habíamos sido nosotros. Es decir que los que habían muerto en la explosión eran mi padre y yo. Así fue cómo salvamos a mi madre y mi hermanita.

— ¿No los reconocieron o qué?

— ¡Cómo que no los reconocieron! Pues claro que sí, sabían que no éramos nosotros. Pero la gente tiene algo que se llama solidaridad. Por eso se puede trabajar. Por eso yo podía pasearme tranquilamente entre los alemanes. La gente no me denunciaba. Porque la canalla no es numerosa y se la ve de lejos... Por ejemplo, Lego y su marido resultaron ser unas auténticas víboras. Nuestro comisario, el camarada Rudéi, me dio órdenes para que volviera a Koriukovka y consiguiera ganarme la confianza de esa alemana. Antes nunca tuve que hacer la pelota a nadie. ¡Sabéis lo difícil que es! Es lo mismo que hacerse amigo de una serpiente venenosa. Probad con-

vencer a una serpiente de que la respetáis. Bueno, fui a visitar a Lego. Estuve allí unas dos horas. El matrimonio me quería convencer de que averiguara quienes eran los dirigentes del destacamento guerrillero. “A tu madre le darán tierras, y a ti una ropa muy buena, extranjera, y una bonita medalla alemana, y además, por cada comunista que cojas, te darán mil rublos...” A ver, probad estaros quietos y oír estas palabritas. Les prometí que lo haría todo. Sólo les exigí que por cada comunista me dieran además un saco de harina. Creyeron que estaba regateando. Y quedamos en medio saco. Querían llevarme en seguida a ver al comandante, para que firmara. Logré escabullirme por los pelos.

A la noche siguiente, el camarada Rudói y otro guerrillero más se metieron a la casa del matrimonio Lego por la ventana. Yo antes les había dibujado en papel la distribución interior de la casa. Pedí a Rudói que me llevara con él, tenía muchas ganas de actuar. Pero no salió. Otra vez me dijeron que todavía era pequeño para esas cosas. Qué rabia me dio. Me quedé en la calle para silbar en caso de que pasara algo. Al cabo de media hora se abrió la puerta y salieron los guerrilleros. “¡Todo en orden, Volodia, en marcha! “Acabaron con Ios dos sin pegar un tiro. Les encontraron unas listas de los comunistas del pueblo y de las mujeres de los oficiales...

Después de esto me dieron órdenes de que siguiera actuando en la ciudad. Vivía en casa, pero durante el día no aparecía. Mi padre me trajo un rollo de papel y me dijo: “Escribe”. Me pasaba los días escribiendo proclamas. Me conectaron con otro chico, Lionia Kovahoy. Un muchacho muy valiente. ¡Hicimos cada una juntos! Había con nosotrOs otro komsomol. Naúmenko, Bonia de apodo. Un chaval listo. Lo echaron del Destacamento. Se durmió en una guardia. Si el trabajo era movido, entonces no había problema, pero le faltaba disciplina para estarse quieto en un sitio.

A este Bonia una noche vino a cogerlo la policía. Lo arrestaron. Le ordenaron que se quitara las botas y los pantalones. Le dijeron: ¡Marcha delante! “Echó a andar de prisa y cerró tras de sí la puerta. La atrancó con un madero y así, sin pantalones escapó a la calle.

Primero empezamos a clavar las proclamas con un martillo. Hacíamos mucho ruido. Lo hacíamos a propósito, para que la gente saliera de sus casas y leyera. Pero no resulté práctico. La gente tenía miedo y arrancaba en seguida los papeles de sus casas. Entonces decidimos pegarlos. Mi madre nos hizo cola. Pegábamos las octavillas y proclamas en lugares públicos. Allí se podían leer tranquilamente.

Después nos trajeron unos libritos: Cómo luchar contra el gorgojo, El tractor STZ—NA TI. A simple vista parecían unos folletos completamente inofensivos. Las dos tres primeras páginas hablaban en efecto de gorgojos y tractores. Pero después seguía la alocución al pueblo del Comité Regional del Partido, llamamientos para ingresar en el movimiento guerrillero. Repartíamos estos folletos a escondidas, pero en los días de mercado lo hacíamos abiertamente.

Casi durante dos meses mantuve un contacto constante con el destacamento, cumpliendo muchas tareas. Pero después los alemanes obligaron a los guerrilleros a que se alejaran bosque adentro. Dejé de saber donde se encontraban los nuestros. Koriukovka volvió a llenarse de alemanes. La policía se olió a lo que yo me dedicaba y tuve que marcharme. Entonces si que las pasé moradas. Tuve que pasarme ocho días hambriento por el bosque.

Iba yo por los caminos del bosque tambaleándome del hambre. Me encontré con un viejo que me llevó a pasar la noche, me acosté en la estufa. Estaban el viejo con su mujer cenando, comían patatas con pepinos, pero a mí me daba vergüenza pedirles de comer. Después el viejo me llamó a la

mesa y dijo: “¡Qué orgullosos sois los guerrilleros!” Me gustó la frase. Pero, de todos modos, no me atreví a decir que en efecto lo era. Yo negaba ser guerrillero. Pero resulté que el viejo se había dado cuenta que llevaba una granada bajo la camisa. “Mira hijito, me dijo, ya sé a quién buscas. Los guerrilleros están en aquella dirección”. Me enseñé el bosque donde estaba el destacamento regional. Al despedirse me regaló otra granada.

Por la mañana me dirigía hacia aquí. Y resulté que me encontré en la zona neutral, entre los alemanes y vosotros. Bueno, pensé, estoy perdido. Y decidí que, pasase lo que pasase, me dirigiría hacia vosotros. Mejor era morir de una bala guerrillera, porque los alemanes seguro que me torturarían...

Volodia Tijonovski, a pesar de su pequeña estatura, se convirtió en perfecto combatiente. Fue uno de los iniciadores del movimiento guerrillero por el dominio de todas las profesiones guerrilleras. Hizo de explorador, aprendió a la perfección la ametralladora, el mortero, el fusil antitanque. Participé en varias operaciones de diversión en vías de tren. Vale la pena decir que en los tres años de vida guerrillera Volodia se hizo un chico fuerte y se estiré. Ya difícilmente se le podía llamar un chiquillo.

Pero no todos los que acudían a nuestro destacamento eran hombres de conciencia limpia. Por aquellos días se presentó un muchacho llamado Timoféi. No cito, a propósito, su apellido. ¿Para qué estropearle a un joven la vida con el recuerdo de ese episodio?

Timoféi era un mozo gallardo y fuerte, de diecisiete años. Cuando llegó, se eché a llorar:

— ¿Por qué lloras, tontaina?

— Me vais a pegar.

— ¿Te lo merecerás entonces? A ver, cuenta hermano, ¿por qué hay que pegarte?

— Llevadme a donde esté el jefe.

Lo condujeron a la sección especial, creada en aquel entonces para la lucha contra el espionaje. Esta sección estaba dirigida por Nóvikov. Mientras éste le hizo las preguntas corrientes —de dónde venía, cuántos años tenía, quiénes eran sus padres—, Timoféi contestó con bastante soltura.

— Y ahora —dijo por último Nóvikov—, cuéntame para qué has venido.

Timoféi se echó a llorar de nuevo.

— ¿Quieres que te llamemos a la nodriza?

— Déjenme aquí con ustedes. Con los guerrilleros. Yo ya no puedo seguir con los alemanes.

— No tienes la conciencia tranquila, hermano Timoja. Dinos la verdad. ¿Has ingresado en la policía?

La sagacidad de Nóvikov sorprendió a Timoféi.

Permaneció callado un instante, y después mascullé:

— Soy culpable. Pegadme. Yo he pegado, así que, pegadme.

— ¿Te ha enviado aquí el jefe?

— No, he venido solo.

El mozo juraba y perjuraba que le habían obligado por la fuerza a ingresar en la policía, que no había hecho daño a nadie, limitándose únicamente a la instrucción militar y a limpiar el fusil.

— Pero ayer me llamó el jefe y me envió al granero. Allí me encontré con cinco o seis alemanes y con Vasili Kotsura, atado a un banco con unas correas. Ese Vasili es un buen

chaval, muy amigo mío... Trabajaba de herrero en la aldea. Le miré y vi que tenía la cara muy magullada y que le sangraba la nariz. ¡Qué pena me dio!

— ¿Conque eres un muchacho muy compasivo, eh?

— No puedo soportar las peleas, camarada jefe. Cuando los chicos de la aldea se peleaban, siempre los separaba. Y hasta las mujeres me pedían: “Timoja, allí se están peleando unos borrachos; ve a separarlos”.

— Bueno, ¿y para qué te llamaron los alemanes?

— No había hecho más que entrar en aquel granero, cuando el jefe de los alemanes le ordené al stárosta: “Llama a la gente”. Mientras se iba reuniendo la gente, no sé qué les decía en su idioma a los demás, señalándome a mí. Después me ordenó que me quitara la chaqueta, me arremangó un brazo y me puso un látigo en la mano del brazo arremangado: “¡Pega!”.

— ¿Y tú, alma de perro, pegaste a tu amigo?

— Pero, escúcheme por favor —la voz de Timoféi volvió a temblar—. Yo le dije al alemán aquel: “Es amigo mío, no puedo pegarle...” Pero me metió la pistola en los hocicos.

— ¿Y le pegaste?

— Pues claro. Me había metido la pistola en los hocicos, pateaba y ladraba tanto, que se me nubló la vista. Le pegaba y al mismo tiempo lloraba de la pena que sentía por Vasili.

— ¿Por qué le pegaste? ¿Qué crimen había cometido?

— No sé. El stárosta lo explicó, pero yo estaba tan descompuesto que no lo entendí.

Névikov lo trajo a mi presencia.

— Decida, Alexéi Fiódorivich, ¿qué hacemos con este elemento?

Mas tarde, a los destacamentos guerrilleros acudieron no pocos policías arrepentidos. Pero aquél fue el primero. La emoción y las lágrimas, aunque ingenuas e infantiles, eran sinceras. Me repitió toda su historia.

— Entonces —le pregunté yo—, ¿dejaste allí a tu apaleado amigo?

— No, me lo he traído.

— ¿Dónde está, pues?

En el bosque. Está muy cansado. “Acuéstame, Timoja —me dijo—, descansaré un poco. Y tú ve solo hasta los guerrilleros” Lo he traído cargado a la espalda más de un kilómetro, pero me pedía a gritos que lo dejase, porque el dolor era muy fuerte.

— ¿Está herido?

— No. Es que lo pegué con fuerza.

Al observar que le mirábamos con reproche, se puso a explicarnos apresuradamente:

— El alemán me metía la pistola en los hocicos y exigía: ¡Pega fuerte! “Yo, al principio, le pegaba lo más suavemente que podía. Pero, mi mano es pesada...

Envié a unos sanitarios en busca de Kotsura. Y, en efecto, encontraron al mozo tras unos matorrales, lanzando lastimeros ayes. Nuestro practicante puso unas compresas en sus heridas. Después Kotsura nos conté cómo había sucedido todo. A pesar de la rigurosa prohibición existente, había estado tocando el acordeón después del anochecer, y el jefe de la policía había ordenado que se le azotase.

Le preguntamos la opinión que tenía sobre Timofei.

— Timoja es un chico inofensivo. De no haberme pegado, le habrían sacudido una buena tunda, o tal vez fusilado.

Un mes más tarde, aquel chico “inofensivo” tenía ya en su haber a tres alemanes muertos. Además, había traído dos “lenguas”. La caza de “lenguas” se convirtió en su especialidad guerrillera. Timoféi y Vasili iban siempre de exploración y en busca de “lenguas”.

Y lo que fue ya un encuentro completamente inesperado es la llegada de una vieja conocida nuestra.

Una vez, temprano por la mañana, detuvieron en el territorio del campamento a una mujer mayor. Cuando le preguntaron qué hacía en el bosque contestó que buscaba a su marido.

— ¿Quién es, cómo se llama?

— Mi marido es de los jefes —contestó—. Es amigo del mismo Orlov.

—¿De qué Orlov hablas? —preguntaron los muchachos del puesto de guardia—. No conocemos a ningún Orlov.

— Bueno, pues Orlenko.

Tantos conocimientos por parte de una mujer que nadie conocía, les pareció a los chicos algo sospechoso.

— Tampoco conocemos a ningún Orlenko. Dinos como es debido, por quién preguntas. ¿Cuál es el apellido de tu marido?

— ¿Por qué me queréis tirar de la lengua? —dijo—. Necesito a Fiódorov. El sí que sabe quién es mi marido. Porque es del Partido, una persona secreta. Su apodo de partido es “Seryi”.

Después de discutirlo, los muchachos del puesto de guardia decidieron que no podían llevarla delante de mí en esas condiciones. Decidieron registrarla antes. Le pidieron que se quitara el abrigo. Pero ella no quiso. Le gritaron, pero en eso tampoco ella se quedó corta, les contestó de tal modo que los muchachos se enfurecieron definitivamente y empezaron

a quitarle a la fuerza el abrigo. Se puso a aullar por todo el bosque:

— ¡Salvadme, buena gente, que me quieren matar!

No sé cómo hubiera acabado toda la historia. Pero sucedió que me encontraba no lejos del puesto de guardia, oí los gritos y me acerqué. Se lanzó hacia mí una mujer alta y de rostro demacrado. Se alegré al yerme, como si hubiera encontrado a alguien de su familia.

— Alexéi Fiódorovich, ¿es usted, bendito mío? ¡Qué buen aspecto tiene, qué importante! ¿O sea que es cierto lo que la gente dice, que es usted el principal, que los guerrilleros tienen muchas fuerzas?

— Espere, tranquilícese. No me parece recordarla...

— Pero, si soy Kulkó, María Petrovna Kulkó. ¿Se acuerda en Levkí que pasó a vernos y se llevó consigo a mi marido?

Desde entonces había cambiado horriblemente. El rostro tenía un color terroso, las manos huesudas, sólo los ojos brillaban como antes con un destello malicioso. Llevaba un vestido roto y sucio, los pies calzados con unas enormes botas de hombre. Los muchachos le devolvieron el abrigo. Se lo puso apresuradamente y de nuevo se dirigió a mí:

— Tengo que hablar con usted, Alexéi Fiódorovich.

En mi refugio, recobrado el calor junto a la estufa y después de beberse de un trago medio vaso de alcohol, se dirigió a mí con una petición bastante curiosa:

— Devuélvame a mi marido, Alexéi Fiódorovich. Los chicos sin padre no pueden más, lloran. No tenemos nada para comer. Los policías, malditos cerdos, se lo han llevado todo. De Levkí me he marchado con mis chicos, bueno, es fácil decirlo, he escapado. Vamos por el mundo mendigando un trozo

de pan... Tenga piedad de nosotros, que son cuatro los chicos que tengo.

Las palabras de la mujer me aturdieron. No me esperaba nada parecido. Quise decirle cuatro frescas y mandarla a paseo. Y más aún por el hecho de no haber olvidado los comentarios de su marido: “¡Mala mujer! De ella se puede esperar cualquier cosa”. Pero me picó la curiosidad. Quise saber cómo había llegado a esta situación. ¿A dónde fueron a parar las reservas que le dejara entonces su marido? “Esta no le hace ascos a nada —pensé—. Es capaz de servir al stárosta o a los alemanes con tal de conservar sus bienes y, si se tercia, multiplicarlos”.

— ¿Qué quiere decir con eso de que se lo devuelva? —le dije en tono tranquilo—. No tiene usted nada de tonta y comprende por usted misma que su marido es un bolchevique y cumple con su deber. Nadie le ha traído a la fuerza. Trabaja con nosotros porque esas son sus convicciones, ese es su deber ante el Partido y la Patria.

— Ya sé que ha venido porque ha querido. Porque tiene muy pocos sesos, como un niño. Igual que antes de la guerra: le decían en el Comité del Distrito: “Vete a trabajar al servicio de asistencia social, y él se iba. Pero eso no es lo peor. Lo enredaban en el registro y allí iba él, un año estuvo allí de jefe. El sueldo era pequeño y lo único que sacaba eran invitaciones a bodas.

En el refugio entró Druzhinin. Este conocía a Kulkó, le había explicado sobre el encuentro en Levkí. María Petrovna no perdió el ánimo y le dio la mano para saludarlo.

Le ofrecí algo de comer. Aceptó la invitación con alegría. Al ver ante sí un plato de gachas con un trozo de carne encima, una rebanada de pan y un bote de sal, la mujer perdió el coraje y se puso a llorar.

— Ay, Alexéi Fiódorovich —dijo con voz temblorosa frotándose las lágrimas de la cara—, cuando vino usted no lo comprendí bien. Me equivoqué del todo.

— Coma, María Petrovna. —dijo Druzhinin— Coma con calma y luego nos explica con detalle su vida. Nos interesa mucho. La mujer acabó de comer y se puso a contar:

— Cuando usted desapareció aquella noche y con usted mi Kulkó, me lancé tras ustedes pensando que los alcanzaría. Pero todo estaba muy oscuro y no los encontré. No tiene importancia, pensé, ya volverá. Y así fue, volvió. Pero, ¿qué cree que hizo? Le metió usted tantas ideas en la cabeza, Alexéi Fiódorovich, que otra vez se escapé. Faltó un día, faltó dos. Y en eso llegaron los alemanes a Levki. En mi casa se metió un oficial.

¡Cómo me asusté, Alexéi Fiódorovich! Pensé: ¿como se entere de que mi marido es comunista? Mis cosas tampoco las guardé todas. Era justo cuando los alemanes abrieron la campaña: recogían todas las ropas calientes para su ejército. Nos exigían que les entregásemos todo lo que teníamos. Vio aquel oficial las pellizas y me señaló con la mano: ¿Qué es eso? Y yo también con las manos y palabras hice lo posible para explicarle que había recogido activamente un regalito para la victoriosa Alemania. Sonreía y me inclinaba. Y el tipo se reía: “Gut, gut”.

Después le pusieron a un chico que sabía algo de alemán de traductor. También vivía en nuestra casa. Yo les hacía la comida. El oficial parecía tenerme respeto y era limpio. Pero el chico era un malvado, un granuja y rabioso como una víbora.

Primero no vivíamos del todo mal. El mayor con el chico en la alcoba y yo con los críos en la cocina. El mayor tomaba un baño a la tarde. Le llenaba el barreño de agua y le daba una esponja de goma, él quería que le fregara. Estaba desnudo el hombre. Pero ¿para qué tirarse atrás? Me aguantaba, llo-

raba, pero le frotaba. Era por los chiquillos, camaradas guerrilleros. ¡Qué no aguantará una madre por sus hijos!

El mayor parecía buena persona. Les daba ron a los chiquillos; una vez les dio una taza de café con su buena cantidad de sacarina. Yo hice tres tazas de una y los chicos se las bebieron.

Otros alemanes a la primera te dan en los morros. En cambio nuestro mayor era cariñoso, me llamaba "Frau Marusia..."

Pero el traductor con su cara llena de granos no dejaba en paz a mis chiquillos. Usted conoce mi carácter, Alexéi Fiódorovich. Cuando aquel traductor empezó a pegarse a mi hija la mayor lo saqué a trompicones de la cocina. Y el mayor se reía y decía: "Gut, gut".

Así me acostumbré a la cosa, por las noches iba escondiendo callandico las cosas. Así, pensé yo, iremos viviendo poco a poco. En eso llegaron dos policías y Andréi Siva, nuestro stárosta. El mayor no estaba en casa. Siva se metió en la cuadra para llevarse la vaca. Los otros dos agarraron el cerdo. Yo me puse a gritar con todas mis fuerzas y los chicos vinieron en mi ayuda. Siva me amenazó: "ile mataré!" Me puso la pistola en el pecho:" ¡A callar, canalla bolchevique!". Pero usted conoce mi carácter, Alexéi Fiódorovich. Cuando la cosa llega hasta mis hijos y se quieren llevar sus últimas cosas, soy como fuego, no hay nada que me dé miedo. Me metí con ese Siva, agarré la cuerda que sujetaba a la vaca y estiré todo lo que pude. En ese momento se presentó el mayor. Andaba a lo militar: un, dos. Cogió el mayor a Siva por el cogote y con la otra mano le solté un tortazo en medio de los morros, en los morros de Siva. Al ver estas cosas, me lancé sobre los policías, agarré un balde y les empecé a sacudir con él. Así que se fueron corriendo...

En ese momento Druzhinin no pudo más e interrumpió a la mujer:

— ¿Resulta que en su pueblo todos los alemanes son buena gente, o es que lo es sólo ese mayor?

— Así lo pensé yo, parecía bueno, dos semanas me lo pareció. Sólo que tenía una política para afuera, pero la política para sus adentros resulté ser ésta. Estaban sentados una tarde los dos, el mayor y su traductor, y se me ocurrió tantear la cosa: a ver si sabían que mi marido era comunista. Me puse a lloriquear en voz baja y les solté: “Pan mayor, mis chiquillos no pueden ni salir a la calle. Los policías les pegan. Y hasta a ml me amenazan que no me salvará ni el oficial”. El traductor le dice mis palabras al mayor, pero mientras, se ríe. El mayor escuchaba con cara seria. Después menea la cabeza y dice “*Nein”.* Pero el maldito traductor no sé qué le dice más. Oí: “*Kommunistische”.* Estoy perdida, pensé. El mayor sacude de nuevo la cabeza y le explica largamente algo al intérprete. Y a mi’ me dijo: “Para nosotros, los alemanes (no hace más de una semana que se llama alemán y habla con un coraje que da pena), para nosotros, los alemanes, lo importante es el orden. Tenemos instrucciones que han de cumplirse por orden: primero tenemos que trabajar a los judíos y a los comunistas, después les siguen todos los que estén relacionados con los guerrilleros, los terceros son las familias de los comunistas, los cuartos las familias de los oficiales del Ejército Rojo. Usted está en la tercera lista. Los policías se han saltado el orden y por eso les ha caído la tunda”.

Después de aquella conversación lo que tenía que haber hecho es marcharme al momento. Tenía que haber cogido a los críos, enganchar la vaca al trineo y largarme por la noche a casas de unos parientes de otra aldea. Pero me creí que el mayor bromeaba, que era bueno de verdad. Porque le había hecho la comida, le había lavado la ropa y le frotaba con la esponja de goma cada tarde. Pero cuando me llegó el turno, el mayor se convirtió en duro como el pedernal. No oía nada

de mis llantos. Los policías sacaban los baúles, arrastraban la vaca y el cerdo. Siva me sacudió, les dio patadas a mis hijitos. No sé ni cómo no me mataron...

La mujer calló. Su mirada, con los ojos ya secos se perdía a lo lejos. Vislumbré con asombro signos de meditación en el rostro de aquella mujer. Sus labios se movían ligeramente, como si quisieran pronunciar algo inusual, expresar una idea nueva y no muy comprensible para ella. Pero después de un rato de silencio pronunció unas palabras que no le hacían falta ni a, ella ni a nosotros:

— Vea, Alexéi Fiódorovich, lo que es la gratitud alemana, el honor nazi.

— O sea —dije —ceso es todo? ¿O puede contarnos algo más? En general, hay que decir que, en comparación con muchos otros, ha tenido usted suerte. Está usted viva y sus hijos de momento están bien.

— Pero, ¿puede llamarse vida a esto? Llegué a casa de unos parientes a Semiénovka, allí vive una tía mía, tenemos un carácter que ni el gato y el perro, no hay nada que hacer. Después me fui a Jolm, al distrito, a casa de la cuñada.

— ¿Tampoco congeniáis?

— Tampoco —dijo y suspiré—. Lo que necesito es un marido, un padre para mis hijos. Devuélvanoslo, Alexéi Fiódorovich, apiádase de los huérfanos. No ve que no sirve para el ejército, que los médicos le han dado por inútil por el estómago. Y ahora se ha escapado de su mujer al bosque, le han entrado ganas de hacer guerra...

Ya no hablaba con la testarudez de antes y hasta dejó de llorar.

— Pero entiéndalo —intenté explicarle—, su marido no está aquí. Se ha ido con una misión del Comité Regional. Y ade-

más, piense usted en lo que dice. Estamos viviendo una guerra horrible...

De pronto me interrumpió exaltada:

— Alexéi Fiódorovich, ahora lo he comprendido todo, que los guerrilleros son buena gente y que no hay alemanes buenos, que son unos ladrones todos: ya me ha llegado la ciencia a la cabeza. Y el que ustedes luchen con los alemanes y los aniquilen es algo que yo saludo con todo el corazón y así se lo diría a cualquiera... ¿Pero qué hago yo? ¿Para qué me hace falta vivir? ¿De qué sirvo ya? Existió una María Petrovna que era una ama de su casa, tenía un marido y unos hijos. Tenía yo poder y fuerzas. ¿Y qué ha quedado de eso? La fuerza la llevo dentro, mírela —la mujer estiró las manos, apreté los puños con tanta fuerza que se le hincharon las venas— fuerza tengo, pero no soy ya mi dueña ni señora...

Druzhinin me guiñé el ojo y pregunté:

— ¿Y ama usted el Poder soviético?

— ¿Y cómo no lo voy a querer, cómo no voy a quererlo por mi casa, mi huerto y mi ganado? Todo eso antes lo teníamos. Como no querer el Poder soviético si mi Kuzmá es del Comité Ejecutivo y comíamos bien y nuestros hijos crecían sanos...

— Resulta que lo único que valora del Poder soviético es que con él vivía usted mejor, porque tenía una casa, un huerto y una vaca, porque su marido ocupaba un buen cargo y además bien pagado. ¿Así tengo que entender lo que dice? —de nuevo preguntó Druzhinin.

La mujer Le lanzó una mirada de asombro y hasta, al parecer, de temor.

Druzhinin prosiguió:

— O sea que si los alemanes le hubieran dejado todas sus cosas y los niños no pasaran hambre y el marido volviera a casa y le ayudara en sus quehaceres, entonces también se conformaría con los alemanes. ¿Es así?

— Déjala, camarada Druzhinin —le dije—. Acabemos la charla. Hay otros asuntos que resolver. Todo parece estar claro, María Petrovna. ¿Dónde se ha instalado, en Jolm? (La mujer movió afirmativamente la cabeza). ¿Su marido sabe la dirección de esos familiares? Pues muy bien. Cuando regrese de SU misión, le contaremos todo. Y si las circunstancias lo permiten, pasará a verla aunque sea para un día.

No dijo nada. Las palabras de Druzhinin habían calado en ella.

— Si no fuera por los niños —dijo lentamente—, me haría de la guerrilla...

— Pero nosotros no la hubiéramos admitido —dijo Druzhinin.

— Eso lo he dicho como ejemplo —prosiguió María Petrovna—, como respuesta a su pregunta sobre el poder de los alemanes. Primero adivinó bien usted mi carácter, no hay para mí felicidad mayor que ser dueña. Y ahora comprendo que con los alemanes, con esos canallas nadie es dueño: ni Siva, el stárosta de nuestra aldea, ni los policías; y si los alemanes quieren poner a un hetmán, como se dice entre la gente, pues tampoco al hetmán se le dejará mandar en Ucrania. Y mientras no vuelva el Poder soviético no habrá vida para nosotros. Esta verdad no la comprendí al momento, sino a través de la humillación, bueno, también usted antes de llegar a ser un jefe, seguro que se habrá dado más de un chichón, ¿no?

No pude reprimir la sonrisa. La mujer le contestaba a Druzhinin con ardor. No se podía negar una lógica en sus palabras. Al darse cuenta de mi sonrisa, María Petrovna se animé aún más, se inflé como un pavo y pasó al ataque:

— Mire, usted dice: qué mujer más inconsciente tiene Kulkó. No ve más allá de su casa, sus hijos y su ganado, de política no entiende, sólo le gusta la casa y nada más. Pero ¿y Kulkó, un hombre de Partido, le ha enseñado mucho a su mujer? Porque en casa no él sino yo le enseñaba. En el Comité Ejecutivo, en una reunión, en el Comité de Distrito, allí todos son gente de Partido, pero, al llegar a casa: dame de comer, mujer, arréglame la camisa, ¿están bien comidos los niños?, ¿por qué el cerdo crece mal? Porque mi Kuzmá en todas partes se vanagloriaba:" ¡Miren, mi Marusia, esa si que es una ama de casa!" Y no ha visto que en estas labores, en quince años, me he consumido la vida... Así que ahora ya no tengo nada, tengo las manos libres y el alma se me ha encendido contra los alemanes. Bueno, pensé, iré a buscar a Kuzmá, que me enseñe cómo seguir viviendo. Por algo es hombre de Partido, por algo entiende mucho de política. Y ahora, ni me dejáis ver a Kuzmá, ni me admitís —y calló con un gesto de desconsuelo.

En esto acabó la conversación con María Petrovna. Di orden de que del almacén le dieran para los niños algo de harina y azúcar y mandé que la acompañaran hasta el puesto de guardia. Y sólo cuando me despedía de ella le pregunté si querría llevarse a Jolm unas doscientas octavillas.

— Allí, a la izquierda de la serrería, hay una casa destruida por un bombardeo. Bajo la escalera hay un hoyo. Deje las octavillas ahí, ya las cogerá nuestra gente.

— ¿Me está probando? —adivinó la mujer—. Bueno, al menos gracias por eso... Déme las hojas. Y miré, a lo mejor la hija mayor les sirve de algo. Tiene ya catorce años, es pionera...

Después de marcharse María Petróvna estuvimos largo rato discutiendo sobre qué persona era, si se podía confiar en ella, si en efecto en una mujer tan avariciosa podían produ-

cirse cambios tan grandes en este tiempo. Y si, incluso, en el caso de que haya llegado a odiar a los alemanes bajo la impresión de sus sufrimientos, se la podía incorporar a la actividad clandestina y la lucha guerrillera.

Decidimos que, en cualquier caso, hacía falta utilizarla. Puede que fuera no del todo buena, políticamente una persona atrasada, pero de todos modos seguía siendo una persona soviética. Porque no fue poca la gente cuya conciencia política despertó bajo el efecto de la guerra y la ocupación. La gente que se nos unía era diferente. Pero marchaba con nosotros bajo nuestras banderas. Debíamos por tanto admitirla, armarla y lanzarla a la lucha.

A propósito, diré que María Petrovna Kulkó no ¡los defraudé. No se puede decir que trabajara de manera muy activa, pero, cuando hacía falta establecer un contacto con alguien a través de ella, enviar alguna carta o un paquete de octavillas, María Petrovna no se negaba. Lo cierto es que tampoco se le podía exigir una gran actividad. No vivía en su casa. Y con un carácter tan difícil como el suyo vivir por largo tiempo con unos parientes ya era una hazaña. Y vivía en Jolm sólo para sernos útil en alguna oportunidad. No podía hacer mucho para nosotros, además, porque no le era fácil conseguir el sustento para sus niños.

El Comité Regional clandestino y los comités de distrito teníian bastantes colaboradores de éstos, no muy activos, pero fieles.

* * *

Nuestros exploradores, los enlaces y los bisoños llegados del cerco nos informaban con todo detalle sobre el terror fascista, del que habían sido testigos. Pero si les preguntábamos có-

mo administraban los alemanes las tierras ocupadas, qué métodos de sojuzgamiento empleaban, nuestra gente nos respondía con las noticias más inconcretas, tomadas de periódicos y octavillas alemanes.

Aun conocíamos menos el estado de ánimo de los alemanes y de sus satélites, los húngaros. Para el guerrillero, el fascista era un ser sin alma. ¿Qué pensaba, con qué soñaba, cuáles eran sus convicciones? Nada de ello le interesa en absoluto. El aspecto exterior de los alemanes, su ropa, absolutamente todo, le producía repulsión.

Durante el combate de Sávenki cayó en nuestro poder una maleta perteneciente al oficial de Estado Mayor August Tulf.

Había en ella mapas, planos, diversas notas del servicio. En un gran álbum, con tapas de cuero azul, guardaba fotografías: una dama gruesa llena de encajes, hombres vestidos de frac, varias jóvenes delgadas, enjambres de niñas con vaporosos vestiditos blancos, el propio dueño del álbum desde la edad de un año hasta los trece. En una de las últimas fotografías se le veía con una sonrisa almibarada en los labios, abrazando por el talle a su novia. Había también un sinfín de fotografías hechas ya en el frente. En una, se veía a August Tulf colocando el dogal de la horca en el cuello de una campesina polaca; en otra, disparando en la nuca de un hombre que tenía las manos atadas; en la tercera, August Tulf, en medio de un grupo de oficiales, alzaba una copa ante la fotografía de Hitler... Y, por fin, una fotografía grande, que debía haber sido ampliada como recuerdo: Tulf divirtiéndose entre unos amigos. Entre unos quince amigos que figuraban en la fotografía, Tulf era el mayor. Los restantes pertenecían a la juventud hitleriana. Se deducía que eran oficiales, por la abundancia de bebida y diversidad de los manjares. Los propios “amigos” estaban completamente desnudos. Y todos ellos habían adoptado las posturas más antinaturales y repulsivas.

Desde hacía tiempo sabíamos que los oficiales alemanes eran aficionados a la pornografía. Pero aquello no era pornografía simplemente. Aquel documento fotográfico que he guardado hasta hoy día ponía al desnudo el alma de los oficiales fascistas, todo su fondo vil.

Entonces no sabíamos aún nada de Maidanek, de Oswiecim; tampoco teníamos noticia de que los alemanes habían inventado el "camión de la muerte". Pero habíamos visto las aldeas quemadas por los destacamentos de castigo, combatientes y habitantes pacíficos torturados, niños despedazados.

A principios de diciembre, un grupo de exploradores nuestros encontró en el bosque el cadáver de una mujer. Era Marusia Chujnó, obrera de la fábrica de azúcar de Koriukovka, comunista que trabajaba en la clandestinidad. Los guerrilleros del destacamento de Koriukovka utilizaban su casa como centro de enlace. El burgomaestre de Koriukovka Baranovski, ex ingeniero de aquella misma fábrica de azúcar, fue quien la delató a los alemanes.

Descubrimos en el cuerpo de Marusia Chujnó dieciséis cisuras. Le habían saltado un ojo. Los verdugos arrojaron sus restos al bosque para atemorizar a los guerrilleros y a los que actuaban en la clandestinidad.

Marusia Chujnó fue enterrada con todos los honores. Centenares de guerrilleros asistieron al sepelio.

No; no podíamos ni queríamos ver en los invasores nada de humano. Mientras estuvieran aquí, en tierras de la Unión Soviética, no eran seres humanos, sino solamente enemigos.

Pero para combatir con éxito al enemigo es preciso conocerte. Exigíamos que, si no todos los guerrilleros, al menos los cuadros dirigentes y en particular los delegados políticos y los exploradores estudiasen con atención los documentos alemanes que caían en nuestro poder, las órdenes de

los *gauleiter* y las leyes que se dictaban entonces en Ucrania. ¿Cómo se podía hacer trabajo de agitación entre el pueblo, penetrar en el aparato de las autoridades de ocupación sin conocer el régimen establecido por ellas?

La mayoría de los compañeros se dedicaba a ello con gran desgana. "¿Qué diablos de leyes? — objetaban los contrarios a esta clase de estudio—. "El nuevo orden"... no es más que la arbitrariedad. Cualquier comandante puede hacer cuanto le viene en gana

Y era cierto. He aquí un documento muy característico de aquella época; se trata de un bando del comandante militar, difundido en Jolmí:

BANDO

1. Se prohíbe ir al bosque. El que desobedezca esta orden, será fusilado.

2. Quien mantenga relaciones con los guerrilleros, les dé comida o albergue, será fusilado.

3. El que no comunique inmediatamente a las unidades militares próximas el nombre y el lugar de residencia de los guerrilleros que conozca, o la llegada de guerrilleros y comunistas forasteros, será fusilado.

4. Quien tenga armas u otros materiales bélicos, será fusilado.

5. El que propale noticias que puedan amedrentar a la población, como asimismo todo aquel que coaccione a la gente para que no trabaje o impida por cualquier otro medio el bienestar general, será castigado severísimamente.

6. Todos los starostas deben presentar inmediatamente en Id comandancia de Chernígov las listas de forasteros.

7. Los padres, los maestros y los stárostas son responsables de los actos de los jóvenes. Todos ellos serán castigados con todo rigor por los delitos que cometan los menores de edad.

8. El que, pudiendo hacerlo, no se oponga al sabotaje será castigado con la pena capital.

9. Contra las aldeas que no se sometan a esta disposición se tomaran las medidas más severas, con responsabilidad colectiva.

El comandante militar

Resultaba que a cualquier persona se la podía fusilar en todo momento. Las fuerzas de ocupación dictaban muchas disposiciones, órdenes y leyes. Algunas de ellas estaban llenas de promesas:

seguridad personal, cupos limitados de impuestos, etc. Pero las únicas promesas que los alemanes cumplían eran las de ahorcar, fusilar, castigar.

Y a pesar de ello, el Comité Regional tomó una decisión según la cual, los guerrilleros estaban obligados a estudiar el sistema de la organización militar, económica y política de los invasores. Se creó un círculo especial de estudio. Al recordar las clases de aquel círculo, ni aun ahora puedo contener la risa. Los guerrilleros, fatigados y rojos, sudorosos los rostros por la tensión, repetían de memoria:

—La *gebietscomandancia* es la encargada de dirigir la agricultura. El *landwirtschaftsführer* es el que dirige cuatro arteles agrícolas o comunidades. El *landwirtschaftsführer* depende del *gebietslandwirt.* El *gebietslandwirt* depende del *kreis-*

landwirt. El kreislandwirt depende del *gebietskommissar.* El *gebietskommissar* depende del *gauleiter...*

Después de las clases de aquel círculo, la gente se ponía tan furiosa, que se le podía enviar a las operaciones más arriesgadas.

* * *

En Koriukovka, cabeza de distrito en la región de Chernígov, hasta la fecha hay personas que asegurarán, bajo juramento, que el 6 de diciembre de 1941 la aviación guerrillera arrojó centenares de octavillas sobre aquel pueblecito.

Nosotros nos enteramos de ese vuelo de la "aviación guerrillera" por documentos capturados al enemigo. En el informe del comandante del distrito, redactado en tonos muy alarmantes, se comunicaba que los guerrilleros, además de armamento ligero, disponían de ametralladoras, artillería y aviación. En calidad de prueba, se citaban las declaraciones de soldados y oficiales alemanes y húngaros, como asimismo las actas de los interrogatorios de los vecinos de Koriukovka.

Más tarde tuvimos, en efecto, ametralladoras y cañones, arrebatados en combate a los alemanes. Posteriormente, desde la retaguardia soviética, llegaron aviones a nuestro destacamento. Los aparatos tomaban nuestras octavillas y las difundían por las aldeas y ciudades de la región. Pero todo eso no ocurrió en diciembre de 1941, sino bastante después. Así que el informe alemán no fue para nosotros más que un motivo de risa. ¡El miedo hace más fiero al lobo! Los comandantes y los jefes de las guarniciones para recibir ayuda exageraban con frecuencia nuestras fuerzas.

Pero más tarde comprendimos de lo que se trataba. Efectivamente, el 6 de diciembre, desde el cielo, cayeron sobre Koriukovka nuestras octavillas. Debido a lo brumoso del día,

no era difícil suponer que unos aviones, ocultos por las nubes, volaban a gran altura. Lo magnífico del caso es que, en aquel entonces, Koriukovka estaba abarrotada de tropas de ocupación. El día anterior habían llegado centenares de alemanes y magiares. Y el día 6 de diciembre, todos los vecinos del pueblo fueron obligados a acudir a la plaza para que conociesen a las nuevas autoridades del distrito: el burgomaestre, el jefe de policía y el comandante.

Y fue entonces cuando, desde el cielo, cayeron centenares de octavillas guerrilleras, exhortando al pueblo a luchar contra los invasores.

Esto fue realizado por dos valientes exploradores nuestros: Petia Románov y Vania Polischuk.

El 5 de diciembre, los enviamos a Koriukovka como enlaces, dándoles mil octavillas, tiradas en la imprenta forestal del Comité Regional clandestino.

El mismo Petia Románov nos conté lo ocurrido en esa expedición. Era un muchacho que gozaba de la confianza general, siendo considerado, con toda justicia, como uno de los exploradores más valientes e ingeniosos de nuestro destacamento. No es que Petia fuera de los que en su vida han roto un plato no modesto en demasía, pero como muchos hombres realmente valerosos, sentía una repulsión orgánica hacia toda clase de exageraciones. Ardiente defensor de la justicia, Petia exigía que cada cual recibiera su merecido. Y, tanto al enjuiciar sus propias proezas como las ajenas, el joven guerrillero lo hacía siempre con gran parquedad.

En junio de 1942, Petia Románov pereció en unión de otros dos compañeros. Rodeados por varias decenas de alemanes, estuvieron resistiendo hasta el último cartucho. Los compañeros de Petia sucumbieron y él se disparé en la sien la última bala. Pero eso pertenece ya a la historia dé tiempos

posteriores. He aquí el relato de Petia Románov sobre lo sucedido en Koriukovka:

“Se nos había encomendado varias tareas: primero, ir al hospital a ver al doctor Bezrodni, a fin de que nos diese las recetas para nuestros enfermos; segundo, pasar por la farmacia para recoger las medicinas y las vendas; tercero, dejar ¡as octavillas en el centro de enlace. Además, teníamos que enterarnos de las novedades: cómo se comportaban los alemanes y si se disponían a atacar al destacamento.

El doctor nos despachó inmediatamente. Como siempre, estaba muy nervioso. “¿Por qué —nos dijo— venís a verme con tantas armas? Comprended que yo no soy un guerrillero, y tengo miedo”. A pesar de todo, nos dio las recetas. En la farmacia tuvimos que chillar un poco para que nos hicieran de prisa las medicinas. Pero lo conseguimos. Continuamos nuestro camino. Teníamos que ir al centro de enlace a dejar las octavillas.

De pronto, Iván me dijo: “Mira, me parece que son alemanes”.

Era verdad, al final de la calle marchaban no menos de una compañía. Dimos la vuelta, pero, del otro lado, venían magiares a caballo. Aquello no nos convenía. Y no podíamos echar a correr: llevábamos en los bolsillos los frescos de medicinas y, en el cinto, granadas y pistolas. Y además octavillas. ¿Qué hacer? El asunto se ponía feo. Ellos eran muchos, y nosotros sólo dos.

Le dije a Iván: “Probemos a meternos aunque sea en ese patio”.

Me respondió: “Es peligroso, tal vez viva ahí algún canalla”.

Le dije: “Creo que no. Recuerdo que, antes de la guerra, vivían en esa casa un mecánico de la Estación de Máquinas y Tractores y un panadero. Vamos”.

Entramos. En el patio se nos echó encima un perro, ¡maldito chucho! Yo lo llamé: “¡Zhuchka!” Pero el diablo sabe cómo se llamaría; a lo mejor, Polkán, o de otra manera. De pronto, empezó a menear el rabo; nosotros pasamos junto a sus mismos hocicos. Y nada. No nos mordió. Pero la puerta no nos la quisieron abrir. No sé si era una mujer o una chiquilla la que chillaba, pero sin abrirnos. Mientras tanto, oíamos que los alemanes entraban ya en otros patios.

Iván me dijo: “Mira, Petia, en esa valla hay un agujero. ¿Nos metemos?”

Y yo le respondí: “Bueno”.

Al pasar por el agujero, se me desgarraron los bolsillos y se me cayeron los frascos. ¿Acaso podía dejarlos tirados? Los enfermos los necesitaban. Iván se puso nervioso y yo le dije: “Si nos ha llegado la hora, morir por la medicina también es justo. Tu haz lo que quieras, pero yo los recogeré”.

Iván, aunque refunfuñando, también se puso a recoger los frascos. Pasamos a otro patio. Allí todo estaba en silencio. Salimos a una calleja. Desde allí conocía el camino a la casa del viejo Bujánov. Era un obrero, que desde niño trabajaba en la fábrica de azúcar, un hombre leal. En otros tiempos cortejé a su hija. El nombre es lo de menos, para vosotros eso no tiene importancia.

A Iván se le rompió un frasquito y yo le di una buena reprimenda, tanta que hasta se ofendió.

Le decía: “No comprendes, tonto, que si rompemos las medicinas y perdemos las octavillas ¿qué clase de guerrilleros y exploradores vamos a ser entonces? No valdríamos ni un pito. ¿No es cierto?”.

Además, la medicina del frasquito roto resultó ser muy hedionda. Era evidente que, si mandaban perros policías en persecución nuestra, estábamos perdidos.

Tuvimos suerte. ¡Verdadera suerte! Bujánov estaba en casa. Imaginaos, alrededor ocurrían tales cosas y él estaba tan tranquilo, bebiendo aguardiente. Nos dijo: “No toméis a mal, muchachos, que no os dé. Para uno mismo, es poco

¡Qué viejo más raro! Siempre habla así. Después, se compadeció de nosotros y nos llenó un vasito a cada uno.

Bujánov nos dijo: “Bueno, muchachos, no hay que perder tiempo. Voy a sacaros del apuro”.

Le seguimos. Nos llevó por diversos patios y senderos y, de pronto, nos encontramos en el recinto de la fábrica de azúcar. ¡Qué cosas!

Bujánov, riéndose, nos dijo: “Aquí ni el mismo diablo os encontrará; ni siquiera Baranovski”.

La fábrica estaba muy quemada. Por todas partes, escombros, hollín. Mientras tanto nos estaban buscando; era indudable que nos perseguían. No sé cómo se habían enterado tan pronto. Seguramente les habrían dicho en la farmacia que habían estado allí unos individuos sospechosos. Un cliente se ofendió de que le hubiéramos empujado y de que nos llevásemos las medicinas sin hacer cola. Lo que nos dijo tuvo gracia: “¿Es que venís aquí en plan de guerrilleros o qué?” Le respondí como se merecía. Iván añadió también cuatro palabritas.

Seguramente fue el tipo aquel quien envió a los alemanes en persecución nuestra.

Bujánov nos dijo: “Bajad por aquí”.

Vimos una escalerilla entre las ruinas. Y después, tuberías. Debajo de la fábrica de azúcar hay muchos pasillos de distintas clases y anchos tubos subterráneos. No conozco esa tecnología. El hecho es que hay muchas entradas, salidas y escondrijos. Bujánov se orientaba perfectamente. Pero tenía prisa por volver a casa; había dejado allí a los niños.

Nos dijo: “Meteos más profundamente, muchachos. Y permaneced allí, nada os podrán hacer. Pero no os mováis hasta que yo venga

Bueno. Se fue. Nuestra situación no era nada agradable: en primer lugar, había mucha corriente de aire, no sé de dónde venía; en segundo, no se vela ni jota, igual que si estuvieras metido en un saco. No teníamos cerillas y el mechero, a causa del viento, no se encendía. No eran solamente ganas de fumar las que teníamos. Queríamos ver algo. No sabíamos lo que nos rodeaba, podíamos perder pie y caer.

No resistimos y, a tientas, continuamos hasta el final del túnel. Allí se veía luz.

Iván me dijo: “Vamos a asomarnos”.

Y yo le contesté: “Tienes razón. ¡Cuánto tiempo vamos a estar metidos aquí! Tengo ganas de echar un pitillo y además, no hemos comido nada desde esta mañana. ¡Vamos!

Todo estaba en silencio. Ante nosotros se extendía la blanca nieve. Pero no había hecho más que asomarme, cuando sonó un disparo. Me eché hacia atrás. Otro disparo. Entonces, claro está, nos metimos aún más. Y ellos, ¡el diablo sabe cuántos serían!, se acercaron corriendo. Se asomaron por el túnel o el tubo, como se llame... ¡Los muy víboras se iban metiendo! Exigían que nos rindiésemos. Y el túnel no hacía allí ningún recodo; si empezaban a disparar, era indudable que acabarían con nosotros. -

Debíamos meternos más adentro y doblar.

Iván me dijo: “Voy a tirar”.

Y yo le dije: “Tira”.

También yo saqué una granada del cinto. Pero no podíamos tomar impulso. Les quitamos las anillas y, por turno, enviamos rodando las granadas, y a cuatro patas echamos a co-

rrer. La onda explosiva nos golpeó con bastante fuerza, pero en el otro lado hubo también gritos y gemidos.

Les gritamos: "¡Qué os habíais creído! ¡Probad a cogernos! ¡Los guerrilleros perecen, pero no se rinden!

Pero resulta que estaba allí el propio Baranovski, el burgomaestre. Antes de la guerra, había sido ingeniero de aquella fábrica.

Baranovski nos grité: "Salid de ahí, conozco todo eso; de todas las maneras os haré salir".

Le contestamos como es debido. Sin embargo, tanto él como los demás tenían miedo a meterse. Seguimos andando. No sé el tiempo que anduvimos a pie y a rastras. Nos pasamos unas cuantas horas vagando por tubos y túneles. Lo peor era que teníamos la ropa llena de cristales. Cuando explotaron las granadas, los frascos que llevábamos en los bolsillos estallaron casi todos. Por allí los tiramos.

Iván me dijo: "¿Cómo nos va a encontrar Bujánov?"

Y yo le contesté: "Volvamos al sitio donde nos dejó".

Dimos a rastras la vuelta, pero nos olvidamos de los cristales que habíamos tirado, y yo me corté las manos.

Un poco después sentimos olor a humo. Nos salieron las lágrimas y empezamos a toser.

Iván dijo: "Están quemando paja".

Y yo le respondí: "No, me parece que es estiércol".

Discutimos con calor. Seguíamos arrastrándonos y riñendo al mismo tiempo.

Iván me dijo: "¡No entiendes nada de estiércol! El humo que despide es pesado y tira hacia abajo".

Yo le respondí: "Qué tiene que ver aquí abajo ni arriba, si el tubo es redondo".

Al día siguiente, Bujánov nos conté que Baranovski había traído varios carros de paja. La estuvieron quemando hasta la noche. Baranovski le dijo después a la policía que él, como especialista, estaba seguro de que nos habíamos asfixiado hacía ya mucho. ¡Vaya un ingeniero que ni siquiera sabe cuánta paja hay que quemar para llenar de humo todo el subterráneo de la fábrica!

Pero eso ocurrió más tarde. No nos asfixiamos, porque nos dimos cuenta de que si el humo no se quedaba en un mismo sitio era porque había tiro. Nos arrastramos en dirección al tiro y topamos con la sección de calderas.

Exteriormente, el local estaba obstruido por piedras voladas. No se podía entrar ni salir; los fogones también estaban destrozados. Pero la chimenea del tiro continuaba en pie. Lo habíamos visto cuando aún estábamos fuera. La chimenea de Koriukovka es famosa, mide más de cincuenta metros. Y tiene un tiro feroz. No lo vais a creer, pero a poco si se me lleva el gorro. Por eso pudimos permanecer allí tranquilamente; todo el humo se iba.

En la base, la chimenea estaba parcialmente destruida y el humo salía por una brecha.

En un rincón de ese local incluso echamos un sueñecillo; no por despreocupación, sino porque estábamos muy cansados. El humo también influyó. Después, nos despertó el frío. Ya no había humo.

Nos dolía la cabeza, como después de una borrachera, y hasta sentíamos náuseas.

Yo le dije: “Eso nos viene bien. Si no, sentiríamos más el hambre”.

Iván me dijo: “De todas formas, me comería un par de calderetas de patatas”.

Volvimos a discutir acaloradamente.

Yo le dije: “Cualquier doctor te dirá que, después de un atufamiento, hay que abstenerse de comer”.

Iván me contestó: “Mi organismo puede admitir comida en cualquier momento, hasta en vísperas de mi ejecución”.

Mas, a pesar de todo, era ya hora de poner fin, de algún modo, a aquella aventura, Bujánov no estaba. Tal vez le habrían echado el guante. Al marcharse, nos dijo que Baranovski tenía confianza en él. Pero le podían haber preguntado: “¿Qué hace usted aquí entre los escombros y por qué han huido los guerrilleros por su patio? “. Claro está que no sólo discutíamos; a veces, nos asaltaban ideas tristes.

Dicho sea de paso, la luz se filtraba en la sección de calderas por diversas rendijas. Y cuando mirábamos por la brecha de la chimenea, veíamos arriba una mancha blanca. El tiro continuaba siendo tan fuerte como antes.

Iván me dijo: “Sabes, Petró, tienes toda la cara negra. Te has debido cortar algo más que las manos. Puede venirte una infección. Sécate con una venda”.

Sacó una venda de las que habíamos comprado en la farmacia, arrancó un trozo y, sin que yo le diera permiso, se puso a limpiarme la cara.

Yo le dije: “Muy agradecido. Pero me parece que la sangre es de las manos”. Le arranqué la venda y la tiré. Y en el acto aquel trozo de venda fue arrastrado por el tiro hacia lo alto de la chimenea y desapareció inmediatamente. Voló al cielo.

Iván me dijo: “¡Qué bien si pudiéramos volar así, derechitos hacia el bosque!

Yo le dije: “Aguarda, aguarda”, y comencé a desabrocharme.

Iván se reía, pensando que iba a hacer la prueba. Pero a mí se me había ocurrido una verdadera idea. Me desabrochaba

para sacar las octavillas que llevaba metidas debajo de la camisa.

Tomé un paquete de octavillas y las tiré. Iván me miraba. ¿Y qué creéis? Las octavillas se arremolinaron y fueron arrastradas hacia arriba. Iván comprendió, y comenzó también a desabrocharse.

Las tirábamos a pequeños puñados. Unas treinta cada vez. Estaba claro que las octavillas volaban hacia arriba y, desde esa altura, se dispersaban por toda Koriukovka.

Nos alegramos y reímos tanto, que hasta la cabeza dejó de dolernos. Iván se olvidó de la comida.

Así nos encontró Bujánov. Estábamos tan entusiasmados, que ni siquiera le oímos llegar. Bien es verdad que venía con botas de fieltro.

Bujánov también se rió y nos dijo: “Ahí fuera están como locos. Dicen que la aviación guerrillera vuela sobre Koriukovka. Los policías se han escondido. Esperan un bombardeo. Habéis tenido una magnífica ocurrencia”.

Después encendimos un cigarrillo. Bujánov, en vez de mechero, tenía yesca y pedernal. Cuando hace viento, no hay nada mejor.

Iván dijo: “Me siento completamente feliz, camaradas”. Bujánov y yo nos reímos de él. ¡Vaya una felicidad! ¿Cómo salir de allí? Si caíamos en manos de los alemanes, nos harían trizas.

Bujánov se puso serio y nos dijo: “También yo debo salir ahora por otro lado. Desconfían de mí. Y, seguramente, me vigilan. Saldré con vosotros. Pero es una salida muy repulsiva y, además, tendremos que esperar a que sea de noche”.

Cuando nos explicó por dónde pensaba llevarnos, a Iván y a mí se nos estropeé inmediatamente el humor.

Yo dije: “Eso es imposible. Los guerrilleros se van a burlar de nosotros”.

Bujánov dijo: “No ocurrirá nada. Os lo aseguro. Allí todo está helado”.

Iván dijo: “Vosotros podéis hacer lo que os parezca, pero yo prefiero abrirme paso a tiro limpio, antes que meterme en la mierda”.

Bujánov dijo: “Eso es una tontería. Hace ya varios meses que la alcantarilla no funciona. Sois jóvenes, debéis vivir aún muchos años y acabar con muchos alemanes. Esos son prejuicios. ¿Y cuando los mecánicos tienen que entrar para alguna reparación? Dejad de hacer el tonto”.

A pesar de todo, comprobamos las otras salidas, y nos convencimos de que los alemanes estaban en todas partes.

Bujánov dijo: “Los muy víboras me acechan a mí. Porque están convencidos de que vosotros os habéis asfixiado con el humo”.

Iván cogió una granada y avanzó con decisión hacia la salida del túnel. Pero Bujánov lo agarró y tiró de él para atrás. Se puso tan furioso, que a poco le abofetea.

“Eres un mocoso —le dijo—. Debes obedecerme: soy un padre de familia y un hombre con experiencia. ¡Aquí yo soy el jefe!

Le puso verde, e Iván se sometió. También yo decidí entonces que más valía obedecer a Bujánov.

Aunque la cañería del alcantarillado estaba bastante seca, la cosa no tenía nada de agradable. Estuvimos arrastrándonos una hora por lo menos. Salimos a un pantano. Allí se estaba peor aún. A pesar del frío, el agua del pantano no se había helado del todo. Menos mal que llevábamos botas..

¡Menuda alegría sentimos al entrar en el bosque! Y no sólo por habernos salvado. No, principalmente por haber dejado a aquellas víboras con un palmo de narices.

Nos limpiamos con nieve y marchamos al destacamento. Bujánov se fue a casa, a Koriukovka”.

Tal fue el relato de Petia Románov. Unos días después de esa aventura, volvió con octavillas a Koriukovka. Quería tirarlas de la misma manera y se disgusté mucho cuando supo que los alemanes habían obstruido todas las entradas a los túneles y cañerías de la fábrica.

* * *

Evséi Grigórievich Baskin era el encargado de comunicarnos las noticias transmitidas por radio. Todas las mañanas leía ante las filas el parte de guerra del Buró Soviético de Información. Después, nos daba a conocer las últimas noticias y el contenido de los artículos más importantes. Baskin gozaba entre nosotros de tanta popularidad como el famoso locutor Levitán.

Cuando captaba en el éter buenas noticias, corría primeramente al Estado Mayor. Y nosotros mismos recorríamos los refugios ¡Era muy agradable alegrar a los compañeros con una buena noticia!

Más tarde me contaron que en la retaguardia soviética, cuando la gente se enteraba de la liberación de alguna ciudad importante, sal la a la calle para explicarlo a los que por allí pasaban.

Por nuestros senderos no había viandantes. Pero también en el bosque todo el mundo quería compartir con los demás las buenas noticias. Se encontraba uno con algún compañero

que entre los árboles estaba cortando un tronco y seguro que le gritaba:

— ¡Eh, compañero! ¿Ya sabes la noticia?

Recuerdo el 13 de diciembre. Hacía un gran temporal de nieve y un frío de veinte grados. Durante el día, habíamos tenido noticias de que un destacamento de castigo había destruido Reimentárovka y ocupado Sávenki. El estado de ánimo de la gente no era nada bueno.

A las dos de la madrugada entré corriendo Baskin.

— ¡Alexéi Fiódorovich, Nikolái Nikítich, camarada Yariómenko! ¡Ultima hora! En las cercanías de Moscú han sido aniquiladas varias divisiones del enemigo. Los fritzes huyen a todo gas.

¡La que se armó! Claro está que despertamos a todos. La gente se abrazaba, tiraba en alto sus gorros, Kapránov nos dio una ración de alcohol extraordinaria sin rechistar siquiera.

Hasta que pasaron unas dos horas, no volvimos a acostarnos, pero nadie pudo ya conciliar el sueño. Hablaban, hacían planes. Era evidente que el Ejército Rojo había tomado la iniciativa y comenzaba una gran ofensiva. No recuerdo ya quién fue el primero en proponer que formásemos inmediatamente varios grupos de a quince y los enviáramos aquella misma noche a las aldeas inmediatas.

También yo marché a la cabeza de uno de los grupos. Irrumpimos a caballo en la aldea de Jorómnoie y comenzamos a llamar a las puertas y ventanas.

A los quince minutos, en torno a la hoguera que encendimos ante el edificio del antiguo Soviet Rural, se había congregado el pueblo. Resulté una especie de mitin. Yo hice la información. Después llovieron las preguntas. En la aldea no había alemanes, y los pocos policías reclutados recientemente se escondieron. Uno de ellos corrió al caserío próximo, donde

se encontraba una compañía de magiares, pero cuando éstos llegaron ya habíamos desaparecido sin dejar rastro.

En el campamento se hallaban ya de regreso casi todos los grupos. La gente estaba entusiasmada. La incursión informativa había resultado de gran efecto. En todas partes los campesinos manifestaron su agradecimiento a los guerrilleros, les pidieron que volviesen por allí, y que, en caso de buenas nuevas, les despertaran a la hora que fuese.

Como es natural, la incursión no transcurrió sin incidentes. En la aldea de Churóvichi, a donde se dirigió el grupo mandado por Druzhinin, al principio todo iba bien. La gente se felicitaba mutuamente. Alguien empezó a tocar un acordeón y a cantar: “País mío, Moscú mío, eres el más amado”. De pronto, sonó un tiro. Todos se pusieron en guardia. Los guerrilleros echaron cuerpo a tierra, dispuestos a entablar combate, y las mozas del lugar escaparon a los huertos. Tres minutos más tarde, en la dirección en que sonara el disparo, se oyó vociferar a una mujer. Los muchachos regresaron de allí riéndose a carcajadas:

El stárosta se ha pegado un tiro. —Al enterarse de que el Ejército Rojo ha pasado a la ofensiva, seguramente ha creído que en la aldea están ya sus fuerzas avanzadas y se ha levantado la tapa de los sesos. La que llora es su mujer.

Popudrenko fue el último en regresar. Su grupo había ido a Rádomka. Al entrar en la aldea, vieron luz en una casa grande y, como sabían que en el lugar no había alemanes ni magiares, se dirigieron tranquilamente a ella. Popudrenko ordenó a los demás que siguiesen y despertaran a la gente, y entró en la casa abriendo la puerta de un tirón. Dentro había unos ocho mozalbetes. Al ver a Popudrenko, se pusieron en pie de un salto, mirándole con ojos desorbitados y sin decirle nada.

— ¡Camaradas! —gritó Nikolái Nikítich—, ¡Ante el Ejército Rojo, los alemanes huyen a todo gas! En los accesos a Moscú han caído cinco divisiones enemigas y la ofensiva continúa. ¡Hurra, camaradas!

— Hurra... —barbotaron los muchachos con timidez.

— Bueno, no puedo entretenerme con vosotros —dijo Popudrenko y se dirigió a otras casas.

Cuando comenzó el mitin, Popudrenko observó que entre los reunidos faltaban los mozalbetes que repitieran su hurra. Preguntó a los koljosianos por ellos.

El mayor de todos llevaba bigote y gorro alto de piel.

— No es de aquí. Es el instructor de la dirección policíaca del distrito. Es el que recluta e instruye a los jóvenes policías. Estaban reunidos. Por temor a los guerrilleros, casi siempre celebran de noche las reuniones.

Popudrenko se enfureció terriblemente:

— ¡Es imposible! El de los bigotes era el que gritaba “hurra” con más fuerza.

— Pero, mírese: cinco granadas al cinto, el automático al hombro, en la mano la mauser... Al ver a un tío así, no digo ya “hurra”, hasta “socorro” se puede gritar...

— Seguidme —ordenó Popudrenko a sus guerrilleros, corriendo en dirección a la casa—, ¡A granadas acabaremos con esos canallas!

Pero la casa ya estaba vacía y a oscuras.

Cuando Popudrenko terminó su relato, movió la cabeza y dijo con aire apesadumbrado:

— ¡Nos falta ser más vigilante, camaradas!

El Comité Regional en el bosque

Hacia mediados de diciembre, el delegado político de una de las secciones hizo la siguiente pregunta al camarada Yariómenko, nuestro comisario:

— ¿Qué es el guerrillero?

Yariómenko le miró perplejo.

— Tarde me lo preguntas —contestó—. Pero, dicho brevemente, es el vengador del pueblo.

— Eso lo comprendo... Pero mire, camarada comisario... Ha ocurrido lo siguiente. Celebré con los muchachos una charla sobre las tareas que ahora tenemos planteadas y a lo que debemos aspirar... Usted dice que el guerrillero es el vengador del pueblo y, en ese sentido, lo había explicado yo. Pero hay dudas. Algunos combatientes consideran que la situación de los guerrilleros es especial. Uno llegó a decir que el guerrillero no tiene futuro y que su situación, si la comparamos con la del soldado del Ejército Rojo, es peor que peor. El guerrillero, además de que no tiene a dónde retroceder, tampoco puede pasar a la ofensiva.

— Eso no es cierto, hacemos operaciones ofensivas. La de Pogoreltsi...

— Lo dije. Pero hacen objeciones. Eso no fue una ofensiva, me dicen, sino un golpe de mano. Asaltamos y volvemos a escondernos en el bosque. ¿Y luego qué?, me preguntan. El bosque está cercado. Y vuelven a comparar. El Ejército Rojo ha emprendido ahora una ofensiva en los accesos de Moscú y la va desarrollando de día en día. ¡Allí sí que está bien el combatiente!

— ¿Entonces resulta que lo que hace el Ejército Rojo no tiene nada que ver con los guerrilleros? Había que haberles

explicado, camarada delegado político, que aunque por ahora no tenemos comunicación con el frente, de todas formas estamos con el ejército. La ofensiva del Ejército Rojo es nuestra ofensiva.

— Eso lo comprende la gente, camarada comisario. Pero, por ejemplo, tenemos un guerrillero que se llama Nikífor Kalistrátov, ajustador de una Estación de Máquinas y Tractores. Siempre le gusta ahondar en las cuestiones. Kalistrátov dice que antes de la guerra todos tenían su plan y trataban de cumplirlo, y que también ahora le gustaría no limitarse a confiar en el Ejército Rojo, sino tener, según dice, “su propia ilusión, el plan del desarrollo guerrillero llevado a la base”.

El camarada Yariómenko me informó a mí y a los restantes miembros del Comité Regional de aquella conversación. Había allí motivos para meditar. En efecto, el hombre soviético no puede vivir sin un plan, sin una perspectiva clara. El plan se ha convertido en una necesidad, en una costumbre, en su segunda naturaleza. Eso es uno de los rasgos que distinguen fundamentalmente al hombre soviético de los hombres de la sociedad capitalista. Esta necesidad se manifiesta, en mayor o menor grado, en dependencia del desarrollo de cada uno. El ajustador Nikífor Kalistrátov tenía plena razón al fusionar en un todo único la ilusión y el plan. El hombre soviético estaba ya acostumbrado a que su sueño fuera real y a que se manifestase en cifras y plazos. En cualquier caso quería saber con exactitud hacia dónde se lo llevaba.

Había que mostrar a los combatientes los caminos de nuestra ofensiva guerrillera.

En el ejército todo combatiente sabe que cuando se avanza y se hace huir al enemigo se trata de una ofensiva. Cuando entregamos nuestras posiciones y el enemigo ocupa poblados y ciudades, se trata de una retirada.

En el ejército todo combatiente sabe que si la unidad está entera y bien dotada técnicamente eso quiere decir que es fuerte. Cuanto más importante sea la unidad mayores serán las pérdidas que pueda infligir al enemigo.

Si la unidad es motorizada y nadie va a pie, la cosa está bien. Y hasta es preferible viajar en trineos que medir los kilómetros andando.

En la vida guerrillera se debían de revisar incluso verdades, al parecer, tan sencillas.

En realidad, ¿qué se podía considerar como una ofensiva: el movimiento del destacamento hacia occidente, hacia la retaguardia del enemigo, o hacia oriente, hacia el frente? ¿Se debía tomar por una ofensiva la toma de una población? Porque los alemanes podían expulsarnos de ahí y además castigar duramente a la población.

La magnitud del destacamento no siempre determinaba su fuerza. Un pequeño grupo de hombres valientes, que sabe ocultarse con habilidad, puede, a veces, infligir al enemigo golpes muy sensibles, sobre todo cuando se recurre a las diversiones.

Y de aquí surgía la siguiente pregunta: ¿debíamos proveemos de caballos y de convoyes? Claro está que era mucho más agradable ir a caballo que a pie. Pero tal vez no tuviésemos necesidad de desplazarnos a ningún sitio. ¿No valdría más actuar en pequeños grupos unidos y en nuestro propio distrito? Conocíamos el distrito a la perfección. Sabíamos de memoria todas las veredas del bosque...

En la actualidad, no sólo los ex guerrilleros, sino todos los que hayan leído libros del movimiento guerrillero durante la Gran Guerra Patria, saben perfectamente que los destacamentos eran locales o móviles, Los primeros operaban dentro de los límites de su distrito; los segundos se movían de con-

tinuo, efectuando marchas de centenares y, a veces, de miles de kilómetros.

En 1941, ni siquiera el mando guerrillero conocía aún ese tipo de destacamento. Si alguien nos hubiera preguntado a mí, a Popudrenko o a Yariómenko: ¿aspiran ustedes a convertir su destacamento en una unidad de combate móvil?, no hubiéramos sabido contestar.

Nadie nos dio órdenes para pasar a ser un destacamento de ese tipo.

La táctica del movimiento constante fue suscitada por la propia vida.

Se suele decir que algunos guerrilleros se pasaban largas temporadas metidos en el bosque. En efecto, hubo casos en que pequeños destacamentos se limitaban a la defensiva y, durante meses enteros, no aparecían por los poblados ni en los caminos. Pero no conozco ningún destacamento de guerrilleros soviéticos que permaneciese tranquilamente en el bosque durante los años de la ocupación, sin hacer nada, limitándose a esconderse.

Si de algún destacamento guerrillero se dice que se ha pasado toda la guerra en el bosque sin hacer nada, en ese caso la afirmación muestra o bien un deseo de mancillar el honor de los guerrilleros o no se trataba de un destacamento, sino de un hatajo de criminales.

No resulta tan agradable vivir en el bosque. Si nos preguntan: ¿y cómo se las arreglan los cazadores, los guardabosques y otros especialistas forestales? Estos se pasan años en las profundidades del bosque. Aquí está justamente la diferencia: ellos no viven en el bosque sino que trabajan en él. Y además, la comparación es desafortunada. En un caso se trata de tiempos de paz y en otros de guerra.

En condiciones de paz, cuando se tiene posibilidades de instalarse como es debido, cubrirse bien del mal tiempo, organizar su modo de vida, hasta en tal caso no para todos está hecha la vida del bosque. Prueben instalar en él a un campesino agricultor, a un obrero de una fábrica o a un ingeniero. No, no le hará gracia quedarse por mucho tiempo ahí. ¿Y qué pasa en invierno, en un refugio con las paredes cubiertas de escarcha, con estrecheces, suciedad y viendo cada día las mismas caras? Y además sabiendo que estás rodeado por el enemigo. Si no hoy, mañana, se puede presentar y eliminarte sin piedad a ti y a tus compañeros. ¿Se puede llamar vida a esto? Más bien es un constante y repugnante vegetar. Además, los hombres soviéticos en su inmensa mayoría y de manera orgánica no pueden soportar largo tiempo sin hacer nada.

Claro que no todos los destacamentos eran activos por igual. No todos luchaban igual, de bien. Los fracasos se debían a diferentes razones: una mala dirección, la falta de conocimientos tácticos, la miopía política. También jugaban su papel los factores geográficos. La lucha en el bosque y la montaña da indudables ventajas al guerrillero. Pero sabemos casos de distritos donde en condiciones geográficas ideales para el despliegue de acciones guerrilleras, el enemigo aplastaba con facilidad y rapidez todos los focos de resistencia.

La condición primordial del éxito era la organización política de las masas populares. Y en nuestras condiciones, lo principal y decisivo era el grado de organización de los comunistas. Los invasores recibieron los mayores golpes en aquellos distritos donde los comunistas supieron conservar la dirección y no perdieron contacto con el pueblo al que exhortaban y movilizaban para la lucha. En esos distritos, los destacamentos guerrilleros se convertían en una fuerza militar y política seria.

Y, naturalmente, en los destacamentos donde los comunistas estaban organizados y cohesionados, jamás se perdía el tiempo, es decir, no permanecían inactivos durante mucho tiempo. Me refiero de nuevo a este tema porque algunos historiadores del movimiento guerrillero en Ucrania tan sólo señalan que hubo poderosos golpes de los guerrilleros en la segunda mitad de la guerra. Estos se inclinan a considerar todo el período inicial, de organización, como una etapa de falta de movimiento, y de acciones tímidas. Y explican la aparición de grandes destacamentos y en general de un amplio movimiento popular de resistencia frente a las tropas ocupantes desarrollado a finales de 1942, como debido al terror nazi y a la sed de venganza. Por lo mismo estos lamentables teóricos borran de un plumazo el trabajo de agitación y de masas de Partido dirigido a incorporar a la lucha guerrillera a los hombres soviéticos que se quedaron tras el avance del enemigo.

El aumento de la resistencia popular contra los alemanes era directamente proporcional al fortalecimiento de la influencia comunista entre las masas, a la ampliación del trabajo clandestino de agitación y a la intensificación de los golpes asestados al enemigo por los guerrilleros. Y esos golpes no eran otra cosa que el fruto de la labor militar del Partido en la retaguardia del enemigo.

No nos acostumbramos pronto, ni mucho menos, a las condiciones de la clandestinidad, no encontramos pronto nuevas formas de organización. En el primer período de la guerra, cuando muchos creían que ésta iba a durar poco, había entre nosotros gente propensa a esconderse, a esperar y dejar pasar el tiempo. Ese estado de ánimo comenzó a desaparecer inmediatamente después de los primeros combates ofensivos, cuando se consolidó la seguridad en las propias fuerzas.

La operación de Pogoreltsi fue para nosotros ese momento de viraje.

A mediados de diciembre, en el destacamento unificado contábamos con más de quinientos combatientes. El número de personas que deseaban adherirse a nosotros era cada vez mayor. Nuestros agitadores exhortaban en todas partes a resistir frente al enemigo. La primera octavilla que el Comité Regional tiró en su imprenta, en varios miles de ejemplares, se titulaba: “Quiénes son los guerrilleros y contra quiénes luchan”. En ella decíamos a la gente: “Batid a los fascistas, ingresad en los destacamentos guerrilleros”. Y la gente acudía a nosotros.

Sin embargo, llegó un momento en que ya no podíamos admitir a más gente sin correr el riesgo de privar al destacamento de su capacidad combativa y de maniobra.

La mayoría de los recién llegados traía armas consigo: granadas, pistolas, todo lo que era fácil ocultar bajo la ropa. Pero no podíamos armar a todos. Nos faltaban armas automáticas e incluso fusiles. Había gran escasez de municiones. Se nos estaban acabando las reservas de explosivos. Los hombres que venían al destacamento en su mayor parte no estaban fogueados ni instruidos. Había que trabajar bastante con ellos antes de que pudiesen entrar en combate.

El frío arreciaba, y no todos los nuevos traían ropa de abrigo. Los casos de heladuras se hacían cada vez más frecuentes. Dedicábamos casi tanta energía a la construcción de refugios como a la actividad combativa.

Nuestra emisora de radio estaba enterrada en la base del destacamento de Repki. Los radistas habían perecido y nadie sabía el lugar donde aquélla se encontraba. Pero continuábamos las pesquisas. Nuestros mejores exploradores anduvieron rebuscando por el sector del bosque donde estu-

viera la base y excavaron una veintena de fosas, sin resultado alguno.

Era absurdo enviar a los hombres al otro lado del frente: estaba demasiado lejos y ni uno solo de los enviados antes había regresado. Pero todos nosotros, desde los jefes hasta el último combatiente, comprendíamos que, en la guerra moderna, sin comunicación por radio, el destacamento guerrillero, en caso de no sucumbir, de todos modos llevaría una pobre existencia.

Necesitábamos directivas del Comité Central del Partido y del Mando Supremo; necesitábamos apoyo moral de la Tierra Grande; necesitábamos la constante seguridad de que nuestra actividad concordaba con la del Ejército Rojo, que luchábamos hombro con hombro en unión de todo el pueblo soviético. De haber existido tal unión y una dirección coordinada, nos hubiera sido mucho más fácil cumplir nuestra misión. Antes que nada necesitábamos municiones, armas modernas, trilita, minas. Los alemanes habían comenzado a reconstruir las vías férreas; los primeros trenes alemanes pasaban ante nosotros en dirección al frente. Sí, ¡el enlace era preciso, a toda costa!

Debido a la incorporación de reservas insuficientemente instruidas, el número de heridos había aumentado. Y la asistencia médica era nuestro punto-más débil. Hay que confesar que en Chernígov, al organizar el destacamento regional, se nos pasó por alto esta cuestión e incluso nos llevamos muy pocos medicamentos, vendas y gasas. Y solamente en el bosque nos dimos cuenta de que carecíamos de médico. Teníamos un farmacéutico, Zélik Abrámovich Iosilévich, y algunas enfermeras, pero ningún médico, ni siquiera de los más jovencitos.

En el destacamento de Pereliub había un practicante Anatoli Emeliánov. Le nombramos jefe del servicio médico-sanitario

del destacamento unificado. Resulté ser un hombre muy diligente y cumplidor, pero era muy joven. Se entregaba con todas sus fuerzas a cada herido o enfermo. Se pasaba las noches sin dormir, el pobre. Y aunque los heridos apreciaban sus cualidades morales, no era bondad lo que esperaban de él, sino asistencia.

En los primeros tiempos secuestrábamos el médico del hospital distrital de Koriukovka. Si, hacíamos justamente eso. Llegábamos por la noche a casa del médico jefe Bezrodni, lo tapábamos bien y nos lo llevábamos al destacamento. Bezrodni hacía el diagnóstico, recetaba las medicinas o hacía alguna pequeña operación. Después lo llevábamos a casa. Y todo eso delante de las narices de los alemanes. Este médico ya no era un chico joven y además estaba enfermo. Difícilmente hubiera soportado la vida en el bosque. Pero si hubiera sido más fuerte físicamente y estuviera sano, lo hubiéramos convencido de alguna manera para que se quedara con nosotros.

Una vez hicimos el intento de aprovechar los servicios de un médico alemán. Lo cogimos prisionero. Le pedimos que extrajera la metralla que se había metido en el cuerpo de uno de nuestros combatientes. Nos pidió instrumental quirúrgico, y nosotros sólo le pudimos ofrecer navajas, cuchillos y cuchillas de afeitar.

Es imposible esconder un gran destacamento. Este se puede encontrar en un distrito sólo en caso de disponer dé muy buen armamento.

Exigía de los jefes de sección que consiguieran para cada cinco combatientes un caballo y buenos trineos. Necesitábamos mayor movilidad. Desaparecer en cualquier momento ante las narices del enemigo.

Al principio, la orden se cumplía mal. No porque fuese difícil, en nuestras condiciones, conseguir caballos y trineos, sino

porque, sencillamente, muchos no comprendían para qué hacía falta cumplir dicha orden. No comprendían que ella formaba parte de un gran plan, y que cumplirla significaba comenzar nuestra ofensiva.

Sólo después de resolver las importantísimas tareas que teníamos planteadas, es decir, adquirir un mayor grado de maniobra, establecer contacto con el centro y mejorar considerablemente la asistencia sanitaria, podríamos permitir el futuro crecimiento numérico del destacamento.

Digo permitir, aunque en realidad queríamos crear una división guerrillera. En sus intervenciones ante los combatientes y en las charlas sobre nuestro futuro, los miembros del Comité Regional y los jefes decían con frecuencia:

— ¡Cuando tengamos varios miles de guerrilleros!

Pero, de momento, no teníamos más que unos cientos, y algunos jefes empezaban a temer el ulterior aumento. En cambio, a nuestro alrededor había miles de alemanes. Después de la derrota en los accesos de Moscú, las autoridades de ocupación habían recibido la orden de acabar lo antes posible con los guerrilleros: el frente exigía nuevos refuerzos. Por eso habían sido concentrados contra nosotros artillería, tanques, aviones. La suposición de que acabaríamos por disgregamos no se había justificado, como tampoco la de que conseguirían aislarnos de la población.

Los alemanes ya habían traído para sus soldados centenares de esquís; los magiares, con ayuda de los policías, aprendían a viajar en trineo; los alemanes reglaban el tiro de sus cañones, y algunos proyectiles caían en nuestro campamento. Los invasores se sentían tan fuertes, que ni siquiera consideraban preciso ocultar ante nosotros la preparación de su ofensiva. Nos tiraban octavillas proponiéndonos: “Cesad la desesperada resistencia, salid del bosque y rendíos”.

Pero las amenazas del enemigo no amedrentaron a ninguno de nuestros compañeros. Las octavillas se emplearon como papel de fumar y para algunas otras necesidades.

Sin embargo, no podíamos por menos de comprender que continuar en el mismo sitio era cada día más peligroso.

En aquellos días, el Comité Regional clandestino del Partido celebró unas de las reuniones más importantes, en la que se determiné el camino de nuestro desarrollo.

* * *

¿Qué era en realidad por aquel entonces el Comité Regional clandestino?

Cualquier persona ajena al destacamento habría afirmado que se trataba de un pequeño grupo de hombres en nada diferentes a los varios centenares de guerrilleros que le rodeaban. No todos los miembros del Comité Regional ocupaban puestos elevados. Y por su ropa, manera de comportarse y régimen de vida eran iguales a los demás guerrilleros.

Pero cuando el grupo aquel se reunía, cuantos le rodeaban sabían que estaban resolviendo importantes cuestiones de la vida de todo el destacamento, y, tal vez, no sólo del destacamento; cuestiones que podían no ser secretas, pero que eran invariablemente importantes y muy serias.

Cuando el Comité Regional recababa la presencia de algún guerrillero, éste, fuese o no del Partido, ponía en orden y concentraba sus pensamientos, y echaba una ojeada a los apuntes de su libro de notas... Y si se sentía culpable de algo, podía pasar un susto bastante grande...

Al recibir una convocatoria para una reunión del Comité Regional, no sólo los guerrilleros de filas, sino también los jefes

—hombres de temple y aguerridos— dejaban en el acto todos sus asuntos y, a cualquier hora del día o de la noche, emprendían la marcha, por larga que ésta fuera.

El Comité Regional podía convocar incluso a gente de destacamentos que no se encontraban bajo nuestro mando, y hasta de las aldeas donde no existían guerrilleros, podía convocar a gente de Nezhin, y ¡qué digo Nezhin!, incluso del mismo Chernígov. Y si el convocado odiaba de verdad a los alemanes y amaba a su Patria, si quería luchar activamente contra el enemigo, abandonaba la familia y, a veces con riesgo de su vida, se dirigía al bosque donde en aquel tiempo se encontraba el Comité Regional.

¿Qué gente era pues, la que constituía el Comité Regional? ¿Quién le había otorgado aquel poder sobre los hombres?

El hecho de que los miembros del Comité Regional clandestino hubieran sido miembros del Comité Regional legal de Chernígov y de que muchos de ellos fuesen confirmados más tarde por el Comité Central del Partido Comunista (bolchevique) de la URSS, en calidad de dirigentes de la lucha popular en la retaguardia enemiga, tenía, naturalmente, no poca importancia; pero eso no explica más que en parte la razón de su gran autoridad y la fuerza de su influencia entre las masas.

Los hombres soviéticos que por una u otra causa quedaron en territorio ocupado comprendían, en su inmensa mayoría, que sólo existía una fuerza una organización capaz de movilizar a millones de hombres soviéticos para la lucha heroica contra los invasores: el Partido Comunista.

Los jefes de miles de destacamentos guerrilleros y grupos de resistencia eran comunistas. Los destacamentos encabezados por jefes sin partido se podían contar con los dedos. Y a la primera posibilidad estos mandos ingresaban en el Partido.

Hasta en destacamentos no organizados previamente, en grupos de soldados cercados o prisioneros huidos, entre los campesinos sublevados ante los crímenes del enemigo y huidos al bosque, si había comunistas capaces de dirigir, éstos se convertían en jefes.

En las condiciones de la ocupación, los rasgos del verdadero bolchevique se revelaban con peculiar nitidez; se comprobaba la firmeza de sus convicciones, su fidelidad a las ideas comunistas.

Eso lo comprendía perfectamente el pueblo, porque en los bolcheviques siempre había apreciado la sinceridad, el valor, la aplicación consecuente de un programa trazado de antemano.

Venían a nuestro destacamento hombres salidos del cerco y prisioneros huidos, de quienes nada sabíamos.

El interrogar a los recién llegados no era de incumbencia del centinela del puesto de vigilancia; su deber se limitaba a llevarlos a presencia del comandante de guardia o avisar al jefe. Sin embargo, habitualmente, el centinela solía hacer muchas preguntas a cada recién llegado. Y lo primero que inquiría era:

— ¿Eres miembro del Partido? ¿Del Komsomol?

Todos los guerrilleros, incluso los sin partido, se alegraban, entre otras cosas, porque en la persona del comunista veían a un camarada fuerte y abnegado, y porque percibían en esa respuesta valor y nobleza. Es fácil ocultar la pertenencia al Partido. Para ello basta con negarlo.

Mientras que el reconocerse comunista imponía obligaciones especiales. Todos sabían que al comunista se le encomendaban siempre las misiones más difíciles. Y que, en caso de fracaso, la primera bala alemana le correspondía a él precisamente.

Los guerrilleros-comunistas no gozaban de ningún privilegio en comparación con los demás. Ni siquiera teníamos carnet, ese indicio elemental de pertenencia al Partido. Por decisión del Comité Regional, todos los que venían al destacamento con carnet del Partido o del Komsomol se los entregaban al comisario. En una de las bases habíamos escondido una caja de caudales. Después de guardar en ella todos los documentos del Partido, se enterró[14]. El secretario de la organización del Partido en el destacamento, camarada Kúrochka, tenía la lista de los miembros y candidatos a miembro del Partido Comunista (bolchevique) de la URSS y el secretario de la organización de base de las Juventudes Comunistas de Ucrania, Marusia Skripka también había hecho una lista de komsomoles.

La inclusión en dichas listas significaba que al camarada acabado de llegar se le reconocía, de hecho, comunista o komsomol.

En toda la guerra no se dieron más que dos casos de que los recién ingresados en el destacamento ocultasen su pertenencia al Partido. Habitualmente, los miembros del Partido y los komsomoles, tan pronto se les admitía en el destacamento, se dirigían al secretario de la organización de base pidiendo que se les diese de alta.

El procedimiento que seguíamos era bastante complicado. Por regla general, los nuevos carecían del carnet del Partido o del Komsomol. No se les reprochaba por ello. Pero para demostrar su pertenencia al Partido, el camarada tenía que

---

[14] **Además de todo tipo de documentos secretos, en la caja fuerte se guardaban marcos alemanes y alguna cosa de valor. Todo ello entregado al Estado Mayor Regional en los días de organización del movimiento guerrillero. Se supuso que harían falta para la labor de exploración e información. Pero resultaron innecesarios, los exploradores se las arreglaban sin dinero.**

encontrar tres testigos, miembros del Partido, que pudieran confirmar que, en efecto, había militado en tal o cual organización.

Una vez, cuatro combatientes de la primera sección se dirigieron a mí con una reclamación peregrina. Se presentaron todos juntos, y uno de ellos me dijo:

— Venimos a verle, camarada Fiódorov, para quejamos de Iván Markiánovich Kúrochka.

— ¡Pero si Kúrochka no es jefe vuestro! ¿Qué os ha hecho?

— Venimos a verle como secretario del Comité Regional...

Ninguno de ellos era miembro del Partido. Yo esperaba que me hablarían de algunos defectos en la vida del campamento, de alguna ofensa personal; pero resulté que habían venido a tratar de un asunto puramente de Partido, incluso de un asunto de vida interior del Partido.

— Alexéi Fiódorovich, ¿conoce usted a Vlásenko?

— Sí. ¿El encargado de la ametralladora?

— El mismo. Piotr Vlásenko, de Kárpovka.

— Somos paisanos —intervino en la conversación el segundo combatiente—. Pronto hará un mes que Vlásenko llegó al destacamento. Lo han incorporado a nuestra escuadra y vive en el mismo refugio que nosotros. Y nos hemos dado cuenta de que Vlásenko anda muy mohíno. Pasan los días y sigue igual. Incluso en el combate no es el de antes. Como paisanos y amigos suyos que somos, le preguntamos: “¿Qué te pasa? ¿No será por falta de un buen trago? ¿Es que no te alcanza la ración? ¿No será que sueñas con Marusia, la cocinera? “. Vlásenko se niega a respondernos y nos ruega que no le demos la tabarra. Sin embargo, ha acabado por decirnos de lo que se trata. “Recordaréis, muchachos, que en 1939 fui admitido en el Partido. ¿Lo sabéis, no es verdad?”

Claro que lo recordamos. “Pues ahora, no me reconocen. Kúrochka se niega a darme de alta. Enterré mi carnet al salir del cerco. Iría a buscarlo, pero son trescientos kilómetros, por lo menos”.

El tercer combatiente apoyó con calor:

— Eso de Kúrochka es pura burocracia.

— Debería comprender, camarada Fiódorov, que a Vlásenko eso le duele. Nosotros confirmamos que es miembro del Partido. Ha sido un activista en la aldea: hacía agitación en las asambleas; en la brigada del cultivo de huerta explicaba las noticias de prensa; era atento con la gente. Yo, por ejemplo, antes de la guerra, vi personalmente que estudiaba la Historia del Partido Comunista. Como testigos, se lo expusimos todo eso al secretario de la organización del Partido, a Kúrochka. Y fue peor.

— ¿No lo reconoció como militante?

— No. Nos dijo: “Vosotros no tenéis derecho a eso. Si Piotr Vlásenko fuera efectivamente del Partido, no se habría dirigido a vosotros, que sois sin partido, para un asunto de esta índole”.

— Pero vosotros ignoráis las circunstancias del caso —les dije yo—. Vlásenko estuvo en el ejército. Tal vez se haya portado mal y le hayan expulsado del Partido.

El cuarto combatiente, que había permanecido callado hasta entonces, creyó preciso intervenir.

— Yo he salido con él del cerco. Vlásenko y yo éramos de la misma sección. No he oído hablar de que lo hayan expulsado. Eso es una suposición errónea, camarada Fiódorov. Tampoco fue amonestado nunca.

Me interesé en saber por qué aquellos compañeros tomaban tan a pecho el asunto de Vlásenko.

— En primer lugar, el hombre padece, y nos da pena.

— Bueno, ¿y en segundo?

— En segundo lugar, y esto es lo principal, en nuestro pelotón no tenemos a ningún miembro del Partido. Usted qué cree, camarada Fiódorov, ¿tiene eso importancia para nosotros o no? Y en tercer lugar, debe vencer la justicia.

Les conté cuál era el procedimiento establecido para incluir a los combatientes en la lista de los comunistas.

— Desgraciadamente, camaradas, no puedo hacer nada. No tengo derecho a infringir el procedimiento establecido por el Comité Regional.

Creo que no les convencí. Se marcharon descontentos. Cinco minutos más tarde volvió a presentarse el combatiente que había salido con Vlásenko del cerco.

— Dígame, Alexéi Fiódorovich, si yo ingreso en el Partido, ¿podré hacer algo por Piotr?

— ¿Y quieres ingresar en el Partido sólo por eso?

Me miró sorprendido, y repuso con toda seriedad:

— Supongo que está usted bromeando, camarada Fiódorov. Hay que ser tonto para pedir el ingreso en el Partido sólo para ese asunto. Hice la solicitud cuando estaba aún en el regimiento, pero no me dio tiempo a presentarla. He conservado las recomendaciones.

— ¿En dónde estuviste cercado?

— Cerca de Kíev. Piotr y yo estuvimos andando más de tres meses, hasta encontrar a los guerrilleros.

— ¿Y durante todo ese tiempo llevaste encima las recomendaciones?

— Sí.

— ¿Entonces Vlásenko enterré su carnet del Partido y tú conservaste las recomendaciones?

— Sí.

Pero dándose cuenta de que con eso dejaba en mal lugar a su compañero, agregó presuroso:

— Pero la cosa es diferente, Alexéi Fiódorovich, Piotr tenía el carnet del Partido, y yo una petición para ser admitido como candidato.

— A ver, enséñamela.

Se quitó el capote, descosió el forro de la espalda y sacó de allí sus documentos, cuidadosamente doblados y envueltos en papel de compresa. Entre ellos había tres recomendaciones, legalizadas, y una solicitud pidiendo ser admitido como candidato a miembro del Partido Comunista (bolchevique) de la URSS.

— Se me han arrugado, Alexéi Fiódorovich —me dijo con aire culpable—. Esta es del teniente Voronko, muerto en combate. Esta otra me la dio el propio coronel, camarada Gotseridse, y la tercera es de Vlásenko precisamente. Era el número uno de nuestro equipo y yo el dos. Fue él quien me convenció para que ingresara en el Partido.

Examiné los papeles; después, fijé una atenta mirada en los ojos del combatiente. No, era imposible suponer que todo aquello hubiera sido ideado de antemano, tanto más cuando con la solicitud y las recomendaciones guardaba la fotografía de su mujer, la de sus hijos y un diploma del Comité Ejecutivo del Distrito por su excelente trabajo en el koljós.

— ¡Pero qué tontainas sois! ¡Si aquí tenéis la prueba! —dije yo mostrándole la recomendación de Vlásenko—. Aquí figura incluso el número del carnet del Partido y el año de ingreso, está todo. Llama a tu amigo y dile que te dé las gracias.

Había que ver con qué alegría me escuchaba.

— Es cierto, es cierto, somos unos tontainas. Es que, ¿sabe usted, Alexéi Fiódorovich?, nos dolía que una buena persona estuviera tan injustamente fuera del Partido.

Al separarse de mí, comenzó a andar despacio, después aceleré el paso y, finalmente, echó a correr. Oí que gritaba:

— ¡Piotr! ¡Ven aquí, Piotr!

* * *

En las reuniones del Comité Regional, además de sus miembros Popudrenko, Nóvikov, Kapránov, Druzhinin, Yariómenko, Dneprovski y yo, tomaba parte Rvánov, jefe del Estado Mayor, como asimismo Balitski, ayudante del secretario. A veces, asistían también los jefes de las secciones y los secretarios de los Comités de Distrito.

El Comité Regional se reunía cuando no había combate. Nuestras reuniones se celebraban en los lugares más inesperados; en invierno casi siempre nos reuníamos en el refugio, pero cuando el destacamento se hallaba en marcha, nos congregábamos o al lado de mi trineo o en torno a la hoguera.

Con frecuencia, uno u otro camarada tenía que abandonar la reunión por un momento, dar instrucciones o resolver algún problema que no podía ser aplazado. A cada rato, venía corriendo algún combatiente para informar de algo que había sucedido.

La reunión que me dispongo a describir se celebró con largas interrupciones durante las cuales participamos en los combates.

No quiero fatigar al lector con detalles ni tampoco me propongo recordar las intervenciones de cada uno. Examinamos problemas de mucha importancia. Se discutió bastante, pero los acuerdos se tomaron por unanimidad.

La experiencia nos demostraba que los destacamentos, al unificarse, habían ganado en capacidad combativa. La afortunada operación de Pogoreltsi había dado aliento y alegría a muchos. Pero cuando se puso de manifiesto que la ampliación de nuestra unidad llevaba aparejada la necesidad imperiosa de un desplazamiento continuo, cuando se vio claramente que no podíamos quedarnos donde estábamos, sin correr el riesgo de ser aniquilados por completo, muchos pusieron el grito en el cielo.

Bessarab vociferaba:

— ¡Abandonamos los lugares donde hemos nacido, nuestras bases!

Inesperadamente, Gromenko le hizo coro:

— ¡No abandonaré estos lugares por nada del mundo! Aquí todos los alrededores nos son conocidos, todo está explorado. ¡Dejadme! Aunque nos quedemos solos mis muchachos y yo, no nos perderemos...

Todo emocionado gritaba con énfasis: “¡Pasaréis por encima de mi cadáver! ¡Prefiero perecer en desigual combate! “, etc. Pero cuando se le dijo que su conducta anarquista podría obligar al Comité Regional a examinar la cuestión de su pertenencia al Partido, Gromenko se quedó pensativo unos instantes. Luego dijo:

— Yo, camaradas, me someto a la disciplina del Partido.

Sin embargo en la clandestinidad no se podía contener a la gente mucho tiempo sólo a fuerza de órdenes o decisiones del Partido, es decir, confiar exclusivamente en la disciplina

inspirada en el prestigio del mando y de la dirección del Partido.

Decidimos crear un gran destacamento. Cuando digo decidimos me refiero al Comité Regional del Partido. Pero, tal vez, alguien considerara que esta decisión era un capricho de dirigente, el deseo de subordinar a mi persona, en contra del sentido común, el mayor número posible de hombres. Y, en efecto, hubo entre nosotros compañeros que así lo decían:

— A Fiódorov se le han subido a la cabeza la envergadura de su trabajo anterior a la guerra. Es un hombre vanidoso, que no puede resignarse a que bajo su mando sólo quede un pequeño grupo de hombres, el destacamento regional.

Otros les objetaban:

— ¿Por qué a Fiódorov? La decisión la ha tomado el Comité Regional.

— Lo sabemos —respondían los contrarios a la fusión—. Todos los miembros del Comité Regional están subordinados a Fiódorov, ya que es el jefe del destacamento. En el Comité Regional también ocupa la posición más elevada. ¿Quién se atreverá a ir en contra de él?

Así podían razonar solamente quienes, acalorados por la discusión, habían perdido la cabeza y no comprendían los principios fundamentales de la dirección del Partido.

No, fue la lógica de la lucha la que obligó al Comité Regional de Chernígov a orientarse firmemente hacia la vigorización del destacamento. Al tomar este acuerdo, el Comité Regional perseguía, ante todo, el cumplimiento de la principal tarea de organización que le planteara el Comité Central del Partido bolchevique: atraer a la lucha contra los invasores la mayor cantidad posible de hombres soviéticos.

El marxismo—leninismo nos enseña que es necesario saber encontrar, en cada momento dado, en la cadena de proce-

sos, el eslabón especial, agarrándose al cual se puede retener toda la cadena y preparar las condiciones para el éxito estratégico. En aquel momento, ese eslabón especial era para nosotros la creación de una potente agrupación guerrillera. Esta agrupación debía ser de tal índole que decenas de miles de hombres que se habían quedado en los distritos ocupados conociesen su actividad; esta agrupación debía de aglutinar al mayor número posible de hombres soviéticos que, acudiendo al llamamiento del Partido, se incorporasen a las guerrillas.

Como es natural, nadie pretendía fundir en una unidad todos los destacamentos de Ucrania, y ni siquiera todos los de la región, pero en ésta debía de existir, al menos, una agrupación guerrillera que tuviese suficientes fuerzas para:

1. asestar golpes sensibles al enemigo;

2. mantener constante contacto por radio con el frente y nuestra retaguardia soviética;

3. disponer de un aeródromo para el aterrizaje de los aviones enviados desde la retaguardia soviética;

4. agrupar en su seno a cuadros de agitadores capaces de orientarse en la compleja situación política de aquel entonces, de explicar a los hombres soviéticos las tareas ante ellos planteadas e informar ampliamente a la población de la verdadera situación en los frentes;

5. tener una imprenta, tirar y difundir octavillas y periódicos;

6. servir de base a un cetro político de Partido que dirigiese toda la lucha clandestina y guerrillera en la región;

7. servir de ejemplo de firmeza y disciplina para todos los destacamentos locales y grupos de resistencia de los centros circundantes.

Era evidente que los destacamentos pequeños no podían encargarse de todas esas tareas. Los destacamentos pequeños no tenían más que una ventaja sobre los grandes: la posibilidad de ocultarse fácilmente.

Algunos compañeros, haciéndose eco de las opiniones de los guerrilleros políticamente atrasados, se oponían a que el Comité Regional asumiese la dirección del movimiento guerrillero en la región. Decían que limitábamos la iniciativa del pueblo. “Creando un destacamento grande —decían esos compañeros—, atraeréis la atención del mando alemán, le obligaréis a concentrar fuerzas punitivas y militares en el distrito donde actúa el destacamento y, con ello, someteréis a la población a cargas y penalidades aún mayores. El movimiento guerrillero es valioso —seguían diciendo— precisamente por ser un movimiento popular espontáneo, que estalla de pronto a causa de la indignación producida por las atrocidades de los invasores. Los campesinos, que conocen el odio feroz de los invasores hacia los comunistas, tendrán miedo de ayudar a los destacamentos guerrilleros, dirigidos manifiestamente por el Partido”.

Hubo que recordar a esos camaradas que, hablando así, ellos se pronunciaban contra el amplio contacto del Partido y el pueblo, contra la dirección del movimiento popular por parte del Partido, y que sus puntos de vista lindaban con la teoría de la espontaneidad, con la ideología del “seguidismo”.

El Comité Regional condenó el espíritu de “seguidismo” de algunos comunistas. A mí, como jefe del destacamento unificado, se me indicó la necesidad de seguir aumentando nuestros efectivos y de tomar todas las medidas para que el destacamento tuviese capacidad de maniobra.

* * *

En la noche del 21 de diciembre, todos los guerrilleros de nuestro destacamento subieron a los trineos, los jefes montaron a caballo y la columna emprendió la marcha. Estuvimos hora y media dando vueltas y revueltas por entre la profunda nieve. Cuando nos hubimos alejado unos quince kilómetros del viejo campamento, los guías condujeron hasta la carretera a la cabeza de la columna, y los bien cebados caballos emprendieron veloz galope.

La gente que encontrábamos en nuestro camino se apartaba asustada. Seguramente, creían que éramos magiares. La cosa no era para menos: por la carretera avanzaban veloces más de ciento veinte trineos llevando a unos hombres con fusiles, automáticos y ametralladoras. Además, unos setenta jinetes. En aquel entonces ni a enemigos ni a amigos se les hubiera ocurrido pensar que los guerrilleros podían desplazarse en columnas tan poderosas.

Abandonábamos las viejas posiciones, los lugares habituales; retrocedíamos bajo la presión de fuerzas superiores del enemigo; pero aquella retirada era, al propio tiempo, nuestra victoria.

Por la mañana, habiéndonos alejado unos treinta kilómetros de nuestro antiguo campamento, hicimos alto y oímos un lejano tronar de artillería. Llamé a Gromanko y a Bessarab:

— ¿Cuántos cañones están disparando?

Eran muchos. Después, cinco aparatos de bombardeo se dirigieron hacia el bosque y sentimos retemblar la tierra. Los aviones pasaron por encima de nosotros. Pero los pilotos alemanes, naturalmente, no podían suponer de ningún modo que aquella columna que avanzaba por el camino fuese de guerrilleros. Hasta entonces nunca habían existido semejantes destacamentos de guerrilleros.

Pedí a Rvánov que comunicara a Gromenko y a Bessarab los datos de nuestro servicio de exploración. Más de dos mil alemanes habían emprendido la ofensiva contra el campamento abandonado por nosotros. ¡Qué cazasen aire!

— ¿Comprenden ahora cómo una retirada puede convertirse en victoria?

— Si, eso, pues, nos lo hubiera dicho antes, nosotros, eso, pues, lo habríamos entendido... —comentó Bessarab.

— ¿Pero comprenden que el jefe del destacamento no es el presidente de una c ooperativa y no está obligado a rendirles cuentas?

Hicimos un pequeño alto en un bosquecillo y comimos, sin encender hogueras. Alrededor del, trineo donde iba el Estado Mayor fue congregándose la gente. Los guerrilleros escuchaban en silencio el creciente estruendo del ataque artillero. Cuando se restableció la calma, Popudrenko preguntó:

— ¿Quién tiene buena vista? ¿Quién ve lo que allí está ocurriendo?

Resultó que el que tenía mejor vista era Druzhinin. Es cierto que se llevó los prismáticos a los ojos. Pero nosotros no sabíamos que con los prismáticos se puede ver a treinta kilómetros.

— Se han desplegado en guerrilla —informó sin el más leve asomo de broma—. Se ocultan tras los árboles, se atrincheran. De nuevo se arrastran, saltan. Ahora se echan cuerpo a tierra. Por lo visto, les sorprende que a sus disparos no conteste nadie. Un oficialillo lama a sus soldados. Se arrastran hacia él tres; son, seguramente, los más valientes. Les señala hacia adelante...

Nos imaginábamos al burlado enemigo y respondíamos con carcajadas unánimes a cada palabra de Druzhinin.

— Por fin, han llegado al campamento —continuó Druzhinin—. Lanzan sus granadas dentro de los refugios vacíos. El oficial, rabioso, abofetea a sus exploradores.

Sí, aquello fue una victoria nuestra. En la mañana del 22 de diciembre, los alemanes lanzaron un regimiento entero contra los refugios que abandonamos. Artillería, tanques, aviación, todo se puso en movimiento. Y a Berlín volaron telegramas dando cuenta anticipada de la liquidación de un gran destacamento de "bandidos del bosque"...

Al mediodía estábamos ya a más de cincuenta kilómetros del viejo campamento. A plena marcha, nuestro destacamento irrumpía en las aldeas próximas: Maibutnia, Lásochki y Zhuravliova Buda. La población, sin comprender de lo que se trataba, escondíase y se dispersaba por campos y huertos. A nuestro encuentro salían los stárostas y nos hablaban en alemán, con acento ucraniano.

— *¡Guten Abend!*

Los policías formaban ante nosotros; sus jefes extendían el brazo, con una banda anudada más arriba del codo, y se desgañitaban gritando a voz en cuello, a la par que sus subordinados:

— *¡Heil Hitler!*

¡Menuda sorpresa se llevaban al ver ante sí a los guerrilleros!

Cuando la gente se enteraba de que la aldea había sido ocupada por los guerrilleros, regresaba inmediatamente a sus casas. Los chiquillos llenaban las calles. Las mozas extraían del fondo de sus escondidos cofres sus mejores galas. Y nuestros muchachos sacaban los acordeones. Y en casas y en calles —por todas partes— comenzaban los bailes y las canciones.

Estábamos lejos de esperar una tal acogida. Fue una verdadera fiesta para nosotros y para los campesinos. Hacía tiem-

po que no hablamos comido un “borsch” tan rico ni unos “varénikis” tan sabrosos con requesón y nata. Hacía tiempo que no nos alegrábamos tan de verdad. Y aunque todos tenían la evidencia de que tras los guerrilleros aparecerían irremisiblemente los alemanes, nadie mostraba temor.

Pero no estuvimos mucho tiempo de fiesta. Al día siguiente, los campesinos se convencieron de que los guerrilleros eran gente seria. Nos atrincheramos, establecimos’ puestos de vigilancia, empezamos a hacer instrucción y a dedicarnos al estudio político. En aquellas aldeas permanecimos unas dos semanas. Partiendo de allí, desde aquella nueva base, el destacamento llevó a cabo varias operaciones ofensivas contra las guarniciones de las aldeas cercanas.

El 3 de enero enviamos desde Zhuravliova Buda nuestros primeros radiogramas, estableciendo enlace con el frente Sur Oeste.

* * *

Lo que he descrito aquí en pocas palabras fue en realidad el resultado de un gran trabajo colectivo.

¿De dónde habíamos sacado trineos y caballos? ¿Cómo habíamos conseguido, al fin, una emisora?

En la primera parte de este libro ya he referido que el Comité Regional clandestino y el Estado Mayor del movimiento guerrillero de la región, en su llamamiento a la población, aconsejaban a los koljoses que repartieran entre los campesinos el ganado koljosiano y entregasen a los guerrilleros los mejores caballos. Muchos koljoses así lo hicieron. Los presidentes de los koljoses, que sabían que los alemanes confiscaban el mejor ganado, entregaban a los guerrilleros los caballos más veloces, resistentes y fuertes.

Pero, por desgracia, era frecuente que los invasores se diesen más prisa que nosotros: mientras que en los destacamentos se discutía si éstos debían ser móviles o locales, si había que tener caballería y convoy o limitarse a una exploración montada, los alemanes y los magiares confiscaban centenares de caballos koljosianos.

De los doscientos caballos y pico de que disponíamos a fines de diciembre, una mitad aproximadamente se la habíamos arrebatado al enemigo. Entre nuestros trofeos, no sólo teníamos caballos campesinos, sino también húngaros y alemanes. Estos últimos eran colines, de gruesas ancas, exigentes, delicados y caprichosos. En las condiciones del bosque perecían como monos en el Polo. Los guerrilleros les odiaban, sobre todo porque había que azuzarlos en alemán o en húngaro, y cambiaban de muy buena gana a los bien cebados “extranjeros” por los ordinarios caballejos campesinos.

La otra mitad de nuestros caballos la obtuvimos de los koljoses. Nuestros “agentes” iban a las aldeas de los alrededores donde los alemanes no habían tenido aún tiempo de instalarse. La mayoría de las veces regresaban al destacamento trayendo, además de los caballos, trineos. En Elino y en Sofíevka los campesinos organizaron especialmente la fabricación de trineos para los guerrilleros.

No obstante, en algunas ocasiones, nuestra gente tropezaba con una resistencia inesperada. ¡Quién no conoce la actitud del campesino ante el caballo! Y en aquellos casos tenían que desprenderse de los mejores. La mayoría de los campesinos comprendía que era una necesidad impuesta por la guerra, y que los caballos, en poder de los guerrilleros, servirían a la causa del pueblo; pero de todos modos...

En la aldea de Pereliub, la cuadra koljosiana estaba a cargo de Nazar Sujobok, un mujik de malas pulgas y caprichoso por añadidura. Yo lo conocía de antes de la guerra. Y no sólo yo,

sino casi todos los funcionarios regionales que, por deberes de servicio, tenían que visitar aquellos lugares, conocían también a Nazar como alborotador y cizañero. Muchos hasta creían que era partidario de los kulaks.

Y en efecto, cualquiera que fuese la medida que los representantes del Comité Regional o del Distrito tomaban en Pereliub, Nazar Sujobok intervenía siempre en la asamblea con algún discurso malintencionado exhortando, aunque sin insistir mucho, al sabotaje. Por lo menos, tal era la impresión que producían sus intervenciones. Sin embargo, trabajaba bien y —lo más importante— la gente le respetaba y temía ser blanco de su afilada lengua.

Frisaría los cincuenta, por eso no había sido movilizado para el ejercito. Ya en noviembre, los guerrilleros del destacamento de Balabái habían hecho la primera intentona para conseguir caballos de aquel koljós. Después de ponerse de acuerdo con el presidente del mismo, enviaron a dos muchachos a la cuadra. Nazar los recibió blasfemando. Pero cuando, a pesar de ello, los guerrilleros comenzaron a desatar los caballos, el viejo se puso hecho una furia y les amenazó con una vara:

— ¡Pero qué guerrilleros ni que...! ¡Os habéis reunido en el bosque un atajo de vagos y desertores! No habéis ido al ejército, y ahora, queréis vivir a costa del campesino. ¡Ea, largo de aquí!

Y hubo que dejarle.

Nuestros muchachos volvieron a visitarle a fines de diciembre. Los koljosianos, como también Nazar, sabían ya que los guerrilleros combatían seriamente contra los alemanes y que éstos se apoderaban de todo lo más valioso que tenía los campesinos. Sin embargo, Nazar volvió a oponerse, aunque esta vez había ido allí el propio Balabái en persona acompa-

ñado de cinco muchachos muy decididos. Los caballos de Nazar, dicho sea de paso, eran excelentes.

— Mira una cosa, Sujobok —le dijo Balabái—, tenemos la autorización del presidente; así que, hermano, no te andes por las ramas. Hace ya mucho que te conozco. Siempre has sido muy aficionado a armar camorra... También tú me conoces a mí. Apártate, antes de que sea tarde. ¡Coged los caballos, camaradas!

Nazar intentó de nuevo asustarles y empuñó la vara. Pero al ver que nadie le hacía caso, frenó sus ímpetus y gruñó:

— ¿Y qué voy a hacer yo aquí, en la cuadra vacía! Ya que os lleváis los caballos, llevadme a mí también. Os prometo...

Y no terminó de decir lo que nos prometía.

Balabái contaba más tarde que, a pesar de la desfavorable opinión que de Nazar tenía, había accedido a llevárselo consigo: tan sinceros y emocionados le parecieron los gruñidos del viejo. Nazar despidíose rápidamente de la familia —compuesta de ocho personas—, enganché los caballos a los trineos y, en cabeza de la columna, marchó con los guerrilleros al bosque.

Diré de paso que en el destacamento cuidó de los caballos con el mismo celo que en el koljós. Resulté ser un combatiente valeroso y sagaz. Murió un mes más tarde de manera bastante estúpida: había ido a Pereliub a visitar la familia, y los alemanes le apresaron de noche en su casa. Nazar resistió cuanto pudo. De un taburetazo logró romperle la cabeza a un alemán y a otros dos los lesionó gravemente, a patadas. A pesar de todo, consiguieron atarle, y aquella misma noche fue fusilado.

Y, como suele ocurrir con frecuencia, tan sólo después de la muerte de Nazar comprendimos el carácter y el verdadero fondo de aquel hombre. Con posterioridad, sus convecinos

recordaban que jamás había engañado a nadie, que cuando se comprometía a algo lo hacía siempre en el plazo fijado. En la primera guerra imperialista, siendo un joven soldado, había tenido fama de valiente. Nazar jamás fue rico. Durante mucho tiempo fue bracero, y continuó siendo tan diligente como antes, y obedecía en todo al amo. Por eso muchos consideraban que era partidario de los kulaks. Nazar guardó la ofensa y comenzó a decir por todas partes que los caballos eran mejores que los hombres. El viejo trataba cariñosamente a los caballos, y a la gente con brusquedad y grosería intencionadas.

Los guerrilleros guardaron un buen recuerdo de Nazar Sujobok, el de Pereliub.

Debo decir que en el destacamento guerrillero no sólo cada persona tenía su historia —frecuentemente muy complicada—, sino también la tenían casi todos los objetos. Todo lo que teníamos nos había costado lo suyo.

Esto se refiere también a la primera emisora que conseguimos. Habrá personas que digan: “Eso fue una casualidad, una suerte, una feliz coincidencia”. Pero yo opino que la “casualidad” se le ofrece a quien está listo para recibirla.

Cuando nos instalamos en la aldea de Lásochki los exploradores nos comunicaron que al otro lado del río Snov, en la región de Oriol, había un pequeño destacamento de guerrilleros al mando de Vorozhéiev. Ya de antes conocíamos su existencia. Poco después, vino a visitarnos el propio jefe del destacamento con su Estado Mayor. Más tarde, tuvimos a muchos huéspedes guerrilleros, pero Vorozhéiev fue el primero de todos. Conversador ameno y buen compañero de mesa, nos estuvo contando profusamente, después de la comida, cómo obraría en nuestro lugar Alexandr Vasílievich.

— Sabed que Alexandr Vasílievich no se ocuparía de bagatelas. Sabed que habría ensartado en sus bayonetas a la co-

mandancia alemana más importante de estos contornos. Arrogantes y valerosos serían los asaltos de Alexandr Vasílievich...

Pasó más de un cuarto de hora hasta que caímos en la cuenta de que aquel Alexandr Vasílievich, a quien con tanta frecuencia aludía Vorozhéiev y cuyo nombre mencionaba con tanta familiaridad, no era otro que Suvórov, el famoso jefe militar del siglo XVIII.

En cuanto a los asuntos referentes a su destacamento, nuestro huésped habló de ellos en general, sin entrar en detalles. De pronto Vorozhéiev conté que a unos treinta y cinco kilómetros de nosotros había una aldea llamada Krapvnoie, y que en ella llevaba ya escondido más de dos semanas un explorador del frente Sur-Oeste. Se trataba de un capitán, con un grupo de combatientes, una emisora y una radista. Vorozhéiev hasta nos indicó la casa en cuya buhardilla se ocultaba de los alemanes el capitán; éstos le estaban buscando y, al parecer, habían encontrado ya su rastro.

— ¿Ha intentado usted ponerse en contacto con él? — pregunté disimulando mi emoción.

Mi emoción se explicaba de la manera más sencilla, se trataba de una posibilidad real de establecer, al fin, la comunicación con el frente y, tal vez, con el Comité Central del Partido...

— Sí, sepa usted que a nosotros no se nos escapa nada. Envié a unos muchachos míos y me enteré de que la radio del capitán no funciona. No tiene acumuladores.

Vorozhéiev se cansó pronto de hablar del capitán y pasó a contar anécdotas de Suvórov. Me disculpé y salí de la casa. En resumen a la mañana siguiente nuestros muchachos trajeron a Lásochki al capitán Grigorenko y a los dos combatientes que le acompañaban, como asimismo a la radista y el aparato de radio.

El capitán Grigorenko resulté ser un hombre intratable. No estaba muy convencido de que fuéramos buenas personas. El argumento principal que esgrimía en contra muestra era el siguiente:

— El mando del frente no me ha comunicado nada de que en estos lugares existan destacamentos. No estoy obligado a creerles.

— Entonces, según usted, si el servicio de información del frente no tiene datos sobre nosotros, ¿no somos un destacamento guerrillero, sino un espejismo? ¿No es eso?

— Tal vez, algo peor que un espejismo...

Mientras tanto, nuestros muchachos marcharon a cumplir otra tarea: conseguir, a toda costa, acumuladores para la emisora. Dos días enteros estuvimos suplicándole al capitán Grigorenko que informase al mando de nuestra existencia Le explicábamos que necesitábamos una comunicación con la Tierra Grande, le referimos la historia de nuestro destacamento.

— Lo haría con gusto —dijo por fin Grigorenko—, pero, ya veis, no tengo acumuladores.

Y cuando le presentamos al instante unos treinta acumuladores sacados de autos alemanes volados, se quedó de una pieza. Nuestros muchachos habían recorrido el distrito de veinte kilómetros a la redonda y cargado sus trineos de acumuladores.

Entonces el capitán exigió que se le destinara un local especial y que durante el tiempo de su trabajo nadie se acercase al aparato a menos de treinta metros. Cumplimos todas sus exigencias. Le dejamos que se instalase solo en un refugio.

Cuando Vorozhéiev volvió a yerme, me dijo disgustado:

— Se ha aprovechado usted de mis informaciones y me ha quitado a Grigorenko en mis propias narices. Sepa que considero esto como una frescura. Suvórov jamás habría hecho cosa semejante.

El 9 de enero de 1942, Grigorenko consiguió recibir una respuesta del frente Sur-Oeste. El radiograma, enviado a mi nombre, estaba firmado por el mariscal Timoshenko.

* * *

La impresión causada por el radiograma recibido desde la Tierra Grande fue una de las más intensas de toda nuestra vida guerrillera.

La alegría que sentimos fue sincera y ardiente. Y arrebató a todos sin excepción. Puede que a algún lector nuestra emoción le parezca exagerada. En cambio es seguro que los marinos y las expediciones a las islas del Norte me comprenderán bien. No en vano los guerrilleros han tomado de ellos la expresión "Tierra Grande".

Si hasta entonces habíamos estado solos y todo lo debíamos resolver nosotros mismos, ahora, en cambio, ligados con el Ejército Rojo y el Comité Central del Partido, nos incorporábamos, no sólo moralmente, sino también desde el punto de vista de organización, al frente común de lucha contra los alemanes.

El texto de mi radiograma era el siguiente:

"El Comité Regional de Chernígov actúa en su territorio. Con el Comité Regional se encuentra un destacamento de 450 hombres. Transmitiremos datos complementarios sobre los resultados de la lucha.

Fiódorov"

La respuesta decía:

"A Fiódorov.

Transmita saludos a combatientes y jefes. Comunique sus necesidades. Esperamos detalles.

Timoshenko”

Estas breves palabras provocaron un júbilo desbordante en todas nuestras secciones. Aunque el radiograma se recibió de noche, centenares de hombres corrieron inmediatamente hacia el Estado Mayor. Con los guerrilleros corría también presurosa la población civil: viejos, viejas, mujeres, muchachas, chiquillos. Muchos de ellos ni siquiera sabían lo que había ocurrido, pero no podían permanecer impasibles en medio de aquel entusiasmo general.

Alguien, dicho sea de paso, se las ingenió para difundir el rumor de que Fiódorov había estado hablando por radio toda una media hora. Hubo incluso “testigos” que referían con todo detalle el contenido de la imaginada charla. Estos afirmaban que se oía muy mal y que Fiódorov, de tanto gritar, se había quedado ronco.

Unos días más tarde, nuestros exploradores se apoderaron de un documento curioso. Los muchachos capturaron a un enlace que, desde la aldea de Elino, se dirigía a la cabeza de distrito. Hallaron en su bolsa y me trajeron un informe del stárosta, Iván Kliuv, dirigido al burgomaestre del distrito.

“Tengo que comunicarle que, en la noche del 9 de enero, en las aldeas donde está ahora Fiódorov, es decir, Zhuravliova Buda, Lásochki, Maibutnia, hubo un gran alboroto y griterío. Se encendieron muchas hogueras, se bailé, se cantó mucho, la gente tiraba sus gorros a lo alto y también se besaba. He tomado medidas para averiguar de qué se trata. Gente de confianza informa que Fiódorov recibirá del frente una gran ayuda en armas y también en hombres. Se esperan aviones con infantería y cañones. Con tal motivo, los guerrilleros han estado de fiesta. Otro hombre de confianza me ha informado de que Fiódorov tiene ahora comunicación permanente, por

radio, con Stalin. Ese mismo hombre me ha dicho también que los aviones ya han llegado y traído algo. Pero, por otra parte, nadie los ha visto aún.

Por este motivo es indispensable tomar medidas para cercar y liquidar, lo antes posible, a esos bandidos; no vaya a ocurrir que luego sea tarde”.

Al principio el informe nos alarmó mucho. Nóvikov decidió que entre nosotros había un traidor, y que, además, tenía acceso al Estado Mayor del destacamento.

Pero no era eso. Como es natural, el stárosta no había recibido ninguna información secreta del Estado Mayor. Lo que el stárosta había captado era la ilusión de los guerrilleros, expuesta en voz alta en mítines y en charlas entre sí y con los campesinos, el entusiasmo que se había apoderado de la gente. Tales “noticias” era imposible ocultarlas y, además, ¿valía la pena hacerlo?

Del radiograma se derivó también otro importante hecho. Cuando todavía no estábamos convencidos de que Grigorenko lograría tomar contacto con el frente, en el primer texto, al confeccionarlo, lo que nos interesaba era simplemente hacer saber que existíamos. Pero, de todos modos, trabajamos mucho sobre el mensaje. Llevamos a Grigorenko un texto que llenaba toda una hoja. Pero éste, con bastante falta de consideración y delante de nosotros mismos abrevié toda la introducción y dejó sólo la última parte del texto.

Al recibir el radiograma de respuesta, subrayé en él las palabras: “Esperamos detalles”, y en el radiograma enviado por mí había subrayado la frase: “Transmitiremos datos complementarios sobre los resultados de la lucha”. Estas dos frases se convirtieron en tema de una seria discusión: primero, en el Estado Mayor, y más tarde, en una reunión especial del Comité Regional.

Antes llevábamos ya algunas cuentas, pero, para ser honrados, debo confesar que lo hacíamos de vez en cuando. Durante la operación de Pogoreltsi encargué a dos combatientes que hicieran el recuento de los alemanes muertos. Sin embargo, durante otros muchos combates, nadie recontó nada. No anotábamos los trofeos y, seguramente, no habríamos sabido decir al instante el número de operaciones de combate realizadas por nuestro destacamento después de la unificación. Desde luego era indudable que nadie recordaba ya lo hecho por cada destacamento en el pudiéramos llamar período "prehistórico".

En pocas palabras: no habíamos implantado aún en la debida forma el recuento de trofeos. Algunos recibieron por eso un buen rapapolvo. En la reunión del Comité Regional, los compañeros me criticaron también a mí. Tenían razón al decir que era el Estado Mayor del destacamento quien debía ocuparse de eso. Yo traté de echarle la culpa a Rvánov. Pero resulté que, a pesar de que éste había intentado hacía mucho organizar dicho recuento, los jefes, y entre ellos Fiódorov, no le habían apoyado.

Luego de reconocer nuestros errores, decidimos llevar la más detallada cuenta de los alemanes muertos y de los trofeos. Y a fin de establecer los resultados de lo hecho hasta entonces, llamamos a los jefes y les ordenamos que interrogasen inmediatamente a sus combatientes y que utilizasen sus diarios, para reunir de ese modo todos los datos posibles.

En la tarde del 11 de enero hicimos el balance.

Abordamos esta empresa con suma cautela. Las cifras suministradas por jefes a quienes se consideraba incursos en el pecado de fanfarronería, fueron rebajadas considerablemente a veces hasta la mitad. Por desgracia, no pudimos reunir más que los datos de los destacamentos que se habían unificado con nosotros. Y a pesar de haber rebajado todas las

cifras que nos parecieran algo exageradas, quedamos sorprendidos del resultado obtenido.

El 12 de enero enviamos al frente Sur—Oeste el siguiente balance de la actividad combativa del destacamento regional y de los destacamentos fusionados con él:

“En cuatro meses de actuación, las fuerzas guerrilleras han dado muerte a 368 alemanes, a 105 policías, stárostas y otros traidores a la Patria, y capturado valiosos trofeos. Han sido destrozados 29 autos, de ellos dos del Estado Mayor con documentos, 18 motos y 5 depósitos de municiones. Los guerrilleros se han apoderado de 100 caballos y 120 sillas. Han sido volados 3 puentes ferroviarios. El Comité Regional ha impreso y distribuido 31 octavillas, de diverso contenido, con una tirada total de 40.000 ejemplares”.

Pedíamos que nos enviasen armamento. Nuestro modesto pedido era el siguiente: 20 morteros, 15 ametralladoras pesadas y fusiles ametralladores, 1.000 granadas antitanques, explosivos, automáticos y la mayor cantidad posible de cartuchos para ellos.

* * *

Mucho más difícil era hacer el balance de la actividad de los grupos clandestinos, de los comunistas y komsomoles clandestinos aislados, dispersos por toda la región de Chernígov. Incluso, ahora sería difícil hacerlo. No recibíamos ni podíamos recibir de ellos partes de operaciones, como tampoco informes mensuales. Pero no sólo esa era la causa de ello.

Sabíamos cómo funcionaban los Comités de Distrito y los grupos urbanos o rurales organizados ya antes de la ocupación.

La suerte que habían corrido cada uno de ellos era diferente.

Con frecuencia, nuestro hombre, al llegar al sitio donde estuviera la casa de enlace, no encontraba más que cenizas y chamuscados ladrillos. A veces, cuando se dirigía a una aldea para comunicar a la célula clandestina una directiva del Comité Regional, no encontraba la célula, ni la aldea. Tan sólo algunos gatos, que se habían vuelto salvajes, se ocultaban enloquecidos entre los escombros de las casas. En tales casos, nuestro enlace marchaba en busca del Comité clandestino de Distrito, y se enteraba de que la organización había sido descubierta, los secretarios habían desaparecido sin dejar rastro alguno y los miembros del Comité habían sido apresados hacía tiempo y asesinados por la Gestapo.

— Lea el comunicado de la comandancia alemana —decían a nuestro enlace personas en quienes éste podía confiar, tendiéndole una octavilla o un cartel, donde figuraban los nombres de los dirigentes comunistas del distrito y se indicaba cuándo y dónde habían sido ahorcados.

Hemos visto con nuestros propios ojos los cadáveres con la tablita en el pecho.

— ¿Tenían la cara tapada con sacos?

— Las caras no se las hemos visto —confesaban los testigos.

Y no nos asombrábamos lo más mínimo, si un mes más tarde los “ahorcados” secretarios de los Comités de Distrito nos hacían saber que vivían y actuaban en otra aldea. A veces, las circunstancias obligaban a todo el Comité a abandonar su distrito, marchar al bosque a muchos kilómetros de distancia y comenzar de nuevo su labor.

Ello era natural y muy lógico. Si un traidor había descubierto a los alemanes el lugar de las bases, los centros de enlace,

las listas de la organización, hubiera sido absurdo permanecer en el sitio, esperando a ser detenidos y ahorcados.

En lo que se refiere a las informaciones alemanas sobre que habían eliminado tal o cual destacamento guerrillero, apresado y colgado a uno u otro agitador comunista, a éstas no se podía dar crédito. ¡Cuántas veces la radio alemana había asegurado haber rodeado y destruido nuestro destacamento! ¡Cuántas veces se “fusiló en su totalidad” al Comité Regional clandestino del Partido.

Sucedía también que algunos hombres de la clandestinidad, para borrar sus huellas, hacían correr el rumor que la organización se había disuelto, sus miembros se habían marchado cada uno por su cuenta interrumpiéndose toda actividad.

El Comité Regional se enteraba de que, por ejemplo, en la aldea de Buda o en el poblado de Mena aparecían con regularidad proclamas pegadas en los muros de las casas y de que, recientemente, había sido volado allí un depósito alemán de municiones. Según los datos de que disponíamos, en aquel poblado o aldea no había personas trabajando en la clandestinidad. Por consiguiente, se había organizado un nuevo grupo. El enlace que enviábamos allá informaba a su regreso que aquello era obra de nuestros viejos conocidos, que se habían trasladado del distrito vecino. Llevaron una máquina de escribir y papel.

Sin embargo, como es natural, también aparecían nuevos grupos de resistencia. A propósito, habría que explicar de dónde viene esta denominación. Antes de la guerra conocíamos las células de fábrica y rurales tanto del Partido como del Komsomol, dicho de otro modo, las organizaciones de base. También estaba el Comité de Distrito y el Comité Regional, así como el Comité Central. Esta misma organización —establecida en los Estatutos del Partido y el Komsomol— se conservó también en la clandestinidad. Pero supongan

que, en alguna aldea, varios combatientes salidos del cerco y prisioneros fugitivos encontraban refugio. Entre ellos había gente activa, también comunistas y komsomoles. Todos ellos querían luchar, reclutaban partidarios en la aldea y se armaban. A tales grupos combativos y patrióticos los llamábamos grupos de resistencia.

Huelga decir que nosotros no desdeñábamos esos grupos y tratábamos de ayudarles de palabra u obra. Exigíamos que los comunistas y los komsomoles marcharan en vanguardia, alentando con su ejemplo personal a sus camaradas.

Los Comités Regionales del Partido, al dejar en la clandestinidad a miles de comunistas, los dispersaron por un territorio enorme ocupado por el enemigo. Dada la presencia del enemigo, los Comités Regionales e incluso de distrito no podían conocer las direcciones de cada uno de sus miembros. Además, los lugares de residencia cambiaban constantemente. Pero, de todos modos, la organización seguía existiendo.

Empezaron a germinar los brotes de lo sembrado.

Se encontraban en condiciones más favorables los comunistas clandestinos de aquellos distritos donde actuaban los destacamentos guerrilleros. El Comité Central del Partido lo había previsto y por eso propuso ya antes de la ocupación que, además de las organizaciones clandestinas del Partido, se organizasen destacamentos guerrilleros. Unos y otros se ayudaban mutuamente, se complementaban. Las personas en la clandestinidad reunían armas para los guerrilleros, hacían trabajo de información. Cuando el peligro de ser descubiertos y detenidos se cernía sobre ellos, siempre podían refugiarse en el bosque y unirse a los guerrilleros.

A principios de 1942, en los bosques del distrito de Jolm, apoyándose en el destacamento regional, actuaban tres Comités clandestinos de Distrito: el de Koriukovka, el de Jolm y el de Semiónovka. Sus secretarios —Korotkov, Kúrochka y

Tíjonovski—, como asimismo los miembros de comités de distrito, tenían obligaciones militares en el destacamento, pero dirigían simultáneamente los grupos clandestinos de sus distritos.

La actividad de las personas que actuaban en la clandestinidad en esos distritos era viva, audaz y diversa.

El comunista clandestino Matskó consiguió colocarse de cocinero en el restorán de Koriukovka. En realidad, era un cocinero excelente. El burgomaestre Baranovski, el jefe de policía del distrito, Moroz, y los comandantes alemanes se daban casi todos los días grandes atracones de comida y bebida. Siempre que querían hacer alguna comilona llamaban a Matskó. Una vez borrachos, las autoridades del lugar hablaban más de la cuenta y Matskó no perdía palabra. Gracias a eso conocíamos de antemano todos los planes de los traidores e invasores.

Ninguna expedición punitiva de los policías de Koriukovka fue una sorpresa para nosotros. Al fin y a la postre, el propio jefe de policía, Moroz, pereció a manos de los guerrilleros.

También nuestra primera imprenta debió su existencia a los vecinos de Koriukovka que luchaban en la clandestinidad. Fueron ellos quienes robaron los caracteres y se los entregaron a los guerrilleros.

Además del trabajo de exploración y propaganda y de reunir armas para los guerrilleros, los de Koriukovka supieron organizar una amplia ayuda en víveres a las familias de los soldados y oficiales del Ejército Rojo, que antes de ser movilizados al ejército trabajaban en la fábrica de azúcar.

Lo hacían de la siguiente manera: varios muchachos nuestros, vestidos de campesinos, llevaban al mercado dominical una veintena de sacos de harina.

Por aquel entonces, el intercambio en especie había sustituido en los mercados a la compra y venta. Los habitantes de las ciudades ofrecían sábanas, lámparas, mesas y sillas; los campesinos les daban a cambio carne, harina, patatas. Las familias de los obreros y empleados tenían algún dinero. Los maridos, al marchar al ejército, habían recibido la paga, además de la subvención de salida, y dejado ese dinero a sus mujeres e hijos. Cuando se cerró la fábrica de azúcar, todos los obreros y empleados recibieron tres meses de sueldo por adelantado.

Tan pronto como aparecía en el mercado un carro cargado de harina, se formaba inmediatamente cola. Pero los “campesinos dueños” de la harina manifestaban que no necesitaban nada y que vendían solamente por dinero soviético. La gente apresurábase a ir en busca de dinero. Y como el barrio de la fábrica de azúcar estaba situado al lado mismo del mercado, los primeros en regresar con el dinero eran los obreros y los empleados de la fábrica.

Los comunistas clandestinos no vendían a cada uno más que diez kilos y se atenían rigurosamente a los precios de Estado que regían antes de la guerra. Lo más curioso es que, cada vez que lo hacían, los campesinos que también habían traído harina comenzaban, a su vez, a vender por dinero. No tardaba en correr el siguiente rumor: “Si el dinero soviético vale, eso quiere decir que los alemanes no durarán mucho”.

¿De dónde sacaban la harina las personas que actuaban en la clandestinidad? Al principio, la recibían en las bases guerrilleras, pero después la traían de alejados molinos, luego de haber dado muerte a los centinelas alemanes.

En los meses de septiembre, octubre y noviembre de 1941, los comunistas clandestinos y los guerrilleros del distrito de Koriukovka vendieron, de esa suerte, a las familias de los

movilizados al ejército, más de tres mil puds de harina, cien puds de carne y otros productos.

Por desgracia, al llegar el invierno tuvimos que suspender estas operaciones de “abastecimiento”. Nuestras bases se agotaron y el número de guerrilleros era cada vez mayor. Los víveres que arrebatábamos al enemigo ni siquiera nos bastaban a nosotros mismos.

En Jolm, la organización del Komsomol “Así comienza la vida” iba ampliando cada vez más su actividad. Ya en el primer libro hablé de su formación. Ahora los komsomoles clandestinos venían de continuo al bosque para recoger material de propaganda.

Venían también a pedir consejo al Comité Regional del Partido, pero era más frecuente que se encontraran con los dirigentes de los Comités de Distrito clandestinos del Partido, con Iván Martiánovich Kúrochka y Piotr Shutkó.

El primer secretario del Comité del Distrito del Komsomol de Jolm —Shutkó— era uno de los guerrilleros más “viejos”. Ya antes de la ocupación organizó con Iván Kúrochka un batallón de exterminio.

Más tarde este batallón se fundió casi en su totalidad en el destacamento guerrillero. Entonces también Shutkó marchó al bosque y se hizo explorador. Pero no perdió sus contactos con Jolm. Sobre él recaía la dirección general de la organización komsomol a clandestina del distrito.

Shutkó conocía bien a los jóvenes de las aldeas. Junto con el segundo secretario, el camarada Denisenko, eligió con anterioridad a los dirigentes de los grupos clandestinos del campo, estableció una serie de casas de enlace. En Jolm, Pogoreltsi, Bóbrik, Chenchiki, Kozilovka, los komsomoles y la juventud actuaron de manera activa durante todo el período de ocupación. Lo valioso de ello es que en el distrito de Jolm los dirigentes de los grupos de las aldeas, a pesar de las riguro-

sísimas normas clandestinas, estaban en contacto entre sí y venían regularmente a nuestro bosque. Trabajaban según el plan general del Comité Regional.

El grupo más numeroso y activo era el llamado "Así comienza la vida". El comité de aquella organización, constituido por nueve personas.—Kolia Yeriómenko, Nastia Reznichenko, Shura Omélchenko, Fenia Vnúkova, Katia Diachenko, Leonid Tkachenko, Fenia Shevtsova, Nadia Galnítskaia y Fedia Reznichenko—, se convirtió en un auténtico Estado Mayor de jóvenes komsomoles clandestinos, agitadores y exploradores. Decenas de komsomoles en el mismo centro del distrito y en los pueblos cercanos se hallaban subordinados al Estado Mayor.

Ya en la primera reunión, en septiembre de 1941, al cabo de unos días de la ocupación por parte de los alemanes de Jolm, se estableció un programa de acción. En él protocolo de aquella reunión se apuntaron las tareas fundamentales de la organización "Así comienza la vida":

"a) realizar una labor de agitación de masas entre la población;

b) movilizar al pueblo en la lucha contra el enemigo, organizar la obstrucción a las medidas emprendidas por los alemanes;

c) organizar las reservas para los destacamentos guerrilleros; de recoger armamento y municiones entre la población y enviarlos a los destacamentos guerrilleros".

En esta reunión, que fue bastante amplia, se eligió de manera abiertamente democrática el comité de la organización que yo ya he nombrado. Dadas las condiciones de la conspiración, eso no fue conveniente hacerlo.

Toda la organización actuaba ya desde hacía más de medio año y había hecho muchas cosas.

Por encargo del Comité de Distrito del Partido, los komsomoles consiguieron dos aparatos de radio con sus fuentes de alimentación. Además consiguieron otro para ellos. Sasha Omelianenko encontró una máquina de escribir rota y el estudiante del Instituto Industrial de Kíev, Fedia Reznichenko, la reparó.

Publicaban regularmente, como si fuera un periódico, octavillas con el parte del Buró Soviético de Información y las últimas noticias de la vida del distrito, que hacían llegar puntualmente a las direcciones fijadas. Allí eran multiplicadas a mano y transmitidas de nuevo. En los meses transcurridos habían impreso y distribuido más de quince mil de esas octavillas-periódicos.

Para el 24 aniversario de la Revolución de Octubre, los chicos recogieron a modo de regalo para los guerrilleros sesenta y ocho granadas, ocho fusiles, cinco mil cartuchos y cuatro revólveres.

Por la mañana del 7 de noviembre, los habitantes de Jolm descubrieron en todos los edificios elevados y en la semiderruida torre de bomberos banderas rojas. Así colgaron varios días. Los días conmemorativos de la revolución pasaron con una moral alta y festiva entre la gente.

Al enterarse de esto, tomó la ciudad un destacamento de la Gestapo. Pero en aquellos tiempos los alemanes todavía no habían organizado el poder ni creado una red de puestos policiales. Los nazis no lograron encontrar a los culpables de la demostración de octubre.

Leonid Tkachenko —muchacho de dieciséis años y alumno del noveno grado—, encabezó un grupo de exploradores y consiguió establecer con nosotros comunicación por estafetas. En cada aldea, camino del destacamento, Leonid tenía a muchachos suyos que, tan pronto como recibían la información, emprendían la marcha y transmitían las noticias a un

nuevo enlace de la aldea siguiente. Mientras permanecimos en el distrito de Joirn, siempre sabían dónde nos encontrábamos.

Más tarde, los komsomoles de Jolm recibieron, a través de nosotros, una tarea del frente Sur-Oeste: averiguar las comunicaciones del enemigo. Cumplieron brillantemente ese cometido, aunque entre ellos no había ningún militar.

A principios de enero, se presentaron en el destacamento Katia Diachenko y Fenia Shevtsova. Nos trajeron malas noticias: los agentes de la Gestapo habían descubierto al grupo. Los muchachos decidieron refugiarse, aunque temporalmente, en el bosque. De camino hacia él fueron apresados por la policía, Katia y Fenia lograron escapar; los restantes fueron detenidos.

Sin embargo, unos días más tarde, los enlaces nos informaron de que los muchachos habían conseguido salvarse. Fueron detenidos. por la policía del distrito y la rural, que los puso en libertad, pero exigiéndoles que regresaran a sus respectivos lugares de residencia fija. Y en efecto, regresaron a Jolm, pero cometieron un error muy grave: comenzaron a trabajar de nuevo sin esperar ni siquiera una semana.

Entre tanto destacamentos de castigo e importantes agrupaciones militares ocuparon todos los pueblos y aldeas que rodeaban el destacamento guerrillero. Se hizo casi imposible salir o entrar en nuestra zona. En cualquier caso, los intentos de nuestros exploradores se vieron frustrados durante largo tiempo.

Pronto nos vimos obligados a abandonar nuestro lugar y pasar a los bosques de Elino. Sólo a mediados de marzo un enlace del Comité Regional del Partido logró llegar hasta Jolm. Nos trajeron una noticia terrible: la organización “Así comienza la vida” había dejado de existir. Todo el comité fue arrestado. El cuatro de marzo cinco de siete personas fueron

fusiladas. Unos días más tarde se detuvo y también fusilé a Nadia Galnítskaia; el séptimo miembro del comité —Anastasia Reznichenko— no supo mantenerse en los interrogatorios. Los de la Gestapo la dejaron libre. Pero nosotros sabíamos bien que la Gestapo no deja libre a nadie así como así... Anastasia y dos amigas suyas, antes miembros de base de la organización —María Vnúkova y Alexandra Kostromá—, ahora aparecían en las calles sólo si iban acompañadas de policías o alemanes. Y al cabo de un tiempo las tres marcharon "voluntarias" a trabajar a Alemania.

Nuestro servicio de información logró establecer que tanto M. Vnúkova como A. Kostromá no eran del lugar, no eran chicas de Jolm, no se las conocía demasiado bien y los dirigentes de la organización actuaron de manera insensata y descuidada al permitir ingresar en la clandestinidad a dos personas ajenas y poco conocidas. Kostromá ni siquiera estaba en el Komsomol.

En manos de nuestros exploradores cayó el auténtico diario de Anastasía Reznichenko. Lo escribió desde el 29 de noviembre de 1941. Llevar un diario en aquellas condiciones era algo al menos insensato. Es cierto que Anastasía no escribía nada de los asuntos de la organización clandestina, pero mencionaba muchos nombres, de todos con los que se encontraba. No citaba los apellidos, pero apuntaba los nombres de modo que enseguida se podía adivinar de quien se trataba. "-Vino Bronia M,. Olía N., Kolia E., Sasha O." Las iniciales de los apellidos eran de verdad.

Del diario se puede ver que A. Reznichenko cayó bajo la influencia de Kostromá. Esta la contagié de ideas religiosas y finalmente la puso en contacto con los policías.

Por cierto, aquí conviene señalar que en las aldeas, caseríos y hasta en las pequeñas ciudades los jóvenes conocen a todos los de su edad. Las relaciones son simples: han estudia-

do juntos, juntos trabajaron en los campos de los koljoses, paseaban por las tardes, se encontraban en el cine. Los alemanes escogieron como policías también a alguno de estos "conocidos". Y hace falta ser muy precavido y tener un carácter íntegro, de principios, —como lo da el Partido— para alejarse de manera rotunda de los viejos conocidos. Además, no eran raros los casos en que los policías de las aldeas se paseaban por las calles sin uniforme y hasta sin brazaletes.

En los tiempos de la Rusia zarista, los obreros y campesinos sabían desde niños que los fabricantes, tenderos, terratenientes, funcionarios, kulaks, stárostas, policías y la gendarmería: todos eran sus enemigos. La actitud precavida y vigilante hacia estas personas ajenas a su clase, y hasta hacia sus hijos, era algo que. el obrero o el campesino pobre mamaba con la leche de su madre. El obrero le decía a sus hijos: "No te fíes de los señoritos". El campesino siempre aconsejaba a sus chiquillos que se mantuvieran alejados de los hijos de kulaks, y más de los hijos del terrateniente, policía o pope.

En nuestra sociedad sin clases, los chiquillos crecen en condiciones de igualdad. En la escuela, en casa o en la calle, en todas partes las relaciones son distendidas, naturales, de corazón a corazón. La sospecha mutua no sólo queda excluida sino que es mal vista. Y esto está bien. Cada año las cualidades morales del hombre soviético se elevan más.

Pero la guerra y más aún la ocupación cambiaron brutalmente las circunstancias. La precaución se convirtió en una de las leyes de la conducta diaria. En la guerra, sin disciplina y precaución no se puede dar ni un paso.

Nosotros comprendimos muy rápidamente la necesidad de una disciplina militar en los destacamentos guerrilleros. Pero entre los hombres que se dedican a la labor clandestina tiene que haber una disciplina igual o mayor a la nuestra. Esto es

lo que no sabían los de Jolm. Y si lo sabían no le prestaron demasiada atención. No había experiencia. Hasta los dirigentes no habían estudiado lo suficiente la historia del Partido. Es cierto que en la Rusia prerrevolucionaria las condiciones de la clandestinidad eran otras. Sin embargo, la historia de nuestro Partido bolchevique nos enseña no sólo la necesidad de mantener la disciplina en la clandestinidad, sino también el modo de lograrla.

Kolia Yeriómenko, un joven de veintiún años, antes de la guerra era instructor del trabajo político. Era un muchacho alegre, activo y enérgico. Leía mucho, era deportista: hacía esquí, patinaba, era un nadador de primera y jugaba en el club de fútbol de la fábrica de alcohol. Su nombre era de los más queridos y populares entre los jóvenes de la aldea. Cuando se cernió la amenaza de la ocupación, Kolia pidió el ingreso en el destacamento guerrillero. Se le propuso que se quedara en la clandestinidad como dirigente de la organización. Aceptó entusiasmado. Y con su habitual energía puso manos a la obra. Nunca había visto a los alemanes. Desconocía, claro, las ruines maquinaciones de la traición y el espionaje. La confianza era su mayor defecto. Pero ya hemos visto que un hombre mucho más experimentado, probado en la lucha de clases, ya mayor y viejo miembro del Partido, Egor Yevtujóvich Bodkó de Llsovie Soróchintsi también cayó víctima de su confianza.

En la aldea de Chenchiki situada no lejos de Jolm vivía una viejecita que no pertenecía al Partido llamada María Vasílievna Malanshénkova, tía carnal de Nikolái Yeriómenko. Siendo trabajadora textil de Podolsk, vino a vivir aquí de los alrededores de Moscú después de jubilarse. Ya antes de la revolución María Vasílievna tomó parte en el movimiento revolucionario y huelguístico. Desde el primer día de la ocupación alemana se puso en contacto con los guerrilleros y la clandestinidad. Su pequeña casa se convirtió en casa de enlace

conspirativo. En ella se escondían a menudo nuestros exploradores. La vieja enviaba a la gente al destacamento. Hacía pan para los guerrilleros. En una palabra, era uno de los nuestros.

Esto es lo que conté María Vasílievna de los últimos momentos de la vida de nuestros héroes komsomoles:

— Desde aquel malvado día del primero de marzo en que me enteré que a Kóliushka y sus compañeros los habían metido de nuevo en la Gestapo, me fui de casa y pasaba las noches en casas de gentes de Jolm. Allí me enteré que aquellas dos chicas —Alexandra Kostromá y María Vnúkova— también estaban en la Gestapo, pero parecía que les permitían recibir paquetes y hasta les habían prometido que las dejarían ir.

Cuántas veces se lo dije a Kóliushka y a Shura Omelianenko cuando venían antes a Chenchiki que no entendían lo bastante eso de la conspiración. “Tenéis que cuidaros de Kostromá y Vnúkova —les decía yo—. Y eso no sólo porque no son de aquí, sino porque no son serias, son unas coquetas a las que sólo les gusta jugar a las cartas y pavonearse delante de los muchachos”. Pero Kolia me contestaba que cuanto más jóvenes hubiera mejor sería. Más le hubiera valido tener razón, pero, para desgracia, la tenía yo.

En Jolm no hay una cárcel de verdad. Cuando torturaban a los chicos, desde la casa que había ocupado la Gestapo se oían unos gritos que llegaban lejos. Uno de los policías, también un chico joven, no aguanté más y se escapé. Sólo de haber visto aquellas torturas se puso enfermo y se pasó dos días temblando. Y fue por él como la gente se enteré cómo los verdugos de la Gestapo clavaban agujas a nuestros chicos bajo las uñas y les pegaban con baquetas. Cubrieron con goma las baquetas para destrozar más el cuerpo. A Fedia Reznichenko, la gente decía que le daban golpes en el pecho con un martillo de madera. Pero de todos modos ninguno dijo

nada. ¿Cómo lo sé yo? Pues porque estoy aquí delante de ustedes vivita y coleando. Había otros con los que tenía contacto. Tampoco ellos están arrestados. Sólo cogieron a los que conocían las chicas esas. O sea que todo viene de ellas.

El cuatro de marzo sacaron a nuestros chicos a la nieve y el viento. Primero hubo orden de colgarlos. Pero parece que no tuvieron tiempo de montar las horcas y los llevaron tras el río. Los conducían unos alemanotes enormes con caras de tomates, en cambio nuestros komsomoles parecían tan pequeños y delgaditos. Todos iban descalzos. Sólo Fenia Vnúkova llevaba puestos unos zapatos y un pañuelo, pero la cara la llevaba cubierta de sangre. A Shura Omelianenko le faltaba un ojo, se lo habían vaciado. Casi no podía caminar, pero de todos modos sujetaba por el codo a Fenia y le susurraba algo.

La gente estaba a los lados de la calle como petrificada. Los alemanes se hacían paso a golpes, pero la gente no se apartaba. María Fiódorovna, la madre de Shura Omelianenko, rompió la fila de los alemanes y tirándose al suelo se agarré de los pies de su hijo. ¡También a mí —gritaba—, también llévenme a mí! ¡Mátenme, no quiero vivir así! “Shura se inclinó hacia ella para levantarla del suelo. En ese instante los alemanes se lanzaron sobre ellos y arrojaron a un lado a María Fiódorovna. Shura le gritó: “¡Mama, no nos matarán a todos, triunfará nuestra verdad! ¡Triunfará el Poder soviético!”

A Kóliushka, mi sobrino,, no lo reconocí en seguida. Tenía el pelo blanco. Igual, igual que un viejo, con todo el pelo blanco. Me vio y se dio la vuelta. No pude aguantar y sabiendo que hacía mal le grité “¡Adiós, Kóliushka!” Después oí cómo la gente gritaba y lloraba. Se despedían de los suyos. Fenia Reznichenko, Shura Omelianenko y Leonid Tkachenko, aunque éste era el más pequeño, contestaban a la gente, gritaban consignas y alzaban los puños, o sea, que todavía te-

nían fuerzas para enfrentarse a los alemanes. Sólo Kolia callaba, no en vano era el principal.

En el recodo, la calle subía empinada. Y cuando llegaron a la parte más alta, allí los alemanes ya no nos dejaron pasar. Desde el lugar más alto Kolia se dio vuelta hacia la muchedumbre y en voz alta —como si se cuidara la voz hasta este instante— gritó: "¡Morimos, pero no nos rendimos! Los alemanes se abalanzaron sobre él y lo tiraron al suelo. No llegaron al río, se les acabó la paciencia, empezaron a disparar en medio de la aldea, en el camino. Ni siquiera apuntaban.

Al día siguiente a los familiares les dejaron recoger los cuerpos para que los enterraran. Cada uno tenía de veinte a treinta heridas. A todos se los llevaron a enterrar, sólo el pequeño Leonid Tkachenko se quedó en el río. No tenía ni padre ni madre ni hermanas. A la segunda noche convencí a una buena gente para recogerlo del río, había allí poca agua. Pero cuando llegamos su cuerpo ya no estaba. Después me enteré de que antes de mí se encontraron otras almas compasivas. Y cumplieron con él su último deber.

Una vez iba por la calle y me encuentro a Kostromá. O sea que la dejaron salir. O sea que tenía yo razón, que ella y su amiguita María Vnúkova denunciaron a los nuestros. Iba con ella un joven, puede que un policía. La llamé a un lado. Y ella, sin miedo —vio que soy una vieja— se acercó a mí. "Óyeme, muchacha —le pregunté en voz baja—, ¿es cierto eso que dicen que crees en Dios y vas a la iglesia?" Ella me contestó: "¡Es cierto, abuela!" —y me miró con ojos desvergonzados. "¿Y es cierto lo que dicen que Judas fue uno de tus antepasados?" Se quedó sin saber qué contestar. Sólo parpadeaba con los ojos. Entonces me di media vuelta y me fui.

Seguramente tres días no llegaron a pasar de la muerte de nuestros komsomoles cuando de pronto la gente vio de nue-

vo octavillas soviéticas pegadas en todas las esquinas. Y de nuevo, como antes noticias frescas de Radio Moscú y, además, las últimas palabras de Kéliushka: "¡Morimos pero no nos rendimos! Y entonces fue cuando el pueblo creyó en que nuestra causa no podía morir. Aunque vosotros sois de los nuestros, tampoco os diré quién hizo esas octavillas.

*

* *

Nos comunicaron que en Alexéivka, distrito de Koriukovka, en casa de una vieja que vivía en un extremo de la aldea, estaba muriéndose de tifus un judío, que por milagro había logrado salvarse de los alemanes. Nos dijeron también que en su delirio mencionaba con frecuencia los nombres de Fiódorov, Batiuk, Popko, Popudrenko...

¿No sería Zússerman?

Hacía mucho —a raíz de mi llegada al destacamento regional— que había preguntado por Yákov. Pero nadie sabía nada de él. Durante todo aquel tiempo, me había hecho ya a la idea de que Yákov, en su viaje de Ichnia al destacamento regional, había perecido a manos de los alemanes. Esta idea me causaba profunda pena, pero estábamos en guerra, y era mucha la gente que mona...

Una tarde en que conseguí liberarme un tanto de los asuntos del destacamento, tomé un grupo de combatientes y en unión de Gromenko, jefe de la primera compañía, fui a Alexéievka, que distaba unos 30 kilómetros de nuestro campamento.

Los exploradores que habíamos enviado por delante nos informaron de que en la aldea no había alemanes y que los

policías no cometían excesos, es decir, sencillamente tenían miedo. Fuimos derechos a la casucha indicada. A través de la ventana se veía una débil lucecilla. Ordené a los combatientes que se distribuyesen alrededor de la casa y llamé a la puerta.

Una chiquilla de unos doce años me abrió. Miró a la terracilla y se interpuso en el umbral sin dejarnos entrar.

— La abuela Sídorovna está enferma —dijo la niña—. Está temblando de fiebre y me ha pedido que no deje pasar a nadie. ¿Quiénes son ustedes? ¿Policías?

— Somos parientes de la abuela —respondió Gromenko.

La chiquilla le lanzó una mirada recelosa.

— No es cierto lo que dice. La abuela no tiene más parientes que mi madre y yo... Más vale que no se acerquen, porque tenemos tifus en casa. Mi madre me ha dejado aquí para que cuide de la abuela Sídorovna; le doy de comer, le hago gachas.

A pesar de todo, pasamos. La chiquilla nos observaba atentamente con sus ojos vivos, algo salvajes. La casa era poco acogedora y fría. La luna alumbraba más que el candil. Las paredes estaban ahumadas, el horno no había sido blanqueado hacía mucho. En un oscuro rincón se removió alguien, y una cascada voz senil preguntó:

— ¿Eres tú, Nastia?

— Vienen a verla, abuela. Dicen que son parientes.

— Échalos. No puede ser...

No terminó la frase, dio un suspiro y se volvió del otro lado, haciendo crujir la paja de su jergón. Al parecer, se había dormido de nuevo o había perdido el conocimiento.

— Ya ve —dijo la niña.

— ¿Y a quién más tenéis aquí? —Y, sin esperar su respuesta, dije intencionadamente, en voz muy alta—: Soy Fiódorov, Alexéi Fiódorovich, y éste es un amigo mío, también guerrillero.

Al instante, vi que desde el horno descendían unas piernas desnudas y escuálidas.

— ¡Oh! ¿Será posible? —oí una voz débil—. ¡Alexéi Fiódorovich!

Sí, era Yákov Zússerman, mi viejo compañero de correrías. Bajó del horno con dificultad y, agarrándose a él con sus débiles y flacas manos, se arrastró a duras penas hasta el banco. Se sentó allí donde había más luz y yo vi a un viejo agotado, de luengas barbas.

No tenía más que veintiséis años. El breve recorrido debía haberle cansado mucho, porque respiraba con dificultad, mientras una sonrisa tímida e insegura dilataba sus labios. Sus enormes ojazos me miraban con alegría.

— ¡Alexéi Fiódorovich! —repitió Yákov—. ¡Está usted vivo! Ya había oído hablar, pero no lo creía. Vino aquí uno y conté que Fiódorov no andaba lejos, pero como yo estaba tan enfermo, pensé más tarde que había sido cosa del delirio...

Escuchando sus palabras, Gromenko y yo le mirábamos como se suele mirar a un condenado a muerte: con pena y mal disimulada lástima. Yákov debió apercibirse de ello.

— No os crean que me estoy muriendo —dijo—. En dos ocasiones he estado a las puertas de la muerte y en otras cinco poco faltó para que no pereciese, pero ahora creo que me voy reponiendo. He tenido el tifus. ¡Y qué gente más buena! —prosiguió apresurándose a contar de golpe todo lo más posible—. La vieja y esta niña. No sé...

— Explícanos ¿qué ha sido de ti? —pregunté.

Yákov miró a Gromenko.

— Es uno de nuestros guerrilleros; habla sin miedo.

Gromenko alargó hacia Yákov la mano, pero éste no le tendió la suya.

— Estoy apestado —dijo—. No me toque. No tienen fuerzas para lavarme, pero son como unas santas. Siéntese, si tienen tiempo. No les pido que me lleven consigo. Me debo a esta gente, por mi culpa se encuentran así, les estoy muy agradecido.

Suspiró varias veces, enjugose con la manga el sudor de la frente y continué:

— Me he comido la carta de Batiuk. No tuve más remedio que hacerlo. Le ruego que me perdone; a los culpables se les castiga, pero no cuando están tan débiles. ¿Sabe una cosa, Alexéi Fiódorovich? No se imagina la razón que tenía al aconsejarme seguir con usted... ¿Y Simonenko, dónde está?

— También se fue.

— ¿Vio a su madre?

— Estuvimos en su casa varios días.

— Era muy buena persona. Amaba a su madre, a la familia, tal como yo quiero a los míos. ¿Qué cree, habrá muerto? A lo mejor, no. Puede que esté luchando contra los alemanes ¿no le parece, Alexéi Fiódorovich?

Habíamos traído un poco de harina, un pedazo de tocino y un gran terrón de azúcar; a Kapránov le quedaba aún medio saco en sus depósitos.

Yákov extendió todas aquellas riquezas sobre el banco, abrió los brazos y, con inesperado tono de avidez, preguntó:

— ¿Puedo comer ahora un poco? Sabe, después del tifus se siente un apetito...

Hincó los dientes en el tocino, envolvió el azúcar en un papel y se lo tendió a la niña:

— Toma Násteñka... —Haciendo grandes esfuerzos para masticar, decía—: Seguramente, no se puede comer mucho de golpe. He oído que los médicos recomiendan aguantar. Tú, Nastia, no digas que no. Sé que a todos los niños les gusta lo dulce. Ya no es una niña, Alexéi Fiódorovich, podía explicar, casi como una abuela, cosas de la guerra a los niños. Tenía tantas ganas de hablar que mis palabras le parecerán como una continuación de la pesadilla. ¿Tiene usted tiempo para escucharme?

Pedí a Yákov que, si se encontraba con fuerzas, me contase por partes todo lo que le había ocurrido. Yákov comenzó en seguida. A veces, tomaba aliento y la emprendía de nuevo con el tocino, volvía a dejarlo y continuaba hablando y hablando...

Gromenko dijo que me esperaría en la calle. El aire de la casa era dulzón y sofocante, como en los malos hospitales. Tampoco yo me sentía muy a gusto. Invité a Yákov a marchar con nosotros al destacamento. Pero negó con la cabeza:

— Seguramente, no tengo derecho a hacerlo. Ahora debo ser yo quien la mantenga y cuide: la viejecita ha sido tan atenta conmigo. No crea que Yákov no quiere ir con los guerrilleros. Ansío vivir para vengar todos los tormentos de la población y los míos propios. Ya no creo que mi mujer e hijito hayan quedado con vida, no, no trate de convencerme. Iré con usted en cuanto se ponga buena la viejecita. Tenga en cuenta que, por ahora, ni siquiera tengo fuerzas para levantar el fusil, y mucho menos para disparar. Así pues, escúcheme y, si puede, no se vaya aún. ¡Le contaré mis penas!

Me senté en una silla coja. Tenía que escuchar a Yákov. Su verborrea me irritaba, pero me daba cuenta de que era debida al tifus y a la larga soledad.

— ¿Es que no hay peligro? —preguntó Yákov—. ¿O viene con escolta? ¿Para qué más sacrificios? Si usted pereciese por culpa mía, sería lo más terrible de mi vida. Pero claro, no quiero que usted se vaya. Las cosas sucedieron así: al salir del destacamento de Ichnia, recordé, no sé para qué, que en Koriukovka vivía Israel Fainshtein, tío de mi mujer. Antes, trabajaba de guarnicionero en la fábrica de azúcar. Solía pasar sus vacaciones en Nezhin y allí nos tomábamos algunas copas. Entonces la vida era alegre. Fainshtein tenía ya sus años, pero era fuerte como un toro y con temple de hierro. Había participado en la Revolución de Octubre, conoció a Schors, y hasta le ayudé con algunos datos. Se me ocurrió la descabellada idea de que, tal vez, mi mujer no estuviera en poder de los verdugos y hubiera ido desde Nezhin allí. Y torcí hacia Koriókovka. Los campesinos me dijeron que allí no había alemanes y que los guerrilleros eran los amos del distrito. Aquello me alegré muchísimo. Pero todo resultó al revés. En realidad, los guerrilleros se habían visto obligados a retirarse ante la presión de un enemigo muy superior en fuerzas. Sin embargo, no sé por qué razón, tampoco había alemanes. Tardaron algunas horas en presentarse. Es probable que tuvieran miedo de entrar en seguida. En las calles no había un alma, igual que antes de una tormenta fuerte, cuando ya han brillado los primeros relámpagos.

Entré en la farmacia. Me hacía el siguiente razonamiento: “Si Israel está todavía en la ciudad, en la farmacia lo sabrán sin duda”. El farmacéutico, que era amigo de Israel, no estaba allí. La portera me dijo: “Huya, dese prisa, todos los judíos se esconden en las casas para que no los maten”. “¿Dónde está Israel? —pregunté yo—. ¿No sabe usted nada de él?” La

portera me respondió que Israel, con su mujer e hijos, se había dirigido a Nezhin. Es decir, todo al revés.

Acababa de pensar esto, cuando sentí ruido de motos por la calle. Sabe, en aquel entonces no tenía barba aún y parecía más bien un ucraniano; me había dejado bigote. Sabía por Nezhin que los motoristas se presentaban para armar ruido e infundir espanto, pero que no se detenían por bagatelas. Y volví sin temor a la calle. Pensé: ¿a dónde ir? Y volví sin temor a la calle. Pensé: ¿a dónde ir? Y me dirigí a la casa donde vivía antes Israel. Una que está al lado del hospital. ¿Me escucha usted, Alexéi Fiódorovich, o se ha quedado dormido?

— Te cansarás Yákov —respondí yo—. Come, no te apresures.

Yákov volvió a enjugarse el sudor; luego, estuvo un rato masticando un trozo de tocino. En un rincón gemía Sídorovna. La chiquilla, que había metido en el horno un poco de leña, me pidió fuego. Le di mi mechero. La chiquilla encendió lumbre en el hogar, tendió hacia ella las manos y permaneció así mucho tiempo, sin volver la cabeza.

— Lo más terrible de todo —continuó Zússerman—, es que la dueña de la casa se contagié de mí. ¡Cara ha pagado su bondad! Tiene más de cincuenta! y con los corazones de ahora!... Para el tifus no hay nada peor que un corazón enfermo. Puede morir. ¡Qué gran sacrificio el suyo! ¡Tenga en cuenta, camarada Fiódorov, que yo la había prevenido! Pero la viejecita me dijo que en esos casos sólo Dios decidía, y que si él quería llevarse su alma, de todos modos no se podría evitar que lo hiciera. Yo me habría ido de la casa, pero, consumido por la fiebre y la enfermedad, ya no podía moverme.

Yákov estuvo hablando una hora larga. No pasó por alto el menor detalle. No voy a repetir todo el relato tal como lo oí. Resumiendo, vino a decirme lo que sigue:

Al otro día, los alemanes publicaron la siguiente orden: los judíos debían presentarse en el lugar fijado, llevando consigo todas las cosas de valor. Habían llegado muchos alemanes. Salir del pueblecito era muy difícil. La hermana de la portera de la farmacia

—que trabajaba de sanitaria en la clínica—, de acuerdo con el doctor Bezrodni, había metido a Zússerman, que aún no estaba completamente sano, en una de las salas de la clínica.

Pero ocurrió que por la noche los alemanes decidieron inspeccionar la clínica con el fin de acondicionarla para hospital. Abriéndose paso a empellones, comenzaron a recorrer las salas. Zússerman les oyó preguntar en la sala vecina:

— ¿De dónde? ¿Nacionalidad?

Era imposible huir. La ventana daba a la calle; la puerta, al pasillo, y en éste se agolpaban los alemanes. Fue en ese momento cuando se comió la carta de Batiuk.

— Me había despedido ya definitivamente de la vida, porque sabía lo que significaba presentarse al registro. Recorrí rápidamente, de una ojeada, la carta de Batiuk, para acordarme de lo que le escribía y me apresuré a masticarla y a tragarla. Me atraganté, pero los alemanes no me oyeron. En aquel momento entró la hermana de la portera de la farmacia en compañía de otra enfermera, llevando unas parihuelas. Y me dijeron muy quedo: "Échate aquí, ahora eres un cadáver". Me acosté. Me taparon con una sábana y me llevaron en las parihuelas por delante de los alemanes y policías. Oí que uno preguntaba: "¿Qué es eso?" Y la mujer contesté tan tranquila como si tal cosa: "Uno que ha muerto del tifus". Un policía alzó la sábana. Por mi palidez debía parecer un cadáver,

porque aquél barboté con indiferencia: “¡An...!”, y me sacaron al patio. Pero también allí había soldados. Las mujeres me llevaron al depósito de cadáveres y me tiraron sobre unas tablas donde yacían tres difuntos. Efectivamente, la gente ya empezó a morir de tifus y, entre, otros, los prisioneros fugitivos. Así, oculto entre los muertos, estuve más de una hora, pero mi situación era peor que la de ellos. A partir de aquel momento, y en el transcurso de nueve días, tan pronto como los alemanes se acercaban a la clínica, corría al depósito y me acostaba en la horrible compañía de los cadáveres. De noche, conseguía a veces salir a la ciudad y hacer agitación entre los judíos para que, en vez de ir a inscribirse en el registro, se escapasen. En la calle Shevchenko, creo que en la casa número 19, encontré buena gente. Tenían contacto con Marusia Chujnó, guerrillera vuestra. Marusia me dijo que debía armarme de paciencia. Mientras tanto, le ayudaba a escribir octavillas. Una vez, después de dormir en el depósito de cadáveres, llegué a aquella casa, pero no encontré más que cenizas. Me contaron que aquella mañana los alemanes se habían llevado a Marusia Chujnó conducida por la calle, juntamente con los judíos. Trescientos judíos y la rusa Marusia Chujnó fueron fusilados. Aquella noche tenía ya 39º de fiebre. Y decidí que todo me daba igual. Surgió en mí un valor desesperado. Por la mañana, sin ocultarme, me dirigí hacia la ciudad, con el dedo en el gatillo de la pistola y una granada en el bolsillo.

A la salida misma del pueblo, me encontré con dos policías montados. Les dejé que se acercasen, como nos habían enseñado en el ejército, y disparé primero contra uno. El otro tiró contra mí, pero fallé. Me aparté corriendo y le arrojé una granada. No sé lo que pasó, pero el caballo partió al galope sin jinete. A lo mejor, el de la patrulla había saltado del susto. También yo eché a correr en dirección al campo. Nadie me persiguió...

Enfermo, con fiebre, Zússerman anduvo vagando por el camino y por el bosque, sin saber él mismo a dónde dirigirse. Durante esos días y noches sufrió muchísimas peripecias. Finalmente, perdió el conocimiento y cayó al lado de la cuneta. Unos campesinos que pasaban lo recogieron en su carro y se lo llevaron a su aldea. Cuando recobré el conocimiento estaba ya en la casa de Sídorovna.

— Me daba leche, aunque no tiene vaca. Freía patatas para mí. Y ahora se ha contagiado. ¡Ah, Alexéi Fiódorovich!, comprendo que toda la culpa es mía. Y cuando me reponga y vaya al destacamento, usted me amonestará o me impondrá un correctivo aún mayor.

Me conté el contenido de la carta de Batiuk.

— Yasha, es decir, el camarada Batiuk, dicté la carta en mi presencia. La escribió su hermana Zhenia. Ella me dijo que sería mejor que me la aprendiese de memoria, como un actor. Pero entonces no había tiempo. Durante el camino intenté hacerlo, conseguí aprenderme algo, pero no todo. Antes de caer enfermo, recordaba el comienzo como la tabla de multiplicar. Espere, Alexéi Fiódorovich, tal vez lo recuerde...

Zússerman cerró los ojos y permaneció callado largo rato. También yo guardaba silencio. La chiquilla continuaba de espaldas a nosotros, calentándose las manos al lado del horno. Se oía la pesada respiración de la vieja, el crepitar de la leña y cómo Nastia chupaba el azúcar. Al parecer, nada de aquello le importaba.

Zússerman seguía callado. Empezaba ya a creer que se había quedado dormido. De pronto Nastia se volvió, tragó apresuradamente el terrón de azúcar y dijo con voz tranquila y grave:

— Comienza así: “Camarada secretario del Comité Regional, nuestra organización se encuentra en estado embrionario...”

Zússerman saltó del banco y, con no disimulado temor, clavé sus ojos en Nastia:

— ¿Qué? —exclamó—. ¿Cómo lo sabes?

Nastia comprendió en el acto el motivo de su susto.

— Tío Yasha —comenzó a decir apresuradamente—, ¿no recuerda que cuando estuvo enfermo y pensaba que se iba a morir, me pidió que la recordara? La repetía usted en voz alta, para que yo o la abuela la recordásemos y después procuráramos comunicarla al destacamento, a este hombre —y me señaló a mi.

Yákov volvió a sentarse y sonrió débilmente. Nastia lanzó un suspiro de alivio y sentóse a su lado.

— ¡Pobre pequeña! —dijo Zússerman—. ¿Se imagina?, idos enfermos seguidos! La abuela, al menos, es tranquila; pero yo estaba como un loco furioso.

— Sí, igual que un borracho —confirmé Nastia—. Quería usted escaparse, y yo volvía a acostarle.

— ¿Y repetía en voz alta la carta?

— Sí, y otra vez, en su delirio creyó usted que el tío Fiódórov estaba aquí, en la casa, y volvió a repetirla de memoria. Yo quise apuntarla, pero usted no me lo permitió y a gritos me llamó tonta. Pero con los enfermos no hay que ofenderse.

— Gracias, Nastia, gracias... En efecto, comenzaba así:

“Camarada secretario del Comité Regional: (Al principio, Alexéi Fiódorovich, Batiuk había dictado su apellido, pero luego ordenó comenzar la carta de nuevo, porque dijo que era peligroso ponerlo.) Nuestra organización se encuentra en estado embrionario. Por ahora no tenemos más que doce jóvenes. Todos arden en deseos de trabajar. Desgraciadamente, hemos perdido contacto con el Comité de Distrito del Partido. Captamos y difundimos los partes del Buró Soviético

de Información, tiramos octavillas, hacemos agitación, aunque, por ahora, sólo entre los conocidos. Nos damos cuenta de que esto no basta, y confiamos en que pronto lograremos hacer más. Rogamos al Comité Regional que cuente con nosotros para todo lo que necesite. Tan sólo la muerte podrá detenernos...”

Zússerman guardó silencio unos instantes. Después confesó:

— Ya no recuerdo más, Alexéi Fiódorovich.

— ¿Recuerdas el contenido?

— Yákov me encargó comunicarle de palabra que tuviera usted en cuenta, sin falta, su estado físico, es decir, su ceguera... Pero no es que quiera un trabajo más fácil; por el contrario, dice que es una ventaja para la conspiración. Como es ciego, le consideran un inválido incapaz de toda actividad. Yákov me dijo: “Quiero que el Comité Regional me encomiende cualquier misión; soy joven, fuerte, resistente...”

— ¿Pero qué más decía la carta? ¿Será posible que únicamente eso?

— ¡Oh, no, Alexéi Fiódorovich, qué va! Se hablaba en ella de muchas cuestiones serias. Me cuesta trabajo recordarlas, pero lo intentaré. Por ejemplo... ¡ya recuerdo! La primera cuestión era la siguiente: Los alemanes han autorizado la producción artesana, es decir, abrir diversos talleres: de carpintería, de preparación de productos alimenticios y otros. La intendencia y la comandancia prometen hacerles pedidos. Y Yasha pregunta si debe apoyarse en esos centros de producción. El mismo quiere organizar un taller de ésos para reunir con tal pretexto a su gente, y pregunta si está en lo cierto.

— Dicho de otro modo, pregunta si debe utilizar las formas legales para agrupar a nuestros partidarios. ¿Te he comprendido bien?

Eso es. Luego otra cuestión: ¿Había que organizar círculos entre los obreros y artesanos?

— ¿Qué círculos?

— Pues de historia del Partido. y para profundizar más los estudios marxistas-leninistas. Como antes de la revolución, cuando los viejos bolcheviques dirigían círculos como éstos en las fábricas. Y parece que había esta otra pregunta. Ellos, es decir, el grupo de Batiuk, podrían realizar actos de terrorismo. En contra del burgomaestre, del comandante y de otros agentes alemanes. Pero Yákov, en su carta, decía que entre ellos había algunos compañeros que se oponían a eso, alegando que los marxistas-leninistas son contrarios al terror personal.

— ¿Individual?

— Sí, tiene razón, esa era la palabra. Y al final de la carta, Yasha volvía a decir que esperaba instrucciones suyas, y que harían todo lo que el Partido les mandase.

La vieja removióse en su rincón.

— Násteñka, dame agua —pidió en un susurro.

Nastia se acercó de un salto y le tendió una jarra. La vieja, a ruidosos sorbos, bebió unos tragos, y mascullé en voz bastante alta:

—Es la tercera vez que me despertáis. ¡Qué gente! Dejad, al menos, que me muera tranquila...

— Perdone, abuela —dije yo—. Ahora mismo nos vamos. ¿Qué, no te animas, Yákov? Vente con nosotros —volví a proponer a Zússerman—. No vivimos mal. Estamos en una aldea. Nuestro practicante dispone de una casa entera. Cuando te pongas bueno, batiremos juntos a los alemanes. Pudiera ocurrir que nos marchásemos de pronto y luego no te sería tan fácil dar con nosotros.

— ¡Oh, cuántas ganas tengo! Es mi ilusión, pero usted comprenderá... —y me señalé con la cabeza hacia donde yacía la vieja.

Ella no pudo ver su movimiento, pero adivinó de qué se trataba.

— Ve, ve, Abrámich. Basta ya de estar tumbado. Toma un poco el aire con los guerrilleros. Lléveselo, jefe, nosotras mismas no tenemos qué llevarnos a la boca —y luego de estas palabras, aparentemente groseras, la vieja continuó en el mismo tono—: Lo único que hace falta es que le abriguéis bien. Su capote es muy ligero y deja pasar el aire. Abrámich puede resfriarse con la helada...

Le dije que tenía una pelliza en el trineo.

— Bueno, ve con Dios. Dale, Nastia, su cañón. Está envuelto en un trapo, detrás de la imagen de la Virgen de Chernígov.

La niña trajo desde el oscuro rincón la pistola, se la tendió a Zússerman y le ayudé a ponerse el capote. Yákov calose el gorro con manos temblorosas y dio unos pasos en dirección a la vieja.

— No te acerques, no —le previno ella.

— ¡Praskovia Sídorovna! —exclamó Yákov—. ¡Ha sido usted para mí como una madre! No lo olvidaré...

— Bueno, Abrámich —respondió la vieja—. Ni yo soy tu madre, ni tú eres mi hijo. Hice lo que pude. Y no ha sido por ti, sino por nuestra Patria. Que tengas salud. No vuelvas a caer enfermo y, cuando vayas a batir al alemán, no te olvides de disparar, aunque no sea más que un par de veces, una por mi, y otra, por Nastia.

La chiquilla también salió a la puerta para ayudarnos a llevar a Zússerman hasta el trineo. Pero como se acercasen los

guerrilleros, ella, estremecida por el frío, se envolvió en su pañoleta y se detuvo, silenciosa, en la terracilla de la casa.

— ¡Adiós, hermanita de la caridad! —dije yo.

— ¡Adiós, Násteñka, gracias una vez más! Y sí nos volvemos a encontrar, todo cuanto yo tenga, será tuyo —dijo emocionado Zússerman.

Nastia tendió ceremoniosamente la mano a Yákov, a mí y a todos mis acompañantes. Después, dijo muy quedo:

— Tío Fiódorov...

— Habla, habla —la animé Zússerman.

— Usted que está en el bosque... Si puede... envíe a nuestra abuelita un poco de leña. "Cómo me gustaría —me dice—, siquiera antes de morir, encender bien el fuego hasta sentir calor..." Yo misma iría, pero no está bien que la deje sola.

Yo, naturalmente, le prometí que a la mañana siguiente le mandaría la leña. Pero ocurrió que esa mañana los alemanes nos impusieron un cruento combate. Estuvimos combatiendo hasta muy avanzada la noche, y el otro día fue también de mucha faena. Solamente dos días más tarde pude enviar a los combatientes con leña. Además de leña, mandamos medio saco de harina, galletas y carne.

De regreso, los combatientes informaron que la vieja había muerto: la puerta de su casa estaba condenada.

Yo no había logrado verla; oí únicamente su enronquecida voz senil, pero sentía remordimientos de conciencia por no haber podido atender a tiempo su ruego.

* * *

La carta de Batiuk había llegado a mi poder dos meses después de haber sido escrita y, además, no la propia carta, sino su contenido. ¿Qué habría pasado en Nezhin durante aquel tiempo? ¿Continuaría actuando el grupo organizado por

aquel ciego inteligente y valeroso? ¿Necesitaría mi respuesta? ¿Seguiría meditando en las cuestiones que había planteado ante el secretario del Comité Regional del Partido? Y, finalmente, ¿viviría aún?

Ni yo ni los demás miembros del Comité Regional lo sabíamos.

Si respondíamos a Batiuk, si le dábamos una directiva clara, ¿cuándo recibiría nuestra respuesta? No teníamos teléfono, ni radio, ni correo. Nuestro enlace no podía ir a verle en tren, ni en auto, ni a caballo; tendría que ir a pie, y ni siquiera ir, sino abrirse paso, arriesgando su vida a cada instante.

Esa era precisamente la causa de que nuestro Comité Regional no pudiese dirigir siempre de un modo operativo, es decir, reaccionar con rapidez ante lo que ocurría en distritos alejados de nosotros, ayudar oportunamente con nuestros consejos, hombres y armas. Nosotros, en unión del destacamento regional, nos veíamos obligados a cambiar continuamente de lugar. Los enlaces de los comités de distrito se dirigían a Reimentárovka, algunos incluso a Gúlino, pero no hallaban más que nuestras huellas: refugios vacíos, vainas de cartuchos y cadáveres alemanes. Algunos enlaces, perdida ya la esperanza de encontrarnos, regresaban; otros, más tenaces, preguntaban a los campesinos dónde estaban entonces los guerrilleros de Orlov. Y los campesinos, como el lector ya sabe, no daban estos informes de buen grado.

Solamente a principios de enero, después de una ausencia de tres meses, regresó del distrito de Yáblunovka Kuzmá Kulkó. Nos informó que el camarada Boikó, comunista clandestino, que había sido propuesto a su debido tiempo por el Comité Regional, dirigía en el distrito un pequeño grupo de comunistas y komsomoles. Imprimían octavillas y las difundían; hacían agitación verbal entre los campesinos; cortaban sistemáticamente los cables telefónicos y telegráficos entre

Yáblunovka y Piriatin. El grupo había ejecutado a dos stárostas traidores. Hacía poco que, por una delación de no se sabe quién, la policía había detenido al camarada Boikó. Este consiguió huir, pero fue alcanzado en el bosque y fusilado en el acto.

La organización de base de Yáblunovka la dirigía ahora Zlenko, candidato a miembro del Partido. El grupo era pequeño y atravesaba por una situación muy dura. Su actividad se limitaba a escuchar la radio y publicar octavillas con el parte de guerra del Buró Soviético de Información. La situación de los compañeros era difícil, no sólo porque les perseguían los alemanes y la policía, sino también porque en el grupo había mucha gente de fuera.

— Plantean la siguiente cuestión —dijo Kulkó en su informe al Comité Regional—: ¿cómo conseguir medios de subsistencia? Los guerrilleros los consiguen en combate contra los alemanes. Pero, ¿dónde se mete un combatiente clandestino que no posee hacienda? Tiene que ir a trabajar. ¿Pero qué trabajo hay ahora? Si pudiese ir a un sovjós o a una fábrica, tendría allí posibilidades de hacer agitación, explicarles a las masas la verdadera situación, hacer sabotaje, etc. Pero lo malo es que en Yáblunovka no hay fábricas que funcionen. Los alemanes han suprimido todos los sovjoses. Y los koljoses los han convertido en comunidades de diez haciendas, donde no admiten más que a los del lugar. ¿Qué se puede hacer?

—,¿Qué les aconsejó usted?

— No les queda más que una posibilidad: la ayuda de las masas populares. Vivir como esos que se sustentan de lo que recogen en su camino: bien pidiendo, bien aprovechando la generosidad de los campesinos, su hospitalidad. Pero tened en cuenta que una cosa es un forastero que pasa, y otra cuando uno se ha establecido ya en el lugar.

Entre paréntesis diré que Kulkó había cambiado muchísimo durante aquel tiempo: estaba más delgado, más rudo y fumaba mucho. Era violento negarle el tabaco, puesto que se trataba de un huésped; y mientras hizo el informe, se fumó mi ración de dos días. Cuando le explicamos que su mujer se encontraba en Jolm, que estábamos en contacto con ella y hasta le hacíamos algún pequeño encargo, no se asombré, en contra delo esperado.

— Mire, Alexéi Fiódorovich, ya no me asombro de nada. Pero le diré una cosa: no me dé usted permiso. ¿Qué es lo más difícil para un luchador clandestino a diferencia de un guerrillero o un soldado? Pues que el luchador clandestino, Alexéi Fiódorovich, ve a su familia, que ve los sufrimientos, de sus chicos. De ahí, le viene la debilidad. Y cada persona supera esta debilidad a su manera. Y yo no iré. No iré por nada del mundo.

— ¡Pero si no te estamos convenciendo, Kuzmá Ivánovich!

Pero Kulkó se emocioné muchísimo, le temblaban las manos al intentar liar un enorme pitillo, se le perdió no menos de la mitad del tabaco.

Así que se marchó a una nueva misión sin ver a su mujer ni a sus hijos.

Junto con Kulkó se fue Zússerman para contactar con Batiuk.

Tan pronto como se repuso, él mismo se ofreció a ir a Nezhin; Yákov alegaba que nadie mejor que él conocía el camino. Al principio, yo vacilaba, pero él me convenció. Y, en efecto, nadie mejor que él conocía a Nezhin. El podría encontrar, con mayor facilidad que otro cualquiera, el grupo de Batiuk.

Dejé marchar a Zússerman con pena. Pero él estaba alegre, parecía sano y marchaba con entusiasmo a cumplir la misión.

A principios de enero, después de largas andanzas, Savva Gríshenko, miembro del Comité clandestino del Distrito de Oster, topó con el puesto de vigilancia del destacamento regional. Estaba extenuado, hambriento, con las ropas destrozadas. Pero al saber que el Comité Regional clandestino se encontraba en el destacamento, se animé en el acto. Le trajeron la comida al Estado Mayor. Mientras comía, nos informaba.

Gríschenko nos hablé de la difícil situación en que se hallaba el Comité clandestino del Distrito de Oster. El destacamento guerrillero había sido organizado antes de la ocupación. Dicho destacamento ayudé a las unidades del Ejército Rojo a salir del cerco, pero no consiguió volver al territorio ocupado. La mayoría de los compañeros se fueron con nuestras tropas, y solamente un grupo pequeño, dirigido por el secretario del Comité de Distrito, camarada Glushkó, pasó la línea del frente y regresó a los bosques de Oster.

Pero entonces se enteraron de que las bases de víveres y el depósito secreto de armas habían sido descubiertos a la policía por un chófer traidor. Por ello fue imposible crear un nuevo destacamento guerrillero. El Comité de Distrito dedicó todos sus esfuerzos a la organización de grupos clandestinos rurales. Cada uno de los seis grupos creados por el Comité de Distrito constaba de cuatro a ocho personas. Los grupos difundían los partes de guerra del Buró Soviético de Información, copiados a mano, y Constituían, en realidad, los embriones del futuro destacamento guerrillero. Se dedicaban a recoger armas por bosques y campos. A la base forestal común habían llevado ya veinte cajones de granadas, más de cien fusiles, dos fusiles ametralladores y más de diez mil cartuchos.

— ¡Ah, camaradas! —dijo Gríschenko—. De haber sabido con certeza que el Comité Regional continuaba existiendo, ¡cuánto más fácil nos habría sido trabajar!

— ¿Por qué? —preguntó Popudrenko—. ¿En qué podíamos ayudarles?

— ¿Acaso se trata sólo de la ayuda? Ustedes mismos acaban de decirme que han recibido noticias del Estado Mayor del Frente. Pero hasta la fecha tampoco han recibido ayuda, ¿no es cierto? Pues también para nosotros, comunistas del distrito, es muy importante saber que no actuamos como un grupo pequeño y aislado, que en la región hay muchísimos grupos como el nuestro y que existe en el mundo el Comité Regional... ¿Acaso no lo comprende usted, Nikolái Nikítich?

— ¿Será posible que no hayan oído hablar nada de nuestro destacamento?

— Del destacamento hemos oído hablar. E incluso de dos grandes destacamentos, el de Orlov y el de Fiédorov[15]. Pero respecto al Comité Regional, la última directiva que recibimos de él fue en noviembre.

—¿Y les ayudé?, ¿respondía a sus problemas vitales?

—Ahora han surgido muchas cosas nuevas. Por ejemplo, en el distrito hay comunistas y komsomoles que no están organizados. Algunos de ellos se han inscrito en los registros de la policía. Los que lo hicieron voluntariamente son unos cobardes y unos traidores, pero también hay algunos que no podían proceder de otro modo.

Bueno, eso vamos a dejarlo, ¡ninguna circunstancia me habría a mí obligado a inscribirme! —exclamó Druzhinin indignado.

---

[15] Orlov era mi seudónimo guerrillero. Más de una vez había oído que en la región actuaban dos destacamentos: el de Orlov y el de Fiódorov. Refutar ese rumor habría perjudicado nuestros intereses.

— Ustedes, como yo, son de otra manera —repuso Gríschenko—. Pero les voy a contar un caso. ¿Recuerdan al ajustador del koljós "Chervonoarméiets" ? Tienen que acordarse: Nikanor Stepánovich Gorbach. Un gran maestro en su oficio. El año pasado hizo un llamamiento, que publicó el periódico, respecto a la reparación anticipada de la maquinaria agrícola para la siembra. Su retrato apareció en la primera plana. Uno con bigotes, pipa y una gran verruga junto a la nariz. Ese, ese mismo. Candidato al Partido. Pero lo peor es que le conocen en todo el contorno como un gran especialista. Además de ajustador, es forjador, y tornero, y mecánico autodidacta. Conoce el tractor a la perfección, puede reparar cualquier motor, cualquier máquina. Es un auténtico talento natural. ¡La de veces que le habrán invitado a trabajar en la Estación de Máquinas y Tractores! Pero siempre se negó. Sentía apego por su aldea, donde, además, tenía unas colmenas. Pero con lo que más encariñado estaba, era con su koljós, se enorgullecía de él. Al parecer, se trataba de todo un hombre soviético; pero, imagínense, se ha inscrito.

— Eso quiere decir que en su fuero interno era distinto. Ustedes, comunistas del distrito, no se han apercibido de su espíritu de kulak.

— No se trata de eso, Alexéi Fiódorovich. El hombre hasta se afeitó el bigote y quería deshacerse de la verruga, con fines de conspiración. Pero nada podía ayudarle, como tampoco a usted, es un decir, o a Nikolái Nikítich. Como el pueblo conozca a un hombre, ¡se acabó! Por mucho que se disfrace, siempre habrá algún indicio. Supongamos que yo me he fijado en la nariz de Nikolái Nikítich, y perdone, camarada Popudrenko. Y usted, en las orejas. Y si no es uno el que le reconoce, será otro. Además, a un viejo forjador siempre se le puede identificar por las manos. ¿No es cierto?

Nikanor Stepánovich no quiso marchar con los evacuados. Manifesté que prefería ir de guerrillero. Pero, como ya les he

contado, tuvimos que regresar del bosque. Nos habíamos ya puesto de acuerdo con él en que, como era conocido, lo trasladaríamos a una aldea lejana y aislada. No se opuso, fue a recoger a su vieja y se dirigió a casa de unos parientes suyos, a Zeliónaia Buda. Ellos, claro está, lo acogieron. En el koljós, o como se dice ahora, en la comunidad, se alegraron muchísimo. Eso significa que también allí le habían reconocido. Le propusieron una casa entera. Había muchas casas vacías, sus dueños habían evacuado. Entonces él explicó que no podía trabajar y se vendó intencionadamente la mano. "Bueno ya te pondrán bien". Nikanor nos mandó recado, diciendo que le enviásemos octavillas, que allí había buena gente, y al mismo tiempo nos hacía saber que tenía un sótano grande, donde, en caso preciso, podíamos organizar una imprenta. En una entrevista que tuvo con uno de nuestros compañeros, llegó hasta a proponer que le trajeran desde el bosque, por partes, la prensa y que él ya vería de montarla. La prensa, dicho sea de paso, se había conservado. Cuando la policía saqueé las bases, la máquina no sufrió más que un ligero desperfecto. Por lo visto, debieron golpearla con piedras.

En pocas palabras, no le hemos llevado la prensa, porque precisamente por aquel entonces supimos que se había inscrito en el registro. Se había presentado a la policía y manifestó que, en efecto, era candidato al Partido y que se comprometía a cesar toda resistencia y, como se estipula allí, a informar de todo lo que llegara a su conocimiento.

Cuando nos enteramos, se nos estropeó el humor por muchos días. ¡En quién se podía confiar, si un hombre como aquél, un koljosiano de los más conscientes y miembro de la dirección del koljós, hacia eso! Por lo tanto, había que vengarse de él, matarlo. Además, el tal Nikanor Stepánovích conocía las señas de los centros de enlace. Y no sólo conocía a los miembros del Comité de Distrito, sino a todos sus pa-

rientes. ¿Qué iba a ocurrir, si cumplía lo escrito en el documento alemán?

Pero nadie quería matarle. Dudaban de que fuera un traidor. Y, en efecto, las cosas se aclararon. El mismo nos encontró y nos lo explicó todo. Pero le expulsamos del Partido. Nos negamos a considerarle de los nuestros.

Había ocurrido lo siguiente: Vinieron a verle el */andwirtschaftsführer* y un antiguo funcionario de la sección agrícola del distrito —que se había colocado en la comandancia alemana— y le preguntaron: “¿Es usted fulano de tal? “El trató de negarlo, pero aquel ex funcionario nuestro le conocía personalmente. “Tú —le dijo—, te has afeitado el bigote”. —” ¡Qué iba a hacer! —respondió—. Es verdad”. Lo metieron en un carro y se lo llevaron a la era, a unos treinta kilómetros de la aldea. Una vez allí, le ordenaron que reparase rápidamente la locomóvil. Se les había ocurrido trillar. Un soldado alemán, también mecánico, andaba hurgando en la locomóvil, pero no conseguía nada; quizás no conociese la construcción de nuestras máquinas. Nikanor Stepánovich enseñé la mano, como diciendo: “No puedo trabajar”. Ellos estuvieron de acuerdo en que él no haría nada y se limitaría a dar instrucciones. Pues bien, imagínense, el viejo se entusiasmó. “Ni yo mismo comprendo —nos conté— cómo ocurrió aquello. No hacía más que repetir para mis adentros: “¡Diablo calvo, no hagas nada! “Ellos no cesaban de dar vueltas y revueltas alrededor de la máquina, sin conseguir nada. Y comenzaron a burlarse de mí: “¿Cómo es posible que un mecánico tan famoso como tú tampoco pueda hacer nada?” No pude resistirlo y me piqué o, tal vez, quise mostrar ante los alemanes mi superioridad. Mis manos, por decirlo así, se me fueron solas y aún no habla tenido tiempo de recobrarme, cuando la máquina andaba ya. Juzgadme como queráis —nos dijo—, mas, tened en cuenta que en mi vida nunca he estado en la clandestinidad, y que con los metales llevo tra-

bajando más de treinta años”. Después de lo ocurrido con la locomóvil le dijeron que las autoridades alemanas sabían que era comunista, pero que aquello no tenía importancia, que bastaba con que se inscribiese en el registro, y lo condujeron a la policía. Allí firmé el documento de marras. Y unos días más tarde se nos presentó suplicándonos que considerásemos todo aquello como un subterfugio; aseguré que odiaba a los alemanes y que estaba dispuesto a entregar la vida por nuestra causa. Así pues, ya veis, camaradas, lo que son a veces las cosas.

— Pero ese es un caso aislado —objetamos a Gríschenko.

— Cada caso, a su modo, es aislado. Entre los comunistas inscritos en la policía no todos ni mucho menos son mala gente. Un camarada, maestro de los recientemente ingresados en el Partido, nos encontré y nos dijo: “Aunque sea culpable, aunque sea indigno de ostentar el nombre de miembro del Partido, no me privéis del nombre de persona. Dadme una tarea, ponedme a prueba. Confieso que, al principio, todo el espectáculo de la retirada me aplané y perdí la cabeza. Cuando recapacité, cuando vi la grandeza de espíritu de[pueblo, comprendí que era preferible morir a vivir de esa suerte -

Le encomendamos que averiguara la situación en las vías férreas. Le dijimos que aquello nos interesaba, a fin de realizar actos de sabotaje, aunque no teníamos ningunos medios para desarrollar tales actividades. Y lo enviamos a la. estación, que está terriblemente vigilada. E imagínense, por la noche se arrastró por debajo de las alambradas espinosas y nos dibujé después un plano detalladísimo, indicando los lugares donde estaban los centinelas, dónde el depósito de las municiones... Incluso nos dio lástima del esfuerzo que había hecho. No, no se debe medir a todos con el mismo rasero y considerar como canallas a todos los que se asustaron. Y

cuando pase más tiempo, vendrán a nosotros muchos como ese maestro.

— ¿Y qué pasó con el mecánico? —preguntó interesado Druzhinin—. Le habéis expulsado del Partido y no queréis saber nada de él. ¿No es eso?

— Se ha dado a la bebida. ¡Bebe que es un espanto! Se ha fabricado un alambique para hacer aguardiente en casa y produce un aguardiente que, en realidad, es alcohol rectificado. Incluso ha aprendido a quitarle el mal gusto. Cuando diluye en él un poco de agua, sabe igual que esa vodka especial de Moscú rectificada dos veces.

— Entonces, ¿lo habéis probado? —dijo Popudrenko echándose a reír—, ¡Y dices que no queréis saber nada del viejo! ¿Resulta que para algo os sirve?

Bromeamos un poco, pero las cuestiones planteadas por Gríschenko y, anteriormente, por la carta de Batiuk y el informe de Kulkó, eran sin duda cuestiones serias que preocupaban a todos los combatientes en la clandestinidad.

¿Quiénes son, en realidad, los combatientes clandestinos de base durante la Guerra Patria? ¿A qué deben dedicarse? ¿A quién deben admitir en sus grupos? ¿Conviene que se profesionalicen, es decir, que se dediquen exclusivamente a la actividad clandestina? ¿De qué posibilidades materiales disponen para eso?

En las ciudades, los grupos clandestinos estaban formados por obreros y empleados, estudiantes y escolares. Entre los combatientes clandestinos rurales había koljosianos, obreros de las estaciones de máquinas y tractores y de los sovjoses, médicos, maestros y también escolares. Estaban dirigidos por compañeros que habían enviado el Comité Regional y los comités de distrito.

Pero casi ninguno tenía experiencia del trabajo clandestino. Quizás la tuviesen únicamente los comunistas de edad madura, que eran ya miembros del Partido antes de la revolución, y los veteranos de la guerra civil. Pero, en primer lugar, estos hombres se podían contar con los dedos de la mano, y, en segundo, las condiciones clandestinas actuales se parecían poco a las condiciones en que habían tenido que trabajar antaño.

Suponía que la cuestión planteada por Batiuk —respecto a si se debían realizar o no actos terroristas y si se debía organizar círculos para profundizar los conocimientos marxistas-leninistas— le había sido sugerida por algún viejo militante.

En efecto, ¿luchábamos acaso por el derrocamiento del régimen existente? Los alemanes no habían implantado —ni podían haberlo hecho— el régimen burgués en la Ucrania por ellos ocupada, aunque, claro está, aspiraban a ello. Lo único que habían conseguido era ocupar el territorio, y aun eso, provisionalmente. La guerra continuaba. Los alemanes no sólo luchaban contra el Ejército Rojo, sino contra todo el pueblo soviético. Nosotros —tanto los guerrilleros como los combatientes clandestinos— éramos soldados. Nosotros combatíamos. La liquidación de comandantes, *landwirtführer, gruppenführer* y de toda suerte de *führer* era nuestra obligación de soldados, y no una acción terrorista. El dar muerte a los traidores al pueblo, como stárostas, burgomaestres, policías, ¿era, acaso, un acto terrorista? Aquello era la hez de la humanidad, no representaban a ningún poder, eran sencillamente espías y traidores. Eran unos criminales que ejecutábamos de acuerdo con las leyes de nuestra Patria.

Los combatientes clandestinos de la Guerra Patria eran lo mismo que los guerrilleros. La única diferencia entre los guerrilleros y los combatientes clandestinos consistía en que los primeros vivían y actuaban en grupos militarizados de impor-

tancia, mientras que los segundos tenían que vivir separados y actuar de modo aún más secreto.

Los hombres soviéticos que quedaron en el territorio ocupado por los alemanes sabían perfectamente quiénes eran sus enemigos. Hasta los campesinos más atrasados lograron muy pronto comprender los verdaderos objetivos y planes de los ocupantes. La resistencia del pueblo crecía cada día más.

De haber sabido entonces los millones de soviéticos en los territorios ocupados toda la verdad acerca de los alemanes, de haber sabido siquiera que en el primer año de la guerra había ya en Ucrania ocupada más alemanes muertos que vivos, la resistencia de nuestra gente habría sido mucho mayor.

De aquí que la tarea fundamental de los combatientes en la clandestinidad —es decir, de los comunistas y komsomoles que, en lugar de marchar al bosque, habían quedado en ciudades y aldeas— fuese la propaganda de la verdad.

Al contar a la gente la verdadera situación en los frentes, al difundir de modo sistemático los partes de guerra del Buró Soviético de Información y desenmascarar las maniobras tácticas de los alemanes —sus leyes agrícolas, su juego a los "amigos de la Ucrania libre", su propaganda nacionalista y demás subterfugios—, los combatientes clandestinos levantaban el ánimo del pueblo y ayudaban a la creación de reservas para los guerrilleros.

Los combatientes clandestinos de las ciudades y aldeas debían impedir, por todos los medios, que se cumpliesen las leyes, instrucciones y disposiciones de los alemanes; organizar el sabotaje en las empresas y comunidades agrícolas; desenmascarar a los traidores; reunir y entregar a los destacamentos guerrilleros armas y municiones; hacer trabajo de información para los Estados Mayores de los guerrilleros y para el Ejército Rojo.

Por lo demás, es poco probable que logre enumerar aquí todas las obligaciones del combatiente clandestino. En cambio, sus derechos y posibilidades materiales eran mucho más limitados. A la pregunta de los combatientes clandestinos de Yáblunovka —¿dónde conseguir medios de subsistencia? —, no podíamos contestar más que del siguiente modo: Buscad, camaradas; no desdeñéis ningún trabajo. Vivid como vive el pueblo, estad siempre con él. Si es preciso, id a trabajar de braceros de los kulaks y de los terratenientes de la última hornada, trabajad en las granjas, en las vías férreas, en las instituciones económicas y administrativas de los alemanes. Necesitamos gente de confianza en todas partes para hacer saltar, desde dentro, la máquina alemana de ocupación. Pero recordad que a esos Sitios sólo se puede ir por indicación de la organización del Partido.

En cuanto a los comunistas y komsomoles que, influidos por el miedo u otras "circunstancias de índole personal", se han inscrito en los registros y sirven a los alemanes, no hay ni habrá para ellos ninguna justificación. Por simpático que sea el ajustador Nikanor Gorbach, la organización de Oster ha tomado una decisión acertada al negarse a considerarle como comunista. Y el maestro, de quien nos ha hablado Gríschenko, debe ser, asimismo, expulsado inmediatamente del Partido.

Para expiar su culpa ante el pueblo, no les queda más que un camino: el destacamento guerrillero. Si les admiten al destacamento, podrán participar en el combate, siempre bajo la vigilancia de los guerrilleros.

Pero, ¿por qué tanta severidad? —preguntará el lector. Nikanor Gorbach y el maestro aquel, que confesó su pusilanimidad, se presentaron voluntariamente en el Comité de Distrito del Partido, reconociéndose culpables. Su vacilación fue momentánea; ¿acaso se les puede considerar como traidores?

De haber sido traidores, se les habría fusilado. En ese caso ni se hablaría siquiera de permitirles combatir en las filas de los guerrilleros. En cuanto a las personas de quienes nos habló Gríschenko, además de confirmar su expulsión, pedimos al Comité de Distrito que informase de su expulsión a la mayor cantidad posible de gente. El comunista no puede especular con su propia conciencia. No debe olvidar, ni por un momento, que el pueblo ve en él a un representante del partido dirigente. Cuando un comunista o un komsomol comete un acto de cobardía, con ello ocasiona un grave perjuicio a nuestra causa, un daño mucho mayor que si el mismo acto fuera obra de un sin partido.

Los alemanes habían rodeado de gran pompa la inscripción de los comunistas en los registros. Habían puesto grandes carteles indicadores: "Aquí se efectúa la inscripción de los miembros del Partido y de los komsomoles". Pero todo aquello no lo habían organizado con el fin de llevar la cuenta de los comunistas. A inscribirse voluntariamente en el registro no acudían más que unos cuantos. Los alemanes sabían de antemano, naturalmente, que lo harían tan sólo los traidores, los cobardes, que, sin necesidad de inscribirse, eran ya inofensivos para ellos. Todo aquello tenía para los alemanes otra significación: era un intento de asestar un golpe al prestigio que el Partido Comunista tenía entre el pueblo.

El ajustador Nikanor Gorbach demostró, más tarde, que no sólo no era un traidor, sino que era un valiente. Fue al destacamento y, a pesar de su edad avanzada, combatió bien. Gorbach contaba más tarde cómo le venció el amor propio y no quiso ser menos que el mecánico alemán. Ello significaba que en aquel entonces su amor propio profesional de mecánico era en él más fuerte que el orgullo de ser comunista y patriota.

Y por aquellos días, el pueblo apreciaba más que nada el indomable orgullo ciudadano del hombre soviético. ¿Cómo

podíamos perdonar a un comunista ni la más leve inclinación ante los alemanes, cuando centenares y miles de héroes anónimos, obreros y campesinos sin partido, aceptaban con frecuencia la muerte sólo para mostrar su desprecio a los invasores?

En las casas koljosianas, en el cenizal de la incendiada aldea, al lado de la hoguera guerrillera, se narraban las hazañas de esos héroes. El pueblo es muy aficionado a los relatos en que se habla de valor abnegado, de gentes que perecen mostrando un magnífico desprecio a la muerte, de eso que ya Máximo Gorki llamara locura de los valientes. El pueblo repetía esos episodios, los completaba y transmitía de boca en boca.

He aquí, por ejemplo, el relato sobre el viejo Mefódievich, de Orlovka. Yo mismo lo habré oído no menos de diez veces. Se basa en un hecho real, acaecido a principios de 1942. Pero el apellido de Mefódievich no lo logré averiguar.

* * *

Tres komsomoles exploradores nuestros, Motia Zozulia, Klava Márkova y Andrei Vázhentsev, marcharon a las aldeas con el fin de reunir los datos que el mando precisaba. De paso, los exploradores debían distribuir y entregar a personas de confianza unas quinientas octavillas nuestras, para su difusión.

En Orlovka, una aldea grande, por medio de la calle y en compañía de un mozalbete, marchaban tranquilamente dos muchachas campesinas que en nada se diferenciaban de las demás. A su encuentro venían viejas y viejos, muchachas y jóvenes iguales a ellos. Los exploradores saludaban, pregun-

taban por dónde se iba al molino y dejaban con disimulo en manos de la gente unos papelitos cuadrados.

Cuando preguntaban si los alemanes estaban lejos, les respondían que todo marchaba bien, que hacía tiempo que aquellos monstruos no aparecían por allí.

En aquel instante y con la velocidad de un auto de bomberos irrumpieron en la aldea varios camiones llenos de soldados alemanes. Los tres jóvenes no podían echar acorrer. De hacerlo, llamarían sin duda alguna la atención general y, como es natural, los alemanes emprenderían su persecución. Los exploradores continuaron andando despacio por la carretera, con la confianza de que los alemanes los tomarían por vecinos pacíficos y corrientes.

Los soldados alemanes que eran unos quince se comportaban de una manera muy extraña. Habían saltado de los vehículos y, des-plegándose en varias direcciones, agarraban a cuantos caían bajo su mano —viejos, viejas, adolescentes— y, empujándoles con las culatas de sus fusiles, los obligaban a montar en los camiones. Los soldados no registraban a nadie, no preguntaban nada ni daban explicación alguna. Una vez llenos los camiones de gente, emprendieron la marcha, a toda velocidad, en dirección a Jolm, cabeza del distrito.

A nuestros exploradores les tocó hacer el viaje en el último camión. Dentro del vehículo había unas veinticinco personas. La gente, pálida y asustada, iba de pie, sujetándose unos a otros. Al principio, no hacían más que mirarse, pero, transcurridos unos cinco minutos, comenzaron los cuchicheos: “¿Qué significa esto? ¿A dónde nos llevarán? ¿Por qué han detenido a los primeros que han encontrado a su paso?

En las bruscas sacudidas del camión, la gente caía una encima de otra y al suelo de la carrocería. Las muchachas chillaban, las viejas gruñían.

— ¡Nadka, no te caigas con tanta fuerza! —gritaba una mujer—. ¿Es que no sabes, maldita, que tengo mala la rodilla?

— Eso no tiene importancia, vecina, hay que acostumbrarse a todo —resonó de pronto una cascada voz senil—. Bien podéis dar las gracias de que no os cobren por el viaje. Antes, cuando teníamos que ir a Jolm, había que sacarse treinta rublos del bolsillo; en cambio, los alemanes, nuestros bienhechores, nos llevan a la horca por su cuenta...

— Ya le está dando a la lengua nuestro artista —respondió una voz femenina—; más valiera que callaras, Mefódievich; ya tenemos bastante diversión, sin necesidad de ti.

El viejecito respondió con una chanza. Algunos se echaron a reír de buena gana. El tal Mefódievich debía ser uno de esos vejetes alegres, que no tienen pelos en la lengua ni pierden el aplomo en situación alguna.

Los exploradores no prestaban atención a la charla; no tenían humor para ello. Los tres estaban junto a uno de los laterales del camión, discutiendo en voz baja sobre qué hacer. Cada uno de ellos llevaba aún entre la camisa y el pecho más de cien octavillas. Los alemanes no necesitarían registrarles; bastaría con que les zarandeasen por el cuello...

Los camiones marchaban a una velocidad no menor de cuarenta kilómetros por hora. Atravesaban las aldeas haciendo sonar estrepitosamente el claxon. En la carrocería del vehículo no había soldados, pero en cada estribo iba un alemán con automático, hablando con los sentados dentro de la cabina. De vez en cuando miraban hacia la gente, y, de haber intentado alguno saltar en marcha, se habrían dado cuenta inmediatamente.

Motia Zozulia tenía más experiencia e inventiva que sus amigos. Después de haber mirado a su alrededor, guiñé un ojo a los suyos, se metió la mano en el pecho, sacó con cuidado un puñado de octavillas y dejé caer el brazo fuera del lateral,

tirando con fuerza las octavillas a tierra. Pero el viento levantó inesperadamente los cuadraditos blancos, que, como una nube, se alzaron detrás del vehículo.

Motia enrojeció y se encogió toda como si esperase un golpe. En el camión todos callaban. Las octavillas no se veían ya, pero la gente continuaba callada, mirándose unos a otros con aire escrutador.

Y entonces volvió a resonar la cascada voz senil:

— Ya veis, los fritzes no sólo agarran a la gente, sino que al mismo tiempo hacen agitación. Viene a ser una especie de empresa combinada sobre ruedas.

Y aunque el motor zumbaba y crujía el vehículo al balancearse en los baches, a los exploradores les pareció oír un unánime suspiro de alivio.

Era poco probable que ninguno de los que en el camión iban creyese que las octavillas habían sido arrojadas por los soldados alemanes. Pero sea lo que fuere, la situación era ya menos tirante. Se reanudaron las conversaciones.

Mientras tanto, Mefódievich se abrió paso desde el fondo del camión y se colocó al lado de nuestros exploradores. Era un viejecillo pequeño y enjuto. El viento agitaba su barbita gris y su nariz había enrojecido a causa del frío. Pero llevaba el gorro ladeado, y enhiesta, con aire belicoso, una de las guías del bigote, mientras en sus ojos chispeaba picardía. El viejo volvió a meterse en largas disquisiciones. Al parecer, hablaba por hablar, sin meditar en lo que decía.

— Ya veis, señores —exclamé, retorciéndose el bigote—, ahora viajamos en el mismo coche que los extranjeros. ¿Podía haber pensado yo, podía haber soñado, acaso, con un nuevo orden semejante?

Mientras alguien le respondía, se aproximé mucho a Motia y susurro:

— No las tires sin provecho por la estepa, muchacha. Están destinadas al pueblo, ¿no es cierto?... Así que siémbralas entre el pueblo... Cuando pasemos por una aldea, entonces puedes tirarlas...

Cuando el camión entré en una aldea, Mefódievich, impaciente, comenzó a darles codazos a nuestros muchachos.

— Tirad, ¿qué esperáis? No tened miedo, yo respondo.

Ni que decir tiene: había en el viejo algo que despertaba el deseo de hacer una jugada.

Los exploradores tiraron en la aldea una parte de sus octavillas. En el camión todos comprendían ya de qué se trataba, pero, como si se hubiesen puesto de acuerdo, fingían no apercibirse de nada.

Los chiquillos corrían detrás del camión, atrapando las hojitas de papel que giraban en el aire. La gente que iba en el vehículo reía a carcajadas. El juego había entusiasmado a todos, viejos y jóvenes. Cuando los alemanes, desconfiados, se removieron en los estribos, una mujer de cara alargada y triste gritó:

— Escondeos.

Por el lateral, asomé la cabeza de un soldado. El alemán no comprendió nada. Miró perplejo a aquellos rusos extraños: “¿De qué se reirán? “Escupiendo con rabia y blasfemando, el soldado se volvió. Pero ya no podían tirar más octavillas. Los alemanes, dándose cuenta de que algo anormal ocurría, observaban de continuo lo que hacía la gente.

Mefódievich, que estaba en vena, perdió toda circunspección. Cuando supo que los exploradores tenían aún trescientas octavillas, comenzó a pedirles:

— Dádmelas... No tengáis miedo, yo me las arreglaré, dádmelas, de prisa. En nuestra aldea las leerán...

El vejete se metió las restantes octavillas por el cuello de la camisa, abrochóse la zamarra y sonrió satisfecho, mientras guiñaba los ojos con tanta picardía, que todos comprendieron que iba a salir con una de las suyas.

Y, en efecto, comenzó a abrirse paso hacia la cabina, casi por encima de las cabezas de la gente.

— ¡Dejadme pasar! —gritaba—. ¡Pero dejadme pasar, buena gente, que me pierdo!

Sin comprender aún lo que pensaba hacer, la gente le abría paso. Cuando llegó a la cabina, se puso a golpear furiosamente en el techo de la misma. Todos callaban. El camión frenó bruscamente.

A ambos lados de la carretera, se extendía el campo. Pasada la cuneta, veíanse unos pequeños arbustos cubiertos de nieve. Los soldados que estaban en los estribos saltaron a tierra. También salieron los que iban dentro de la cabina. Todos se pusieron a gritar con guturales voces.

Mefódievich señaló con la cabeza en dirección a los arbustos, se llevó la mano al vientre y se doblé por la mitad, haciendo una mueca tan lastimera y dolorosa, que hasta los alemanes no pudieron contenerse y prorrumpieron en una carcajada.

— Esperad un poquito, esperad, *bitte, bitte,* no tardaré, vendré en seguida —barbotaba el viejo en tanto descendía del camión.

Los alemanes seguían riéndose. Y, en efecto, esperaron hasta que Mefódievich hubo escondido las octavillas tras los arbustos. El vejete permaneció allí un minuto más y regresó radiante, con aire de ingenua suficiencia.

Uno de los alemanes incluso llegó a darle unas palmadas:

— *¡Gut, gut,* buen koljós, obrar bien!

Cuando los camiones entraron en Jolm y se detuvieron en la plaza, se aclaré que el *gebietskommissar* había dado la orden de traer a los primeros campesinos que encontraran en decenas de aldeas del contorno. La gente tenía que oír el discurso del *gebietskommissar.* Al saber los exploradores que estaban en libertad, trataron de escabullirse y perder de vista a sus compañeros de viaje. Preferían alejarse de los testigos.

Y habrían logrado hacerlo. Pero la plaza estaba rodeada de fuerza, con orden de no dejar salir a nadie hasta que no terminara el mitin. Los exploradores se situaron en un extremo, eligiendo un lugar desde el ‘que pudiesen salir rápidamente. Unos diez minutos más tarde, varios alemanes subieron a una tribuna de madera. Unos de ellos comenzó a hablar.

Insultaba, agitaba los puños, amenazando no se sabe a quién. Aunque el discurso era en alemán, la gente comprendía perfectamente que el *gebietskommissar* nada bueno podía decirles. Después hizo uso de la palabra el traductor, también alemán.

— Llamaros aquí con fin de que vosotros transmitir a vuestros parientes y conocidos que nosotros, los alemanes, no somos nada aficionados a bromas...

En la muchedumbre alguien estornudé más ruidosamente de lo natural.

— No nos gustan las bromas —repitió el intérprete—. Nuestros agentes, al entrar aldeas, no recibir buena acogida entre campesinos. ¿Qué significar esto? Esto estar indicio agitación bandidos del bosque, que aconsejan no dar a alemanes víveres, cerdos y trigo. Nosotros considerarlo como sabotaje. Esto estar considerado nosotros manifestación obediencia al aniquilado poder bolchevique. No queremos perdonar más estas manifestaciones y nos daremos prisa liquidar sin piedad los nidos. Fusilar. Ajusticiar...

Con la misma entonación, como continuando el discurso del traductor, una voz entre la muchedumbre dijo:

— Degollar y poner en salmuera...

— ¿Qué decir allí? —interrogó severamente el traductor.

Todos callaban.

— Yo suplicar encarecidamente repetir. No oír bien. ¿Quién decir esas palabras?

En la multitud se alzó un brazo, y los exploradores vieron a Mefódievich. Por lo visto, el viejo había entrado de lleno en su papel y ya no podía detenerse. El éxito obtenido en el camión le había inspirado.

— Yo he dicho esas palabras, señor traductor.

— ¿Qué sentido haber querido dar?

— He querido apoyar su iniciativa. Usted ha dicho "fusilar y ejecutar". Y yo considero que eso es poco, ya que hay gente que no se subordina como es debido, que se equivoca un poco y se orienta al lado contrario, etc., etc. Que hacen daño a los campesinos y al nuevo poder que... En fin, que apoyo con toda el alma su iniciativa...

Era poco probable que el traductor hubiese comprendido todo lo dicho por Mefódievich. Pero, seguramente, decidió que la voz del viejo era la voz del pueblo y que en las palabras del viejo no había nada de censurable.

Continué su discurso. Mefódievich, de vez en cuando, exclamaba:

— ¡Eso es! ¡Ojalá sea así! *¡Muy gut, muy bitte!*

Y mientras decía esto, la expresión de su rostro era asombrosamente tranquila.

Una vez terminado su discurso, el traductor cuchicheó con el *gebietskommissar,* el burgomaestre de Jolm y otro policía.

Después llamé con el dedo a Mefódievich. El viejo subió a la tribuna. Se mantenía ante el *gebietskommissar* como un soldado del zar: abombado el pecho, comiéndose con los ojos al jefe. El traductor le dijo algo al oído. El rostro de Mefódievich expresó aquiescencia *y* disposición. El vejete se volvió hacia el pueblo y comenzó a hablar.

Al principio, los campesinos, que le habían tomado por un lacayo de los alemanes, le escuchaban con aire sombrío.

— ¡Ciudadanos! —exclamé Mefódievich como un experto orador, pero al instante se volvió hacia el traductor y dijo—: Perdone, se me ha escapado, es la vieja costumbre. ¡Señores! —exclamó de nuevo—. ¡Respetables campesinos! ¿Qué se nos ha dicho? Se nos ha dicho que Alemania quiere el bien del pueblo, quiere acabar pronto la guerra y destrozar los restos del Ejército Rojo. Razón tenía el señor comisario alemán, al decir que para eso se precisaba que todos nosotros nos dedicásemos a nuestras faenas campesinas *y* mandáramos la política a paseo. Y, en lugar de eso, ¿qué vemos? Vemos que el pueblo ayuda a los bandidos del bosque, a toda suerte de hermanos, hermanas e hijos nuestros. ¿Es éste, acaso, el nuevo orden? Yo os propongo que apoyéis la iniciativa del señor comisario *y* que, desde el día de hoy, si viene del bosque alguno, igual da que sea tu marido, mi hijo, que mi hermano, lo trinquéis por el cogote y lo llevéis a la policía. Y si se resiste, liquidadlo en el acto, como a un bandido que estorba a nuestros bienhechores, los alemanes.

Mefódievich decía todo esto guardando una seriedad pasmosa *y* volviendo a cada instante la cabeza hacia los alemanes. Se había dado cuenta, claro está, de que el traductor conocía mal el ruso. El pueblo comprendió pronto por dónde iba el orador. Los rostros se animaron *y* algunos sonreían. Otros, más prudentes, hacían señas al orador, como diciendo: “Ten

cuidado, repórtate, no te vayas del seguro, mira que...” Pero Mefódievich no atendió a la voz de la razón.

— Yo considero —continué— que, aunque nos hemos hecho ahora señores, no acabamos de comprender, a pesar de eso, que los alemanes nos trajeron la liberación. Es hora ya de que dejemos de odiar y de que, en vez de eso, demos al triunfador germano todo lo que él desee. Por ejemplo, cuando vinieron los alemanes a mi casa para quitarme la vaca, el lechón, los gansos y las gallinas, ¿creéis que yo me opuse? Nada de eso. No, lo di todo con alegría. Ayer vinieron a pedir ropa de abrigo, para que el soldado alemán no se hiele en los accesos a Moscú. Pues bien, yo, comprendiéndolo, entregué con alegría mis pantalones *y,* si los alemanes lo necesitasen, les daría también hasta los calzoncillos. Porque me enorgullezco de que el alemán bata al Ejército Rojo y a los guerrilleros llevando mis pantalones y con mi gallina en la barriga.

En la muchedumbre, casi todos sonreían ya; algunos contenían la risa a duras penas; el *gebietskommissar* miraba perplejo tan pronto al orador como al traductor. Mefódievich se volvió hacía los alemanes y dijo:

— Señor traductor, le ruego que diga a los jefes que los ucranianos no escatimarán para la victoria del ejército alemán ni sus pantalones, ni sus gallinas, ni sus mujeres e hijos...

Esperé a que el traductor cumpliera su ruego. El comisario se tranquilizó, al parecer, y, sonriendo, batió palmas. Mefódievich también sonrió *y* continué, alzando la voz:

— Como viejo honrado, debo confesar, en plan de autocrítica, que tampoco yo he manifestado plenamente amor por los alemanes. Si yo fuera más joven, por ejemplo como aquel muchacho o aquella chica —señalé a alguien de la muche-

dumbre—, iría al bosque y me pondría a liquidar a toda esa canalla que destroza nuestra vida feliz...

Entre la multitud ya no sonreía nadie. Todos escuchaban al orador con atención *y* muy seriamente. El traductor lanzó una mirada escrutadora a Mefódievich, pero en aquel instante el viejo dijo:

— Me apuntaría voluntariamente en la policía, me darían un fusil, una ametralladora, y entonces demostraría a los bolcheviques que se han escondido en los bosques que no sólo ellos saben utilizar las armas. Si yo fuera más joven, no estaría metido con mi mujer en casa, atiborrándome de aguardiente, como hacen algunos policías. Demostraría a los alemanes que nosotros, los ucranianos, sabemos apreciar la libertad, que hay todavía entre nosotros hombres valientes.

El burgomaestre, que era ucraniano de una de las regiones occidentales, aunque no comprendía muy bien el idioma entre ucraniano y ruso que usaba el viejo, se dio cuenta de que en el discurso de Mefódievich había segunda intención. Se inclinó hacia el traductor y le dijo algo al oído. El traductor sonrió con aire despectivo. Tenía el convencimiento de que dominaba el ruso a la perfección. Mientras tanto, Mefódievich, entusiasmándose cada vez más, se olvidó de toda cautela. En la multitud había algunos policías con sus brazaletes en las mangas. Estos, en efecto, se dedicaban a emborracharse *y* a saquear a la población, mucho más que a luchar contra los guerrilleros. Uno de ellos, el más próximo a la tribuna, gritó:

— ¡Eh, viejo! ¡¿Qué agitación estás haciendo? Olvídate de esa autocrítica.

Pero Mefódievich no se desconcerté.

Volviéndose hacia el traductor, dijo con indignación:

— Señor oficial, ¿acaso no tengo razón en lo que digo? ¿No es verdad que hay que reforzar la lucha por nuestra victoria?

— Muy magnífico —respondió el traductor—, *gut,* pero termine —e hizo seña a Mefódievich de que bajase de la tribuna.

El viejo fingió no haberlo comprendido *y,* mirando hacia el policía, gritó con aire de triunfo:

— ¿Qué, te la has tragado? Tengo razón cuando digo que en vano os han dado a vosotros, canallas, las armas. No os atrevéis a ir en contra de los guerrilleros... ¿A qué viene amenazarme con el puño? ¿Vas a decirme que no es cierto? ¿Por qué los pantalones que me quitasteis no fueron enviados al campo de batalla de Moscú, sino que han aparecido en el trasero del jefe de la policía? ¿Ah, no lo sabes?... ¿Para qué le habéis quitado a la vieja Filipenko una toquilla de lana? ¿Dirás que para el ejército alemán? ¡Mientes, a mí no me engañarás!

El traductor, irritándose, dijo:

— Basta. Las quejas sobre actividad policías deben llevar comandancia todos martes, de una a dos tarde.

— Pero dígale, señor traductor, que no se meta conmigo. Hablo con razón, y él se mete conmigo... Os diré francamente, ante todo el pueblo: en la policía no hay más que ladrones y canallas. Si fuera gente honrada, no le tendrían miedo a la autocrítica y no me cerrarían la boca.

Los policías, reunidos en grupo, se adelantaron a la tribuna para coger al viejo, pero el comisario les hizo señas de que se fuesen.

— Perdonadme, me he emocionado —balbuceó con aire obsequioso Mefódievich—. ¿Me permite continuar?

— *Nein, nein,* váyase.

Mefódievich, con sonrisa satisfecha y de triunfo, pasó por delante de los policías. La gente le abría paso, volviendo a cerrar inmediatamente filas. El viejo, pequeño y enjuto, se perdió inmediatamente entre la muchedumbre.

— ¡Mitin ser terminado! —gritó el traductor.

La gente comenzó a dispersarse. Nuestros exploradores, como es natural, tampoco perdieron el tiempo. Se habían alejado ya unos doscientos metros, cuando en la plaza sonó un disparo. Al volver la cabeza, vieron correr a los policías. Era evidente que perseguían a Mefódievich. El viejo huía de ellos haciendo zigzags, igual que un zorro.

Los policías, vociferando algo, disparaban en pos de él.

El viejo se acercó corriendo a una alta valla y trató de saltarla, pero cayó segado por una bala. Consiguió, sin embargo, enderezarse.

— ¡Verdugos, lacayos alemanes, canallas malditos! —tuvo tiempo de gritar aún.

Los policías estaban ya cerca de él. Restallaron varios disparos más. El viejo calló.

De regreso, los exploradores recogieron las octavillas que Mefódievich había ocultado tras los arbustos.

Ninguna de ellas se perdió en vano.

* * *

Cada vez que alguien contaba esta historia al amor de la lumbre de alguna hoguera guerrillera, surgían inmediatamente las discusiones.

Unos decían que el viejo había hecho mal en arrebatarse tanto, y que no había valido la pena arriesgarse; incluso ha-

bía llegado a olvidarse de las octavillas. Decían que en su proceder no se veía una línea de conducta firme y sensata.

— En cambio, su gesto fue magnífico —replicaban otros con admiración—, puso en ridículo tanto a los alemanes como a los policías.

Recuerdo que, una vez, Sanin —delegado político de una de las secciones, que había sido colaborador de las milicias— recibió un buen rapapolvo por parte de Popudrenko.

— Si yo estuviera en la dirección —manifestó Sanin con suficiencia—, prohibiría por medio de una orden estas conversaciones desmoralizadoras. Hay que acabar con ellas, camaradas. Se trata de una falta absoluta de conciencia y de disciplina en la conducta...

— ¡Sigue, sigue! —gritó Popudrenko—. ¡Continúa, arguméntalo!

Sanin no comprendió que las palabras de Nikolái Nikítich encerraban un reto. Creyendo que Popudrenko estaba de acuerdo con él, prosiguió con mayor gravedad aún:

— Ese viejo era simplemente, por decirlo así,...

Popudrenko no pudo contenerse.

— Expón pensamientos, y no frases generales. Todos sabemos decir frases generales. ¿Qué vas a decir? Que el viejo era un desorganizado, que debía haber actuado a la chita callando y que entonces habría llegado a los cien años. ¿Es que no comprendes que un escupitazo en plena jeta fascista, ante una gran afluencia de gente, es trabajo educativo?

Sanin se levanté e hizo un ademán, pero se contuvo y se alejó lentamente de la hoguera.

— ¡Ven aquí! —le gritó Popudrenko—. ¡Discute conmigo, ten el valor de continuar!

— No tengo derecho a discutir con usted delante de la gente —respondió Sanin con voz sombría—. Soy un hombre disciplinado, y con preparación política.

— ¡Yo te lo permito, yo te ordeno que discutas! —exclamó Popudrenko—. Y si no puedes discutir, escucha. Y toma buena nota de que el desprecio a la muerte, el perecer por la verdad ante los ojos del pueblo les una gran hazaña!, y de que para eso también se necesita inteligencia. Es indudable que el viejo Mefódievich era inteligente y que sacrificó la vida de un modo muy bello. Tal vez el viejo se pasase toda la vida bromeando entre la gente. Pero murió como un héroe, y el hecho de que hablemos de él demuestra que ha entrado ya en la historia.

Había mucha gente reunida alrededor de la hoguera. Además, los combatientes venían de todas partes, querían oír lo que decía Popudrenko. Este no sabía hablar con calma, sin calor. Le gustaba incitar a la gente a las discusiones. Yo veía que tampoco Druzhinin podía ya contenerse y que Yariómenko estaba a punto de entrar en la liza...

Pero en aquel instante oímos gritar al guerrillero de guardia:

— ¡Aviación!

El zumbido de los aviones enemigos se aproximaba a la aldea. Apagamos las hogueras.

Un gran destacamento

Nuestro destacamento estuvo varias veces a punto de perecer. No me refiero a las secciones o a las compañías, sino precisamente a todo el destacamento. Y hubiéramos perecido porque no estábamos dispuestos a rendirnos.

Cada vez que nos encontrábamos a un paso de la derrota total, no era ningún milagro lo que nos salvaba, ni tampoco, claro está, la actitud condescendiente del enemigo. Nos salvaba la unión, la inventiva popular, la maestría de los jefes, el heroísmo en masa, la disciplina consciente, todo eso que se puede definir en dos palabras: organización bolchevique.

Como ya sabe el lector, a fines de noviembre de 1941, los destacamentos de Chernígov se encontraron por primera vez en una situación desesperada. La culpa de ello no la tenía tanto una amenaza efectiva de derrota militar, como nuestra debilidad, desde el punto de vista de organización, y la inseguridad en las propias fuerzas. En aquel entonces el Comité Regional unió a los pequeños grupos guerrilleros en un destacamento grande y lo llevó a la ofensiva.

La segunda prueba —mucho más seria— comenzaba ahora y duró tres meses: febrero, marzo y abril.

Esta segunda prueba siguió casi inmediatamente a los días felices. Nos habíamos instalado muy bien en las aldeas de Maibutnia, Lásochki, Zhuravliova Buda. Últimamente, nuestro destacamento había realizado bastantes incursiones afortunadas contra las guarniciones policíacas de aquellos contornos. Habíamos conseguido establecer enlace con la Tierra Grande, hacer el balance de nuestra actividad combativa y comunicárselo al Comité Central. Nos habían prometido enviar aviones con armamento complementario.

Era indudable que nos habíamos fortalecido. Nuestros combatientes estaban fogueados y habían pasado por un buen curso práctico de lucha guerrillera. Muchos se habían separado al fin de sus casas y sus familias y ello tenía también bastante importancia, ya que el soldado pelea siempre mucho mejor cuando está lejos de sus mujeres e hijos.

Los jefes ineptos, designados guiándose únicamente por el cargo que ocuparan antes de la guerra, abandonaron sus puestos y los que quedaron, luchaban muy bien.. Incluso para Bessarab no habían transcurrido en vano los cinco meses de lucha guerrillera.

Fue entonces cuando los alemanes comenzaron a presionarnos. Bombardearon varias veces las aldeas donde habíamos acampado y nos batían con piezas de artillería pesada. -

Después de haber analizado serenamente la situación creada, el Estado Mayor decidió que el destacamento debía abandonar los poblados y replegarse al bosque. Por cierto, hubo bastantes contrarios a esta decisión. En efecto, no era cosa fácil abandonar, con unas heladas de treinta grados bajo cero, las cálidas casas e irse a la nieve... Algunos compañeros, sin aludir directamente a ello, comenzaron a afirmar que no teníamos derecho a entregar sin lucha las aldeas donde tanto tiempo habíamos estado, que debíamos defendernos y defender a la población. Que, al marchar, dejábamos abandonados a su propia suerte a los viejos, mujeres y niños.

Lo menos que se le podía achacar a esa "teoría" era su falta de seriedad. El enemigo tenía sobre nosotros tal supremacía en hombres y material de guerra, que fortificarse en aquellos instantes en aldeas abiertas por todos lados, significaba correr, nosotros mismos y los vecinos, el riesgo de una aniquilación total.

Montamos en los trineos y nos dirigimos a los bosques de E lino, al sector donde acampara, durante algún tiempo, el destacamento de Vorozhéiev, nuestro nuevo compañero. Según decía éste, allí había refugios. Si bien es verdad que nuestros exploradores nos habían informado ya de que allí no quedaba más que una trinchera larga y mal tapada. Pero incluso aquello era mejor que nada. Lo principal era que en el lugar se alzaba un espeso bosque con gran abundancia de abetos: a los alemanes les costaría trabajo descubrirnos desde el aire y no les sería fácil desalojarnos de allí.

Con los caballos al trote, y a veces a galope, recorrimos a toda prisa unos veinte kilómetros. Los jefes llevaban capotes de piel o, cuando menos, zamarras cortas y botas de fieltro. También abrigamos bien a los heridos. Sin embargo, no todos los combatientes rasos tenían ropa de abrigo. Algunos llevaban botas altas rotas o con vendas. Los que se hallaban en este caso saltaban de los trineos y, agarrándose a ellos, corrían por el camino. Teníamos que ir más despacio. Alguno había pedido ya que nos detuviésemos por una hora para encender una hoguera y entrar en calor. Pero, inesperadamente, las cosas tomaron tal giro que nos calentamos sin necesidad de hogueras:

En la linde del bosque, los alemanes nos interceptaron el paso. Se habían camuflado bien y nuestro servicio de exploración falló. En aquella ocasión, los alemanes utilizaron nuestra propia táctica. Se ocultaron en el bosque y nos atacaron por sorpresa.

No obstante, ya porque esa táctica fuera nueva para ellos, o porque no se sintieran a gusto en el bosque ruso, el caso es que abrieron fuego dos o tres minutos antes de lo que correspondía hacerlo. Además, aquellos señores no habían tenido en cuenta otra cosa: el frío traía tan furiosos a nuestros muchachos, que, lejos de asustarse, incluso se alegraron de la posibilidad de pelear.

Aunque, claro está, no nos ayudó tanto el frío como Dmitri Ivánovich Rvánov. Mientras estuvimos en las aldeas, él no había perdido el tiempo: exigía de los jefes de las compañías que se ocupasen sistemáticamente de la preparación combativa de sus hombres.

Yo mismo quedé sorprendido de la rapidez de nuestra respuesta. La sorpresa del ataque no aportó a los alemanes ventaja alguna. Ninguno de nosotros se desconcertó. Los jefes daban órdenes concisas y los combatientes se desplegaron rápidamente en orden de combate y echaron cuerpo a tierra. Dos minutos más tarde, respondíamos con tal fuego de ametralladoras y automáticos, que los alemanes pusieron inmediatamente pies en polvorosa, y eso que eran nada menos que dos compañías.

El combate no duró más de diez minutos. Excitados, alegres y orgullosos de nuestro éxito, reanudamos la marcha. Al cabo de unas cuantas horas de viaje, dejamos por fin el camino y nos internamos en el bosque. Nos atascábamos en la profunda nieve, entre los árboles; los combatientes saltaban de los trineos para ayudar a los caballos, pero hombres y bestias se hundían hasta el cuello en la esponjosa nieve por nadie hollada.

Llegamos a nuestro nuevo destacamento a eso de las tres. Menos mal que la noche era de luna llena. Aunque la luz lunar tampoco nos ayudó mucho. En el lugar se alzaban abetos centenarios y sus grandes ramas cubiertas de nieve tapaban casi todo el cielo.

Encontramos el refugio abandonado del destacamento de Vorozhéiv. Su destacamento había estado allí hacía mes y pico. La entrada estaba obstruida. Luego de quitar la tierra que la cubría, penetramos en una trinchera cubierta, larga y sucia, donde no había mesas ni bancos. Antes de irse lo habían quemado todo. Y lo peor de todo era que el horno esta-

ba destruido. Menos mal que teníamos fumistas entre nosotros. Una hora más tarde, Grisha Bulash encendía una estufa, montada rápidamente por él, y a los treinta minutos en el refugio hacia calor. Aunque, probablemente, ello era debido más a la cantidad de gente que a la estufa.

El refugio había sido construido para albergar a unas cincuenta personas; y nosotros, aparte del grueso de la fuerza, teníamos cuarenta y cinco heridos y enfermos que debían guardar cama. Algunos combatientes habían sufrido heladuras en el camino, y era preciso que, cuanto antes, entraran en calor. El refugio estaba tan abarrotado de jefes, personal médico-sanitario y de los más fervientes aficionados al calor, que tuvimos qué invitar a algunos a que saliesen...

Dicho sea de paso, el frío no es un aliado del guerrillero. Tal vez frenara entre los alemanes su afán de ofensiva, pero nosotros sufríamos mucho más sus consecuencias. En aquellos días, el frío había emprendido una ofensiva tan grande contra nosotros, que era preciso sujetar con mano firme las riendas del mando.

Al recordar ahora aquellos días y noches de lucha dura contra los elementos invernales, se me imaginan llenos de animación casi alegres. La memoria humana desecha de buen grado los episodios dramáticos y, en cambio, conserva durante mucho tiempo todo lo alegre y divertido.

Cuando los ex guerrilleros nos reunimos ahora y recordamos cómo nuestros hombres, helados, hambrientos, furiosos, se enterraban entonces en la nieve, nos sentimos invadidos, no sé por qué, de una alegría desbordante.

— ¿Recuerdas cómo vociferaba entonces Bessarab? En vez de bigotes tenía carámbanos, la barba llena de escarcha, de la boca le salían columnas de vaho, y él gritaba: “¡Yo, eso pues, no estoy de acuerdo! ¡Qué necesidad tengo yo de esto! ¡En Reimentárovka hemos dejado unos refugios magníficos!

— ¿Y os acordáis de cuando Arsenti Kovtún cayó en la nieve una guarida de oso, tapó la entrada y empezó a roncar a toda orquesta? Por la mañana la nieve había cubierto su vivienda y no sabíamos dónde estaba; sólo por los ronquidos dimos con él.

— ¿Y recordáis cuando Kapránov reunió a las enfermeras y les dijo: “Muchachas, la que se eche a llorar, no recibirá alcohol. ¡Aguantad, muchachas, demostrad que sois iguales a lcs hombres!

Y, en efecto, ninguna de nuestras muchachas lloró ni una sola vez. Sin embargo, el aguardiente no les interesaba, y repartían sus raciones entre los muchachos.

Sí, ahora no recordamos más que lo alegre. Pero nuestra situación era a veces muy dura. Para todo el destacamento no teníamos más que siete palas, cinco hachas y una barra. Y la tierra estaba helada a más de un metro de profundidad. Los combatientes encendían hogueras; dos horas más tarde, apartaban las brasas y se ponían a cavar la recalentada tierra.. Cuando llegaban a una profundidad de medio metro, volvían a tropezar con otra capa helada y encendían de nuevo la hoguera, y así hasta el infinito. Era aquel un buen entrenamiento para desarrollar la paciencia.

Nos faltaba mano de obra. Teníamos que enviar gente a los puestos de vigilancia, a explorar y a servicios de intendencia. A pesar de todo eso, en el transcurso de algo más de una semana, construimos dieciséis refugios dotados de camastros, hornos, bancos y mesas.

A fuer de honrado, debo decir que en esos refugios no se estaba muy bien. Eran estrechos y oscuros. Los iluminábamos con candiles alimentados con sebo; encendíamos teas, o, simplemente, nos sentábamos al lado de la estufa. Por las tardes, hasta en los días de las más feroces heladas, nos

reuníamos y charlábamos, como siempre, al amor de la lumbre de las hogueras.

En los bosques de Elino —que figuran en los anales de nuestra historia con el nombre de “Vtorói Lesograd” (“Segunda Ciudad de los Bosques”) —permanecimos hasta fines de marzo. Todos recordarán que el invierno de aquel año fue muy crudo. Raro era el día que hacía menos de veinte grados bajo cero. Nos alegrábamos de esos días. Carecíamos de aparatos para medir la temperatura, pero en cambio, durante cierto tiempo, tuvimos un abuelo en cuestión jamás había visto en su vida un verdadero termómetro de calle y que tenía una idea muy aproximada de los grados. Pero si se le preguntaba qué temperatura hacía, contestaba sin titubeos:

— Veinticuatro grados.

— ¿Cómo lo sabes, viejo?

— Pues, por lo que me muerde la helada. Mis orejas son de veinte grados, la nariz se me hiela a los veintitrés, y cuando empieza a dolerme el dedo gordo del pie derecho, eso quiere decir que pasa de los treinta.

El invierno fue angustiosamente largo. En la región de Chernígov ha habido inviernos largos y de mucha nieve, pero no recuerdo ninguno como aquél. ¡Pero, si sólo fuera el frío y la nieve! De nuevo, quiérase o no, se le ocurre a uno comparar la situación del soldado y la del guerrillero. No discuto que durante aquel invierno los combatientes y jefes del Ejército Rojo también pasaron sus malos ratos, sufrieron lo suyo. Soportaron las heladas, en algunos casos pasaron hambre y, claro, se extenuaron en largas marchas.

Pero, en el caso de los guerrilleros, a todas estas privaciones se sumaba una pobreza humillante. Pues cualquier cosa que hiciéramos o pretendiéramos hacer nos costaba enormes esfuerzos. Sujetábamos las puertas con ayuda de tiras de cuero crudo.

También escaseaban los cubos. Casi todos los días, los jefes tenían que resolver las discusiones y decidir a qué sección le correspondía el cubo en litigio. Un jarro, una cuchara, un cazo, todo eso había que buscarlo en el fragor de los combates; el guerrillero tenía siempre presente que no sólo debía llevarse el arma, las botas y el capote del alemán muerto, sino que tampoco estaría de más llevarse las cerillas, el cuchillo, la cuchara o la linterna de campaña.

Nos lavábamos con nieve y, casi siempre, sin jabón. Una de las operaciones más penosas era el lavado de ropa. El lector comprenderá que lavar al aire libre en pleno invierno era imposible. Tampoco se podía hacerlo en el refugio, donde los hombres estaban hacinados, casi unos sobre otros, y apenas se podía respirar. Después de construido el lavadero, que al mismo tiempo nos servía de baño, tardamos mucho en conseguir una caldera, artesas y barreños. En lugar de estos últimos, acabamos por emplear los cascos alemanes; de unos gruesos troncos hicimos unas artesas, y de un bidón de gasolina vacío nos fabricamos una caldera. Pero todo esto nos llevó enorme cantidad de tiempo y de trabajo.

Muy mal lo pasaban nuestras mujeres y muchachas. Hay que confesar que no toda nuestra gente comprendía ni quería comprender la situación especial en que aquéllas se encontraban. De regreso de una operación los hombres-combatientes se iban a descansar, mientras que las muchachas se ponían a preparar la comida y a lavar la ropa. A los hombres se les había ordenado que se lavasen la ropa ellos mismos. Pero a las muchachas no les gustaba que los hombres lavaran con ellas en el lavadero. Se azoraban y a algunas les daba lástima de los hombres. Observaban sonrientes los torpes movimientos de los chicos junto a las artesas. Y acababan por echarles: “Nos arreglaremos solas”. Y los muchachos no esperaban más que eso...

En los bosques de Elino conocimos el hambre por vez primera. Bien es verdad que, más tarde, pasamos por situaciones aún peores, pero cuando estábamos en Elino no habíamos perdido todavía la costumbre de comer con abundancia y variedad, y por eso soportábamos difícilmente aquel período de penuria. Nuestras reservas se habían agotado en las bases guerrilleras ya no quedaba nada, ni siquiera sal.

Había quien sacaba a relucir las conversaciones, ya de todos conocidas, de que de no haber admitido gente nueva en el destacamento, habríamos resistido, sin duda, hasta la primavera. Pero como recibían una buena reprimenda del mando, se limitaban a compartir sus opiniones en voz baja. Sin embargo, incluso esto tuvo consecuencias muy desagradables: se dieron los primeros casos de deserción. Tuvimos que prevenir con una orden que, al igual que en el ejército, la deserción se castigaría con el fusilamiento.

Los habitantes de las aldeas más cercanas no se negaban a ayudarnos. Así, por ejemplo, los de la aldea de Elino nos habían dado todo lo que tenían: el ganado, sus reservas de patatas y la ropa sobrante. ¡Era una aldea heroica! La más unida de cuantas tuve ocasión de conocer. Los alemanes no recibieron de Elino ni un kilo de grano. Ni un solo hombre del lugar se apuntó en la policía. Cuando los alemanes quemaron la aldea, todos sus habitantes se vinieron con nosotros: las mujeres, los niños, los viejos. Los que físicamente no podían luchar se instalaron más tarde en otras aldeas. Y los hombres y mujeres capaces de empuñar las armas participaron en nuestra vida guerrillera hasta la llegada del Ejército Rojo.

En el bosque de Fimo, durante un mes, nuestro destacamento aumentó hasta llegar a los novecientos hombres, siendo los vecinos de dicha aldea quienes más contribuyeron a engrosar nuestras filas.

Los habitantes de otras aldeas cercanas también nos ayudaban en la medida de sus fuerzas. Pero los alemanes les habían saqueado de tal modo, que los propios campesinos se alimentaban exclusivamente de patatas. Y aunque también estaban dispuestos a compartir las patatas con nosotros, era muy difícil, casi imposible hacerlas llegar al destacamento. La aldea de Fimo estaba muy próxima al bosque. Los alemanes hacían incursiones en ella, pero temían dejar allí sus tropas. En cambio en Turia, Gluboki Rog, Guta Studenétskaia y otras aldeas situadas en un radio de veinte a sesenta kilómetros de nosotros, habían concentrado unas tres divisiones.

En Ivánovka había un batallón de magiares; en Sofíevka, un gran destacamento de policía, con la particularidad de que los policías habían sido reclutados en distritos lejanos, para que la población no pudiera entablar con ellos ninguna clase de relaciones.

Aquella vez, el anillo de las tropas de ocupación había cercado el bosque en forma bastante compacta. Los alemanes tenían patrullas en todas las lindes. Conseguíamos los víveres solamente en combate. A veces, para lograr dos sacos de patatas, perdíamos a tres o cuatro combatientes. Naturalmente, habría sido poco sensato hacer una operación de. envergadura —por ejemplo, un ataque a una gran guarnición enemiga— con el exclusivo fin de obtener víveres. Preferíamos hacer emboscadas y detener convoyes alemanes de víveres. Pero los alemanes evitaban los viajes por los caminos del bosque.

No era cosa tan fácil alimentar a novecientos hombres. Máxime cuando la gente, que trabajaba mucho al aire libre, no padecía, ni mucho menos, de falta de apetito. Hasta el combatiente más endeble se metía fácilmente entre pecho y espalda un kilo de pan, y si se le hubiese dado la misma cantidad de carne de caballo cocida, también habría acabado con ella. Cada vez comíamos menos legumbres. Hacía mucho

que no veíamos la leche ni la mantequilla. La base fundamental de nuestra alimentación era la carne de caballo; tampoco teníamos nada que dar de comer a los caballos.

En aquellos días, nuestro farmacéutico, Zélik Abrámovich Iosilévich, comenzó a preparar una infusión de agujas de pino. Di una orden obligando a todos a beber esa infusión. Así nos aseguramos contra el escorbuto.

La infusión de pino era la única medicina cuyas reservas no se agotaban nunca. Unos meses más tarde, cuando hubo desaparecido la nieve, Zélik Abrámovich comenzó a recoger hierbas, que cocía y luego maceraba en alcohol. Mientras tanto, se recomendaba simplemente no enfermar.

Por lo demás, enfermábamos raras veces. Hasta viejas úlceras de estómago habían dejado en paz a sus poseedores. Casi ninguno de nosotros atrapaba enfermedades tan corrientes como la gripe, el paludismo, las anginas. Por ejemplo, yo, antes de la guerra, padecía de ellas con frecuencia y, dicho sea de paso, después de la guerra comenzó a ocurrirme lo mismo. Pero en todo el tiempo que estuve en el bosque, no las tuve ni una sola vez. No era un fenómeno sólo de nuestro destacamento. Los ejercicios físicos y el aire puro nos protegían de las enfermedades infecciosas. Al igual que los habitantes del Polo Norte, padecíamos sobre todo de reumatismo, escorbuto, pelagra, furunculosis y dolores de muelas.

¡Oh, el dolor de muelas! De curarlo, ni hablar. Ni siquiera teníamos con qué arrancar una muela. En una ocasión, estuve cinco noches seguidas sin poder pegar ojo ni un segundo. Había comenzado ya la periostitis y el diablo sabe qué de cosas más. En torno a mí no hacían más que dar vueltas el sanitario, el farmacéutico y curanderos primitivos sacados de entre los combatientes. Me metían en la boca toda suerte de porquerías. Me salvó Guerguí Ivánovich Gorobéts, ex director

de los talleres de reparación de barcos y nuestro maestro armero. Se le ocurrió —bien agradecido le estoy— recurrir al empleo de unas tenazas de herrero, y me arrancó dos muelas de un tirón. Me dormí casi al instante y desperté al día siguiente completamente nuevo, fresco y animado. Gorobéts hizo mucho por todos nuestros enfermos y heridos. Cuando apareció la amenaza del tifus exantemático, construyó de un tonel de gasolina un aparato para desinfectar la ropa. Esto nos permitió hacer en dos días la desinfección de todo el destacamento.

Gorobéts era carpintero y mecánico. Con ayuda de algunos guerrilleros, desmonté y se llevó de Elino una casa grande y espaciosa. Cuando la instalamos en medio de nuestros refugios, abrimos en ella un hospital guerrillero con camas individuales, sábanas limpias y mejor comida. Desgraciadamente con este no bastaba.

* * *

Ya he dicho que Grigori Ivánovich Gorobéts antes de la guerra fue director de unos talleres de reparación de barcos, un trabajador con largos años de servicio. Resultaba que tenía que ser considerado como empleado, como hombre de trabajo intelectual, es decir un intelectual. Este es el aspecto formal, tal como consta en su historial. Sin embargo, por su aspecto externo, por la manera de hablar y, lo que es lo más importante, por su inagotable energía de trabajo de hombre de oficio y su auténtico amor al trabajo físico se nos presentaba como un hombre de fábrica, un buen maestro obrero, capaz de enseñar y de atraer a todo aquel que caía bajo su influencia. En aquel tiempo cumplió los cincuenta. Se le veía corpulento, con el pelo algo blanco, pero... ¡hay de aquel que lo llamara viejo! Se enfadaba hasta salirse de quicio. Tenía

algún arrechucho y se cansaba en seguida. Pero se sentaba un rato y al cabo de un momento de nuevo veías en sus manos cualquier instrumento con el que trabajaba. En los combates era esmerado. Eso justamente: se esforzaba por no quedarse atrás de los más jóvenes, disparaba con atención, se enmascaraba con todas las de la ley: se hacía una trinchera para él y su compañero de lo más seguro. ¿Con qué compañero? Pues con cualquier guerrillero. Veía a uno arrastrarse por el suelo hacia la posición y le gritaba:

— ¡Oye tú, ven aquí que entre dos es más divertido!

Al observar la vida de combate de Gorobéts no pocas veces llegué a la idea de que gente como ésta son la flor y la nata de la clase obrera. Pero así son a veces las cosas: era un dirigente del Comité Regional del Partido... Yo mismo consto en el pasaporte como empleado, aunque hubiera preferido que se me llamara obrero... En fin, la cosa no está en el nombre sino en el espíritu.

Por cierto, Grigori Ivánovich era un buen narrador, sabía atraer la atención de los oyentes y su voz se oía a menudo junto a las hogueras del campamento.

Seguidamente transcribimos sus palabras escritas ya en tiempos de paz.

DE LOS RELATOS DE LOS GUERRILLEROS EN LA POSGUERRA

Habla Grigori Gorobéts

En agosto de 1941, mucho antes de la ocupación de la región de Chernígov, me llamó el funcionario del Comité Regional Démchenko:

— ¿Desea usted que se le incluya en el destacamento guerrillero?

— ¡Pues claro!

Lo dije de todo corazón, aunque por la edad y por mi fata de salud se me libré de mis deberes militares. Pero ahora me había llamado el Partido y no me pareció posible negarme.

Nuestra vida guerrillera empezó cuando todavía no había acabado el verano. Hacía calor, la naturaleza estaba aún viva, las lluvias no nos visitaban con frecuencia.

Nos pusimos a estudiar, a familiarizarnos apresuradamente con la técnica militar: pistolas, fusiles, ametralladoras, granadas. La mayoría no entendía nada de eso. Y esto sucedió porque además a los comisariados militares les costaba mucho desprenderse de los soldados instruidos y más aún de los mandos militares de reserva. No se creían mucho que en la guerra moderna los guerrilleros pudieran infringir al enemigo golpes de consideración. De muchos jefes militares había oído que nuestra tarea acabaría en agua de borrajas. Se compadecían de nosotros, vais, nos decían, a una muerte segura.

Sin embargo se creó el destacamento regional.

Se decidió que primeramente teníamos que conocer el armamento extranjero. Se creía que íbamos a armarnos a cuenta del enemigo. Por eso nos entregaron fusiles polacos, porque les iban bien los cartuchos alemanes. La desgracia consistía en que ni siquiera los que nos enseñaban conocían bien las armas alemanas.

Bueno, pasamos la instrucción de tiro, la táctica de lucha en el bosque, nos levantábamos por las noches en los “ataques”, intentábamos representar un movimiento envolvente, algo parecido a unas maniobras. Hicimos una maqueta de tanque con unas ruedas de madera. Como carpintero y me-

cánico, yo también participé en la construcción de este juguete. Llenábamos botellas de cerveza con líquido inflamable y las lanzábamos contra lo que llamábamos un tanque...

Aunque no era joven, de todos modos antes no había tenido ocasión de disparar ni de una escopeta de caza ni de un fusil de poco calibre. Antes de la guerra todas las veces que me habían llamado a las prácticas de tiro, siempre había rechazado la invitación. Ahora estudiábamos con tesón y pronto llegamos a dominar maravillosamente” la técnica del armamento... al menos eso nos parecía. Aparecieron entre nosotros servidores de ametralladora, exploradores, morteristas, conseguimos un mortero. ¿Qué quiere decir que lo conseguimos? Por nuestras tierras se retiraban las unidades del Ejército Rojo, en una compañía les pedimos que nos dieran un mortero con tres minas. En su retirada nuestro ejército abandonaba los cañones deteriorados, enterraba los proyectiles. Más tarde, los guerrilleros los desenterraban. Aunque no teníamos cañones, los proyectiles nos hacían falta: aprendimos a sacar los explosivos de las bombas de aviación y minas para hacer volar los automóviles y convoyes del enemigo.

De momento todavía éramos unos guerrilleros de pacotilla. Por ejemplo, me acuerdo de un caso. Era de noche y todos dormían. Estaba de guardia el combatiente Shainiuk. Oyó éste un ruido. En el bosque, si algo se mueve entre la maleza, y además en el silencio de la noche, uno en seguida se pone en guardia.

A Shainiuk le pareció que alguien se acercaba y gritó:

— ¿Quién hay? ¡Alto o disparo!

Y disparé. Pero estaba prohibido disparar. Si sonaba un disparo, eso quería decir que era el enemigo. Esperábamos que de un día a otro se presentaran los alemanes. Era muy posible que nos lanzaran un comando de paracaidistas.

Después de sonar el disparo todos se levantaron alarmados. Sonó la orden.

— ¡A las armas!

Dos secciones rodearon el lugar donde Shainiuk había oído el ruido. El círculo se estrechaba, el anillo era cada vez más pequeño. Miraron y bajo un arbusto vieron un eriso muerto con las hojas caídas sobre sus agujas. Todos se echaron a reír, y Shainiuk decía orgulloso:

— ¡Tengo una puntería de primera clase! El pobre erizo se grabó en la memoria de todos para los años de vida guerrillera. Y la gente no paraba de reírse de Shainiuk:

— ¿Qué, cómo va la puntería? ¿Podrías cazar un erizo? ¿Le darías?

Shainiuk se ofendía muchísimo. Así y todo no salió de él un buen tirador.

A principios de septiembre, en un día frío y nubloso, estaba yo junto al centinela en el puesto de guardia. La misión era observar todo lo que podía ocurrir. Alguien venía corriendo y gritaba:

— ¡Paren! ¡Paren!

Era nuestro jefe de sección. Les chillaba a tres combatientes que corrían delante de él. Todos nos echamos al suelo: en el camino aparecieron los primeros motoristas alemanes. Tuvimos que retirarnos. Todo el destacamento se retiró temporalmente mientras pasaba el ejército. Marchaban centenares de tanques, artillería, carros todoterreno, infantería en coches especiales. Nuestros exploradores observaban los caminos. Cuando informaron a la dirección del destacamento y el mando nos informó a nosotros, escuchábamos la noticia en silencio, un escalofrío recorría la piel. En este bosque éramos doscientas personas, no sabíamos de la existencia de otros destacamentos, y aquellos tampoco sabían de nosotros. Casi

todos pensábamos: nos quedan uno o dos días de vida, en el mejor de los casos, una semana. Pero, de pronto, el sol salió entre las nubes. Y yo le dije al combatiente Rakitni:

— Este solecito es nuestro, un sol guerrillero.

Mi compañero se encogió de hombros y suspiré con amargura.

Si recogiéramos los suspiros del pueblo de aquellos tiempos... ¡se podría levantar todo un vendaval!

Mi primer episodio de combate lo viví en octubre. Marchábamos un grupo de exploración mandado por Kalinovski, íbamos fumando. De pronto Kalinovski nos susurró:

— ¡Al suelo! ¡Al suelo!

Y casi le grité:

— ¿Para qué echarse al suelo si no llevamos dados ni veinte pasos?

Todavía no habíamos aprendido a cumplir al instante una orden, hacíamos preguntas y expresábamos en voz alta nuestro asombro.

Resulta que Kalinovskí había visto una moto con sidecar. Marchaba éste por el curso seco del río y de pronto se subió a un punto elevado. En el sidecar iba un oficial, a lo mejor era sargento, todavía no nos habíamos aprendido los distintivos alemanes. Se decidió darles lo suyo. Yo disparé sobre el conductor. Este se doblé, se derrumbé y empezó a aullar, la moto siguió sola. El oficial saltó y echó a correr, pero también a él le alcanzaron nuestras balas. Recuerdo como si fuera hoy nuestros primeros trofeos. En el sidecar encontramos un automático alemán, un revólver ruso, tres fusiles alemanes, dos marmitas, dos cantimploras, dos panes, tres cabezas de cerdo. A lo mejor estos diablos se preparaban a hacerse una carne en gelatina. Nos echamos a reír. Dejamos las cabezas

de cerdo. Entonces comíamos bien, teníamos bastantes reservas. Después recordamos nuestra estupidez, nuestra chiquillería guerrillera. Ni siquiera rociamos la moto con gasolina ni le prendimos fuego...

Sin embargo también más tarde, en los años de mayor madurez guerrillera sucedían hechos estúpidos y lamentables despistes. Esto es lo que me sucedió a mí personalmente en el invierno de 1942 en la región de Oriol.

El campamento cambió de lugar protegiéndose de la persecución de los alemanes. Nos movíamos en una larga columna: algo así como setenta trineos. Yo iba solo en mi trineo con un gran equipaje cubierto con una lona. Había un temporal de nieve. Marchaba yo cubierto con una pelliza. Avanzaba un poco, levantaba el abrigo, miraba, y seguía adelante. Así marché hasta que me dormí. Me desperté y descubrí asombrado que del convoy no había rastro y estaba solo. No pude comprender qué había pasado. Me levanté, miré, en ese momento salió la luna de entre las nubes: ni delante ni detrás no había nadie. El caballo había salido del camino. Menos mal que no había mucha nieve. No sabía donde estaba. Recorrí unos dos kilómetros por en medio del bosque mirando atentamente. De pronto vi delante que algo se movía. Ya está, son los nuestros. Me alegré, claro. Resultó que había seguido un atajo, o sea que, al parecer había tenido suerte.

Cuando marcha un gran convoy, entre los trineos siempre se producen algunos espacios. Sin pensarlo dos veces me metí en uno de esos espacios y ya está: menos mal que nadie de los jefes se dio cuenta de mi larga ausencia, Iba yo debajo de mi abrigo de pieles, contento con el final feliz. Recobré el calor y me abandoné sin prestar atención a nada. Al cabo de unos cuarenta minutos eché un vistazo: ¿qué pasaba? era una columna demasiado larga, no se le vela ni principio ni fin. Presté atención a mi alrededor: justo delante mío iba sentado en un carro un alemán. Estaba cubierto y tapado no sé si con

una manta o una alfombra. En la cabeza, debajo del gorro, llevaba un pañuelo envuelto alrededor del cuello. Miré atrás y allí también iba un alemán envuelto como una momia.

¡Pues sí que estaba bien! ¿Qué carretas son esas? Los guerrilleros iban en trineos. Eso quiere decir que estaba dormido, que estaba soñando. ¡Qué más quisiera yo! Me froté los ojos y no había duda: marchaba en una columna alemana.

Llevaba en el trineo un automático, bajo la lona un equipaje, iba vestido de guerrillero, la gorra con la cinta roja...

Había que hacer algo. Mentalmente me despedí de todos: de mis amigos y compañeros de lucha, de mi mujer, hijos y nietos. Hice en su nombre un juramento: vender mi vida lo más caro posible, a alguien me llevaría por delante. ¿Qué hacía falta hacer para conseguirlo? Tenía que reunir a mi alrededor el mayor número posible de alemanes, porque no iba a matar a uno solo... Pero también tenía ganas de seguir viviendo. Mi cabeza trabajaba como una locomotora, hasta me puse a sudar de tanto pensar. ¿Y qué es lo que pensé? Lo primero que comprendí es que los alemanes estaban medio muertos de frío, no se fijaban en nada y se dedicaban a taparse con lo que podían. De otro modo, hacía tiempo que se hubieran dado cuenta que un extraño marchaba en un trineo con ellos. Después hice un plan: me decidí a dar un paso temerario. Dejé caer las riendas, éstas se arrastraron por la nieve, por las roderas y allí se engancharon con el trineo. Llevaba un caballo bastante fuerte y que corría con agilidad, al notar éste cierta resistencia, pegó un tirón, el trineo se dio la vuelta y yo salí despedido a la nieve. Agarré el automático y me dispuse a luchar... Pero no pasó nada. Me levanté junto a mi trineo caído, el caballo resoplaba. Era un animal inteligente, no se notaba en absoluto que estuviera nervioso, yo lo estaba mucho más.

Los alemanes no me prestaron ni la menor atención. Me iban rebasando uno tras otro, como si no existiera. Que un carro llevase ruedas o patines era algo que no les interesaba, lo único importante era llegar al lugar de destino, calentarse y beber algo. Pero después las cosas no resultaron ser tan sencillas... De momento me quedé estirado esforzándome en estar lo más atento posible. Los soldados seguían uno tras otro su camino. No era muy cómodo marchar sobre ruedas, era muy fácil volcar, era curioso, qué gente más extraña es esa que ve a alguien caído en el camino y no hace ningún caso. ¿Será una orden? ¿A lo mejor están medio muertos de frío? Bueno, seguí mirando y contando. Pasaron cañones, ametralladoras. Llegué a la conclusión de que era una unidad que marchaba al frente y la habían dirigido contra los guerrilleros, no estando preparada por las duras condiciones de una lucha en los bosques.

Cuando en la columna alemana se produjo un espacio vacío, de prisa y corriendo, con todas mis fuerzas en tensión, di vuelta a mi trineo, lo coloqué sobre los patines, me monté y salí de ahí. De pronto vi a mi derecha el camino por donde antes habíamos pasado: resulté que había hecho con los alemanes una gran vuelta, posiblemente incluso me dirigí en dirección contraria. Y por ese camino me lancé. Pensé que si me disparaban contestaría con mi automático. El caballo era bueno, los guerrilleros no tenían caballos malos... ¿Y qué se creen? Di alcance a mi convoy. Los muchachos vinieron corriendo a preguntarme:

— ¿Cómo, Grigori Ivánovich? ¿De dónde sale? Había desaparecido y no se oía ningún disparo... Estábamos muy afligidos. Pensamos, Gorobéts se ha entregado.

Yo les contesté:

— Por una sospecha como ésta se puede partir la cara a alguien. ¿Cuándo se ha visto que un guerrillero se rinda sin

luchar? Así pueden coger solo a un herido grave o a alguien qUe haya perdido el sentido.

Pero uno dijo:

— ¿Y si se duerme? También entonces está sin sentido.

Dejando de lado el comentario, pregunté:

— Mejor me explicáis dónde os habíais metido y me dejasteis solo.

¿Qué fue lo que pasó en realidad? Pues que todo nuestro convoy se unió sin querer con la columna alemana: entró en una larga brecha de la columna alemana. Un oficial alemán a caballo se acercó al primer trineo y preguntó en alemán:

— *Wer sind Sie?* ¿Quiénes sois?

Los nuestros se dieron cuenta a tiempo y contestaron:

— ¡Policía, policía!

Se trataba de unos alemanes con poca experiencia y se creyeron la cosa: con un convoy tan grande, no podían ser guerrilleros... Además el oficial a caballo estaba azul del frío, no quería sacar las manos de las manoplas y no nos pidió los documentos. Tampoco los fascistas eran siempre gente precavida. Este oficial de guardia informó a sus jefes que el convoy de trineos era de la policía. Mientras, yo dormía, mi caballo marchaba lentamente y todos me iban pasando. Después nuestro convoy torció por otro camino. Los alemanes, al parecer, pensaron que los policías tenían su misión y su camino, así que no se sorprendieron del hecho... Luego fui yo en dar la vuelta y encontré mi convoy. De este modo se comprendió el por qué los alemanes no prestaron atención a un trineo volcado: qué importa que en el camino haya el trineo volcado de no se qué policía.

Cuando llegamos al campamento, me llamó Fiódorov. Este me preguntó con tono severo:

— ¿Qué ha pasado, eh, Gorobéts? Te teníamos por un excelente combatiente... Bueno, cuenta sin miedo.

Lo que yo tenía no era miedo, sino sencillamente frío. Expliqué con detalle lo que me había ocurrido, Fiódorov se reía. Siempre le pasaba lo mismo: primero te chillaba, pero después de tus explicaciones pasaba a la sonrisa afable o a la risa.

Después de reírse de la historia, me preguntó:

— Reconócelo ¿te dormiste?

— No, lo hice adrede, me volqué y dejé pasar a toda la columna alemana, estuve contando todo su armamento.

— ¿Eso quiere decir que eres un héroe y hay que proponerte para una condecoración?

— No, no soy un héroe, sólo me aproveché de las circunstancias.

— ¿Cuántos hombres tenía la columna? ¿Cuánto armamento? ¿Por qué llegaste a la conclusión que eran novatos?

Le informé de lo visto:

— A juzgar por la longitud de la columna, eran unos tres mil quinientos: a la columna no se le veía ni principio ni fin. El armamento consistía en cañones ligeros, una decena; ametralladoras, morteros... Y eso de que eran novatos era algo que se vela...

No sabía cómo continuar, Fiódorov me interrumpió:

—” Se veía, se veía”... Parece que tienes muy buena vista. ¿Y nuestros trineos los viste? Porque marchaban en la misma columna.

No esperaba que me hiciera esta pregunta. ¿Cómo me había podido fijar en aquello si me había quedado dormido y no había visto nada? Todos se echaron a reír. Mientras yo me

esforzaba por encontrar una respuesta. Cuando las risas se calmaron, dije:

— ¿Pero, en ese momento, los nuestros eran policías, por qué no contarlos, entonces?

La respuesta fue del agrado de todos y salí bien parado del percance.

Más tarde se vio que no fui el único en contar los efectivos de la columna. Las opiniones prácticamente coincidían. A propósito, nuestro traductor, que también se presentó como policía, se enteré que se preparaba contra nosotros un ataque para las cinco de la mañana. Fiódorov al instante dio orden de ataque y caímos sobre ellos una hora antes. Los alemanes todavía se estaban calentando junto a sus fuegos, desayunaban, limpiaban sus armas. Les infringimos una importante derrota.

Me nombraron encargado del hospital. Ello, ante todo, quería decir que yo, como carpintero y mecánico, dirigía la construcción de un amplio refugio en los bosques de E lino. Cuando el suelo está helado es muy difícil cavar, los trabajos avanzaban muy lentamente. Entonces nos dirigimos a la aldea medio abandonada, escogimos una isba de troncos de madera, la desmontamos y nos la llevamos al bosque. Nos salió un hospital muy hermoso. Montamos una estufa de ladrillos... Llegó Fiódorov y nos dijo:

— Deshaced la casa.

— ¿Qué pasa?

— Eso de la isba está bien. Ahora cavad un buen agujero, bajad toda la casa y enmascarad el techo con ramas.

Fue una lástima, pero tuvimos que hacerlo. El jefe tenía razón.

Apenas tuvimos tiempo de acabar la casa, cuando se produjo un combate. Los nuestros se encontraron en Ivánovka con un grupo importante del enemigo. Entre los heridos había veintidós personas.

Sobre mí recaía la tarea de organizar un convoy sanitario: caballos, trineos, comida, conductores. Elegí gente de todas las secciones, cada jefe discutía conmigo, no quería desprenderse de sus hombres. Entonces yo enviaba los jefes de sección a que hablaran con Fiódorov o Druzhinin, después de lo cual ponían fin a su resistencia. De estos hombres que yo había reunido, primero se tuvo que hacer un grupo de combate para conseguir medicinas del enemigo. La instrucción de los combatientes la llevó a cabo el practicante Yemeliánov: les indicó lo que tenían que conseguir, qué medicinas, qué instrumentos hacían más falta. Actuábamos de manera pacífica: llegábamos a escondidas hasta algún practicante en las aldeas ocupadas por el enemigo. Los practicantes eran ucranianos y rusos. Estos temblaban de terror, pero en el fondo eran patriotas. De estos patriotas miedosos nos bastaban y nos sobraban. Los patriotas miedosos eran un fenómeno muy serio. Entre ellos casi no había traidores patentes: no iban a denunciarnos.

Sólo que era una lástima que, a veces, estos practicantes de aldea, al elegir los medicamentos, temblaban con todo su cuerpo, se les caían de las manos ampollas y botellines, con lo cual se producían grandes pérdidas. Entonces empezamos a pedirles las cosas del modo siguiente: mire, por favor, usted quédese tranquilamente sentado y díganos en qué cajón tenemos que buscar. Esta es la lista de las medicinas que necesitamos para nuestra unidad sanitaria...

En el destacamento aparecieron piojos. Como mecánico inventé un ingenio: cojan, les dije, un bidón, quítenle el fondo, coloquen en el fondo dos palos cruzados y sobre ellos la ropa.

Así lo empezamos a hacer, manteníamos la ropa al vapor: la ropa interior, los gorros, todo. Fiódorov dio orden de afeitar las cabezas a todos los que tuvieran piojos. Alguna gente tenía frío así y se constipaba. Alguien propuso: “Vamos a hervir las cabezas”. Los guerrilleros no podían pasar sin bromas. Por ejemplo, un “inventor” propuso dar de comer a los piojosos arenques muy salados. En aquellos días tuvimos la suerte de lograr cinco bidones de arenques de los alemanes. Y el “inventor” proponía lo siguiente:

“Los piojos se llenarán de sangre salada y se marcharán al río para beber agua”. Otro le contestó: “Los piojos a lo mejor se van a beber, pero ¿y las liendres?”

Sin embargo, también hubo propuestas serias, pero sólo surtían efecto en verano. Si se coloca la ropa sobre un gran hormiguero, las hormigas se llevan todos los piojos y liendres. Pero la ropa llena de hormigas tampoco es muy agradable de llevar, no había muchos voluntarios a quedarse en cueros dando saltos alrededor de un hormiguero. Pero hubo alguno que se aficioné al método. Yo fui el primero en dar ejemplo.

En primavera, cuando se rompió el hielo en el río Snov, se me encargó la organización del paso del río. Del caserío Shevchenko logramos robar ocho barcas, empezamos a construir el paso. Dejamos, claro, los caballos y parte del convoy de transporte. Pero lo importante es que trasladamos a los heridos. Hecho esto, continuamos la construcción.

Teníamos un combatiente extraordinario, de un valor inusitado, se llamaba Fiódor Onischenko. Se le había dejado por inútil para el ejército, pero ingresó en la guerrilla, lo hicieron en Sávenki, anduvo largo tiempo con muletas. Pues a este Onischenko, cuando estuvo curado, y a otro combatiente, Seriozha Mitkó, los enviaron de exploración, tenían que contactar con los que trabajaban en el río. Onischenko lo era, y

conocía a muchos. Mitkó nunca había subido a un barco, ni siquiera había visto uno. Marcharon los guerrilleros a Nóvgorod-Séverski y encontraron allí a un conocido. Antes había sido capitán, lo había llamado el *Gebietskommissariat* y le dieron orden de organizar la navegación en el río. Este capitán, no me acuerdo de su apellido, también resulté ser un patriota miedoso. No estaba a favor de los alemanes, sino de los guerrilleros, estaba dispuesto a ayudar y hasta a arriesgarse, pero no se decidía a coger un arma para luchar. Onischenko y Mitkó pasaron la noche en su casa. La hija del vecino trabajaba en la Gestapo de traductora. Por la mañana llegó con un oficial de las SS. Metieron a nuestros muchachos en un sótano.

Más tarde Onischenko relataba:

— En el primer sótano todas las paredes estaban cubiertas de sangre, pero nos trasladaron a otro más limpio. El capitán llegó a la Gestapo para que le entregaran a los muchachos bajo fianza. Dijo que eran marinos, especialistas. Los de la Gestapo se los entregaron bajo su responsabilidad, ya que faltaban hombres para navegar en el río.

Y así es como subieron a un barco. Onischenko buscaba el curso. El río estaba lleno de bancos de arena. El capitán gritó una vez: “Pásame el “pino” vamos a empujar el barco”. Mitkó no sabia que era eso del “pino”. Los pinos y los abetos están en el bosque, pero, ¿cómo conseguirlos aquí? Se fue corriendo a ver a Onischenko. Y éste le dijo: “Toma una pértiga, están en cubierta, ve de prisa. Si no entiendes las órdenes enseguida se darán cuenta de que eres un marino de paja. Y Mitkó le contestó asustado: “No entiendo nada, que si pinos, que si pértigas, que si paja”.

Sea como sea, el barco llegó hasta Pirogovka. El jefe del puerto reconoció a Onischenko.

— ¿Donde está Gorobéts? —preguntaba por mí.

— ¿De qué lo voy a saber yo?

— No te hagas el tonto, todos saben que os fuisteis juntos a la guerrilla.

Al darse cuenta de la situación, los muchachos decidieron largarse. El barco tenía que salir por la noche, estaban cargando combustible, los maderos a menudo caían al agua. A modo de maderos Onischenko y Mitkó también cayeron al agua. Tardaron un mes en volver al campamento. Los habíamos dado ya por muertos. Cuando se pusieron a explicar sus aventuras, la gente no podía aguantarse de la risa.

Era muy común que los guerrilleros recogieran antes todo lo cómico de sus percances. Hacían lo posible por ignorar lo trágico. De otro modo sería imposible luchar en el bosque.

Cuando volvimos a los bosques de Reimentárovka se dio la orden de atacar sobre seis aldeas. Allí nos rodearon. Había que salir del cerco. Los nazis ametrallaban el bosque desde aviones.

Teníamos un joven dinamitero llamado Grisha Masalyka. Todavía no le dejaban salir a las vías de tren. Eso lo ofendía. Era un muchacho fuerte como un roble, pero no se hacía cargo de la experiencia que tiene que tener un buen dinamitero. De momento se le confiaba las minas contra motos, transporte a caballo y automóviles. En el lío aquel, cuando intentábamos salir del cerco, Masalyka se rezagó para hacer volar un autobús con oficiales fascistas. Con su mina, treinta oficiales volaron hechos pedazos. Sólo uno quedó vivo, disparé sobre Grisha y le hirió en el brazo.

Era un chico de mucho aguante y, aunque le dolía el brazo, no lo dejaba ver: seguía yendo a sus misiones. Entraba en el botiquín a ver una enfermera, ésta le cambiaba la venda y marchaba a otra misión. Le apasionaba horriblemente el trabajo. Y más aún cuando se le permitió volar trenes. Actuaba con una sola mano, la otra la llevaba vendada, pero de todos

modos era útil. Una vez una bala le rozó la cara: la sangre corría abundante de una mejilla. Por cuanto la mejilla es una parte de la cabeza, el jefe del grupo le ordenó que se dirigiera de inmediato a la unidad sanitaria.

En aquellos tiempos teníamos ya un médico experimentado, de verdad, Marínich. No era cirujano, pero ayudaba en todas las enfermedades. Cuando estuvimos en la región de Oriol nos robamos a este doctor con su mujer y la hija. Los tres se hicieron guerrilleros. Simultáneamente con esta familia se unió a los guerrilleros un viejo farmacéutico, Zélik Abrámovich Iosilévich, que trajo consigo casi toda la farmacia: las medicinas, ampollas contra el constipado, termómetros y muchas otras cosas. Llegó con una estrella amarilla cosida en el pecho, se la arrancó con los dientes. No me acuerdo muy bien cómo sucedió todo eso. Más vale que lo explique algún otro...

Fue la primera vez que Marínich reconocía a Masalyka. Le curé la herida en la mejilla y después le pregunto:

— ¿Por qué llevas vendada el brazo?

Cuando quitó la venda se horrorizó ante el espectáculo. La mano estaba negra hasta la mitad del antebrazo.

— Pero si lo tienes gangrenado, esto puede ser mortal. Hay que amputar la mano. No soy cirujano, no le puedo hacer esto... no tengo instrumentos, nunca he hecho esto...

Marínich estaba turbado ante lo que veía, mientras Masalyka sonreía: no sabía lo que quería decir “amputar”. Estaba contento de tener la cabeza en orden, la sangre dejó de manar de la mejilla.

En eso se acercó el jefe del Estado Mayor Rvánov, vio la mano ennegrecida de Masalyka y dijo:

— Hasta para mí está claro —si no se amputa, el hombre va a morir. Hay que cortar inmediatamente...

Masalyka tembló, había comprendido que se iba a quedar sin el brazo izquierdo. Miró con ojos de esperanza y lástima a Rvánov: la autoridad del jefe estaba para él por encima de las consideraciones del médico. Rvánov le aguanté la mirada, aunque estaba claro que le daba pena el chico.

Pensó un momento y dijo con voz dura:

— ¡Si no quieres morir has de aceptar la cosa!

Masalyka sonrió con gesto torcido:

— ¡Bueno, adelante!

— ¿Qué “adelante” ? —gritó el viejo Zélik Abrámovich—. No tengo ninguna sierra de cirujano, ni cloroformo, ni siquiera novocaína. ¿Qué amputación se puede hacer así?

Marínich confirmé que no se podría serrar el hueso sin una sierra.

Entonces intervine yo y prometí conseguir una sierra. Monté a mi caballo y salí al galope hacia Ivánovka donde había un herrero. En aquel momento comenzó un combate, pero del lado de Ivánovka no se oían los disparos... El herrero me dio un serrucho para cortar el hierro. Este cortaba bien pero estaba algo oxidado. No había otro. Me lancé a toda velocidad de vuelta al campamento, en el botiquín se discutía acaloradamente, estaban convenciendo a’ alguien. Pensé que Masalyka se negaba a que lo operaran. No, el muchacho no quería morir y con Rvánov daba prisas a los médicos. Sólo pedía que le dieran de beber alcohol para poderse dormir y no sentir el dolor. El que tenía miedo no era Masalyka, sino Marínich. Al ver el serrucho exclamó:

— ¿Es que se ha vuelto loco? ¿No ve que está sucia y roñosa?

Limpié la sierra con ladrillo, después la hervimos y frotamos con alcohol. Gastábamos el alcohol a manos llenas y quedó

poco en la botella. Masalyka no apartaba la vista del contenido:

— Que no va a quedar nada. ¿Es que os creéis que con esta miseria me voy a dormir?

Le dieron de beber y el alcohol hizo su efecto. Marínich empezó a cortar. Cortó la carne, pero el hueso costaba. La operación se realizaba sobre un carro, no lejos se estaba luchando, constantemente llegaban heridos. Marínich no podía dominar su nerviosismo.

Zélik Abrámovich se dirigió a mí:

— ¿A lo mejor usted como mecánico manejará mejor el instrumento?

No había tiempo para pensarlo dos veces. Veía que Marínich no se las arreglaba con el serrucho. Así que le dije a él y a Rvánov:

— Agarren bien el brazo, apártenlo del pecho, no vaya a ser que le sierre las costillas...

Me puse a serrar, pero Zélik Abrámovich se puso a gritar como un energúmeno.

— ¿Pero, qué hace? —El mismo dio la idea y ahora se asusté.

Masalyka no estaba del todo dormido, le crujían los dientes y murmuraba:

— ¿Cuándo acaban? ¿No ven que hay gente esperando?

Rezagaba en vano, yo serraba rápido, pero el hueso era grueso. Cuando acabé, Marínich estiró la piel en el muñón, la cosió y vendé el brazo...

Me imaginé que Masalyka se pasaría largo tiempo en cama. Pero al cabo de unos días me lo encontré, se lanzó a abrazarme con su mano sana y después me dijo:

— Se lo agradeceré toda la vida. Nunca olvidaré lo que ha hecho por mí.

Pensé que me había incorporado al grupo de los médicos, nos daba gracias a todos. No fue así, desde la operación siempre me trató de “usted”. Antes, como era dinamitero, me miraba con cierto desprecio: “Vaya cosa ser encargado del batallón sanitario”. Pero desde entonces comprendió que también en sanidad sabían lo que se llevaban entre manos.

Ya recuperado, Grisha siguió yendo con su grupo a hacer actos de sabotaje. Era un muchacho de gran salud. Además, claro, el clima, el aire puro del bosque también hicieron lo suyo. Entre nosotros, los heridos se curaban pronto.

* * *

El caso puede considerarse como un ejemplo de valor y entereza. Pero habría sido magnífico que nos hubiésemos podido pasar sin ejemplos de este género. El combatiente lucha con mucho más valor, si está seguro de que, en caso de caer herido, será atendido por un médico calificado que disponga de todo lo imprescindible para cualquier operación.

Los combates, los ataques de sabotaje, las largas marchas, el frío, el hambre, las estrecheces, el estar metido todo el día entre la nieve, todo ello, claro está, templa a los hombres. Pero este tipo de vida no ofrece muchas alegrías. No se encontrarán muchas personas que digan que sus años de lucha guerrillera fueran lo que se llama años felices de su vida. Es evidente que nos alegrábamos de nuestros éxitos, nos sentíamos sinceramente felices cuando lográbamos darle su ‘merecido al enemigo. Pero todos, o casi todos, anhelábamos el pronto final de la guerra, esperábamos con profunda impa-

ciencia que las cosas cambiaran a nuestro favor, que se iniciara la gran ofensiva del Ejército Rojo.

* * *

Los hombres cercados en el bosque y obligados a vivir casi exclusivamente de trofeos, no sólo arriesgan la vida. Les acecha un peligro no menos terrible: la corrupción. Esta afecta ante todo, como es natural, a gentes de voluntad débil, moral inestable y educación política mala o insuficiente.

Había llegado un momento en que los guerrilleros elegidos y dejados de antemano por el Partido en la retaguardia enemiga constituían la minoría del destacamento. Nuestras secciones se componían principalmente de hombres salidos del cerco, prisioneros huidos y campesinos de las aldeas próximas. Aquellos bisoños distaban mucho de ser una masa inerte. De entre ellos se destacaron magníficos jefes y excelentes guerrilleros. Pero ahora no hablaré de ellos.

Pero entre los prisioneros huidos había gente de condición diversa. Algunos de ellos se habían rendido voluntariamente al enemigo. Más tarde, al ver lo que valían las promesas alemanas, cansados de engordar piojos en el campamento y hartos de bofetadas, se arrepintieron y escaparon para incorporarse a los guerrilleros. No siempre, ni mucho menos, nos contaban toda la verdad. Y, naturalmente, muy pocos reconocían haberse rendido voluntariamente a los alemanes.

Esos hombres se incorporaban al destacamento guerrillero por no tener otra salida. No sentían el menor deseo de volver con los alemanes, pero tampoco luchaban muy activamente contra ellos.

Entre los salidos del cerco, teníamos también a los llamados “primaki”. Eran éstos combatientes que, al quedar rezagados del ejército por una u otra causa, habían encontrado albergue en casas de campesinas sin marido. Había entre ellos buenos chicos. Por ejemplo, un muchacho cayó herido y lo reco-

gió la familia de un koljosiano. Tan pronto sanó, se puso a buscar a los guerrilleros, y en la primera ocasión que tuvo se vino con nosotros. Sin embargo, entre ellos tampoco faltaban los que se habrían sentido felices de poder pasarse toda la guerra pegados a las faldas de una mujer, pero los alemanes les enviaban a trabajar a Alemania o los obligaban a ingresar en la policía. Tales tipos, tras de estrujarse la mollera, llegaban a la conclusión de que más valía irse con tos guerrilleros.

También se nos presentaban en el destacamento policías arrepentidos. Nosotros les invitábamos a pasarse a nuestras filas, hacíamos octavillas para ellos, donde decíamos que, si no abandonaban el trabajo de policías, los mataríamos como a perros. Sin embargo, los que se presentaban en el destacamento eran vigilados durante un largo período. No les poníamos un agente tras los talones, claro. Sencillamente, todos los muchachos los observaban con gran atención.

Pero, por desgracia, no eran sólo esos hombres los que estaban expuestos al peligro de la corrupción.

La necesidad nos obligaba, además de coger los trofeos conseguidos en el combate, a ir especialmente a la caza de ellos. En eso radicaba nuestro mal. Una cosa es hacer volar un convoy, organizar una emboscada a un grupo de vehículos alemanes con el fin de destruir al enemigo, y otra muy distinta es realizar la misma operación, pero ya con el fin de sacar algún provecho de ella.

Huelga decir que el guerrillero no combatía para enriquecerse, ni tampoco para vestirse y alimentarse. El guerrillero era el paladín de la causa del pueblo, el vengador del pueblo. ¡Sería una cosa magnífica si los guerrilleros se abastecieran al igual que el ejército! Pero, naturalmente, esto no era posible.

La gente se acostumbraba con gran dificultad a vestirse y calzarse a costa de alemanes y magiares. Más tarde, cuando

los aviones comenzaron a traernos ropa rusa, nuestros combatientes se despojaron con enorme alegría de las guerreras y pantalones verdes, los arrojaban al barro o a las hogueras.

Pero en el período que estoy describiendo, los aviones no llegaban aún. Vivíamos exclusivamente a expensas de los alemanes. Cuando nos apoderábamos de un convoy alemán de víveres o ropa, considerábamos haber ganado una batalla. Y, en efecto, el enemigo habla sufrido daño y nosotros obtenido armas, ropa, harina y otras cosas muy necesarias.

La mayoría de los combatientes solía comprender que aquello no era pillaje, sino cosas de la guerra. Pero había también entre nosotros algunos elementos que más que el propio combate lo que les atraía era el botín. Ello entrañaba grandes peligros, sobre todo cuando la operación se realizaba en algún poblado. Arramblar con los bienes de la casa de un policía o del stárosta, significaba llevarse trofeos, pero llevarse, aunque sólo fuese un jarro de leche, de casa de un campesino honrado, constituía un pillaje vil que debía ser castigado de un modo implacable y público, para escarmiento de los demás y para que la población viera que los guerrilleros eran gente honrada.

Es desagradable recordarlo, pero hubo casos en que ciertos combatientes nuestros se llevaron un lechón o un ternero de alguna casa campesina. Ello ocurrió por primera vez en febrero de 1942. Y lo peor de todo fue que los merodeadores encontraron defensores. “¿Qué hay en eso de particular? —decían los tales abogados—. Los muchachos pasan hambre. ¡Qué más da que sean los alemanes o los guerrilleros los que se lleven la vaca!

En ese “¡qué más da!” residía el peligro principal. Uno de los antiguos amigos de Bessarab, Yan Polianski, era el portavoz de tales opiniones amorales. Mandaba una sección. Sucedió que uno de sus combatientes robó un lechón a una vieja. Yo

exigí que descubrieran al culpable. Los compañeros con quienes el ladrón había compartido el botín, impulsados por una falsa solidaridad, decidieron encubrir el delito. Llamé a Polianski.

— ¡Destituidme, castigadme como queráis, pero no lo diré!

Fue destituido y lo pusimos de combatiente raso. Pero los combatientes de la sección consideraban que "había sido castigado por defender una causa justa".

Solamente dos semanas más tarde, cuando al propio Polianski le cogieron con las manos en la masa, comprendieron los combatientes que su ex jefe los conducía por un camino espantoso.

Naturalmente, había que fusilarlo. Tenía ya preparada la orden: fusilarlo ante la formación. Pero el propio Polianski se suicidó.

De todos modos, al cabo de un tiempo tuvimos que fusilar ante la formación a dos más de su sección.

Cualquier actitud transigente ante el delito o falta de principios siempre da lugar a nuevos casos delictivos.

Estaba claro que solamente un trabajo de educación política bien organizado y no los fusilamientos podían inculcar en los combatientes la repulsión tanto hacia los merodeadores como hacia quienes les encubrían.

El Comité Regional tomó la decisión de reforzar el trabajo educativo en el destacamento, sobre todo entre los nuevos guerrilleros. En invierno, entre las profundas nieves del bosque de Elino, comenzó a parecer semanalmente nuestra hoja impresa de combate

¡Muerte a los invasores alemanes! Tres veces al mes, como mínimo, en cada compañía se hacía un periódico mural.

Estoy seguro de que al lector el hecho de que editáramos un periódico mural le parecerá carente de todo interés: "¡Vaya una cosa! ¿Dónde no tenemos periódicos murales? Los hay en cualquier koljós, café y, claro está, en cada compañía del Ejército Soviético".

Pero imagínese eL lector por un minuto que vive en una aldea tomada por los fascistas, que día tras día se mofan de él bravucones con la svástica en la manga, y que el stárosta traidor y los policías vigilan literalmente cada uno de sus pasos, cada una de sus palabras. Que le ordenan olvidar para siempre el Poder soviético y el orden por él establecido. Pero llega un buen día en que consigue escapar. Va al bosque, en busca de los guerrilleros, se hiela, se hunde en los montones de nieve, se esconde detrás de cada árbol. Por fin, unos hombres con cintas rojas en los gorros le conducen a una plazoleta apisonada por centenares de pies. Y en esa plazoleta distingue inmediatamente una tabla clavada a un árbol y cubierta por una gran hoja de papel pintada con lápices de colores, ¡Un periódico mural! ¡Un fragmento modesto, habitual de vida soviética! Y el hombre comprende en el acto que ha llegado a su casa, a tierra soviética. Se da cuenta en seguida que el modo de vida aquí también es soviético y hay que atenerse a él.

La salida de los primeros periódicos murales produjo enorme impresión en nuestros combatientes. Después, los acogían con mayor tranquilidad, pero, sin embargo, esperaban con impaciencia cada número, escribían activamente y tenían mucho miedo a ser el tema de la caricatura. Más tarde, cercana ya la primavera, tuvimos además un periódico vivo que no dejaba en paz a los vagos, cobardes y aficionados a medrar a costa del prójimo. Los confeccionaban nuestros actores, poetas y periodistas, y era como el programa, chispeante y cautivador, de un buen teatro de variedades.

* * *

Uno de los temas principales de nuestros propagandistas y agitadores era la diferencia entre la guerra imperialista que llevaban a cabo nuestros enemigos y la guerra de liberación que realizábamos nosotros.

Me acuerdo que en el periódico mural se publicó una carta que se encontró a un oficial alemán apresado por los exploradores.

Alguno de nuestros dibujantes puso a esta carta un título escrito con letras gruesas de color verde:

¡MATALO!

El título hacía referencia a los nazis en general, claro. Casi siempre el soldado hitleriano y, en la misma medida, el oficial sobre el que disparaba y lanzaba una granada el guerrillero era para nosotros un ser sin rostro. Era simplemente un "Fritz" y nada más. Odiábamos a cada uno de los ocupantes. Todos los crímenes del nazismo, todos los horrores sufridos por nuestra Patria y por nuestros seres queridos y por cada uno de nosotros los lanzábamos sobre el alemán al que estábamos disparando.

Pero en esta ocasión agarramos un ejemplar especial.

Nuestros exploradores lo apresaron en la carretera Gómel — Chernígov. A pesar de que sólo fuera un teniente y además con galones de intendencia, los muchachos se olieron en seguida que habían pescado un pájaro de altos vuelos.

El teniente se distinguía de los tenientes alemanes normales por su ropa, los gestos y por su enorme cobardía. Llevaba una chaqueta y unos pantalones completamente nuevos he-

chos a medida por un buen sastre. Contraviniendo las reglas, sobre la chaqueta llevaba un abrigo largo de piel con un cuello de castor. Olía a un kilómetro a perfume. Bajo la chaqueta descubrimos una ropa fina de seda con etiqueta francesa.

Se trataba de un hombre de pequeña estatura, pelo ralo, de unos cuarenta y cinco años. Llevaba bigote corto, gafas de oro y una sonrisa helada. Tenía tantas ganas de vivir que se adelantaba a las preguntas. Era muy habitual que después de diez o quince minutos casi todos los prisioneros alemanes nos dijeran que Hitler era un canalla. Pero este pájaro no se hizo de rogar. Al instante nos declaró que los rusos eran unos buenos tipos y Hitler, Goering, Ribbentrop y toda su banda hacía tiempo que estaban condenados a desaparecer, así como era inevitable la derrota de Alemania. “Créanme, yo lo sé bien, yo mismo noto en mí el olor de putrefacción”. Contestaba solícito a todas las preguntas, pero se esforzaba tanto en complacemos que era imposible creerlo.

Cuando el traductor extrajo de su enorme cartera una gruesa carta ya sellada dirigida a Berlín, el teniente se arrugó como si esperara un golpe. Pero la carta no contenía ningún secreto militar. El teniente escribía a su suegro.

Hay que señalar a propósito que el teniente no fue apresado durante un combate. Viajaba en un coche de turismo, lo acompañaban un alemán de civil y un ordenanza. El coche resbaló y se salió de la carretera quedándose atascado en la nieve. Los acompañantes del teniente y el chófer salieron para sacar el coche. Y en ese instante les alcanzaron las balas de los guerrilleros. Sólo quedó vivo el teniente.

Por el camino al campamento informé a los exploradores en un ruso bastante comprensible que no servía en el ejército. Y en el Estado Mayor repitió:

— Soy un comerciante, represento a grupos comerciales. ¿Lo entienden? Soy un hombre de paz. No tengo cargo mili-

tar. El informe es sólo una forma de trasladarme más cómodamente por las zonas del frente. Soy representante de una gran firma comercial. Mi tarea consiste en establecer los contactos comerciales en los países ocupados, si quieren una exploración comercial.

Vuelvo a mencionar que la carta era para su suegro, un propietario de cierta firma comercial. Al parecer, nuestro prisionero también pertenecía a ella. En la carta daba cuenta de su labor al jefe y cabeza de familia, le informaba de las novedades en tierras ocupadas, le transmitía sus impresiones, ideas, consideraciones y proyectos comerciales. Pero lo más importante era su sinceridad pues parecía no hacer caso de la censura militar.

“Después de pasar tres meses en Ucrania —escribía el teniente—, por fin he comprendido que en este país la experiencia humana y la mía profesional no tienen ninguna importancia. Esto lo reconocen todas las personas que piensan. Los oficiales también. Me refiero a los oficiales nazis, hombres del presente que comprenden que la guerra y el beneficio propio son algo inseparable.

Lo primero que me ha asombrado es la ausencia de confort. En las grandes ciudades, particularmente en la capital de Ucrania, Kíev, me paré en hoteles de primera clase. Allí encontré habitaciones aceptables, bien amuebladas. Había en ellas alfombras, arañas, vajilla cara. Pero el confort lo hacen los hombres. En este país el rico puede hundirse en la desesperación. Aquí no hay personas que puedan darte confort, no hay un servicio esmerado. En Francia y en nuestro Berlín, los mejores lacayos son rusos blancos emigrados. Pero aquellos que nuestro ejército se ha traído no se dedican a ese servicio.

Aquí todo es absurdo. Para aclararse todo lo que pasa hay que andar cabeza abajo. En Francia, Bélgica, en Polonia, a

los dos días de que pasara por ahí el ejército se podría encontrar personas eficientes: comerciantes inteligentes y diestros que comprendían que el tiempo es oro y el capital no puede estar parado. El francés, el belga, el noruego y el polaco pueden ser patriotas de corazón y hasta odiarme como alemán; pero si es un comerciante, un banquero o incluso un simple funcionario, siempre podremos encontrar un lenguaje común.

Yo le hago tanta falta como él a mí. Yo le propongo una partida de mercería. Me preocupo del transporte ferroviario. Le pregunto qué es lo que puede ofrecer a mi compañía. El me ofrece lana, o mantequilla o, finalmente, como sucedió a nuestro colega en Atenas, propone participar en la organización de casas públicas para los soldados.

En Rusia no proponen nada. No encuentro a comerciantes, no veo fabricantes, ni siquiera funcionarios que tengan relaciones comerciales. Y no puedo vender mis artículos de mercería. No hay agentes. ¡Es algo inaudito! No he encontrado ni un mayorista ruso, ni una persona con algún capital. En tres meses no me he encontrado con ningún ruso decente, una persona a la cual nuestra firma pudiera abrir un crédito. La administración rusa o, como aquí consideran necesario denominar, ucraniana, es decir la gente que nuestros militares han incorporado a la dirección civil, ¡son todos sin excepción unos cerdos!

Se trata de criminales, bandidos vueltos de la deportación o liberados de las cárceles. Todos o casi todos dicen que en el pasado fueron ricos. Algunos se llaman nobles. Pero sólo los más viejos saben morder la punta del puro. Los demás se meten sin más el cigarro en la boca, causándome gran regocijo el que no puedan encenderlo. Ninguno de ellos está en condiciones de recibir a una persona decente en su casa. No tienen casas. Se trata de una piara hambrienta de la cual el

ochenta por ciento son alcohólicos. Huelen muy mal, llevan ropa de algodón y calcetines de hilo”.

El teniente comerciante escribía a su suegro otras muchas cosas más sobre diverso tipo de traidores, desde el stárosta de aldea hasta el pretendiente al cargo de gobernador. Se reía de ellos con maldad como un conocedor del tema. Difícilmente sabiendo lo que hacía, ofrecía unas valoraciones sociales y de clase de la situación con la que se había encontrado en las zonas ocupadas de nuestro país. Tales observaciones daban al suegro —un burgués alemán— y a los dirigentes de su partido un rico material para las más penosas conclusiones. Y nosotros, inesperadamente, obtuvimos la confirmación indirecta de la asombrosa fuerza de resistencia de nuestro régimen. Las fuerzas que se derivaban de las colosales transformaciones económicas y sociales producidas en los veinticuatro años de construcción del socialismo.

El teniente escribía sobre las dificultades que experimentaban los comisionados alemanes para organizar la producción agrícola, prepararse para la siembra de primavera, organizar el envío sistemático de productos a la metrópoli. Este teniente comerciante se había encontrado con decenas de *Landwirtschaftsführer, Kreislandwirt,* etc. Se entrevisté con “terratenientes” y kulaks a los que los alemanes les devolvieron sus tierras. Pero las conclusiones que hacía eran penosas:

“Hemos organizado ficheros en *Gebietskommendatur.* Esto puede ser que sea bueno. Así habrá orden. Todo se contabiliza: las casas, las vacas, los tractores medio deshechos, los niños y las niñas, los gansos y las gallinas. Pero no hay nada que dure dos días. Las casas arden, los viejos y los niños se mueren de hambre y bajo nuestras bombas. Usted se preguntará: ¿por qué a cientos de kilómetros del frente explotan nuestras bombas? Créame, es necesario. Estas aldeas sirven de excelentes objetivos para nuestros jóvenes pilotos. Y

cuantas más madrigueras de resistencia se destruyan, mejor. Los gansos, gallinas y cerdos son cada vez más escasos. Se los comen nuestros oficiales, soldados y funcionarios; también yo me los como cada día. La carne de las vacas se destina al ejército. La población mata su ganado para que no nos lo llevemos nosotros y lo entrega a los guerrilleros. Así que ya ve: el cálculo se marcha al demonio.

Con todo el respeto que siento por el orden, tengo una visión bastante amplia para no disgustarme mucho por un mal balance. Con tales deficiencias se puede luchar por la vía administrativa. Y al cabo de un año se arreglarla la producción. Pero no saldrá nada de eso, absolutamente nada. Usted ya sabe por qué Rosemberg se ha negado a introducir el orden capitalista en las aldeas ucranianas y bielorrusas. Nosotros en un principio prometimos entregar la tierra. En todas nuestras octavillas asegurábamos. que daríamos tierras a cada campesino. Estor no se puede hacer. No existen grandes productores de trigo, ganado, aves. No hay terratenientes, no hay granjeros ricos, kulaks en su jerga. Imagínese qué aparato enorme, monstruoso y pesado debe mantener el imperio para recoger el trigo a millones de pequeños propietarios. Así que se han dejado los koljoses. Se les ha cambiado sólo el nombre. Pero en la aldea sigue el mismo trabajo colectivo de antes y, por consiguiente, el Continuo contacto entre las masas, la agitación guerrillera".

¡Oh, estos guerrilleros! —escribía en otro lugar—. Usted pregunta: ¿Cómo puede ser que todavía no los haya pacificado nuestro valeroso ejército? Y yo le digo: ¡son cada vez más! Y no porque robemos. Robamos en todas partes. No podemos dejar de hacerlo. ¿Para qué ha ido a luchar entonces el soldado? No, el drama está en que entre el pueblo no hemos encontrado a personas de autoridad con las que se puede dialogar. Siempre es la misma canción. En otros países encontramos un lenguaje común con los propietarios y éstos

nos entregan parte de sus dividendos. ¿No es cierto que es simple?

En Francia y Bélgica, en Holanda y Escandinavia mantenemos a la cabeza de los gobiernos a políticos conocidos por los habitantes. Los diputados y los anteriores ministros convencen al pueblo para que nos obedezcan. Pero, imagínese que en Francia en el poder estuvieran los comunistas, estos políticos sin propiedades, ¿acaso podríamos incorporarlos a la gestión del territorio? ¿Cree usted que aceptarían trabajar para nosotros?

Nuestras autoridades de ocupación no han encontrado ni un ruso popular entre su gente, ni un político conocido que trabajara con nosotros. Los diputados y dirigentes del Partido están en la clandestinidad, en el ejército o encabezando los destacamentos guerrilleros. Los llamamos a nuestras filas, les prometemos tierras y haciendas, les prometemos poder y riquezas. Pero esta gente se ha educado en el desprecio por la propiedad: ¡sólo se les puede exterminar!

Miro al futuro y sin querer me remito al pasado. Los ingleses en la India, los holandeses en Indonesia, los norteamericanos en Filipinas, a ninguno de ellos les ha ocurrido encontrarse con tales problemas como los que se tendrán que enfrentar mis compatriotas después de acabada la guerra. ¿Comerciar con los rusos, colonizar a los rusos? Esto es una utopía. Sólo hay un camino: el exterminio. Que queden unas cuantas decenas de rusos en algún parque. Que suceda lo mismo que con los indios de Norteamérica. Es la mejor solución del problema”.

La carta era larga. En el periódico mural se publicaron tan sólo algunos extractos. Evidentemente, la redacción eliminó las delicadezas familiares, los saludos y las digresiones líricas. Al final de la carta, el teniente escribía con alegre sarcasmo:

“Nuestro Otto y el marido de Marta murieron entre terribles sufrimientos en las nieves de los alrededores de Moscú. Ahora me encuentro cerca de otra vieja ciudad rusa: Chernígov. Justo después de las Navidades las tropas del general Fischer iniciaron una operación de despiadada limpieza de los guerrilleros locales. Ya hace dos semanas que sus fuerzas principales junto con sus dirigentes bolcheviques están rodeados en los bosques. Durante este tiempo no ha habido ni un día en que el frío haya bajado de los treinta grados. El general me ha dicho que las hogueras sólo prolongan la agonía. Me convencía de que los guerrilleros de Chernígov no tendrán ni mil hombres sin las manos o los pies congelados. “Estoy muy contento —dijo el general— de que no se rindan. Tendría que gastar munición en ellos y después enterrar sus cuerpos. El suelo está demasiado duro, sería mucho trabajo para nuestros soldados. En el bosque ellos mismos entierran a sus hombres congelados”.

“¡Oh, cuánto daría por ver lo que hacen en las nieves estos condenados a la muerte!” —estas eran las últimas líneas de la carta del teniente.

Y en realidad fue mucho lo que pretendió darnos. Este representante de los círculos económicos nos propuso un rescate por su liberación. Nos intentó convencer de que su suegro se halla en unas relaciones muy estrechas —casi familiares— con los Krupp.

A la media hora de ser fusilado el teniente comerciante, regresó de una lejana operación de exploración un grupo de nuestros combatientes. Cumplían una misión encargada por el frente del SurOeste. Entonces casi a diario transmitíamos por radio datos sobre el movimiento de tropas enemigas, la construcción de aeródromos alemanes y otras informaciones.

Dirigía el grupo que había vuelto Semión Efímovich Gazinski. Este nos conté que en camino de regreso, escondiéndose de

una persecución, penetraron en las profundidades del bosque, pero no pudieron encender ningún fuego por temor a llamar la atención.

— Yo llevaba unos simples zapatos —contaba Gazinski— y el frío era terrible. Nos pasamos la noche debajo de un pino. Yo me levanté y me puse a dar saltos sobre el mismo sitio. Les pedí a los muchachos: “Contad hasta mil, a lo mejor así recobro el calor”.

Después me acosté de nuevo. Empecé a dormirme. Recuerdo que se me repetía el mismo sueño. Me encontraba en una buena casa empapelada, en medio había una mesa de avellano, y mi mujer colocaba sobre ella un vaso de té bien cargado para mí. De pronto, oí cómo gritaba mi hijo menor y me decía que me estoy quedando helado. Era mi compañero Nurgueli Esentimírov que gritaba: “¡Camarada Gazinski, quítese los zapatos! “Yo no entendía nada. Entonces él mismo me los quitó, se desabroché el capote, levantó la camisa y colocó mis piernas sobre su desnudo vientre. Así fue cómo me salvé.

Esentimírov, que era kazajo, estaba a nuestro lado y sonreía. Era un combatiente que no conocía el miedo y odiaba profundamente a los fascistas. Le explicamos el contenido de la carta y le preguntamos qué opinaba de ello. Después de un minuto de silencio, nos dijo:

— Nuestro pueblo recuerda a Timur el cojo, y de Gengis Kan también se acuerda. Nuestro pueblo guarda en su memoria mucha sangre y poca felicidad. Los ancianos dicen: “Si caminas de prisa, te romperás los pantalones”. Tú me preguntas, jefe, qué piensa Nurgueli del fascista. No tiene alma este hombre, lo que sí tiene son manos, que como el *bai,* dicen: ¡dame, dame! El fascista quiere arrancarnos la ley soviética, quiere ser mi *bai,* pues entonces ¡que coma tierra! ¿Para qué me hace falta un *bai?* ¿No es cierto, jefe?

Estuvimos de acuerdo con él. Porque, de verdad, era cierto lo que decía.

* * *

A principios de febrero recibimos un radiograma del Estado Mayor del Frente Sur-Oeste. Nos prometieron que nos enviarían un avión grande con hombres, armas, municiones y radiorreceptores. Un avión que tenía que aterrizar. Teníamos que construir urgentemente una pista de aterrizaje. Nos comunicaron los signos Convencionales, el sistema de señales, los parámetros aproximados de la pista de aterrizaje. Evidentemente, no pudieron comunicarnos por radio y en clave el modo cómo se construye un aeródromo.

Hacía falta hacer una pista lisa, esto lo entendían todos. También estaba claro que había que hacerla a escondidas del enemigo, es decir lo más alejado posible de los lugares poblados. Pero además de los aspectos evidentes, había otros que no lo eran. ¿No molestarán los árboles para la aproximación del avión? ¿Cómo colocar el signo de aterrizaje? ¿A qué distancia el uno del otro encender los fuegos? ¿Puede descender un avión sobre nieve blanda? En fin no eran pocas las condiciones especiales de las que no podíamos tener ni idea.

Entonces nos acordamos de que a cargo del practicante Emeliánov teníamos un piloto incluido en el grupo de exploradores que había sufrido una herida grave. Pável Volodin era todo un piloto de guerra, además comandante de nave. El con seguridad debía saber cómo recibir un avión. Pero, desgraciadamente, después del accidente que sufrió, Volodin no logró curarse en todos estos meses. Se le rompió la pierna derecha y se le unió mal: lograba moverse con gran dificultad ayudándose de un fusil a modo de cayado. Por si fue-

ra poco, terna rotas también algunas costillas —tres o cuatro— y ello repercutió en el estómago, el diafragma, los pulmones... De todos modos llamamos a Volodin al Estado Mayor. No pueden imaginarse lo contento que se puso nuestro joven comandante: por fin podía ser útil en algo...

La historia del comandante del bombardero pesado Volodin y de los tres miembros del equipaje era auténticamente asombrosa. A pesar de que del avión no quedó nada, los cuatro sobrevivieron. Los guerrilleros llevaron a dos de ellos al otro lado del frente, los otros dos se quedaron al cuidado de nuestros médicos.

En todas las ediciones anteriores de mi libro había contado justamente en este capítulo, a propósito de la construcción de la pista, cómo el avión se precipitó sobre los árboles y qué sucedió de todo ello. Lo contaba brevemente y, tal como se aclaré más tarde, con no mucha exactitud. El avión cayó un mes antes de mi llegada al campamento, o sea que yo no fui testigo de la catástrofe y no conocía los detalles del hecho. Volodin estaba gravemente herido y no estaba para historias. Víktor Riábov —servidor de la ametralladora— en el tiempo a que me refiero no estaba del todo curado y además lo veía muy raras veces. Esta es la razón por la cual en las versiones anteriores fui en exceso lacónico, aunque esta historia se merece una mayor atención.

Sucedió que, a pesar de que Volodin dirigió las obras de cuatro aeródromos guerrilleros, sólo en el quinto —en noviembre de 1942— se posó un avión, en el cual Volodin y yo viajamos a Moscú. Volodin, para siempre; yo, para unos días. Y después de la guerra, aunque nos vimos, no hablamos de ello mucho rato. Sólo un cuarto de siglo más tarde he logrado de él que me relatara con detalle los hechos. Más tarde hablaré de ello.

Aquí es importante hacer mención de que Volodin, superando los intensos dolores, se montaba en un caballo y, manteniéndose con bastante gallardía, dirigía la construcción del aeródromo con maestría y eficiencia.

El primero de nuestros aeródromos lo construimos junto a una aldea quemada hasta las cenizas y abandonada, Mostkí. Arrancamos unas dos decenas de árboles, igualamos los desniveles. Pusimos guardias a los que dimos unos banderines. Después decidimos que difícilmente los aviones llegarían de día y confeccionamos para los guardias unos farolillos. Volodin los consideró insuficientes y recomendó que preparáramos unas antorchas.

— La cosa es bien sencilla. Envolved unos palos con trapos, y mojadlos en petróleo o en mazut.

Después de haber dicho esto, él mismo se echó a reír. Palos, como es natural, teníamos cuantos nos hicieran falta; tampoco era difícil encontrar un trapo; pero petróleo o mazut... De todos modos conseguimos antorchas. Durante varios días, los combatientes se dedicaron a raspar de los pinos resma seca, en la cual, después de derretida, mojaban los patos envueltos en trapos. Por lo demás, creo que si Volodin nos hubiera dicho que era preciso conseguir un diamante de veinticinco quilates o extender alfombras por todo el aeródromo, pues en caso contrario los aviones no aterrizarían, también habríamos sabido ingeniárnoslas.

Colocamos montones de ramiza, a una distancia determinada, de acuerdo con la figura que se nos había indicado por radio. Como es natural, se trataba de una ramiza magnífica, ejemplar, digna de ser llevada a una exposición, y bajo ella yacía paja de la mejor calidad, dispuesta a encenderse con la más insignificante chispa. Además, al lado de cada montón, había un jarro con alcohol y a los de guardia se les había ordenado severamente que no se les ocurriese beber ni un so-

lo trago. Con ese alcohol deberían rociar la ramiza, tan pronto como oyesen el zumbido de los motores y prender el fuego.

Esperamos mucho tiempo. Durante varias noches seguidas, el Comité Regional y el Estado Mayor en pleno salieron al aeródromo, situado a cinco kilómetros de nuestro campamento. La nieve cubría la paja preparada. Después el viento se llevaba los montones, luego el alcohol se nos vertía o se secaba, y mientras los aviones sin aparecer. Los más diferentes ruidos nos parecían el rugir de los motores. En eso a lo mejor exagero un poco. En invierno, en el bosque, y sobre todo de noche, es grande el silencio. Pero cuando la gente lleva esperando con gran tensión varias noches seguidas, hasta el viento que mece las copas de los árboles, o el cuchicheo de dos centinelas, o el tic-tac del reloj de bolsillo e incluso los latidos del propio corazón pueden parecer el zumbido de un aparato que se acerca.

Hasta el mismo Volodin solía confundirse. En cierta ocasión, por orden suya se vertió el alcohol y flamearon las hogueras... Tan sólo una no se encendió. El combatiente, que estaba de guardia al lado de aquel montón de ramiza, habíase quedado dormido. Y Volodin tomé por rugido de motor de aviación lo que no eran más que ronquidos del guerrillero de guardia.

Por radio nos comunicaron: “Llegarán mañana, esperad”. “Y por qué —preguntamos nosotros— no vinieron ayer? Como respuesta, volvieron a comunicar: “Esperad, llegarán mañana”. Y comprendimos que las causas solían ser muchas y que no nos correspondía conocerlas todas.

En la noche del 11 de febrero oímos un zumbido uniforme y muy intenso. En el campamento, donde los guerrilleros que montaban voluntariamente guardia también lo habían oído, se produjo una alegre alarma. Los heridos, incluso los más

graves, salieron del hospital para no perderse tan -anhelado instante.

Varias bengalas, dos verdes, una roja y tres blancas, se elevaron al cielo. Ello significaba: “El aeródromo, está en condiciones, podéis aterrizar”. Además, quería decir también que, si los aviones no aterrizaban, al día siguiente tendríamos que conseguir, en combate con los alemanes, nuevas bengalas y, además, de distintos colores. Las señales las cambiábamos todos los días.

Pero los aviones, no sé por qué, no aterrizaron. Descendieron, dieron un par de vueltas sobre el bosque y volvieron a marcharse. Eran tres. Vimos cómo se iban alejando de nosotros nueve estrellitas brillantes que titilaban en el cielo. El ruido de los aviones que se marchaban era cada vez menor... La desilusión había hecho ya blasfemar a alguien, cuando, de pronto, una voz gritó:

— ¡Paracaídas!

La noche era fría y sin viento. Derecho hacia la hoguera y con bastante rapidez, descendía un hombre que llevaba blancas botas de fieltro, traje guateado y un gran gorro de pieles. Gritaba algo y agitaba la mano.

Después vimos a otro más. Este tiraba de las cuerdas y hacía desesperados esfuerzos para no caer sobre la copa de un pino. Le gritábamos:

— ¡Tira a la derecha!

A pesar de todo, se enganchó de una rama y quedó suspendido a unos tres metros del suelo. También llevaba traje guateado y blancas botas de fieltro. Cuando nos acercamos a él, preguntó con voz ahogada:

— ¿Sois guerrilleros?

— ¡Guerrilleros, amigo, guerrilleros! —le respondimos.

Le oímos lanzar un suspiro de alivio. Después, con otro tono completamente distinto, gritó:

— ¡Pues bajadme, diablos! Dejad que me caliente al lado de la hoguera. Los aviones no llevan calefacción.

Después de ellos comenzaron a caer del cielo cajones, paquetes, sacos. Calan con buena puntería, en un radio no mayor de dos kilómetros. Aquella noche recogimos doce paquetes.

Los de los paracaídas resultaron ser radistas. Eran unos muchachos jóvenes y simpáticos; pero, ¡qué digo simpáticos!, eran unos ángeles con trajes guateados, eran sencillamente un milagro. Todos procuraban darles una palmada en la espalda o, al menos, tocarles para convencerse de que, en efecto, se trataba de hombres de carne y hueso. Sólo Kapránov conservé la serenidad. Inmediatamente dio orden de guardar los paracaídas, los conté y me parece que hasta los numeré. Cuando descubría agujeros en la seda, movía con disgusto la cabeza. Al mismo tiempo, Kapránov prohibió, a todos absolutamente, tocar los cajones y los sacos.

Sólo cuando los paquetes estuvieron reunidos y colocados en un mismo sitio, Kapránov permitió abrirlos.

Aquella misma noche nuestro viejo poeta Stepán Shuplik se recogió solitario por una hora y volvió en el apogeo de la fiesta con unos versos. No los leyó él mismo, para dar más énfasis al acontecimiento se los pasó al actor dramático de Chernígov Vasili Jmuri. Este se subió al cajón más alto y, después de logrado el silencio, recité:

Volando sobre el pinar
vimos un avión.
Nos alegramos muchísimo
cuando viró.

En los refugios, hasta los enfermos
se olvidaron de sus males.
Tantos deseos tenían
de ver el avión.

Era uno de los nuestros, era soviético,
encontró el camino,
Trajo su cargamento
al campamento guerrillero.

Las luces ardían en la tierra,
en el cielo las bengalas.
Hicimos al avión
las señales convenidas.

Se acercó hasta nosotros,
dando vueltas en el aire
Y nos mandó presentes:
tabaco y salchichas.

Trajo medicinas
con qué curar los males.
Ahora se podía mejor
luchar contra los alemanes.

Dos camaradas bajaron del cielo,
los enviaban del frente.
Llegaron al campamento
y nos lo contaron todo.

Demos gracias a nuestro poder
y al querido Stalin.
¡Seguiremos aplastando cerdos alemanes
hasta que no quede ninguno!

Recibimos muchos buenos regalos. Entre ellos, dos modernísimas emisoras de radio con sus acumuladores, tres ame-

tralladoras pesadas y ocho fusiles ametralladores, varios fusiles antitanque y unos diez automáticos.

Cuando los guerrilleros supieron que los envíos de víveres y de ropa prevalecían, refunfuñaron un poco. Comprendíamos perfectamente que la retaguardia soviética no recibía, ni mucho menos, todo lo que se nos enviaba como regalo. Y nos enviaban auténtico salchichón ahumado de Moscú, caviar negro, frutas en conserva y excelentes cigarrillos. Claro está que nosotros no habríamos protestado si nos hubiesen mandado "majorka"[16] ¿tanto más cuando ésta ocupa menos lugar. ¿Qué falta nos hacían aquellas cajetillas? Aunque debo decir que más tarde nos hicieron un buen servicio y, por extraño que parezca, con fines de propaganda.

Cierta vez, durante una marcha, entramos en una aldea desconocida; los viejos me rodearon; abrí ante ellos una cajetilla de "Kazbek". La impresión que produjo fue enorme. Dejé que pasara de mano en mano, y todos vieron en ella el circulito con la marca "Yaya, Moscú".

— ¡Ah! ¿Entonces es verdad que tenéis comunicación con Moscú?

Al campesino una prueba le convence más que mil palabras.

De todos los regalos recibidos en aquella ocasión, los que más nos alegraron fueron cinco cajas de trilita y tres paquetes de periódicos moscovitas.

Eran de aquel mismo día, aunque no, los periódicos eran del 11 de febrero, y los desplegamos a las cinco de la madrugada del 12 de febrero. Pero como aquella noche en el campamento no dormía nadie, n os parecía que continuaba aquel día lleno de emociones. El espectáculo, en efecto, era realmente fantástico. En un bosque muy alejado de Moscú, leía-

---

[16] **Majorka**: clase de tabaco campesino barato y fuerte N. del Trad.)

mos un número reciente de la *Pravda.* Hasta en Chernígov, en tiempos de paz, era raro que recibiésemos los periódicos centrales con tanta rapidez. Y eso que *Pravda* e *Izvestia* se imprimían entonces por matrices, llevadas a Kíev en avión... Hacía ya más de seis meses que no había visto periódico alguno, y por eso no pude separarme de ellos hasta que no me los hube leído de cabo a rabo...

El campamento guerrillero se convirtió en una enorme sala de lectura. Pero se dio una orden rigurosa: ni un periódico para liar pitillos. Al día siguiente, de los cuatrocientos ejemplares de periódicos centrales que recibimos, ordené enviar trescientos cincuenta a los distritos. Catorce enlaces marcharon con una tirada especial de octavillas, dedicadas al establecimiento de la comunicación por aire con el frente, y con el material explosivo más fuerte: nuestros periódicos bolcheviques.

Y el otro material explosivo —la trilita— nos permitió comenzar a preparar importantes operaciones de voladura de vías férreas. Creamos una unidad especial, la sección de minadores, cuyos combatientes salieron poco después a la línea férrea Gómel — Briansk.

* * *

Los alemanes seguían concentrando tropas en las cercanías del lugar donde estábamos acampados. En trenes y camiones, unidades alemanas y magiares partían apresuradamente de Novo-zíbkov, Gómel, Bajmach y Chernígov. Nuestros exploradores nos comunicaron que los recién llegados no se detenían mucho tiempo en Schorsk, Nóvgorod-Séverski y Koriukovka. Después de descansar un día, eran enviados inmediatamente a las aldeas próximas a nosotros.

No era difícil adivinar que se estaba preparando una enérgica ofensiva.

A propuesta de Rvánov, decidimos emplear la siguiente táctica: batir al enemigo por separado, atacar fundamentalmente las unidades recién llegadas que no habían tenido aún tiempo de adaptarse al medio.

En la noche del 8 de marzo aniquilamos a la guarnición de policías de Guta Studenétskaia, una aldea grande, situada a seis kilómetros de nuestro bosque. En aquel combate fue capturado y ejecutado Moroz, jefe de policía del distrito de Koriukovka. En sus documentos hallamos las instrucciones de un mayor alemán. En esas instrucciones se indicaba que las unidades policíacas debían actuar bajo el mando del jefe del batallón de magiares, teniente Kémeri, cuyo Estado Mayor se instalaría en la aldea de Ivánovka. Nuestros exploradores se dirigieron inmediatamente allí. A su regreso, comunicaron que en Ivánovka había no menos de doscientos magiares y otros tantos policías.

El 9 y el 10 de marzo, un avión alemán de reconocimiento no hacía más que dar vueltas y más vueltas sobre nuestro campamento. Prohibí que se encendiesen hogueras y estufas.

El 11 de marzo, a eso de las cuatro de la madrugada, tres compañías nuestras, al mando de Popudrenko, dejaron sus trineos a unos siete kilómetros de Ivánovka. Desde allí, continuaron a pie por entre la profunda nieve. La mayoría tuvo que hacer la caminata con nieve hasta el pecho; faltaban esquís. Pero todas las dificultades se vieron recompensadas con largueza. Los guerrilleros sorprendieron desprevenidos a los magiares. Solamente cuarenta minutos después, el enemigo comenzó a ofrecer una verdadera resistencia.

El combate fue muy duro. El enemigo tenía, por lo menos, seis ametralladoras pesadas, dos cañones de pequeño calibre y varios morteros. Por añadidura, el enemigo tenía mu-

chos más automáticos. Cuando el combate finalizaba ya, los magiares consiguieron que les enviasen aviones y refuerzos desde Schorsk.

Los refuerzos sufrieron también duro castigo. Magiares y policías pusieron pies en polvorosa. Nos apoderamos dé toda la aldea de Ivánovka y capturamos un gran botín: cuatro ametralladoras pesadas, ocho fusiles ametralladores, veinte mil cartuchos, muchos víveres y más de ciento cincuenta mantas de lana, cosa que nos hacía muchísima falta.

En calles y casas, contamos ciento cincuenta y tres soldados y policías muertos.

Nuestras bajas fueron once hombres. En aquel combate pereció Gromenko, jefe de la primera compañía.

Lo mataron, cuando lanzaba su compañía al ataque. Una bala le perforé la frente. Cayó de bruces sobre la nieve.

Lisenko, delegado político de la compañía, asumió el mando y llevó a los combatientes hacía adelante. La compañía cumplió con brillantez su tarea.

En la noche del II de marzo enterramos a nuestros compañeros de combate.

El féretro con el cuerpo de Sidor Románovich Gromenko fue envuelto en seda de paracaídas. Antorchas de brea iluminaban el bosque. Los miembros del Comité Regional y todos los jefes se turnaban en la guardia de honor.

Cuando terminaron los discursos dedicados a relatar las hazañas de los compañeros caídos, sobre la abierta fosa común resonaron varias salvas, de cuatrocientos fusiles.

A continuación, los combatientes regresaron a sus refugios, y un silencio insólito se apoderó del bosque guerrillero. Después de las largas horas del combate y de la fatigosa caminata, los hombres estaban muy cansados. Mas, a pesar del

cansancio, tardaron mucho en dormirse. Acostados meditaban, compartían entre susurros sus pensamientos, se contaban lo que recordaban de los caídos en el combate.

En los refugios de la compañía que mandara Gromenko se percibía aún más la tristeza solemne que embargaba a todos los combatientes. Las mujeres podían desahogarse con el llanto. En los rostros de muchos combatientes —tanto jóvenes como viejos— se advertía la perplejidad y hasta una cierta turbación. Cuando cae un jefe querido por todos, justo, valeroso, es difícil creer del todo en su muerte. Su inteligencia y valor parecen hacerle invulnerable. También parece que por sus méritos tendría que premiársele, si no con la inmortalidad, al menos con una larga vida.

Popudrenko, Yariómenko, Druzhinin, Rvánov y yo entramos en el refugio donde había vivido Gromenko. Teníamos que recoger y examinar sus documentos. Pero, a decir verdad, queríamos simplemente imaginarnos a Gromenko vivo, rodeado de sus combatientes, ver una vez más aquel pequeño rincón que le perteneciera personalmente.

En el refugio, destinado a cuarenta personas, a un paso de los camastros comunes, velase un catre toscamente construido. Una de sus esquinas estaba mal aserrada. Sobre la cabecera, asomaba el redondo borde de un canto gris.

Al lado del canto, salía de la tierra una raíz de pino que, aunque tenía cortadas sus puntas y había sido limpiada, continuaba viviendo. Se bifurcaba y se torcía hacia arriba semejando el cuerno de un reno. Popudrenko recordó que Gromenko le había contado que la raíz seguía creciendo y que en dos meses había aumentado en cinco centímetros.

De la raíz pendía la cartera de campaña y la gorra gris de verano que Gromenko llevara en Chernígov, cuando aún trabajaba de encargado de la estación de control de semillas.

En lugar de almohada, había en el catre varios libros, cubiertos por una guerrera limpia, pero sin planchar. Un trozo de paño negro hacía las veces de manta. Sobre él vimos una jabonera de pasta, olvidada en la premura de la marcha al combate. Además de unas cuantas briznas de tabaco, habla dentro de ella un trozo de lima, un pedazo de trapo chamuscado, muy retorcido, y un fragmento de cuarzo: conocidos enseres para obtener fuego.

Aquellos eran todos los bienes del agrónomo Sídor Románovich Gromenko, convertido en jefe guerrillero durante la guerra.

En la cartera de campaña encontramos un cuaderno, a medio llenar, con breves anotaciones hechas a lápiz, la fotografía de su mujer y, cuidadosamente doblado, el número de *Pravda* del 4 de julio de 1941.

De regreso, en el refugio del Estado Mayor, examinamos los libros dejados por Gromenko. Eran unos diez, de todo tipo. Recogidos después de algún combate, encontrados en casas destrozadas. Un segundo tomo de *La Guerra y la Paz,* un manual de apicultura, *La Derrota* de Fadéiev y una guía... A Gromenko le gustaba leer. En las aldeas, durante las operaciones guerrilleras, él mismo se dedicaba a buscar libros. También pedía a los compañeros que si encontraban algo se lo hicieran llegar sin falta.

En el cuaderno había esbozos de las charlas que Gromenko daba a sus combatientes, esquemas de operaciones ya realizadas y anotaciones personales hechas visiblemente a toda prisa. Al instante, recordé mis antiguas conversaciones con Gromenko y sus vacilaciones. La primera vez que le vi, me pareció que no tenía nada de guerrillero y decidí que nunca saldría de él un verdadero jefe.

Debo confesar que estaba equivocado.

Y en efecto, Gromenko no tenía aire alguno de guerrillero en el sentido que dábamos a este término en los primeros días. Conocíamos a los guerrilleros por los libros. Y sólo los mayores tenían idea por experiencia propia. Pero cada época crea su tipo de combatiente.

Gromenko era un jefe de tipo medio, muy valiente, decidido y capaz. Pero no se trataba sólo de eso; no era por ello por lo que se distinguía de los jefes guerrilleros del pasado.

Sídor Románovich no era guerrillero ni jefe militar por vocación. Era agrónomo: un constructor de la vida. No fue la guerra la que le destacó ni la que descubrió sus cualidades.

Gromenko fue sustituido por un maestro que había estado al frente de la Sección Regional de Instrucción Pública. El jefe de fa segunda compañía era ex director de una escuela y maestro de historia de profesión. La tercera compañía estaba al mando del presidente de un koljós, y la cuarta, del secretario de un Comité de Distrito. Todos aquellos hombres habían aprendido a soportar privaciones, a mandar, a batir a los alemanes. Al igual que Gromenko, todos ellos se habían visto precisados a luchar por necesidad. Se convirtieron en buenos jefes guerrilleros porque comprendían profundamente esa necesidad de luchar. Pero, naturalmente, todos ellos hubieran preferido un trabajo fecundo y pacífico.

He aquí algunas anotaciones del cuaderno de Gromenko. He elegido las que, a mi parecer, pueden dar una idea aproximada de su carácter:

14 de diciembre. Hemos estado interrogando a un alemán. Dice: *Kamerad.* Afirma que es obrero, y además metalúrgico. Muestra las manos. Es cierto. Tiene callos negros. Pero en mi corazón no hay ni pizca de lástima hacia él. Grita: *Thaelmann, kommunístische, Karl Marx.* Le pregunto, por mediación del traductor: “¿Por qué, pues, has traicionado a Thaelmann? Me responde que no podía obrar de otro modo,

que fue obligado. Le pregunto: “¿Qué vas a hacer si te dejamos en libertad?” Responde que preparará la revolución. Y bajo la nariz, lleva un bigotillo hitleriano...

19 de diciembre. Me han llamado al Comité Regional. El rapapolvo que me han echado ha sido tal, que entré en calor, aunque la helada era de más de veinte grados. Primero la emprendió conmigo Nikolái Nikítich. Llegó incluso a chillarme. Pero no me asustan sus gritos. Es un hombre buenísimo. Creo que sólo un enemigo puede temerle. Después de gritar, sonríe siempre. Se le pasa pronto. La gente le quiere. Y yo también. Se ha metido conmigo porque no quiero abandonar el bosque de Reimentárovka: “¿Tú qué te has creído, que vamos a andar haciéndote carantoñas? Ya le oís: dice que tiene una opinión personal. ¡Vaya con el jurado que nos ha salido!... ¿No te ha dado orden Rvánov de que te prepares para la marcha? ¿Por qué te haces el remolón? Yo seguía en mis trece y dije que no me iría. Fiódorov me miró con sus ojazos y dijo: “Tú no quieres irte, porque tienes la familia cerca de aquí, ¿no es eso? Mire, camarada Gromenko, no trate de disimular sus razones intimas con otros argumentos. Tenga en cuenta que, por ese camino, se puede acabar saliendo de las filas del Partido”. Y yo, naturalmente, me rendí.

¿Por qué motivo? ¿Es que me asusté de Fiódorov? En aquel momento, ni yo mismo me daba cuenta de que precisamente la proximidad de la familia hacía que yo no quisiese marcharme. Me lo explicaba de otro modo. Pero en mi fuero interno se ocultaba el pensamiento de que había que ir a ver a la familia alguna vez que otra. Fiódorov tenía razón. No hay nada que hacer. El diagnóstico ha sido certero. Después de lo ocurrido en el Comité Regional, se me ha acercado un sabiondo y me ha dicho muy quedo: “¿Qué te importa que te expulsen del Partido?. Ellos perderán más. Tu sección es una de las mejores. Los muchachos te seguirán. Harás lo que te venga en gana...” Le he puesto de vuelta y media. No

sé cómo no le he pegado. Y que el Comité Regional haga las deducciones de tipo organizativo.

9 *de enero.* Hoy hemos batido a los policías de Pogoreltsi. Es la segunda vez que atacamos esta aldea. La población nos ha recibido como si fuéramos de la familia. En la casa donde vivía el jefe de la sección de policías, el techo estaba lleno de impactos. Pregunté a la dueña de la casa: "Abuelita, ¿qué tal son esos policías?" Movió los labios y me respondió: "Unos anticristos, unos golfos, que se han bebido la conciencia y se han olvidado de Dios. Mira lo que se le ha ocurrido hacer a mi Nikitka..." Y me mostró un icono atravesado por las balas. Le pregunté: "¿Ese Nikitka era pariente tuyo? Lo hemos fusilado, abuelita", "A tal vida, tal muerte. Venía a ser mi nieto..." — "Entonces, reniegas de él, ¿no es así, abuelita?" La vieja me miró seriamente y respondió: "Lo he maldecido. Era así de chiquitín y ya decía palabrotas. De la escuela lo echaron al canalla, del Komsomol fue expulsado. En el koljós era el último de los vagos. Sólo en la taberna tenía vara alta".

Le dije: "Usted, abuelita, no hace más que mentar a Dios. Pero tampoco yo creo en Dios. Los comunistas y los komsomoles no creen en Dios". — "¡Quién no lo sabe! Pero reconocéis a las personas. Hay que ver lo bien que habla con una vieja. ¡Cuánto os hemos esperado, cuánto! Siéntese, pruebe el queso, haga el favor..."

1 de febrero. He tenido una conversación con Balabái, jefe de la segunda compañía. Es amigo mío, un hombre que vale. La guerra no ha borrado en él ninguna cualidad humana. Tiene un puñal de más de medio metro. Le he visto atravesar con e se puñal a los alemanes, como si fueran cerdos. Le pregunté: "¿Tú qué opinas, Alexandr Petróvich? ¿Te ha estropeado la guerra, te ha hecho más cruel? Hasta ahora ja-

más habías matado a hombres”. Sonrió. Tiene una sonrisa bondadosa. Y me respondió así: “Tampoco ahora soy capaz de matar a un hombre. ¿Me comprendes?” Le rogué que me lo explicara. Después de pensar un poco, añadió: “Supongamos que me encuentre muy necesitado. De todas formas no podré convertirme en un bandido o en un asesino. O bien, si me enfado con un compañero, no me lanzaré sobre él con mi cuchillo; tampoco mataría por celos a una mujer, ni le haría daño a un niño”. Seguí preguntando: “En ese caso, ¿qué influencia ha ejercido en ti la guerra? ¿Ha cambiado tu carácter?” “¡Vaya una pregunta! Pues claro...” En ese momento le llamaron. Después me quedé pensando en que, a pesar de todo, hemos cambiado.

Nunca me había imaginado que llegaría a ser guerrillero. En primer lugar, he sabido con alegría que no tenía nada de cobarde: en segundo, que sé subordinarme, reconocer el prestigio de un superior. Incluso, cuando es muy difícil obedecer, por considerar yo que él no tiene razón, me obligo a dominarme y no permito que nadie me incite. T. trataba de enfrentarme con Fiódorov, metía cizaña. Le propuse que dejara de hacerlo. Pero el cambio principal radica en que todos nosotros, incluso Fiódorov y el comisario —aunque son funcionarios del Partido—, nos hemos hecho aún más comunistas. Estamos haciendo un curso práctico de instrucción política.

2 de febrero. Sí, son estos tiempos y el amor a la Patria lo que nos hace ahora jefes. Tomemos, por ejemplo, a Fiódorov. ¿Qué tenía él de jefe militar? Es un trabajador, y ayer, cuando, en compañía de los combatientes, escuadraba las vigas para el refugio, le noté muy alegre. El obrero y el campesino son siempre constructores. Y además, nosotros estamos acostumbrados a ver el futuro. La guerra, claro está, no es lo principal en la vida.

8 de febrero. Estoy releyendo *La Guerra y la Paz.* No comprendo a esa gente. No pensaban para nada en el futuro ni en cómo organizar la vida después de la guerra. No hablan para nada del trabajo.

3 de marzo. Mishka me trajo una gallina asada. Eso ocurrió unas tres horas después del combate. En el combate se había portado como un valiente y lo elogié ante los compañeros. ¿No habría sido ese el motivo? La gallina me la dio a escondidas. “De dónde la has sacado? “, pregunté. Me respondió por la calle, sin cabeza, y que seguramente se la habría arrancado un casco de mina. Se olvidó de que hace dos semanas me habla contado la misma historia respecto a un ganso, asegurándome que una mina se había llevado la cabeza del ave. Tomé la gallina y me fui a la hoguera. Dije a los muchachos que consideraba esto como una cuestión política. Y les pedí su opinión. Todos estaban hambrientos y sus ojos brillaban con entusiasmo a la vista de la gallina. Kotsura dio un paso al frente: “Por parte de Mishka, es una falta doble: ha mentido y le ha hecho la pelotilla al jefe”. —” Pero ¿y el que haya robado la gallina, no te parece grave? “Kotsura me respondió: “Antes de la guerra, una gallina costaba en la aldea tres rublos. ¿Acaso no hemos ganado tres rublos en el combate?” Entonces tomó la palabra Lisenko, delegado político, y estuvo hablando durante largo tiempo y de un modo convincente de que los campesinos juzgaban de nosotros, los guerrilleros, por esas pequeñeces. Todos estuvieron de acuerdo. Mishka pidió perdón. Después, pregunté a los muchachos qué debíamos hacer con la gallina. Todos gritaron: “Cómasela, camarada jefe, no vale la pena de repartirla”. Tiré la gallina al fuego. Mishka se lanzó a la hoguera, agarró la gallina y echó a correr. Más tarde supimos que había llevado

la gallina al hospital, para dársela a los heridos. ¡Cualquiera se aclara aquí!

4 de marzo. Hablé a los jóvenes combatientes de las cosechas futuras, y de cómo el Poder soviético lucha por un elevado rendimiento del trabajo. Cité las palabras de Lenin en el sentido de que la productividad del trabajo es, en definitiva, lo más importante para la victoria del comunismo. Abordamos el tema del comunismo. Me escuchaban con gran atención. Svistunov, un chaval de diecinueve años, dijo: “Tal vez Vasia Korobkó y yo lleguemos a verlo. Pero usted, Popudrenko y Fiódorov, es poco probable. Para llegar al comunismo, harán falta, seguramente, unos quince quinquenios”. Los muchachos exclamaron inmediatamente: “¡Menos, qué estás diciendo, Svistunov!” Vasia Korobkó calculé rápidamente: “Quince por cinco son setenta y cinco; eso quiere decir que tampoco tú, Svistunov, llegarás a verlo”.

Svistunov repuso: “Cada plan quinquenal se cumplirá en cuatro años y, tal vez, en tres. Por lo tanto, viviré hasta entonces”. Vasia Korobkó añadió: “Los sabios luchan por prolongar la vida humana. Usted verá el comunismo, camarada jefe, sin duda alguna”. Comprendí que los muchachos querían suavizar la torpeza de la pregunta de Svistunov y consolarme. Les dije: “Gracias, camaradas”. También ellos se pusieron a darme las gracias por la charla. Y en efecto, ¡cómo me gustaría vivir para verlo!

* * *

El 23 de marzo, después de haber interceptado todos los caminos y senderos que parten del bosque de Elino, los alemanes comenzaron una enérgica ofensiva contra el campa-

mento guerrillero. Siete mil alemanes y policías avanzaron contra novecientos guerrilleros, para rodearlos y liquidarlos.

Hacía mucho que el mando de las unidades de ocupación venía preparando este golpe. También nosotros nos preparábamos para él. Sin embargo, la diferencia entre ambos preparativos era considerable.

¿En qué consistía la preparación de los alemanes? En los meses transcurridos de ocupación, los fascistas habían puesto comandantes suyos en todas las cabezas de distrito y aldeas importantes, organizado la policía y tejido una red de espionaje e información. En cada aldea tenían ya a un stárosta y a su suplente. En casi todas las aldeas y caseríos fueron creados grupos de policía auxiliar.

Las tentativas de los alemanes de enviar espías a los destacamentos guerrilleros y establecer con ellos comunicación constante por medio de sus agentes fracasaban siempre. Los espías eran descubiertos por nosotros con gran rapidez. En otra ocasión contaré cómo lo hacíamos. Los alemanes no conocían los planes de nuestro mando, ni el emplazamiento del Estado Mayor, ni del aeródromo, ni de la estación de radio, ni de nuestros senderos secretos.

Sobre los efectivos y el armamento de los guerrilleros, sobre el sistema de su organización, disponían de datos muy contradictorios.

Claro está que conocían de un modo aproximado los límites del territorio en nuestro poder. Eso era imposible ocultarlo. El plan del mando alemán era de una simplicidad extrema: bloquear la zona donde estábamos acampados, concentrar la máxima cantidad de fuerzas, estrechar el anillo del cerco, “peinar” el bosque y acabar de ese modo con la agrupación más importante de guerrilleros de Chernígov.

Nuestro servicio de información funcionaba mucho mejor que el alemán. Disponíamos casi siempre de los datos más exac-

tos respecto a los propósitos de los invasores e incluso conocíamos las fechas de las operaciones proyectadas por ellos. Hasta los propios enemigos lo reconocían. He aquí lo que escribía el general coronel Sambathei, jefe del Real Estado Mayor Central húngaro, en unas instrucciones capturadas por nosotros:

"El servicio de exploración, información y comunicaciones está bien montado entre los guerrilleros. Funciona con excepcional rapidez y sin fallos. Se enteran de lo que ocurre en el frente antes que las unidades que montan la vigilancia del territorio ocupado, y los movimientos más insignificantes de nuestras fuerzas no constituyen un secreto para ellos".

En otro lugar del mismo documento decía:

"No hay necesidad de conseguir noticias detalladas y fundamentales acerca de los guerrilleros, porque, mientras los resultados del servicio de exploración lleguen al mando de las unidades destinadas a limpiar dicho territorio y éstas comiencen a actuar, los diversos destacamentos guerrilleros, gracias a su magnífico información, estarán ya al tanto, sin duda alguna, del avance de nuestras tropas, y de todas formas abandonarán esos lugares".

El 22 de marzo conocíamos ya los propósitos del enemigo; sin embargo, en lugar de escabullirnos, decidimos aceptar el combate.

Posiblemente, los alemanes se hablan figurado que en el bosque de Elino se hallaban en efecto más de tres mil guerrilleros. En realidad, no éramos más que novecientos veintitrés, incluidos los heridos y enfermos. Estábamos hambrientos y mal vestidos; las municiones escaseaban.

¿Cómo, pues, permitimos que los alemanes nos rodearan y comenzasen una operación destinaba a liquidarnos? ¿Era esto un fallo de nuestro mando, el resultado de una negligen-

cia o —peor aún— el convencimiento de lo desesperado de nuestra situación?

De haber hecho estas preguntas a los oficiales alemanes que lanzaron contra nosotros a sus soldados, ellos, naturalmente, habrían respondido que la táctica guerrillera había fracasado y que a los propios guerrilleros no les quedaban más que unas cuantas horas de vida.

Eso era lo que tratábamos de conseguir. Queríamos que los alemanes se imaginaran que éramos tontos y fatuos.

La base de la táctica guerrillera es el movimiento, pero esto no significa el simple cambio de lugar, sino un movimiento inesperado para el enemigo. Los guerrilleros están siempre en minoría. No pueden prescindir de la astucia. No sólo debe ser repentina la ofensiva, sino también la retirada.

Por lo demás, la palabra "retirada", en la interpretación que se le da en el ejército, no puede aplicarse a los guerrilleros. No teníamos a dónde retirarnos. Sólo podíamos escabullirnos.

Para un destacamento insignificante de unos cien hombres, eso era fácil de hacer; pero un destacamento de mil combatientes con ametralladoras, morteros, hospital, convoy e imprenta, ¿cómo podía escabullirse sin ser visto?

Si este último se encontrase en un bosque espeso y continuo, de cientos de kilómetros, podría hacer de noche, de un tirón, treinta o cuarenta kilómetros. Y el enemigo tardaría en orientarse hacia qué sector del bosque habían pasado los guerrilleros.

Aunque el bosque de Elino se considera como uno de los mayores de la región de Chernígov, en realidad no es tan grande. Tiene, aproximadamente, unos quince kilómetros por veinte. Está casi pegado a los bosques de la región de Oriol (en la actualidad, de Briansk). Unas pequeñas arboledas lo

unen con el bosque de Reimentárovka y con el de Gúlino, en los que habíamos acampado antes. Pero era imposible que un destacamento como el nuestro pasase desapercibido de un macizo forestal a otro, sobre todo cuando en todas las aldeas vecinas, sin excepción, había unidades punitivas dispuestas a hacernos frente.

Como ya he referido, atacábamos a esas unidades aisladamente, mientras iban concentrándose. Por aquel entonces tenían mal organizadas las comunicaciones y no sabían orientarse. Pero ahora el anillo habíase cerrado, tenían patrullas en todo el bosque y los aviones del enemigo evolucionaban sobre. nosotros las veinticuatro horas del día. Sólo combatiendo podríamos abrirnos paso.

Nosotros, naturalmente, nos habríamos abierto paso, volviendo de nuevo a los bosques de Reimentárovka o a los de Oriol, pero para eso tendríamos que haber entablado sobre la marcha un duro combate. El enemigo habría hecho todo lo que de él dependiese para encontrarse con nosotros en lugar abierto, donde, pudiendo emplear los tanques y los aviones, le sería mucho más fácil acabar con nosotros.

Nos quedaba otra salida: escabullirnos por grupos pequeños. En la reunión de jefes hubo varios partidarios de esa solución, pero la rechazamos. El aceptarla significaba poner en peligro la propia existencia del destacamento grande. Los grupos podrían perderse fácilmente unos de otros. El Comité Regional del Partido se mantenía en sus posiciones con firmeza: era preciso conservar el destacamento grande. Y como para corroborar nuestra razón, recibimos un radiograma de Moscú por el que se nos comunicaba que, en la noche del 22 de marzo, seis aviones nos traerían armas, municiones, víveres y refuerzos. Se nos indicaba que tuviésemos el aeródromo completamente dispuesto.

Pero ¿adónde podíamos ir?

Prohibí categóricamente a los radistas que informaran cualquier cosa sobre la actividad de los alemanes. Si se enteran que esta noche esperamos el ataque del enemigo, a lo mejor se les ocurre no venir a los aviones. No, era mejor que pensaran que todo estaba en orden.

En la reunión del Comité Regional y, más tarde, en la del Estado Mayor, se aprobó el siguiente plan: dejaríamos que las unidades del enemigo se adentraran lo más posible en el bosque; crearíamos tres líneas de defensa. En las dos primeras, cuando el enemigo se acercase a una distancia no mayor de 50 6 70 metros, haríamos fuego. Minaríamos todos los caminos, senderos y veredas. La explosión de las minas sería la señal para el comienzo de la batalla. Sólo después de que el enemigo pasara a nuestra tercera línea de defensa, es decir, a las proximidades inmediatas del campamento, comenzaríamos la retirada. Las compañías se retirarían por turno, de acuerdo con la orden del mando, y con un intervalo no menor de quince minutos.

Sí, a pesar de todo, habíamos decidido marcharnos. Calculábamos que la mayoría de las guarniciones rurales de alemanes participaría en la operación. Por consiguiente, en el camino de nuestra retirada, a fines del combate, no encontraríamos una resistencia muy activa. Además, contábamos también con engañar al enemigo y hacerle concebir una idea falsa sobre el itinerario de nuestra retirada.

Lo más importante era tributar a los alemanes un recibimiento tal, que se les quitase para siempre las ganas de volver a rodear nuestro destacamento. Era preciso asestar al enemigo un potente contragolpe, provocar la confusión en sus filas y, aprovechándose de ella, pasar con todos los efectivos al nuevo sitio donde pensábamos acampar.

Habitualmente, en la región de Chernígov comienza la primavera a fines de marzo. Pero aquel año ni siquiera había indi-

cios de ella. Claro está que el frío ya no era de cuarenta o treinta grados como en febrero, pero, con todo, la temperatura no subía de los quince grados. Aquí nos habíamos instalado y acostumbrado al lugar. Ahora de nuevo teníamos que abandonar nuestros refugios y ponernos a construir otros en el nuevo lugar. Por lo demás, el frío nos venía bien. De haberse iniciado el deshielo, no habríamos conseguido, como es natural, trasladarnos con rapidez: nos disponíamos a hacer el recorrido en trineos. Nuestros combatientes no habían preparado todavía ningún carro.

Todos los guerrilleros sabían que se avecinaba el combate. Cada unidad conocía exactamente su sector de defensa. Como es natural, no podíamos decirles a todas que pensábamos retirarnos. Esto podría bajar la moral entre los guerrilleros. En la orden decíamos: “Defended el campamento hasta el último cartucho, hasta la última gota de sangre”.

Y, a propósito de cartuchos y municiones en general, debo decir que en los últimos combates hablamos capturado una gran cantidad de armas enemigas, pero teníamos muy pocas minas y cartuchos rusos. Hacía un mes, aproximadamente, que no venía ningún avión. Y hete aquí esta feliz coincidencia: los aviones tenían que llegar justamente aquella noche.

A Moscú comunicábamos continuamente que esperábamos más armas y municiones. Aunque era una mala pasada para nuestros estómagos, ¡qué le íbamos a hacer! había que aguantarse, informamos a Moscú que de la comida no había quejas. Sólo pedíamos sal, que no era mucho peso.

Sobre esta cuestión había completa unanimidad. Tanto los combatientes como los jefes, al recibir el cargamento de la Tierra Grande, se alegraban mucho más por el armamento que por las conservas, el azúcar y la harina. Posiblemente sólo la “majorka” provocaba no menor entusiasmo que las cintas de ametralladora.

En la noche del 22 de marzo ninguno de nosotros consiguió dormir un instante. El combate comenzó, en realidad, el mismo día

22. A las tres de la tarde, un grupo compuesto de unos cincuenta policías se aproximé al campamento, por la parte de la aldea de Elino. Enviamos a su encuentro la compañía de Bessarab. Este, valiéndose de una hábil maniobra, atacó a los policías por la retaguardia; los pescó desprevenidos y segó a casi todos con fuego de ametralladora. Trece policías se rindieron. En el interrogatorio confirmaron que no más tarde de la mañana siguiente los alemanes comenzarían su ofensiva. Al anochecer, el enemigo ocupó Elino.

Una gran excitación se habla apoderado de todos. La gente estaba nerviosa. Hubo un necio que empezó a despedirse en vida de los compañeros. Pero debo decir, para honor de sus compañeros, que el vapuleo que le dieron a ese derrotista fue tal, que se pasó toda la noche en un grito. Quizás un par de guerrilleros o tres estuvieran contaminados de ese estado de fatalismo, pero callaban. Hasta Bessarab, también propenso al pánico, después de su éxito diurno, se había entusiasmado tanto, que propuso no esperar a que los alemanes atacasen, sino atacar nosotros mismos.

Los hombres estaban nerviosos, sobre todo porque tenían que esperar con paciencia, cosa indispensable para darle al enemigo la impresión de que no sabíamos nada. Al amanecer, en el aeródromo flamearon las hogueras. Las encendimos unas dos horas antes del momento convenido para la llegada de nuestros aviones. En el mismo aeródromo los combatientes degollaron a tres caballos, cocieron grandes trozos de carne en cubos y, en vísperas del combate, se dieron un atracón. Bien es verdad que no teníamos con qué aderezar la sopa y ni siquiera sal suficiente. A pesar de todo, la gente comió bien. Solamente habla un muchacho que no soportaba la carne de caballo de ninguna de las maneras. El

pobre había comenzado a hincharse de hambre. Menos mal que encontramos un poco de pan en los macutos de los policías capturados.

Sobre las hogueras aparecieron aviones alemanes. Lanzaron varias bombas. Afortunadamente, no hubo víctimas. Aquella noche, los pilotos alemanes nos considerarían seguramente tontos de remate, nosotros mismos encendimos hogueras. Pero no podíamos apagarlas. La vez pasada las habíamos encendido en el momento preciso, al oír el ruido de nuestros aviones. Pero aquella noche, los aparatos enemigos evolucionaban continuamente sobre nosotros. El ruido de sus motores no se acallaba ni un instante. Temíamos no apercibirnos de cuando se acercasen los nuestros.

Claro, estábamos preocupados. ¿Cuándo llegarían por fin los nuestros? ¿Y si los alemanes los ametrallan? No basta con que luchemos en tierra, para que todavía se empiece a combatir en el aire. El tiempo pasaba, se acercaba el amanecer. La tensión era cada vez mayor, y nuestros aviones no llegaban. Aunque nos hacíamos los fuertes, comprendíamos perfectamente que, si no venían los aviones para traernos municiones, nuestra situación sería desesperada.

En aquel entonces no nos lo confesábamos unos a otros, Incluso en la reunión de jefes y entre los miembros del Comité Regional, a nadie se le escapé decir que sólo la ayuda de Moscú podía salvarnos. Nuestra comunicación aérea con Moscú no era todavía regular. No teníamos derecho a confiar firmemente en ella. Sin embargo, confiábamos. Todos mirábamos al cielo negro y estrellado, escuchando con gran atención. Por todas partes oíanse conversaciones:

— Los nuestros no hacen así, los nuestros zumban tranquilamente, sin gemidos.

— El fritz hace uh, uh, uh... Mientras que los nuestros zumban alegremente, de un modo simpático.

El cielo comenzaba a clarear. Todos comprendían ya que no habría ayuda ninguna y que era preciso resistir con las fuerzas propias. Me sorprendí pensando que tal vez habíamos hecho mal en no retirarnos oportunamente. Si por la noche el destacamento hubiese reunido todas sus fuerzas y golpeado en una dirección, habríamos conseguido romper el cerco y ahora estaríamos lejos y relativamente seguros.

Pero nada dije a los compañeros, ni tampoco ellos me dijeron nada. Solamente días después me confesaron que en aquellos instantes pensaban lo mismo.

A las seis y pico de la mañana, por la parte de Guta Studenétskaia se oyeron unas explosiones. Eran los alemanes que habían entrado en un campo minado. Nikolái Nikítich montó inmediatamente a caballo y se precipitó en aquella dirección. Comenzó el fragor del combate. Por todas partes se oían disparos sueltos de fusil. Retumbó un cañonazo. El primer proyectil voló por encima de nuestras cabezas. Tableteó una ametralladora. Por el sonido reconocimos que era nuestra: una “Maxim”. Y de pronto, desde mi puesto de mando, vi un paracaídas que descendía pausadamente.

Nadie me había informado aún de la llegada de los aviones. ¿Cómo no los habría visto? Por lo demás, Rvánov, Balitski y Iariómenko, que estaban conmigo en el puesto de mando, tampoco observaron nada. Alguien llegó a gritar:

— ¿No será un desembarco alemán?

Los paracaídas bajaban todos juntos. Eso significaba que la carga había sido lanzada desde poca altura. Dos enlaces se nos acercaron corriendo al mismo tiempo. Uno de ellos comunicó que, tan pronto como aparecieron nuestros aviones, los aviones exploradores alemanes se habían ocultado inmediatamente. Otro enlace, enviado desde la primera compañía, informó que los alemanes marchaban —vociferantes y erguidos por la vereda; en seguida se veía que estaban bo-

rrachos. Los guerrilleros habían tumbado ya a unos cincuenta, como mínimo.

Otro enlace, enviado por Balabái desde la primera línea de defensa, dijo que los muchachos se mantenían bien y juraba que nuestros aviones habían arrojado varias bombas contra una concentración del enemigo.

— Y uno pasó en vuelo rasante tocando casi a tierra, disparando una ráfaga de ametralladora de grueso calibre. ¡Y cómo les zumbé con trazadoras a los alemanes! ¡Qué formidable!

Los combatientes recogieron la nueva y la propalaron inmediatamente por todas nuestras unidades. A juzgar por mí mismo, me daba cuenta de cómo la noticia había levantado la moral. La cosa no era para menos: ¡aviones venidos desde la Tierra Grande entraban en combate juntamente con nosotros!

Las cajas y los sacos que caían del cielo se abrían y vaciaban con la celeridad del rayo. Las ametralladoras y los morteros se montaban en el acto, allí mismo, y se llevaban en un santiamén a la línea de fuego.

Las armas estaban profusamente embadurnadas de grasa. Antes de montarlas había que secar bien, con un trapo, cada pieza. Pero con las prisas y en medio de la excitación general, nadie buscaba trapos. Los combatientes se quitaban las chaquetas guateadas o los gorros, limpiaban rápidamente las armas, volvían a ponerse la ropa manchada y partían de nuevo hacia el combate.

Los portadores de municiones sacaban las minas y los cartuchos de los cajones caídos del cielo. Una ametralladora metida en un tupido saco de lona se había enganchado en la copa de un árbol. Fueron a buscarla tres combatientes al mismo tiempo.

¡Qué bien lucharon aquel día nuestros muchachos! Cada árbol, cada barranco se convirtió en un fortín. No teníamos “snipers”, en el verdadero sentido de esta palabra; pero buenos tiradores, nos sobraban. Como ardillas, trepaban a los árboles y, desde ellos, batían a los soldados y oficiales alemanes.

Los alemanes nos atacaban por los cuatro costados. Dos horas más tarde, nos habían obligado a abandonar la primera línea de defensa. Por lo demás, eso obligó al enemigo a cesar el fuego de artillería. Los alemanes tenían ya unos doscientos muertos. También caían muchos de los nuestros. Habían perecido Arsenti Kovtún, Mazepa, jefe de escuadra. Una de nuestras mejores enfermeras, Klava Márkova, después de haber recogido a nueve heridos graves, fue segada por una bala al marchar por el décimo.

Sin reparar en las bajas, los alemanes seguían avanzando obstinadamente. Obligaban a los policías y a los magiares a marchar delante y ellos avanzaban a continuación, parapetándose tras los cadáveres de aquellos. El combate proseguía ininterrumpidamente. No teníamos ninguna posibilidad de preparar comida. Todos, guerrilleros y jefes, peleaban con el estómago vacío. Los paquetes con víveres tirados desde los aviones nadie había abierto. A Kapránov le costó trabajo encontrar gente para reunirlos y cargarlos en los trineos. Los que más padecían eran, naturalmente, los heridos. Ni siquiera había tiempo para vendarlos como era debido.

A eso de las dos de la tarde, conseguimos encontrar una brecha en la cadena del cerco y sacar el convoy. Sacamos del bosque unos cincuenta trineos y los enviamos a Gúlino, lugar donde primeramente estuviera acampado el destacamento regional. Pudimos hacerlo porque, al mismo tiempo, otros veinte trineos avanzaron en dirección contraria, hacia los bosques de Briansk. La atención de los alemanes se dispersé.

En aquellos veinte trineos no iban más que sesenta combatientes, mandados por Najaba, delegado político de la segunda compañía. Cada trineo estaba tirado por un par de caballos, de los mejores que teníamos, y éstos los llevaron con gran velocidad. El grupo tenía una misión especial. De cómo la cumpliese, dependerían muchas cosas. Los exploradores nos comunicaron que el grupo había conseguido separarse de los alemanes que lo perseguían. Por el momento, todo se desarrollaba como lo habíamos pensado.

Los alemanes continuaban los ataques. A las tres, consiguieron romper nuestra segunda línea de defensa. Sin embargo, no se decidieron a peinar el bosque. Es que "peinar" significa recorrer todo el bosque como agujas de un peine por los cabellos, sin dejar ni un espacio. Pero, en cuanto una unidad se interna en la espesura, cada soldado queda separado del otro por los árboles. Cada hombre se queda solo. Y esto da mucho miedo: tras cada árbol puede esconderse un guerrillero.

Las ofensivas por lo general se hacen con carreras cortas. Pero ¿cómo correr en un bosque? La nieve es profunda, hay árboles caídos, montones de hojarasca, y quién sabe si no minas. Por esto los alemanes avanzaban por los cortafuegos, iban ocupando cuadrados de bosque. Después seguían en columna por los senderos y disparaban a derecha e izquierda. Tan sólo divisaban un claro, se apresuraban a reunirse en él, se alegraban de verse el uno al otro, podían defenderse en círculo.

Pasadas las cuatro, cuando comenzaba ya a oscurecer, el ímpetu ofensivo de los alemanes se debilité. En las diez horas que duraba el combate no habían conseguido acercarse a nuestro campamento. La afición a los calveros y a los cortafuegos, había traído como consecuencia que ni el propio mando alemán supiese ya dónde tenía el frente y dónde la

retaguardia; máxime cuando nuestros combatientes se infiltraban en los sectores ya peinados.

Fue entonces cuando comenzó a realizarse la parte final de nuestro plan.

Los alemanes comenzaron a retirar apresuradamente algunas compañías, concentrándolas en la dirección Nordeste. Ello significaba que el grupo del delegado político Najaba había cumplido su misión.

Se le había dado la orden de pasar a galope tendido por seis o siete aldeas situadas en la dirección de los bosques de Bríansk, sembrar el pánico y hacer correr el rumor de que las fuerzas de Fiódorov estaban destrozadas y que éste, en compañía de Popudrenko, había salido aquella mañana en avión para Moscú, mientras los restos de los guerrilleros derrotados huían a la desbandada hacia los bosques de Zlinka.

Los alemanes picaron el anzuelo y enviaron a varias compañías motorizadas para interceptar el paso a los "fugitivos".

Ahora ya podíamos iniciar la retirada. Di la orden de abandonar el combate, por secciones, y tan pronto como anocheciese dirigirse a Gúlino siguiendo las huellas del convoy.

Como habíamos minado todas las salidas del bosque y era imposible buscar las minas en la oscuridad, cada grupo guerrillero llevaba por delante un caballo tirando de un trineo. Las pobres bestias volaban destrozadas, abriendo así paso a los hombres.

A unos veinticinco kilómetros del bosque de Elino, en un barranco profundo y cubierto por zarzales, nos detuvimos para agrupar todas nuestras unidades. Desconocíamos aún nuestras bajas. Los combatientes estaban cansados a más no poder. Kapránov ordené a los muchachos de su sección de intendencia que abriesen los cajones de víveres. Aquella vez, él mismo distribuyó entre los guerrilleros el tabaco, las con-

servas y el salchichón. Pero lo que más ansiaban los guerrilleros era dormir. Se tumbaban en la nieve y se quedaban dormidos al instante.

Tuvimos que destinar una guardia especial para que despertase a los dormidos. Hacía un frío de más de quince grados bajo cero. Muchos compañeros, en el ardor del combate, se habían despojado de sus chaquetas guateadas, dejándolas en el bosque. Corrían el riesgo de helarse. No podíamos prender hogueras. Hasta para encender un cigarrillo, los hombres se tapaban con sus zamarras, porque los aviones alemanes seguían revoloteando por el cielo oscuro.

Dos horas más tarde, habíanse reunido todas nuestras Compañías. Teníamos que continuar el camino sin perder un minuto. Pero la gente estaba agotada. Hasta los más resistentes suplicaban descanso por un par de horas.

Mas, de pronto, ocurrió un milagro.

Los hombres que yacían como fardos en la nieve, sin fuerzas, extenuados por el cansancio, se levantaron; los heridos dejaron de gemir, y algunos de ellos, sobreponiéndose al dolor, bajaron de los trineos... También yo, que al parecer estaba tan cansado, que no podría levantar un brazo o volver la cabeza, minutos después me lanzaba a bailar a la par de los jóvenes.

Había ocurrido lo siguiente. Nuestros radistas, rebuscando en el éter con el fin de captar las últimas noticias, toparon de pronto con un concierto a petición de los guerrilleros. Era la primera vez que cogíamos un concierto semejante. Como es natural, el altavoz fue inmediatamente atado al árbol próximo y a su alrededor se congregó en el acto muchísima gente.

Hacía ya tiempo que hablamos transmitido por radio nuestras peticiones, y, con la impaciencia que es de suponer, esperábamos ahora la respuesta.

El locutor anunció: “A petición del guerrillero Semenisti, del destacamento al mando del camarada Kovpak, transmitimos “La Canción de la Patria”, de Dunaievski”.

Después:

“A ruego de Piotr Glúshik, guerrillero ametrallador del destacamento de Batia, transmitimos “Kajovka”.

Los sones del piano volaban hacia nosotros desde Moscú, a través del éter. Para los guerrilleros cantaba el coro de Piátniski, sonaban los armoniosos trinos de Valeria Bársova, declamaba versos Konstanín Símonov. “A petición de los guerrilleros del destacamento de Sabúrov; del destacamento de Málikov; del destacamento Schors, al mando del camarada Márkov; del destacamento Jruschov, al mando del camarada Sychov...”

El concierto se prolongó mucho tiempo. Cada número era seguido por el nombre de un nuevo destacamento. Solamente al final, el locutor anunció:

“A ruego de Karpusha, jefe de una sección del destacamento Stalin, al mando del camarada Fiódorov, transmitimos un “gopak” ucraniano”.

¡La que se armó!

Los muchachos empezaron a dar “hurras”, limpiaron inmediatamente de nieve una plazoleta y al primero que sacaron a ella fue a Karpusha. Minutos después casi todo el destacamento estaba bailando. Menos mal que el “gopak” terminó pronto, sino nuestros muchachos habrían bailado hasta el amanecer. Confieso que también yo desentumecí las piernas, golpeando varias veces con mis talones la tierra helada, ¡De dónde sacaríamos las fuerzas!

¡Oh, si los alemanes hubieran podido ver cómo danzaban a la luz de la luna aquellos mismos guerrilleros que ellos perseguían en dirección completamente opuesta! Los aviones

de exploración rugían repugnantemente sobre nuestras cabezas, como si quisieran romper el ritmo del baile. Pero no consiguieron nada. Los muchachos bailaban como una peonza.

Terminado el concierto, montamos —alegres y excitados— en los trineos y emprendimos rápidamente el viaje en dirección a nuestro nuevo campamento. Al amanecer estábamos ya en el bosque de Gúlino, donde captamos por radio un comunicado de Berlín:

“En el sector del frente central ha sido cercada y liquidada una potente agrupación de bandidos del bosque, compuesta de tres mil doscientos hombres. Doce comisarios han sido hechos prisioneros. Los jefes consiguieron huir en aviones...

Como es natural, se trataba de nosotros. Las autoridades de ocupación habían transmitido a Berlín una mentira notoria. No habían cogido prisionero a nadie. Tampoco habían logrado su objetivo: no consiguieron cercar ni peinar el bosque. Como resultado de casi un día entero de combate y después de haber tenido unos quinientos muertos, habían logrado únicamente que cambiásemos de bosque.

Pero eso no trataban de conseguirlo ellos, sino nosotros.

Nuestro plan se había cumplido por completo.

En la revista se puso de manifiesto que nuestras bajas eran de veintidós muertos y cincuenta y tres heridos.

Nos alejamos del enemigo y ocultamos nuestras huellas. Ahora podíamos encender hogueras, descansar, reponemos y emprender el cumplimiento de las tareas inmediatas.

* * *

Así se creó un gran destacamento.

El combate de marzo fue una’ prueba decisiva para nuestro destacamento grande. Fue una batalla muy dura. Pero ahora todos sabíamos firmemente que los invasores no podrían acabar con nosotros. Pasó ya el período en que los nazis se imaginaban a los guerrilleros como los restos en desbandada del ejército, como un grupo de comunistas y hombres soviéticos encubiertos.

Nos hablamos convertido en una fuerte organización militar, que actuaba de acuerdo a un plan, que recibía ayuda del Ejército Rojo y de la retaguardia soviética y se nutría sistemáticamente con las reservas salidas del pueblo.

He citado ya un extracto de las instrucciones del general coronel Sambathei, jefe del Real Estado Mayor Central húngaro.

Ese documento, rigurosamente secreto, lo interceptamos a principios de abril, cuando volamos un coche del Estado Mayor húngaro en la carretera de Gómel — Chernígov. Después de leerlo, nuestro propio respeto por los guerrilleros aumentó considerablemente. Las instrucciones de Sambathei fueron discutidas, durante las clases políticas, en todas las unidades de nuestro destacamento.

He aquí algo resumidas esas instrucciones:

“JEFE DEL REAL ESTADO MAYOR CENTRAL HUNGARO”
Sección LV Nº 10
LUCHA GUERRILLERA

Capítulo 1

NOCIONES GENERALES DEL MOVIMIENTO GUERRILLERO

“La guerra contra los Soviets nos ha hecho conocer de cerca un medio de lucha peculiar e implacable: el movimiento “guerrillero”. En esta forma de lucha sorprende el fanatismo, el desprecio a la muerte y la resistencia manifestados por el pueblo ruso, que emplea esta forma de lucha en proporciones realmente imponentes.

El movimiento guerrillero, que se desarrolla en un territorio cada vez mayor, toma ya caracteres de movimiento popular.

El movimiento guerrillero se manifiesta como un movimiento popular detrás de nuestra línea del frente, y no sólo inmediatamente detrás, sino a varios centenares de kilómetros de esta línea, en la retaguardia... La lucha guerrillera se desencadenó con particular fuerza, cuando el ejército ruso inició su ofensiva a principios de invierno. Para nosotros, la defensa contra la actividad de los guerrilleros supone días, semanas e incluso meses muy duros”.

La confesión de que los invasores tenían que defenderse de los guerrilleros nos causó especial placer. Y, como cayendo en la cuenta, Sambathei escribía:

“¡No vamos a exagerar, pero no puede infravalorarse con frivolidad la importancia del movimiento guerrillero! Conozcámoslo como es debido, para enfrentarnos a él allí donde levante cabeza. ¡Entonces este movimiento no logrará éxitos decisivos!

En el segundo capítulo, titulado “Defensa contra el movimiento guerrillero”, Sambathei escribía:

“Durante el dominio rojo la población estaba acostumbrada a la constante propaganda y que se le informara de los acontecimientos cotidianos. Como ahora esto no se da, el pueblo cree con facilidad en los rumores difundidos por los guerrilleros y sus colaboradores. Serían medidas de contrapropa-

ganda: radio, anuncios, periódicos ucranianos, informes instructivos y películas de cine. Para esta labor sería conveniente elaborar materiales sobre las tesis siguientes que podrían... atraerlos a nuestras ideas...”

Y sigue un cínico programa, cuyo sentido se reducía al principio “divide y vencerás”.

A continuación, en el apartado “Cómo luchar contra los guerrilleros”, se decía:

“... Los informes sobre los guerrilleros, por norma general, llegan hasta las autoridades y el mando en forma muy exagerada y deformada. Es habitual el hecho de que la población siempre sepa de tal o cual acción de los guerrilleros en las localidades vecinas o alejadas y nunca quiera ni se atreva a saber sobre los acontecimientos acaecidos en su aldea.

En el campo de la obtención de datos, nuestra actitud hacia todos debe ser de desconfianza. ¡Debemos recordar siempre que no hay un ruso seguro! El ruso no es charlatán por naturaleza. El que hable mucho y con facilidad es sospechoso. Una mujer joven siempre es sospechosa; si no es del lugar, lo más seguro es que sea agente de los guerrilleros. Entre los stárostas aparecen un número considerable de personas partidarias de los guerrilleros. Pero también entre la policía auxiliar ucraniana hay amigos de los guerrilleros. Por ello el aniquilamiento de éstos conviene por completo a nuestros intereses.

Para nosotros debe estar claro que las capas patrióticas de la población ucraniana no sienten en absoluto la comunidad de destinos con las autoridades de las potencias centrales. Nuestras autoridades y tropas significan para ellas, en fin de cuentas, la invasión enemiga y los amos extranjeros...

La lucha contra los guerrilleros, no sólo significa el aniquilamiento de los distintos destacamentos guerrilleros. Hay que privarles de la posibilidad de seguir organizando, abastecien-

do y completando sus recursos materiales y humanos. En caso contrario, a pesar de todos los esfuerzos de las autoridades administrativas, el traslado de las unidades de ocupación —relacionado éste con constantes pérdidas— permitirá el renacimiento del movimiento y éste de nuevo levantará cabeza. En vista de eso, no debe haber piedad para nadie, sea quien sea. Solamente una liquidación implacable y radical de la población puede llevarnos a la consecución de nuestro objetivo...”

Con frecuencia, se suele preguntar: ¿Cómo pudo ocurrir que un ejército que había sometido a tantos Estados, pertrechado de un material bélico de primera calidad y con una considerable experiencia de ocupación de otros países, no consiguiera aplastar el movimiento guerrillero cuando éste estaba en embrión? ¿Por qué los invasores permitieron que el movimiento guerrillero se desarrollase hasta convertirse en una fuerza amenazadora?

En la actualidad es más fácil responder a esta pregunta que en 1942. Intentan responder a ella muchos jefes guerrilleros que publican en la prensa sus recuerdos. Yo probaré igualmente a hacerlo en mi libro. Pero también en el período a que me refiero en estas páginas pensábamos, como es natural, en esa cuestión.

Corno es evidente, pensábamos no como historiadores. No buscábamos formulaciones exactas. Necesitábamos el convencimiento del carácter invencible de nuestra causa. Esta convicción crecía cada mes, cada día. Crecía porque ninguna crueldad, ningún castigo, ninguna promesa ni “reforma” de los invasores debilitaban la afluencia de nuevos hombres a nuestras filas, sino al contrario, la fortalecían.

En una pequeña pieza teatral, obra de un desconocido autor guerrillero y puesta en escena por nuestro cuadro artístico,

se representaba la entrevista y la pieza era bastante desmañada, los guerrilleros la veían con gusto. La idea de la pieza era muy acertada.

El primer comandante era partidario de toda suerte de promesas, persuasiones y “reformas”; el segundo no conocía más que una palabra: “fusilar”. Discutían el uno con el otro sobre qué método de lucha era el más eficaz y quién de los dos acabaría antes con los guerrilleros.

Al final se ponía de manifiesto que los dos métodos eran a cual peor. En los distritos regidos por ambos comandantes, el número de guerrilleros era cada vez mayor. Los guerrilleros atacaban los poblados en los que los comandantes continuaban discutiendo. Ambos se llevaban las manos a la cabeza y, gritando” *Mein Gotts!”* salían corriendo.

El movimiento guerrillero surgió y se desarrolló, no porque los invasores le hubieran permitido surgir y desarrollarse; nada de eso. Como es natural, no nos daban ninguna posibilidad para ello. Sencillamente el pueblo no quería soportar la esclavitud fascista. Ninguna clase de privaciones y dificultades detenía a los hombres soviéticos. El número de los destacamentos y sus efectivos aumentaban de día en día.

Después del combate de marzo, el destacamento regional entró en un nuevo período de dificultades. El enemigo nos descubrió pronto y comenzó a perseguirnos de nuevo. Decidimos no quedarnos en los bosques de Gúlino y, por lo tanto, no construir allí refugios. Días más tarde, pasábamos a los bosques de Reimentárovka y, desde allí, otra vez a los de Elino. Habíamos elegido la táctica del movimiento casi continuo y en ningún lugar permanecíamos más de cinco o seis días.

Había comenzado la primavera, se desbordaban los ríos. Tuvimos que preparar apresuradamente carros, carretas y carretones; invertimos en ello bastante tiempo y fuerzas. So-

lamente a fines de mayo habíamos conseguido preparar una cantidad suficiente de vehículos. Todas las marchas las hacíamos a pie.

En primavera, la alimentación de los guerrilleros empeoró considerablemente. Los campesinos apenas si podían ayudarnos. También a ellos se les habían acabado las reservas. Los aviones venían ahora muy de tarde en tarde, a causa del mal estado del suelo y de las casi continuas lluvias.

Mas, a pesar de todo, el destacamento seguía aumentando. Incluso tuvimos que limitar temporalmente la admisión. Nos faltaban municiones, y, como siempre, sobre todo para las armas de fabricación nacional. Casi todos los días teníamos encuentros con el enemigo.

La táctica del traslado frecuente desorientaba a los alemanes. Los fascistas suponían que en todos los bosques de Chernígov habían aparecido guerrilleros. Pero, en realidad, era nuestro destacamento regional que hacía vida de nómada. Después de que hubo desaparecido la nieve, era mucho más difícil descubrir nuestras huellas. A mediados de mayo, los árboles se cubrieron de hojas y nos fue mucho más fácil camuflamos.

Después del combate de marzo, al oír el concierto a petición de los guerrilleros, nos enteramos con exactitud, por vez primera, de que el número de destacamentos guerrilleros era muy grande. Como es natural, suponíamos que existían, que no era posible que no existiesen. Pero ahora ya sabíamos con seguridad que los guerrilleros actuaban en los bosques de Oriol, Kíev, Bielorrusia, en una palabra, en todas partes donde un grupo de hombres armados tenía alguna posibilidad de ocultarse de los ojos del enemigo.Después del combate de marzo, los invasores comprendieron que rodear y peinar el bosque era superior a sus fuerzas. Lo único que podían hacer era bloquear los lugares de concentración de

los guerrilleros. A partir del verano de 1942, los invasores expertos, los cuadros, por decirlo así, que llevaban ya tiempo desempeñando diversos cargos en los distritos soviéticos ocupados, comprendieron que no conseguirían liquidar el movimiento guerrillero, como lo exigía Hitler.

De vez en cuando, al recibir las órdenes correspondientes, los invasores trataban de atacarnos. Pero se esforzaban fundamentalmente por ser, al menos, dueños de las ciudades, aldeas y caminos. Habían elaborado un complicado sistema de defensa de las vías férreas y carreteras más importantes. En los poblados, sobre todo en aquellos en que se habían instalado las tropas de ocupación, talaban los árboles y los arbustos, rompían las vallas y las sustituían por alambradas de espino.

Los alemanes se veían obligados entonces a mantener fuerzas muy considerables en la retaguardia y en los caminos que conducían al frente. Cada puesto estaba defendido por una sección de soldados, cuando menos. En los nudos ferroviarios, incluso en los de segundo orden, como, por ejemplo, Priluki, había un regimiento entero.

Al principio de la guerra, los soldados alemanes consideraban una gran suerte el ser destinados a las unidades de retaguardia. Pero la situación había cambiado radicalmente. Los destacamentos punitivos y de vigilancia se convirtieron en lugares adonde eran enviados los incursos en alguna falta. Los soldados alemanes iban sobre todo de muy mala gana a las localidades rurales y los pequeños pueblos de los distritos que eran frecuentemente atacados por los guerrilleros.

Los destacamentos guerrilleros constituían ya una fuerza amenazadora. A principios de 1942, en Moscú se organizó el Estado Mayor Central del movimiento guerrillero. Todos los destacamentos algo considerables de Ucrania, Bielorrusia,

de las regiones de Oriol, Kursk, y, más tarde, los de los distritos meridionales del país, establecieron sistemática comunicación por radio con Moscú, con el Mando Supremo del Ejército Rojo, recibiendo desde allí instrucciones y la ayuda necesaria.

No me he planteado como tarea el escribir la historia de nuestro destacamento. En este libro se trata sólo de cómo los comunistas de Chernígov que quedaron en la clandestinidad superaron todas las dificultades, organizaron y dirigieron la resistencia popular frente a los invasores y cómo el Comité Regional del Partido se creó el gran destacamento.

A fines de marzo, se nos unió el destacamento de los guerrilleros de Oriol, al mando de Márkov. Mejor dicho, no fue Márkov el que vino a nosotros, sino nosotros los que fuimos a donde él estaba, a los bosques de Zlinka. Allí tropezamos con otro grupo de guerrilleros, también bastante numeroso, al mando de Lévchenko. Dicho grupo comenzó igualmente a actuar de acuerdo con nosotros. Por primera vez se creó una guarnición guerrillera.

Aceptamos este nombre para que los destacamentos que acababan de unirse a nosotros conservaran su autonomía administrativa. Los dos destacamentos mencionados habían comenzado su actividad mucho antes de fusionarse con nosotros. Tenían sus tradiciones. Además, ellos eran de Oriol, y nosotros de Chernígov. No acabábamos de decidirnos a fusionar destacamentos de diversas regiones, aunque esto no tenía gran importancia desde el punto de vista de los principios. Yo, como jefe del destacamento más importante, fui nombrado jefe de la guarnición, y Márkov, Yariómenko y Lévchenko, suplentes míos.

En una reunión conjunta de todos los jefes con el Comité Regional del Partido de Chernígov, se decidió que la tarea

fundamental del momento era organizar ataques a los caminos por donde se abastecía a los frentes.

Alexéi Sadilenko, el hombre más alto de nuestra unidad, fue nombrado jefe de la sección de minadores. Era de los salidos del cerco, y en el ejército también se había dedicado a esos trabajos. Su sección dependía directamente del Estado Mayor. El núcleo de su sección estaba constituido por voluntarios, hombres de un valor sin límites. Los primeros que manifestaron su deseo de ser minadores fueron: Serguéi Kóshel, un zapador de veintidós años y miembro del Komsomol; Misha Kovaliov, también zapador; Vasia Kuznetsov, un siberiano de diecinueve años, buscador de oro.

Su historia es interesante. Llegó a nuestro destacamento no hacía mucho, después del combate en Stáraia Guta. Allí se casó con Marina, una muchacha koljosiana. Vivía a escondidas, al parecer, esperaba permanecer allí hasta que llegara el Ejército Rojo. Pero su joven mujer, Marina, era de otra opinión. Un día le dijo que recogiera sus cosas y lo llevó al bosque. En pocas palabras, obligó a luchar a su joven marido. También ella se convirtió en una buena guerrillera y exploradora.

— Me daba pena de ella —nos explicaba más tarde Vasia—. Pensaba que se ofendería si se me ocurría decir una sola palabra sobre la guerrilla. Mientras que Marina pensaba para sus adentros que yo era un cobarde. En fin, que no nos entendimos.

Y, en efecto, Vasia Kuznetsov pronto nos demostró que no era un cobarde. Desde los primeros días entró en el grupo de los saboteadores. Primero colocó minas en las carreteras, y después se dedicó a la "vía", es decir que salía con un grupo a las vías de ferrocarril.

A continuación, se apuntaron: Tsimbalist, ex director de una escuela media; Nikolái Denísov, paracaidista; Vsiévolod

Klókov, teniente de ingenieros; nuestro viejo conocido Petia Románov, Volodia Pávlov, estudiante del Instituto del Transporte, de Moscú.

La actividad combativa de la sección de minadores se organizaba habitualmente de un modo muy sencillo. En cada operación participaban dos o tres, todo lo más cinco, especialistas minadores; su obligación consistía en colocar las minas. Como tenían que alejarse del campamento a grandes distancias, a veces a cien kilómetros y pico, era demasiado arriesgado enviarlos a una expedición semejante sin grupo de apoyo. Además, los convoyes alemanes, como norma, iban acompañados de escolta: treinta o cuarenta soldados con automáticos y dos o tres ametralladoras. Casi todas nuestras operaciones en las vías férreas transcurrían con combate. Por ello, a los minadores les acompañaba un grupo de apoyo constituido por veinte o veinticinco hombres. Al frente poníamos a alguno de nuestros jefes.

Hombre de excepcional valor personal, Grigori Vasílievich Balitski, se había convertido en el alma de las expediciones de minadores. A veces, marchaba con su grupo por dos o tres semanas. Y en una ocasión tardó en volver más de un mes.

En mayo y junio de 1942, nuestros minadores hicieron descarrilar veintiséis trenes militares. De ellos, once le correspondieron al grupo de Balitski.

Ahora, para nosotros está claro que en 1942, las operaciones realizadas por nuestros minadores no eran más que débiles ensayos de escolares. Obrábamos sin sistema. Otra cosa fueron en 1943 y 1944. En esos años actuábamos ya siguiendo un gráfico, y hacíamos descarrilar en un día hasta diez trenes. En el verano de 1942, no podíamos ni soñar con operaciones de esa magnitud.

Sin embargo, ya por aquel entonces nuestros minadores no hicieron poco. En marzo, cuando todo estaba aún cubierto de nieve, se alejaban a decenas de kilómetros del campamento, salían a las vías férreas y, soportando los rigores del invierno, esperaban días enteros la llegada del tren. El tráfico estaba casi interrumpido a causa de las tormentas de nieve. Los minadores tenían que realizar un trabajo que no les gustaba y que calificaban de “trabajo de peones”: volar puentes, vías férreas y cañerías de desagüe.

Naturalmente, también esto causaba bastante daño a los invasores. En marzo y a principios de abril, nuestros muchachos volaron cinco puentes y estropearon más de cuatrocientos metros de vía térrea en lugares distintos, claro.

En mayo, cuando acampamos en los bosques de Zlinka y Novo Zíbkov, cerca de las vías férreas, pudimos hacer mucho más. Ya no había nieve y los trenes circulaban normalmente. Por la línea de Gómel-Briansk pasaban todos los días hacia el frente unos sesenta trenes. La actividad combativa de nuestros grupos de minadores obligó a los alemanes a suspender el tráfico nocturno de trenes, y de día no pasaban ya más que ocho o, como máximo, diez trenes.

Desde que nos empezaron a enviar trilita y amonal por avión, en el destacamento aumentó el gusto por los “trabajos explosivos”. Cuando el destacamento atacaba un poblado de alguna importancia, inutilizaba las empresas industriales, las centrales eléctricas y los depósitos situados en edificios de piedra.

En Gordéievka, cabeza de distrito, durante una operación que no duró más de media hora y mientras las demás compañías y secciones combatían, nuestros minadores volaron la fábrica de alcohol, la de aceite, la central eléctrica, el depósito de víveres, varios tractores y autos.

En Koriukovka, los muchachos de la sección de minadores destrozaron la estación ferroviaria, volaron los raíles en veinticuatro puntos, liquidaron todos los cruces y agujas, los aparatos de transmisiones y señales, volaron e incendiaron una serrería mecánica, un almacén de madera, un depósito de combustible y otro de forraje.

***

En el ataque a Koriukovka, del cual hemos hablado en el capítulo anterior, se distinguió el especialista en minas Filip Yákovlevich Krávchenko. El lector seguramente recordará al ingeniero ferroviario que intenté construir minas de los proyectiles de artillería Yo entonces le prohibí aquellos peligrosos experimentos, y Krávchenko se marchó de exploración a la importantísima carretera Gómel — Bajmach — Járkov.

Volvió al campamento... al cabo de cinco meses. Volvió cuando ya no estábamos en los bosques de Reimentárovka. En este tiempo los alemanes quemaron su aldea natal de Samotugui, fusilaron a su madre y a su padre. Durante este tiempo, como el lector sabe, ya habíamos creado algunos grupos de sabotaje que hacían incursiones en el ferrocarril de Gómel-Bajmach y habían logrado hacer explotar veintiséis convoyes del enemigo. Muchos hombres alcanzaron la gloria en su actividad de dinamiteros y saboteadores: Balitski, Pávlov, Klékov y otro Krávchenko, Fiódor Iósifovich. Todos ellos más tarde fueron Héroes de la Unión Soviética.

A pesar de no encontrarnos en sus lugares natales, Filip Yákovlevich Krávchenko, por su particular carácter, después de despedirse de los restos de sus padres, abandonó las cenizas de su aldea y se dirigió en nuestra busca. Nos encontró. Nos conté de sus largas andanzas y sufrimientos, de cómo perdió a sus compañeros y continué actuando en solita-

rio... Llegó hasta los alrededores de Járkov, se recorrió —con todas sus dificultades— casi mil kilómetros andando por caminos y bosques con riesgo constante de su vida.

En estos cinco meses logramos contactar con el Estado Mayor del frente Sur-Oeste, venían a nuestro campamento aviones que nos traían material y en primer lugar trilita y detonantes; llegaba también nuevo personal, auténticos especialistas: exploradores, radistas...

Incorporamos a Filip Krávchenko a uno de los grupos de diversión, se convirtió en dinamitero, utilizaba minas de reconocida garantía. Sin embargo, una vez empleó su invento.

Hacía tiempo nuestro ingeniero dijo: “Tarde o temprano lo comprenderán. Aquí en este “polígono” empieza la historia de la gloria guerrillera”. La frase era orgullosa y demasiado solemne. Sin embargo, ahora, muchos años después, yo me adhiero a aquellas palabras.

Es de notar que el propio Filip Krávchenko, después de pasar la penosa escuela de la guerrilla, ganó en sencillez y yo diría que hizo su “rodaje”. Se deshizo de las frases altisonantes y presuntuosas, se acostumbré poco a poco a la autocrítica.

Después de la guerra no pocas veces conté de su vida y labores en nuestra agrupación. También narré la operación de Koriukovka.

DE LOS RELATOS DE LOS GUERRILLEROS EN LA POSGUERRA

Habla F. Ya. Krávchenko

Una vez, durante el invierno, el alto mando y el Comité Regional decidieron realizar una importante operación. En el anterior combate fui herido por la metralla de una granada. El médico me fue extrayendo los trozos de metralla, pero la mano me supuraba y los dedos no me funcionaban bien. Sin embargo, al enterarme de que íbamos a atacar el centro distrital de Koriukovka, donde los alemanes habían logrado hacer que funcionara la fábrica de azúcar y algunas serrerías, de que allí por un ramal ferroviario llegan algunos trenes que se llevan lo robado, me fui corriendo al jefe del Estado Mayor Dmitri lvánovich Rvánov y le dije:

— Me han dicho que usted dirigirá el ataque contra Koriukovka. Allí yo me sé todas las entradas y salidas, permítame participar, y más aún si se prevé alguna operación con explosivos.

Dmitri Ivánovich miró mi mano vendada y preguntó:

— ¿Puede disparar?

— Soy un dinamitero reconocido. Aunque tenga los dedos heridos, todavía se mueven, o sea que puedo ser útil. Y más aún cuando hay que destruir la estación ferroviaria. En esta labor, como ingeniero de transporte, puedo escoger los puntos principales para paralizar por largo tiempo la circulación de los trenes.

Rvánov sonrió. Al parecer se acordé del tiempo en que me entregué de cuerpo y alma para aprovechar los obuses de artillería. Sin embargo, él no podía ignorar que las circuns-

tancias eran otras, había suficiente trilita, ahora yo mismo empleaba para nuestros trabajos los cartuchos de trilita.

— Bueno, actuará en el grupo de Georgui Artozéiev —decidió Rvánov—. Se le encomienda la estación y todo lo que se refiera a la destrucción de automóviles y maquinaria.

Así que nos dirigimos al combate. Yo iba a caballo y llevaba delante de la silla dos sacos con cajas de trilita. Como mi mano derecha no funcionaba del todo y con la izquierda no sabía llevar las riendas y en general era un jinete de pacotilla, mi yegua se iba hacia donde nadie la llamaba. En ese momento empezó el combate. Artozéiev se acercó a mí y dijo:

— Yo me encargo de la estación; usted y Volovik diríjanse a la serrería.

Yo le contesté:

— Rvánov me ha ordenado que como ingeniero ferroviario...

— Buen ingeniero está hecho usted... no sabe arreglárselas con un simple caballo. Está acostumbrado a ir sobre rieles. Le ordeno que se dirija hacia la serrería. Y no discuta, todos conocen su testarudez, camarada ingeniero.

En efecto, ponerse a discutir con el jefe durante el combate era mal asunto.

Llegamos con Volovik hasta la serrería, descargamos los cajones y lo primero que hice fue colocar las minas en las vías de acceso, en todas las agujas y en el círculo de giro. Gastaba la trilita a manos llenas. Además dinamitamos en un garaje doce camiones, una locomóvil y tres bastidores de sierra. Quemamos toda la madera, cerca de mil metros cúbicos, rociándolo todo con gasolina. Acabado este asunto, iluminados por la claridad del incendio, nos dirigimos al encuentro con Artozéiev para comunicarle que habíamos cumplido la misión. Yo esperaba que en la estación habría para mí algún

otro trabajo, era muy posible que Zhora Artozéiev hubiera pasado por alto el selector y la estación telefónica. Miré y vi que se acercaba a nosotros Zhora, le llamé, pero pareció no reconocernos. Cuando nos separamos llevábamos batas blancas de enmascaramiento, pero ahora con el hollín se convirtieron en negras. Zhora se echó a reír.

— Me preguntaba de dónde habrán salido estos monjes.

Volovik le contestó:

— Camarada jefe, no somos monjes, sino negros —y se embadurné la cara con el hollín.

Todos juntos nos dirigimos al molino y empleamos la trilita que nos quedaba en volar las muelas y la transmisión.

— Bueno, amigos, ya hemos acabado. Podemos darnos un descanso.

Nos echamos sobre los sacos de harina, y Volovik al instante empezó a cubrir el hollín con harina para convertirse de nuevo en hombre blanco. Artozéiev era conocido por su barba negra y rizada, pero ahora se convirtió en blanca como la nieve.

En cuanto nos dispusimos a dar un bocado de lo que había traído Zhora, vimos que venía hacia nosotros un mensajero:

— En el centro de la ciudad se está luchando. Los alemanes se han parapetado en un edificio de ladrillo del hospital y desde allí disparan. Se les envía la orden de tomar el banco y abrir las cajas. El viejo cajero dice que hay dinero para parar un tren, pero del susto no puede encontrar las llaves.

Marchamos hacia el centro, encontramos en el puesto de mando a Rvánov que nos dijo:

— Según el cajero, en las cajas fuertes no habrá menos de trescientos mil rublos soviéticos. Hace tiempo que queríamos

enviar algo a Moscú para una columna de tanques. La cantidad es importante, tendrán que ocuparse de eso.

Le informamos que la trilita se había acabado y no había con qué volar las cajas.

— Vaya, hombre —comentó suspirando Rvánov—. ¿Cómo podemos dejar esta suma a los alemanes? —De pronto me miró y sonrió—: No lejos de aquí hemos encontrado un cañón alemán, junto a él hay proyectiles, podríamos darles a las cajas fuertes. Pero la lástima es que los malditos alemanes han tenido tiempo de quitarles los cerrojos a los cañones... Bueno, camarada ingeniero teniente coronel, ¿no podríamos hacer funcionar su viejo invento?

Me pareció que bromeaba y hasta se reía de mí al recordarme el ya viejo fracaso. Qué le vamos a hacer, en realidad era imposible marchar a una vía de tren con un proyectil bajo el brazo; sin embargo, por mi carácter, no podía considerarme derrotado.

Me coloqué delante de Rvánov en posición de firmes, puse mi mano junto a la visera y dije:

— A sus órdenes, camarada jefe, dinamitar con un proyectil la caja fuerte. ¡Se cumplirá la orden!

Pero la cosa no era simple. Cuando me acuerdo el rato que estuvimos para desenroscar la cabeza del proyectil y hacer la hendidura para el detonante, tiemblo sólo de pensarlo. Para ello con Beli gastábamos no menos de una hora.

Con dos personas de ayudantes, desenrosqué la cabeza. Miré en el interior y palidecí de la emoción: en la parte cilíndrica del proyectil alemán no había melinita sino purísima trilita. El hacer un agujero para el detonante fue cosa de un minuto. Así que, con aspecto de alquímico, cogí bajo el brazo el proyectil, me agencié una mecha de la que nos quedaba todo un rollo y después de ordenar a todo el mundo que se

alejara, me metí por la ventana del banco. Coloqué bajo un ángulo de la caja fuerte el proyectil, encendí la mecha y salté al exterior estirándome junto a los cimientos de ladrillos... Pasó un minuto y soné una fuerte explosión. Los guerrilleros quisieron lanzarse al interior, pero les detuve. Me introduje en el local, al principio no vi nada: había una espesa nube del polvo de los ladrillos. Cuando el polvo se sentó, vi que había saltado un trozo de la pared de ladrillo y se abría una salida al jardín. Tosí tanto de la peste y el polvo que salí afuera para respirar. Pero los alemanes, al yerme abrieron fuego sobre mí. Me introduje de nuevo en el agujero y me cubrí tras la gruesa pared de la enorme caja fuerte. Y allí descubrí que de ella se había separado el ángulo de atrás. Había un acceso hasta el dinero. Me puse contento por el resultado, pero lo que más me alegré fue que mi idea era buena. Una vez se me dijo que el proyectil de artillería era un arma con efecto de metralla y que no podía emplearse como una mina. Tenía ganas de salir corriendo para mostrarle a Rvánov que había triunfado y que mis ideas técnicas eran buenas. Pero en ese momento el local se llenó de guerrilleros que empezaron a sacar el dinero. Horrorizado descubrí que todos los paquetes estaban destrozados por la explosión. Algunos manojos gruesos parecían cortados con un cuchillo por la mitad. ¿Qué era lo que íbamos a enviar a Moscú para la construcción de la columna de tanques?

Esta idea nubló todas las demás. Destrozado ante el fracaso me presenté ante el jefe:

— La orden ha sido cumplida, el dinero está destrozado.

— ¿Cómo que destrozado? —me preguntó Rvánov y él mismo penetró en el local del banco...

Muchos guerrilleros se sentían desilusionados por lo sucedido. Pero, cuando ya abandonamos Koriukovka, informamos de todo a Nikolái Popudrenko, éste se echó a reír:

— ¡Pero qué tontos sois! ¿Cuánto dinero había?

— Según el cajero, trescientos veinte mil —dijo Rvánov.

— Pues muy bien —dijo Popudrenko—, los cajeros en estos casos rebajan la cantidad más que aumentarla.

Con estas palabras llamé al jefe de comunicaciones Anatoli Maslakov y le dio orden de enviar a Moscú el siguiente radiograma:

POR LA PRESENTE LE INFORMAMOS: EN EL ATAQUE A KORIUKOVKA LOS GUERRILLEROS CONSIGUIERON ABRIR UNA CAJA FUERTE DE BANCO, SACAR DE ELLA TRESCIENTOS VEINTE MIL RUBLOS SOVIÉTICOS; ROGAMOS LOS INCLUYAN EN EL FONDO PARA LA CONSTRUCCIÓN DE LA COLUMNA DE TANQUES "GUERRILLERO ROJO".

Maslakov protestó diciendo:

— ¿Pero cómo, camarada secretario del Comité Regional? Es falso, no ve que no hay dinero.

— Eso vosotros no entendéis ni papa de economía —contestó riéndose Popudrenko—. Vaya gente con estudios superiores, ingenieros. Pues sabedlo, destruir dinero en papel es lo mismo que regalarlo al Estado. Enviaremos un acta de la destrucción y sobre su base el Banco del Estado emitirá una cantidad igual de dinero nuevo. Y después, de acuerdo con nuestra petición, los destinará según lo convenido.

Pero entonces surgió una nueva pregunta: en la caja también había dinero alemán y no era poco. Resulta que también regalábamos por este sistema a la hacienda alemana.

En eso Popudrenko se quedé pensativo. Sin embargo, se encontró una cabeza lista, la de Semión Mijáilovich Nóvikov:

— Pero eran marcos de la ocupación. Con ellos los alemanes compran productos a la población. Nosotros los hemos retirado de la circulación. Difícilmente el mando local informará a Berlín que han sufrido un percance tan grave. O sea que resulta que hemos matado dos pájaros de un tiro.

Yo no decía nada. No me salía de la cabeza una idea: quería informar solemnemente de que mi viejo invento había funcionado y por consiguiente podía seguir funcionando. De todos modos, lo pensé mejor y conseguí vencer mi obstinación: a lo mejor se les ocurre enviarme marchar al ferrocarril con el proyectil bajo el brazo. También me vino otra idea a la cabeza: ¿vale la pena llevar sobre los caballos de los guerrilleros los pesados proyectiles? Esta vez pensaba no sólo como un ingeniero, sino también como economista.

Por la operación de Koriukovka y la voladura del banco más tarde se me condecoró con la orden de la Guerra Patria de II grado.

* * *

Desde que empezaron a volar nuestros aviones sobre el campamento, el papel se hizo una cosa de gran valor. Por una hoja de papel de escribir, algunos compañeros ofrecían incluso un poco de tabaco, suficiente para un buen cigarrillo. Los compañeros escribían cartas con la esperanza de que algún día se posaría un avión y se las llevaría.

Ahora se escribía a todas las horas libres. Pero los aviones seguían sin aterrizar. Muchos acumulaban fajos de cartas, libros enteros. Tuve ocasión de leer algunas de esas misivas. Una se la quité a Volodia Pávlov, nuestro valiente minador, en la que contaba cómo su grupo hizo volar su primer convoy.

En aquel entonces, Volodia no había cumplido aún los veinte años. Antes de la guerra, Volodia estudiaba el primer curso del Instituto de Ingenieros del Transporte, de Moscú. Como el lector ve, en el destacamento también se dedicaba a las cuestiones del transporte, pero no a la construcción y explotación de las vías férreas, sino a su destrucción.

Después de la guerra, el Héroe de la Unión Soviética Vladímir Pávlov volvió a ser estudiante de aquel mismo instituto.

La carta, cuyos extractos cito a continuación, fue retirada por mí a su debido tiempo. Volodia comunicaba en ella demasiados detalles "técnicos" del trabajo de minadores. En la actualidad, esta carta no encierra, naturalmente, ningún secreto militar.

"14 de junio de 1942.

Mi querida y adorada mamá:

No sé si conseguiré enviarte alguna vez esta carta o si andará rodando, como hasta ahora, por los bolsillos... Recuerdo que siempre has sido muy aficionada a los detalles, y me pedías que te describiera la situación. Te escribo en una tienda de campaña. Pero no se trata de una tienda de campaña corriente, como las que tú habrás visto en los campamentos militares o de pioneros. Nuestra tienda es pequeña y muy baja. En ella no se puede estar de pie; e incluso sentado, la cabeza tropieza con el techo. Vivimos en ella Volodia Klókov y yo. Es muy buen muchacho. Mejor dicho, es ya un ingeniero, y no un muchacho. Me lleva varios años. Pero es alegre, ingenioso, vivo y, sobre todo, valiente. A mí me trata con sencillez y sin condescendencia. Eso es muy agradable. De él se puede aprender.

Fue el primero que me habló de las operaciones de voladura. Le estoy infinitamente agradecido. El trabajo es interesante,

seductor. Los minadores son la gente que goza de mayor aprecio entre los guerrilleros. Y no sólo porque el oficio sea peligroso. No creas, mamita, que es mucho más peligroso que cualquier otro trabajo guerrillero. Nos aprecian porque asestamos a los alemanes golpes muy sensibles.

No te enfades conmigo porque mi carta sea tan deslavazada. Me cuesta trabajo concentrarme. Los muchachos que tengo a mi lado están desplumándose a los naipes. Pero, por favor, no creas que juegan dinero. Eso sería imposible en nuestras condiciones. En general, no tenemos dinero alguno. No nos hace la menor falta.

Comencé a describirte la tienda. Está hecha de la siguiente manera: sobre unos postecillos de madera se extienden unas sedas de paracaídas y encima se coloca corteza de pino albar. La corteza la arrancamos del siguiente modo: uno se encarama sobre los hombros de otro y, con un cuchillo afilado, hace en el árbol un profundo corte longitudinal casi hasta abajo. Arriba y abajo hacemos un corte en redondo. Cortamos todas las ramas, dejando el tronco liso. Después quitamos con precaución la corteza con la piel. Debajo de la corteza, la piel es tan lisa... Nos resulta una especie de contrachapado curvado. En la corteza quedan los agujeros de las ramas, pero los tapamos. Después colocamos esa corteza por encima de la seda. Ningún diluvio puede atravesar semejante tejado. Las tiendas se hacen muy bajas, intencionadamente. Te escribo acostad o...

...Ahora, mamita, quiero contarte cómo fui, por vez primera, a una operación lejana, a la vía férrea. Vosotros, los médicos, llamáis operaciones a las intervenciones con bisturí. También nosotros cortamos las vías férreas, pero no con bisturí, sino con explosivos... Antes, participaba solamente en la voladura de puentes y automóviles alemanes. También me encargaban colocar minas contra el personal alemán, es decir, contra

la infantería. Pero esto es sencillo. Tú misma aprenderías en media hora.

Fui a la primera operación ferroviaria, no en calidad de minador, sino como simple combatiente. Nos acompañó Fiódorov. Al frente del grupo marchaba su jefe Grigori Vasílievich Balitski. Es un hombre muy valiente. De un coraje realmente fantástico. Lo que más teme en el mundo es que alguien pueda suponerle, alguna vez, cobarde. Además, iban en el grupo otros veinte hombres. Muy diversos. Entre ellos, una muchacha y un guía magnífico: Pankov, un koljosiano ya entrado en años. Conoce todos los bosques de por aquí y todos los caminos, senderos y rastros de fieras. Es una especie de "Media de Piel". ¿Recuerdas a Fenimore Cooper?

Las muchachas nos despidieron llorando. Me preguntarás: ¿por qué? Pues, muy sencillo, mamita: porque son más sensibles que los hombres. Pankov dice: "Las mujeres lo mismo lloran que estornudan". Cuando nos hubimos alejado a unos cuatro kilómetros del campamento, Balitski invitó a todos a sentarse en la hierba. El hizo lo mismo. Guardé un significativo silencio y, después, recabé nuestra atención.

— Os prevengo que el que no esté seguro de sí mismo, puede regresar al campamento. Después será tarde. No admito ninguna conversación ni ninguna queja sobre las dificultades. Exijo valor, disciplina, cumplimiento sin reservas de todas mis órdenes. ¿Está claro? Al que corneta la más mínima infracción o muestre cobardía, lo fusilaré en el acto. No quiero asustaros; sencillamente os advierto que, sin observar estas condiciones, no se puede realizar una operación de minadores. El que quiera, puede regresar. No se os imputará nada ni tampoco nadie se reirá de vosotros.

Pero no hubo ninguno que quisiese volver. Aunque Balitski afirmaba que no se reirían del que regresase, nadie le creyó. En efecto, la cobardía suscita en nuestro campamento el

desprecio general y hasta odio. Regresar, significaría confesar la propia cobardía. Por una cosa así podían ponerle a uno como nuevo en el periódico mural.

Después, nos levantamos y marchamos por los senderos del bosque. En total, teníamos que hacer un recorrido de veinticinco kilómetros. En algunos lugares atravesábamos carreteras y caminos vecinales. Los atravesábamos andando de espaldas. Nos estuvieron enseñando especialmente a caminar así. Hay que caminar de prisa, sin detenerse, y tratar de que resulten unos pasos normales. ¿Comprendes para qué? Si los alemanes ven las huellas, pensarán que hemos ido en dirección contraria.

Una vez esperamos a que pasara una columna entera de autos alemanes. No quisimos jaleo. Teníamos otra tarea.

La carga de trilita, o dicho de otro modo, la mina, la llevábamos por turno. No pesa mucho: doce kilos. Pero a los guerrilleros no les gusta tener las manos ocupadas. Todos procuran distribuir la carga de modo que penda de la espalda o del cinturón. Las manos deben estar libres para empezar a disparar en cualquier momento. El automático tampoco lo llevamos como los soldados del Ejército Rojo. Lo tenemos suspendido del hombro izquierdo, bajo el brazo, con el cañón hacia adelante.

La mina de fabricación guerrillera no es más que una cajita de madera, de unos cuarenta centímetros de largo y veinte de ancho y de alto. La cajita está llena de algo parecido por su color a la mostaza seca, pero no en polvo; es un trozo de trilita. Pero no te asustes, no puede explotar incluso si se prende o si le acierta una bala. Estalla sólo por detonación. En la trilita se hace un hueco cuadrado o redondo. Allí se pone el fulminante o detonador, antes de colocar la mina. Este tiene un muelle, percutor y cápsula... Pero, sin un dibujo, no

comprenderás toda esa ciencia y, además, ni falta que te hace. Es poco probable que utilices alguna vez tales artefactos.

Nos detuvimos a unos seis kilómetros de la línea férrea, cerca de la aldea de Kamen. Hay allí gente nuestra. Un enlace de nuestro destacamento sirve allí en el distrito, de policía. Nos atenemos al siguiente principio: cuando se dirige al lugar de la operación, el grupo no debe entrar, de ninguna manera, en los poblados. Puede tropezar con un canalla que dirá a los alemanes hacia qué parte se dirigieron los guerrilleros.

Pero uno o dos exploradores forzosamente tienen que entrar en la aldea. Aquella vez fue Pankov. Nuestro enlace le informó de que en el sector Zlinka — Zakopytie había entonces bastante tranquilidad y pocos alemanes. Se enteré, además, del camino más seguro para llegar a las vías férreas.

Cuando Pankov le informé de que, recientemente, había pasado en dirección a Briansk un tren con gasolina, Balitski quedó muy disgustado. Sabes, mamita, a nosotros no nos es indiferente qué tren volar. Bien es verdad que incluso si un tren con carga poco importante tropieza con una mina y descarrila, el sector, de todas formas, quedará averiado por unas horas. Pero nosotros economizamos los explosivos, llevamos la cuenta de cada kilo. Se considera una gran suerte volar un tren con tropas, tanques, autos, aviones o gasolina. Por eso Balitski se disgusté tanto. Pensaba que, si había pasado ya un tren con gasolina, tardaría en pasar otro.

Con toda fortuna, nos acercamos a las vías. El bosque distaba unos doscientos metros de la línea. Nos ocultamos en la linde, entre hierbas y matorrales, y nos camuflamos. Balitski nos colocó a diez metros de distancia el uno del otro, para que, en caso de que tuviésemos que hacer fuego, pudiéramos abarcar a todo el tren.

¿Sabes?, volar la locomotora y hacer descarrilar los vagones, no es todavía todo: hay que destrozar la carga. Y si van den-

tro soldados hitlerianos, liquidar al mayor número posible de ellos. Tan pronto como descarrila la locomotora y se detiene el tren, abrimos fuego contra todos los vagones. En primer lugar, contra el furgón de cola, sobre todo si el tren es de carga: en la cola del tren va siempre la escolta.

Seguramente tú, en Moscú, estarás toda preocupada por mí, pensando en cómo me habré portado. En si no habré quedado mal la primera vez. De haber ido solo, tal vez me hubiese asustado. Pero todos mis compañeros eran buenos chicos. Marchábamos alegremente, bromeando mucho.

¡Si pudieras ver a tu Volodia, mamita! Me parezco ahora tanto a un estudiante de ciudad como un oso a un corderillo. Tengo un aspecto arrogante. Voy vestido a la moda guerrillera. Un chaleco húngaro forrado de piel, llamado “magiaro”. Botas con las cañas dobladas. Sobre ellas penden unos pantalones anchos, color burdeos, hechos de una manta de lana alemana. El gorro lleva prendida una ancha cinta roja en la parte alta; en el cinto, granadas; el automático, suspendido de una correa. Me gustaría yerme en un gran espejo, de cuerpo entero.

Te contaré de paso una historia curiosa. En una ocasión, en que los guerrilleros atacaban la guarnición alemana de una aldea y el combate no había terminado aún, algunos muchachos se perdieron, por mucho tiempo, en la casa del stárosta. Había orden de incendiarla, y fueron a parar allí unos guerrilleros de lo más presumido que darse puede. Se agolparon frente a un gran espejo, y venga a empujarse unos a otros con el fin de mirarse. Yo no participé en la operación. Pero Fiódorov los echó tal rapapolvo que no les envidio. Los llamó coquetas. Ahora todos los llaman así y les toman el pelo cada día.

Stop. No puedo seguir escribiéndote. Alarma.

18 de junio

Sabes, mamita, tan pronto como empiezo a escribirte, recuerdo Moscú. ¿Cómo estará ahora? En nuestro campamento tiraron a varios paracaidistas. Dos de ellos han estado en Moscú. Cuentan que en invierno la calefacción andaba mal. Pobrecilla, ¡cuánto frío habrás pasado! De todas formas, echo mucho de menos Moscú. Me gustaría verla, aunque sólo fuera con un ojo. Y si me permitieran y me lo pusiesen como condición, creo que llegaría a rastras.

He releído el comienzo de la carta y voy a continuar. Llevaba varios meses sin ver la vía férrea. No habíamos hecho más que tumbarnos y escondernos, cuando vimos venir al guardavías. Un viejo barbudo. Llevaba un fusil a la espalda, pero cuando nuestros muchachos se le acercaron, ni siquiera intentó hacer uso del arma. Levanté los brazos. Desde el lugar donde estaba, yo veía cómo le cacheaban. De pronto, sin que hubiese orden alguna, todos corrieron hacia él. Balitski también corría, riñéndoles al mismo tiempo.

Medio minuto más tarde todo el grupo se alzó un humo espeso y vi unos rostros resplandecientes. ¿Comprendes ahora lo que había pasado? El guardavías tenía una petaca llena de tabaco. Y nosotros llevábamos mucho tiempo fumando toda suerte de porquerías. Tratábamos de fumar musgo, paja de alforfón y hojas secas de roble; cuando conseguíamos “majorka”, tabaco o un cigarrillo, fumábamos por turno: cada uno daba algunas chupadas. Aparecieron las siguientes expresiones: “dame para el labio”, “déjame la colilla, yo la tirare, “el labio me arde, la nariz me quema, pero tirarla me da pena”... Nuestros muchachos llegaron, incluso, a componer la siguiente canción:

Fumaríamos tabaco,

mas como no lo tenemos,

fumamos hojas de roble

que en el bosque recogemos.

Hojas de roble, hojas de encina,

hojas de toda clase,

para quitarnos la mohína,

Claro está que Balitski riñó a todos. Y menos mal que también él tenía unas ganas locas de fumar. Atamos al viejo y le quitamos el fusil. No le matamos porque nos dijo que servía a los alemanes por temor a ser fusilado.

Nos volvimos a tumbar. Estuvimos esperando una hora y media. Después oímos llegar el tren. Estaba lejos aún, pero oíamos ya su golpear característico. El corazón comenzó a latirme terriblemente; jamás había esperado a un tren con tanta emoción. Los latidos del corazón se extendían por todo mi cuerpo, me latían hasta los dedos: tal era la fuerza con que empuñaba el automático.

Seriozhka Kóshel corrió a colocar la mina. La puso muy rápidamente, la enterré bajo el raíl y tendió el cordel hacia el bosque, para tirar de él. Colocar la mina es un honor, pero no muy agradable. Con los nervios puede uno engancharse en la mecha y volar por los aires.

No había hecho Seriozhka más que esconderse, cuando, saliendo de una curva, apareció la locomotora. Ese es el momento más emocionante: ¿estallará o no? Los nervios están tan tensos como cuerdas de guitarra. La mina puede fallar y, por causas diversas, no producirse la explosión.

Todo ocurrió en menos que se cuenta. El tren marchaba a gran velocidad. Era un convoy muy largo.

El estruendo producido por la explosión no fue muy fuerte. Salieron unas flamas de debajo de la locomotora que cayó

por el terraplén. Y después, un chasquido espantoso y el crujir de los vagones que se amontonaban unos sobre otros. En esto, comenzó el tiroteo. Todos disparaban contra los bidones... Se me había olvidado decirte que era otro tren con gasolina. Tuvimos suerte: dos seguidos. Los alemanes no llevan la gasolina al frente en cisternas, sino en grandes bidones, para cargar con mayor rapidez los tanques y los autos. Los bidones se colocan en varias filas sobre plataformas de altos costados. Disparábamos contra los bidones de abajo, que, al explotar, hacían saltar a los de arriba a varios metros de altura, y todo ardía y salpicaba fuego.

De pronto, vi que Balitski corría a la cola del tren. Sobre aquel fondo de llamas, su aspecto infundía espanto. Corría y gritaba:

"¡Seguidme! "Cuando se acercó al último vagón, comenzó a disparar inmediatamente. En vez de automático, llevaba una carabina ligera, francesa, de tiro rápido. La carabina no la apoyaba en el hombro, sino que la llevaba en el brazo extendido, con la culata descansando en la articulación del codo.

Los alemanes iban en el último vagón; era de pasajeros. Por las ventanillas, disparaban con automáticos y ametralladoras. Las llamas eran cada vez más altas; el tren crujía envuelto en fuego. El vagón de pasajeros se incendié también. Las llamas de arriba eran negras. Igual que el sol irradia luminosos haces, así salían de él largas lenguas de fuego, en todas direcciones, a unos cincuenta metros, y hacia arriba, a la misma altura.

La escolta alemana lanzaba desgarradores gritos y sus disparos eran cada vez menos frecuentes. Entonces, Balitski dio orden de retirada y todos echamos a correr.

Cuando nos reunimos en el bosque, resultó que no teníamos más que dos heridos. Nuestra enfermera los vendó con toda rapidez, y regresamos cantando, ebrios de entusiasmo. En-

tonces me ocurrió algo desagradable. Cuando acabó todo y estaba claro que el peligro había pasado, no sé por qué arrojé. Tú, como médico, explícame sin falta cuál pudo ser el motivo.

Nuestro estado de ánimo era magnífico. Regresábamos al campamento, pero, involuntariamente, volvíamos la cabeza para ver el incendio que se iba extendiendo más y más. ¿Te imaginas? Hasta en el campamento habían visto el humo. De regreso, marchábamos de prisa, hablando a porfía y cada vez en voz más alta. Casi sin ocultarnos. Todos estábamos llenos de coraje, de afán de combate, y dispuestos a hacer lo que fuera.

Entramos en aquella aldea grande: Kamen. Habla allí un molino. Marchamos directamente hacia él y, sin preocuparnos de nada, atravesamos la calle con toda tranquilidad. Todos los policías se escondieron; no sé cuántos habría allí. Pero de todas formas, al lado del molino, liquidamos a los dos que lo guardaban. Saltamos los cerrojos del granero y del almacén de harina. Llamamos a la población. Todos corrieron al molino para hacer provisiones. Se llevaban el trigo y la harina en sacos, cajas, cubos e incluso en las faldas. Los chiquillos también daban vueltas por allí, llenando sus gorras.

Nosotros gritamos: "¡Lleváoslo, camaradas, escondedlo! Cuando vengan los alemanes, echadnos toda la culpa a nosotros, a los guerrilleros. ¡Nuestras espaldas resisten todo!

Organizamos un mitin. También yo hablé. Solté un discurso, como tú no puedes imaginarte... Te doy mi palabra de honor que cuando me excito soy buen orador. Me felicitaron y me dijeron que había que pasarme a agitadores. Pero, naturalmente, era una broma. No abandonaré por nada el trabajo de minador.

Aunque sea sólo por el majestuoso espectáculo, sientes una felicidad inmensa. Sabe que tú también has puesto algo de tu

parte en esto.’ De la emoción se corta el aire. El incendio siempre es hermoso. Pero aquí está el fuego y la venganza contra los alemanes. Además, está el gusto del riesgo. No, mamá, el que no haya visto una cosa así no puede saber lo fenomenal que es.

Pero tú no te preocupes, mamá, la cosa no es tan peligrosa. En Moscú, cuando tiran bombas, me parece que es mucho más peligroso estar en los tejados. La sorpresa, en ese caso, es total. ¿No es cierto? Allí es imposible responder al fuego del enemigo. Tú no te preocupes, que tu Volodia no se perderá, ¡palabra de honor!

La agrupación

Los alemanes avanzaban en el Sur. La radio nos traía malas noticias. El Ejército Rojo retrocedía hacia Stalingrado. Cabía suponer que los invasores podían sentirse en Ucrania más tranquilos que nunca. Era de creer que población de aquella profunda retaguardia alemana tendría que someterse por fin. El Buró Soviético de Información comunicaba que el enemigo, sin hacer caso de las victimas, seguía adelante.

Pero los hombres soviéticos, lejos de resignarse a la esclavitud fascista, habían reforzado su resistencia. Cada vez eran más los destacamentos que se alzaban a la lucha contra los invasores fascistas.

No sé lo que ocurría en otras regiones, pero, en la de Chernígov, así como en la de Oriol y en las zonas surorientales de Bielorrusia, es decir, en los lugares por donde actuábamos durante el verano de 1942, el pueblo, a pesar del rápido avance del enemigo hacia el Cáucaso, presentía que pronto los alemanes serían derrotados y echarían a correr. Por nuestras tierras la gente veía día a día claras demostraciones

de la mala organización de los alemanes, su cada vez mayor debilidad militar y económica.

Nuestro destacamento, mejor dicho, aquellos destacamentos de Chernígov y Oriol que habían unido sus destinos, realizaban ahora frecuentes “raids” de varios decenas de kilómetros. Los efectivos de nuestro destacamento hacía mucho que pasaban de los mil hombres. Y cuando se incorporaban a nosotros los guerrilleros locales, no éramos menos de dos mil. Durante las marchas, la columna se extendía en una longitud de kilómetro y medio. A veces, caminábamos ocultándonos, abriéndonos paso por pantanos y bosques, pero casi siempre avanzábamos abiertamente, y nos deteníamos de buena gana en los poblados. Ostentábamos nuestra fuerza. En casi todas las aldeas celebrábamos mítines, repartíamos octavillas, entrábamos en las casas y charlábamos con los campesinos.

Los campesinos nos recibían cordialmente. Se enorgullecían de los guerrilleros y a veces exageraban nuestras fuerzas. La gente nos confesaba que el encuentro con los guerrilleros levantaba su moral, y, en efecto, así era. A su vez, el contacto con el pueblo nos proporcionaba la seguridad de la justeza e invencibilidad de nuestra causa.

Recuerdo que, en una ocasión, reproché en broma a un viejo, con quien estaba hablando, que no se hubiese ido con los guerrilleros. Era un hombre sano, todavía fuerte, de unos cincuenta y cinco años. Al parecer, mi reproche le llegó a lo vivo, pues me respondió con tono de agravio.

— Eso no es cierto, jefe, también yo soy guerrillero. Mira nuestros campos, vete a ver los corrales comunales, fíjate en cómo trabaja el pueblo. Hace la mitad de lo que puede; a veces, la cuarta parte, y otras, hace todo lo contrario de lo que tendría que hacer. ¿Cómo puedes decir, jefe, que no somos

guerrilleros, sí los alemanes no se separan del automático y del zurriago?

El viejo decía la verdad. Bastaba con lanzar una ojeada a los campos para comprender lo mal que marchaban los asuntos de los invasores. En todo reflejábanse las huellas del sabotaje general. No había pasado todavía un año desde que los alemanes llegaran a aquellos distritos y ya estaba la agricultura arruinada hasta lo increíble. La arruinaron tanto los campesinos como los mismos alemanes.

La historia de esa ruina era la siguiente. La excelente cosecha de 1941 fue recogida y evacuada parcialmente por los koljosianos, antes de la llegada de los alemanes. El trigo que había quedado en los campos fue hollado y quemado por los ejércitos. Pero había tanto, que los alemanes se quedaron con algo, a pesar de todo. Claro está que no lo recogieron con sus propias fuerzas. Amenazando con represiones de toda suerte, los alemanes exigieron que los campesinos recogiesen el trigo. Después, los confiscaron. Los campesinos se quedaron solamente con lo que lograron ocultar, como pudieron, de los traidores y de los invasores.

En Otoño de 1941, el frente estaba todavía próximo y por eso en ninguna parte se hicieron las siembras otoñales. Pero cuando el frente se alejó, los alemanes fortalecieron su poder y llevaron a cabo la llamada “reforma”, organizando a su modo la producción agrícola.

Los campesinos observaban con perplejidad y creciente desprecio los esfuerzos realizados por los *gebietskommissar* y los terratenientes de nueva hornada. En sus periódicos y octavillas, los alemanes desprestigiaban cuanto podían a los koljoses, sovjoses y todo el sistema de agricultura socialista. Y, como es natural, ponían por las nubes sus propias capacidades de organización.

Decían a los campesinos: “Ya veréis cómo vamos a organizar las cosas a base de la experiencia germana, de la industria germana, de la exactitud, de la cultura y del orden germanos...”

Todo eso, naturalmente, no fueron más que palabras hueras. Los invasores se llevaron, ante todo, el grano. En algunas comunidades dejaron las semillas, pero ya en diciembre empezaron a llevárselas. Tenían miedo de que iban a caer en manos de los guerrilleros. Después, confiscaron casi todos los caballos de labor, dejando a los campesinos los bueyes. ¿Pero cuántos bueyes hay en una aldea koljosiana? ¿Acaso a base de ellos pueden labrarse las tierras en primavera? ¿Es que podían roturarse y sembrarse las inmensas tierras koljosianas con aquellos medios ancestrales?

Las Estaciones de Máquinas y Tractores habían sido evacuadas y casi todos los tractores que quedaron fueron inutilizados. En algunos lugares, los alemanes trataron de organizar, durante el invierno, la reparación de los tractores que habían quedado, pero no consiguieron nada. En sus periódicos decían que dentro de poco llegarían de Alemania miles de máquinas nuevas y magníficas. En todos los lugares se había anunciado la movilización de tractoristas, mecánicos y chóferes.

Pero cuando llegó la primavera, los *gebietskommissar* y los *Landwirtschaftsführer* exigieron de los campesinos que sacaran al campo a los bueyes y a las vacas. Como es natural, los invasores no trajeron ni tractores ni autos. Y los chóferes, mecánicos y tractoristas movilizados fueron metidos a la fuerza en vagones y enviados bajo escolta a Alemania.

— ¡Vaya unos amos! —decían los campesinos—. ¡Luchan por obtener más tierras, porque no les llegan las suyas, y ahora las tienen sin cultivar y llenas de maleza, mientras se

llevan a nuestros mozos y mozas para que labren los campos de su país!

Sin embargo, a algunas comunidades, los alemanes llevaron trino para la siembra. Al mismo tiempo, nombraron controles especiales encargados de vigilar el empleo de las semillas; mas éstas eran malas, estaban pésimamente seleccionadas y, además, contaminadas de garrapatas y maleza. Sólo obligados por la fuerza, iban los campesinos a trabajar a las comunidades. Una parte de ellos saboteaba a conciencia, porque no quería trabajar para los alemanes; otros, sencillamente, comprendían que no había por qué trabajar.

Los alemanes prometieron dar los mejores lotes de tierra a los campesinos que más se distinguieran en la lucha contra los guerrilleros y contra los activistas soviéticos, comunistas y komsomoles, así como en el trabajo, y cumplieran mejor las normas de siembra. Pero nadie, incluso los policías, creía ya nada de lo que decían. Los alemanes los obligaban también a ellos a salir a los campos comunales. Pero hasta los policías apenas si hacían algo.

Llegó el tiempo de la recolección. A finales de junio y en julio, al pasar por los campos, veíamos espantosos cuadros de abandono. En las siembras de las comunidades no se escardaban las malezas. Y eso que no se habla sembrado más que la mitad de las tierras koljosianas. Sólo en sus huertos, al lado de sus casas —aunque tampoco en todos—, los campesinos cuidaban de la siembra, recogían ocultamente el trigo y los trillaban con mayales en sus patios y, a veces, en sus casas. Tenían puestas en las patatas todas sus esperanzas; los invasores no se dedicaban a buscarlas con tanto ahínco.

Los campesinos decían:

— En buena se han metido esas víboras de alemanes. No pueden poner orden en las cosas, y además, ¡cómo lo van a

poner, si no hacen más que sacar, y no cuidan ni se preocupan de la tierra! Han venido y han arramblado con lo que han podido, hollándolo e incendiándolo todo. No pueden ni con lo que tienen, y siguen adelante para saquear más aún. No durarán mucho, pondrán pies en polvorosa.

En las ciudades, la política económica alemana también se reducía al pillaje. Continuaban cerradas en todas partes las grandes empresas. Solamente en algunos talleres funcionaban secciones de reparación de piezas de tanques, automóviles y aviación. El resto de las instalaciones y hasta la chatarra de hierro eran llevados a Alemania. Las vallas metálicas de los jardines, los monumentos, las cruces y losas de los cementerios, todo lo recogían y a nada hacían ascos. En el primer periodo todavía intentaron organizar alguna producción. En verano de 1942, los alemanes iniciaron una gran movilización de jóvenes para enviarlos a Alemania. En primer lugar, enviaban a los obreros calificados.

Este era un indicio evidente de la debilidad del Estado fascista. El pueblo ucraniano estaba viviendo una tragedia, pero al mismo tiempo no podía dejar de ver que los alemanes iban debilitándose cada día más.

El pueblo reforzaba su resistencia ante el enemigo. Nuevos centenares y miles de hombres marchaban al bosque para salvarse de la movilización, de las comunidades y del trabajo en las haciendas alemanas.

Pero no todos los que iban al bosque se incorporaban a los guerrilleros. Algunos grupos de hombres trataban, simplemente, de salvarse de los alemanes. Mal armados e incluso desarmados, estos grupos se beneficiaban de la dadivosidad de la naturaleza: el calor del sol, la sombra de los árboles del bosque, el agua de los ríos. Pero la naturaleza, desgraciadamente, no podía alimentarlos como es debido. No eran lo bastante fuertes y decididos para atacar los transportes ale-

manes, e iban a las aldeas en busca de víveres. De ese modo, los campesinos tenían que mantener a bastante gente. Lo malo era que algunos de aquellos grupos no estaban dirigidos por hombres políticamente firmes. A veces, robaban a los campesinos gallinas, gansos e incluso terneros. Con ello causaban, sin que ellos mismos lo comprendieran, un gran daño al movimiento guerrillero.

El Comité Regional examinó el problema de esos grupos. La situación era ambigua. El propio hecho del aumento de la población forestal demostraba la creciente resistencia ante los alemanes. Pero los hombres que, simplemente, se ocultaban en el bosque, no eran todavía guerrilleros. Decidimos atraer a esos hombres al destacamento regional y realizar entre ellos un trabajo de educación política.

El 28 de julio, en los bosques de Reimentárovka, se llevó a cabo la fusión definitiva de los destacamentos guerrilleros.

No sé dónde apareció por primera vez esta estructura organizativa. En aquellos tiempos sólo nos habíamos encontrado con destacamentos. Es cierto que no hacía mucho nuestros exploradores se pusieron en contacto con los destacamentos del Héroe de la Unión Soviética Kovpak y de Sabúrov. Tanto ellos como nosotros teníamos muchas ganas de encontrarnos, conocernos y realizar una gran operación conjunta. El 7 de julio nuestros exploradores de larga distancia nos informaron que los destacamentos agrupados de Kovpak y Sabúrov estaban luchando en la orilla izquierda del Desná. Algunas de sus subsecciones atravesaron el Desná y ocuparon la aldea Gremiache, un centro de distrito de nuestra región de Chernígov. Nos pusimos en marcha para ayudarlos.

Recorrimos más de cien kilómetros cuando nos enteramos de que los alemanes habían lanzado contra Kovpak y Sabúrov grandes contingentes de tropas, bloquearon los accesos a Gremiache y el 11 de julio obligaron a los guerrilleros a

retornar a la otra orilla del Desná. Así que nuestro encuentro no tuvo lugar. Sólo pudimos hacerlo en 1943, cuando marchamos a una profunda incursión hacia el Oeste.

Nuestros exploradores que visitaron a Kovpak nos contaron que su destacamento, al igual que el nuestro, estaba compuesto de muchos destacamentos. Y tenía un mando único. Todos estaban a las órdenes de Kovpak y el comisario Rúdniev. No sé si este gran grupo se llamaba agrupación. Pero tampoco tiene importancia.

Ya a fines de 1941, la propia realidad nos había sugerido la necesidad de fusionar los grupos de los destacamentos de Chernígov. Al principio, se convirtieron en secciones y, más tarde, en compañías del gran destacamento unido que llevaba el nombre de Stalin. En marzo de 1942, en los bosques de Zlinka actuamos conjuntamente con los guerrilleros de los bosques de Oriol, al mando de Márkov, Vorozhéiev y Lévchenko. Para concordar el plan de las operaciones defensivas y ofensivas, organizamos una guarnición guerrillera. Vorozhéiev, con su destacamento, se separó de nosotros, pero Márkov y Lévchenko nos acompañaron desde entonces por todas partes. Más tarde se nos unió otro destacamento, bastante numeroso, al mando de Tarasenko. Además, como ya he dicho, se unían a nosotros grupos pequeños de hombres soviéticos escondidos en los bosques, a los cuales eran aún prematuro calificar de destacamentos guerrilleros.

¿Por qué no los agrupábamos en secciones o compañías de un solo destacamento? Podría parecer que esta decisión habría sido la más simple y natural, máxime cuando algunos destacamentos independientes eran menos numerosos que una compañía, y otros, incluso menores que una sección.

Sin embargo, no debíamos hacerlo. Se daba el caso de que muchos destacamentos no se habían organizado en la región de Chernígov. Cada uno de ellos tenía su historial glorioso.

Cada uno de esos destacamentos estaba relacionado con los distritos donde se formara, y se completaba con frecuencia a base de gente de éstos. Los koljosianos que marchaban al bosque buscaban precisamente “su” destacamento. Sólo eso ya era suficiente para que cada destacamento que se unía a nosotros conservase su viejo nombre.

Otra razón, no menos importante, consistía en que la palabra “agrupación” demostraba a los pequeños grupos y destacamentos, que actuaban por separado en los bosques inmediatos, que también ellos podían agruparse con nosotros. En ese término estaba formulada, por decirlo así, nuestra Constitución.

Yo fui nombrado jefe de la agrupación; Druzhinin, comisario, y Rvánov, jefe de Estado Mayor. Popudrenko pasó a ser jefe del destacamento regional Stalin, Yariómenko continuaba siendo el comisario del mismo. En la agrupación entraron las unidades siguientes: el destacamento regional Stalin, y los destacamentos Voroshílov, Kírov y Schors. Se crearon los servicios de la nueva agrupación: minadores, exploradores, batería de morteros, sección de intendencia, sección especial, dirección de comunicaciones, sección de propaganda y grupo de caballería.

Al crearse la agrupación, todos los destacamentos prestaron el juramento guerrillero, en un ambiente solemne. Había ya entre nosotros jefes y combatientes condecorados por el Gobierno. El 18 de mayo de 1942, cuarenta y seis guerrilleros nuestros habían sido condecorados con órdenes y medallas de la Unión Soviética; a mí se me concedió el título de Héroe de la Unión Soviética. Justo entonces se estableció la orden obligatoria de llevar la cinta roja en el gorro de los guerrilleros.

* * *

A fines de julio, tuvimos noticia de que Hitler había dado orden de acabar con los guerrilleros para el 15 de agosto, destinando a este fin 16 divisiones dotadas de unidades de tanques, aviación y artillería.

Y en efecto, poco después comenzaron a llegar a Ucrania nuevas unidades alemanas. Entre ellos, además de alemanes y húngaros, había también finlandeses e italianos.

Como es natural, la orden de Hitler no se cumplió. Sin embargo, el enemigo comenzó a perseguirnos con grandes fuerzas. Los encuentros con él se hicieron más frecuentes. Por otra parte, las tropas recién llegadas incendiaban las aldeas y saqueaban a la población con peculiar energía. Ello trajo como consecuencia que la ruina y el hambre aumentaran considerablemente. Por tanto, nuestra situación, en lo que se refiere al abastecimiento, empeoró también.

Desde las últimas fechas de julio, el enemigo no nos dejó en paz. Estábamos casi en movimiento continuo y a veces pasábamos por trances muy apurados. Muy mal lo pasamos sobre todo en la segunda mitad de agosto. Perdimos en los pantanos gran parte de nuestros caballos. A muchos tuvimos que comérnoslos. Por falta de acumuladores, perdimos durante un cierto tiempo el contacto con Moscú y con el frente. Sin embargo, tampoco en aquel período debilitamos nuestros golpes contra el enemigo.

En cada destacamento de nuestra agrupación, por orden del mando, se llevaba un diario de combate. Los "cronistas" de guardia eran nombrados mensualmente por los jefes de los destacamentos, pero también había aficionados que se convirtieron, por decirlo así, en los historiadores de plantilla de nuestra lucha. Como es natural, las notas no se tomaban de una manera regular, sino solamente cuando lo permitían las circunstancias. Tenían libertad para elegir los hechos. Lo único que exigía el mando era absoluta veracidad.

En los descansos, nuestros “cronistas” llamaban a los combatientes, les interrogaban, tomaban notas, y luego, cuando acampábamos por mucho tiempo en un sitio, escribían. Conseguimos conservar los diarios de casi todos los destacamentos. Pero es completamente imposible establecer en la actualidad quién fue el autor de uno u otro fragmento.

En el diario del destacamento regional está bastante bien reflejado el período comprendido entre fines de julio y noviembre de 1942. Lo cito, a partir de la memorable fecha del 28 de julio, día en que fue creada la agrupación y se prestó el juramento:

“DIARIO

de la actividad combativa del destacamento regional

Stalin de la agrupación de destacamentos guerrilleros,

al mando del Héroe de la Unión Soviética A. F. Fiódorov.

Después de la lectura de las órdenes y de prestar el juramento, se celebró un concierto de aficionados. Había sido organizado por los ex artistas del Teatro Regional Shevchenko, de Chernígov, guerrilleros Jmuri, Konoválov e Isenko. Todos ellos participaron en él.

Por la noche esperábamos aviones y encendimos hogueras. Pero los aviones no vinieron.

Los exploradores hablan informado de la llegada a Jolm y Koriukovka de numerosas tropas alemanas. De día, por la parte de Bogdánovka, nos atacó un grupo de magiares y alemanes. Presionado por los guerrilleros, el enemigo se retiró, abandonando una ametralladora de grueso calibre y varios muertos, entre ellos un oficial.

El 29 de julio comenzaron los combates junto al paso del río, en la aldea de Sávenki. El enemigo hizo fuego de cañón y mortero contra nuestras líneas, pero no le dejamos pasar al otro lado. Ante nuestra vista, un oficial alemán fusiló a un soldado que se había negado a cumplir una orden suya.

Por la noche, los alemanes ocuparon las aldeas de Reimentárovka, Sávenki, Samotugui, Zhóltyie, Siádrino, Oleshnia y Bogdaláievka. Durante toda la noche se oyó zumbido de motores. A Sávenki llegaron tanques.

El 30 de julio los alemanes pasaron a la ofensiva y llegaron a uno de los puestos de vigilancia de nuestro campamento. Se entabló un combate muy encarnizado en Bogdaláievka, donde se encontraba la segunda compañía del destacamento Stalin, al mando de Balabái. La segunda sección de esta compañía, bajo el mando de Bistrov, fue la que cargó con todo el peso del combate. No permitió que los alemanes llegasen al campamento. Durante dicho combate, Bistrov fue herido en una pierna. Los combatientes Popov y Goncharenko disparaban a quemarropa contra los alemanes por la parte de Sávenki.

Un mortero nos daba especialmente la lata. Mazépov, nuestro morterista, entabló un duelo con él, saliendo triunfante del mismo.

Los tanques se lanzaron al ataque, pero quedaron atascados en los pantanos, sin poder moverse del sitio. Por la noche, el enemigo rodeó de emboscadas el destacamento. Se nos estaban acabando los cartuchos.

Se había dado orden a la cuarta compañía de que fuese al aeródromo para recibir a los aviones, pero se encontró con que allí estaban los alemanes. Tuvo que retirarse combatiendo. La compañía se pasó la noche maniobrando, y al amanecer llegó al bosque.

Los hombres caían agotados en tierra y se quedaban dormidos. Durante todo el día anterior no habían probado bocado.

De pronto, se oyeron los ladridos de la voz de mando alemana. El enemigo estaba al lado mismo de nosotros, pero aún no había tenido tiempo de abrir fuego, cuando rompieron a hablar las armas guerrilleras. Los alemanes disparaban al azar. Acabaron por poner pies en polvorosa, abandonando a su vocinglero oficial con un agujero en la cabeza.

Se dio orden de pasar a la defensa circular. A nuestro alrededor se oía continuo ruido de autos. Era el enemigo que se disponía a atacar el campamento por la parte de la aldea de Zhukli. Aparecieron unos exploradores a caballo; estuvieron un rato mirando con los gemelos y regresaron a la aldea.

A eso de las once, apareció una columna alemana.

Los guerrilleros se habían camuflado bien. Vaska el Chato —así lo llamaban todos y sólo en el Estado Mayor se conocía su apellido—, del destacamento Kírov, se agarró al culatín de la ametralladora pesada que Avkséntiev había quitado en cierta ocasión a los magiares.

La columna se aproximaba cada vez más. Abrimos un fuego huracanado. Los alemanes caían, corrían, se arrastraban, trataban de ocultarse. Los guerrilleros pasaron al ataque y obligaron a los fritzes a regresar a la aldea de Zhukli.

De regreso, recogimos en el camino trofeos.

Recogimos dos morteros de compañía, tres fusiles ametralladores y unos dos mil cartuchos. Matamos a más de sesenta fascistas. Por nuestra parte, no hubo bajas.

Desde Zhukli comenzó a batirnos un cañón. Los proyectiles caían cerca del campamento. Pero nadie les hacía gran caso, porque acababan de preparar la comida y todos estábamos atareados en aplacar el hambre.

Cuando oscureció, abandonamos el campamento. La artillería reforzó el fuego contra el lugar donde habíamos estado aquel día. Los muchachos hacían la higa en dirección a los alemanes, como diciendo: “¡Toma, fastídiate!”

Hubo algunos llorones que se asustaron. Los muchachos se burlaban de ellos y no respondían a sus numerosas y atemorizadas preguntas. La mayoría de los quejicas eran bisoños.

Los viejos guerrilleros estaban seguros de que el mando nos sacaría del cerco. Nos habíamos visto en situaciones peores.

El 31 de julio nos situamos entre el caserío de Kíster y Zhukli. El día transcurrió tranquilo.

Se dio orden de preparar carros para los heridos, abandonar los restantes vehículos, y, en cuanto anocheciese, emprender la marcha, guardando absoluto silencio.

Pasamos entre Bogdaláievka y Chencheki. Hicimos alto en el viejo campamento, al lado del caserío de Búduscheie.

A mediodía oímos ruido de coches y disparos sueltos, por la parte de Rádomka.

El enemigo nos perseguía.

La noche del 1 de agosto marchamos por nuestro viejo itinerario a los bosques de Bleshnia, donde nos detuvimos a descansar durante el día. A eso de las doce oímos bombardeo de artillería. Eran los fascistas que hacían fuego contra Los Álamos pensando que nos habíamos detenido allí.

— Disparad, disparad —bromeaban los muchachos—, que tenéis bastantes proyectiles.

El 3 de agosto después de cruzar el río Snov, acampamos, ya de día, en el bosque de Soloviovka, de la región de Oriol. Habíamos seguido un itinerario conocido desde hacía mucho.

De día los alemanes bombardearon el bosque de Bleshnianka.

A las ocho de la tarde volvimos a emprender la marcha, pasando por Soloviovka. La población recibía a los guerrilleros con gran júbilo. Los campesinos nos agasajaban con leche, pan y tabaco, nos preguntaban si llegaría pronto el Ejército Rojo, y al ver los muchos que éramos, se llenaban de contento.

Balitski era el jefe de guardia de la agrupación. Cuando la columna hubo dejado atrás Soloviovka, regresó para comprobar si no se había quedado nadie de los nuestros en la aldea. En el camino se encontró con una vieja. Balitski le preguntó:

-— Abuelita, ¿han estado por aquí los guerrilleros?

—Sí.

— ¿Cuántos?

— Un millón.

— Abuelita, ¿sabe contar hasta mil?

— ¿Qué quiere de mí? Yo no sé si era un millón, pero la tierra retemblaba toda.

De día, descubrimos unas fosas y, dentro de ellas, cartuchos escondidos. Poco después, llegaban sus dueños. Era un grupo de paracaidistas que había descendido allí recientemente.

Cuando oscureció, cambiamos de lugar y acampamos entre Sofíevka y Velikie Liady.

Hasta el 14 de agosto estuvimos luchando en diversos sectores de la línea de defensa. Cada vez teníamos menos cartuchos. No teníamos dónde conseguirlos. El enemigo había ocupado todas las aldeas vecinas.

Se nos habían terminado los víveres, y nos alimentábamos con carne de caballo. Doscientos gramos por cabeza.

Mañana del 1 5 de agosto. No habíamos tenido tiempo de desollar al caballito de turno, cuando los alemanes comenzaron, simultáneamente por tres partes, la preparación artillera. Nos batían con morteros y cañones. Después aparecieron soldados con perros policías.

Los guerrilleros les dieron para el pelo a los fritzes y a sus perros, sin permitirles llegar hasta el campamento.

El jefe de la agrupación, Héroe de la Unión Soviética Fiódorov, dio orden de abandonar los carros, poner la carga sobre los caballos y hacer parihuelas para los heridos. La orden se cumplió rápidamente.

Cuando la oscuridad fue absoluta, emprendimos la marcha. Atravesamos la carretera de Vórnova Guta — Sofíevka. Después, marchamos por los pantanos.

Las parihuelas con los heridos las llevábamos a hombros. En los pantanos había muchos mogotes. Los heridos gemían y nos suplicaban que caminásemos con cuidado.

Luego de atravesar la carretera, nos detuvimos en el bosque. Todos se tumbaron inmediatamente a descansar, siendo destacados puestos de vigilancia y centinelas. Los cocineros se pusieron a cocer la carne de caballo. Íbamos a buscar agua a una zanja, que estaba a un par de kilómetros de allí.

Después de descansar y de comer la carne, muchos fueron a la zanja del agua para lavarse y lavar la ropa.

Kapránov, el jefe de la sección de intendencia, decía lleno de contento: "¡Oh, qué bien he dado hoy de comer a los muchachos! ¡Quinientos gramos de carne de caballo a cada uno!

Por el campamento abandonado por nosotros corrían los congéneres de Goebbels, fotografiando los carros y los tras-

tos abandonados, a fin de publicar luego en los periódicos la mentira de cada día: “Todos los guerrilleros han sido aniquilados; he aquí lo que ha quedado de ellos”.

Los exploradores informaron acerca de la situación en el camino de nuestro futuro avance. Estuvimos detenidos dos días, y después emprendimos la marcha en dirección Norte, por un bosque espeso y pantanoso. Cerca del caserío de Krasni Ugolok, atravesamos la vía férrea.

Durante este recorrido, pasó un tren hacia el Este, pero las circunstancias ni siquiera nos permitieron disparar contra él.

No lejos del caserío de Miedviezhie, nos detuvimos para coger patatas. Las arrancábamos de la tierra con las manos. Llenamos los sacos, las bolsas, los bolsillos. Hacía mucho que no las comíamos.

Durante varios días anduvimos de exploración, buscando un vado por el río Iput. Tuvimos que recurrir a la ayuda de un viejo guarda forestal. Vigilábamos cada paso suyo, porque su hijo era policía.

Por orden del mando, la agrupación continuó su marcha. El grupo encabezado por Balitski queda aquí para distraer la atención del enemigo y realizar trabajos de voladura.

El 23 de agosto nos despedimos del grupo de Balitski. A las 19 estábamos preparados para la partida y a las 19 y 30 emprendimos la marcha.

La columna avanzaba en medio del silencio más absoluto; tan sólo se oía de vez en cuando el crujido de las ramas secas al ser pisadas. Marchábamos por lugares pantanosos. Era difícil caminar, ya que cada guerrillero llevaba encima sus efectos personales, municiones y armas. Sólo la cocina la llevaban los caballos. A los ocho kilómetros de recorrido, hicimos un alto cerca de la casita del guarda forestal. Allí comenzaba el paso a través del Iput.

La orilla era fangosa. Los caballos, debido al exceso de la carga y fatigados por la marcha, estaban agotados y se atascaban en el cieno. Una parte de ellos no consiguió salir. Retirábamos la carga de los caballos empantanados y la repartíamos entre los combatientes.

A medianoche llegamos al río. Los combatientes se desnudaron por completo. La profundidad era mayor de un metro y medio, y por eso había que llevar toda la carga sobre la cabeza.

Atravesamos el río felizmente y salimos a tierra bielorrusa.

Llegó la mañana. Los combatientes miraban esperanzados hacia la aldea, donde tal vez se pudiera conseguir un poco de pan o patatas cocidas. Pero nadie podía salir de las filas sin permiso del mando.

Poco después, llegamos al lugar donde pensábamos hacer alto por un día. El destacamento comenzó a instalarse. Después, cavamos pozos y pelamos patatas. Algunos se tumbaron a descansar.

El destacamento enviado a la aldea rodeó la casa de los policías y abrió fuego contra ellos. Los policías estaban desprevenidos. Salían a la calle en ropas menores. Las balas certeras de los guerrilleros los fueron segando implacablemente.

En dicho combate pereció el delegado político Leonenko, fue herido Misha Egórov.

Los guerrilleros se llevaron valiosos trofeos: mantequilla, pan y miel. El desayuno fue abundante y sabroso.

En el camino encontramos muchas serbas. Las arrancábamos y las comíamos con avidez.

El 25 de agosto pasamos el río Besied. El destacamento no hizo ningún alto, a fin de alejarse del enemigo que iba concentrando fuerzas. Los muchachos apenas podían arrastrar

los pies. A cada doscientos o trescientos metros, caían a tierra de cansancio.

El mando autorizó un descanso de cuatro horas para hacer la comida.

Preparamos leña y cavamos unos pozos, pero de pronto se recibió la orden: "Suspender la preparación de la comida. El descanso será sólo de dos horas".

Los combatientes, que no comprendían de qué se trataba, comenzaron a protestar. Pero una orden es una orden. No había otro remedio, y tuvimos que tumbarnos sobre tierra húmeda. De todas formas nos quedamos dormidos como troncos.

Una hora y media más tarde, resonó la voz de mando: "Preparaos para la marcha".

Llevamos ya más de dos días seguidos combatiendo y caminando, casi sin comer ni dormir.

Con nosotros marchan a pie Fiódorov, Popudrenko, Druzhinin, Yariómenko y Rvánov. Han dado sus caballos a los combatientes que no pueden caminar.

A unos diez kilómetros de los bosques de Cherchersk, apareció una aldea. El mando decidió realizar una operación con fines de aprovisionamiento.

Destacamos un grupo de combate al mando de Kudínov, delegado político de la tercera compañía. A pesar de su extremo cansancio, los guerrilleros fueron al combate con alegría. Después de los primeros disparos, los policías huyeron. Los campesinos indicaron a los guerrilleros dónde estaba la casa de los policías y del stárosta.

En la casa del suplente del stárosta, los exploradores descubrieron una barrica con miel preparada para entregar a los alemanes. Los chicos al ver que los exploradores llevaban

miel se precipitaron sobre la casa. Allí se produjo un tumulto: los gritos, las blasfemias y el estruendo se mezclaron en un ruido ensordecedor.

Algunos se quedaron sin miel y le preguntaron a la dueña si había más. Esta dijo que no. Pero en la bodega hallaron dos barricas más. Luego otras cinco. La miel fue llevada al destacamento y distribuida por secciones.

26 de agosto. Entramos en los bosques de Cherchersk. Acampamos entre el caserío de Yamitski y la aldea de Visókaia Griva. Por el bosque andaban unas vacas sin dueño, y Kapránov, jefe de la sección de intendencia, se alegró muchísimo de ello.

Resulté que los dueños de las vacas eran los guerrilleros de Svietílovichi y Cherchersk. El jefe de esos guerrilleros, después de un combate con poca fortuna, había atravesado la línea del frente. El destacamento, sin mando, se fraccioné en pequeños grupos y se ocultaba de los alemanes.

El jefe de nuestra agrupación consiguió reunir esos grupos y crear los destacamentos de Svietílovichi y Cherchersk. Estos destacamentos se unieron a nuestra agrupación.

Hicimos incursiones exitosas sobre las guarniciones de Polesie y Kazatskie Bolsuni.

A principios de septiembre sostuvimos un combate con los alemanes. Nos camuflamos en la linde del bosque, al Sur de la aldea Sidoróvichi. Poco después, salió de dicha aldea una columna de hitlerianos. Les dejamos acercarse a unos cincuenta metros y abrimos fuego de ametralladora, automáticos y fusiles. Los hitlerianos echaron a correr. Unos caían muertos; otros, heridos vociferaban.

La enfermera Valia Protsenko observaba con atención a los alemanes que se arrastraban por el campo e indicaba al

ametrallador a aquellos que querían escabullirse. Valia fue herida en un hombro, al ametrallador Sasha Shirókov una bala le desgarró la oreja y le lesionó un pie.

En la carretera, al lado del puente, colocamos una mina de tal modo que un carro campesino podía pasar con toda tranquilidad, pero un camión de carga volaría forzosamente. Los ametralladores se pusieron al acecho. Apareció un camión y atravesó la mina con la rueda posterior izquierda.

Se oyó una explosión ensordecedora. El camión, con las municiones que llevaba, y el puente saltaron por los aires.

12 de septiembre. Recibimos la orden de continuar la marcha. Nuestra columna avanza hacia el Norte a través de una oscuridad impenetrable y bajo una lluvia torrencial. En el camino nos detenemos varias veces para esperar a los rezagados. Para no perderse, hay que caminar agarrándose a la cola de los caballos.

Por la mañana continué lloviendo. Cerca del caserío de Guta Osínovskaia nos detuvimos para hacer la comida. Sobre el bosque se alzó una nube de humo, que fue vista por tos fritzes. Hacia el campamento comenzaron a volar proyectiles. Un combatiente de la sección de intendencia llegó corriendo a la de minadores. Para protegerse de los proyectiles, el hombre se escondía detrás de las cajas con trilita. Esto produjo la hilaridad general.

Por la noche, la columna emprendió la marcha. Pasamos el poblado de Krinichni, al Sur de Mijáilovka. En el prado estaban pastando unos caballos alemanes, y los muchachos aprovecharon la ocasión para cambiar los suyos, que estaban ya agotados.

Dejamos atrás Larnevsk, por el Sur, torcimos hacia el Nordeste, rebasamos por el Sur la aldea de Miedviedi y nos lle-

vamos la harina de dos molinos de viento que allí había y, con ella, al policía de guardia.

El 15 de septiembre hicimos alto en el bosque, al Sureste de la aldea de Poporotnia. No habla agua y tuvimos que cavar un pozo profundo y esperar a que se llenase. El combatiente Lopachov conté: “Estaba metido en el pozo y tenía ya el cubo arriba, casi llenito. Quería llenar una jarra más y llevarla a la cocina. La llené, subí y me encontré con un caballejo escuálido que me miraba muy agradecido, y a su lado el cubo vacío...

16 de septiembre. El bosque terminó. Una clara noche de luna, salimos al campo y nos acercamos al río Besied, entre los poblados de Jotimok y Kiseliovka. La hierba estaba blanca por la escarcha temprana. Comenzó la travesía. Los combatientes se desnudaban rápidamente y, en medio del silencio más profundo, entraban en el río. No se oía más que el chapoteo de agua y el castañeteo de los dientes de algunos muchachos, que tiritaban de frío.

Hemos descansado dos días y comenzamos a prepararnos para una operación grande. Cada guerrillero está ansioso de combatir y se lleva un gran disgusto cuando le comunican que no irá a la operación.

La operación de Gordéievka.

El 23 de septiembre, al anochecer, un grupo de trescientos hombres, al mando de Popudrenko, salió del campamento con la misión de aniquilar la guarnición de Gordéievka, cabeza de distrito.

Además, se había dado orden de destruir la fábrica de alcohol del pueblo de Tvoríshino.

A la fábrica de alcohol fue una compañía del destacamento Voroshílov, al mando de Márkov.

La primera y la segunda compañías del destacamento Stalin eran las encargadas de asestar el golpe principal contra Gordéievka. Algunos grupos del destacamento Schors se apostaron al lado del camino.

El 24 de septiembre a las cuatro de la madrugada, todas las unidades llegaron a sus puntos de partida. Cayeron a tierra los postes telegráficos. Las comunicaciones quedaron interrumpidas.

Los destacamentos de Schors se recogieron en las emboscadas. Faltaban dos horas para el comienzo de la operación. Casi todos los combatientes se tumbaron en la cuneta del camino, a fin de descansar y resguardarse, aunque fuera un poco, del frío viento otoñal.

Los jefes se congregaron alrededor de Popudrenko, que les daba las últimas instrucciones.

Poco después, los que dormían fueron despertados por los jefes. Entumecidos por el frío, los combatientes ocuparon sus puestos.

En el flanco derecho se encontraba la primera compañía, en el izquierdo, la segunda. En formación abierta avanzaron vigilando la calle del villorio.

A las seis en punto rompió fuego nuestro mortero de batallón. Era la señal de ataque. La mina silbó y el silencio de la mañana se vio roto por una sorda explosión. Los combatientes irrumpieron en la aldea y se dispersaron por las calles. En una de las casas se oyó el chasquido de un cristal y saltó por la ventana un policía. Después de correr un poco, quedé colgado de una valla, como un vestido puesto a secar.

Los guerrilleros corrieron hacía la casa del jefe de la policía. Este se escapé a la casa vecina, la de la maestra, y saltó por la ventana.

Un guerrillero gritó: “¡Esperad, muchachos, no disparéis! “, y corrió como un loco en su persecución.

El traidor fue capturado y fusilado en el acto.

La primera compañía se acercó a la comandancia. Los alemanes, que se habían escondido detrás del garaje de ladrillo, comenzaron a lanzar granadas, sin dejar que los guerrilleros se acercaran.

Por mucho que gritara el jefe de la compañía, no salía nada. También gritaban los muchachos, pero no daban un paso. Mazépov, dando muestras de una gran habilidad, maté al alemán que tiraba las granadas y gritó: “¡Muchachos, los alemanes huyen! ¡Seguidme, aprisa!”. La comandancia fue ocupada.

El resto de los alemanes corrió hacia el molino, donde encontró la muerte.

Los guerrilleros entraron en la cabeza de distrito. En lo fundamental, el combate había cesado. Tan sólo en los huertos y en las afueras del pueblo los guerrilleros seguían cazando fritzes y a sus servidores. También fue apresado el barrigudo burgomaestre.

Pusimos en libertad a los presos. Entre ellos había un maestro a quien los alemanes detuvieron, porque, después de haber reunido —por orden de ellos— a los maestros, con el fin de celebrar una asamblea de distrito, puso en el gramófono unos discos con canciones soviéticas.

Sin esperar a que el combate terminase, casi toda la población salió a la calle. Los campesinos nos interrogaban con avidez pidiéndonos noticias del frente, de la Unión Soviética, del Ejército Rojo, y, de buena gana, nos ayudaban a capturar

invasores. Un vecino ensarté en su horquilla a un juez de instrucción alemán.

Nos enseñaron una octavilla alemana. Los alemanes prometían por Fiódorov —vivo o muerto— cincuenta hectáreas de tierra de labor y cincuenta mil rublos en metálico. Además, sal, cerillas y vodka o ron, a elegir, en cantidad ilimitada. Por Popudrenko, treinta mil rublos. Por los jefes medios, diez mil. Por un guerrillero raso, cinco mil, sal, cerillas y querosén.

Abrimos los depósitos y distribuimos entre la población sal, cerillas y otros artículos.

El 3 de octubre después del combate, descansamos y emprendimos el regreso. El enemigo abrió fuego contra nuestra columna, desde una emboscada. La primera y la segunda compañía del destacamento Stalin se desplegaron al instante.

La ametralladora de Avkséntiev comenzó a disparar; Seriozha Mazépov batía certeramente con su mortero al enemigo. Los alemanes huyeron, abandonando cuarenta soldados muertos y cuatro autos en llamas.

Nosotros tuvimos dos combatientes muertos y tres heridos.

Nuestra columna pasó con rapidez por el puente, cruzó la vía férrea y, dejando atrás el caserío de Sokolovski, se detuvo en el campamento de los guerrilleros locales, mandados por Shemiakin.

Permanecimos allí unos diez días. La gente descansaba. Por las tardes, los combatientes bailaban y cantaban a los sones del acordeón. La sección de propaganda preparó el número correspondiente del periódico vivo.

En este bosque se nos unió un grupo de prisioneros de guerra, trece hombres dirigidos por Kostia Lysenko que sirvieron en el ejército alemán y que huyeron para unirse a nosotros. Trajeron consigo trece fusiles y tres ametralladoras de mano.

Pronto abandonamos el hospitalario bosque.

Seguimos la ruta Osinka, Viúkovo, Sadóvaia, Kotólino, donde de nuevo atravesamos el río Iput. En la aldea Nikoláievka nos recibió el puesto de guardia de los guerrilleros.

Nos alcanzó el grupo de Balitski. No nos habíamos visto hacía más de dos meses con nuestros mejores saboteadores. En los últimos tiempos no habíamos tenido noticias de ellos. Les organizamos un recibimiento solemne. Los jefes saludaron personalmente a cada uno de los combatientes y por orden dieron a cada uno vino francés, a aquel que lo pidió se le sirvió además alcohol.

El valeroso comandante de los saboteadores leyó su parte ante todos los guerrilleros de la agrupación:

"En el tiempo transcurrido desde el 23 de agosto hasta el 25 de octubre, el grupo de diversión destinado por órdenes suyas en los ferrocarriles Bajmach — Briansk y Gomel — Chernígov han realizado lo siguiente:

Han eliminado a 1.487 invasores alemanes, de los cuales 327 eran oficiales y uno, general. Heridos: 582 alemanes. Se han destruido nueve convoyes enemigos: 10 locomotoras y 125 vagones. Se ha interrumpido la circulación en estas vías en una totalidad de 191 horas. Se han dinamitado en las carreteras a cinco camiones y un coche. Se ha ajusticiado a diez stárostas y policías."

El bosque adonde llegamos era conocido por el pueblo con el nombre de "Pinar de Kletnia".

Sus dimensiones eran bastante grandes. Se extendía en ininterrumpida franja, uniéndose por el Norte con los bosques de Mújinski y por el Este con los de Briansk.

Los guerrilleros, tan pronto como llegaron, se pusieron a construir refugios y otros locales auxiliares.

Además de nuestra agrupación, en aquellos bosques había otros muchos destacamentos que constituían un enorme campamento guerrillero.

Partían de allí en todas direcciones los caminos y senderos que conducían a los destacamentos vecinos: a los de Shimiakin, Shestakov, Sebnitski, Eriomin, Gorbachov, Antonenko, y a los de los distritos de Kletnianski, Mglin y otros.

Miles de indomables se hablan reunido allí para vengarse del odiado invasor, por la tierra hollada, por la sangre que vertía su pueblo.

Un territorio de varios centenares de kilómetros cuadrados era, en realidad, una comarca guerrillera. Decenas de aldeas y poblados vivían la libre vida de los ciudadanos soviéticos, sin conocer el yugo fascista.

La población ayudaba a los guerrilleros con víveres, ropa de abrigo y medios de transporte.

En la aldea de Kotólino había un molino de agua, con una capacidad de trescientos puds al día, que trabajaba para todos los destacamentos guerrilleros.

En la aldea de Nikoláevka se organizó un taller de artículos de lana. Los habitantes de las aldeas vecinas abastecían con gusto a los guerrilleros de pan, patatas, heno y leche para los heridos. En las casas campesinas se instalaron hospitales guerrilleros.

A su vez, los guerrilleros prestaban en todas las aldeas de 15 a 18 km a la redonda servicio de guarnición, salvaguardando el trabajo y la tranquilidad de los pacíficos ciudadanos soviéticos.

La juventud campesina ayudaba a los combatientes en el servicio de la guarnición. Las muchachas tejían guantes de lana y cosían batas de camuflaje.

Los guerrilleros proporcionaban a los habitantes prensa y les informaban regularmente de los partes de guerra del Buró Soviético de Información. Cuando las comunicaciones con Moscú se hicieron regulares, proyectaban también películas y organizaban conferencias a cargo de competentes conferenciantes venidos desde la retaguardia soviética.

En la profundidad del bosque, en un gran claro, se empezó a construir a toda prisa una pista de aterrizaje. En esta ocasión los aviones tenían que aterrizar necesariamente. Recibimos un radiograma de Moscú. Allí se había creado una compañía aérea especial bajo el mando de Valentina Grizodúbova. Como siempre, quien dirigía la construcción del aeropuerto era nuestro piloto Volodin, se le envió trescientos guerrilleros. Se trabajaba por la noche. Menos mal que brillaba una luna clara en un Cielo sin nubes. La construcción del aeropuerto coincidía con el aniversario del Gran Octubre.

10 de noviembre. Todo está preparado para recibir al primer avión que va a aterrizar en nuestro campo. Muy entrada la noche, se oye el creciente ruido de los motores. Se acerca... En la oscuridad se perfila la gigantesca silueta de la nave aérea. El enorme avión, después de dar unas vueltas de saludo, aterriza en nuestro aeródromo. Resuena un unánime “hurra”. Los guerrilleros están llenos de júbilo. Los pilotos les hablan gustosamente de la Tierra Grande, de la situación en los frentes, de las fábricas y los koljoses; les obsequian con cigarrillos.

En pleno apogeo de la charla, se acerca el jefe de la agrupación, Fiódorov, Héroe de la Unión Soviética.

Lanza una alegre mirada a todos los presentes.

— Bueno —les dice—. ¡Hasta la vista, os deseo éxitos! —y, por la escalerilla, sube rápidamente a la cabina.

Hace tiempo que han cargado a los heridos. Las cajas con armamento, munición y medicinas se han apartado para no entorpecer el despegue.

Los guerrilleros andan en torno a la máquina enorme llegada de lejos, la observan como si se tratase de un ser vivo.

Los motores rugen. Se enciende la brillante luz de los reflectores. El avión corre por la blanca y lisa superficie del campo, se separa ligeramente de la tierra y, después de dar unas vueltas de despedida, toma rumbo al Este.

El tirador-radista subió la escalera y cerró la portezuela con fuerza. Me precipité hacia la ventana, pero sólo conseguí ver la hoguera por un instante. Los motores rugieron, el avión se estremeció y comenzó a dar saltos por los montículos de nieve. A pesar de todo, nuestro aeródromo distaba mucho de ser perfecto. Unos segundos después, nos habíamos despegado de la tierra.

Nos habíamos apartado de la Pequeña Tierra guerrillera y, de creer a los pilotos, tres horas más tarde deberíamos aterrizar en Moscú.

E incluso en aquel instante en que el avión tomaba altura y el frío me calaba hasta los huesos, me costaba trabajo creerlo.

Por lo demás, el sentimiento que entonces experimentaba era mucho más complejo. Una alegría tumultuosa, el júbilo, el ardor alborozado de un chiquillo, se entremezclaban, de una manera absurda, con la meditación e incluso el temor.

Sí, experimentaba temor, pero no ante la catástrofe y la muerte, sino ante la posibilidad de no llegar a Moscú. Cerraba los ojos y me imaginaba la Plaza Roja, el Gran Teatro, la calle de Gorki... Y cómo uno avanzaba, se abría la puerta del despacho y de la mesa se alzaba para recibirte el secretario del Comité Central.

Debo confesar que envidiaba mucho a Kovpak, a Sabúrov, en una palabra, a todos los jefes guerrilleros que estuvieron en Moscú en agosto. Sabía que también yo figuraba entre los invitados a la reunión de los jefes guerrilleros celebrada en el Comité Central del Partido Comunista (bolchevique) de la URSS. El lector sabe ya que por aquel entonces habíamos perdido la comunicación por radio con Moscú. El Comité Central y el Estado Mayor del movimiento guerrillero habían enviado a la retaguardia alemana dos grupos seguidos con la tarea especial de encontrar el destacamento de Fiódorov. Uno de ellos cayó en medio de fuerzas enemigas y pereció heroicamente; el otro, después de andar vagando mucho tiempo por los bosques, consiguió encontrarnos a fines de octubre. Aquellos compañeros nos trajeron una nueva emisora portátil y ellos fueron los que nos informaron de la reunión celebrada en agosto, en el Kremlin. Pero aunque los enlaces hubieran llegado a tiempo, no habría conseguido salir para Moscú: en aquel entonces, los alemanes nos asediaban tanto, que no habríamos corrido el riesgo de recibir un avión.

Como es natural, yo, lo mismo que todos mis compañeros, quedé muy emocionado al recibir esa noticia. Los enlaces, claro está, no podían contarnos ningún detalle acerca de la misma. Pero comprendimos que el Comité Central del Partido Comunista (bolchevique) de la URSS y el Comité Central del Partido Comunista (bolchevique) de Ucrania estaban preocupados por la pérdida de contacto con nosotros y la falta de datos operativos sobre nuestra situación y actividad. Todos comprendíamos que, al cabo de una semana, dos, o un mes, tan pronto como fuera posible, vendría a nuestro destacamento un avión, desde la retaguardia soviética, para llevarse a los heridos graves y, tal vez, me entregarían la orden de salir para Moscú, con el fin de informar.

Y, en efecto, no habían pasado aún dos semanas, y ya estaba yo camino de Moscú.

En una pesada cartera de campaña, que descansaba sobre mis rodillas, llevaba al Comité Central del Partido un informe sobre la actividad combativa y política de nuestro Comité Regional clandestino. Las últimas dos semanas, en medio de duras marchas e ininterrumpidas escaramuzas con los destacamentos punitivos que nos asediaban, el Comité Regional se había reunido varias veces. Bien de noche, en alguna casa de las afueras de la aldea, bien en el campo, al lado de la hoguera, discutíamos largamente cada página del informe. Y una vez, ocultándonos de la lluvia otoñal en un abandonado furgón italiano, nos pusimos a sonar.., sí, a soñar precisamente, aunque redactábamos un informe. En aquel tiempo sabíamos ya que Kovpak y Sabúrov habían recibido una nueva tarea, que desconocíamos. Comprendíamos que el informe no sólo era el balance de lo pasado, sino una perspectiva para el futuro. En dependencia de cómo apreciase el Partido nuestra actividad combativa, nuestro trabajo con el pueblo, se determinaría lo que se nos podía confiar en el futuro.

Abrí mi cartera de campaña y hojeé el informe. En sus renglones, parcos y lacónicos, estaban encarnados todos nuestros pensamientos, sentimientos, esperanzas y anhelos... Me imaginé de nuevo Moscú, y de nuevo experimenté temor ante la idea de que al avión pudiera ocurrirle algo.

Fuera del avión, la oscuridad era densa; en la cabina lucía débilmente una diminuta bombilla; se oían las sofocadas voces de mis compañeros de viaje.

Miraba con frecuencia el reloj, pero no pude comprender cuánto tiempo había transcurrido. A pesar de que me esforzaba enormemente por recordar la hora, cada vez que alzaba el reloj a los ojos, resultaba que había vuelto a olvidarlo. El frío se notaba mucho, faltaba aire. El segundo piloto abrió la puerta de su cabina y nos comunicó que estábamos volando sobre la línea del frente.

Entré en la cabina de los pilotos y, de pronto, vi el frente. Volábamos a una altura de cuatro mil metros. La noche era clara, pero no había estrellas, aunque tal vez no me daba cuenta de ellas, tan numerosas y brillantes eran las luces que refulgían sobre la tierra: bengalas verdes, rojas, moradas, amarillas rasgaban la oscuridad por todos lados. Por la tierra se deslizaban, en diversas direcciones, largos y puntiagudos rayos... Tardé en darme cuenta de que eran faros de automóvil. La inquietud se disipó, dando lugar a la alegría. En mi vida habla visto unos fuegos artificiales tan espléndidos. En Moscú, las salvas eran, seguramente, aún más resplandecientes, pero no teníamos idea de ellas, y la victoria estaba todavía muy lejos.

El segundo piloto me gritó algo al oído y, en aquel mismo instante, todo un haz de rayos luminosos se alzó en el aire. Brilló el ala plateada de nuestro avión y alrededor nuestro, muy cerca, comenzaron a estallar unos globos rojos. Los estuve contemplando bastante tiempo, muy distraído, antes de comprender que se trataba de proyectiles antiaéreos. ¡A aquello, precisamente, había que temerle más que a nada!...

Al parecer, el avión tomaba altura. El frío se hizo irresistible. Regresé a la cabina común y me puse de rodillas al lado de la ventanilla. Todos, a excepción de los gravemente heridos, se habían pegado también a los cristales. A mi lado estaba arrodillado igual que yo Pável Volodin. Tenía una expresión de extremo cansancio, los ojos le brillaban febriles. No había dormido tres días seguidos. Yo le grité en el oído:

— Pávlik, tendrías que descansar, échate, ahí tienes una camilla libre.

Se negaba como quitando importancia a la cosa. Estaba muy alarmado, con los nervios en punta. Todo el tiempo le parecía que el piloto llevaba mal el avión.

— Un buen piloto, pero no sabe maniobrar... Pero, ¿qué hace, qué se le ocurre ahora?

No les recomiendo en absoluto volar junto a un piloto profesional en calidad de pasajero. Cada uno de ellos cree que otro piloto lleva el avión mal y lo critican sin parar.

Poco después, las explosiones fueron haciéndose más espaciadas. Se respiraba mejor: el aparato descendía. El corazón ya no me latía con tanta fuerza, pero, de pronto, sentí que de la tensión me dolían todos los músculos.

Pasaron otros cuarenta minutos. El segundo piloto volvió a entreabrir la puerta de la cabina y comunicó que nos acercábamos a Moscú.

El aeródromo estaba parcamente iluminado. Rostros desconocidos nos rodearon. Besé varias veces a un hombre con bigotes, al que no conocía; después, la gente se aparté, y una mujer vestida con uniforme militar me tendió la mano: Su apretón de manos fue fuerte y enérgico. Se presentó en voz alta:

— Teniente coronel Grisodúbova.

Marchamos por una alameda ligeramente cubierta de nieve. Se abrió una puerta... y vi una luz deslumbradora, decenas de mesitas cubiertas de níveos manteles y una enorme cantidad de gente con monos y chaquetones de piel... Todos nos estrechaban las manos. Comíamos, brindábamos, respondíamos a numerosas preguntas, reíamos a carcajadas.

Era el comedor de los pilotos de un aeródromo de los alrededores de Moscú. No fue un banquete preparado para nosotros. La gente que venía de lejanos “raids”, podía recibir allí comida caliente, a cualquier hora del día o de la noche.

A eso de las siete de la mariana, la teniente coronel Grisodúbova nos comunicó que teníamos preparadas las camas y que podíamos ir a descansar. Pregunté cómo hablan instala-

do a nuestros heridos, y quise visitarles. Pero Grisodúbova me respondió que todos ellos dormían ya en el hospital del aeródromo.

Me desnudé en una pequeña habitación y me acosté entre dos sábanas de asombrosa blancura, comprendiendo perfectamente que de todas formas no podría dormir. Me extendí con una sensación de extraordinaria ligereza y aspiré el fresco olor de la ropa limpia. Y de pronto, me eché a reír sonoramente: en una silla, que estaba a mi lado, pendía una vestimenta muy extraña: un enorme gorro, con una cinta atravesada, un chaquetón de afelpada piel húngara y un abrigo de cuero. Al lado mismo descansaban un automático, cuatro discos de repuesto, una máuser, una parabéllum...

Todo aquello lo llevaba encima hacía un minuto. ¡No menos de un pud seguramente! He ahí la causa de que experimentara esa sensación de alivio. En los últimos tiempos casi nunca me sacaba de encima todo ese armamento.

Esperábamos a los representantes del CC del PC(b) de Ucrania y del Estado Mayor ucraniano del movimiento guerrillero. La camarada Grisodúbova nos había dicho que en el hotel ~'Moscú" teníamos reservadas unas habitaciones y que vendrían a buscarnos en coche.

Pero tardaban en llegar. Entonces Volodin — que era un viejo moscovita y se orientaba allí mejor que nadie— nos propuso ir a la ciudad en tren eléctrico.

La idea fue de nuestro agrado. Nos vestimos rápidamente y, despidiéndonos de los hospitalarios dueños del aeródromo, marchamos a la estación.

También tuve que separarme de Volodin. Se quedó con los pilotos y lo vi en Moscú sólo al cabo de unos cuantos días y así y todo sólo por un momento. Me enteré de que ingresaba en un hospital con la esperanza de volver a un avión de guerra.

* * *

Al principio, en el tren había mucho sitio libre. Al mismo tiempo que nosotros, entraron varias mujeres y escolares. Después, a mi lado se sentó un viejo obrero.

Cuando comenzó a llegar más gente, advertimos que nos miraban con curiosidad. El viejo fue el primero en romper el silencio, preguntándome:

— ¿De dónde venís, hijito, así?

— ¿Cómo así, padrecito?

—Cualquiera sabe, os habéis colgado tantas armas como si os dispusierais a combatir, pero por la ropa no parecéis soldados.

Un muchachito de una Escuela de Artes y Oficios, con el traje manchado de grasa, que estaba sentado enfrente, dijo con voz sonora:

— Son guerrilleros.

— ¿En qué lo has conocido? —pregunto Yariómenko.

— Llevan automáticos alemanes, bigote, cintas. Toda persona entendida lo comprenderá. ¿Se han cortado las barbas, verdad?

Así se entabló la conversación. Un minuto más tarde, éramos el objeto de la atención general. Nos asaeteaban a preguntas. Una mujer entrada en años gritó desde lejos:

— ¿No está con vosotros Morózov? Víctor Nikoláevich Morózov. Por radio comunicaron que estaba en un destacamento guerrillero, pero no dijeron dónde.

Los moscovitas se interesaban decididamente por todo lo que tenía relación con la vida guerrillera. Cuando hablaba alguno de nuestros muchachos, la gente que iba en el vagón

guardaba el mismo silencio que en una conferencia. Aquella atención nos conmovió y emocioné. Observamos que los moscovitas se hacían una idea exagerada de los peligros que corrían los guerrilleros. Cuando tratamos de negarlo, los oyentes protestaban:

— Lo decís por modestia, lo sabemos...

Dije al muchacho de la Escuela de Artes y Oficios que en nuestro destacamento había más de veinte chicos de su edad.

Al principio, el muchacho se entusiasmó:

— ¿Puedo ir yo también a guerrilleros? Me gustaría muchísimo, tengo dos hermanos en el frente, y les ayudaría.

Todos se echaron a reír. El muchacho se turbó y se puso colorado.

— Claro, comprendo —dijo mirando por la ventanilla— que hay que ser completamente distinto...

— Es cierto —confirmé el viejo—, hay que ser un héroe. Los guerrilleros, amiguito, son hombres de temple y resistencia especial; tú y yo hemos comido aún pocas gachas para ello.

Esta idea —en realidad muy nociva—, que se tenía de los guerrilleros, considerándolos como unos titanes prodigiosos, era inculcada en la gente por literatos y periodistas. Más tarde, después de haber leído en Moscú periódicos y revistas, vi que los relatos sobre las hazañas guerrilleras eran con frecuencia producto de la fantasía. Sus héroes se mostraban tan extraordinarios y dotados de un valor ilimitado, que era difícil creer en su realidad. Y no tenía nada de extraño que un lector corriente pensara: “¡Cómo voy a compararme yo con esos valientes!” De lo que se escribe poco es de cómo superar el miedo. Y esto es lo más importante. He lamentado más de una vez que no hubiese en nuestras filas un escritor capaz de relatar, de un modo verídico, cómo hombres sovié-

ticos, de lo más corriente combaten en los bosques y cómo su heroísmo se convierte para ellos en una necesidad cotidiana, en parte de la disciplina y la conciencia de todos.

También nosotros nos asombrábamos de todo lo que veíamos. Probablemente, examinaba con poca delicadeza a una mujer alta y delgada con gafas. Llevaba en el hombro —como un fusil— una pala, cuya parte metálica estaba cubierta con una carpeta. Al observar mi mirada, la mujer sonrió y dijo:

— Me mira usted de una manera...

— Le diré francamente que no es a usted a quien miro, sino a la pala...

— ¿De verdad? Pues claro, le debe parecer cómico, por falta de costumbre. Pero mire a su alrededor...

Seguí su consejo y sólo entonces observé que casi todos los pasajeros tenían palas envueltas en trapos o papeles. Y casi todos llevaban pesados sacos y bolsas.

— La patata es la que nos salva —me explicó seriamente una obrera joven—. Nosotros, camaradas guerrilleros, somos los héroes de la pala... ¿Y qué se creen ustedes? —prosiguió enardeciéndose—. Aquí seguramente todos, con estas mismas palas, hemos cavado trincheras alrededor de Moscú.

¡Qué maravillosa cualidad ésta del hombre soviético de hablar con sencillez y sinceridad en todas las circunstancias! Pasaron diez o quince minutos desde que nos pusimos a charlar y ya todos nos comprendíamos a la perfección y hasta parecía que nos conocíamos desde hacía años.

— ¡Lástima que los trenes alemanes no marchen a esta velocidad! —exclamó Balabái.

Y no sólo nosotros, sino casi todos los pasajeros lo entendieron y se echaron a reír.

— Pues, seguramente les habéis enseñado a los nazis a ir más despacio —comentó entendiendo la broma la cobradora del vagón—. A esta marcha, si se pisa una mina, seguro que todo se hace papilla, ¿no es cierto abuelo? —dijo dirigiéndose hacia mí.

La miré con curiosidad. No tendría menos de treinta años.

— Temprano me toma usted por abuelo.

— ¿Cuántos años tiene, pues?

— Cuarenta.

— ¿De veras? No acabo de creérmelo... Tampoco usted, seguramente, creerá que tengo veintidós. Ya ve.

Ambos nos echamos a reír alegremente. Alrededor, la gente también sonreía. ¿Por qué? Diríase que había motivos para ponerse tristes...

— Hay que ver cómo somos los soviéticos —dijo pensativo el viejo.

El viaje fue bastante largo. Me entraron ganas de fumar y lié un pitillo.

— En seguida se ve que es guerrillero —dijo la cobradora—. ¡Qué falta de disciplina! Bueno, así sea, es usted nuestro invitado, fume aquí, si viene el revisor ya le explicaré el caso.

Cuando salimos a la plaza Komsomólskaia, la atención general nos obligó a guardar la compostura militar. Nosotros mismos no nos dimos cuenta de cómo formamos y marchamos al paso. Así, formados, entramos en la estación del Metro.

Diez minutos más tarde, abrazábamos a Strokach, Korniets, Spivak, Stárchenko, Grechuja. Muchos dirigentes del Comité Central del Partido Comunista (bolchevique) de Ucrania y del Gobierno. ucraniano vivían por aquel entonces en el hotel “Moscú”. Leonid Románovich Korniets organizó un desayuno solemne.

Escuchaba los discursos y los brindis. Desde la calle, llegaban a mis oídos el ruido de los bocinazos de trolebuses y autos...

— ¡Escuchad, camaradas! —exclamó de pronto Balabái, interrumpiendo a todos—. ¡Pero si estamos en Moscú, en Moscú! ¡Aquí está el Kremlin! ¡Propongo que bebamos por Moscú y por el pueblo soviético!

Comprendiendo lo ocupados que estarían los miembros del Comité de Defensa del Estado, suponía que mis conversaciones con ellos serían breves y estrictamente oficiales. Por eso escribí mi informe y lo abrevié varias veces. De la larga lista de preguntas eliminé más de la mitad.

Por aquel entonces actuaba en Moscú el Estado Mayor del movimiento guerrillero de Ucrania. El camarada Strokach era el jefe del Estado Mayor del movimiento guerrillero. Además, en Moscú se encontraba el Estado Mayor Central, cuyo jefe era el camarada Ponomarenko, secretario del Comité Central del Partido Comunista (bolchevique) de Bielorrusia. Los Estados Mayores estaban subordinados a Kliment Efrémovich Vorochílov.

Allí, en Moscú, tratando con los colaboradores del Comité Central del Partido y de los Estados Mayores guerrilleros, comprendí lo grandes que eran las fuerzas guerrilleras y cuán gigantescas las proporciones que había adquirido la resistencia popular en la retaguardia del enemigo. Y comprendí y sentí algo tal vez aún más importante: que en la suma general de las fuerzas armadas del Estado, el movimiento guerrillero ocupaba un lugar considerable, que se planificaba y orientaba por el Comité Central del Partido Comunista (bolchevique) de la URSS. En el ejército, las compañías, batallones, divisiones y frentes notan diariamente la vecindad de las otras compañías, batallones, divisiones y frentes, la unidad no sólo de los objetivos, sino también de las acciones. Los

destacamentos guerrilleros siempre están separados, siempre rodeados por el enemigo, a menudo exageran su soledad. La radio y la aviación es lo único que los une con la Tierra Grande, con el ejército. Los lazos de esta conexión se rompen con facilidad y entonces la soledad parece total.

En el Estado Mayor Central y en el Estado Mayor ucraniano, conocí a oficiales altamente calificados que mantenían relaciones operativas sistemáticas con los distritos guerrilleros más alejados. Después de hablar con Strokach y Ponomarenko, supe que nuestra pérdida de contacto con Moscú, no había sido solamente una desgracia para nosotros.

En Moscú no estaban menos preocupados que nosotros. Las búsquedas eran por ambos lados. Pero nosotros sólo piábamos un poco cuando encontrábamos baterías para nuestros emisores, mientras que Moscú enviaba a todas horas del día sus mensajes de alarma. Preguntaba a otros destacamentos, a exploradores militares y a las organizaciones clandestinas: “Infórmenos dónde está Fiódorov”.

Me enteré de que los ingenieros piensan día a día cómo fabricar tipos especiales de armamento guerrillero, construyen minas, silenciadores para armas de fuego. Y si no nos hubiéramos perdido, nos habrían llegado algunas de estas originales innovaciones.

Tuve noticia de que miles de voluntarios enviaban a Moscú solicitudes, desde todos los confines del país, rogando, y a veces exigiendo, que se les enviase a guerrilleros. No eran solamente ucranianos y bielorrusos quienes querían participar personalmente en la lucha por la liberación de sus tierras natales. Esas solicitudes procedían de personas de las más diversas nacionalidades que poblaban la Unión Soviética.

Todas ellas se enviaban a los Estados Mayores de los guerrilleros. Se estudiaban las aptitudes de los hombres que las

habían cursado. Y muchos de ellos eran reclamados por Moscú.

Me enteré de que en Moscú existía un hospital especial para guerrilleros. Centenares de compañeros nuestros de lucha en la retaguardia enemiga se habían curado ya en él y regresado de nuevo a sus destacamentos.

Diré francamente que en Moscú mi respeto por los guerrilleros aumentó mucho, sobre todo después de conocer algunos balances generales de la lucha guerrillera y algunas cifras que nos dieron a conocer los camaradas Ponomarienko y Strokach. La respiración se cortaba ante aquellas cifras. Como es natural, no convenía aún publicarlas. Pero sentí un gran deseo de regresar cuanto antes a mi destacamento y explicarle a mi gente lo que era el movimiento guerrillero.

Sí, explicarles precisamente a los guerrilleros lo que era el movimiento guerrillero. En realidad, sabían muy poco de eso, sólo lo que ellos mismos veían y hacían. Y, mientras tanto, en Moscú, toda persona que tenía noticia de que yo venía de "allá" me hacía la misma pregunta: "¿Qué es el movimiento guerrillero? Cuente con detalle".

El 12 de noviembre de 1942, fui recibido por el camarada Vorochílov. Después que Ponomarenko me hubo presentado, Kliment Efrémovich me estreché la mano y dijo:

— Siéntese. Informe, y lo más detalladamente posible.

* * *

Estuve informando más de dos horas. En realidad, aquello no era un informe, sino una charla animada y espontánea. El propio Kliment Efrémovich creaba un ambiente de intimidad.

Al comienzo mismo de la charla, el camarada Vorochílov se volvió a los generales y oficiales que asistían a ella y dijo:

— Debo prevenirles que el camarada Fiódorov no es un especialista militar, sino secretario de un Comité Regional. En algunas cuestiones específicamente militares, tiene derecho a equivocarse.

Como es natural, yo procuré no aprovecharme demasiado de ese derecho. El camarada Vorochílov me hizo numerosas preguntas. Y aunque yo me había preparado, larga y seriamente, para el informe, algunas de sus preguntas me cogieron desprevenido.

Cuando terminé mi informe, el camarada Vorochílov se levantó de su asiento y, mirándome escrutadoramente a los ojos, dijo:

— Usted comprende, seguramente, que en Stalingrado se están decidiendo ahora los destinos de la guerra y que... en un futuro inmediato, el frente se acercará a ustedes. La ofensiva del Ejército Rojo será impetuosa. ¿Ha pensado en el cambio que debe experimentar la táctica guerrillera cuando el Ejército Rojo comience su amplia ofensiva? — y, sin dejarme responder, continuó—: La ayuda de ustedes será muy necesaria al Ejército Rojo.

El camarada Vorochílov se levantó de la mesa. Me acercó a la pared, casi toda cubierta por cortinas de seda. El camarada Vorochílov descorrió las cortinas, y apareció un gran mapa, de 1:1.000.000, atravesado en sentido longitudinal y transversal por trazos de lápices de colores. Kliment Efrémovich tomó un puntero y marcó con él los distritos donde continúan las regiones de Gómel, Chernígov y Oriol. Probablemente, no pude ocultar mi sorpresa, cuando vi que todo el camino de nuestro movimiento de los últimos seis meses estaba ya marcado en el mapa con flechas azules. Lo que más me sorprendió fue ver en el mapa los últimos datos que yo

había comunicado al Estado Mayor el día antes. Al observar mi sorpresa, el camarada Vorochílov sonrió.

— ¿Responde a la realidad?. Pues bien, ¿no cree usted que es hora ya de emprender la marcha en dirección a algún importante nudo ferroviario, establecerse en ese nudo, hacerse dueños de él y no dejar pasar al frente los trenes enemigos?

De momento, no supe qué contestar. Se me adelanté el camarada Strokach.

— ¿Me permite, camarada mariscal? El Estado Mayor de Ucrania considera que la agrupación de Fiódorov debe abandonar, lo antes posible, los bosques de Kletnianski y regresar a la región de Chernígov.

— ¿Bájmach? —preguntó con viveza Kliment Efrémovich y, después de reflexionar, continuó—: Puede ser el nudo de Bájmach, pero también el de Korosteñ y el de Shepetovka... Y, a propósito, ¿sabe usted, camarada Fiódorov, que Kovpak y Sabúrov están realizando un "raid" en dirección al Oeste? Tampoco eso está mal. Aquí le estorbará la proximidad del frente. ¿No sería mejor adentrarse más? Habría una menor concentración de tropas alemanas... ¿Tiene usted suficientes fuerzas para realizar un gran "raid" ? Claro está que le ayudaríamos en algo... Pero, bueno, no me conteste ahora, medítelo. Mas, tenga en cuenta que es ya hora de reforzar considerablemente la actividad de los minadores. Actualmente, eso es lo principal. El Comité Central del Partido ha decidido de orientarles en ese sentido. Su agrupación ya tiene una cierta experiencia, ¿no es así?

— Cuarenta y seis trenes —respondí yo.

— ¿De qué medios se valen? ¿De dónde sacan explosivos?

— Hemos recibido trilita. Las minas las hacemos nosotros mismos. Últimamente, conseguíamos explosivos de proyectiles alemanes y de bombas de aviación sin explotar.

El camarada Vorochílov se interesó por nuestras experiencias artesanas. Le conté cómo sacábamos la trilita de los proyectiles y cómo íbamos a la caza de bombas sin explotar.

— Los hitlerianos, Kliment Efrémovich, ejercitan a sus pilotos en el bombardeo visual y los envían a hacer prácticas sobre caseríos aislados, molinos y pequeños poblados.

Al despedirse, el camarada Vorochílov me preguntó:

— Usted, seguramente, querrá ver a su familia. ¿Irá a verla?

Le respondí que no había hecho ninguna gestión en ese sentido y que, por el momento, ni siquiera conocía la dirección exacta de mi familia. Pero que, si conseguía hacer tiempo, iría naturalmente.

— ¿Y no sería mejor traerla aquí? En efecto, camarada Strokach, encárguese de eso. Yo daré las órdenes oportunas respecto al avión. ¿Está de acuerdo con esta decisión, camarada Fiódorov? Magnífico... Prepárese para el “raid”. Y no se olvide de nada...

Así nos despedimos.

Dos días más tarde, en el aeródromo central, recibía a mi mujer y a mis tres hijas.

Dicho sea de paso, ellas afirman que me reconocieron ya desde las ventanillas del avión, aunque yo había cambiado terriblemente y llevaba una indescriptible pelliza guerrillera; también dicen que, cuando salieron del avión y se precipitaron a mi encuentro, mi mejilla derecha temblaba como un aparato telegráfico.

Hasta la fecha no sé si vale la pena creerlo.

Poco tiempo después en la reunión del Comité Central del Partido Comunista (bolchevique) de Ucrania informé acerca de los 18 meses de trabajo del Comité Regional clandestino de Chernígov y sobre la actividad combativa de nuestra



agrupación guerrillera. En aquella reunión se decidió dividir nuestra agrupación en dos y enviar a una de ellas a un gran “raid”, a Ucrania Occidental.

Fotos



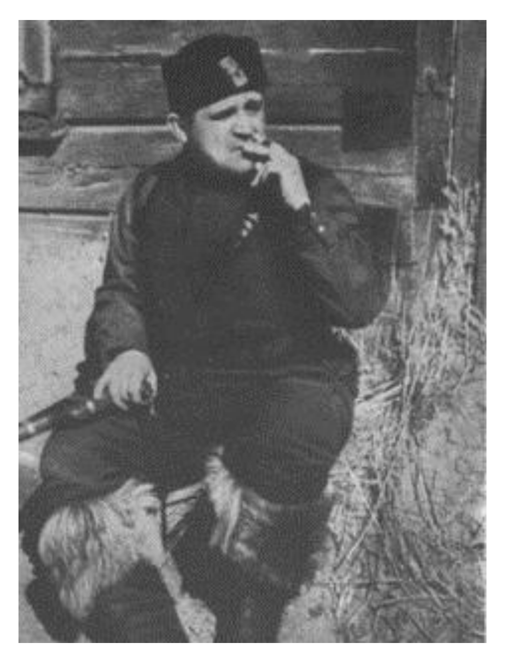
Vasia Korobkó, minador



Ni los bosques, ni las ciénagas los detenían



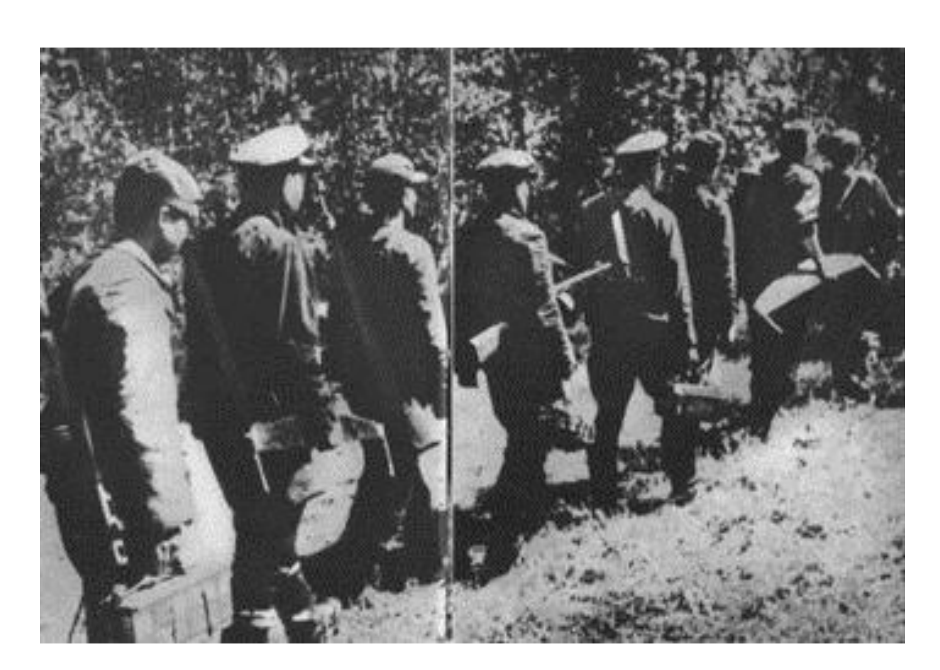
Y de nuevo el fragor del combate



El general Orlov ("Aguila"), así el pueblo llamaba a Alexéi Fiódorov, secretario del Comité Regional clandestino, jefe del destacamento guerrillero, dos veces Héroe de la Unión Soviética.



Segundo del destacamento Nikolái Popudrenko, Héroe de la Unión Soviética.



Los minadores en marcha



Lionia Bosenko, pionero, guerrillero, enlace del destacamento Lenin.



La voz de Moscú



La ardua senda guerrillera. Bosques, ríos, vados...



Habrá leche fresca para los heridos



Los guerrilleros leyendo el primer número del periódico *Bolchevique*, órgano del Comité regional calndestino de Chernígov



Veniamín Stukalo y Fiódor Samoded, valientes exploradores de 16 años.



Se acabó el combate, trasportando trofeos



Se acabó el combate, los guerrilleros heridos.



El pueblo compartía con los guerrilleros todo lo que tenía.



Los mandos guerrilleros (de derecha a izquierda): Yerió-menko, Korotkov, Nóvikov, Rostalny y Kúrochka recibiendo los partes de los enlaces del distrito de Koriukov-ka.